EL **SUR** DE **MÉXICO**

Miguel Covarrubias

BIBLIOTECA INEHRM BIBLIOTECA INEHRM BIBLIOTECA INEHRM BIBLIOTECA INEHRM

BIBLIOTECA **INEHRM**

EL **SUR** DE **MÉXICO**

BIBLIOTECA **INEHRM**

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero
Secretaria de Cultura

INEHRM

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa
Director General

EL **SUR** DE **MÉXICO**

Miguel Covarrubias

MÉXICO 2020

Portada: Mapa que viene en la edición del libro: Miguel Covarrubias,
Mexico South. The Isthmus of Tehuantepec, New York, 1946,
Alfred A. Knopf. Sp. Acervo INEHRM.

Ediciones impresas:
Primera edición, Instituto Nacional Indigenista, 1980.
Primera edición (facsimilar), INEHRM, 2004.
Segunda edición, Comisión Nacional
para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, 2012.

Ediciones en formato electrónico
Primera edición, INEHRM, 2020.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),
Francisco I. Madero núm. 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

ISBN: 978-607-549-168-4

HECHO EN MÉXICO.

El istmo mexicano desde la mirada de Miguel Covarrubias

La existencia de Miguel Covarrubias Duclaud siguió una trayectoria divisible en tres etapas a lo largo de sus 53 años de vida. En la primera, sus 19 años iniciales, vivió en la seguridad y comodidad de un hogar de la Ciudad de México que tenía resueltos los problemas económicos gracias a las atenciones de su extensa familia materna y paterna, especialmente las que brindaron su madre, Elena Duclaud, con raíces francesas, y su padre, de raíces jarochas, José Covarrubias Acosta; éste fue un ingeniero que prosperó durante los años de mayor crecimiento económico del régimen porfirista, bonanza que continuó en la década revolucionaria y en los años de la posrevolución.[1] La niñez de Miguel fue alterada cuando se le diagnosticó diabetes, enfermedad que lo acompañó el resto de su vida y que lo llevó a una temprana muerte.

Los grandes cambios políticos que se impusieron en la realidad política de México en 1911 y 1912, que indicaron el fin del porfiriato y el ascenso del maderismo,

[1] Fue subdirector de Correo en 1907, director de Correos y subsecretario de Comunicaciones en 1912, director de la Lotería Nacional en 1920. Adriana Williams, *Covarrubias*, Austin, University of Texas Press, 1994. Esta obra fue publicada en castellano en 1999 por el Fondo de Cultura Económica.

no afectaron gravemente a la familia Covarrubias Duclaud. Miguel había cumplido siete años de edad y con frecuencia escuchó palabras de asombro e incertidumbre con las que familiares y amigos, políticos y diplomáticos, se transmitían la información sobre la suerte y la salida intempestiva de Porfirio Díaz del país. Pero no fue la actividad política la que apasionó a Miguel, quien prefirió refugiarse en las expresiones artísticas a su alcance, de manera principal en el dibujo y la pintura,[2] pasiones que desarrolló de manera autodidacta. Miguel tenía apenas 14 años cuando sus primeros dibujos a tinta fueron reconocidos, y a los 18 ya preparaba ilustraciones que acompañaron el manual de dibujo publicado por la Secretaría de Educación Pública en 1923. En el verano de ese año, animado por su amigo José Juan Tablada, Miguel emigró a Nueva York.

Pronto se empleó en la Agregaduría Cultural del consulado mexicano de Nueva York y en poco tiempo su talento como caricaturista brillaba. Así se abrió la segunda etapa de su vida, con la cual vivió un doble descubrimiento: por un lado, el que él mismo hizo cuando conoció y saboreó las expresiones artísticas más variadas del mundo en esa ciudad cosmopolita, como el cubismo y el jazz, música que escuchó de manera regular en los bares del barrio de Harlem.[3] Por otro lado, el mismo Covarrubias fue descubierto por dibujantes y editorialistas de revistas importantes, como *Vanity Fair, Fortune* y *The New Yorker*.[4]

En esos años y en ese ambiente intelectual y artístico de Nueva York, Covarrubias conoció a quien sería su esposa: Rosa Rolanda, "célebre bailarina del grupo Morgan Dancers que se presentaba tanto en Broadway como en Europa";[5] se casaron en 1930. Esta decisión, más la obtención de una beca de la John Simon Guggenheim Memorial Foundation, con la que Covarrubias se comprometía a estudiar el arte de Oriente, precipitó un giro en la vida de los recién casados. Rose y Miguel vivieron meses en la isla de Bali, Indonesia, estancia que se convirtió en los que los antropólogos llaman "recorrido de campo". En 1937 publicó *La Isla de Bali*, y con sus dibujos perpetuó el color, brillo y belleza de los indonesios. Esta experiencia dejó una enorme huella en Covarrubias, para quien en adelante el estudio de pueblos que en su tiempo eran llamados "primitivos" se convirtió en una constante.

---

[2] Seguramente, también en esos años disfrutó de las caricaturas que tomaron como figura principal a Francisco I. Madero, publicadas en los periódicos y semanarios capitalinos, como fueron las de Álvaro y Salvador Pruneda, quien además creó historietas cómicas.

[3] Entre 1927 y 1929, trabajó en dibujos que reflejaban las expresiones musicales de ese barrio, los cuales se conocen como *Negro Drawings*.

[4] Miguel Covarrubias hizo caricaturas a lo largo de toda su vida; entre los diversos personajes que llamaron su atención, estuvieron David H. Lawrence, Shirley Temple, Alfonso Caso, Carlos Chávez, Picasso, Jorge Negrete, Hitler, Babe Ruth, Adolfo Ruiz Cortines, entre muchos otros.

[5] Citado en "Covarrubias: la colección de Rosa y Miguel Covarrubias", http://www.mexicanmuseum.org/membership/article_news.asp?articlekey=203&language=spanish (página web consultada el 2 de junio de 2004).

Covarrubias había rebasado los 30 años de edad, sus viajes al extranjero eran frecuentes; al mismo tiempo que crecía su colección de textiles, cerámicas, collares, aretes y otros objetos artísticos, ampliaba sus conocimientos de otros idiomas (habló siete lenguas), profundizaba su sensibilidad artística y en sus dibujos y pinturas captaba profundas expresiones humanas en distintos lugares del mundo: la tristeza de una mujer cubana, la alegría de un músico neoyorkino, el interés de algún intelectual que visitaba su casa y la arrogancia de un magnate estadunidense.

Hacia 1935, Covarrubias comenzó la tercera etapa de su vida, cuando con su esposa optó por radicar en México; ahí se hicieron frecuentes los encuentros con Diego Rivera, Frida Kalho, Roberto Montenegro, Carlos Chávez, entre muchos otros creadores e intelectuales. A partir de entonces, cuando en Europa se radicalizaban las posiciones políticas e ideológicas que llevaron a la Segunda Guerra Mundial, el interés de Covarrubias se concentró en las formas de vida y en las manifestaciones culturales de las comunidades indígenas y de las civilizaciones prehispánicas.

En los primeros años de la década de 1940, en México estaba encendida la flama del nacionalismo revolucionario. En ese entonces Miguel Covarrubias dividía su tiempo en la elaboración de dibujos que ilustraban revistas y libros, en la pintura de murales, y en el estudio y documentación sobre las comunidades del Istmo de Tehuantepec; la intensidad de estos trabajos se hizo palpable con recorridos por la región a través de distintos medios: como ferrocarril, automóvil, caballo y a pie. En 1946 publicó *Mexico south the Isthmus of Tehuatepec*;[6] también al respecto realizó una cinta documental.[7]

En dicha obra, Covarrubias logró un valioso estudio antropológico e histórico de las comunidades indígenas del istmo mexicano: popolucas, mixes, zoques, huaves, chontales y zapotecos. Numerosos son los paisajes que describe y variados los aspectos que analiza a profundidad en esta publicación: las diferencias y semejanzas en las rutinas y condiciones materiales de las mujeres y los hombres de esa región del país, la belleza racial y el vestido, la sexualidad y el canto, la magia y la muerte, la religión y el matrimonio, las expresiones artísticas y arquitectónicas que se registraron en esa región durante siglos, los mercados locales y la división social del trabajo, las formas de la política y el ejercicio del poder, la memoria histórica y los proyectos en materia de comunicaciones y transporte que influyeron en la región; por ejemplo, la construcción y operación del ferrocarril que comunicó el Atlántico y el Pacífico y que al dejar de recibir inversiones se mostraba ruinoso en el comienzo de la década de 1940.

---

[6] Esta edición se realizó en Nueva York por la editorial Alfred A. Knopf. Fue hasta 1980 cuando el Instituto Nacional Indigenista publicó en castellano *El sur de México*.

[7] En el año 2000 se conoció este documental, después de un trabajo de restauración realizado por Benítez Muro, con la participación de Rocío Sagaón, Fernando Carrero, César Canto, Jaime Tello y Armando Ortiz.

En el centenario de su natalicio, Miguel Covarrubias debe ser recordado y homenajeado por intelectuales y artistas de México y de otros países. Las instituciones de nuestro país no son ajenas a ese reconocimiento, y el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana contribuye a ello con la publicación, en edición facsimilar, de este libro que seguramente será del interés de académicos y del público en general.

José Mario Contreras Valdez

MIGUEL COVARRUBIAS

EL SUR DE MEXICO

INSTITUTO NACIONAL INDIGENISTA

PROLOGO

Las ideas y los grandes temas desarrollados van formando etapas en la vida intelectual de un pueblo. Pero también las tendencias personales van dando una fisonomía y un atractivo especial a cada época. Los trabajos de Miguel Covarrubias ciertamente lo logran. En él se reúne el artista y el antropólogo innato que logra transmitirnos sus profundas vivencias sobre la vida y el arte de los pueblos en aquel entonces llamados primitivos. La búsqueda de un contexto histórico para transmitirnos sus ideas sobre el desarrollo cultural y artístico de estos pueblos, es una constante en la obra de Covarrubias. Así, su propia obra nos da el hilo rojo para entenderla y valorarla.

La publicación de sus trabajos sobre Antropología —*Island of Bali*, en 1937; *Mexico South: The Isthmus of Tehuantepec*, en 1946; *The Eagle, the Jaguar and the Serpent*, en 1954 y su *Indian Art of Mexico and Central America*, en 1957— sitúan su obra en el segundo tercio de este siglo aproximadamente. Durante esta época dos hechos importantes enmarcan y favorecen la realización de sus trabajos: el gran movimiento intelectual nacionalista que contribuyó al desarrollo y consolidación del Estado mexicano y el interés internacional para los objetos artísticos de los "pueblos primitivos", originado en las nuevas corrientes estéticas de la pintura europea desde finales del siglo pasado, interés que se fue extendiendo en el conocimiento integral de las culturas primitivas. México ha participado activamente en este movimiento a través de su pintura, de su arqueología y etnografía y también por su política indigenista.

La primera parte de su obra la realiza en Nueva York, ciudad a la que llega en 1923 a los diecinueve años y la segunda en México, a partir de 1940. En Nueva York se desarrolla como caricaturista y periodista de las revistas más conocidas de la época. Forma parte del grupo de intelectuales mexicanos que frecuentaban la Librería Latina, y realiza también sus primeras experiencias como museógrafo en el Museo de Arte Moderno de esta ciudad.[1]

Sus famosos *Negro Drawings* publicados en 1927 y su estancia en la isla de Bali en Indonesia en 1930, mediante una beca otorgada por la Guggenheim Fellowship, marcan el inicio de sus intereses por las culturas no occidentales. Posteriormente prepara unos mapas con rasgos etnográficos representativos de los pueblos que habitan en los continentes que rodean al Océano Pacífico y en las innumerables islas que en él existen. Estos mapas se presentaron en 1940, en la llamada Casa del Pacífico de la Exposición Internacional del Golden Gate, en San Francisco, California. Fue sin duda este trabajo, junto con sus investigaciones en la isla de Bali el inicio también de su recopilación de datos sobre manifestaciones artísticas y conceptos culturales semejantes entre los pueblos primitivos de Asia y América. Años más tarde, en la ciudad de México pinta dos murales semejantes a los de la Casa del Pacífico, uno en el Hotel del Prado, en 1947 y otro en el Museo de Artes e Industrias Populares, en 1951.

En 1940 empieza en México una etapa de grandes realizaciones en diferentes actividades estando siempre presente en ellas su sensibilidad de artista y conocimientos de antropólogo autodidacta.

Sus aportaciones a la arqueología y a la museografía se han considerado siempre relevantes. Sin embargo, sus aportaciones a la etnografía se hacen patentes en este libro sobre *El Sur de México* que el Instituto Nacional Indigenista traduce y reedita en su colección "Clásicos de la Antropología Mexicana".

Este libro es la descripción de un extraordinario viaje al

[1] Comunicación personal del pintor Luis Covarrubias.

sur de Veracruz y al Istmo de Tehuantepec a través de los tiempos. Covarrubias logra en él sus propósitos de manera magistral:

1. Mostrar un cuadro comprensivo de la situación contemporánea de una región como resultante de su pasado histórico.
2. La continuidad entre lo arqueológico y lo etnográfico.
3. La interrelación entre la naturaleza y la vida de los pueblos. Como consecuencia de esta interrelación considera que el paisaje y las costumbres son el fundamento de sus creencias y de su arte.
4. La descripción de la cultura material —vestido, habitación, tecnología— de algunos grupos étnicos. Covarrubias, consciente de su habilidad de dibujante resalta este aspecto, legándonos minuciosas descripciones y dibujos basados en sus observaciones directas.
5. Finalmente, y tal vez sea el mensaje más importante, nos muestra, por comparación, la diferencia existente actual entre las comunidades indígenas que fueron menos afectadas por la cultura hispana y la de un grupo indígena —Zapotecas de Tehuantepec y Juchitán— que sí ha asimilado la cultura española sin detrimento de su individualidad, mediante la conservación de su lengua y diversas tradiciones prehispánicas.

Covarrubias, para adentrarnos en la historia de esta región, nos acerca primero a la vida actual y poco a poco nos va introduciendo en el pasado de las distintas regiones hasta llegar a su tiempo prehispánico, para regresar nuevamente al mundo moderno. Todo ello enmarcado en bellas e interesantes descripciones del medio ambiente que nos aclaran la interrelación entre la naturaleza y la vida de los pueblos. Nos traslada de la cultura Olmeca de la región de los Tuxtlas y de la cultura Zapoteca y Mixteca de Oaxaca, al México criollo y mestizo provinciano actual que convive con comunidades indígenas que han preferido...

> . . .permanecer aislados y pobres pero libres de la codicia de los blancos y mestizos. Se les ha engañado tantas veces que eligen no arriesgarse.[2]

Conviviendo con este México provinciano profundiza también en la vida de los pueblos indígenas que poco han cambiado desde la Colonia. Nos habla de los Popoluca con su profundo sentimiento de independencia, de los solitarios e intransigentes Mixes, del estado de desorientación de los Zoques debido a su aislamiento y poco contacto con los mercados, de los pequeños y rechonchos Huaves que siempre tuercen hilo y tejen redes, de los atrevidos y aguerridos Chontales.

Estas descripciones etnográficas no fueron hechas siguiendo exactamente el esquema de investigación tradicional. Sin embargo, un análisis de su habitat, economía, ciclo de vida, vestido, habitación, son tratados. La organización social tal vez sea el aspecto en que menos haya profundizado; en cambio, resalta la importancia de los mercados indicando los productos que intercambian y a quiénes los venden. Nos hace entender que es el mercado el principal medio de comunicación con los pueblos mestizos.

Su información sobre el teñido de los textiles es de alto interés por tratarse de técnicas prehispánicas que han sobrevivido sin alteración. Nos cuenta con detalle cómo los Chontales de Huamelula y Astata fabrican el "hilo de caracol" que es de color púrpura ". . .dos veces al año, en cierta fase de la luna, estos indígenas se hacen a la mar y enredando en sus antebrazos las madejas de hilo de algodón que habrán de teñirse, se dedican a buscar las grietas y las rocas en donde se encuentran minúsculos caracoles. . . que toman con sumo cuidado, le soplan con fuerza para irritarlo de modo que pueda secretar el tinte viscoso que reúnen con el hilo. . . y vuelven a ponerlo en su lugar. El agua de sal y el sol se encarga de hacer el resto: el color cambia de amarillo limón a un verde pálido y final-

[2] Covarrubias, Miguel, *Mexico South*., p. 69. A. Knopf, 1946. New York.

mente se convierte en un hermoso púrpura encendido. El hilo teñido de caracol es muy raro y costoso. . ."[3]

Las mujeres Huaves lo compran para bordar sus blancos huipiles y las Zapotecas para sus "faldas de caracol", quienes refuerzan y emparejan el color con la cochinilla grana.

Contrastando con estas comunidades están, como dijimos, los Zapotecas de Tehuantepec y Juchitán. A través de largas y entretenidas páginas relata la vida actual de este extraordinario pueblo, cuya personalidad ha logrado dominar a la española con verdadero desenfado. Covarrubias, con una gran capacidad de síntesis relata la historia de la región durante la Conquista, la Colonia, la Independencia, los gobiernos de Juárez y Díaz, la Revolución de 1910, el gobierno de Cárdenas. Toda la historia con sus hechos dolorosos pero salpicados de momentos heroicos y anécdotas por demás graciosas y curiosas.

A pesar de que ha sido el Istmo de Tehuantepec una de las regiones de México que más ha sufrido pillajes de bandidos y de autoridades indiferentes, podemos decir, con palabras de Covarrubias:

> Los Zapotecas del Istmo son uno de los más progresistas y emprendedores entre las comunidades más primitivas en México y al adentrarse a su vida diaria, a su comportamiento y modo de pensar, tomando en cuenta su pasado histórico, nos ayudará a comprender a uno de los pueblos más característicos de América.[4]

En estos momentos de gran desarrollo industrial en el sur de nuestra república, es altamente relevante el ejemplo de sobrevivencia de un pueblo indígena que ha logrado mezclar sin detrimento de su individualidad, sus tradiciones con la cultura hispana.

> . . .preferían salvar su dignidad e independencia a través de una constante actividad y resistencia masiva[5]

---

[3] Covarrubias, Miguel, *Mexico South*, pp. 253, 254.
[4] Covarrubias, Miguel, *Mexico South*, p. 242.
[5] Covarrubias, Miguel, *Mexico South*, p. 245.

Covarrubias, con genialidad nos muestra la importancia de la conservación de su lengua, que ha dado origen a la formación de centros literarios zapotecas. Mediante un relato de la vida cotidiana resalta las tradiciones prehispánicas: el trabajo de la tierra para el hombre, el comercio en el mercado para la mujer, que es la institución de mayor importancia en esta sociedad matriarcal, la organización social por barrios, las sociedades cooperativas que tal vez se basan en un parentesco consanguíneo, la construcción de la casa para los recién casados en que participan los parientes, el vestido, y en especial las faldas de caracol que hacen con hilo teñido con técnicas prehispánicas, los discursos en las bodas, el temor a los nahuales...

Covarrubias no aporta soluciones a los problemas que presenta tanto de indígenas como de mestizos. Sin embargo, sí señala a través de sus páginas, varios posibles caminos: la conservación de las lenguas indígenas, algunos aspectos de la organización social, la continua actividad de las comunidades. Aspectos que indiscutiblemente pueden ser promovidos por nuestras autoridades.

Sus aportaciones a la Arqueología merecen mención especial. Desarrolla sus ideas en el libro ya mencionado, *El Sur de México*; *El Aguila, el Jaguar y la Serpiente*; *El Arte Indígena de México y Centroamérica*, así como en varios artículos sobre los Olmecas y la cultura de Mezcala.

La Arqueología en México anterior a 1950, nos dice el Dr. Ignacio Bernal,[6] ha tenido como principal ocupación el solucionar problemas cronológicos con el objeto de colocar debidamente la sucesión de culturas y épocas, así como sus interrelaciones. Para ello ha recurrido a los estudios estratigráficos y tipológicos principalmente de cerámica y figuritas, y desde luego a los fechamientos de carbono catorce, habiéndose logrado buenos resultados en establecer secuencias histórico regionales y las fronteras de Mesoamérica en sus diferentes épocas. Con estas bases la Arqueología empezó a salir de la fase descriptiva para entrar en la interpretativa.

---

[6] Bernal, Ignacio. *Historia de la Arqueología en México*, Cap. VIII. Editorial Porrúa, 1979, México.

¿Cómo colaboró Covarrubias en esta labor? Sus dotes personales de artista y sus conocimientos arqueológicos lo llevaron a discutir este problema a través de los motivos y estilos de las manifestaciones artísticas. Sus trabajos logran demostrar que manejando estas variables es posible hacer proposiciones en los siguientes aspectos:

1. Determinar la existencia de culturas con su distribución y cronología.
2. Establecer las interrelaciones entre diferentes culturas.
3. Proponer cambios sociales y políticos.
4. La posibilidad de encontrar el origen de algunos de los principales conceptos religiosos y sus representaciones respectivas.
5. La posibilidad de demostrar las ideas difusionistas o los paralelismos culturales.

Considera que el llamado arte primitivo no lo es en realidad, sino que es también el resultado de un largo proceso de selección y estilización condicionado por el desarrollo de la técnica. En él existe una tendencia naturalista, pero también a veces existe la intención deliberada de crear un código secreto que exprese ideas que deben guardarse del no iniciado. En estas representaciones simbólicas el artista generalmente reduce las formas. Considera también que entre más compleja es una cultura es más dominante el elemento estético.

Para él, el artista de la América Media frecuentemente fue más allá de las limitaciones de la tradición para crear formas y composiciones que alcanzan la creación del verdadero genio, teniendo cada cultura sus especializaciones artísticas.[7]

Con estas bases teóricas, expuestas a través de sus obras, propone en la II Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, en 1942, una mayor antigüedad a la cultura Olmeca del sur de Veracruz que a la Maya, colocándola en el

[7] Covarrubias, Miguel, *The Eagle, the Jaguar and the Serpent*, pp. 94-97, A. Knopf, 1954. New York.

horizonte Preclásico. Presenta como testimonio de esta gran antigüedad al arcaísmo de la concepción y falta de simbolismos complejos en sus esculturas y figuritas, frente al barroquismo posterior. Propone además, que el arte Olmeca pudo haber tenido su origen en la costa o en los valles de las laderas de Guerrero y Oaxaca que miran al Pacífico, por haber aparecido en estas regiones sus formas más arcaicas. Este arte Olmeca de la costa pacífica entra por el noreste a Veracruz y por el sur a Guatemala y Honduras. Así, la ciudad de La Venta fue tal vez el último reducto de esta cultura. Pudo haber sido la cultura madre más importante, si no la única, del desarrollo de la civilización mesoamericana.

Sus excavaciones en Tlatilco en 1942, donde hace varios pozos estratigráficos y descubre doscientos entierros, le permiten proponer la influencia Olmeca en el Valle de México, lo que ocasionó cambios en su estructura social. También a través del estilo nos presenta un cuadro por demás interesante mostrando la evolución de la máscara del jaguar presente en la cultura Olmeca, en los dioses de la lluvia Chac, Tajín, Tláloc y Cosijo de la época clásica.[8]

Deja así la obra de Miguel Covarrubias un camino a seguir en las investigaciones arqueológicas, etnográficas y sobre Historia del Arte y también una clara conciencia de la importancia de la Antropología en la formación de nuestra individualidad como nación.

Constanza Vega Sosa

[8] Covarrubias, Miguel, *Arte Indígena de México y Centroamérica*, pp. 83, 91, Fig. 22, Universidad Nacional de México, 1961.

INTRODUCCION

En el pasado se acostumbraba considerar a México una tierra estéril: grandes regiones semidesérticas que erizaban de cactos y magueyes; un lugar de víboras de cascabel y burritos; de ojos negros y enigmáticos asomados entre sombreros de paja y sarapes llamativos; de mujeres tímidas de dulces modales que, envueltas en sus rebozos, se desplazaban como sombras; de cuatreros dartañanescos que rascaban guitarras y se engalanaban de calzones de charro tachonados de plata. Era una especie de nación comedia musical, donde periódicamente se levantaban contra sus amos españoles los peones oprimidos, a quienes encabezaban generales bandidos de magníficos bigotes y piel morena, cuyo exterior despiadado y sanguinario disimulaba un patriótico corazón de oro.

Gradualmente, esta imagen romántica se ha sustituido con un concepto menos espectacular y más preciso del país, adquirido a través de la experiencia personal de los viajeros y debido a una comprensión más profunda del arte y la historia, la economía y la sociología de México que ha logrado una nueva generación de científicos y estudiosos más liberales e imparciales. Casi todo el mundo sabe algo de los aztecas y su emperador Moctezuma, de los mayas, creadores de la civilización indígena que con frecuencia se estima la más desarrollada de las encontradas en el continente americano. Las ciudades mayas ocultas en la selva tropical se han convertido en el objeto de estudio especial y predilecto de los arqueólogos norteamericanos; las bibliotecas se han llenado de novelas cuya acción trans-

curre en México, de relatos sobre las revoluciones desconcertantes de México, de estudios contravertidos de la política, los conflictos religiosos, las luchas agrarias y las crisis petroleras del país, de un sinfín de libros nuevos sobre el arte y la arqueología mexicana.

Como resultado de estas investigaciones febriles, los científicos, artistas, sociólogos y simples turistas, han estudiado detalladamente tanto el centro de México como la península de Yucatán; pero dentro de esta información e interpretación masiva, prácticamente no se encuentran datos sobre la angosta franja de tierra, inmensamente importante, que es el puente entre estas dos regiones: el Istmo de Tehuantepec.

Durante años he visitado el Istmo de Tehuantepec por la atracción que tenían para mí sus contrastes violentos: su matorral árido; sus selvas que parecían ser extraídas de un lienzo de Rousseau; el toque oriental de sus mercados, donde mujeres indígenas parlanchinas vestidas como aves tripicales, hablan lenguas tonales que recuerdan a uno de China; el porte majestuoso y la elegancia clásica de las tehuanas mientras caminan al mercado con regio donaire llevando sobre sus cabezas enormes cargas de frutas y flores o bailan al son de las melodías *swing* de moda, descalzas, pero vestidas de magníficas sedas y adornadas con collares hechos de monedas de oro que valen centenares de dólares.

En estos viajes frecuentes al Istmo, entre excursiones a Nueva York y al Lejano Oriente, hice muchas amistades con personas de las que uno nunca espera volver a ver pero que nunca olvida. Empecé a explorar las partes más remotas de la región: a caballo por las sierras; por avión a lugares accesibles sólo por ese medio o por carreta; a ingenios cooperativos y campos petroleros expropiados; a comunidades agrarias que vivían aterrorizadas por la posibilidad de ataques asesinos de las "guardias blancas" a sueldo de los antiguos terratenientes; e, inclusive, a las selvas amplísimas, casi impenetrables, como invitado de cazadores y arqueólogos.

Una vez que me puse a rascar la superficie de esta región y que me di cuenta de la complejidad de sus innumerables fa-

cetas y problemas, se volvió imperante obtener mayores conocimientos. Me vi impelido a ahondar en las crónicas antiguas del Istmo, a leer historias locales, a discutir con arqueólogos, economistas, políticos, dirigentes sindicales, campesinos, terratenientes, mujeres del mercado y viajantes. Busqué informes y documentos del período en que el Istmo era un paraíso para los promotores ferrocarrileros y los magnates petroleros norteamericanos resueltos a sacar partido; estudié las lenguas zapotecas; fui de carrera a varias ruinas recién descubiertas o a la inauguración de caminos, presas, escuelas; incluso, escuché las quejas y las aspiraciones de maestros de escuela, miembros de tribus, campesinos, trabajadores y tenderos, en fin, a todas las personas del pueblo que han luchado a lo largo de los años para sobrevivir en un mundo hostil y aguerrido que no comprenden muy bien. El resultado es este libro, cuyo objetivo es el de presentar al público lector la historia de una región olvidada y fascinante, una tierra que está aislada debido, por un lado, a sierras imponentes y, por el otro, a selvas aún no exploradas; que está comunicada con el resto de México y el mundo exterior solamente a través de angostas brechas de montaña, de un ferrocarril desvencijado y, en años recientes, de vuelos de aviones tres veces por semana.

El Istmo de Tehuantepec es un cuello de botella hecho de selva y matorral y que tercian en partes iguales los estados de Veracruz y Oaxaca; que separa, en vez de unir, cuatro estados importantes —Yucatán, Campeche, Tabasco y Chiapas— de la parte restante de México. Es la frontera natural entre la América del Norte y la América Central, el punto donde las grandes cadenas de montañas que descienden por el continente, se desmenuzan para formar cerros bajos de pasos estrechos que, desde los tiempos de Cortés, han atraído repetidamente el interés como ruta realizable entre los océanos Atlántico y Pacífico.

La vertiente que atraviesa el centro del Istmo y que separa las llanuras del Atlántico de las del Pacífico consiste de cerros ondulados, fértiles valles elevados que son ricos en café, caña de azúcar y frutas, así como mesetas frescas que al este se convierten en las salvajes e inexploradas montañas de Chi-

malapa envueltas en vegetación selvática. Las llanuras del Atlántico que abarcan la parte sur del estado de Veracruz, son un vasto depósito aluvial de suelo negro y rico, de un espesor hasta de seis metros, de fertilidad sin paralelo y que atraviesan en todas direcciones grandes ríos y muchos arroyos; cubren estas llanuras selvas lluviosas, donde se talan caobas y otras maderas duras y muy preciadas y praderas tropicales que proporcionan excelentes pasturas para ganado, a pesar del calor y de los insectos feroces que las infestan. En la actualidad se yerguen sobre los antes indeseados llanos conjuntos de torres de perforación petrolera, en lugares donde lagos negros formados por filtraciones de asfalto y petróleo inutilizaban la tierra para la agricultura. Llueve constantemente al sur de Veracruz y el clima es húmedo y sofocante. Las tierras bajas del lado del Pacífico son áridas, cubiertas de un matorral espinoso, desesperadamente carentes de lluvia y agua para riego, donde el suelo arenoso apenas permite subsistir a los ingeniosos y trabajadores zapotecas. Contrasta con esta infecundidad prevaleciente de la región el oasis encantador que es Tehuantepec, población situada entre huertas verdes y exuberantes y milpas productivas, gracias a las aguas del Río Tehuantepec, una de las pocas corrientes que no se secan durante los seis largos meses de una temporada de sequía en que suele hacer mucho viento y polvo.

En ambas costas del Istmo hay puertos soporíferos y atascados de arena: Puerto México (Coatzacoalcos), en la costa del Golfo de México, y Salina Cruz en el Pacífico, cerca de las lagunas que lindan con el Golfo de Tehuantepec. Fue en estas lagunas donde Cortés construyó las primeras naves marítimas armadas en América y, desde ahí, se embarcó con su expedición para descubrir las Californias. Hoy en día, estas lagunas son el último refugio de los primitivos indios huaves, señores de la región de Tehuantepec hasta que les despojaran de sus tierras los zapotecas.

El istmo de Tehuantepec está situado en el centro estratégico de una comarca que, muy probablemente, fue donde el hombre del continente americano pudo evolucionar más allá de su con-

dición de nómada bárbaro y llegar a ser un agricultor sedentario de civilización muy elevada. Allí fueron desarrolladas artes poderosas y técnicas impresionantes, logros que se combisaron con un impulso íntimo de erigir ciudades monumentales y esculturas colosales. En todos lados del Istmo existían naciones indígenas que gobernaban aristocracias refinadas e intensamente religiosas que se batían mutuamente en guerras incesantes. Les sojuzgaron con facilidad los aventureros españoles encabezados por Cortés y los frailes fanáticos y politizados de principios del siglo XVI que impusieron la civilización europea al Nuevo Mundo, a costa de la cultura y libertad de los indígenas. Cortés tuvo la perspicacia suficiente de comprender el poder latente de Istmo y fue el primero que buscara una ruta de comunicación entre los océanos Atlántico y Pacífico; emprendió expediciones prolongadas y arduas a través del territorio del Istmo para hallar un camino corto de un lado a otro de las Américas, el cual hubiera transformado los siete mares en un vedado español.

Esta idea de una ruta transístmica fue resuscitada intermitentemente durante los siglos subsecuentes, mientras sangraban al país invasiones extranjeras, sublevaciones y guerras civiles; fueron acometidos proyectos de canales y vías férreas fantasmagóricas para el transporte terrestre de barcos e, invariablemente, los planes quedaban frustrados debido a intereses antagónicos, situaciones políticas y guerras que mantenían al Istmo en constante agitación. En aquel entonces México no era sino un enorme país feudal de latifundistas ausentes, una fuente de bienes baratos y muy redituables producidos por una población laboral que vivía oprimida y en la miseria. Por fin se construyó un ferrocarril a través del Istmo, pero éste llegó demasiado tarde. Después de sólo unos cuantos años de operación exitosa, las esperanzas de que el Ferrocarril de Tehuantepec resultara el proyecto definitivo de transporte interoceánico fueron destruidas al inaugurarse el Canal de Panamá.

La lucha revolucionaria estalló nuevamente en México en 1910. Los campesinos oprimidos se levantaron contra la dictadura e, inesperadamente, triunfaron. De las llamas de la revo-

lución emergió un México nuevo y sin precedentes. Acosado aún por la corrupción y codicia heredadas del pasado, pero con un renovado anhelo de justicia y reforma social. Por primera vez las personas bien intencionadas se fijaron en la población indígena, olvidada y detestada durante cuatro siglos, totalmente carente de la preparación social y económica necesaria para vivir en el mundo moderno. Se descubrió que los grupos indígenas, no obstante su pobreza e ignorancia, todavía conservaban culturas sencillas que contenían valiosos elementos artísticos y éticos susceptibles al aliento y desarrollo. El cambio gradual en los gustos artísticos del mundo occidental, al librarse del academismo sofocante del siglo XIX, puso al descubierto nuevos valores estéticos en el arte indígena tradicional y contemporáneo y dio un poderoso estímulo al renacimiento de la expresión artística mexicana. En el ámbito administrativo del gobierno y la industria, nuevos ideales sociales y económicos provocaron un resurgimiento del deseo de progresar, al grado de que se produjeron resultados tangibles en los niveles de vida de un pueblo que por mucho tiempo se resignaba a vivir en condiciones apenas superiores a las de los animales.

Actualmente, en este México diferente, bajo los impulsos encontrados del progreso social y el conservatismo reaccionario, la población del Istmo es una mezcla heterogénea y desequilibrada. Por un lado, están los trabajadores azucareros y petroleros; los jornaleros de las grandes fincas de plátano, tabaco y piña; los agraristas de una generación de lucha: indígenas jóvenes de ideas modernas y energías insospechadas y frescas; un tipo diferente de militares; maestros de escuela jóvenes; campesinos zapotecas emprendedores y sus mujeres elegantes, hábiles y activas. Por el otro lado, se encuentran los latifundistas y los comerciantes, los caciques y los politicastros; estos últimos pistoleros despóticos cuyo entusiasmo verbal por la causa del pueblo sólo es comparable a su servilismo real a los enemigos tradicionales del pueblo. En su conjunto, el Istmo es un microcosmos del México más grande y cada elemento que integra el país, así como los conflictos que el antagonismo mutuo que dichos elementos han generado en otras partes, están

perfectamente bien representados en la región ístmica. Considerado en todos sus aspectos, el Istmo amerita un estudio cuidadoso que, por el abandono y aislamiento del lugar, nunca se le ha hecho. No hay la menor duda de que toda la región será aprovechada en forma más general antes de pasar muchos años más, ya que sus posibilidades inherentes son inacabables si se le dota de carreteras nuevas, un sistema adecuado de transportes, riego moderno y un programa de colonización sagazmente administrado; pero lo que esos esfuerzos produzcan en términos de valores humanos y materiales dependerá enteramente de la inteligencia, perspicacia y sentido de solidaridad con que se lleven a cabo los cambios.

Este libro no es un estudio exhaustivo de ninguno de los muchos temas que en él son tratados y lo es mucho menos de todo el Istmo. Más bien pretendo crear una imagen panorámica de la situación contemporánea del Istmo como el resultado de sus antecedentes históricos. La primera parte de esta obra trata de la mitad moderna al norte del Istmo, de sus luchas sociales y sus diversos problemas como comarca atrasada en proceso de adaptarse a las necesidades y modalidades de la civilización industrial y también del impacto de dicha civilización en la cultura indígena tradicional. En diferentes partes del texto nos hemos permitido explorar el pasado indígena, la arqueología del Istmo, y analizar, basándonos en las reliquias descubiertas, lo que se sabe de los pueblos y tribus que en otras épocas habitaban la región. La segunda parte, que se fundamenta por completo en la experiencia y observación personal, es una visión entrañable de los zapotecas modernos del Istmo que viven dentro o cerca de las dos capitales de esta raza vigorosa: Juchitán y Tehuantepec. Se presenta en cierto detalle un estudio de su vida cotidiana, organización social, manera de trabajar, sus artes y artesanías, folklore, lenguaje y cultura tradicional.

Nuestro conocimiento de las culturas antiguas de estos pueblos está creciendo constantemente, a la vez que los valores modernos del arte nos han ayudado a comprender mejor un arte que, hasta recientemente, habíamos desconocido y menospreciado. Actualmente discernimos valores universales y eternos

de arte en nuestras culturas indígenas, las cuales han sido elevadas a un nivel relativo de importancia frente a las de los egipcios, griegos, chinos e indios orientales, como parte de nuestro legado artístico universal.

PRIMERA PARTE

LAS CUESTAS DEL ATLANTICO

I

EL SUR DE VERACRUZ: UMBRAL DE LOS TROPICOS

Durante cuatrocientos años el puerto de Veracruz ha sido la puerta de entrada a México. Allí, en una arenosa playa desierta, desembarcó Cortés junto con su pandilla de aventureros en el año 1519 y construyeron la primera ciudad europea en tierra firme americana, de la cual saldrían, en años posteriores, las oleadas de colonizadores españoles que llegaban para fundar la Nueva España. Durante el periodo colonial, no se alentó el comercio y el temor a las sorpresivas incursiones de los piratas impidió el establecimiento de otros puertos. Sólo dos —Veracruz sobre el Golfo de México y Acapulco sobre el Pacífico— servían para dirigir el volumen reducido, pero en constante aumento, del tráfico entre el Oriente y Europa y que pasaba por México: especie de cámara de compensación a mitad de camino. Fue a través de Veracruz que los españoles sobrevivientes de la guerra de la Independencia de 1810 a 1821 salieron del país. También en Veracruz una flota de buques de guerra norteamericanos desembarcaron infantes de marina y tropas, en el año 1847; regresaron en 1914 y luego de bombardear la ciudad, la ocuparon durante el apogeo de la llamada época del Gran Garrote. En 1864 desembarcó en Veracruz Maximiliano de Habsburgo invitado por los conservadores mexicanos y protegido por la flota francesa, pero encontró las calles vacías y las casas cerradas: un mal augurio para lo

que habría de ser el último intento, de corta vida, por establecer a un emperador títere europeo en un trono americano.

El puerto de Veracruz, metrópoli del estado del mismo nombre, es hoy una ciudad alegre y colorida, un típico puerto latinoamericano que conoció mejores días antes del advenimiento de los ferrocarriles, las carreteras, las líneas aéreas y sus crisis mundiales. Su barrio ribereño, azotado por las tormentas, es clásico de su especie: malecones, muelles, depósitos, agentes aduaneros vestidos con monos blancos arrugados y estibadores con monos de color azul desteñido; los puestos de comida y las ostionerías donde el menú es estrictamente "shore dinner" incluye pescado frito, tartas o empanadas de jaiba y otros platos exóticos tales como pulpo y cazón (cría de tiburón), servidos con el fondo musical de los últimos éxitos transmitidos a todo volumen por monumentales aparatos tragamonedas. Los balnearios populares, cercados con redes de protección contra los tiburones, son frecuentados por tímidas madres en trajes de baño pasados de moda, que chapotean torpemente cerca de la costa y se alborotan llenas de aprensión cuando sus jóvenes hijas, que lucen modernos trajes de una sola pieza, se aventuran a nadar pasando las rompientes acompañadas de un guapo salvavidas. Los esqueletos de hierros enmohecidos de algunos barcos que naufragaron a lo largo de esta traicionera costa yacen varados como monstruos carcomidos por la podredumbre, proporcionando a los niños fantásticos lugares de juego y diversión.

La ciudad misma, igual que todos los pueblos mexicanos, se concentra en la plaza donde las noches de domingo la banda de la policía da impresionantes conciertos de danzones, la música local bailable, que alterna con arias operísticas, mientras la juventud de Veracruz desfila en interminables vueltas alrededor del pequeño parque: los muchachos en una dirección, las chicas en la otra, con el acompañamiento de fugaces miradas de coqueteo. Dos lados de la plaza están flanqueados por la catedral y por el ayuntamiento, ambos construidos en el siglo XVIII y cuyas fachadas de piedra han sido ahora incongruentemente renovadas con cemento. Los otros dos lados son largas

galerías con arcadas que protegen las casillas de los cambistas, los puestos o quioscos de cigarrillos, las cervecerías, los cafés y restaurantes y las tiendas de curiosidades llenas de conchas y caracoles marinos, pieles de reptiles y unas pocas chucherías de sobrantes de nácar de fabricación alemana y baratijas de celuloide recubiertas con una capa de madreperla procedentes de Japón, a las que cínicamente se les ha puesto un rótulo que dice "Recuerdo de Veracruz".

La tranquila y despreocupada vida de Veracruz fluye bajo las arcadas y sobre las mesas de cubierta de mármol de cafés y restaurantes, con sus relumbrantes azulejos blancos y cromos y con sus antiguos ventiladores eléctricos suspendidos de altísimos techos cuyas grandes hélices refrescan la atmósfera. A los veracruzanos les encanta comer bien y exigen que sus bebidas sean heladas y su café negro y fuerte; cuando se sientan en la cafetería es para cerrar algún trato comercial, leer su periódico político favorito, o simplemente cultivar el arte de la conversación frívola, al mismo tiempo que eluden, con la facilidad de la larga práctica, los importunos asedios de los lustradores de zapatos, los vendedores de billetes de lotería, cigarros locales, falsos peines de carey, monos y guacamayos vivos, y las exhibiciones subrepticias de calcetines de seda, cigarrillos norteamericanos y paños ingleses (supuestamente contrabandeados) a "mitad" de precio.

La parte que corresponde al centro de Veracruz está formada por altas casas con sus fachadas revocadas y pintadas en rosados, azules o castaños de tonos pastel, con largos balcones sobresalientes hechos de madera torneada (porque el aire marino tropical enmohece demasiado rápidamente el hierro). Las calles laterales son limpias y pintorescas, y las frecuentan incongruentemente negros zopilotes de cabeza calva, mansos como gallinas, que transitan por ellas sin que nada ni nadie los perturbe excepto los automóviles que pasan a toda carrera, y que los zopilotes eluden con torpes brincos. Constituyen valiosos colaboradores del departamento de limpieza de las calles y una antigua ley impone una multa de cinco pesos a la persona que mate a una de estas repulsivas aves.

Cuando en las noches calurosas uno desea respirar un poco de aire marino, puede tomar el tranvía abierto que va a Villa del Mar y que, con gran traqueteo y sacudidas de toda su estructura, atraviesa pintorescos suburbios constituidos por diminutas casas de tablas de chilla y techos de tejas, pintadas con insólitas tonalidades de pálidos colores salmón, ocres o cerúleos azules, con puertas verde esmeralda y verjas de madera, plantadas en medio de pequeños jardines donde crecen amontonados en forma desordenada almendros, adelfas, hibiscos, taros, acacias, llamaradas y casuarinas. A la puesta del sol, las familias de todas las casas estarán sentadas en mecedoras y banquitos bajos, delante de la puerta abierta de par en par, que deja ver un interior brillantemente iluminado de habitaciones de colores chillones, sobrecargadas de muebles, pesados roperos de madera con espejos a todo lo largo, y enormes camas con colchas de ganchillo entretejidas con cintas de seda de colores chillones.

Villa del Mar, o más bien lo que los huracanes han dejado del lugar, es un entablado medio destruido, de paseo a orillas del mar situado frente a un gran salón de baile, donde toda la juventud veracruzana se reúne los domingos por la noche para bailar el swing norteamericano intercalado con números de danzón. El danzón, baile regional de Veracruz no es nativo en cuanto a su origen, ya que fue importado del Africa vía Cuba, pero ha adquirido un fuerte sabor local —intenso, seguro de sí mismo y lleno de magnificencia erótica— que le es totalmente característico. Las risas, las cabriolas bastante ridículas de los aficionados al jazz desaparecen y quedan completamente olvidadas cuando comienza a sonar el danzón con un triufante fragor de metales, acompañado con ásperos instrumentos de viento y madera, ritmos intrincadamente golpeados en dos retumbantes timbales de diferente diapasón, y del persistente sonido estridente del güiro, un instrumento hecho con un fruto de la calabacera o güira al que se le han hecho muescas. Se trata de una exuberante e impetuosa música primitiva adaptada a instrumentos modernos; las frases musicales se desdoblan en variaciones, que se continúan una tras otra en una seductora sucesión

de texturas sonoras, creando embriagadores y sensuales ritmos mediante su simple yuxtaposición.

Las parejas danzantes ocupan la pista de baile con una solemnidad casi religiosa. Acicalados hombres jóvenes en mangas de camisa y muchachas de piel morena con ojos de mirada ardiente, vestidos cortos de colores brillantes, piernas desnudas y sandalias de tacones altos, se mueven pausadamente con pequeños pasos con los que delinean los cuatro lados de un cuadrado invisible, los hombros quietos, los rostros inmutables y un ritmo apenas perceptible de las rodillas y las caderas. Un melodioso intermedio sin metales ni instrumentos de percusión, introducción al tema principal, es una señal para que los bailarines se detengan y se separen. Los muchachos adoptan un aire de hastío y las chicas se abanican y se reacomodan los vestidos y el pelo hasta que el toque repentino de los metales y el retumbar de los tambores los ponen a bailar de nuevo con pasos cortos, lentos y graciosos. Poco a poco, la música se vuelve más picante, más apasionada, más bronca hasta que súbitamente se interrumpe. Pero las parejas continúan bailando. Sigue una corta frase, una versión de mayor despliegue orquestal, del tema básico y del persistente y apremiante ritmo. Y se producen más golpes de los tambores, crece el rechinar del güiro; suenan cada vez más fuerte los cobres y la estridencia de los clarinetes va en aumento, a medida que crece el ritmo y los bailarines aceleran sus pasos. Pero conservan la serenidad, y sus rostros imperturbables no delatan en ningún momento las fuertes corrientes subterráneas de sexo que existen en esta danza, la cual finaliza de manera brusca con cuatro golpes secos. Las parejas se separan, las chicas retornan a sus lugares, los muchachos se van a amontonar en las entradas del salón de baile, a la espera de que el siguiente danzón reanude la orgía de ritmo.

El danzón es esencialmente una danza de los trópicos: apasionada, precisa y sin embargo calmada y serena; una síntesis de complicidad sexual que logra el milagro de ser al mismo tiempo tempestuosa y circunspecta, licenciosa y digna.

Veracruz tiene fama de ser el estado más firmemente liberal de México, y ha sido la cuna de famosos poetas, historia-

El Danzón.

dores, periodistas, estadistas, líderes y patriotas de todo tipo; pero también ha soportado los abusos de despóticos caciques, célebres pistoleros y bandidos crueles. En todo conflicto armado, Veracruz siempre ha optado por el lado liberal, ha sido la sede de gobiernos progresistas en ejercicio, y fue heroicamente defendido contra las agresiones imperialistas de España, Francia e incluso de los Estados Unidos. En Veracruz nacieron líderes indios tales como Félix Luna y Serafín Olarte, totonacas de sangre pura que mantuvieron a raya a los realistas en la Guerra de la Independencia de España. Cuando ya todos los demás habían renunciado a la lucha, con la sola excepción del general insurgente Vicente Guerrero, Olarte continuó peleando durante ocho años (1813-1821) a la cabeza de tres o cuatro mil indios armados con arcos y flechas con puntas de piedra. Veracruz vio las payasadas del dictador Santa Anna, apoyó con firmeza la causa reformista del Lincoln mexicano, Benito Juárez, y sembró la primera semilla de la revolución contra la dictadura de Díaz. En 1907, los obreros de la gran fábrica textil de Río Blanco se alzaron en huelga, la primera del país, con la que sólo consiguieron ser despiadadamente abatidos por las armas de fuego de las tropas federales; tantas fueron las víctimas que causaron las balas de los soldados, que los cadáveres de los obreros tuvieron que ser apilados en vagones de plataforma, llevados a Veracruz y arrojados al mar. Veracruz presenció el alzamiento de los campesinos que se unieron al líder Ursulo Galván, quien ahora está enterrado en un mausoleo espectacularmente ubicado en la cumbre de una montaña cerca de Jalapa; también fue testigo de las escandalosas huelgas de renta ocurridas hace unos veinte años, cuando las clases medias pobres del puerto formaron un Sindicato de Inquilinos quienes simplemente pusieron banderas negras y rojas en sus puertas y se negaron a pagar los exorbitantes alquileres. Su líder era un zapatero cojo, Herón Proal, quien fue perseguido por las autoridades y, con el tiempo, deportado a Guatemala, su supuesta tierra natal. Pero en dicho país se le negó la entrada fue regresado a México, donde misteriosamente desapareció y ya nunca más volvió a saberse de él. En el estado de Veracruz existen

en la actualidad numerosas cooperativas de trabajadores, y hasta la pequeña línea tranviaria del puerto es una modesta pero eficaz cooperativa.

Es lógico que en este estado, uno de los más ricos de México y donde la llama revolucionaria arde con particular brillantez, las fuerzas de la reacción empleen métodos ilegales e insólitamente siniestros para sofocar el movimiento de reforma social que está surgiendo. Para observar de cerca el conflicto, visitamos la región azucarera y platanera, en la cuenca del Papaloapan; la región de los Tuxtlas, donde todavía los campesinos agrarios luchan encarnizadamente y Coatzacoalcos, donde la industria petrolera acaba de ser expropiada.

Veracruz es el lógico punto de partida para cualquier excursión al sur tropical, y ahí abordamos el autovía hacia Alvarado: un trolebús Toonerville al que se le ha añadido un viejo motor Ford y se le ha dado la apariencia de un vagón común de ferrocarril. Estuvimos viajando durante dos horas sobre los vacilantes rieles de trocha angosta; era una fragante noche de mayo y nos rodeaba un océano de brillantes chispas verdes, las linternas de miles de cocuyos que corroboraban la canción popular que en ese entonces estaba de moda en Veracruz: "Vibración de cocuyos que con su luz, bordan de lentejuela la obscuridad..." Los insectos se metieron volando en el tren y entonces tuvo lugar una cacería del cocuyo; resultaron ser pequeños escarabajos negros con dos manchas fosforescentes a cada lado del tórax que despiden una luz brillante, fría o de color verde claro. Cuando se lo captura, el cocuyo agita su dorso con un ruido chasqueante, poniendo imprudentemente al descubierto un gancho natural córneo debajo de su cuerpo, a través del cual las muchachas de la región pasan un hilo o un alfiler de seguridad para usar al cocuyo en el pelo o en su vestido. La dueña de esta joya viva la alimenta amorosamente como una mascota, guardándola dentro de un trozo de caña de azúcar o en una botella llena de trocitos de madera podrida y agua azucarada. Nuestro guía en este viaje recordó que en su juventud era costumbre regalarle a la novia un ramillete realzado con cocuyos vivos.

El escarabajo *cocuyo* (Familia Elateridae, ¿Alaus lusciosus?).

Alvarado es un soñoliento y decadente puerto de pescadores situado en la punta misma de una de las dos estrechas lenguas de tierra que separan el mar del intrincado sistema de lagunas, riachuelos y marismas, en los que desembocan muchos grandes ríos: el Papaloapan, "Río de las Mariposas", el Tesechoacán, el río de San Juan, el río Hondo, el río Blanco y muchos otros. Estos ríos descienden de las altas sierras de Oaxaca y Puebla, muy separados entre sí; nacen como simples arroyuelos montañosos que se abren paso descendiendo por las laderas, aumentando su caudal constantemente, todos ellos hacia un destino común: las extensas llanuras selváticas del sur de Veracruz, serpenteando y retorciéndose; formando islas y lagunas; derramándose en grandes ciénegas pobladas de garzas blancas. Esta región pantanosa, conocida como La Mixtequilla,[1] o Sotavento, rica en ganado vacuno y tierra labrantía —en la que se culti-

[1] En tiempos de los indígenas, la tierra costera situada al sur de Veracruz recibía el nombre de *Chalchihuecan*, "Lugar de la Dama Faldas de Jade", la antigua diosa de las aguas estancadas. Hoy se la conoce con el nombre de la "Pequeña Mixteca" porque, según W. Jiménez Moreno, estuvo en otro tiempo habitada por olmecas de habla mixteca (analizados en el Capítulo iv, p. 169), acaso una dependencia de la Gran Mixteca del estado de Oaxaca. Con el tiempo, la lengua mixteca fue reemplazada por el náhuatl, el idioma de los toltecas; finalmente, después de la Conquista española, la región se castellanizó por completo, al punto de que en la actualidad es raro el anciano que todavía recuerda alguna de las lenguas indígenas.

van los diminutos frijoles negros que han dado fama a Veracruz, maíz, chile y caña de azúcar— constituye una unidad definida con características propias y una personalidad fascinante.

Los costeños constituyen un tipo humano peculiar, esencialmente una mezcla de sangre española, india y negra, con un característico acento cortado que les da un peculiar encanto: eliminan todas las eses de final de palabras, las mujeres son morenas y coquetas, de carácter dulce, tranquilo y modales sueltos, y siempre usan flores en el pelo. Los hombres son de contextura delgada, pero fuerte y nerviosa, están quemados por el sol, tienen ojos de un intenso color negro, narices aguileñas, largas patillas, bigotes recortados y dientes en mal estado. Tienen un permanente sentido del humor, despreocupado, mordaz y ocurrente, con una tendencia a tomar la vida muy a la ligera, y se distinguen por una excesiva afición por la poesía y el sexo, que combinan como las bases de su filosofía de la vida. Todo varón, desde los diez años de edad, posee el talento natural de improvisar versos para piropear a una chica, comentar algún acontecimiento político o insultar a un rival. En esta región prevalece el más absoluto sentido de igualdad, y entre esta gente nunca se tropieza con el tipo de indígena escurridizo de las altas mesetas, quien jamás mira directamente a los ojos. Los costeños visten todos de la misma manera: prendas de algodón ordinario, las mujeres; camisa o camiseta, pantalones y un sombrero ancho de paja, los hombres. A diferencia de los nativos de otras partes del México rural, todos ellos usan, o al menos poseen, un par de zapatos.

Pasaríamos la noche en el viejo trapiche de San Francisco,[2] que ahora es una cooperativa obrera, para continuar hacia Tecolapan y la selva, al día siguiente. Llegamos al trapiche después de haber navegado durante tres horas y media en una lancha de motor por el Papaloapan, habiendo pasado por la Laguna del Tequiapan y cruzado estrechos arroyos, en una región de praderías salpicadas de bovinos y garzas, interrumpidas

[2] En la mayoría de los mapas figura con su antiguo nombre de El Naranjal.

Pescador de Alvarado.

por agrestes montes de arbustos bajos, en los que cada tanto se alza una gigantesca ceiba.

El trapiche estaba trabajando a toda presión; cuadrillas de sudorosos obreros se movían de un lado a otro en medio de un calor sofocante, envueltos en las nubes de vapor que despedían las calderas —la atmósfera impregnada del nauseabundo olor dulce de la melaza y el alcohol de la fermentación— y en medio de montañas de las cañas de azúcar de color magenta que constantemente trae y descarga allí el pequeño ferrocarril del trapiche.

Contiguo al trapiche, y como una prolongación de él, está el pueblo de Villa Lerdo de Tejada, habitado por alrededor de 4 000 personas: azucareros, cañeros y sus familias, que viven en casas de tablones de madera y techo de paja pintadas de blanco y azul. El pueblo cuenta con un bien cuidado parquecito, un gran salón para reuniones sindicales, una plaza circular de cemento para bailes públicos, un estudio de fotógrafo, dos muchachas dentistas y las inevitables tiendas generales, puestos de refrescos y sala de juegos y apuestas. Villa Lerdo alardea de poseer un hospital y seis escuelas mantenidos por el Sindicato de Trabajadores Azucareros, que superan la cantidad normal de ese tipo de instituciones para un pueblo de su tamaño; pero cuando lo visitamos no había cine, pues el local que funcionaba como sala cinematográfica había sido destruido por un incendio.

La historia del trapiche y de cómo llegó a convertirse en una cooperativa de trabajadores, resume la historia de la evolución social de Veracruz y, en realidad, del resto de México. Nos la contó su administrador, contratado por un salario desde los días de sus anteriores dueños, y dos viejos trabajadores, uno de los cuales había sido un guardaespaldas de los antiguos jefes y que, según sus propias palabras, se había "reformado".

El ingenio de azúcar empezó como una industria organizada cuando, a principios del siglo, el dueño de un primitivo trapiche de madera entró en sociedad con un jefe político local quien, gracias al puesto que ocupaba, podía abastecer al ingenio

en desarrollo de mano de obra sacada de la cárcel. Los convictos eran, en su mayoría, presos políticos, intelectuales y hombres de la clase media que se oponían a la dictadura de Díaz, y que eran vendidos como los esclavos en la antigüedad desde las colonias penales: en realidad, campos políticos de concentración. Vivían en barracas rodeadas de empalizadas, vigilados por guardias y con sabuesos, a los que se les pagaba una simulación de jornal, unos pocos centavos diarios que rápidamente regresaban a los bolsillos de los dueños del ingenio, por intermedio de la tienda instalada por la misma compañía, y a la que se le había puesto el nombre infamante de *tienda de raya*. Se les entregaban viejos costales de azúcar que ellos usaban como prendas de vestir atadas alrededor de la cintura con una cuerda, y comían en jarros de lata. Trabajaban de sol a sol, y los intentos de fuga o cualquier forma de insubordinación eran castigados con bárbaros azotes administrados con varas enrolladas de flexible *cayuyo*. Muchos no podían resistir el clima, el trabajo agobiante y la brutalidad de los guardias; prueba de ello es la gran cantidad de esqueletos que se encuentran cuando se ara un viejo campo o milpa.

Estas increíbles condiciones de vida perduraron hasta el estallido de la Revolución de 1910 que derrocó al dictador. Pero, entre tanto, el ingenio había cambiado de dueño con bastante frecuencia. Su último propietario particular fue un astuto español que anteriormente fuera un empleado de los dueños del ingenio, una rica familia de hacendados de Los Tuxtlas, con una de cuyas hijas se había casado. Cuando sobrevino la primera guerra mundial y el precio del azúcar se fue a las nubes, el español se convirtió en el principal especulador de la región; compraba y mantenía en reserva enormes acopios de azúcar. Pero el armisticio provocó el derrumbe del precio de dicho artículo, y entonces el acaparador y explotador de la situación de estado de guerra se encontró en la ruina. Al poco tiempo murió, dejando a su viuda desposeída de cuanto tenía por dos bancos que le hipotecaron fuertemente el ingenio.

Hacia 1923, la situación había cambiado considerablemente, y el estándar de vida de los trabajadores comenzó a mejo-

rar. En el ingenio de San Francisco recibían de noventa centavos a un peso con veinte centavos (cuarenta y cinco a sesenta centavos de la moneda norteamericana al tipo de cambio de esa época) por una jornada de doce horas. Los campesinos recibían menos de cincuenta centavos (veinticinco centavos de dólar) por tonelada de caña de azúcar; pero como también el costo de la vida se había elevado, los trabajadores del azúcar seguían siendo pobres. Al año siguiente, el evangelio del sindicalismo apareció por primera vez en el ingenio azucarero. Se formó un Sindicato de Obreros del Azúcar, constituido por alrededor de cuarenta miembros activos los cuales, muy estratégicamente, declararon su primera huelga en la temporada de la zafra. Se pidió ayuda a las tropas, pero los huelguistas supieron conquistar la simpatía de los soldados y ganaron la huelga, logrando que les aumentaran el salario colectivo a 1.60 (moneda mexicana) por una jornada de ocho horas. Este triunfo encendió la chispa que se extendió por todo Papaloapan; en cada ingenio y trapiche se organizaron sindicatos, y a los pocos meses quedó constituido el poderoso Sindicato de Trabajadores del Azúcar.

La política mexicana cambia de dirección de la manera más repentina e inesperada y el destino del sindicalismo sufre las consecuencias de estos virajes, perdiendo o ganando terreno según el gobierno se incline hacia la derecha o hacia la izquierda. Las inumerables huelgas y trifulcas ocurridas en años pasados, habían apilado una gran suma de dinero a favor del sindicato, concedido por la ley mexicana para pagar horas extras de trabajo y salarios atrasados. El sindicato entabló juicio, pero el caso se demoró durante largo tiempo en los tribunales de la ciudad de México. Mientras los representantes del banco discutían y postergaban aún más la decisión en la Junta de Trabajo, los obreros del ingenio decidieron no esperar más tiempo y expropiaron su fuente de trabajo en forma pacífica. En agosto de 1936 se constituyó formalmente en una cooperativa; se conservó al anterior administrador con el mismo sueldo, y se hicieron arreglos para comprarle, a los bancos, el decrépito trapiche en cuotas a largo plazo. Las 500 hectáreas de la planta-

ción azucarera pertenecientes al ingenio fueron entregadas como ejidos (tierras comunales) a los campesinos de Villa Lerdo, de acuerdo con la antigua tradición rural mexicana. Los campesinos le venden al ingenio la producción de esta tierra y reciben de la cooperativa respaldo financiero más un porcentaje de las ganancias. A su vez, los obreros del trapiche reciben un salario y una participación de las ganancias. Para ellos, es una cuestión de honor hacer que su cooperativa resulte todo un éxito "aunque más no sea para enseñarles cómo se hacen las cosas a esos de Zacatepec", una flamante cooperativa mantenida por el gobierno, que se instaló en el estado de Morelos. Se enorgullecían, en el año 1939, de haber pagado todas sus deudas a término, y de haber invertido alrededor de dos millones de pesos en maquinaria, camiones, etcétera, todo ello flamante, a pesar de las abrumadoras desventajas como, por ejemplo, la falta de adecuados medios de comunicación y de desagües, la competencia y el control de los mercados y los precios por parte de un poderoso *trust* azucarero manipulado por políticos y por un extranjero, dueño de un trapiche. Se quejaban de la indiferencia del gobierno hacia sus esfuerzos y de los impuestos que tenían que pagar, tan elevados como los de cualquier ingenio privado. Al preguntarle si alguna vez el trapiche había estado inactivo, un viejo trabajador replicó, con cierto tono de orgullo personal: "Nunca, ni siquiera cuando todos trabajábamos sin esperanza".

El huapango

Pero no todo es política y problemas sociales en la vida de Veracruz; cada domingo por la noche y en ocasión de bodas y cumpleaños, en Alvarado, Tlaliscoyan, Villa Lerdo, Tlacotalpan, hasta el Papaloapan en la parte norte y Los Coatzacoalcos al sur, en Los Tuxtlas y en Tuxtepec, ya muy adentro de la región platanera, dos cohetes voladores lanzados a la caída del sol anuncian que habrá un *guapango* o *fandango*, el acontecimiento social de la semana al que asisten incluso las gentes que viven muy lejos en los diseminados caseríos. Llegan de todas

las direcciones: los hombres a caballo, las mujeres en carromatos de altas ruedas.

En cada pueblo y en toda ranchería hay una especial plataforma de madera (tarima), una especie de caja de armonía levantada a pocos centímetros del piso, con orificios abiertos en los costados para darle resonancia, y rodeada de bancos para el público. En un costado o esquina se colocan los músicos: dos tocan las jaranas, especies de ukuleles, es decir pequeñas guitarras de cuatro cuerdas, que ejecutan un ritmo enérgico adornado con veloces y floridas variaciones interpretadas en un arpa de fabricación casera o en un requinto, otra jarana que toca melodías puntuadas con una larga hoja o espada de cuerno o asta.[3] Un cantor se lanza a entonar su canción en un agudo, punzante falsete, con una peculiar caída de tono al final de la estrofa: tres o cuatro versos, gritados más que cantados, que son retomados por otro cantor. Ambos se alternan en la entonación de las sucesivas estrofas, repitiendo los versos en un agudo *staccato*, el uno terminando la cuarteta iniciada por el compañero.

Para invitar a una chica a bailar, el hombre se acerca a ella y sin pronunciar palabra se quita el sombrero; si la muchacha acepta, lo sigue indiferentemente hasta la plataforma, en donde las inmutables parejas se forman en dos filas enfrentadas; las mujeres, independientemente de la edad y la belleza, llevan cintas de satén, flores y luminosos cocuyos en el pelo, un gran chal de seda sobre los hombros; los hombres llevan puestos pantalones recientemente planchados. Entran en ritmo de la danza con un agudo y bien calculado martilleo de los pies: una vez con el talón, dos veces con la punta del pie, los brazos sueltos y los ojos bajos en los rostros hieráticos. Las parejas giran acercándose y alejándose, el zapateo se vuelve más intenso y los versos de la canción vuelan de un cantor a otro, in-

[3] El complejo ritmo del huapango consiste en: la melodía, es decir los versos que se cantan con variaciones de arpa y que es de 2/4; los metales, para los cuales se usa un ritmo de 3/4; y el acompañamiento, de 6/8; a lo cual se añaden los intrincados ritmos que marcan sobre la plataforma de madera los pies de los bailarines.

terrumpidos sólo por intervalos durante los cuales se beben rondas de *toros*: alcohol puro apenas diluido con agua y sazonado con jugos de frutas y azúcar. Oímos que uno de los cantores pide un trago con estas palabra: "¡Oye, *compañero*, como no me des otro *toro*, mi eco no aguantará!".

Los bailarines sacuden la hueca plataforma con sus pies: tokoto-ko, to-ko, tokotoko, to-ko, siempre con el mismo aire de indiferencia y con la misma recatada dignidad, toda su atención concentrada en los pasos de la danza. Los participantes nunca sonríen ni hacen comentarios, y cuando la mujer se cansa de bailar, o si su compañero no es de su agrado, simplemente se aleja sin mirarlo siquiera. Nuevas parejas se suman al baile, otras salen de él, a voluntad y de la manera más informal. Está permitido "cortar" colocándole a una muchacha el propio sombrero (galear) mientras ella está bailando; pero la joven se quita el sombrero cuando no desea cambiar su pareja por el recién llegado, o bien puede suceder que el hombre que está bailando con ella le retire el sombrero de la cabeza y lo retenga en sus manos hasta que la pieza termina, y un hombre que esté sobrio nunca insistirá. Pero si nada de esto ocurre, la costumbre impone que el compañero deje de inmediato su lugar al nuevo postulante.

El bailarín que quiera lucirse debe danzar con una botella de licor sobre la cabeza, al ritmo de la *Bamba*, o bien atar y desatar una faja con complicados pasos de baile. Existen bailes para mujeres solas y otros para parejas. Hay una gran variedad de melodías llamadas *sones*, cada uno con su particular estilo de ejecución y con pasos especiales; un cantor de Villa Lerdo nos enumeró dichos sones; algunos tienen nombres de animales: *El Topo*, *El Gavilán*, *El Palomo*, *La Iguana*, *El Guacamayo*, *El Pájaro Cú*, las viejas y las nuevas canciones del *Pájaro Carpintero*, *Los Monos*, *El Balajú* y *El Sacamandú*, estas dos últimas sobre toros; la segunda es una imitación de una corrida: el hombre hace pases a su compañera usando un pañuelo a manera de capa de torero. Otras canciones llevan nombres de pasos de baile, por ejemplo: *El Zapateado*, *El Jarabe*, *La Bamba*, *El Buscapiés*, o nombres de cosas comunes o que carecen en

absoluto de sentido, como *Los Enanitos*, *El Coco*, *Los Chiles Verdes*, *El Siquisirí*, *El Piripití*, etcétera. Hay un son llamado *Panaderos*, que sirve para obligar a alguna reconocida buena bailarina que se encapricha en no exhibir su arte, a pasar a la pista, porque si se niega, el público mostrará su disgusto con fuertes chiflidos. El hombre que la invita pronto se sale de la plataforma y la joven tiene que ejecutar un solo, siendo los músicos los que eligen la melodía y los pasos.

A pesar de su aparente originalidad, el *guapango* es un descendiente directo de la antigua música andaluza trasplantada a la selva por sus intérpretes mitad indígenas, mitad negros. El baile se prolonga toda la noche bajo las palmeras y las estrellas; los danzarines, los músicos y el público quedan totalmente embriagados por el obsesivo ritmo de las *jaranas*, por el martilleo de los pies de los que bailan y por los fuertes *toros* que beben. Las palabras de las canciones no son para nada inocentes y puras; cuando no son francamente descaradas, cargadas del peculiar erotismo obsesivo de los tropicales veracruzanos, contienen impúdicos comentarios acerca de los presentes. En general son intraducibles; sin embargo, algunos ejemplos tomados al azar pueden darle al lector una idea de su estilo y su espíritu:

Esta guitarrita mía
tiene lengua y quiere hablar;
solamente le faltan los ojos
para ponerse a llorar...

Dices que me quieres mucho,
es mentira tú me engañas;
en un corazón tan chico
no pueden caber dos almas.

Desde que te conocí
me enamoró tu talento;
quise prendarme de ti

porque eras de mi contento:
perla, diamante, rubí,
estrella del firmamento.

En una jaula de plata
se quejaba un pajarito
y en el quejido relata
de un modo muy exquisito:
Dicen que el amor no mata
pero lastima un poquito.

La mujer es una pera
allá subida en la altura
ya revienta de madura
y de repente se cae,
y el que menos lo espera
disfruta de su hermosura.

Soy de la opinión del pueblo
qu'el mejor gusto del hombre
es, si te quise, no me acuerdo,
si te tuve no se donde,
y para mejor decirte
ni me acuerdo de tu nombre.

Dichoso el árbol que da
uvas, peras y granadas:
pero más dichoso yo
que tengo a diez contratadas:
tres solteras, tres viudas,
y también cuatro casadas.

A la una me parieron,
a las dos me bautizaron,
a las tres supe de amores,
a las cuatro me casaron,
a las cinco tuve una hija,
y a las seis se la tronaron.

Una, dos, tres, cuatro, cinco,
cinco, cuatro, tres, dos, una;
siete y siete son catorce,
tres por siete veintiuna;
en Veracruz sale el sol
y en Acapulco la luna.

Ahora sí están unidos
Alvarado y Tlacotalpan,
ya solamente los separa
el gran río Papaloapan.

En el transcurso de la noche, los hombres que tienen talento poético improvisan y cantan versos acerca de alguien que está en la plataforma de baile; cada improvisación es contestada por otro con alguna agudeza bien rimada. Con frecuencia estas competencias de ingenio y habilidad poética se convierten en duelos de palabras entre dos rivales; las cuartetas se vuelven cada vez más agresivas, y la muchacha que es el objeto de la disputa continúa bailando con los ojos bajos y aparentando despreocupación ante la amenazante tormenta, hasta que el trueque de insultos poéticos termina en una sangrienta batalla a machetazos. Pero el baile no se interrumpe, y la inminente tragedia es pasada por alto por los celebrantes, quienes vienen y van sacudiendo enérgicamente, como sonámbulos, la sonora plataforma. Sólo cuando abandonan la pista de baile vuelven a convertirse en seres humanos comunes que ríen, intercambian bromas, se emborrachan, hacen el amor o se matan entre sí.

El Huapango.

II

LOS TUXTLAS: TIERRA, POLITICA Y MUERTE SUBITA

Más allá de los llanos del sur de Veracruz se levanta la cadena de los Tuxtlas, un imponente grupo de volcanes que forman una gigantesca hoya de fértil y oscura tierra tapizada con lujuriante vegetación tropical, atravesada en todas direcciones por ríos torrentosos y tachonada de cascadas y serenos lagos volcánicos.

El más elevado y el más turbulento de estos volcanes es el pico de San Martín (de casi 1 400 metros de altura). Actualmente inactivo, entró furiosamente en erupción por última vez en marzo de 1783. Un testigo ocular, el científico y explorador José Mariano Moziño, nos dejó una vívida descripción del aterrador estruendo subterráneo que precedió a una gran columna de fuego que se alzó del cráter "como fuegos artificiales disparados al cielo".[1] El fantástico espectáculo duró dos días, seguido de seis horas de movimientos sísmicos y lluvia de arena. Dos meses y medio más tarde se produjo la segunda erupción, esta vez más violenta. A las columnas de fuego y a las piedras al rojo vivo que salían disparadas del cráter, se añadieron enormes nubes de ceniza flotante que oscurecieron el cielo al punto de tener que encenderse las lámparas de aceite en mitad del día, y tal fue la confusión o aturdimiento que sufrieron los pájaros de la selva que en muchos lugares el silvestre guaco se dejaba

[1] Apéndice de *Noticias de Nutka* (México, 1913).

atrapar simplemente con la mano. Se organizaron procesiones y la gente, reunida en muchedumbre, dirigía plegarias de lamento a Nuestra Señora del Volcán, venerada todavía hoy en Lago Catemaco como la santa patrona de toda la región. Hubo necesidad de quitar a paladas la arena y las cenizas acumuladas sobre los techos para que no derrumbasen los edificios con su peso. La ceniza que flotaba en el aire llegó hasta Oaxaca, situada a casi 300 kilómetros tierra adentro en línea recta. La tercera erupción se produjo en junio y continuó alternándose con devastadoras tormentas hasta octubre, oscureciendo el cielo durante treinta días seguidos, según afirma Moziño y ocultando de la vista incluso las montañas más cercanas.

La forma normal de llegar a esta exuberante explosión de la naturaleza es por medio de un antiguo ramal de ferrocarril que se puede abordar en el empalme de Rodríguez Clara (nombre de un famoso líder agrario), anteriormente llamado El Burro. Rodríguez Clara es apenas algo más que un puñado de chozas de paja y casuchas con techo de lámina, donde un viejo chino, que los viajantes conocen como Samuel regentea el hotel del Ferrocarril desde hace más de treinta años. Al anochecer el ramal de San Andrés se acopla al tren regular que viene de Veracruz y se dirige al Istmo. Viajamos de noche atravesando un misterioso panorama iluminado por la luna —las siluetas de las montañas, vegetación tropical, chozas, antiguos túmulos funerarios indígenas— en un viejo furgón convertido, con su pintura todavía fresca y pegajosa, y con un tabique o división para separar a las clases primera y segunda que son casi idénticas, y con sus pasajeros apenas visibles bajo la pálida luz de una fuliginosa lámpara de aceite suspendida del techo.

La primera estación, donde ya se había iniciado un melancólico baile, era Cuautotolapan, escenario de una colosal matanza reciente que nos tenía inquietos a todos. Los pasajeros se contaban, en cuchicheos, la historia de Perico Navarrete, hijo de un hacendado local, que había sido emboscado y asesinado por un cacique rival. Un grupo numeroso de parientes y amigos del cacique estaban celebrando un funeral, y al llegar al cementerio de Cuautotolapan, Navarrete y sus pistoleros abrieron

fuego sobre el cortejo, matando a once personas.[2] Se desató una encarnizada batalla a tiros en el cementerio, hasta que los agresores se retiraron después de haber perdido a nueve de sus hombres. Navarrete huyó a ocultarse en la selva y fue cazado como un animal salvaje por haberse levantado en armas contra el gobierno. Un año después, volvimos a tener noticias de él. Por uno de esos inexplicables cambios de la política, Navarrete fue perdonado y sus crímenes recompensados con una amnistía. Pero sus enemigos no perdonaban tan rápida y fácilmente; cierta noche en que Navarrete viajaba en el tren que iba rumbo a Ixtepec, se bajó del vagón de segunda clase donde viajaba su guardaespaldas, para pasarse al vagón pullman donde tenía su litera. En el andén, un desconocido le disparó directamente al estómago. Todavía pudo Navarrete desenfundar su automática, dispararle al que lo había atacado y saltar, malherido, a la selva. Dos días más tarde fue hallado, muerto, y todos los que vivían en Los Tuxtlas lanzaron un profundo suspiro de alivio.

Una abigarrada multitud de campesinos se apretujaba en el sector de segunda clase de nuestro desvencijado vagón; la otra mitad estaba ocupada por comerciantes de segunda clase, hombrecitos de piel oscura, con bigotes recortados —evidentemente funcionarios del gobierno o del ferrocarril— y por una curiosa afluencia de viajantes alemanes de productos químicos que miraban, actuaban y hablaban como agentes nazis.[3] Un joven capitán del ejército, acompañado de dos imponentes soldados con rifles amartillados, rastrilló el tren buscando a portadores de

---

[2] *El Universal*, ciudad de México, 23 de marzo de 1940.

[3] Puesto que Los Tuxtlas se encuentran ubicados en un lugar remoto y olvidado, todavía hoy es uno de los baluartes del feudalismo más despiadado. El comercio se encuentra en su mayor parte en manos de comerciantes españoles y alemanes y de plantadores, que durante décadas han explotado a los indígenas haciendo lo que les place y, por supuesto, ayudados por políticos locales corruptos. Es lógico que la región se hubiese transformado en un paraíso para los agentes nazis y los espías fascistas disfrazados de vendedores viajantes. Se los desalojó de la región cuando México le declaró la guerra a Alemania, pero desgraciadamente sus aliados y discípulos han quedado allí, con el propósito de impedir que se introduzcan medidas progresistas e ideas avanzadas que disminuirían sus ganancias en el negocio. Recurren al crimen, a las emboscadas y a los incendios premeditados para quitar del camino a los líderes obreros o a los campesinos que se vuelven demasiado gritones y rebeldes.

armas de fuego que no tuvieran las correspondientes licencias. No hay nada más eficaz para soltar las lenguas que una larga y aburrida noche sentado en un tren abarrotado de gente; el joven oficial empezó a contarnos sus desalentadoras experiencias en la captura de cuatreros que luego eran dejados rápida y significativamente en libertad por las autoridades locales. Siempre el caballo o la vaca robados provenían de las comunidades agrarias y siempre, también, la culpa de esos robos recaía en los jefes de dichas comunidades. Nos contó relatos horripilantes acerca de líderes campesinos emboscados, de crímenes por venganza, de campesinos arrancados de sus hogares; todos esos relatos se caracterizaban por una atmósfera explosiva de intriga y terrorismo, la cual despertó nuestro interés por realizar una investigación.

El tren llegó a San Andrés en la madrugada. Luego hubo una loca carrera en taxi, atravesando calles desiertas hasta llegar al macizo portón del hotel. Tuvimos que golpear con todas nuestras fuerzas para despertar al sereno, quien dormía en ropa interior sobre el piso cerca de la entrada para recibir a los nuevos "pasajeros". Igual que todos los hoteles de los pueblos de la provincia mexicana, a los que nunca llegan los turistas buscadores de diversiones, el hotel de San Andrés es una sólida casa colonial ya muy vieja, construida alrededor de un patio, con una galería sostenida por pesadas columnas y hacia la cual se abren puertas como de fortaleza y ventanas enrejadas, con pisos de ladrillo pintados de rojo, cielo raso con vigas, de los que cuelgan, bien alto, mortecinas bombillas eléctricas que producen una débil luz anaranjada. Invariablemente las paredes están enjalbegadas y tienen un borde pintado de color azul brillante o castaño oscuro. El patio está lleno de macetas con plantas, y del cielo raso cuelgan orquídeas que alternan con jaulas de pájaros. Un típico cuarto de hotel tiene tantas camas cuantas pueda contener. Una o dos en el caso de las habitaciones comunes, y de tres a cinco en las de tamaño desusadamente grande, con el objeto de que puedan ser ocupadas por familias enteras y por participantes de una fiesta o grupos políticos. A los clientes demasiado remilgados respecto de dormir en grupo se les

proporciona un biombo. El mobiliario restante está constituido por un colgador, una mesa, dos sillas, un orinal visiblemente oculto en una pequeña mesa de noche, una escupidera, además de una palangana de hierro esmaltado, una jarra de agua y una cubeta; completando este conjunto destinado a la limpieza personal, siempre hay un diminuto trozo de picante jabón rosado y una toalla de reducido tamaño.

El comedor es simplemente la abierta galería que da al patio, adornada con espejos manchados, carteles anunciadores de distintas marcas de cerveza y almanaques. En un extremo, como un sanctasanctórum, hay un enorme refrigerador esmaltado, sorprendentemente moderno y de línea aerodinámica. Una mujer fea como una bruja o un muchacho sirven las comidas en mesas compartidas, ya que las muchachas resultan demasiado perturbadoras para la moral del hotel y de los viajantes. A la hora del almuerzo impera una tímida atmósfera formal, y cada persona que entra saluda al huésped que está más cerca de la puerta con un "buen provecho", dirigido a todos los que están en el comedor, y que es respondido con un "igualmente". Los platos llegan inexorablemente en rápida sucesión: 1) sopa caliente; 2) arroz y un huevo frito; 3) un estofado, pollo o pescado; 4) un pequeño bistek; 5) frijoles negros; 6) postre; 7) café. Cada persona sirve a veinte o más apurados viajantes o burócratas que no pueden perderse su siesta antes de regresar al trabajo. Luego que oscurece, un pequeño pueblo como San Andrés ofrece pocos entretenimientos. Los huéspedes del hotel se sientan en sillas colocadas en la vereda e intercambian chismes de negocios o de política, o bien escuchan el estridente aparato de radio del hotelero. Antes de las diez, retorna la calma; el portón se cierra con candado, se apagan las luces y entonces el hotel vuelve a quedar sumido en un silencio de tumba.

A la mañana siguiente la luz del día nos permite apreciar que San Andrés Tuxtla[4] es un tranquilo y encantador pueblo de

[4] Hay dos Tuxtlas en la región —San Andrés y Santiago—, a ello se debe que el nombre tradicional de la región sea "Los Tuxtlas". El término es una adulteración del náhuatl Tóztlan, "Lugar de los Guacamayos" y no, como muchos creen, del término *tochtli*, "conejo". En el Volumen V del manuscrito del

otra época, con calles empedradas que resuenan bajo los cascos de los caballos, casas rosadas y azules con techos de tejas cubiertos de musgo y habitado por alrededor de veinticuatro mil gentes de las más gentiles y amables que hasta ahora hemos encontrado. El pueblo está encaramado en lo alto de un profundo valle rodeado por un círculo de montañas de un verde aterciopelado: una tierra de fertilidad sin precedentes, regada en todas direcciones por riachos, cascadas y lagos.

En rigor, la ventaja más notable de Los Tuxtlas es la fertilidad de la tierra; los suburbios de San Andrés se ahogan debajo de una maraña de vegetación tropical y árboles frutales sobrecargados de mangos y chicozapotes, y toda la campiña de los alrededores está totalmente cubierta de sembradíos de maíz, frijoles, tabaco y plátanos. Más allá de los extinguidos cráteres y bajando por las laderas de los volcanes se alza la gran selva en la que nunca penetra la luz solar, rebosante de animales salvajes que llega hasta la orilla misma del Golfo de México.

Más acá, en las inmediaciones de San Andrés, está la famosa "Laguna Encantada", un pequeño lago volcánico que, según la creencia popular, está hechizado, pues supuestamente su nivel se eleva en la estación seca y desciende cuando llueve. El hermoso Lago Catemaco se encuentra situado tan sólo a una hora de distancia de San Andrés, yendo en automóvil; se trata de un espejo enmarcado por selva y montañas. Al borde del lago, sobre una playa sombreada por higueras retorcidas (amate) y bajo las cuales las mujeres lavan ropa todo el día, está situada la aldea de Catemaco, de chozas con techo de palma, donde se custodia la milagrosa imagen de la Virgen del Carmen, patrona del volcán, venerada por los indígenas de cientos de kilómetros a la redonda.

La población nativa de Los Tuxtlas es todavía predominantemente indígena con una fuerte mezcla de sangre española. En los alrededores de los pueblos más grandes los indios ha-

---

siglo XVI que lleva el título de *Papeles de Nueva España*, el término aparece deletreado como *Tustla*; además, en el manuscrito indígena, *Códice Mendocino*, el glifo del nombre de la ciudad es un guacamayo amarillo.

blan nahua,[5] una forma más arcaica de la lengua de los aztecas que ahora sólo recuerdan muy pocas personas ancianas; pero en las laderas de los volcanes Santa Marta y Pajapan, en la estribación meridional de Los Tuxtlas, existen aislados y casi inaccesibles aposentamientos de popolucas, indígenas puros que todavía llevan una imperturbable vida tribal. Estos indios, igual que otros grupos del Istmo de los cuales nos ocuparemos en el capítulo siguiente, forman repúblicas indígenas casi autónomas. Constituyen los últimos vestigios, en el sur de México, de comunidades indígenas que fueron las menos afectadas por la dominación española.

Para los indígenas la Conquista significó tan sólo un cambio de amos: en lugar de estar sometidos a un emperador azteca que se conformaba con prisioneros de guerra y un tributo anual, pasaron a ser los vasallos de aventureros españoles que los esclavizaron, destruyeron su estilo de vida y los despojaron de sus tierras. Por supuesto, Hernán Cortés se reservó lo mejor del botín. Se convirtió en un coleccionista de los valles más fértiles de México, y su *marquesado* incluía, aparte de la zona de Los Tuxtlas, la mayor parte de Veracruz, el istmo de Tehuantepec, Oaxaca y Toluca, lo cual representa un total de alrededor de 45,000 kilómetros cuadrados con una población vasalla de 115,000 indígenas.[6] Cortés era dueño de grandes ingenios azucareros en Los Tuxtlas, pero en la época de Moziño (1763) el principal cultivo era el algodón, posteriormente reemplazado por el tabaco. Durante la dictadura de Díaz, que duró treinta años, surgieron extensas fincas sumamente productivas, plantaciones de tabaco y de caña de azúcar, casi todas en manos de alemanes y españoles, quienes gozaban de todas las ventajas de una gran producción a bajo costo, con lo cual armaron el escenario para el sistema político corrupto, los bajos niveles de vida y los métodos despiadados para aplastar toda oposición, que convirtie-

[5] El antiguo *nahua* o *náhuatl*, el dialecto de Los Tuxtlas, ha desaparecido en la actualidad de los alrededores de las ciudades, pero todavía está en uso en algunas aldeas indígenas de los ríos Cotzacoalcos Inferior y Tonalá. Weitlaner informa que aún se lo conoce en Acula, cerca de Cosamaloapan, y existe un vocabulario que ha sido publicado (Onorio, 1924). (Véase p. 46).

[6] McBride, 1923.

ron a Los Tuxtlas en uno de los últimos baluartes del feudalismo.

La fabricación de cigarros es todavía la principal industria de San Andrés y hay muchas pequeñas fábricas que producen cigarros hechos a mano y que gozan de merecida fama en la región de los alrededores. No obstante, los cigarros están hechos con hojas de calidad inferior, puesto que el mejor tabaco es exportado, o al menos lo era antes de que México entrara en guerra con Alemania a través de la puerta trasera de Los Tuxtlas: la solitaria bahía de Santecomapa, a la que ocasionalmente llegaban barcos extraviados. Cuando visitamos Los Tuxtlas, todavía vivían allí algunos alemanes y españoles, a los que todos miraban con desconfianza, y que administraban los restos de las grandes plantaciones de otros tiempos. Esas tierras les han sido devueltas a los campesinos, divididas en ejidos que ellos trabajan organizados en comunidades agrarias.

Sin embargo, los antiguos hacendados —alemanes, españoles o mexicanos— todavía controlan la producción agrícola local y continúan obteniendo jugosas ganancias del hondamente arraigado sistema de comprar por adelantado las cosechas a los campesinos necesitados y de monopolizar todos los mercados para poder fijar los precios a voluntad. Así, todo almacenero se convierte en un acaparador de maíz, frijol, chile, caña de azúcar o plátanos, a expensas de los indígenas, los cuales no tienen más remedio que venderles sus mercancías al precio que los acaparadores les ofrecen o resignarse a no vender nada. Como resultado, Los Tuxtlas, una de las pocas regiones de México que cuenta con abundancia de agua y de tierra fértil, también es una de las que tiene los más bajos niveles de vida campesina. Una anciana de San Andrés nos habló acerca de los sufrimientos de los pobres a causa del alto costo de la vida, ya que prácticamente todo lo que allí crece es enviado fuera y hay que pagar altos precios por lo que los comerciantes condescienden en vender localmente.

Parece inconcebible que en la hermosa y tranquila San Andrés estos mezquinos intereses fomenten las ponzoñosas intrigas, los interminables relatos de injusticias, las horripilantes

historias de crímenes, asaltos y emboscadas, que una población sobresaltada susurra de boca en boca. Sin embargo, los ciudadanos "representativos" a los que les preguntamos acerca de la alarmante situación, se limitaban a alzar los hombros y a desentenderse de ella atribuyéndola a la "política local a raíz de las próximas elecciones, recrudecida por antiguas enemistades entre las familias" y añadiendo, con un guiño, que uno puede moverse entre los más bravos sin ser molestado.

En un primer momento, fue muy difícil entender la política de San Andrés, pero los relatos de los campesinos locales, de los ciudadanos representativos, de los miembros de la guarnición militar, de los maestros de escuela, de los líderes sindicalistas y de la gente común de San Andrés, aunque eran contradictorios revelaban al ser analizados en conjunto un problema bien definido entre los desposeídos hacendados, que eran respaldados por políticos locales aliados, y los campesinos que se habían adueñado de la tierra, nombres de gentes que al principio nada significaban para nosotros, y comenzaron a cobrar vida como personalidades bien definidas. Nos contaron la historia de Enrique López Güitrón, querido maestro de escuela, líder de los campesinos y que poco antes de nuestra primera visita fuera asesinado por el delito de tratar de dignificar a los campesinos, a los que halló divididos en facciones que luchaban entre sí: la una dominada por los políticos y por sus socios "comerciales", es decir, los antiguos dueños de la tierra y sus secuaces; la otra, la gran mayoría, seguidores del famoso líder indígena Juan Paxtián: un ídolo para los campesinos y un "bandido" para los hacendados.

Güitrón llegó a Los Tuxtlas como director de escuela, se enamoró de la región y se casó una hermosa muchacha lugareña. Se propuso luchar contra la ley de la selva que prevalecía en la zona. Trató de fortalecer a la organización campesina, que, abandonada por las autoridades, lo único que podía hacer era vengarse de la larga serie de asesinatos de campesinos, de los asaltos armados en contra de las comunidades agrarias, de los ataques acompañados de todos los procedimientos conocidos: entrada al pueblo disparando balas a diestra y siniestra, incen-

dio de las chozas, rapto de las mujeres y el constante robo del ganado de los campesinos y que estaba alcanzando las proporciones de un comercio organizado al por mayor. Los saqueos eran llevados a cabo por pandillas de "guardias blancos", la facción campesina dirigida por los enemigos ideológicos y personales de Paxtián y de Güitrón.

El asesinato del profesor Güitrón causó una impresión tan honda entre los campesinos, incluso entre los que no pertenecían a las organizaciones encabezadas por él, que encontramos su nombre pronunciado por todos los labios y su retrato en todas las chozas. Se compuso una balada anónima, con el objeto de que hasta en el lugar más recóndito de Los Tuxtlas, las gentes que no supieran leer ni escribir conocieran la historia de ese mártir. Esta sencilla canción, compuesta según el estilo tradicional del corrido, una forma de periódico oral, narra la historia del líder usando términos directos y de una gran candidez y simplicidad. Fue repartido en hojas sueltas y cantado durante una gigantesca congregación de campesinos armados y a caballo, que tuvo lugar en San Andrés Tuxtla en ocasión del tercer aniversario de la muerte de Güitrón, el 25 de febrero de 1941. A continuación transcribimos dicho corrido:

Fue Enrique López Güitrón
jefe de los profesores
y crueles sinsabores
le daba su profesión.

Los profesores reunía,
y sus ideas predicaba,
que eran las que sostenía
y las que al indio enseñaba.

"Enséñenles a leer,
y a escribir y contar;
pero díganles también
que no dejen de trabajar".

"Que trabajen es muy cierto;
pero también que despierten,
porque al hombre que es despierto,
ni le engañan ni pervierten".

"Díganles que se unifiquen
para que puedan pelear,
pa'que no los sacrifiquen
ni los puedan engañar".

El iba a las rancherías,
los indios le rodeaban
para oír sus teorías,
muy atentos lo escuchaban.

Y los pobres campesinos
le tenían gran confianza;
él iba por los caminos
sin temor a la acechanza.

Buscó al hombre que tuviera
el cariño de las masas;
al hombre que le siguieran
sus compañeros de raza.

Al hombre que combatía
por el bien de sus hermanos;
al que nunca dejaría
de atacar a los tiranos.

El no era de esta región;
pero buscó con afán
y le dijo su razón
que este hombre era Juan Paxtián.

Y Güitrón se fue a buscarle
con afán y con brío;

hasta allá fue a entrevistarle
al poblado de Axochío.

Al mirarse frente a frente
Paxtián y López Güitrón;
los dos gritaron muy fuerte:
¡Viva La Revolución!

Entonces Juan Paxtián dijo
estrechándole las manos:
"Nos uniremos de fijo
pa'luchar por mis hermanos".

"Ya no puedo yo sufrir
estas grandes injusticias
porque el político vil
aprovecha sus malicias,
y con grandes impudicias
quiere al indio dividir.

Y le contestó Güitrón:
"Lucharemos por el indio
y por su unificación,
defendiendo los principios
de nuestra Revolución".

"Que el campesino reclame
lo que le tienen que dar
y que castigue al infame
que lo trate de explotar.

(SEGUNDA PARTE)

Esta es la segunda parte
del corrido de Güitrón,
y yo les pido perdón,

que lo que le falta en arte
le sobra de corazón.

A los maestros decía:
"Trabajen con gran derroche;
al niño enseñen de día,
al trabajador, de noche.

En su cerebro abran brechas,
les instruyan y acompañen;
que al vender sus cosechas
no los exploten y engañen.

A los políticos viles
les gritaba las verdades,
fustigaba a los serviles
y a las malas autoridades.

Las autoridades malas
le tomaron malquerer;
para eso tienen las balas,
también tienen el poder.

Pobre profesor Güitrón,
por decir las verdades,
rompieron tu corazón
las malas autoridades.

Los de Chuniapan de Arriba
llamaron al profesor,
unificarse querían;
y allá fue con gran valor.

Se fue con los de Comoapan,
de Calería y del Salto,
y también los de Tulapan,
sin sospechar el asalto.

Veinticinco de Febrero
fue la fecha señalada,
en Chuniapan se reunieron,
y el acta quedó firmada.

Eran las dos de la tarde;
regresaban satisfechos,
sin pensar que en un repecho
aguardaban los cobardes.

Venía el profesor cantando,
sin que sospechara nada,
cuando los de la emboscada
ya le estaban disparando.

Eran las dos de la tarde,
veinticinco de febrero.
Atravesando el sombrero
entró la bala cobarde.

A los viles miserables
la justicia no castiga;
mas ya es tiempo que se diga
cuáles fueron los culpables.

¿Quién pagó a los asesinos?
¿Quiénes tramaron el plan?
Lo saben los campesinos,
también los de la ciudad.

Asesinaron a un hombre
de tan grande corazón;
el que tenía por nombre
Enrique López Güitrón.

En domingo lo enterraron,
nunca hubo tanta gente;

los campesinos lloraron
al hombre bueno y valiente.

Aquí termina el corrido
de Enrique López Güitrón.
A su viuda lo dedico:
pobre Georgina Carreón.

Sepa que los campesinos
en jamás lo olvidarán,
y que a los asesinos
ellos lo castigarán.

Lejos de ayudar a su verdugo, el sacrificio de López Güitrón despertó mayor entusiasmo por la causa de los campesinos. Estos se reunieron con renovado vigor alrededor de Paxtián, quien se puso al frente del movimiento respaldado por unos 15 000 agraristas, por los sindicatos obreros y por el progresista gobierno de Cárdenas. Pero sus enemigos no se dieron por vencidos; continuaron acosando a las comunidades agrarias, y miles de emboscadas que no tuvieron éxito se armaron para asesinar a Paxtián, quien no podía aventurarse a entrar en territorio enemigo, el dominio de Parra y de Xola, jefes de los "guardias blancos", sin arriesgar su vida. La plaza fuerte de Paxtián es la comunidad de Axochío, un caserío de chozas de paja, en el cual el líder mandó construir una bella escuela sobre los cimientos abandonados de una iglesia que nunca se terminó de levantar. La escuela es una construcción prolija de ladrillo y tejas, con brillantes pisos de cemento, habitaciones separadas para los maestros, un pozo artesiano, e incluso frescos murales pintados por el inspirado artista local, Ramón Cano. Paxtián organizó, además, una "cooperativa de consumidores", que cuenta con una fuerte reserva para competir y destronar, con el tiempo, a los especuladores de granos.

En aquel tiempo, Juan Paxtián era un campesino moreno, flaco, de unos 45 años de edad, muy preocupado por las lluvias y las cosechas: un auténtico agricultor que trabaja con sus pro-

pias manos en la labranza, que tiene una hermosa cabeza indígena huesuda, y una serena y a la vez fogosa mirada que contrasta con un carácter extremadamente tímido y retraído. Su trayectoria es la de un honesto e intransigente luchador a favor de los principios agrarios proclamados por la Revolución, un enérgico hombre de acción y, al mismo tiempo, un idealista bastante desilusionado que ha aprendido a no esperar justicia de los de "arriba".[7] Paxtián tomó las armas en 1913, a la edad de 16 años, para acompañar a su padre, Casimiro Paxtián, en la revolución popular en contra del dipsómano tirano Victoriano Huerta. En esa lucha, Paxtián perdió a su padre, a un tío y a tres hermanos. En 1923 peleó en oposición al levantamiento de Huerta y de nuevo en 1927, como contrario del general Escobar; pero ambos movimientos contrarevolucionarios terminaron en el fracaso. En ese entonces, Paxtián era jefe de las milicias campesinas llamadas "Defensas Rurales" y ya había obtenido el grado de comandante del ejército. Posteriormente se convirtió en alcalde de San Andrés, para consternación de los hacendados, y ocho meses después fue elegido diputado para la legislatura del estado.

La carrera política de Paxtián estaba asegurada: si hubiera sido más "práctico" y menos honesto, habría podido conseguir un lucrativo puesto federal, convirtiéndose en una prominente figura política con un futuro o, aunque más no fuese, en uno de esos prósperos caciques en contra de los cuales había luchado toda su vida. En lugar de ello, prefirió seguir siendo fiel a sus convicciones, y se opuso a más de un plan de la reinante maquinaria política de Veracruz. Su negación a cumplir con las órdenes de arriba le valió su *desafuero*, es decir, la expulsión de la legislatura. Pero ya a esa altura de su desempeño como diputado, Paxtián sabía que no estaba hecho para ser político, de modo que regresó con el fin de organizar a los campe-

[7] Se ha hablado de un salto político dado por Paxtián a favor del subsiguiente gobierno antilaborista de Veracruz. Puesto que conozco a los políticos locales, no atribuyo gran valor a estas vagas acusaciones, y prefiero conservar la fe en la sinceridad del líder campesino, confianza que adquirí a través de mi contacto personal con él.

sinos, y con el tiempo llegó a ser secretario general de la Acción Campesina, la rama campesina de la Federación de Trabajadores de Los Tuxtlas, afiliada a su vez a la poderosa Confederación de Trabajadores Mexicanos. Sin embargo, en el preciso momento en que la unión parecía asegurada, uno de los nueve sectores que constituían el sindicato de campesinos, se separó pasándose a los conservadores. En este hecho radica la clave de las perturbaciones —"simples enemistades entre las familias", de acuerdo con los hacendados— que afligen a Los Tuxtlas. Esta es la raíz y el origen de las correrías, de las emboscadas y del asesinato de Güitrón, quien dedicó todas sus energías a la unificación del campesinado.

A pesar de estar enfermo de malaria crónica, enfermedad que contrajo cuando tuvo que permanecer oculto en la selva, de dirigir a miles de personas y de haber ocupado puestos que pudieron proporcionarle una inmensa fortuna, Juan Paxtián continúa siendo un campesino sencillo, modesto, cuya obsesión es la unidad de su gente, unidad a la que Paxitán aspira como el medio más eficaz para poner fin a la insensata guerra y al inútil derramamiento de sangre. Sus febriles ojos negros se encienden de justa cólera cuando relata las interminables emboscadas, el encarcelamiento de campesinos y de otras gentes y el asesinato de su amigo, el profesor Güitrón: su herida más dolorosa y que jamás le cicatrizará. Nos recita, en un monólogo lento, cargado de resentimiento, la larga lista de las comunidades agrarias que sufren los constantes ataques de los "guardias blancos": Tulapa, Cerro Amarillo, Brevadero, Mazatán, Mazumiapan, Xipilín, Coyole, Pixixiapan, Las Pitayas, Cinco de Mayo, Pueblo Nuevo del Mostal, Maxiapan, Sesecan, El óacaxte, Humiapan, Ventorrollo y otros. "Es una vergüenza que las gentes deban vivir tan miserablemente en una tierra tan rica", dice Paxtián. y luego añade: "Parece como si la Revolución nunca hubiera llegado a Los Tuxtlas".

III

COATZACOALCOS: EL SANTUARIO DE LA SERPIENTE

El Istmo de Tehuantepec empieza propiamente al sur de la Sierra de Los Tuxtlas, en la cuenca del caudaloso Río de Coatzacoalcos. En náhuatl, Coatzacoalcos significa "en el santuario de la serpiente",[1] nombre que también hace pensar en el camino increíblemente sinuoso que sigue esa corriente, desde sus fuentes desconocidas en las montañas de Chimalapa, a través del vasto espacio de la selva inexplorada y las llanuras del sur de Veracruz, hasta desembocar en el Golfo de México. En la antigüedad, la cuenca del Coatzacoalcos constituía la provincia india del mismo nombre. La habitaba una nación rica y muy poblada que, de acuerdo con la leyenda, fue donde nació el más grande de los héroes culturales de México: Quetzalcoatl, "Serpiente Emplumada", señor del viento y del cielo, sabio, sacerdote y gobernante de los ilustres toltecas.

En la actualidad, la cuenca del Coatzacoalcos es una zona selvática prácticamente despoblada, con las excepciones de la ciudad petrolera de Minatitlán, el puerto de Coatzacoalcos (Puerto México), unos cuantos pueblitos de indígenas y campos petroleros y madereros, todos agrupados en el extremo norte del Istmo cerca de la desembocadura del río. Obstruido por la arena, Coatzacoalcos es poco más que un punto de distribución para el petróleo del Istmo. Minatitlán, por su parte, es típico

[1] *Coatzacoalcos* proviene de *coatl*, que significa "serpiente"; *tzacuali*, que quiere decir "santuario" y *co*, cuyo significado es "lugar de".

de los pueblos que sobrevivieron de la época del imperialismo colonial. Sin metas ni propósitos para el futuro, surgió en el lugar donde había existido un aserradero llamado Fábrica, por un lapso breve fue un puerto del Istmo y, recientemente, ha experimentado una expansión rápida debido a la actividad en su refinería. Su población de 18 000 personas lleva una vida tropical que avivan los modernos artículos de lujo en medio de un territorio primitivo de gran amplitud que habitan los indios. Se trató de eliminar los aspectos feos de Minatitlán después de la expropiación petrolera de 1938. Los trabajadores petroleros se dieron el lujo de construir una nueva sede sindical, el zócalo fue "embellecido" con caminos y bancas de cemento y, por la calle principal, se plantaron árboles. A lo largo de ésta, hoy en día hay puestos de refrescos, billares ruidosos, cines hechos de acero corrugado y almacenes bien surtidos que venden grandes volúmenes de mercancías a los trabajadores petroleros: los modelos más recientes de radio consolas, grandes refrigeradores esmaltados, colchones, loza vidriada, relojes de pulsera, juguetes de celuloide, cocteleras y cajas de dulces envueltas en celofán y listones.

El Minatitlán industrial no produce los alimentos que consume. Para nutrirse depende de un mercado agitado que se desborda por las calles aledañas hasta la orilla del río, donde todos los días los pescadores ponen a la venta su captura y donde se descargan grandes piraguas llenas de elotes. Como en todos los pueblos del Istmo, el mercado de Minatitlán está bajo el control de tehuanas, las mujeres zapotecas de Tehuantepec, y los comerciantes del Istmo, quienes importan y revenden los productos de los agricultores del sur.

Se entremezclan con ellos las mujeres nahuas y popolucas, quienes bajan grácil y tímidamente de los autobuses en los que llegan desde sus pueblos para vender frijoles, maíz y frutas. Su indumentaria consiste de blusas escotadas y sin mangas, pañoletas blancas sobre los hombros, faldas enrolladas de tela rayada, modalidad que contrasta con las vestimentas amplias, sueltas, brillantemente teñidas y bordadas de las alegres tehuanas. Estas indias sencillas, que miran boquiabiertas los apara-

dores de las tiendas llenas de objetos misteriosos y fascinantes, provienen de un grupo de aldeas —Cosoleacaque, Otiapa, Zaragoza, Chinameca y Jáltipan— puntos a donde se llega por una brecha mal marcada. Chinameca es un pueblo mestizo, antiguamente un importante centro agrícola y ganadero, cuya categoría se ha reducido a la de una escala menor en el Ferrocarril de Tehuantepec. Se dice que Jáltipan, que también es un pueblo híbrido, en una época se ubicaba junto al Coatzacoalcos, pero que se cambió tierra adentro para eludir las incursiones de piratas. La gente nativa del lugar cree que la célebre Doña Marina —que durante la conquista de México era la amante, intérprete, consejera y estratega india de Cortés— nació en Jáltipan y que está enterrada allí bajo un túmulo artificial, de donde algún día regresará para liberar a los indios de la maldición que les causó.

Doña Marina fue una de esas mujeres cuya vida amorosa hizo historia. De niña, la regalaron a unos comerciantes de Xicalanca después de la muerte de su padre, el cacique de Painala, población que ha desaparecido y que probablemente estaba situada cerca del moderno Oluta. Los de Xicalanca la dieron a unos indios de Tabasco, quienes, a su vez, la regalaron a Cortés como muestra de amistad. Bella, inteligente, de una voluntad de hierro y enamorada de Cortés, se hizo su compañera inseparable, inclusive en lo más reñido de los combates. Fue a través de ella que Cortés se enteró de la política y las divisiones internas en la tierra que se había propuesto conquistar. Además, es indudable que desempeñó un papel destacado en la decisión de los españoles de lanzarse contra los despóticos aztecas, a quienes odiaban todas las naciones de la costa. Cortés logró conquistar a México, pero tenía una esposa española en Cuba y, cuando ésta arribó a México, él creyó conveniente obsequiar a Marina a Alonso Hernández Puertocarrero, uno de sus capitanes. Al poco tiempo, su cónyuge peninsular murió misteriosamente y se cree que le hizo matar el mismo Cortés. Por un tiempo éste y La Malinche vivieron juntos y procrearon un hijo, el mal afamado Martín Cortés. Dos años más tarde (1524), mientras Cortés conducía una expedición, Doña Marina fue obligada a ca-

sarse con un tal Juan Jaramillo, en tanto que Cortés volvió a casarse, esta vez con una mujer noble de España. De entonces en adelante, la vida de Marina está envuelta en el misterio y de su destino, sólo nos queda la leyenda; sin embargo, es sabido que la Corona española le dio una concesión de tierras en la región donde nació, la isla de Tacamichapa en el Río Coatzacoalcos.

La manera de vivir de los indios, que ha cambiado poco desde la época de la Conquista, sobrevive en la actualidad en los hermosos pueblitos de Zaragoza, Otiapa y Cosoleacaque, a pesar de sus resplandecientes iglesias blancas y sus autobuses, así como de la influencia cosmopolita del cercano Minatitlán. Otiapa se distingue entre estos pueblos por contar con la iglesia más grande y nueva, la cual ostenta, además, una torre alta con reloj que evoca el recuerdo de la punta de un pastel de bodas italiano. Otiapa fabrica curiosos impermeables y ponchos recubiertos de hule extraído de árboles silvestres del lugar. En su elaboración, las prendas son estiradas sobre armazones y puestas a secar en la vía pública, donde parecen ser espantapájaros exaltados (Lámina 31a).

El más interesante de estos poblados indios es Cosoleacaque. Sus chozas limpias, rodeadas de patios bien barridos, están irregularmente distribuidas sin formar calles y se comunican unas con otras mediante caminitos serpentinos. Todo tiene un techo natural de vegetación frondosa. Hay en el paraje una amplia gama de árboles tropicales: las grandes ceibas, los majestuosos mangos, hules de troncos cicatrizados, papayos, almendros y plátanos; hibiscos y franchipanieros, zapotes, mameyes y cocoteros. En su conjunto, conforman un trasfondo verdeoscuro que hace contraste con lo cobrizo de la tierra, de las chozas, de los niños desnudos y los torsos descubiertos de las rechonchas mujeres que entran y salen de sus viviendas. Las mujeres acarrean agua, tejen, desvainan el café o muelen maíz. Es una escena idílica de la vida primitiva en su mejor manifestación, que es de paz, sencillez y armonía.

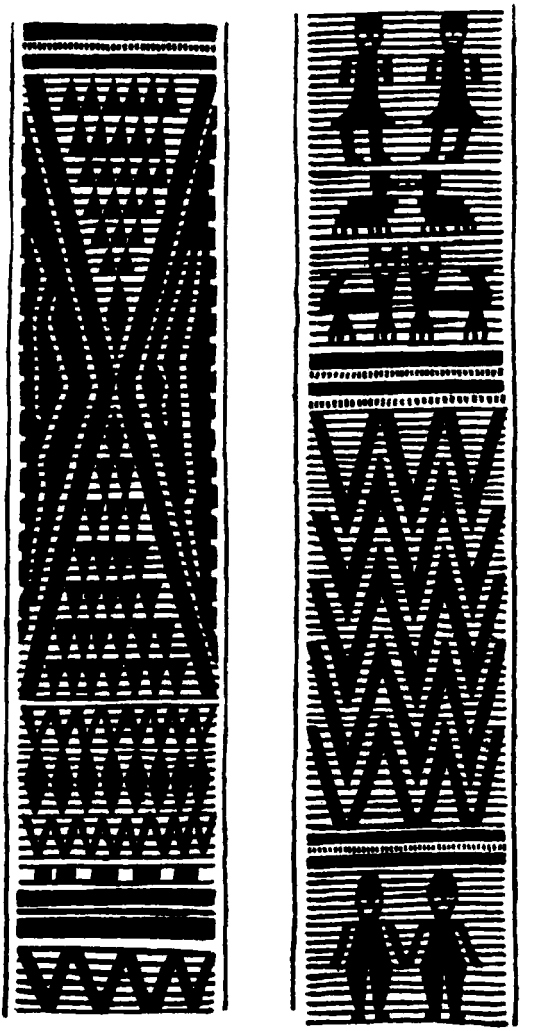
Al centro de la aldea se abre un espacio amplio donde se encuentra una iglesia blanca sin torre que tiene aspecto de gra-

nero. Las vetustas campanas de bronce están suspendidas dentro de un cobertizo con techo de paja situado a un lado. El interior del templo no contiene bancas, ni púlpito, ni confesionario, sino solamente nichos y vitrinas, alegremente pintadas, a lo largo de las paredes, como si fuera museo. Las concavidades tienen sus bóvedas recubiertas de papel de colores y flores de oropel como complemento de las estatuillas de santos talladas desmañadamente en madera y pintadas en tonos llamativos, santos cuyos ojos de vidrio contemplan a uno fijamente y cuyo tamaño es uniforme, como para establecer su igualdad. Entre ellos está presente el inevitable Señor Santiago, montado en un caballo demasiado pequeño y luciendo un casco de legionario romano en la cabeza; también hay efigies de San Isidro Labrador, santo patrón de la lluvia y la agricultura, con su yunta de pequeños bueyes, y de San Felipe, el santo patrón de la aldea, además de las hacedoras de milagros que son las Vírgenes de Guadalupe y de El Carmen Catemaco, entre otros. Los altares están engalanados de manteles bordados, velas, ramilletes de flores, braseros para incienso de copal, puerquitos de barro y elotes como exvotos. Cada objeto representa un milagro realizado o un favor concedido. Los curas católicos brillan por su ausencia y el culto está a cargo de los jefes de la población. Bajo el techo de la iglesia también se guardan tambores primitivos y un palanquín de madera, útiles que se usan para pasear al santo patrón en cortejo solemne el día de su fiesta, homenaje en que bailarines enmascarados ejecutan danzas. El catolicismo es totalmente superficial en esta casa de devoción impregnada de paganismo o, más bien, de ideas cristianas adaptadas a la mentalidad indígena: es la "asimilación" de los santos católicos.

Las casas de Cosoleacaque son pequeñas y rectangulares. Sus paredes se forman con varas entretejidas y embadurnadas nítidamente de barro entre rosa y naranja. Los techos de paja son de dos aguas y se apoyan en horquillas verticales, postes y bambú y el espacio creado en su interior se aprovecha como almacén. Dos puertas alineadas frente a frente y una ventana cuadrada dan la ventilación necesaria. El piso consiste simplemente de tierra compacta, las camas son entrepaños de bambú fija-

dos en las paredes y hay una hamaca para descansar. La gente se sienta en bancas de tosco acabado, sillas diminutas o bloques de madera ahuecados en su base para reducir el peso. Los bebés se mecen en cunas hechas de redes estiradas sobre armazones ovales de madera que penden de las vigas como las charolas de balanza. Jamás falta un altar más o menos bien arreglado de algún santo, que está exclusivamente al servicio de la familia que le rinde culto como una especie de amuleto privado que protege y cura. Otros muebles comunes son: cofres de madera de cuatro patas para guardar ropa, canastas, ollas, herramienta agrícola y telares. El interior de cada choza está recubierto de una capa aterciopelada de hollín, ya que se cocina sobre una fogata que se hace entre tres piedras irregulares puestas en el suelo a manera de sostener la olla de frijoles o el comal de barro en que se cuecen las tortillas. El maíz se remoja en agua de cal y se muele enérgicamente en un metate para preparar la masa. En todo el Istmo se muele el maíz de pie en vez de arrodillarse, como es costumbre en el resto del país. Además, el metate no se pone en el suelo, sino sobre una mesita baja con las patas hundidas en la tierra. La masa se transforma en tortillas al oprimirla entre las anchas hojas del platanillo, planta tropical silvestre, en lugar de golpearla entre las palmas de las manos, que es el procedimiento normal en otras partes.

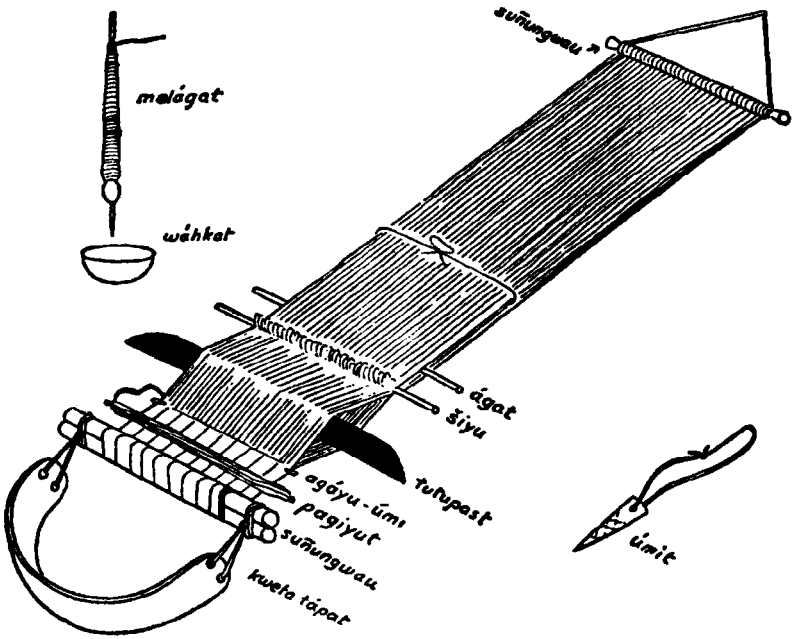
Los habitantes de Cosoleacaque son apuestos y limpios, de rostros finos y cuerpos pequeños, fuertes y gruesos. Los hombres siempre se ausentan de la aldea durante el día por la lejanía de las milpas que trabajan. Como todos los campesinos mexicanos, su indumentaria consiste en pantalón, camisa, sombrero de paja y huaraches; pero las mujeres todavía usan vestimentas idénticas a las de tiempos precolombinos: una falda enrollada de tela tejida a mano con rayas amarillas, rojas, negras y blancas, o azul subido de rayitas blancas o bien, un sustituto similar de manta más corriente de fábrica que compran en Minatitlán. La falda se sostiene en la cintura mediante una tiesa cinta acanalada de manufactura local de tejido complicado y que, muchas veces, se adorna espléndidamente con figuras geométricas y de animales. Arreglan el pelo con dos trenzas entrelazadas



Dibujos de una faja procedente de Cosoleacaque.

de listones rojos, los cuales se cruzan por la nuca y se pasan por la cabeza hacia adelante, donde se hace un moño. Además, invariablemente llevan flores frescas en las trenzas. En casa andan desnudas hasta la cintura y, al salir, tapan los hombros con un paño blanco, rosa o lavanda, para protegerse del sol; pero sus visitas a Minatitlán o las fiestas del pueblo son ocasiones en que se ponen blusas sin mangas con cuellos escotados de punto.

Las telas que tejen en Cosoleacaque, Otiapa y Tesistepec son ejemplos bellos y puros del arte textil de los indios. Las mujeres hilan el algodón en un huso primitivo y un volante de barro que gira dentro de una jícara. Tiñen el hilo con añil de la región y emplean un algodón canela que llaman *kokuyo*, que nosotros no conocíamos. Los indios insisten en colores ab-



Implementos para tejer que se usan en Otiapa.

solutamente firmes, por lo que compran hilo amarillo y rojo de importación que, debido a la guerra, se ha escaseado tanto que el valor de una falda ha subido de veinte a sesenta pesos. Sus telares son del tipo más sencillo: un puñado de varas y trozos de cordón para contener la urdimbre, la que se estira entre un árbol o el poste de la casa y la espalda de la tejedora por medio de una cinta de cuero. La lanzadora es un palo en el que se devana el hilo de la trama. Se pasa entre la urdimbre y se aprieta dándole golpes fuertes con una especie de regla larga de madera dura. Prácticamente todas las mujeres de Cosoleacaque saben tejer faldas, fajas y paños finos y gruesos de diseños muy complejos, productos que usan o venden a sus vecinos. Aparece en la página anterior el dibujo de un telar de Otiapa con los nombres locales de sus componentes, aparato que tipifica los que no tienen influencia española y que emplean los indígenas mexicanos.

Los indios de Cosoleacaque y los otros pueblos ya mencionados hablan una variedad interesante del náhuatl o "mexicano", que los aztecas casi lograron imponer como la lengua universal de México.[2] Una forma arcaica del náhuatl fue el idioma

---

[2] Los popolucas adquirieron poco a poco el idioma nahua debido a una cuña nahua establecida en alguna parte de su territorio, acaso alrededor de Chinameca y de Jáltipan y con el tiempo se dividieron en tres grupos: el grupo cerca de Minatitlán que describimos anteriormente; los que viven al este del río Coatzacoalcos en las aldeas de Ixhuatlan, Moloacan, Zanapa, etc., grupos constituidos por indígenas a los que tradicionalmente se denomina *ahualulcos*, término que es una adulteración de la palabra *ayahualolco*, que significa "rodeado por agua". En un documento del año 1599 (*Visita y Congregación de Coatzacoalcos*, Tomo 2, Expediente 11, Archivo General de la Nación), se afirma explícitamente que el popoluca era hablado hasta Pichucalco, sobre la frontera Tabasco-Chiapas, y que los hombres también hablaban el "mexicano" (nahua), exactamente como hoy hablan el nahua y el castellano, pero que sus mujeres sólo conocían el idioma popoluca. El tercer grupo está constituido por los indígenas que únicamente hablan el popoluca que, de acuerdo con Foster, está formado por cuatro idiomas distintos: el de la Sierra, el de las laderas meridionales de Los Tuxtlas y el de las aldeas de Oluta, Tesistepec y Sayula. *Popoluca* significa "ininteligible" en náhuatl, y es un término despectivo que los mexicanos utilizaban para referirse a aquellos idiomas que no podían entender y a menudo aplicaban el mismo nombre a tribus que no tenían ninguna relación entre sí, como aquellas a las que llamaban *chontal* ("extranjero"), tanto de Oaxaca como de Tabasco; o a los popolucas de Veracruz y los de Puebla, a los cuales denominaremos *popolocas* para disminuir la confusión y diferenciarlos de los popolucas de Veracruz.

de las hordas de indios salvajes que en tiempos remotos emigraron del norte al centro y sur del país. Como conquistadores aguerridos, los bárbaros gradualmente introdujeron su lengua entre los pueblos con que trabaron contacto, facilitando así la expansión imperialista de los aztecas que llegaron a la postre. Los aztecas fueron los últimos inmigrantes de habla náhuatl que penetraron en el sur. Para entonces, aproximadamente el siglo XII, el idioma había sufrido ciertos cambios, entre los cuales destaca la incorporación del fonema característico "tl", que no se usaba en la forma antigua. Esta lengua arcaica se denomina "nahua" para distinguirlo del náhuatl de los aztecas (con su sonido de "tl"), motivo por el que emplearemos el término nahua al referirnos a los indígenas que todavía hablan la variedad más vieja. En Cosoleacaque los hombres hablan perfectamente el español, pero las mujeres suelen expresarse en nahua. Sin embargo, en la actualidad el español está infiltrando mucho su lengua materna. Los niños y las niñas que estudian en las escuelas ya no hablan nahua, así que es sólo cuestión de tiempo, quizás una generación más, la desaparición del idioma en este medio, como ya ha sucedido en otras partes de Veracruz.

Los popolucas

Es muy probable que estos nahuas del Coatzacoalcos sean de la misma cepa de que descienden los popolucas que habitan las vertientes sureñas de Los Tuxtlas y los pueblos cercanos a Acayucan: Tesistepec, Oluta y Sayula. En efecto, los hábitos, el aspecto y la cultura material de los nahuas y los popolucas son tan parecidos que posiblemente sea aplicable a los dos grupos una descripción general de las costumbres. Los dos siguen usando el método de cultivar la tierra que era universal antes de la introducción de los bueyes y caballos: abren un claro en la selva, se llevan la madera útil y queman el resto. Después, aflojan la tierra expuesta entre los tocones carbonizados de los árboles con un palo puntiagudo para meter una por una las semillas y deshierbar con un utensilio hecho de la hoja de un

viejo machete a la que se adapta un mango de madera. Estos campos generalmente se encuentran a muchos kilómetros de las aldeas y son propiedad de quienes los cultiven. En las llanuras de Veracruz siempre llueve y los campesinos pueden sembrar con facilidad dos cosechas al año, en junio y diciembre, sin necesidad de riego. Desconocen el uso de fertilizantes y cuando, después de unos seis años, la tierra se vuelve estéril, simplemente la abandonan y abren un claro en otra parte de la selva. Por primitivos y desperdiciales que sean sus métodos, estos indios producen suficiente maíz y frijol para su propio consumo y para sus ventas foráneas, lo que también puede decirse del café, la piña, el azúcar, la calabaza, el camote, el plátano y muchas otras frutas o verduras tropicales. Crían algo de ganado y tienen pollos, pavos y abejas. Complementan su dieta vegetariana con un poco de caza y pescado. Pescan con redes y con un narcótico, el barbasco, que trituran y tiran a los ríos para privar a los peces y forzarlos a subir a la superficie. También pescan y cazan venados con arco y flecha, armas que los indios no habían utilizado durante largo tiempo y que, curiosamente, volvieron a emplear a raíz de la Revolución de 1910 por la escasez de rifles.[3] Elaboran las puntas de sus flechas con trozos aplanados de alambrón o con limas afiladas. Antiguamente cazaban con escopetas de las que se cargan por la boca; pero desde el fin de las hostilidades el gobierno les ha proporcionado rifles Mauser, para la defensa de sus tierras y el mantenimiento del orden, a la vez que les ha ayudado a formar Guardias Rurales para librar el campo de los bandidos.

Estos indios tienen un profundo sentimiento de la independencia. Sus pueblos constituyen pequeñas repúblicas indígenas que, con respecto a sus asuntos internos, gozan de una autonomía que se reconoce oficialmente. Anteriormente, la iglesia ejercía una autoridad paternalista casi ilimitada entre ellos, control que con frecuencia contaba con la asociación estrecha de los jefes políticos, quienes eran las autoridades locales durante el porfiriato. En el caso de los popolucas, los rituales sociales son

[3] La Farge, 1926.

también prácticamente idénticos a los de los nahuas. Por ejemplo, los partos se realizan a la manera tradicional de los indios, esto es, la mujer sentada y ayudada por una comadrona que le da masaje e infusiones de hierbas durante los dolores. La placenta o se entierra dentro de la casa o se envuelve en hojas que se cuelgan del techo durante quince días, para después colocarse debajo de una piedra en el río. Los gemelos son bien acogidos y se cree que poseen poderes mágicos sobre los animales. Hay la creencia de que los niños que nacen con sus colmillos puedan hablar con los relámpagos. Los dientes de leche de un niño son arrojados por encima del techo de una casa y se hacen plegarias porque el nuevo diente sea tan fuerte como el de un tigre. Los casamientos son sencillos en sumo grado: el pretendiente pide la mano de la muchacha repetidamente a través de un intermediario hasta que le acepten. Las familias de los novios celebran una reunión ritual para conocerse mejor. Después, la boda se efectúa sin formalidades religiosas y hay una comilona. La pareja habita la casa de la novia durante aproximadamente quince días y luego se cambia a una vivienda propia. Es común que un solo hombre tenga dos esposas, quienes a veces conviven con él en una misma casa, pero también viven separadamente. Se afirma que un hombre del pueblo tuvo tres esposas.[4] Al morir un pariente,[5] el cuerpo se tiende entre cuatro velas y directamente sobre una cruz pintada en el suelo. Entonces, se lleva a cabo el típico velorio indígena, al que asisten muchos invitados que consumen gran cantidad de alimentos y bebidas. Al día siguiente se entierra el cuerpo, se cantan elegías, las cuatro velas se ponen entre sus manos dobladas y los dolientes pasan frente a la fosa, persignándose y tirando puñados de tierra a la sepultura. Se dicen oraciones y rosarios durante las nueve noches siguientes y a los veinte días se hace una comilona. Sólo hasta

[4] Los datos sobre los popolucas, a quienes no tuvimos la oportunidad de visitar, los hemos tomado de Foster 1940 y, de La Farge, 1926.

[5] La costumbre que estas gentes tienen de evitar las demostraciones de pesar a la muerte de parientes, es una costumbre generalizada en todo México en el caso del fallecimiento de los niños, de los varones y de las jóvenes que al morir eran vírgenes y solteras, puesto que se considera que mueren como "ángeles", libres de todo pecado y malicia y que, en consecuencia, van derecho al cielo.

entonces pueden los parientes asearse y barrer sus casas. Estos rituales son, naturalmente, una mezcla del catolicismo y las tradiciones indígenas y se asemejan a los practicados por sus vecinos bastante más civilizados, los zapotecas que viven hacia el sur.

Los popolucas son buenos católicos. Veneran a las vírgenes de Catemaco y de Guadalupe. Nunca dejan de tener sus altares bien provistos de flores frescas y velas. Observan sus días festivos escrupulosamente, eventos en que hacen estallar cohetes, redoblan los tambores y ejecutan danzas en homenaje a su santo patrón; pero, al igual que sus vecinos de Cosoleacaque, ni quieren ni confían en los curas, a quienes atribuyen únicamente el poder de exorzar a los brujos y los espíritus malévolos. En cierta ocasión, cuentan los popolucas, un cura bendijo unas rocas sobre las cuales unos brujos habían saltado siete veces, a fin de convertirse en nahuales, bendición que dejó a las piedras sin poderes. Asimismo, los sacerdotes bendijeron unas cataratas detrás de las cuales había cuevas donde moraban unos espíritus silbadores llamados hunchutes, que acto seguido se volvieron inofensivos. Los hunchutes andan montados en armadillos, tienen los pies al revés y sus cabezas son planas arriba pero no contienen sesos, deficiencia que tratan de compensar comiendo los cerebros de los seres humanos. También hay otros fantasmas malvados que habitan la selva, como los diminutos chaneques, negros y desnudos, que son los amos de la caza y la pesca; pero todos ellos resultan inocuos en comparación con los temibles nahuales. Estos son seres humanos dotados de un poder oculto y hereditario que desarrollan después de una educación prolongada en materia de magia negra. Pueden transformarse en animales para chupar la sangre de las personas dormidas, comer los cadáveres y provocar enfermedades. Para convertirse en jaguar, el nahual tiene que extraer de su cuerpo sus propios intestinos, lo cual implica un gran riesgo personal, porque si alguien los encuentra y les echa sal, al nahual ya no puede colocarlos en su lugar y muere de hambre.

En el pasado, hasta para resolver una disputa de tierras, la palabra del cura era ley entre los ingenuos indios. Hoy en día,

como en todas las aldeas mexicanas, gobiernan un poblado de popolucas los integrantes elegidos del ayuntamiento, que responde exclusivamente al gobernador del estado. Sin embargo, la autoridad familiar sigue siendo la vinculación social más sólida y los popolucas procuran conciliar las disputas que surjan entre ellos. Temen y desconfían de la interferencia venida de fuera. Por esto tratan por todos los medios de no recurrir al gobierno, a menos que la controversia alcance proporciones de violencia que pudieran resultar en un derramamiento de sangre, en cuyo caso intervienen las autoridades militares.

Las propiedades pequeñas pertenecen a particulares; pero con respecto a la tenencia de tierras de cultivo —salvo los claros abiertos en la selva, que nadie posee a perpetuidad—, los indígenas han revertido a los tradicionales ejidos, campos comunales ubicados en torno a una aldea, que se reparten entre los campesinos con tal que éstos trabajen personalmente sus parcelas. Este sistema se remonta a los tiempos prehispánicos y persistió hasta el final de la colonia; pero durante la dictadura de Díaz, la mayor parte de los ejidos pertenecientes a las aldeas indias quedó incorporada a las haciendas que establecieron los amigos y parientes de ese caudillo. Desde el triunfo de la Revolución, la porción más importante de estas tierras se ha devuelto a las aldeas de acuerdo con el programa agrario del gobierno mexicano. En los pueblecitos indios aún existen remanentes de propiedad religiosa en la forma de tierras que "pertenecen" al santo patrón en el sentido de que éstas se cultivan comunalmente para costear las fiestas en su honor.

Los mixes

Los solitarios más intransigentes quizás sean los mixes, que viven en los ásperos riscos, cerros y valles remotos de la Sierra de Zempoaltepetl, el grandioso laberinto de montañas titánicas que súbitamente se levantan sobre las llanuras de Veracruz para alcanzar una elevación de más de 3 300 metros. Los mixes nunca dejaron que alguien les sometiera ni han tolerado la pre-

sencia de extraños dentro de sus comunidades. Les protegen tanto el escabroso terreno de su territorio como su reputación, no merecida, de ser muy feroces. Se enorgullecen de ser descedientes del legendario Condoy, quien nació espontáneamente en una gran caverna cerca de Atitlán para fundar y gobernar la nación mixe. Hizo la guerra contra los zapotecos; pero un día éstos lograron rodearle a él y su ejército en la cima de Zempoaltepetl, a la que prendieron fuego. Sin embargo, Condoy no murió en la conflagración, sino que pudo escaparse por la cueva en que nació, a donde llevó todos sus tesoros y a su hueste. Selló la entrada con una inmensa roca para viajar subterráneamente a otras tierras sólo por él conocidas.[6] Fracasaron todos los esfuerzos de los españoles con propósito de incorporar a los mixes al régimen colonial; los expedicionarios enviados para sojuzgarles se dispersaban presas de pánico ante la repentina aparición de ejércitos de mixes que gritaban desde atrás de grandes escudos y que como armas portaban largas lanzas con puntas de pedernal y obsidiana. Se rebelaron repetidamente contra los hispanos y con frecuencia hicieron incursiones en las aldeas de los zapotecas, quienes se habían convertido al cristianismo. Al parecer, solamente un hombre blanco convivió con los mixes: el fraile dominicano Agustín Quintana, quien en 1729 les cristianizó y publicó una "Doctrina" en lengua mixe. En la actualidad, sin la intromisión de fuereños rapaces, habitan su fortaleza montañosa, donde no les alcanza ni siquiera el largo brazo del gobierno. Nadie les visita, salvo uno que otro comerciante zapoteca o misionero.

Los mixes son un pueblo resistente de montaña, tan recios como lo es su territorio. Tienen que soportar el constante frío y humedad existentes en las cumbres de la sierra, las cuales siempre están ocultas dentro de un mar de nubes. Hay poblados mixes donde no brilla el sol en el transcurso de varios meses. Se dice que en Totontepec el año tiene tres meses de neblina, tres de lluvias, tres de lodo y tres meses de las tres cosas combinadas.[7] Su provincia es una tierra salvaje y siempre cambiante

[6] Burgoa, 1934b, Capítulo xi.
[7] Gay, 1881.

en que se dan todos los climas y tipos de vegetación de montaña. Esta incluye bosques de roble y pino, redorenderos y azaeas en los cerros más altos y, en las faldas de las montañas, helechos arborescentes, palmeras y orquídeas. La transportación es problemática en las brechas angostas, empinadas y resbalosas, y a través de las vertiginosas barrancas que cruzan largos puentes colgantes por donde no pueden pasar los animales de carga. La forma normal de desplazarse es a pie. Los hombres transportan los cargamentos sobre sus espaldas con la ayuda de una banda que se sostiene en la frente. Los mixes gozan de fama como cargadores y caminan varios días para llegar a Oaxaca a vender grandes cantidades de chiles en el mercado sabatino.

Los mixes son agricultores primitivos que no permanecen en un solo lugar. Apenas han superado el uso del palo de cavar y emplean arados y azadones primarios. Las laderas de sus montañas ya tienen el aspecto de gigantescas tablas de ajedrez a causa de los cuadros de vegetación de distintos colores, cada uno de los cuales es un claro de tierra agotada y abandonada en una temporada dada. Son un pueblo industrioso y frugal que vive con una comodidad arcaica y moderada en aldeas de casas sólidas, las más típicas de las cuales se construyen con troncos de árbol y techos de dos aguas, impermeabilizados con hierba o largas pinochas. Pasan lapsos prolongados en rancherías provisionales a un lado de los claros que trabajan, muchas veces a una distancia hasta de dieciséis kilómetros de su aldea. Con el tiempo, estos caseríos crecen y se convierten en aldeas nuevas. Producen fuertes cantidades de maíz, frijol, calabaza y chile, lo suficiente para cubrir sus propias necesidades y para vender excedentes en los mercados foráneos. En las tierras bajas cultivan café, caña de azúcar, piña y otras frutas tropicales. Asimismo, crían ganado, pollos y pavos, además de destilar licor en alambiques primitivos, tejer algunos textiles y fabricar ollas de barro de un estilo muy antiguo en la forma extraña de zapato. Los hombres visten las clásicas "piyamas" de manta blanca y usan huaraches, ponchos de lana y pequeños sombreros de fieltro negro con pico. En el territorio mixe del Distrito de Tehuantepec —Guichicovi, Coatlán y Mogoñé— las

Mujer mixe de Mogoñé.

mujeres usan una indumentaria parecida a la de las tehuanas de antaño, consistente en una falda roja de algodón que se enrolla con rayas amarillas o blancas, así como un huipil, la blusa sin mangas que llevan habitualmente todas las mujeres indígenas de México. El huipil a veces es corto y de tela importada o, bien, es largo y tejido localmente en telares elementales, con bordado. Hacia el poniente, en las cercanías del valle de Oaxaca, las mixes suelen usar un huipil verde oscuro más una falda que ellas mismas tiñen y tejen. Estas indígenas entretejen su pelo con estambres gruesos de rojo subido, dándoles la vuelta por la cabeza para formar un voluminoso turbante. Por el cuello cuelgan collares masivos de cuentas de vidrio ensartadas en muchos hilos. Ellas mismas llaman su idioma ayuc o ayeuc, nombre con el que también designan a su grupo. Es una lengua desagradable y gutural que pocos fuereños han podido dominar. Con raras excepciones, las mujeres hablan mixe exclusivamente y existen aldeas donde nadie sabe discurrir en español; pero saben gobernarse muy bien, para cuyos efectos eligen a sus autoridades municipales cada día primero del año nuevo.

Muchos mixes padecen la terrible enfermedad que se llama oncocercosis que provoca un parásito (filaria del género *Onchocerca*) que con el tiempo induce la ceguera. La propaga un piquete de insecto. Se dice que en una de las aldeas, Tiltepec, el noventa por ciento de los habitantes están afectados. La piel morena de muchos de los mixes, particularmente los de Guichicovi y Mogoñé, está moteada de manchas rosas, pardas y de azul subido —el temible mal de pinto— cuyo causante es una espiroqueta recientemente descubierta y que también transmite un insecto. Sin embargo, esta enfermedad es más perjudicial para el aspecto del paciente que para su salud, porque puede curarse fácilmente en sus primeras etapas mediante inyecciones de *Neosalvarsan* y aplicaciones de compuestos mercuriales; pero los indios generalmente no pueden obtener tratamiento médico.[8]

[8] ***Mal del pinto,*** enfermedad que probablemente es autóctona de América tropical. Prolifera en las calientes tierras bajas de las cuencas de determinados ríos, disminuye a medida que aumenta la altitud y desaparece por completo a

Se sabe muy poco de la vida ritual y las costumbres familiares de los mixes. Para averiguar la identidad del tótem de un niño, esparcen cenizas por el lugar donde se espera el nacimiento. Se supone que el animal cuya vida esté vinculada a la del niño, dejará sus huellas en las cenizas. Entierran a sus muertos junto con una jícara llena de tortillas. Estas las usa el difunto para dar de comer a los perros feroces que encuentre en su camino por el mundo subterráneo. Los familiares untan el cadáver con especies y lo "purifican" con un huevo en su cáscara.[9] Aunque profesan el catolicismo, los mixes veneran a los espíritus de los relámpagos, de la tierra y de las nubes, a quienes hacen ofrendas de tamales, huevos, tortillas, velas de cera de abeja, incienso y la sangre de pavos y gallinas, objetos que despamarran sobre la tierra para que ésta resulte fértil o que un lindero sea inviolable.[10] Los mixes hablan de pueblos enteros llenos de brujos que se transforman en jaguares y víboras, de cuevas sagradas, de lugares donde se hacen sacrificios en lo alto del pico de Zempoaltepetl, así como de rocas en que cazadores colocaron las calaveras de las primeras bestias que habían matado. En la selva dejan en libertad a gallinitas como ofrenda a los espíritus. Aún quedan huellas del culto que rinden a sus antiguos ídolos. Hacia 1880, un cura extrajo de la iglesia de Mixistlán un ídolo de madera tallada al que se veneraba con ofrendas y velas puestas en el altar principal a la derecha de la santa cruz. Los indios posteriormente se quejaron de que el cielo les castigó por haber permitido que el sacerdote se llevara la imagen, ya que se negó a enviarles lluvia y les infligió epidemias.[11] En la actualidad dicha estatua se exhibe en el Museo Nacional de Antropología e Historia en la ciudad de México. Recientemente, en Totontepec, los mixes dieron una

---

menos de 1 500 m. de altura. Esta enfermedad predomina en la cuencia del río Balsas, en el estado de Guerrero, en donde se produce aproximadamente el 92 por ciento de los casos totales de México. Es frecuente en el Coatzacoalcos superior, entre los indios zoques del Chimalapas, entre los mixe de Mogoñé y de Guichicovi. Entre los zapotecos de Ixtepec, de Ixtaltepec y de Juchitán, se presentan algunos casos raros (González Herrejón, 1938).

[9] Belmar, 1891b.

[10] Starr, 1900, y Belmar, 1905.

[11] Gillow, 1889.

Idolo mixe de madera, objeto de culto en Mixistlán hasta 1880. Por un tiempo perteneció a la colección del Obispo Gillow. Actualmente se encuentra en el Museo Nacional de Antropología de la ciudad de México.

paliza a un ídolo de piedra porque éste no les proporcionó ciertos servicios, por lo que lo regalaron con gusto a un etnólogo[12] que había mostrado su interés en adquirirlo.

Un investigador describe una danza mixe que presenció en Juquila en la fiesta que honra al santo patrón, San Marcos. Conmemoró la conquista de México y la ejecutaron doce guerrilleros indígenas que llevaban cofias emplumadas y forradas de pelusa blanca; en las manos llevaban varas recubiertas de la misma pelusa y sonajas para marcar el compás. El personaje principal representó a Moctezuma y le atendieron constantemente dos niñas llamadas Malinches. Los danzantes pelearon y discutieron con "españoles" aldeanos disfrazados con vestuarios risibles y mal improvisados— hasta que Moctezuma se rindió y besó un crucifijo que le tendió uno de los "españoles". Esta danza es típica de las que los misioneros españoles enseñaron a los indios para suplir los ritos paganos. La que acabamos de describir parece ser una versión local de la famosa "danza de las plumas" que ejecutan los zapotecas del valle de Oaxaca en Cuilapan y Zaachila. Pero en Juquila también realizaron otra danza, de carácter más indígena y en la que participaron dos payasos enmascarados, uno de los cuales representaba un jaguar. Cabriolearon y bromearon para divertir al público, recurriendo a bufonadas que Frederick Starr consideró obscenas.

Los zoques

Los zoques de Oaxaca son también montañeses, estrechamente relacionados con los mixes. Los zoques del Istmo habitan las montañas agrestes de Chimalapa y sus terruños se han reducido a sólo dos aldeas primitivas, San Miguel y Santa María Chimalapa, ocultas en la selva cálida y lluviosa. Más al oriente, la selva se vuelve impenetrable, desconocida, formando así una barrera entre los zoques de las Chimalapas y los grupos prin-

[12] Schmieder, 1930.
[13] Starr, 1908.

cipales de zoques que ocupan la parte occidental del estado de Chiapas.[14]

Los zoques de Chiapas superan a sus hermanos del Istmo en muchos aspectos. Tejen en casa textiles finos y delicados de algodón que parecen encaje, así como una gruesa tela azul que las mujeres usan como faldas pesadas pero efectivas. En cambio, los zoques de las Chimalapas evidentemente han olvidado todo el arte textilero que conservan sus congéneres y, hoy en día, sus mujeres se visten como las tehuanas más pobres, es decir, de blusas y faldas de tela importada. Cuentan con una sola industria: la manufactura de artefactos de ixtle —sogas, redes, hamacas y bolsas— que venden a los zapotecas. Sus fértiles tierras producen naranjas deliciosas, café, cacao, achiote, plátano, piña, tabaco, vainilla y caña de azúcar; pero debido a su aislamiento de los mercados, les falta el incentivo de producir, circunstancia que les condena a vivir en el estado de desorientación sin rumbo de todas las aldeas indígenas marginadas, una existencia que conduce a los hombres a beber demasiado y en que el consuelo de las mujeres son las fiestas religiosas.

Los casamientos se celebran con una gran comilona, muy parecida a la de los zapotecas (*Véase* p. 421); pero los novios se acuestan juntos en el centro del dormitorio, donde, rodeados de flores e invitados, se sientan sólo para comer. Llegada la noche, los convidados dejan solos a los recién casados y continúan bebiendo al aire libre hasta el amanecer, cuando los fami-

[14] En un tiempo los dos grupos estuvieron conectados, a través de las tierras bajas hacia la costa del Pacífico, sobre la ruta a Guatemala. En el año 1586, Antonio Ciudad Real, un monje peregrino, escribió que "Zanaltepec, Tlapantepec y Nectepec" (Zanatepec, Tapanatepec y Niltepec) eran pueblos zoques y que también lo eran aquellos caseríos situados en el lejano este tales como Tonalá, que estaban profundamente internados en Chiapas (Roys, 1932). Estas aldeas no sólo eran el paso obligado hacia Guatemala, sino que también formaban parte de las marquesanas, propiedad de los descendientes de Cortés. Es muy probable que fuesen invadidas por comerciantes zapotecas, terratenientes españoles y esclavos negros llevados hasta esa región para trabajar en las plantaciones y en los trapiches de los conquistadores, razón por la cual las aldeas zoques pronto se volvieron poblaciones híbridas, mientras que los tímidos zoques de las tierras bajas fueron asimilados o empujados hacia las remotas y aisladas montañas Chimalapas.

liares mayores vuelven a entrar en la cámara nupcial para hacer constar la virginidad de la muchacha y se anula el matrimonio si falta la prueba.[15] En general, las costumbres de estos zoques se asemejan a las del Istmo de Tehuantepec.

Muchos zoques han emigrado para trabajar en el ingenio de Santo Domingo cerca de San Miguel Chimalapa, en tanto que otros se han establecido en las rancherías y las ex-haciendas de los alrededores, especialmente en Cofradía y La Chivela en las montañas onduladas y frescas que atraviesa el ferrocarril del Istmo. La antigua hacienda de La Chivela, una de las tierras marquesanas originales, cambió de manos muchas veces hasta que finalmente fue repartida como ejido. El complejo casco que habitaron sus últimos dueños está abandonado y desmoronándose entre las chozas de los zoques.

Los huaves

Un grupo muy interesante de indígenas son los primitivos huaves, cuya "república" consiste solamente de cinco aldeas humildes ubicadas en las lenguas de tierra largas y estrechas que separan las lagunas de Tehuantepec del Océano Pacífico: San Mateo, Santa María, Huasuntlán, San Dionisio y San Francisco del Mar. Su territorio es uno de los más inhospitalarios en que pueden subsistir los seres humanos: playas arenosas sin árboles ni protección alguna que castigan despiadadamente cuatro meses de nortes y tempestades de arena, cuatro meses de sequías bochornosas y cuatro más de inundaciones, esto sin mencionar los mosquitos, hormigas y pulgas. Es todo lo que queda a los huaves de su antes fértil reino, que alcanzaba rincones remotos de las llanuras de Tehuantepec. Probablemente fueron los pobladores principales de la comarca que comprenden Juchitán y Tehuantepec anterior al advenimiento de los zapotecas.[16]

---

[15] Cerda Silva.

[16] Ixhuatán, que ahora es un pueblo zapoteca, fue hasta hace muy poco una población huave. En un mapa de la región del siglo XVI (que ahora se encuentra

En estos momentos, la población huave consta de aproximadamente 4 000 personas, sencillas y desconfiadas, que viven en la pobreza en chozas endebles como su único albregue. La gran mayoría de ellos subsiste gracias a la pesca, cuyos excedentes venden en los pueblos en torno a Tehuantepec. Sólo unos cuantos de ellos se dedican al cultivo de maíz, camotes, frijoles, calabazas, melones y otros productos por el estilo.

El pueblo más grande e importante de los huaves es San Mateo del Mar, de unos 2 500 habitantes, que está rodeado del océano, por un lado, y de la laguna, por el otro. Se llega al lugar a caballo desde Tehuantepec después de más o menos siete horas interminables de calor sofocante. Los huaves prefieren hacer el viaje de catorce horas en carreta con su yunta de bueyes en la frescura de la noche. Van al mercado de Tehuantepec para vender su pescado, camaron, huevo de tortuga y pollos e intercambiar sus productos por maíz, pan, chile, café, chocolate, azúcar morena, naranjas y plátanos.

San Mateo tiene un zócalo amplio a cuyos costados se ubican una pequeña escuela, el ayuntamiento, una iglesia inmensa en ruinas y circundada de cocoteros doblados por el viento, así como un edificio independiente donde se conservan las campanas del templo y los tambores que se tocan en las fiestas de los santos. Se dice que las campanas deben estar bajo constante vigilancia a fin de impedir que los espíritus las devuelvan al mar en que se crearon. Los hombres suelen reunirse en ese lugar, sentados en bancas largas, para charlar mientras tejen sus redes. Así, pues, el cuarto de las campanas también sirve de club para caballeros. No pudimos comprobar, sin embargo,

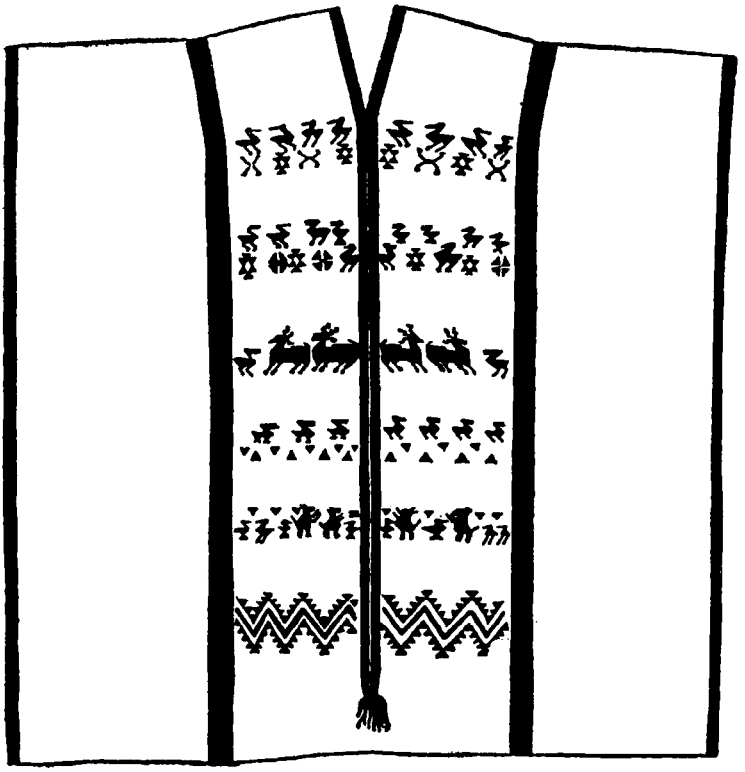
---

en la biblioteca de la Universidad de Tejas), aparecen los antiguos pueblos huaves con sus nombres nahua: San Mateo se llamaba *Huazontlan*; Santa María era *Ocelotlan*; San Dionisio se llamaba, antes, *Tepehuazontlan* (en huave *Umalalang*), y San Francisco era *Ixtactepec*, además de otros que han desaparecido: Amatitlán, Ocotepec, Camotlan y Aztatlan. En la *Diuk-Givaloni*, la Laguna Superior, existen muchas pequeñas islas boscosas que debieron estar habitadas, en particular la llamada Monopoxtiac, pues allí existe un famoso altar en el interior de una cueva, donde fueron hallados importantes objetos arqueológicos. En ese lugar, el rey zapoteca Cosijopi fue descubierto en el preciso momento en que estaba rindiendo culto a "Corazón de la Tierra", una antigua deidad local. Se lo apresó y fue sometido a juicio por herejía.

Huaves de San Mateo del Mar.

si realmente se vigilan las campanas, aunque visitantes al pueblo han entrado al edificio y lo han encontrado sin persona alguna en su interior.

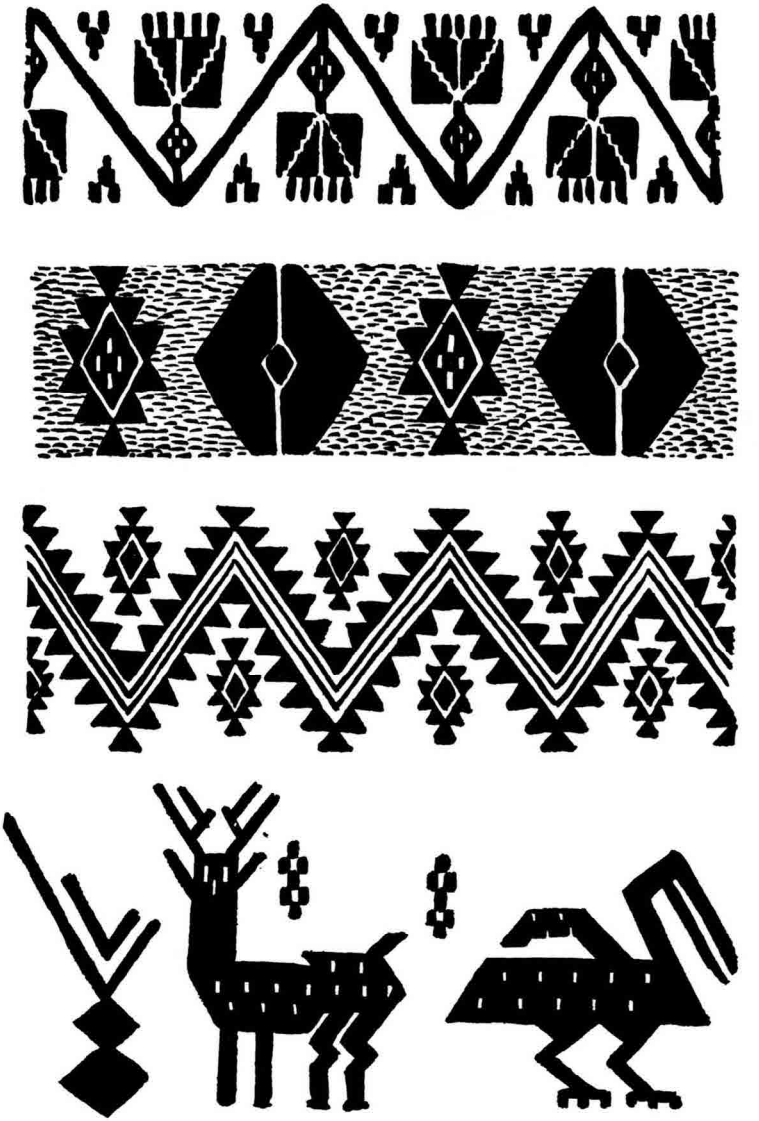
Los huaves son pequeños y rechonchos, no tan pulcros como sus vecinos los zapotecas. Los hombres acostumbran vestirse a la manera tradicional con pantalón y camisa de manta, sombrero de paja en pico y huaraches, pero cuando se dirigen al mercado de Tehuantepec se ponen su ropa más harapienta para



Huipil huave de algodón blanco de hilado casero con dibujos tejidos con hilo caracol de color púrpura claro. Mide 79 x 67 centímetros. Procede de San Mateo del Mar.

inspirar lástima en sus tratos comerciales. En las fiestas de sus pueblos, en cambio, les gusta llevar camisas finas de seda, pantalones de sarga y sombreros de fieltro. Cuando pescan sólo se cubren de un pequeño taparrabo y de un pañuelo amarrado a la cabeza; pero en las noches frías cuando hay norte, se envuelven en pesadas cobijas caseras de lana café que se teje diagonalmente a la manera singular de este grupo. En sus viajes, llevan sus pertenencias y alimentos en una red de ixtle, la que cuelgan de los hombros, y empacan el pescado que venden en una canasta angosta y cilíndrica de bambú que se carga dentro de la red.

En el hogar y en el trabajo las mujeres casi siempre andan desnudas de la cintura para arriba; pero durante los ritos religiosos lucen hermosos huipiles blancos y vaporosos de algodón que se adornan con pequeños diseños de animales y flores de un tono púrpura muy agradable. Estos diseños fueron entretejidos en la tela con el famoso hilo de caracol, el que se tiñe en la misma forma que la púrpura de Tiro de los romanos, esto es, con un caracol de mar, comprado a los indios chontales. Los huipiles que mencionamos, que hoy en día se ven muy rara vez, se usan como prenda adicional en algunas bodas huaves: se ponen encima del huipil habitual y la parte de enfrente se echa sobre los hombros como capita. En años recientes las mujeres han abandonado la indumentaria antigua y han adoptado el vestido que antes usaban las tehuanas: la falda consistente en un trozo sencillo de tela de algodón teñida de añil descolorado o de rojo con rayas blancas o amarillas, que envuelve las caderas, así como un huipil corto a la usanza de las tehuanas que se confecciona de tela comercial de algodón negro o azul con orillas de puntadas amarillas y rojas hechas en máquina de coser. Es fácil identificar a las huaves en una multitud de zapotecas por el paño blanco que amarran en la corona de la cabeza, por los huaraches parecidos a los de los hombres y por las cuentas de vidrio rojas en un solo hilo que usan en el cuello. A todas partes cargan una red llena de pescado o camarón seco, así como una jícara que les sirve de todo: para beber y comer, para lavarse o para vender camarón. Los huaves tienen gran-



Diseños tejidos con hilo rojo en una servilleta blanca. Procede de San Mateo del Mar. Lleva inscrita la fecha "Mayo 1931".

des cantidades de ovejas, cabras, bueyes y caballos, animales que crían con miras a su venta. Consumen la lana de las ovejas, uncen los bueyes a sus carretas y montan a caballo para divertirse; pero cultivan muy pocos productos agrícolas y casi nunca comen carnes, excepto de ciertas fiestas. Sus alimentos básicos son pescado, camarón y huevos de tortuga, así como café, chocolate, huevos de gallina, chiles y por el estilo. Se ven obligados a comprar la mayor parte del maíz que necesitan para sus tortillas. No obstante estos recursos limitados, los huaves son industriosos. Siempre se ocupan en torcer hilo y en tejer redes, las cuales elaboran hasta los niños, o tallan grandes piraguas de fondo plano y de proa gruesa que impelen con pértigas sobre las aguas poco profundas de las lagunas, para pescar. Es un hecho extraordinario, en un pueblo de pescadores, el que haya muy pocas personas que sepan nadar. Además de las antes mencionadas cobijas de lana, tejen en telares primarios paños de algodón, muchos de los cuales están hermosamente adornados. Aparte de los diseños tradicionales que entretejen en estos paños, no practican artes que merezcan tal nombre, pero elaboran de madera, y literalmente a machetazos, máscaras y juguetes de acabado tosco.

La vida cotidiana del huave es la de la sencillez indiferente. Como también es costumbre entre los mixes, la comadrona esparce arena por el lugar donde ocurre un parto para que imprima sus huellas el animal destinado a ser su tótem. En efecto, el totemismo es el remanente más notable de sus viejas creencias, dentro de las cuales se reconoce al lagarto como el consorte anímico del huave.[17] Nadie mata un lagarto deliberadamente y después de recoger su captura los pescadores muchas veces echan pescado a la laguna como alimento para esos reptiles.[18] Se relatan muchísimas historias de gente que aparece muerta o malherida después de que alguien mata o hiere un lagarto. En cierta ocasión, de acuerdo con uno de estos relatos, se encontró uno

[17] El tótem cocodrilo predomina incluso entre los zapotecas de Tehuantepec y Juchitán, sobre todo entre los pescadores, quienes celebran un festín en honor de los caimanes.

[18] Starr, 1900.

de estos animales con un anillo de oro puesto en uno de sus dedos.

Los huaves son católicos sólo de nombre. Asisten a misa regularmente, adoran devotamente al santo patrón de su Idea —San Mateo, San Denís, San Francisco, o quien sea— y rinden culto a los grabados mal impresos de los santos católicos que exhiben en sus viviendas; pero su deidad verdadera y más venerada es "Tata Rayo", el Señor de los Relámpagos (*teat-monteoc*, en huave), que a veces es confundido con Jesús y el Santo Patrón. Tata Rayo es un espíritu poderoso que sin duda se deriva del antiguo dios ístmico de los relámpagos, Cosijo, cuyo culto implica creencias ingenuas, ricas en magia. De acuerdo con ellas, lo parió una mujer virgen y más tarde fue compañero de juego del Rey Tehuantepec, a quien destronó cuando surgió entre los dos una disputa. Además del dios de los relámpagos, las deidades de los huaves incluyen la de las tormentas (*mannkareik*), de la lluvia, del mar (*teat-ndik*), del fuego (*teatbiomb*) y de la luna (*man-kav*). También rinden culto a los muertos y los ancestros, cuya ira, creen los huaves, ocasiona la enfermedad y la muerte. Por último, veneran a los santos católicos, más bien como manifestaciones o intermediarios de los espíritus. Esto explica por qué apelan a los santos para que intercedan ante los antepasados para curar a un enfermo. Un ejemplo excelente de las creencias religiosas de los huaves es la plegaria a los espíritus que un antropólogo mexicano coleccionó recientemente:[19]

> ¡Ea! Señor y Señora mis creadores: he venido a la boca del Mar Bendito, he prendido mis velas y confío en que nos reciban como siempre. Estamos aquí para pedir lo que merecemos: les pedimos las aguas benditas que vienen de la morada de los relámpagos benditos, el viento que nos traerán los mares benditos, para producir el movimiento bendito. Lloverá y seguirá lloviendo para que tengamos nuestro maíz bendito, para que tengamos nuestro alimento y el alimento de los hijos de esta tierra, la tierra

[19] Monzón. 1943.

que nos sostiene a nosotros los hijos de dios. Un frijol, un camote, cualquier cosa que los hijos de la tierra bendita siembren, para poder contar con lo suficiente de comer y dar de comer a sus familias. También pedimos que el mar bendito entre a las lagunas y que traiga consigo los peces benditos, los camarones benditos y todos los hijos de la laguna bendita, para que los hijos de la tierra los coman, para que no les falte nada.

Bien, he terminado, Señor y Señora que me crearon. Es por esto que he venido, para hacer mi súplica en la morada de los relámpagos benditos, de la tormenta, de los vientos benditos, para que las aguas benditas caigan sobre la tierra bendita que nos sostiene.

Aunque los antiguos cultos indígenas sobreviven en la vida ritual de los huaves, éstos celebran el día del santo patrón de la aldea con una gran fiesta religiosa (cuando es notoria la ausencia de sacerdotes católicos), evento en que hay carreras alocadas de caballos y danzas tradicionales.[20] Nosotros presenciamos una de sus danzas en San Dionisio del Mar: "Los Malinches", que se ejecuta al compás de una melodía indígena que se toca repetidamente en un violín. Participaron diez bailarines, hombres de mediana edad trajeados en sus pantalones domingueros de sarga oscura, camisas azules y zapatos. Sobre sus cabezas llevaban pañuelos de seda rosa amarrados encima de otros más grandes que servían de base para cofias cónicas de plumas de gallo, color verde metálico. Sobre sus frentes ostentaban espejitos cuadrados y un fleco hecho de grandes monedas de plata cosidas a la orilla del pañuelo rosa. En la mano derecha portaban sonajas de acocote con muchos listones y, en la izquierda, llevaban varas parecidas a abanicos y elaboradas con plumas largas y rojas de guacamayo insertadas en un mango de madera.

[20] En San Mateo del Mar, la fiesta más importante se celebra el día de La Candelaria, el 2 de febrero; Santa María, el día de la Inmaculada Concepción, o sea el 8 de diciembre. En San Francisco y en San Dionisio, esa fiesta se celebra el 9 de octubre. Los días de Corpus Christi y de Todos los Santos, este último el 2 de noviembre, tienen lugar otras importantes festividades.

La danza consistió de pasos sencillos y solemnes y que todos ejecutaban juntos: tres golpes con un pie al compás de la sonaja, luego, dos saltitos con el otro pie sin cascabeleo y con el abanico cruzado sobre el pecho. La danza terminó con una reverencia hecha ante la deidad, los hombres hincados en una rodilla y agitando sus sonajas mientras se inclinaban respetuosamente, los abanicos apretados al pecho.

Las aldeas tienen autonomía en cuanto su gobierno municipal, pero asignan gran importancia a la autoridad paternal de los miembros mayores de su sociedad. Para los efectos del cambio de poderes, cada año se celebra una ceremonia en la que los principales reciben los bastones rematados de plata que simbolizan la autoridad. Estos báculos son objeto de ofrendas de flores y los nuevos funcionarios hacen una genuflexión, se persignan y se inclinan con los brazos doblados contra el pecho, antes de pronunciar sus discursos.[21] Los principales se seleccionan entre las personas de más prestigio en la comunidad, que tres veces han agasajado a toda la población como mayordomos en las fiestas del pueblo y que, consecuentemente, se han granjeado el derecho de hablar con los santos. Un hombre que se ha enriquecido demasiado, esto es, que tiene un exceso de propiedades, está obligado moralmente a fungir de mayordomo en una fiesta que le reduce nuevamente a la pobreza normal.[22]

La seriedad ingenua de los huaves se manifiesta en una anécdota de la invasión francesa de México, cuando Benito Juárez combatió a los ejércitos del emperador Maximiliano. A todas las aldeas que apoyaban a los liberales, Don Benito envió una petición de ayuda para rechazar a los agresores y financiar la campaña militar. Los huaves remitieron treinta dólares y anunciaron que tan pronto que la flota francesa apareciera frente a sus costas, saldrían inmediatamente al encuentro en sus canoas.[23]

---

[21] Rothstein, 1928.
[22] Starr, 1900.
[23] Spear, 1872.

Los chontales

Antes de concluir esta descripción de los grupos indígenas del Istmo —salvo los zapotecas, tema que se tocará más adelante en un estudio especial—, es necesario mencionar la nación chontal, que ocupa las montañas y las costas en la parte occidental de Tehuantepec y la región al sur del Río Tequisistlán. Habitan las aldeas montañesas de Tequisistlán, Tenango, Ecatepec, Acaltepec, La Peña, Zochiltepec, Tlacolutita, además de muchas otras que no aparecen en los mapas; viven también por las costas rocallosas del Pacífico en Huamelula, Astata, Chacalapa y Xadani.

Los chontales son los menos conocidos de los indios del Istmo. Los antiguos cronistas les pasaron por alto, excepto Burgoa, quien describió a los chontales, probablemente por oídas, como indígenas...

> ...altos y fuertes, atrevidos y aguerridos, muy de acuerdo con las tierras salvajes que habitaban, indomables y groseros como las olas retumbantes que se rompen en los recovecos de las rocas de la costa del Pacífico. Eran gigantes musculosos de semblanza temible, desnudos y bronceados por el sol, de pelo largo, apenas cubiertos con taparrabos de piel de venado y armados de arcos y flechas. Vivían desparramados en angostas cuevas en lo más recóndito de las montañas. Por la noche hacían fogatas a la entrada de las cuevas y se retiraban al interior humoso, amontonados y en cueros como los puercos y sellaban el acceso....
>
> ...Les conquistó el Capitán Maldonado el Ancho, enviado por Cortés, pero los chontales no desistieron en sus hostilidades y los pueblos contiguos vivían con el constante temor de que los haraganes salvajes cayesen sobre los habitantes. Cada año se volvieron más morosos en el pago de sus impuestos y fue enviado para hacer cumplir el pago un recaudador especial, célebre por su temerario valor, de nombre Sancho de la Piedra. Los chontales se echaron sobre él sorpresivamente, la tiraron de su montura y le mataron con crueldad indescriptible. Luego, enviaron decir a todas las poblaciones de los alrededores que fueran a engullirse de la car-

ne del pobre de Sancho de la Piedra. Se vanagloriaron del gran banquete que daban y los feroces brutos gozaron de devorar los miembros asados del español, acto que despertaba su apetito por los siguientes hombres que pudiesen capturar...

...En ningún lado recibieron la ley evangélica con tanta repugnancia... Los misioneros obligaron a los chontales a construir cobertizos para oír misa, pero solían ocultarse en sus barrancas, dejando en el altar frijoles y tortillas frías... Los jefes de los chontales entonces mandaban decir que les habían dejado sus alimentos y que se fueran porque no necesitaban sus misas. La resistencia continuó hasta que sucumbieron ante la paciencia del fraile Diego de Carranza, quien, con la ayuda de un indio zapoteca, les cogió por sorpresa al hablarles en su propio idioma. No les pidió nada, no portaba armas y les auxilió y curó hasta ganar su confianza. Entonces, los chontales empezaron a construir iglesias y pueblos bajo su conducta y aprendieron a vestir como los mexicanos...

...Hoy en día [1674] esta nación es una de las más prósperas de la provincia por el nopal de cochinilla que abunda en su territorio. Todos visten de ropajes españoles de seda y plata, cabalgan en corceles soberbios con preciosas sillas de montar y son tiradores certeros. Ya no quedan vestigios de su pasado bárbaro y son más ricos y elegantes que la mayoría de las naciones [indígenas]. Cuentan con dos pueblos de importancia: Tequisistlán y Tlapalcaltepec. Sus tierras no son fértiles, pero el alto precio de la cochinilla y la cercanía del puerto de Guatulco generan millares de monedas de plata...[24]

En nuestros tiempos los chontales son individuos bien parecidos, vigorosos y pacíficos que han reincidido en la pobreza. Cultivan pequeñas cantidades de maíz y frijol en su suelo árido y no queda rastro alguno de su pasada prosperidad.[25] Nosotros

[24] Burgoa, 1934b, Capítulo lviii.

[25] El lenguaje chontal ha sido tentativamente clasificado como perteneciente al grupo Hokan, cuyos restos aislados están diseminados a lo largo de la costa del Pacífico, desde Nicaragua hasta las Californias (subtiaba, chontal, yopi o tlapaneco, yuman, seri, pomo, karok, etc.), que según cree el antropólogo Rivet,

no hemos descubierto muestras del arte chontal, con la excepción de unas hermosas telas provenientes de Tlacolulita, un pueblo mitad zapoteca y mitad chontal. Su industria más interesante es el teñido de hilo caracol con la famosa tintura firme de púrpura que extraen de caracoles de mar vivos, proceso que se describe en detalle en otra parte de este libro (*Véase* pp. 312-313). Las mujeres usan ropa como la de las tehuanas y la religión que se practica es el término medio normal entre el culto indígena y la superstición católica. Es bastante común encontrar, en puntos agrestes y en lo más alto de las montañas, altares de piedra con ofrendas de pinochas y alimentos sobre platillos sencillos de barro, dejadas allí para apaciguar los espíritus del bosque. Los chontales constituyen un grupo misteriosamente aislado cuyo idioma es primitivo y simple, aún sin clasificación definitiva.

Los nahuas y los popolucas, como todos los demás grupos dispersos de indios conservadores del Istmo, son remanentes del México indígena de los tiempos prerrevolucionarios. Para los terratenientes de mentalidad colonial y para los mexicanos de las ciudades, estos indios eran individuos exóticos, ignorantes y buenos para nada, que no daban al progreso el valor suficiente como para salir de su aislamiento y que estaban dispuestos a trabajar como esclavos por un puñado de maíz y unos cuantos centavos; tanto sus costumbres como sus artes se consideraban manifestaciones risibles de su ignorancia. Pero la Revolución ha cambiado un poco esta actitud a favor de los indígenas. Se han hecho esfuerzos para facilitarles nuevos métodos educativos; una corriente de maestros jóvenes y entusiastas han reemplazado a los curas pueblerinos como sus guías y mentores; se han establecido escuelas rurales y los niños y los adultos han empezado a aprender a leer y escribir. Han estudiado higiene elemental, ciencias rudimentarias, historia, nuevas ideas en materia de agricultura y medios para mejorar sus industrias

---

se relacionan con algunos de los idiomas de los isleños austronesios, separados de los indígenas americanos por miles de millas de Océano Pacífico. La palabra *chontal* significa "extraño" o "extranjero" en idioma nahua y existen otros grupos chontales en México, sobre todo en Tabasco y en Guerrero, que no tienen ninguna vinculación con los chontales de Oaxaca.

tradicionales. Los maestros les han enseñado a defenderse, les han informado que tienen determinados derechos y que pueden obtener mayores precios por sus productos y salarios más altos por su trabajo. La Revolución les ha regresado sus ejidos. Por fin, se comienzan a comprender sus artes y muchas aldeas se han beneficiado con el nuevo programa de construcción de caminos y de sistemas de irrigación.

Sin embargo, sigue habiendo grupos de indígenas que viven en lugares demasiado remotos y que son muy desconfiados para poder aprovechar la coyuntura actual y que prefieren permanecer aislados y pobres, pero libres de la codicia de los blancos y los mestizos. Se les ha engañado en tantas ocasiones que eligen no arriesgarse. Dentro de esta categoría están la mayor parte de los indios del Istmo, aparte de los progresistas zapotecas, y especialmente los que nacieron hace una generación. Gradualmente, sus hijos se están convenciendo de la nueva ideología; pero los padres, escandalizados y renuentes, siguen estando estancados en el retraso y sin otro consuelo que el fanatismo religioso y el alcohol.

Mapa lingüístico del Istmo.

IV

EL JAGUAR Y LA SERPIENTE

Con gran entusiasmo y expectación partimos para una excursión a través de las selvas vírgenes que crecen en las laderas del volcán San Martín. Nuestros amigos y anfitriones esperaban cazar tapires y nosotros queríamos ver de cerca la selva y visitar sitios arqueológicos que habían sido recientemente descubiertos pero que ya eran famosos por sus asombrosos monumentos y esculturas de piedra.

Después de viajar por tren y camión y de navegar algunos ríos, llegamos a la ranchería de Tecolapan, un caserío constituido por un grupo reducido de chozas que se alzan alrededor de una casa de ladrillos muy bonita y bien construida, que en otros tiempos fuera la residencia del capataz de la central azucarera de San Francisco. Hoy día, Tecolapan es parte de los *ejidos*, las tierras comunales del trapiche, que los trabajadores del azúcar poseen y administran en forma de cooperativa. Allí alquilamos caballos al amanecer, demasiado tarde en opinión de nuestros guías y macheteros, y cabalgamos por praderías, subimos colinas y bajamos profundas barrancas, atravesamos ríos y pasamos junto a norias y calderas enmohecidas de ingenios azucareros abandonados y que la selva había vuelto a invadir. Techos de paja semipodridos y caídos al suelo debido a que las paredes de bambú habían desaparecido destruidas por la podredumbre, señalaban los escondites de bandidos hace largo tiempo muertos pero todavía famosos. Atravesamos más ríos y vastas sabanas en las que se alzan, cada tanto, gran-

des ceibas solitarias. En lo alto de una sierra o colina encontramos la última avanzada de habitación humana al borde de la selva: la ranchería a la que se denomina Los Biochis (Los Kinkajous), debido a sus habitantes. Esta ranchería estaba constituida por cuatro o cinco chozas de gente de la selva, cazadores y recolectores de frutos silvestres y miel, que permanecen allí, completamente apartados del mundo, por razones inexplicables. Se nos acercó, ofreciéndose como guía voluntario, un viejecito a quien llamaban Tío Kinkajou y que se parecía notablemente a un duende. Tenía un bigote caído y ojos redondos que hacía girar constantemente en sus órbitas. Todo su avío consistía en un machete, un par de pantalones, una harapienta camisa y un estropeado sombrero de paja. Era capaz de beber en trozos de bambú llenos de alcohol puro, después de lo cual se soltaba a hablar en interminables y floridas peroratas que carecían totalmente de sentido. Pero conocía la selva como la palma de su mano.

Un alto muro de vegetación oscura nos anunció que llegábamos al borde de la gran selva, el Monte Alto, que nos sorprendió por el notorio contraste entre su semioscuridad húmeda, fresca, y la deslumbrante luz del sol y el calor abrasador de la sabana abierta; también nos sentimos sobrecogidos por una pavorosa y misteriosa sensación de estar entrando en otro mundo, como si nos moviéramos en las profundidades del mar. Cabalgábamos en fila india por un estrecho sendero entre los troncos húmedos, musgosos, de altísimas ceibas y árboles de zapote cubiertos con raíces parásitas: largos tentáculos de gigantescas enredaderas colgantes, algunas chatas como cintas, otras retorcidas como sacacorchos. Nuestra cocinera, la negra, la única mujer del grupo, decía que esas enredaderas eran los columpios o mecedoras de los *duendes*, los espíritus de la selva. Bromeliáceas y orquídeas asfixiaban los troncos en la intersección de las primeras ramas altas, de las cuales colgaba un fleco negro de raíces aéreas rezumantes de agua. La selva tenía un color general verde azulino oscuro, moteado con manchas de suave amarillo verdoso, en los lugares donde la luz del sol podía atravesar, con sus flechas, la oscura maraña; y ese tono

general verde azulino se suavizaba en los lugares en los que brillaban los troncos rosados del *palo mulato*, un árbol que se descorteza en grandes láminas sedosas, o en aquellos otros en los que se alzaba el tallo recto y espinoso de alguna palmera de rara especie, que estallaba en lo alto en un despliegue de hojas azuladas en forma de abanico. Había extensos parches de *platanillo*, una especie de plátano pequeño cuyas hojas presentan largos pecíolos y que, además, se caracteriza por sus enormes flores duras y de color rojo sangre, que se parecen a pinzas de langosta de mar acomodadas en serie. También había parches de *caña agria*, de gruesos troncos de los cuales cuelgan hojas brillantes y que terminan en flores cerosas de color rosado claro. Debajo estaba el suelo húmedo y negro, desprovisto de maleza y cubierto con una blanda alfombra de hojas muertas y madèra podrida, rebosante de insectos tropicales y de reptiles que huían precipitadamente a nuestro paso.

Pronto llegamos al final del sendero, y a partir de allí tuvimos que abrirnos paso a través de extensiones de gigantescos bambúes, rodeando troncos en estado de putrefacción y bajando por pendientes resbaladizas que hacían vacilar y tambalearse a los caballos. Nuestros macheteros avanzaban lentamente unos pocos metros más adelante, abriéndonos camino. El sonido crujiente de los bambúes que íbamos pisoteando se mezclaba con los chillidos de los pájaros alarmados y el penetrante reclamo del *pepe*, un pájaro negro de larga cola que volaba como un dardo de una a otra copa de los árboles, siguiéndonos y lanzando su agudo chillido como si quisiera avisar a los otros animales que estábamos acercándonos. Avanzábamos con mucha lentitud, unos pocos pasos por vez, eludiendo los asesinos bordes filosos de las cañas recién cortadas, para luego volver a detenernos a la espera de que se abriesen unos pocos metros más de sendero. Cuando los macheteros avanzaban alejándose bastante de nosotros, podíamos oír los sonidos de la selva: el crujido de hojas pisadas por animales invisibles; los misteriosos reclamos de aves y pájaros y sus distantes respuestas; el continuo chillido de las alas transparentes de las verdes cigarras, tan dolorosamente estridente que llenaba el aire y hacía imposible

determinar de dónde venía; el sordo lamento, lejano y que hiela la sangre, del *saraguato* (mycetes), el mono aullador... en conjunto, una salvaje protesta en contra de la invasión.

Cada árbol grande de la selva lluviosa es en sí mismo todo un mundo tropical completo. Debajo de las raíces hay cavidades u orificios de armadillos, que a menudo están habitados por mortíferas serpientes "sordas"; en la base de los troncos hay grandes colmenas de abejas, como si fuesen abcesos de color pardo grisáceo, y que están llenas de fragante miel; coleópteros de largas antenas; grandes mariposas Morpho de color azul metálico; pájaros carpinteros de cabeza roja; loros que chillan, y *picos de canoa* (tucanes) con sus enormes y absurdos picos en los que se mezclan desordenadamente los colores amarillo, verde manzana, carmín, anaranjado y negro. Nuestros cazadores se mantenían en todo momento alertas a la aparición de algún faisán (*guaco, Crax globicera*), un ave gallinácea de patas largas, tan grandes como un pavo, y cuya carne es muy apreciada por ellos. El *faisán* macho tiene plumas de color negro azulino oscuro con una cresta enrulada en la cabeza y una acrecencia en el pico; la hembra luce un plumaje rojizo herrumbre y con diferentes tonos de castaño. A nuestro paso veíamos fugaces picaflores que parecían joyas respladecientes; silenciosos y panzudos monos araña (*Ateles*), melancólicos acróbatas que se balanceaban de rama en rama usando sus brazos increíblemente largos y sus colas prensiles. En un momento dado encontramos a un pequeño lagarto con la húmeda piel moteada de negro y blanco, al que los nativos llaman "perrito". Este pequeño lagarto, aparentemente inofensivo, es matado sin titubear por la persona que lo encuentra, pues se dice que su mordedura invariablemente echa a perder la carne produciendo grandes úlceras. También encontramos a las ponzoñosas e incongruentemente bellas serpientes coral; inofensivas víboras rey, que se parecen a largos látigos negros y que, según los habitantes de la jungla, tienen la rara costumbre de tragarse tres veces a la mortífera víbora "sorda", regurgitándola y reviviéndola cada vez con hierbas de la selva. Nuestros guías, a quienes nunca antes se les había pedido una explicación de esta extraña

conducta, no pudieron darnos los motivos o propósitos de la costumbre de esa serpiente. No obstante, la leyenda ganó prestigio cuando uno de nuestros amigos se encontró realmente con una serpiente rey en el momento de tragar a otra víbora.

Transcurridas siete horas a caballo, llegamos a un claro a la orilla de un arroyo cristalino, y decidimos acampar allí. A los pocos instantes de atareado macheteo ya habíamos despejado una plaza redonda, barrido las ramas caídas, armado nuestras tiendas y colgado, de los árboles, las hamacas destinadas a nuestros guías. Improvisamos un gran cobertizo hecho de bambú al que techamos con nuestras capas impermeables, que serviría de protección contra los súbitos chubascos durante el día y como alojamiento de dormir durante la noche para nuestro séquito que iba en constante aumento. Los nativos construyeron, con ramas ahorquilladas y bambú, mesas y bancos para comer y para trabajar, y tres grandes piedras traídas del arroyo formaron el fogón. En dos horas tuvimos listo un cómodo campamento para acomodar a veinte hombres y una mujer, la alegre negra, quien nos preparaba tres comidas al día; sabrosos y picantes estofados de guaco y venado, armadillo asado para el desayuno, o cualquier otra pieza que los biochis hubiesen cazado en la selva. Nuestros anfitriones nos traían animales extraordinarios: cierta vez se aparecieron con un raro halcón todo blanco y con un hermoso buitre rey (*rey nopo*) de una especie pocas veces vista, cuyas plumas eran blancas, castañas y negras, y su cabeza calva un mosaico de anaranjado, carmesí y amarillo; la piel de los costados del pico era de color púrpura y azul; tenía el pico negro y rojo, una acrecencia de color anaranjado brillante sobre dicho pico, y ojos cristalinos cuyas pupilas de color negro aterciopelado estaban rodeadas por un círculo rojo.

Muy pronto el campamento comenzó a aumentar por la llegada de extraños visitantes: innumerables habitantes de la selva, que la recorren con los pies desnudos, armados tan sólo de antiguas escopetas que se cargan por la boca, y para las cuales esos nativos usan, como proyectiles, tuercas y tornillos. Es un verdadero milagro que no se maten con sus propias escopetas.

Oyeron noticias acerca de una partida de caza, siguieron el rastro y llegaron a nuestro campamento para contemplar nuestros rostros "nuevos". En cierta ocasión apareció, como salido de la nada, un barbado anciano acompañado de un muchachito, diciendo que venía simplemente "de visita"; se quedaron tres días sentados tranquilamente en un rincón, escuchando con atención pero sin pronunciar en ningún momento una sola palabra y luego, otro día y con la misma sencillez, se levantaron de su tronco favorito, pronunciaron en voz baja el equivalente de "adiós" y desaparecieron en la selva. En otra ocasión, llegaron delegaciones de las rancherías de la costa, por haberse enterado de que iba a la cabeza de nuestro grupo un prominente político. Venían para solicitarle que los ayudara a librarse de una especie de aventurero predicador, quien "curaba" a los enfermos con un aceite que él mismo vendía y quien, además, se oponía a que los nativos recibieran, del gobierno, títulos de propiedad de la tierra, amenazando a todos aquellos que se negaban a unirse a su "iglesia" con maldiciones mágicas. Los delegados querían saber, con toda franqueza, si debían echar a ese hombre de sus rancherías y matarlo en el caso de que se resistiera. Se les aseguró que las autoridades federales se encargarían del curandero cantor de salmos, y que los correspondientes fnucionarios agrarios se ocuparían de que recibieran sus tierras. La delegación se unió a nuestro campamento y aportó cazadores de gran experiencia y una jauría de perros de caza.

Lógicamente, los relatos acerca de animales eran el tema principal de conversación en el campamento: historias acerca de temibles jaguares, de tapires impulsivos, de veloces manadas de jabalíes, etc. Siempre había alguien que traía un *mazate* (venado rojo) para el almuerzo del día siguiente, o bien a un pecarí, un cerdo salvaje de tamaño pequeño que tiene en el vientre una glándula de almizcle. Los indígenas afirman que esta glándula es un segundo ombligo y que, a menos que se la quite de inmediato cuando el animal es matado, corrompe y envenena la carne.

Por la noche, antes de cenar, todos nosotros nos bañábamos en el frío arroyo, que misteriosamente contenía abundante cantidad de fragmentos de alfarería desgastados por el agua y que habían sido deslavados y arrastrados por las aguas desde las laderas del volcán; constituían una señal de que la región estuvo habitada en épocas antiguas. Al caer la oscuridad, una nueva vida se iniciaba en la selva que rodeaba al campamento; comenzaban a hacerse oír los animales nocturnos, mientras que aquellos que vagaban durante el día se ocultaban en sus madrigueras. La noche se llenaba con los expresivos reclamos de otras aves, con las fugaces lucecitas verdes de los cocuyos y con el suave silbido de los kinkajous nocturnos. Reunidas en torno de la fogata del campamento, las gentes de la selva iniciaban sus interminables discusiones y relataban sus cuentos: cómo Perucho había matado a su tapir, o la vez que Juan Chiquito se encontró con el *tigre*. Puesto que estas gentes carecen de artes o de artesanías y no tienen nada en que ocupar su tiempo libre, cultivan el arte de la conversación, que constituye su único medio de expresión, hasta un grado que sorprende por su rica fantasía y su humorismo. Pero siempre las pláticas finalizaban con el tema de los jaguares. Todos sabían relatos sobre estos animales, si bien cuando se los acosaba para que fuesen más concretos, terminaban por confesar que nunca habían visto un jaguar. Poco a poco este felino fue convirtiéndose en un animal cada vez más legendario, dotado de poderes sobrenaturales y de una índole sanguinaria, pero al mismo tiempo cobarde y traicionero. Todos los nativos odian al jaguar, pero además le temen y sienten respeto por él. En estas tierras sobrevive el antiguo culto indígena al jaguar, y la charla sobre jaguares se prolonga hasta muy avanzada la noche, que de esta manera parece hechizada por su misterioso y aterrador espíritu.

El jaguar

Aun hoy los indígenas hablan del jaguar con supersticioso temor reverente; en su subconsciente no lo consideran como un animal de alguna especie o género determinado, sino como un

espíritu sobrenatural que suscita un miedo pavoroso. Al poco tiempo de la Conquista de México, Bernardino de Sahagún[1] escribió acerca del jaguar con la ingenuidad y candidez propias de sus informantes indígenas, describiéndolo como un animal perezoso y amante de los placeres, dotado de poderes sobrenaturales y de una astucia casi humana. Se creía que el jaguar hipnotizaba a sus víctimas con el *hipo*, y que al lanzarle de esta manera su aliento a la presa, esto hacía que la víctima quedara paralizada por el miedo. Sahagún escribió que cuando un cazador indígena se encontraba en la selva con un jaguar, sabía que no podría dispararle al animal más que cuatro flechas, las cuales el jaguar solía atrapar en el aire y romperlas con sus dientes. En el caso de que el indio fallara a la cuarta vez, sabía que estaba derrotado; entonces el jaguar se estiraba pausadamente, se lamía las quijadas, gruñía malignamente y, luego de dar un salto gigantesco, mataba al indefenso indígena. Bartolomé de Las Casas[2] relata que cuando los indios de Vera Paz, Guatemala, tropezaban con un jaguar en la selva, se arrodillaban y confesaban sus pecados; lógicamente, eran devorados.

En aquella época predominaba el antiguo culto al jaguar por todo el sur de México y en Centroamérica, superpuesto a la religión indígena oficial. Después de la Conquista, tomó la forma de sociedades político-religiosas secretas, formadas por individuos que consideraban al jaguar como espíritu animal afín o como guardián totémico. Dichas sociedades recibieron el nombre de *nahualistas*, derivado, de *nawal*, término que significa tótem. En la actualidad, la palabra *nawal* o *nahual* es el nombre de una especie de licántropo u hombre-tigre, que sirve para asustar a los niños que no quieren ir a dormir. Las *nahualistas* eran muy parecidas a las criminales sociedades secretas de los hombres-tigres del Africa. A este respecto, Sahagún dice lo siguiente: "Son gentes que igual que los asesinos, son temerarios y están acostumbrados a matar; llevan puestos, encima de sus personas, trozos de piel de jaguar, de la cabeza y del

[1] Sahagún, 1938, L. XI, pp. 147-149.
[2] Las Casas, 1909.

pecho del animal y, la punta de la cola, las garras, los colmillos y las fauces, para volverse poderosos, valientes y temibles. . ." Los caudillos o jefes de tribus que querían ser valerosos, comían carne de jaguar asada o hervida. Se la utilizaba para curar la demencia, distintos tipos de fiebres y "para apaciguar las tentaciones de la carne".[3]

Tepeyollotl, representado en su imagen de Jaguar de la Tierra y en su aspecto humano Código Borgia)

En la antigüedad, el jaguar era un dios subterráneo, símbolo del interior de la tierra y de la noche, de la oscuridad, porque se creía que los jaguares se tragaban al sol y causaban los eclipses. Era el dios de las cavernas, el oscuro interior de las montañas, el "Dios atlántico de los terremotos, quien sostenía al mundo con sus hombros".[4] Como tal, se le rendía culto en todo el sur de México y, en particular, en Tehuantepec. Los

[3] Sahagún, 1938, L. XI, p. 268.
[4] Burgoa, 1934b, Cap. lxxv, p. 399.

mayas de Chiapas lo llamaban *Uotan*, término que significa "corazón" y también lo "recóndito o profundo"; los mexicanos lo denominaban *Tepeyollotl*, que significa "Corazón de la Montaña", "Corazón de la Tierra", pero su culto era un préstamo puesto que lo habían adquirido, junto con el mágico calendario religioso, del sur tropical en el cual el jaguar regía la tercer semana como un signo ominoso, de mala suerte.[5]

El "Corazón de la Tierra" tenía un santuario en el interior de una enorme caverna situada en la pequeña isla boscosa de Monopoxtiac, en las lagunas de Tehuantepec, y tan grande era el temeroso respeto que sentían los indígenas hacia el dios jaguar, que el rey zapoteco le llevaba ofrendas secretas aún después de haber sido convertido al catolicismo (*véase* p. 259). Había otras importantes cavernas santuarios dedicadas al Jaguar Corazón. Acerca de la cueva de Achiotlán, el fraile Burgoa presenta una notable descripción. "Había —escribe Burgoa— entre otros altares, uno de un ídolo a quien llamaban 'Corazón de la Tierra', que recibía grandes honores. El material de que estaba hecho era de valor extraordinario, pues se trataba de una esmeralda [jade de color verde claro] del tamaño de una gruesa vaina de pimienta, en la cual se había grabado, con suma habilidad, un pequeño pájaro y una pequeña serpiente en el momento de atacar. La piedra era tan transparente, que brillaba desde su interior con el resplandor de una llama... El primer misionero de Achiotlán, Fray Benito, luego de visitar el santuario, logró convencer a los indios de que le entregaran el ídolo. Lo trituró hasta convertirlo en polvo, a pesar de que un español le había ofrecido tres mil ducados por él. Después el fraile esparció el polvo sobre la tierra y lo pisoteó, para destruir la profana abominación y para demostrar, a la vista de todos la impotencia del ídolo...".[6]

---

[5] Seler, Códice Vaticanus 3773.
[6] Burgoa, 1934, Cap. xxviii.

Cabezas colosales e infantes jaguar

Según parece, una raza misteriosa de extraordinarios artistas vivió desde tiempos muy antiguos en el Istmo, sobre todo en los alrededores de Los Tuxtlas y la cuenca del río Coatzacoalcos. Por todas partes hay tesoros arqueológicos que yacen ocultos en las selvas y debajo de la rica tierra del sur de Veracruz: túmulos y pirámides funerarios; monumentos colosales de basalto tallados magistralmente; magníficas figurillas de precioso jade y otras de barro, modeladas con gran sensibilidad. Todos ellos de una gran calidad artística sin precedente. La inasequible presencia de un pasado grandioso y remoto en lo que ahora es selva impenetrable y deshabitada, resulta un enigma aún más misterioso porque la mayoría de los antropólogos actuales coinciden en afirmar que muchas de estas obras maestras artísticas datan de una época que retrocede hasta los comienzos de la era cristiana. Esta cultura, que aparece de pronto como surgida de la nada en un estado de completo desarrollo, parece haber sido la raíz, el origen de culturas posteriores y mejor conocidas: maya, totonaca, zapoteca, etc.

Esta cultura, la más antigua de todas las autóctonas americanas, es también la más nueva, puesto que fue "descubierta" hace tan sólo unos años y todavía está a la espera de un estudio científico exhaustivo. Nuestro interés por esta cultura se remonta a los tiempos en que aún no había carreteras ni turistas, cuando solíamos explorar la campiña buscando las antigüedades prehispánicas que los campesinos hallaban al arar sus milpas. En cierta ocasión, en Iguala, perteneciente al estado de Guerrero, adquirimos una interesante figurilla de lustrosa serpentina negra: le faltaban la cabeza y una pierna, pero el torso estaba labrado en un estilo extraordinario, muy diferente del arte indígena estereotipado que conocíamos en ese tiempo. Ocho años más tarde, Diego Rivera, también un fanático coleccionista, nos regaló una curiosa cabeza de piedra que, para nuestra sorpresa, resultó que pertenecía al fragmento de Iguala. El torso y la cabeza que de una manera tan milagrosa volvieron a unirse, representaba a un monstruoso infante o enano, nacido sin la

Gigantesca estatua de piedra al borde del cráter del volcán San Martín Pajapan.

mandíbula inferior, la cabeza echada para atrás en una expresión de angustia torturada, mostrando una tráquea representada en forma muy realista, que sobresalía entre los huesos del cuello y terminaba en una boca fruncida, entre dos mejillas hinchadas. Ambos fragmentos fueron hallados en lugares y momentos muy separados entre sí, y las fracturas eran antiguas, mostrando, la cabeza, más señales de desgaste que el cuerpo. Un orificio perforado en el muñón de la pierna que faltaba, revelaba que se había hecho un esfuerzo por repararla (L.12b).

Posteriormente encontramos más de ese tipo de figurillas en diferentes partes del sur de México. Todas representaban a individuos jorobados o patituertos, y en el caso de una de esas figurillas la persona representada tenía una mano aplicada sobre una oreja, como si se tratara de un sordo. Había muchas otras en museos y colecciones privadas, de jade verde azulino, serpentina y piedra común, todas ellas de aspecto tan oriental y tan hermosamente talladas y pulidas, que costaba creer que no procedieran de China. Todos estos objetos poco comunes, que entonces se consideraban como rarezas inclasificables de la arqueología mexicana, eran tan similares en cuanto a su estilo y técnica, que resultaba evidente que eran producto de una importante escuela artística bien definida. Con el tiempo se descubrieron algunos sensacionales monumentos de este mismo estilo, y entonces se reconoció un nuevo complejo arqueológico. A falta de un nombre mejor, se lo llamó cultura Olmeca, tomando la denominación de los aborígenes legendarios de la costa sur del Golfo, donde fueron hallados muchos de esos objetos. Nos sentimos cada vez más fascinados por esta misteriosa nueva cultura, y el arte y la arqueología olmecas se convirtieron en nuestro pasatiempo más apasionante.

El término olmeca (de *olli*, caucho o goma) resultó tan confuso, incluso para los arqueólogos, que se impone aquí dar una explicación de sus significados y derivados. *Olmeca* quiere decir "ciudadano de Olman", el territorio del caucho, las tierras bajas tropicales en general y, más concretamente, la costa sur

del Golfo, donde se obtiene el mejor caucho.[7] Sabemos de la existencia de los olmecas, supuestamente los habitantes civilizados más antiguos de México, por las crónicas de escritores del siglo XVI, quienes citaban historias y leyendas indígenas de su tiempo. Nuestro conocimiento de la historia prehispánica no va más allá del siglo IX de nuestra era,[8] pero ahora es posible rastrear los comienzos de la elevada cultura indígena del sur de México hasta dos mil años atrás, por lo menos con cinco horizontes culturales, dentro de este largo periodo de tiempo (véase Cuadro de la p. 164). Es evidente que el llamado estilo olmeca data de uno de los más antiguos de estos horizontes culturales y, para evitar confusiones en cuanto a la denominación, los arqueólogos la rebautizaron como la Cultura de La Venta, nombre de su sitio más importante. Sin embargo, esta nueva denominación resulta poco práctica, de modo que, pese a los esfuerzos de los arqueólogos, es probable que se continúe usando la denominación Olmeca impuesta por la costumbre. En consecuencia, como una concesión a dicha costumbre, y debido a que parece que hay una continuidad de estilo en las diferentes culturas de la costa del Golfo, hemos adoptado las siguientes denominaciones: Olmeca Antiguo para la cultura de La Venta, el complejo arqueológico todavía no identificado que constituye el tema principal de este capítulo; Olmeca Medio para la posterior época clásica y Olmeca Moderno para designar a los pueblos históricos que ejercieron su poder e influencia desde aproximadamente el siglo X hasta el XVI, aquéllos con los que se encontraron los españoles cuando desembarcaron en Veracruz.

Los antiguos olmecas se destacaron en la fabricación de

---

[7] W. Jiménez Moreno, 1942.

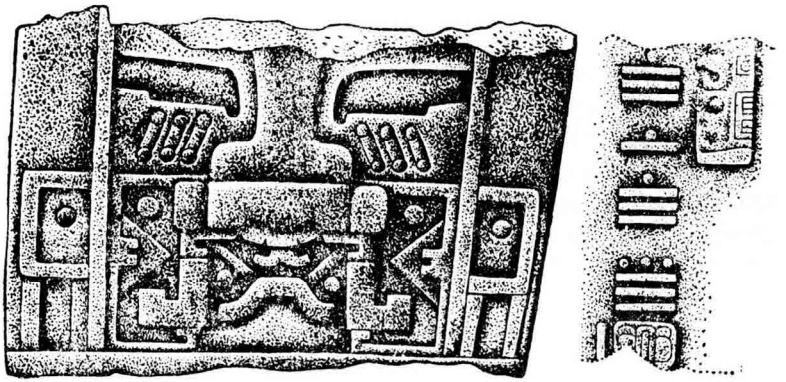
[8] Sólo recientemente Alfonso Caso (*"Los Señores de Tilantongo"*, conferencia dictada en la Sociedad Mexicana de Antropología, 26 de noviembre de 1942) pudo leer un grupo de códices indígenas que registran, con la más minuciosa exactitud, los nacimientos, casamientos y muertes de los reyes mixtecas. Uno de esos códices, llamado Códice Vindobonnensis, inicia la dinastía de Tilantongo, en el año 824 d.c., que corresponde a la fecha de nacimiento de un jefe llamado "4. Caimán", donde su nombre calendárico está anotado después de su cumpleaños. La dinastía continúa ininterrumpidamente a lo largo de 756 años, hasta 1580, fecha en la que termina con un jefe convertido al cristianismo y bautizado con el nombre de Don Antonio de Mendoza.

figurillas, máscaras y grandes hachas votivas, que generalmente representaban hombres rechonchos con cabezas alargadas en forma de pera, pequeñas narices perforadas, gruesos cuellos, fuertes quijadas y mentones prominentes, signo de terquedad. Sus ojos eran decididamente mongoloides, almendrados, o bien rasgados, es decir, como estrechas hendeduras entre párpados hinchados. Pero su rasgo más característico es una enorme boca con las comisuras hacia abajo, en una especie de gesto de desaliento, y con el labio superior proyectado hacia adelante como el de un jaguar que estuviera gruñendo. Es evidente que esos artistas querían representar un concepto definido, tradicional, un personaje rollizo, de brazos y piernas cortos pero bien torneados y de manos y pies también pequeños, ya sea de pie o sentados con las piernas cruzadas, al estilo oriental. Por lo general se los presenta desnudos y no se indica el sexo, o usando un sencillo taparrabo o una falda corta con una hebilla ornamental en el frente. En todos los casos, los rostros de estas figurillas producen siempre una fuerte sensación felina, aunada a un carácter y expresión infantiles, como si representaran un prototipo totémico, mitad jaguar, mitad infante, tan típico y poderoso, que casi se convierte en una obsesión. En realidad, muchas de estas esculturas son verdaderos jaguares o, más bien, una deidad jaguar, acaso un cachorro de jaguar antepasado, pues muy frecuentemente sus bocas fruncidas muestran encías sin dientes (Láminas 5 y 11b).

Nada se sabe acerca de los fabricantes de estos objetos. La sola procedencia no esclarece mucho, pues se los encuentra diseminados por todo el sur de México, Guatemala e incluso Costa Rica, donde se encontró un enano alado de jade de excepcional factura.[9] Desde el punto de vista artístico, a menudo se

[9] Los objetos en el estilo "olmeca" de La Venta se encuentran principalmente en los estados de Veracruz, Tabasco, Chiapas, Guerrero, Oaxaca, Morelos y el sur de Puebla, pero en algunas ocasiones se los encuentra también en los valles de México, Toluca, Tlaxcala y en Guatemala. En la actualidad, su frontera situada más al norte se halla en el estado de Michoacán (en El Opeño y en Tzintzuntzan); una magnífica estatuilla de jade descubierta en Guanacaste, en Costa Rica, marca el límite más meridional de su distribución. En su mayoría, estos objetos son pequeños y están hechos de materiales preciosos .Es posible que se

encuentran entre las obras más perfectas jamás halladas en este continente; desde el punto de vista de la técnica, son insuperables; y en sentido arqueológico, constituyen un profundo misterio porque presentan el dilema de un arte sumamente perfeccionado y una técnica muy avanzada pertenecientes al horizonte cultural más antiguo que se conoce de los indígenas mexicanos.



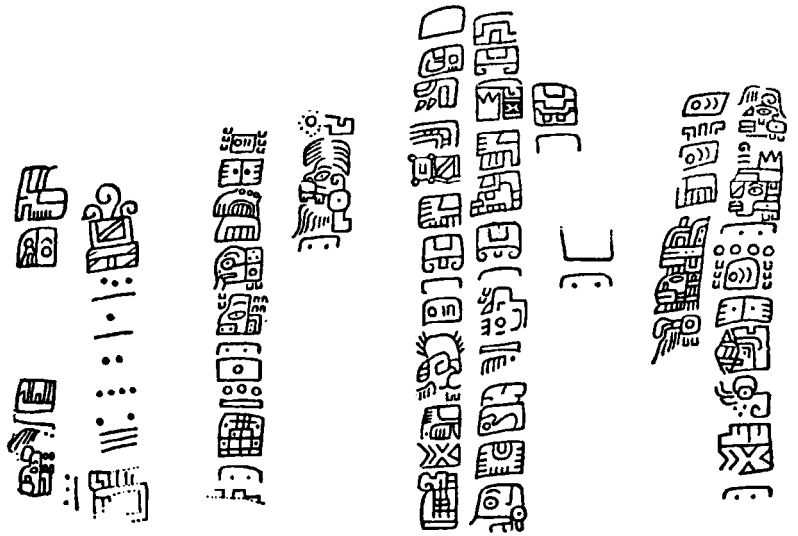
Reconstrucción del panel que representa una máscara de jaguar en la estela C hallada en tres zapotes y columna con fecha inscrita en el reverso.

Al principio, todos los objetos conocidos pertenecientes al estilo olmeca antiguo fueron encontrados, casualmente por campesinos o saqueadores de tumbas, y no existían datos concretos acerca de las condiciones en que fueron enterrados. Con el tiempo empezaron a aparecer en las exploraciones arqueológicas: en los niveles más antiguos de Oaxaca, como también en las tumbas "arcaicas" de Michoacán y Morelos. Pero se llegó al

---

los haya conservado como herencia durante largos periodos de tiempo y tal vez han recorrido largas distancias. Sin embargo, los recientes descubrimientos de los colosales monumentos de piedra "olmecas" en Veracruz, Tabasco, Oaxaca, Morelos y la Meseta guatemalteca, permiten establecer una zona "olmeca" más definida, con un enorme sitio "olmeca" puro, La Venta, en Tabasco y una zona recientemente descubierta, San Lorenzo Tenoxtitlán, en la selva que se encuentra al borde del río Chiquito un afluente del río Coatzacoalcos en Veracruz, donde se descubrieron cabezas colosales, estatuas y altares en puro estilo "olmeca".

punto culminante cuando Matthew W. Stirling, del Instituto Smithsoniano, empezó sus excavaciones en el terreno prácticamente inexplorado de Veracruz.[10] En un lugar llamado Tres Zapotes, en Los Tuxtlas, puso al descubierto una colosal cabeza de basalto, de poco más de dos metros de alto, magníficamente labrada y que representaba la cabeza de un hombre de nariz chata y gruesos labios, de raza más bien negroide, que llevaba puesto un tocado parecido al casco de un jugador de futbol.



Glifos aún no descifrados (excepto la columna de números del frente) inscritos sobre la Estatuilla de Tuxal.

En Tres Zapotes se hallaron otras esculturas realmente importantes, pero la pieza principal fue una losa o laja de piedra rota, con un pánel labrado que representa una máscara de jaguar en uno de sus lados y, en el otro, si es que se interpretó en forma

[10] Stirling, 1939, 1940a, 1940b, 1941, 1942, 1943, 1944; Weiant, 1943, Drucker, 1943a, 1943b.

correcta, nada menos que lo que podría ser la fecha registrada más antigua encontrada hasta ahora en la América, 31a.c. —casi dos mil años atrás— escrita en barras y puntos en el clásico estilo maya. Este descubrimiento desató una tormenta de polémicas. En general, se reconoce como un logro maya, el invento del calendario y el uso de un sistema de barras y puntos como números para registrar fechas;[11] pero la laja era definitivamente no maya, y Tres Zapotes se encuentra muy lejos de la región maya. Además, todas las piedras mayas con datación, presentan fechas posteriores a las encontradas hasta ahora fuera del territorio maya. La más famosa de estas últimas es una estatuilla de ocho pulgadas, de jade, que fue descubierta hace aproximadamente cuarenta años en Los Tuxtlas. La "Estatuilla de Tuxtla", uno de los tesoros del Museo Nacional de los Estados Unidos en Washington, representa a un personaje gordo, calvo, jovial, que lleva puestos un par de alas y una rara máscara en la boca que se parece al pico de un pato. En sus cuatro costados presenta columnas de glifos, que todavía no han sido descifrados, excepto la fecha, 162 d.c., escrita también con barras y puntos. Mientras continuaban los debates acalorados acerca de la interpretación de estas fechas, Stirling estableció campa-

[11] Los arqueólogos no se ponen totalmente de acuerdo en cuanto a la correlación entre las fechas anotadas al estilo maya (numerales escritos con barras y puntos) y nuestro calendario. Se utilizan, pues, dos sistemas, que presentan una diferencia de 260 años: el de Spinden, que remite todas las fechas a un tiempo anterior y el método más conservador de Goodman, de Martínez Hernández y de Thompson, que es el que yo uso en este libro, a menos que especifique lo contrario. Mediante uno de sus sistemas, los mayas contaban el tiempo a partir de una fecha "cero" inicial (4 *ahau*, 8 *cumhu*), el comienzo mítico del mundo, que para Spinden corresponde al 13 de octubre del año 3373 a.c., o a 5315 años atrás. Desde este punto de partida, contaban los días (*kin*), los meses de veinte días (*uinal*), los años de dieciocho meses (*tun*), periodos de veinte años (*katun*), y grandes ciclos o centurias de veinte periodos, cada uno formado por veinte años (*baktun*) de 144,000 días (aproximadamente 400 de nuestros años). La fecha más antigua maya encontrada hasta ahora, corresponde al 320 d.c., y las ciudades del antiguo imperio maya florecieron después del 436 d.c., correspondiente a su noveno *baktun*, es decir 467 años después de la fecha hallada en Tres Zapotes: 31 a.c., que corresponde al séptimo *baktun*, un tiempo muy remoto considerado como el comienzo mítico de la época histórica maya. Debido a la índole controvérsica de la correlación de estas fechas, los arqueólogos ahora prefieren tan sólo citar la fecha misma; la que se encontró en Tres Zapotes se escribiría de la siguiente manera: 7.16.6.16.18. (*baktun*7, *çatun* 16, *tun* 6, *uinal* 16, *kin* 18).

mento en La Venta, en las selvas de la frontera entre Veracruz y Tabasco. Hizo descubrimientos tan importantes desde el punto de vista artístico, que nos apresuramos a dirigirnos a La Venta para ver esos extraordinarios hallazgos.

La Venta

Antes de esos descubrimientos, La Venta no era otra cosa que un nombre, entre otros muchos, de un lugar desconocido en medio de los intransitables pantanos que rodean el río Tonalá, directamente sobre el Istmo de Tehuantepec. Se sabía que en ese lugar existían ruinas y muchos años antes el arqueólogo Frans Blom había visitado las solitarias ciénagas cubiertas por la selva. Pero nadie sospechaba la importancia espectacular y artística de los monumentos y tesoros enterrados, hasta que Stirling despejó la jungla alrededor de ellos y los desenterró del blando suelo aluvional.

Partimos hacia La Venta en el avión regular que va de Veracruz hasta Minatitlán, la metrópoli petrolera del Istmo. Volamos hacia el sur por encima del río Papaloapan, una serpenteante cinta de plata sobre el color verdoso del llano aterciopelado, y que desemboca en el Golfo formando un laberinto de lagunas, islas y franjas de tierra. Más allá alcanzábamos a ver la abrupta silueta de Los Tuxtlas, tumba de más de un avión, que se alzaba de los verdes prados como un gigantesco absceso de negra roca volcánica, con el hermoso lago Catemaco, parecido a una joya deslumbrante montada en un anillo de fragosas montañas. Las laderas estaban recubiertas de selva, que desde el aire parecían brécoles atados apretadamente y de la cual se alzaban, aquí y allá, altas columnas de humo: las quemazones hechas por los indios popolucas con el objeto de despejar parcelas de tierra para sembrar. De pronto, pasamos por encima del imponente río Coatzacoalcos y rodeamos una gran mancha de petróleo, tanques plateados y chimeneas que vomitaban humo; la refinería de Minatitlán.

Al aterrizar, fuimos recibidos por el ingeniero petrolero a cargo de la zona de La Venta, en donde se estaba llevando a cabo una nueva perforación para buscar petróleo, y nos metimos a toda prisa en otro avión. Se trataba de un antiguo pero valiente embalaje, con el material plástico de sus ventanillas empañado por la edad y su tablero de instrumentos acribillado por los agujeros bostezantes de conmutadores y cuadrantes que faltaban. Se le había añadido una nueva brújula sostenida mediante una tira de caucho cortada de una vieja cámara de automóvil. No era ningún consuelo saber que el joven piloto mexicano había volado con peores cajones que éste, como voluntario de las Fuerzas Aéreas Leales durante la Guerra Civil española.

Era como ir montado en un gigantesco saltamontes que brincaba y caía, sometido a la misericordia de traicioneros vientos encontrados. Mientras nuestro amigo, el ingeniero, sostenía la puerta para mantenerla cerrada, nosotros nos agarrábamos a nuestras sillas de mimbre como para salvar la propia vida (no había cinturones de seguridad en los asientos) y disfrutábamos, lo mejor que podíamos, de una nueva vista de la selva, a vuelo de pájaro, desde más cerca y no impedida por ningún obstáculo. Después de veinte minutos, con sólo dos de atraso, aterrizamos fortuitamente en Agua Dulce, un antiguo campo petrolero, luego de pasar tres veces rasando el campo cubierto de pasto, que al mismo tiempo era campo de aterrizaje y cancha de futbol y espantando a nuestro paso a un grupo de vacas que pacían. Allí abordamos un extraño vehículo nuevo, un motor Ford debajo de un banco de madera, sombreado por un pequeño techo de lámina. Este vehículo corría temerariamente por las estrechas huellas y recibía el nombre de *calamazo*, porque los primeros que llegaron a México llevaban, pintado en colores llamativos, el nombre de su ciudad de origen, Kalamazoo, Michigan. Esta palabra se ha vuelto ahora uno de los términos principales de la jerga de los obreros petroleros: el hombre que conduce el vehículo es un *calamazero*, y un choque con uno de ellos es un *calamazazo*. Al rato llegamos a las costas del río Tonalá, donde nos embarcamos en el *Neptuno*, la lancha motor que nos llevaría hasta nuestro destino final.

De allí en adelante, se extendía la inmensidad del yermo: a ambos lados del anchuroso río, vastas ciénagas de mangle, moteadas de garzas y en las que abundaban los caimanes. Al atardecer del mismo día en que partimos de la ciudad de México, ya habíamos llegado al pozo número 1 de La Venta: remoto pantano en el que viven unos veinte trabajadores petroleros y perforadores, equipados con comodidades elementales que sólo sus capataces extranjeros disfrutaban en los tiempos de las primeras compañías petroleras: un médico, aparatos de radio, telas metálicas en las ventanas, hielo y baños de ducha. Este lugar habría de ser nuestro hogar durante los días que nos tomaría dibujar y estudiar los monumentos.

En realidad, La Venta es una isla de terreno elevado cubierto de selva espesa, que se destaca claramente del pantano de mangle formado por la acumulación de la tierra deslavada y arrastrada desde la vertiente del Istmo. Por las fotografías aéreas que pudimos ver en la oficina petrolera, parece posible que, en otro tiempo, la isla haya estado en medio de una gran laguna abierta al Golfo. En el lado opuesto de la isla, creímos ver rastros de otro río, ahora obstruido y convertido en ciénaga.

Desde el campo petrolero se llega a las ruinas recorriendo un reborde o franja resbalosa de poco más de ochocientos metros de largo, construida con lodo apilado a través del traicionero fango negro de la ciénaga. Sobre un claro cubierto por la hierba se alzan ocho o diez chozas con techumbre de paja, que constituyen la ranchería de La Venta, con aproximadamente treinta habitantes, indios hablantes de nahua, todos ellos descendientes y familiares de un patriarca de ochenta años llamado Sebastián Torres. Este hombre llegó hace unos cincuenta años desde Tonalá, con su esposa y dos hijos varones, para quedarse a vivir en la desierta isla en medio del magnífico aislamiento de la selva. Pensaba que allí podrían vivir sin que nadie los molestara, cultivando maíz, caña de azúcar y plátanos. Pero cada tanto aparecían bandidos, y en cierta ocasión asesinaron a sus hijos, dejándole a él muy mal herido y llevándose todas sus posesiones. Sebastián Torres consiguió sobrevivir y cuando

retornó la paz, regresó a la isla con su esposa, que por pura casualidad no se hallaba en el lugar en el momento de la matanza. Formó una nueva familia y sus hijos e hijas a su vez constituyeron sus propias familias. Sebastián vive todavía allí, como jefe de una numerosa tribu, viendo cómo ahora su reino selvático es invadido por arqueólogos, ingenieros geólogos y obreros petroleros. Se calcula que bajo la tierra hay depósitos de petróleo de millones de dólares y, a menos que se quiten de allí las grandes piedras, será un curioso y fantástico espectáculo el surgimiento, entre las colosales estatuas, de una nueva selva de torres o armazones de perforación de petróleo.

Las ruinas están ubicadas en la espesura de la selva, atravesada por caminos bien mantenidos —"bien barridos" dice la gente de aquí— suficientemente anchos en algunos lugares para que puedan pasar automóviles. A lo largo de estos caminos y por los ríos, los indígenas recorren grandes distancias a pie, a caballo y en canoas tipo piragua. Durante nuestra permanencia en el lugar, el anciano Sebastián decidió que tenía que ir a Huimanguillo "por negocios". A pesar de sus ochenta años, emprendió solo el viaje de más de ochenta kilómetros, el que realizó de ida y de vuelta en el término de una semana.

En La Venta hay cuatro colosales cabezas iguales a la que se encontraron en Tres Zapotes, aparte de altares labrados, estatuas y estelas de piedra. Hasta la fecha se han descubierto más de veinte monumentos labrados, muchos de los cuales constituyen los ejemplos de mayor tamaño y más admirables del antiguo arte indígena. Las tallas sobre los monolitos demuestran gran sensibilidad y sentido realista, aparte de un dominio excepcional de la técnica y de la expresión creativa. Estas esculturas están liberadas de muchos de los vicios que contaminan gran parte del arte indígena posterior: estilización pomposa, sofocante decoración excesivamente recargada de detalles ritualistas y una extravagancia que sólo tiene valor decorativo.

El primer monumento que vimos fue la colosal cabeza, de algo más de dos metros de alto (A en el mapa, p. 128): la obra maestra de La Venta. Representa a un joven rechoncho, con una nariz chata, párpados pesados y gruesos y una boca de la-

bios llenos, sensuales. Lleva puesto una especie de casco de futbol con extrañas estrías y orificios en la parte superior, que probablemente fueron hechos en épocas posteriores, acaso para afilar alguna herramienta. Las otras tres cabezas (B, C, D) están separadas entre sí por una buena distancia, y dos de ellas sonríen levemente, mostrando una hilera de pequeños dientes redondeados. Todas ellas llevan puestos cascos, tienen patillas y largas orejeras. Hay también seis enormes altares de piedra, uno de los cuales (el altar A) mide tres metros de largo, un metro con ochenta centímetros de ancho y un metro y medio de altura. El altar B, llamado "el altar de los Quintillizos" debido a que tiene cinco infantes o enanos labrados a sus costados, presenta, en el frente, un personaje magníficamente tallado, sentado con las piernas cruzadas, que se asoma de un nicho en forma de cueva, y que sostiene en sus brazos el flácido cuerpo de un lactante (L. 2b). Dicho personaje lleva puesto un casquete o gorro alto atado mediante una faja para la cabeza con un adorno en el frente que representa una máscara de jaguar. A los costados derecho e izquierdo de este altar hay cuatro personajes en bajorrelieve, dos a cada lado, vestidos con extraños sombreros y capas, cada uno de ellos sosteniendo en sus brazos a un infante o enano travieso, desnudo, en actitud de resistirse o de tratar de escapar. Uno de estos enanos tiene la cabeza profundamente hundida, característica de este arte (L. 2a).

Igual que los mayas, el pueblo de La Venta erigía estelas, lajas labradas colocadas en posición vertical, que usaban para conmemorar algún suceso y dos de estas estelas muestran a personajes distinguidos que llevan puestos altos tocados recargados de adornos. Sobre la estela C (L.4) vemos a dos impresionantes jefes o caudillos frente a frente, rodeados por hombres de menor jerarquía suspendidos en el espacio. El rostro del hombre situado a la izquierda está destrozado, pero el otro, que se encuentra intacto, representa a un hombre de expresión torva, con una barba completa y una enorme nariz aguileña, que no se parece en nada a las gentes de La Venta, uno de cuyos rasgos más sobresalientes es la nariz achatada. En reali-

dad se trata de la figura de un personaje con rasgos semitas sorprendentemente pronunciados, muy distinto de todo lo que se encontró antes en México. El motivo central de la estela A es un personaje con un traje recargado, que lleva un tocado en la cabeza tan alto como él y una maza o porra en sus manos. También dicha figura está rodeada por seis enanos voladores con grotescos rostros de jaguar y mazas en las manos. En otro lugar se encontró un gran bloque de piedra (estela B), ahuecado como una caja, cuya cavidad tiene la forma de las fauces simplificadas de un jaguar conteniendo una figura femenina de pie. Más allá vimos la curiosa estatua de un enano, conocida en el lugar como "la Abuelita", que sostiene en sus manos una pequeña caja de piedra. El altar B, que está muy destruido, es un curioso monumento con la forma de la cabeza de un dios jaguar, con un gran orificio que penetra por uno de los lados, y que luego de desviarse en ángulo recto por el interior de la estatua sale por la boca. Stirling tiene la sospecha de que este monumento se usaba en algún tipo de ceremonia durante la cual se hacía hablar al altar. Estos son algunos de los numerosos monumentos descubiertos hasta ahora en La Venta, cada uno de los cuales es un enigma casi impenetrable, y es posible que haya muchos más ocultos en la selva o enterrados en el blando suelo aluvial, de modo que no se los puede ver.

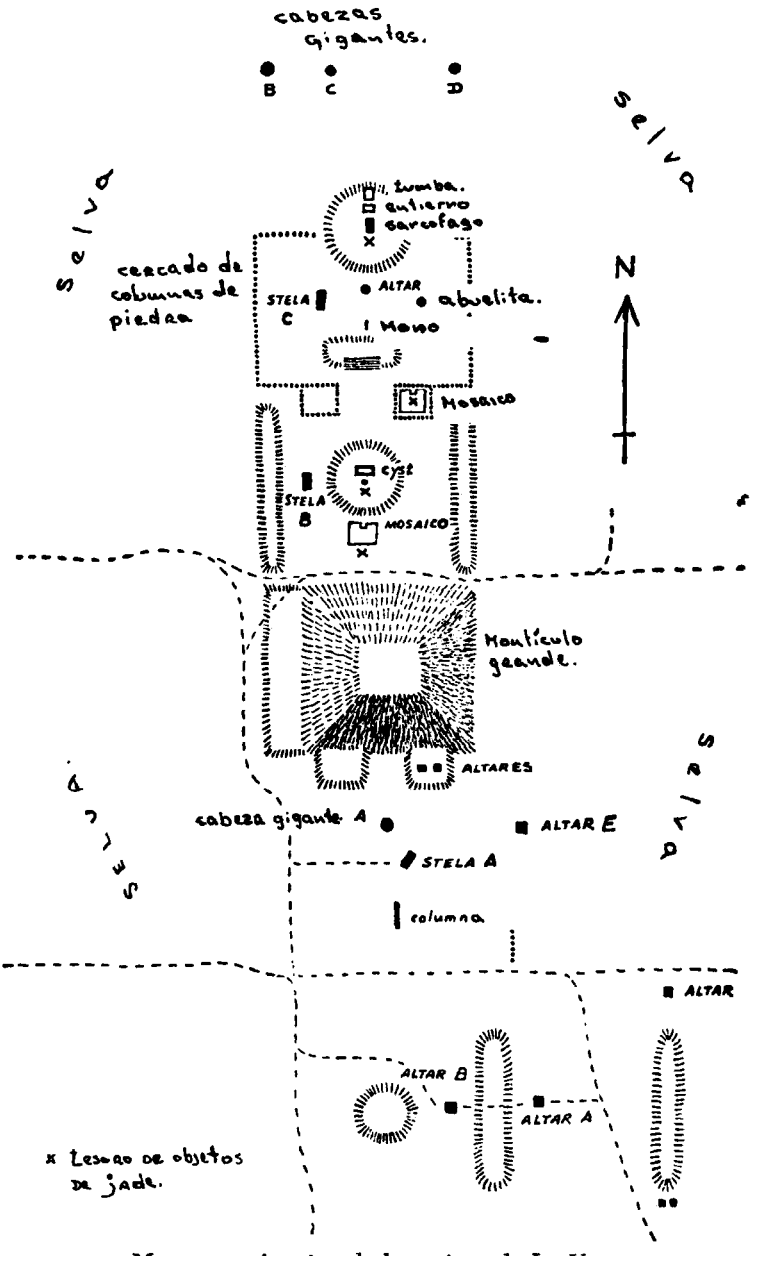
Apenas visible en medio de la selva hay una gran pirámide de tierra compacta, completamente cubierta por enormes árboles y que presenta la peculiaridad, en su costado occidental, de una especie de amplio empedrado de protección, también de barro. A pesar de que la espesa vegetación que todo lo cubre impide obtener una clara visión o panorama del plano de las ruinas, dibujamos un plano general que presentamos a continuación, en parte hecho de memoria, y en parte tomando en cuenta la información que nos proporcionó Stirling y en el que aparecen los túmulos y monumentos visibles.

Todo el conjunto está ubicado en línea recta que va de norte a sur, con toda clase de montículos o túmulos —grandes y pequeños, redondos y alargados— prolijamente alineados for-

mando extensas plazas. Cuando se concluyeron los trabajos de desmonte de la selva y de excavación, pudo observarse que la gran plaza ubicada al norte de la pirámide central contenía un extraño recinto rectangular que mide aproximadamente cincuenta y dos por sesenta y tres metros, formado por hileras de columnas de basalto de forma naturalmente hexagonal colocadas una al lado de la otra como una cerca de estacas y formando un muro compacto. Estas pesadas columnas, en algunos casos de más de dos toneladas cada una, fueron colocadas en posición vertical sobre una gruesa base o cimiento de arcilla, formando una especie de patio hundido cuyo piso original todavía no se ha encontrado.[12] Este patio tiene una entrada flanqueada por dos recintos o bastiones más pequeños que miden alrededor de seis por ocho metros, y formado también por las mismas columnas de basalto.

Stirling procedió a excavar el bastión ubicado al este y descubrió que estaba lleno de grandes ladrillos de barro secados al sol que lo cubrían hasta una profundidad de muchos metros. En el fondo de este relleno de ladrillos había un tesoro escondido constituido por treinta y siete hachas de serpentina cuidadosamente acomodadas formando una cruz. A partir de ese punto el foso había sido rellenado simplemente con tierra que no cubría una tumba, como esperaban los arqueólogos, sino un piso hermosamente construido y pulido de lajas de serpentina verde perfectamente unidas entre sí formando un mosaico gigantesco con un diseño bastante abstracto que vagamente se parece a una máscara de jaguar. Los espacios abiertos dentro del mosaico que corresponden a los ojos, las cejas, la nariz y la boca del jaguar fueron rellenados con arcilla azul, mientras que el borde de almagre amarillo que constituye el marco del mosaico verde contrasta bellamente contra el suelo rojizo de La Venta. El mosaico fue armado o construido sobre una capa de asfalto encima de un cimiento hecho con grava o piedra machacada. Este piso

[12] El recinto de columnas de piedra es único en la arqueología mexicana y el uso de esos prismas naturales de basalto constituye el mayor enigma, puesto que debieron ser transportados desde una distancia muy grande. Mi visita a La Venta fue anterior al descubrimiento de las tumbas.

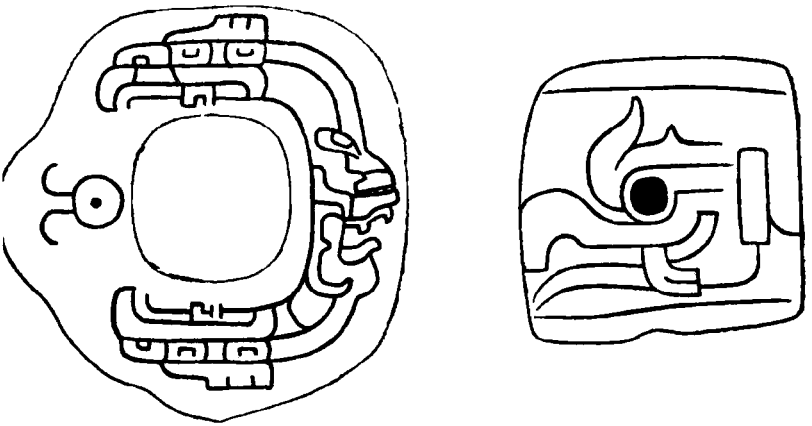

cabezas gigantes.
B
C
D
selva
selva
tumba.
entierro
sarcofago
cercado de columnas de piedra
STELA C
ALTAR
abuelita.
Mono
N
Mosaico
STELA B
cyst
MOSAICO
Montículo grande.
ALTARES
cabeza gigante A
ALTAR E
STELA A
columna
selva
selva
ALTAR
ALTAR B
ALTAR A
x Tesoro de objetos de jade.

se encuentra en el fondo de un hoyo de más de seis metros de profundidad y no fue posible encontrar claves o indicios que indiquen su significado o propósito. Se halló otro piso de mosaico, aunque incompleto, frente al gran túmulo, y los arqueólogos están casi seguros de que encontrarán un tercer piso igual a los anteriores en el fondo del bastión ubicado al oeste. Sin embargo, las dificultades que entraña traer la mano de obra y la maquinaria necesarias para continuar las exploraciones hasta esta remota selva pantanosa impedirán por algún tiempo el hallazgo de una respuesta satisfactoria acerca del misterio de este hermoso piso, que fue armado y pulido con tanto cuidado y prolijidad en el fondo de un profundo foso, sólo para ser enterrado con arcilla y con piedras machacadas y luego sellado hasta la superficie con ladrillos.

Al norte del recinto había un montículo de poca altura que contenía más tesoros artísticos, como también nuevos enigmas para los arqueólogos. Dentro se encontró un gran sarcófago rectangular de piedra, labrado en bajorrelieve en la forma de un jaguar agazapado y cubierto por una tapa de piedra lisa. Contenía una delicada estatuilla de piedra, una espátula de jade de siete pulgadas, un par de orejeras de jade y dos colgantes también de jade trabajados imitando dientes de jaguar. Estos objetos estaban en el lugar que les correspondía; es decir, el cadáver que alguna vez adornaron se había desintegrado, pero las orejeras estaban a cada lado de lo que debió ser la cabeza, y la espátula y la estatuilla se hallaban en el lugar correspondiente a los muslos, porque probablemente estuvieron sostenidas por las manos del muerto.

Frente al sarcófago había una tumba de tamaño y características excepcionales pues medía casi siete metros de largo y estaba hecha de pesadas columnas de basalto formando una especie de empalizada. El techo era de la misma clase de columnas colocadas en posición horizontal y la puerta estaba formada por cinco columnas más inclinadas sobre la estructura como una rampa. En la cámara de la entrada, que estaba llena de barro, sólo se encontraron algunas vasijas muy sencillas, pe-

ro en el fondo se descubrió una plataforma levantada con piso de lajas sobre la cual hace muchos siglos se acomodaron tres o cuatro cadáveres bajo una capa de seis pulgadas de cinabrio de color rojo vivo. No se hallaron huesos, pero en cambio había muchas estatuillas y otros objetos de jade que estaban tan brillantes y relucientes como el día en que fueron enterrados. En-



Diseños hechos con incisiones en dos orejeras de jade halladas por Stirling en La Venta.

tre los objetos descubiertos se destacaban por su belleza dos estatuillas de jade azul transparente, de cuatro a cinco pulgadas de largo, una realista y de forma redondeada y la otra chata y estilizada. También había una estatuilla espléndida de tres pulgadas representando a un hombre desnudo, sentado, con una deformación extraordinaria de la cabeza, labrada en jade verde y que era una verdadera obra de arte de escultura compacta, monumental. También llamaba la atención por su belleza otra estatuilla de jade gris, recubierta de cinabrio rojo y que presentaba un pequeño disco brillante de hematites cristalino adherido en el pecho. Representa a una joven rechoncha que lleva puesta una falda corta, con el pelo suelto por la espalda y un

flequillo sobre la frente. Su rostro se parece al de las cabezas colosales, con la misma sonrisa pensativa que caracteriza a dos de ellas. También del más fino jade se hallaron un par de orejeras verdes, cuadradas, labradas con cabezas de águilas; una réplica muy realista de una concha de almeja de gran tamaño; un objeto en forma de bulbo con un apéndice y que era una delicada copia de la cola de una raya en jade de color azul claro; una pequeña máscara de la cabeza de un pato, delgada como el papel, y una cantidad considerable de cuentas de jade verde esmeralda a las que se les había dado la forma de trozos de bambú. En esa tumba se encontraron, además, grandes discos de hematites, indudablemente destinados a ser usados sobre el techo como en el caso de la estatuilla de la joven, un collar de colas de raya con diminutas incrustaciones cuadradas de hematites y un enorme diente de un tiburón fósil.[13] En diferentes lugares, se desenterraron cientos de hachas de jade, en general formando grupos de treinta y siete, cuidadosamente acomodadas en filas y en grupos, por lo cual es fácil deducir que se trataba de ofrendas y que tenían algún propósito mágico. En una de esas hachas pudimos observar la omnipresente máscara de jaguar, y otras tres de ellas mostraban diseños abstractos hechos por medio de incisiones.

La Venta es una mina inagotable de preciosos objetos arqueológicos. Durante su temporada de excavación del año 1943, Stirling encontró más estatuillas olmecas, esta vez con ojos incrustados de hematites, más cantidad de hachas e interminables objetos de jade, muchos de ellos hechos de la valiosísima variedad color verde esmeralda claro que en China recibe el nombre de "jade joya", del cual se sabe que proviene de Birmania y que en ese momento se halló por primera vez en América. Nunca antes se habían hecho descubrimientos tan importantes como los que se llevaron a cabo en La Venta, y la identidad y relaciones

[13] La disposición de la tumba, el sarcófago, el tesoro de hachas de jade, el piso de mosaico, etc., no tienen precedentes en las Américas, pero en cuanto al diente de tiburón fósil, M. A. Fernández encontró una ofrenda igual en Palenque y Lothrop halló dientes de tiburón fósil y colas de raya en las tumbas de Coclé, en Panamá.

culturales de sus habitantes continúan envueltas en el misterio más profundo.

Explicar el significado de los hallazgos de La Venta es tan difícil como llegar a conclusiones definitivas acerca de esta nueva cultura que atormenta a los especialistas con su misterio. Uno de los enigmas se refiere al uso extravagante de los enormes bloques y a los cientos de columnas de basalto sobre las cuales sus escultores prodigaron su arte más excelso, su gusto exquisito y un esfuerzo material inconcebible. De alguna manera, que hoy nos resulta inexplicable, el pueblo de La Venta explotó canteras, labró y transportó enormes piedras, cada una de las cuales pesa varias toneladas, hasta una isla en la que ese material no existe, atravesando ríos y pantanos, muy probablemente por el mar, desde la región de Los Tuxtlas, la fuente más cercana de basalto, y que se encuentra a una distancia aproximada de 160 kilómetros. Sólo la fuerza humana de una floreciente comunidad que poseía recursos ilimitados de mano de obra, ingenio constructivo y artistas de gran capacidad pudo haber realizado la enorme tarea de levantar esos monumentos tan imponentes.

Hasta ahora no ha sido posible establecer la época en que fue construida La Venta, utilizando el método arqueológico más confiable en la actualidad: la identificación de las diferentes capas superpuestas de restos que pueden compararse con otras culturas o épocas ya conocidas mediante la alfarería rota descubierta en esos yacimientos. Hasta el presente no se descubrieron en La Venta pruebas de que el lugar haya sido ocupado más de una vez, pero las grandes cabezas que allí se encontraron son casi idénticas a una que se halló en Tres Zapotes, en donde abunda el basalto. En este último lugar hay señales de una larga ocupación humana y los estilos de cerámica varían tanto, que se los ha dividido en tres épocas: Tres Zapotes Inferior, Medio y Superior. Las estatuillas de barro descubiertas en La Venta son similares a las correspondientes a la época de Tres Zapotes Medio; en consecuencia, lo más seguro es suponer que las grandes cabezas y en general todo el conjunto de ruinas de La Venta fue construido por el mismo pueblo de la época

del Tres Zapotes Medio, en algún momento durante los primeros siglos de nuestra era. Tal vez la élite de un antiguo y orgulloso Pueblo Jaguar fue gradualmente obligado a abandonar Los Tuxtlas y empujado a buscar refugio en el aislamiento de La Venta por las oleadas de gentes nuevas que iban invadiendo la región y que pertenecían a una raza diferente y con una religión distinta, adoradores de serpientes, a los cuales el Pueblo del Jaguar no podía tolerar.

Las pequeñas cabezas y estatuillas de barro encontradas en La Venta y en Tres Zapotes revelan dos tipos raciales diferentes: uno de ellos corresponde al tipo mongoloide de las esculturas del "infante jaguar" con su rostro infantil, mofletudo y nariz chata; también hay representaciones de un pueblo barbado y que tiene largas narices aguileñas. Estas últimas corresponden al jefe extrañamente semita labrado en la gran estela (L. 3), que enfrenta a un personaje cuyo rostro ha sido deliberadamente destrozado, mientras que el suyo está intacto. Me atrevo a sugerir que el rostro destruido pertenecía al típico "infante jaguar", y que la escena representa la visita a La Venta de un jefe extranjero barbado y de nariz larga.[14] Acaso La Venta haya sido el último baluarte de esta antigua cultura, que probablemente sobrevivió hasta bien entrado el periodo clásico gracias a su aislamiento, pero que continuó manteniendo relaciones con otros pueblos. Tal vez su súbita desaparición total se debió a algún conflicto religioso o político surgido entre estos pueblos —el Pueblo Serpiente en contra del Pueblo Jaguar— y que constituye el legendario litigio que aparece obsesivamente en la mitología mexicana. La mayoría de los monumentos fueron destruidos a golpes hasta dejarlos irreconocibles, y esto explicaría su deliberada mutilación, hecha a expensas de un enorme esfuerzo físico, antes de que lentamente la selva los invadiera cuando el lugar fue abandonado. Sólo reformistas re-

[14] En el famoso vaso maya de Chamá, encontrado en Guatemala y que en la actualidad se encuentra en el Museo de la Universidad de Pensilvania, aparece representada una escena similar aunque invertida. En efecto, en esa escena es el personaje "olmeca" de nariz achatada quien visita al maya de nariz aguileña.

ligiosos sumamente fanáticos pudieron llevar a cabo esta destrucción de verdaderas obras de arte.

Igualmente difícil es explicar el significado de los monumentos. Las cabezas colosales estaban destinadas a ser simplemente eso, es decir, a carecer de cuerpos, a ser puestas directamente en el piso, lo cual en sí mismo representa una idea muy singular. Estas cabezas miran directamente en dirección norte-sur y tal vez fuesen observatorios astronómicos o simples monumentos conmemorativos. El motivo central del altar "quíntuple" parece representar una escena de nacimiento, o acaso una ceremonia en la que intervenían niños pequeños o enanos. Estos infantes con aspecto de jaguar o enanos, según parece, obsesionaron a los artistas de La Venta hasta tal punto, que dicho personaje de jaguar embrionario con una vincha en la cabeza, barbicacho, y la cabeza con profundas hendiduras, se convirtió en su motivo artístico más importante. Todas las características de los "infantes jaguar" resultan difíciles de comprender: sus cuerpos deformados, sus brazos y piernas rudimentarios, sus bocas desdentadas y con un gesto de desaliento, sus ojos duros y sin expresión, muy hundidos bajo elaboradas arrugas superciliares y cejas contraídas con una profunda hendidura en forma de V en la parte superior de sus cabezas. ¿Acaso esta hendidura no estará indicando una forma de sacrificio, es decir un golpe de hacha? ¿O representará, en cambio, el cráneo blando, aún no cerrado del todo de un recién nacido, símbolo de la relación entre el hombre y la divinidad a través del occipucio? La idea de que la punta de la cabeza es el lugar donde se asienta la divinidad es común en muchos países e incluso tiene un equivalente contemporáneo entre los católicos, representado por la tonsura y la mitra hendida en el medio de los obispos. Con frecuencia esta hendidura es tan exagerada, que las cabezas se parecen a las pinzas utilizadas para extraer clavos.

Es posible que estos pequeños monstruos representaran espíritus de la selva, muy a la manera de los malignos *chanekes* que supuestamente aún infestan la costa veracruzana. El *chaneke* es un enano que sólo mide unos cincuenta centímetros de

altura, que se pasa todo el tiempo haciéndoles jugarretas desagradables a los seres humanos y enamorándose (e incluso raptando) a las chicas bonitas. Quizás su origen deba buscarse

Placa de jade verde azulino representando un enano, procedente de Olinalá, Guerrero (Museo Nacional de México).

en la creencia, común entre los indígenas modernos de linaje más antiguo, en pequeños espíritus de la selva, "enanos muy ancianos con rostros de infantes", dueños de los animales de caza y de los peces, que habitan en cuevas o detrás de cascadas, donde ocultan el mejor maíz y otros tesoros. Son testarudos, caprichosos y resultan peligrosos para los seres humanos; sin embargo, si se los aplaca adecuadamente, producirán lluvia.[15]

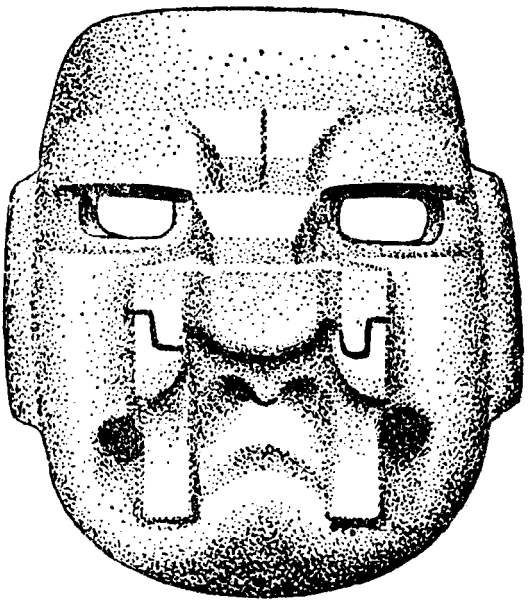
El uso casi exclusivo del jaguar en el arte de La Venta es otra clave de su antigüedad, pues los dioses jaguar (de la tierra, la lluvia y los rayos) figuraban entre las deidades más antiguas. Sin embargo, aún hoy día, a más de cuatro siglos de la Conquista española y probablemente a dos mil años desde su origen, el *nawal*, el ser que se puede convertir en jaguar, es todavía invocado para asustar a los niños que no quieren ir a la cama. Aún hoy los modernos indígenas de Oaxaca y de Guerrero, ejecutan danzas del jaguar cuyo significado se ha perdido hace ya mucho tiempo.

Además de jaguares, esos artistas esculpían estatuillas y máscaras de hombres, acaso un arquetipo ancestral que seguía un modelo estético bien establecido. Aunque en general están desnudas, esas estatuillas son púdica y deliberadamente representadas sin sexo, con cabezas alargadas y afeitadas y rasgos

---

[15] Los mazatecos todavía creen en la existencia de esos enanos, algunos de los cuales causan enfermedades y son los que reciben el nombre de *la'a*, y otros, los llamados *chikushi*, que hacen llover cuando reciben determinadas ofrendas (Johnson, 1939). Los zoques de Chiapas cuentan relatos acerca de ancianos hombrecitos con rostros de infantes a los que llaman *mo-yó*, que ocultan tesoros y almacenan el mejor maíz en cuevas y que llevan en la mano serpientes que en realidad son rayos (Cordray, 1942). Los popolucas del sur de Veracruz creen en la existencia de pequeños duendes negros y desnudos, los *chanis* ("dueños de la caza y de la pesca") y enlos*hunchúts*, gnomos silbadores desprovistos de cerebro y que tienen los pies torcidos hacia atrás, que viven detrás de las cascadas y se alimentan del cerebro de seres humanos (Foster, 1940). Los zapotecas del Istmo tienen a sus *bižé* y sus *biži à* (véase Capítulo XII). Enanos que viven en las selvas y en las cuevas ya que llevan en la mano relámpagos nos traen a la mente a los *tlaloques*, los pequeños ayudantes del antiguo dios de la lluvia *Tláloc* —que son también versiones deformadoras de su amo—, cuya función era empapar la tierra con cántaros, a los cuales rompían para producir relámpagos y rayos. La relación entre los ancianos enanos con rostros de infantes que se parecían a jaguares y el antiguo dios de la lluvia es particularmente interesante, sobre todo porque las evidencias estilísticas demuestran que la máscara de jaguar de los olmecas es una forma antigua del dios de la lluvia.

delicados, sumamente mongoloides, ojos hinchados, las comisuras de los labios caídas y fuerte quijada. Todas estas estatuillas tienen un marcado carácter felino, pero predomina el elemento humano y se subraya un tipo físico bien definido, radicalmente opuesto al tipo huesudo y aguileño que acostumbramos asociar como característico del indígena. Sin embargo, este tipo aparece con frecuencia en la actualidad entre los grupos indígenas más antiguos del sur de México (mazatecos, chinantecos, popolucas, totonacas, zapotecas, mixtecos, etc.) y la distribución del tipo vivo coincide con la distribución general del estilo artístico de La Venta. Es muy probable que este tipo haya representado, en alguna época, un elemento étnico característico, acaso el tipo predominante en los tiempos arcaicos, puesto que



Máscara de piedra nefrítica procedente de Cárdenas, Tabasco (Museo Americano de Historia, Nueva York).

aparece muy a menudo en las estatuillas antiguas. Es un hecho que los rostros huesudos y alargados, y las narices aguileñas aparecieron por primera vez en el arte post-arcaico, lo cual constituye otro argumento a favor de su antigüedad.

El arte de La Venta es único. No es para nada primitivo ni tampoco corresponde a un estilo local. Más bien se trata de la expresión más elevada de un arte noble y sensual, producto de un espíritu estético directo pero rebuscado, de una técnica muy perfeccionada y un gusto sobrio y digno. Los escultores de La Venta se deleitaban en las formas macizas, rechonchas, realistas y sensibles, que armonizan perfectamente con el físico de los indígenas del sur de México. Ciertas características del estilo permiten defender aquellos argumentos que consideran a este arte como muy antiguo: por ejemplo, la falta de simbolismo complicado, su arcaísmo de concepción, en contraste con la extravagancia barroca de las artes posteriores de las tierras bajas, o de la estilización pomposa y puramente decorativa de las tierras altas mexicanas. Además, mientras que un vestigio del complejo de la máscara de jaguar persiste en las formas de transición de las artes clásicas, en la cultura de La Venta no encontramos ninguna influencia de esas artes; los dos rasgos más característicos de estas artes posteriores —el uso de grandes abanicos de plumas de quetzal y la combinación de motivos en espiral— están totalmente ausentes en el estilo de La Venta.[16] Nadie en las Américas ha labrado el jade con tanta perfección como los escultores de La Venta, los cuales al parecer lo trabajaban con la mayor facilidad, en total oposición a los jades oaxaqueños (mixtecos) posteriores y a los llamados jades "mayas", en los cuales la dureza, la forma y el color del material, como también los medios mecánicos en uso, dictaban el estilo e incluso la índole del objeto labrado.

---

[16] Con la sola excepción, hasta donde llegan nuestros conocimientos, de una pequeña máscara de jade que se encuentra en el Museo Peabody de Cambridge, Mass., que presenta todo el rostro adornado con un tatuaje de dibujos en espirales.

El cerro de Las Mesas

Después de los sensacionales descubrimientos de Tres Zapotes y La Venta, Stirling decidió explorar un sitio denominado Cerro de las Mesas, famoso por sus piedras labradas, y nos invitó a participar como espectadores interesados. El Cerro de las Mesas es el centro de una vasta zona arqueológica que se extiende a lo largo del río Blanco en la selva y las praderías situadas entre los pueblos de Piedras Negras e Ignacio Llave. La escasa población de esta zona, constituida por personas de sangre indígena, negra y española mezcladas, típicos *veracruzanos* de la costa, llevan una vida solitaria y despreocupada, criando ganado y sembrando frijoles, maíz y chile. A estas gentes no les interesa la religión: prueba de ello es que no existe una sola iglesia en toda la región. Los nativos viven en rancherías, pequeñas comunidades de chozas con techo de paja comunicadas entre sí por estrechos senderos plagados de garrapatas, o por caminos cenagosos en los que los carros arrastrados por bueyes dibujan hondos surcos. Temerarios *camiones*, autobuses improvisados, resoplan a lo largo de estos "caminos" y atraviesan puentes provisionales de troncos de árboles tendidos sobre ríos torrentosos. Hasta hace apenas unos años, los nativos consideraban que el Cerro de las Mesas era un peligroso sitio mágico, y los brujos del lugar llevaban ofrendas de huevos "de gallinas negras", cigarrillos y ron, artículos que les proporcionaban sus clientes, como regalos de alimentos para las piedras mágicas que se encuentran allí y que por haber sido labradas por los "antiguos" podían realizar, según ellos, curas y otros milagros.

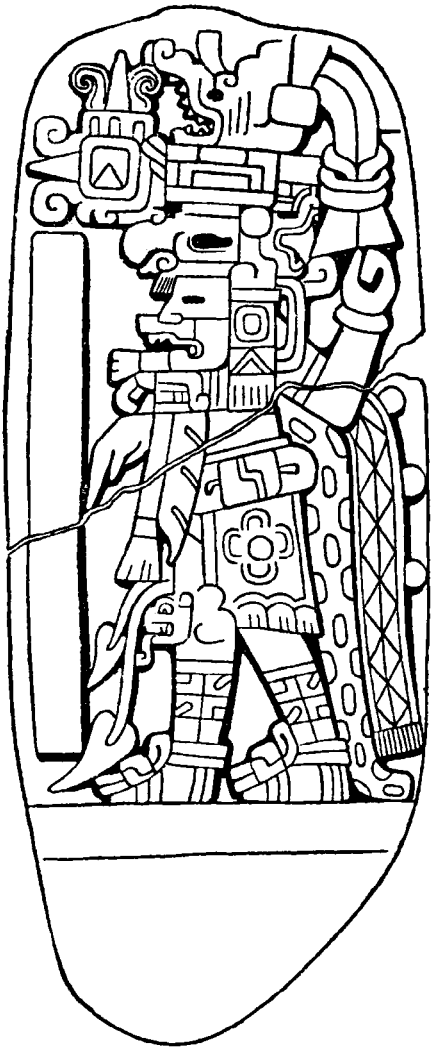
Existen cientos de montículos, grandes y pequeños, esparcidos por los llanos situados entre las rancherías de El Cocuite, Paso del Bote, Cerro Grande y Ojochal. Cuando se despejó el lugar de toda la maleza y de las palmeras, reveló la existencia de amplias plazas y patios entre los montículos. Una de estas plazas, frente a un gigantesco túmulo, estaba sembrada con alrededor de una docena de monumentos semienterrados y que eran las piedras mágicas de los brujos locales. Había grandes

Estela No. 6, procedente del Cerro de Las Mesas.

cantos rodados labrados en un estilo primitivo, uno de ellos parecido a la Estatuilla de Tuxtla (L.13), dos bolas de piedra lisa, una gran cabeza representando a un extraño dios de la lluvia, como también aproximadamente diez enormes lajas de piedra cantera labrada con personajes esculpidos en bajorrelieve y que presentaban diferentes grados de erosión. Tres de estas piedras sostenían columnas de glifos. Dos de ellas mostraban fechas claramente legibles escritas en barras y puntos y que respectivamente señalaban los años 466 y 533 d. de J. C., mientras que el tercero de los glifos había sido tachado o suprimido a propósito o acaso no se había concluido nunca.

Esos monumentos habían estado alguna vez de pie sobre plataformas de tierra compacta y distribuidos alrededor de la plaza. En esa región en la que no existe la piedra, toda aquella de que se disponía y que había que traer desde muy lejos, era reservada exclusivamente para erigir monumentos, mientras que la tierra apisonada, el bambú y la paja debieron ser los materiales básicos utilizados para la construcción. De tierra compacta son los grandes túmulos y las escaleras que conducen hasta la parte superior, en la que en otros tiempos se alzaban los templos de madera y techo de paja. Toda la estructura —pirámides, escalones, plataformas y el piso de la plaza— estaba recubierta con una capa de estuco pintado de rojo, de modo que en medio de la selva verde había una ciudad carmesí. Los antiguos arquitectos de La Venta no empleaban el estuco, material característico de una época posterior.

La excavación produjo resultados casi inmediatos, grandes cantidades de alfarería salieron a la luz al despejarse los cimientos de la plaza y, cada tanto, los que trabajaban en las obras tropezaban con esqueletos en estado de desintegración, a menudo con cráneos artificialmente deformados y dientes limados y que casi invariablemente mostraban una pequeña cuenta de jade o una concha cerca de la boca. Se abrieron profundas trincheras para recolectar tiestos con el objeto de establecer una secuencia estratigráfica de los estilos de alfarería que permitiría determinar las diferentes épocas de ocupación de ese sitio. A menudo se encontraban fragmentos de estatuas de barro



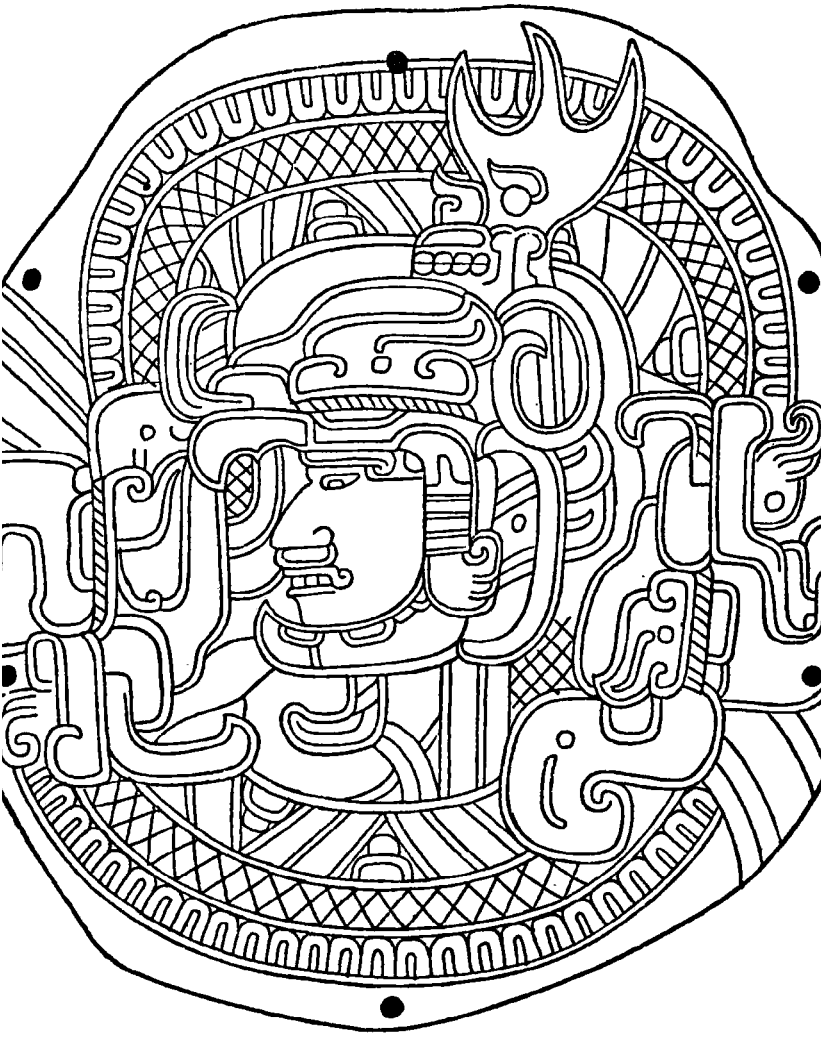
Estela No. 5, procedente del Cerro de Las Mesas. Probablemente representa a Tepeyollotl.

de tamaño natural, entre las cuales se destacó la espléndida figura de un anciano que deliberadamente se rompió en pedacitos. Dentro del cuerpo hueco de una estatua sin cabeza se halló el esqueleto de un niño. Se desenterraron misteriosos depósitos de brazos y piernas de barro, y también se descubrieron gruesos caños de alcantarillado hechos de arcilla en secciones encajadas entre sí y que no conducían a ninguna parte.

Las trincheras que se abrieron atravesando los túmulos produjeron sorpresas interminables: ofrendas de fina cerámica, una concha de tortuga bellamente labrada, que acaso fuera un instrumento musical, decorada con un complicado dibujo de volutas, y el revestimiento delgado como papel de laca coloreada todavía fresca que había recubierto una vasija, probablemente de madera que se había desintegrado. En cierto lugar se encontró una ofrenda consistente en un objeto de piedra parecido a un yugo de gran tamaño y sin ningún elemento decorativo, junto con una cantidad considerable de graciosas vasijas del llamado estilo Teotihuacan II y una delicada estatuilla sentada de barro pulido, pintada de rojo, sosteniendo en su regazo una pequeña figura desmontable representando a un niño, hecha en un estilo primitivo. A partir del estudio de las piezas de cerámica halladas en el Cerro de las Mesas,[17] de los estilos artísticos y de las fechas que figuran en las estelas, parece ser que la ciudad estuvo ocupada desde tiempos bastante antiguos y que luego de su florecimiento alrededor de los siglos V o VI de nuestra era, fue abandonada poco tiempo antes de la llegada de los españoles. Sus habitantes eran olmecas, los indígenas que dominaban la costa del Golfo y que ya se habían extendido profundamente en la meseta central y en el sur de México hasta América Central, llevando a esas regiones su arte, su religión y su filosofía.

Pero los descubrimientos más espectaculares ocurrieron hacia finales de la temporada seca, momento en que los arqueólogos tendrían que empacar sus cosas y marcharse. Había una plataforma que formaba una especie de saliente de uno de los túmulos de gran tamaño y que estaba pavimentada con un doble

[17] Drucker, 1943b.



Dibujo labrado en un caparazón de tortuga que se usaba como instrumento musical. Hallado por Stirling en el Cerro de Las Mesas.

piso de estuco. Sellado entre los dos pisos se encontraron con cincuenta y dos vasos idénticos de barro acomodados en prolijas hileras paralelas, cada uno de ellos conteniendo un cráneo humano. Esos cráneos pertenecían a jóvenes adultos que fueron decapitados a propósito: cada uno tenía dos o tres vértebras en su lugar, evidencia irrefutable de un extraño sacrificio masivo. La deformación artificial de sus cráneos y los dientes anteriores complicadamente limados revelaban que las víctimas fueron aristócratas jóvenes.

En el preciso momento en que los arqueólogos estaban a punto de levantar campamento, se descubrió un pequeño montículo de alfarería rota en la plaza principal. Los fragmentos de barro cubrían el tesoro de jade más espectacular que jamás se haya descubierto en América. En ese lugar había, en total, 782 objetos de jade, cuidadosamente apilados. Se encontraron cuentas de todos los tamaños, redondas, alargadas, lisas y retorcidas, además de una enorme cantidad de orejeras, algunas de ellas del tamaño de tazas de té. Había también innumerables discos perforados y placas de jade, algunas lisas, otras ahuecadas, o bien con hendiduras o perforadas en toda su longitud. Una de ellas presentaba una figura danzante labrada; otra, una serpiente bicéfala. Se descubrieron toda clase de alfileres, barras y cinceles de jade. Uno de estos objetos era una especie de cortapapel de jade verde azulino con una cabeza estilizada de guacamayo en uno de sus extremos; también salieron a la luz muchas estatuillas de jade y de serpentina, una de ellas representando a un jorobado; un cráneo humano de jade y una cuenta en forma de pez, curiosamente dividido en dos partes iguales. Había suficiente jade para llenar la sala de un museo o asegurarle a un anticuario ganancias de por vida. Sin embargo, lo más valioso de la colección eran dos piezas de jade transparente y de color verde azulado como el mar. La primera era una exquisita estatuilla de aproximadamente cuatro pulgadas y medio de altura representando un enano desnudo y obeso en el más puro estilo de La Venta; la otra pieza era un bote de ocho pulgadas, intencionadamente roto en dos mitades y de la misma clase de jade. En cada extremo tiene dos rostros simplifica-

dos de "infante-jaguar" representados por medio de una línea segura y bien definida, incidida sobre la superficie vidriosa y muy pulida (L.7a). Es probable que este extraordinario tesoro fuese una ofrenda valiosísima hecha en ocasión de un magno acontecimiento o dedicada a un personaje sumamente importante enterrado allí. Puesto que los objetos son de muchos estilos diferentes, distintas épocas y técnicas, identificados con diversas regiones de México, acaso el tesoro haya sido un sacrificio comunal de valiosos objetos de jade heredados, o el botín de un coleccionista antiguo: el tesoro privado de algún rico jefe.

El jade en América

En el sur de México y en América Central ha habido abundantes hallazgos de objetos de jade labrado y la pregunta acerca de si el material mismo es o no nativo fue siempre motivo de perturbación para aquellos que creen en la importación en América de una cultura ya formada procedente de Asia. En realidad, existen tantos puntos de similitud entre China y México antiguo en lo que se refiere al uso, la técnica de labrado y pulido, el estilo artístico y la tradición mágica del jade, que no resultaría difícil compartir la creencia de que efectivamente existieron lazos más fuertes y más directos con el Oriente, si no fuera por las diferencias fundamentales de la estructura,[18] del estilo y del simbolismo y el hecho de que el jade (la piedra nefrítica) se encuentra en todo el mundo: en China, en el Turquestán, en la India, en Birmania y en Nueva Zelanda. En Europa y en los tiempos neolíticos se fabricaban hachas de jade de bellas formas y prolijo pulido, y en América se usaba en Alaska, México, Guatemala, Costa Rica y Colombia.

A poco de ocurrida la Conquista, Bernardino de Sahagún afirmó rotundamente que los indígenas sabían cómo encontrar el jade en su estado natural. Los indios le habían dicho que los que conocían el secreto, se paraban en un lugar conveniente

[18] El análisis espectográfico de los jades orientales y americanos revela diferencias fundamentales entre ambos (Norman y Johnson, 1941).

en el momento de la salida del sol, de cara al astro, y observaban si se levantaba de la tierra cierto vapor, porque ello era signo de que en ese sitio había jade enterrado o bien un canto rodado con un centro de jade. Sahagún también especifica que los jades se encontraban enterrados "donde crecía pasto o cizaña verde debido a que esas piedras emanan una exhalación húmeda y fresca".[19] Desde luego que los informantes aztecas de Sahagún no hacían otra cosa más que repetir la leyenda indígena, pero no cabe duda de que sabían que se podía encontrar jade en el territorio, ya que exigían grandes cantidades de esta apreciada piedra como tributo a los pueblos del sur que habían sojuzgado.

Invariablemente se pregunta por qué razón, si el jade es nativo, nunca se han hallado en México depósitos naturales. La respuesta es muy sencilla: nadie en la actualidad sabe distinguir un canto rodado con un núcleo de jade de una piedra común, como tampoco nadie se ha preocupado por buscar jade donde es más probable que se encuentre, es decir en las profundas hondanadas y en el lecho de los ríos montañosos. Hace poco el arqueólogo Juan Valenzuela recogió guijarros de jade en el lecho del río Tesechoacan que probablemente fueron deslavados de las abruptas montañas Chinantla.[20]

Los antiguos chinos y mexicanos le atribuían al jade poderes mágicos y divinos y lo consideraban como el material más precioso. Ambos pueblos lo labraban exquisitamente, lo usaban como amuleto, hacían ofrendas de él y lo enterraban con sus muertos. Mientras que los mexicanos a menudo colocaban en la boca de los cadáveres cuentas de jade, los chinos de hace dos

---

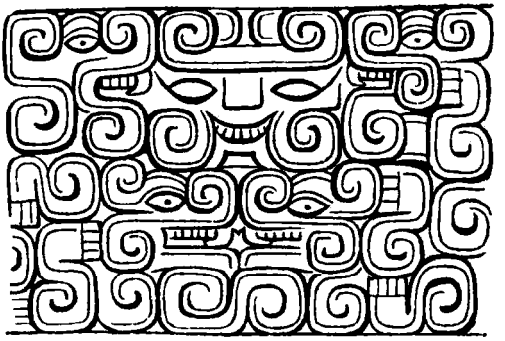
[19] Sahagún, 1938, Libro XI, pp. 277-278; también Libro X, Cap. xxix.

[20] La información de Sahagún acerca del método para encontrar jade es sin duda una leyenda indígena, pero sugiere que para identificar a las piedras que contenían jade se utilizaban métodos secretos, como los que emplean los buscadores de jade profesionales chinos cuyo conocimiento constituye un secreto de familia celosamente guardado. Supuestamente, estos buscadores de jade exploran las barrancas remotas y los lechos de los ríos a la búsqueda de piedras de jade, y luego las llevan a los mercados de jade de Pekín y de Cantón donde son vendidos en subasta pública. Los probables compradores hacen apuestas respecto de las piedras que piensan que pueden contener un centro de fino jade. Posteriormente son revendidas a los orfebres que labran el jade.

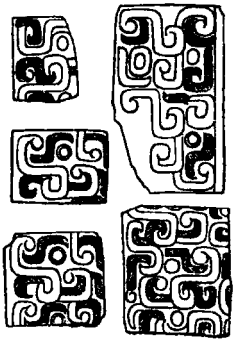
mil cuatrocientos años ponían una cigarra de jade en la boca de los suyos. A pesar de que es muy probable que estas coincidencias sean simplemente casuales, resulta difícil de explicar por qué tanto los chinos como los mexicanos pintaban sus jades funerales con un revestimiento de cinabrio de color rojo brillante. Además, el estilo de adorno de algunos de estos jades muchas veces sorprende por su similitud, ya que se trata de variaciones del motivo de la espiral cuadrada.

El jade era, para los mexicanos y también para los chinos, mucho más que una simple piedra preciosa: se lo adoraba como símbolo de todo aquello que es divino y valioso. En México, el nombre *chalchihuitl* y los glifos empleados para representar al jade eran sinónimos de los términos "joya" o "precioso". El jade estaba relacionado con la lluvia, la vegetación, la vida y la divinidad y acaso fuese sagrado porque sus colores azul y verde, los colores que tienen el cielo, el agua y el maíz, representaban los tres conceptos religiosos fundamentales de los indígenas. A causa de su rareza y de su enorme valor intrínseco, el jade se reservaba para ser usado por los grandes personajes, en forma de cuentas y como adorno para la frente y el pecho. La idea de que el jade tiene propiedades mágicas y medicinales fue adoptada por los españoles del siglo XVI, quienes empezaron a usar pequeños objetos de jade para llevar puestos en su persona. Como resultado, las palabras *jade* y *nefrita* provienen de términos aplicados a los riñones y a las enfermedades de este órgano ya que se suponía que esos males podían ser curados por el jade. Las cuentas de ese material que los españoles llevaron a Europa desde México recibieron el nombre de *piedra de ijar* o de *ijada*; y un escritor inglés menciona, en el año 1716, la *lapis nephriticus*, una piedra verde procedente de las Indias (América) que se usaba en esa época para curar los dolores nefríticos. La palabra moderna *jade* proviene del francés *l'ejade*, que a su vez deriva del español *la ijada*, que significa "los lomos".[21]

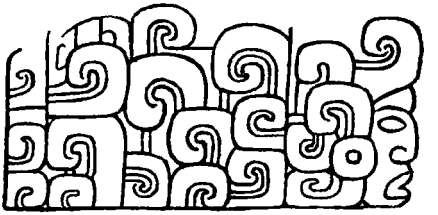
[21] Véase en la *Enciclopedia Británica*, la palabra "Jade".



A

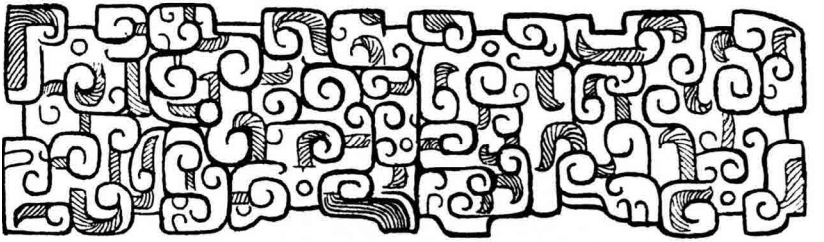


B

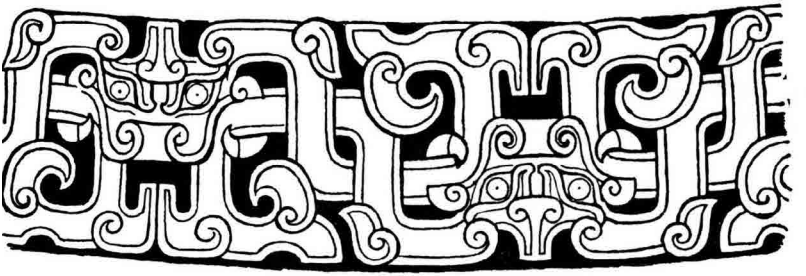


C

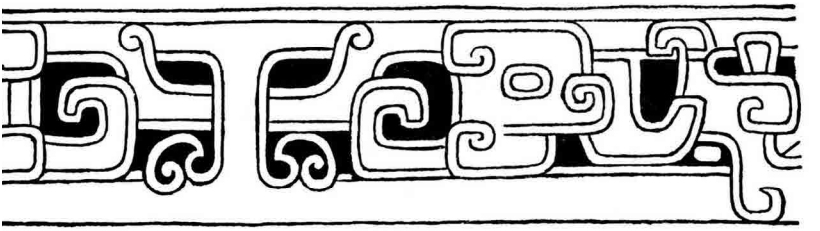
Motivos artísticos americanos y chinos comparados; A. Dibujo sobre un vaso de mármol; Valle del río Ulúa, Honduras (Museo de la Universidad de Pensilvania). B. Placas de piedra con incisiones halladas en una tumba de Loyang, China (Museo Real de Arqueología de Ontario, Toronto, Canadá). C. Dibujo labrado sobre un yugo de piedra, proce-



D



E



F

D. Mango chino de jade, dinastía Chou (Colección G. L. Winthrop). E. Diseño sobre un vaso chino de bronce, Dinastía Chou (Galería Arte Freer, Washington). F. Dibujo sobre un friso de piedra procedente de El Tajín, Veracruz.

Los objetos de jade labrado se encuentran principalmente en el sur de México, Guatemala, Costa Rica y Panamá y resulta interesante señalar que existe una cierta relación entre el color y variedad del jade y el estilo, la técnica de labrado y la procedencia del objeto. Por ejemplo, los objetos de estilo "arcaico" casi siempre están hechos de piedras transparentes de color verde azulado, gris azulino y verde espinaca, con la sola excepción de algunos hallados por Stirling en La Venta, que frecuentemente son de jade color verde manzana o esmeralda, como si los escultores de La Venta hubiesen descubierto un yacimiento de jade con un color nuevo para ellos. Sin embargo, el empleo del jade verde parece marcar un cambio no sólo en cuanto al tiempo, sino también un cambio de estilo, de gusto y de técnica. En las culturas posteriores, en lugar de los personajes desnudos y sensualmente rechonchos, con bocas de jaguar y labrados siguiendo un estilo naturalista, hallamos broches o medallas y pequeñas máscaras esculpidas en bajorrelieve, con una técnica sumamente decorativa y más convencional. Los personajes representados en estas épocas posteriores, por lo general tienen cuerpos esbeltos, bien proporcionados, narices prominentes y bocas pequeñas. Llevan puestos tocados monumentales de plumas de quetzal, como también collares, pectorales, fajas enjoyadas, cintas en las piernas y altas sandalias. Estos broches de jade verde son característicos de las épocas clásicas del arte mexicano, que podemos datar en algún momento entre los siglos v y xii de nuestra era. A juzgar por el arte que nos han dejado, podemos afirmar que se produjo un cambio total: sus ciudades y monumentos de piedra estallaron en una exuberante extravagancia que fue la antítesis misma de la rigurosa simplicidad de la cultura anterior. Aparecieron nuevos elementos, los motivos barrocos de la serpiente y el jaguar, símbolos del cielo, monstruos de la tierra, pájaros y símbolos astronómicos. Las máscaras de la serpiente y del jaguar se volvieron tan elaboradamente ornamentales que muchas veces los dos elementos se funden en un único motivo estilizado que es a la vez serpiente y jaguar, dando por resultado una especie de dragón que pronto apareció por todas partes. Pos-

teriormente, las espirales dobles y cuadradas que formaban estas serpientes invadieron los monumentos, los jades, la alfarería, etc. Por lo tanto, estos dos elementos —espirales y abanicos de largas plumas— son característicos del arte barroco correspondiente a finales de la época clásica.

Los antiguos artistas lapidarios de México empleaban todas las técnicas imaginables: cortaban la piedra con herramientas de pedernal, le daban forma por medio de orificios taladrados que ubicaban estratégicamente para ser utilizados como puntos de referencia y luego de quitar todo el material excedente, alisaban las superficies con agua y sustancias abrasivas. Es probable que obtuvieran su pulido perfecto mediante el antiguo método de frotar la piedra húmeda con corteza de bambú, rica en sílice. El jade es una de las piedras más duras que existen, y estos procedimientos exigían gran destreza, tiempo y una paciencia infinita. Debió tomar meses completar un objeto fino de jade.

La esmerada delicadeza en el labrado que puede observarse en las formas macizas, carentes de adorno de las esculturas hechas en el estilo de La Venta y la simplicidad de sus temas, forman un tajante contraste con los motivos y las técnicas artísticas más formalizados de las épocas posteriores. Con el tiempo, el arte lapidario se volvió más mecánico, menos sensible y más convencional. Se inventaron métodos para la producción en serie y simples cortes, curvas y círculos hechos con taladros tubulares reemplazaron los rasgos, los brazos y las piernas. Luego comenzó la decadencia; el arte adquirió un carácter estilizado, "primitivo" y el labrado del jade pasó a ser la especialidad de artesanos expertos y productivos, pero ya no perteneció a los artistas creadores. El cincelado del jade fue exquisito en sus primeras etapas porque en esos tiempos no era todavía una industria sino un arte.

El pueblo del caucho

Hacia 1518, ya habían ocurrido grandes cambios en la población nativa del sur de Veracruz, cuando el soldado español

de gran fortuna Bernal Díaz del Castillo partió de Cuba para presenciar el descubrimiento del Continente americano y contempló, con ojos asombrados, las grandes ciudades con torres de un blanco relumbrante que se alzaban a lo largo de la costa del Golfo, desde Yucatán hasta Veracruz. Regresó al año siguiente acompañando al conquistador Hernán Cortés, quien buscaba lo que sellaría la ruina o destrucción de la raza indígena, es decir, el oro que los indios solamente usaban como un adorno y que gustosamente les entregaban a los españoles a cambio de cuentas de vidrio de color verde y azul que se parecían al jade.

En cierta ocasión, los españoles se consideraron engañados: Bernal Díaz cuenta que en el pueblo de Tonalá, a poca distancia de La Venta, se produjo un trueque rápido y furioso de cuentas de vidrio por cientos de hachas relucientes que luego resultaron ser de cobre pulido en lugar de oro. Bernal Díaz se consuela filosóficamente, diciendo que en ese intercambio ambas partes quedaron mano a mano: cuentas carentes de valor por hachas que tampoco valían nada. En Tonalá, Díaz se detuvo el tiempo suficiente para sembrar las semillas de una naranja que había llevado consigo. Afirma haber visto naranjos en ese lugar años después, perfectamente crecidos que producían fruta y que, por lo tanto, fueron los primeros plantados en tierra firme americana.

En sus cartas al rey de España, Cortés menciona un mapa de la costa veracruzana que el emperador azteca había ordenado pintar y en el que aparecía dibujado el gran río Coatzacoalcos, donde Cortés tenía la esperanza de encontrar un puerto seguro para sus barcos. Envió expediciones para explorar la costa y los miembros de dichas empresas fueron recibidos amistosamente por un tuchintecla, jefe de una opulenta y numerosa nación, con la condición de que ninguno de los aztecas, que eran sus enemigos a muerte, entraran en el territorio. Pero puesto que los españoles sólo tenían puestos sus ojos en el oro, no dejaron ninguna descripción de los pueblos que hallaron a lo largo de la costa, hasta medio siglo más tarde, cuando Bernardino

de Sahagún[22] describió, dejándose llevar por rumores, acerca de los olmecas, "que viven en la dirección del sol naciente". Sus informantes aztecas le presentaron un panorama vívido sobre la riqueza de esos pueblos, idea sin duda inducida por los valiosos productos tropicales con los que comerciaban: caucho, petróleo crudo, jade, cacao, oro, pieles de jaguar, especias, flores raras e inapreciables plumas de aves tropicales. Sahagún subraya los conocimientos que los olmecas tenían sobre magia, las prendas finas que usaban, y la habilidad de sus mujeres para fabricar tejidos de algodón que adornaban con complicados diseños.

Poco es lo que se conoce acerca de los olmecas que los españoles encontraron en la costa del Golfo, fuera del hecho de que se tatuaban el cuerpo, se limaban, se incrustaban y se ennegrecían los dientes, usaban barba y además se achataban y afeitaban la cabeza. Los olmecas tenían un juego ceremonial muy complicado que se jugaba con una pelota de caucho y ejecutaban la danza de la pértiga voladora, una maravillosa hazaña acrobática. Eran cazadores de cabezas y coleccionaban las pieles bronceadas de las caras de sus enemigos como trofeos; practicaban la circuncisión y se quitaban sangre del cuerpo, sobre todo de los órganos masculinos, como penitencia. Confesaban sus pecados a los jaguares y a la diosa de la tierra *Tlazolteotl*.[23]

Se supone que los olmecas se originaron en Chicomoztoc. El lugar de origen, que literalmente significa "las Siete Cuevas", de donde proceden los antepasados de las siete tribus que poblaron la tierra.[24] Su país natal estaba en Tamoanchan "Lugar de la Serpiente-Pájaro", que se interpreta ya sea como

[22] Sahagún, 1938, Libro X, Cap. xxix, § 10.

[23] Kirchhoff, en *Mayas y Olmecas*, 1942.

[24] El Códice Ramírez explica que "saliendo de las Siete Cuevas no significa que realmente vivieran en cavernas; la mención de la cueva de tal o cual linaje significaba descendencia, igual que en español hablamos de la casa de los Velazco, de los Mendoza, etc..." El Códice Vaticanus A enumera las siete tribus que surgieron de las Siete Cuevas: los *chichimecas* de México, los *nonoalcas* del sur de la costa del Golfo, los *cohuizca* de Guerrero, los *totonacas* del centro de Veracruz, los *cuextecas* (*huaxtecas*) del norte de Veracruz, los *xicallancas-olmecas* de Puebla y de Veracruz y los *michoacanos* de Michoacán.

un lugar histórico del estado de Morelos[25] o bien como una fantasía mítica, una especie de paraíso terrenal simbolizado por el Arbol de la Vida que sangra, un árbol que emanaba un jugo blanco, del cual goteaba leche —tal vez el árbol del caucho—, y del que los olmecas tomaron su nombre.

La venerable ciudad de Cholula, una de las más antiguas del continente, estuvo habitada por los olmecas durante quinientos años sin interrupción, desde aproximadamente el 668 d.c.,[26] gobernados por una doble dinastía de jefes, tradicionalmente llamados Tlalchiach y Achiach, cuyos escudos de armas eran el águila y el jaguar. Pero se supone que la ciudad misma y, en particular su gran pirámide, fueron construidas en tiempos legendarios por una raza de gigantes, los quinametin, cuyo jefe Xelhua era el hijo de la Vía Láctea. En el siglo XVI, el príncipe indígena Ixtlixóchitl escribió lo siguiente acerca de los olmecas y de los gigantes:

> ...Aquellos que poseían el mundo en la tercera edad eran los Olmecas y los Xicallancas... En las costas del río Atoyac, entre Puebla y Cholula, se encontraron con unos gigantes que habían escapado a la destrucción de la segunda era [del mundo]. Estos gigantes se aprovecharon de su corpulencia y de su enorme fuerza para oprimir y esclavizar a los Olmecas. Estos decidieron liberarse y para ello dieron un banquete en honor de los gigantes... cuando todos ellos estaban embriagados y ahítos de comida, los Olmecas se lanzaron sobre los gigantes y acabaron con ellos... Desde entonces, el poder de los Olmecas y de los Xicallancas fue en aumento...[27]

Los indígenas le hablaron a Bernal Díaz acerca de la existencia de gigantes en su territorio, leyendas a las que Díaz les dio implícito crédito porque los indígenas le mostraron huesos gigantescos de elefantes fósiles y de mastodontes, que atribuían

[25] Plancarte, 1911; W. Jiménez Moreno, 1942.

[26] Esta fecha es el resultado de deducir los quinientos años que duró la ocupación olmeca de Cholula, mencionados por Torquemada (1723), de la fecha 1168 d.c., cuando los olmecas fueron expulsados de la ciudad.

[27] Ixtlixochitl, 1891.

Estatuilla hueca de arcilla procedente de El Cocuite, de 25 cms. de alto

a los anteriores habitantes de la región. Por último, las referencias a gigantes fueron interpretadas,[28] no como hombres que físicamente tuvieran un tamaño exagerado, sino como gigantes intelectuales, en el sentido de que eran los "hacedores de monumentos gigantes", los constructores originarios de las dos pirámides de mayor tamaño que existen en América: Cholula y Teotihuacan.

Desde hace décadas, el sur de Veracruz ha estado enriqueciendo los museos y las colecciones privadas con algunos de los ejemplos más delicados y complicados del antiguo arte indígena. Con frecuencia, un arado desentierra alguna de las cabezas de arcilla, sonrientes y caprichosas, llamadas "totonacas" (L.17a),[29] o bien una cabeza chata de piedra con una espiga en la espalda, una piedra delicadamente labrada en forma de remo, o uno de los magníficos y misteriosos "yugos", objetos en forma de U de jade pulido, grandes como colleras (L.15). Algunos de estos yugos son lisos, en cambio otros representan ranas o jaguares, muchas veces exquisitamente adornados con un dibujo característico de enroscaduras, que recuerdan las del arte lapidario chino de hace tres mil años atrás.

El único dato concreto que se conoce acerca del uso, propósito o simbolismo de estos yugos, cabezas de hacha y piedras en forma de remo corto, es que estaban asociados con entierros rituales. Un delicado yugo que representa a una rana, labrado en piedra dura semejante al jade, junto con una cabeza de hacha colocada en su interior hueco, fue encontrado en cierta ocasión en San Andrés Tuxtla, cuando se niveló un túmulo indígena para construir un aeropuerto. Dentro del montículo se halló una cantidad considerable de esqueletos y se afirma que el

---

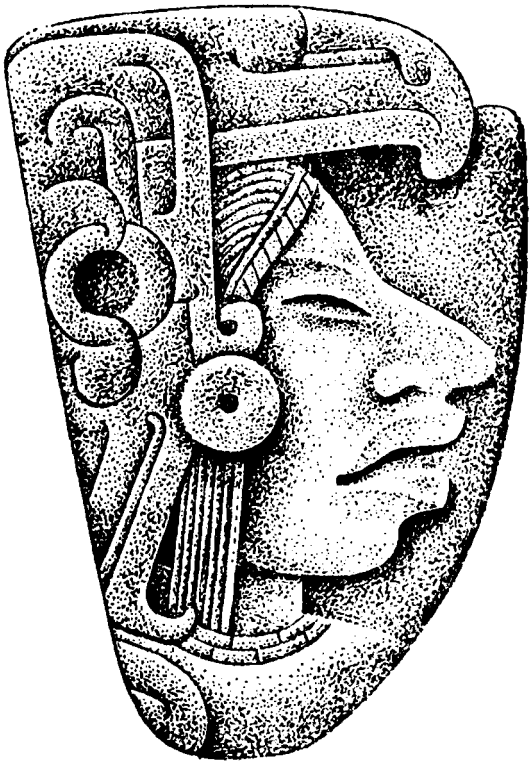
[28] Jiménez Moreno, 1942.

[29] El complejo cultural que creó las "cabezas sonrientes", los "yugos", las "piedras en forma de remo", las cabezas de hacha, etc., que casi siempre están adornados con complicadas espirales, ha sido denominado totonaca, porque en el pasado se hallaron importantes colecciones de estos objetos en la región ocupada por indígenas de habla totonaca. Sin embargo, la zona cubierta por hallazgos de objetos "totonacas" ahora se extiende a gran distancia hacia el sur, a lo largo de una línea que abarca todo el sur y el centro de Veracruz, Oaxaca, Chiapas, Guatemala y El Salvador, es decir una zona que está completamente fuera de la influencia totonaca.

yugo y la cabeza se encontraban en el centro del túmulo, como si estuviesen vigilando la tumba colectiva. Fue el primer caso, hasta donde llegan nuestros conocimientos, de un descubrimiento respecto de cómo se encontraban los yugos, de modo que nos apresuramos a confirmar el relato con el propio descubridor. La cabeza de hacha había desaparecido —alguien se apoderó de ella—, y por lo tanto no pudimos verla, pero el yugo se encontraba en la sala de su modesto hogar. Ahora pertenecía a su hija menor —según el padre, era herencia de la niña—, quien no se quería desprender del objeto por nada del mundo, menos por dinero. La pérdida de la cabeza de hacha fue compensada mediante la adquisición de otra, acaso más bella, también procedente de los alrededores de San Andrés. Representa el perfil sumamente delgado y fino de un hombre joven que lleva puesto un yelmo con la forma de una marsopa, un animal al que nunca antes se le había visto representado por el antiguo arte mexicano (L.16a).

No existe ninguna explicación satisfactoria acerca del uso de estos objetos y lo único que podemos conjeturar es que se trataba de una parafernalia ceremonial que simbolizaba la tierra. Ranas y jaguares representaban a la tierra; la forma de estos yugos recuerda las representaciones de bocas y cuevas en forma de jaguares, también símbolos de la tierra. En cuanto a las cabezas de hacha, que según se informa frecuentemente se encontraban en el interior de la apertura hueca de los yugos, acaso representaran a los muertos en el interior de la tierra. Por el otro lado, se sospecha que estos objetos se relacionaban, de alguna manera, con el juego de pelota; en la región situada entre Veracruz y Guatemala, se han hallado figurillas de arcilla y relieves de piedra representando a jugadores de pelota que llevan puestos anchos cinturones que tienen el aspecto de yugos y con una especie de cabeza de hacha atada con correas a una mano. Además, es muy posible que se usaran para jugar a la pelota, yugos y cabezas de hacha similares, tal vez hechos de madera. La compacta pelota de caucho, del tamaño de un melón, era devuelta al equipo contrario utilizando exclusivamente las rodillas y las caderas. Entre los aztecas, que no usaban esos

cinturones, muchas veces los jugadores que resultaban golpeados en el abdomen, morían, o bien las magulladuras que sufrían en las caderas resultaban tan desagradables, que había necesidad de sangrarlas.



Perfil esculpido en uno de los extremos de un fragmento de yugo de piedra.

Las reglas de este juego eran parecidas a las de nuestro moderno volibol. Se jugaba en canchas especiales que tenían la forma de una H ensanchada, con los dos soportes ver-

ticales paralelos de la H desempeñando el papel de obstáculo para los jugadores, quienes trataban de ganar puntos procurando que la pelota se metiera en uno de los extremos sin salida de la cancha, de modo que el equipo contrario no pudiera regresarla. En las canchas de pelota de la Meseta mexicana y de Yucatán pueden observarse aros de piedra encajados en muros verticales. El equipo que lograba hacer pasar la pelota a través del orificio, apenas un poco más grande que la propia pelota, ganaba el juego. Pero los pueblos de Oaxaca y de Veracruz y los antiguos mayas, no utilizaban esa argolla. El estrecho corredor de sus canchas presenta paredes en declive que acaso hayan servido para hacer rebotar la pelota y dificultar, de esa manera, su devolución.

Se ha interpretado a este juego, que acaso sea el primer caso del uso de la pelota de caucho para jugar, como de carácter religioso, la pelota supuestamente representando el vuelo del sol a través del cielo. Sea cual fuese su significado, se trataba de un juego aristocrático y de una excusa para hacer fuertes apuestas. Tal como sucede en los relatos hindúes, príncipes y reyes perdían sus fortunas, sus familias y hasta la propia vida en una apuesta.

Los accesorios de los jugadores de pelota —pelota, guantes de piel de ante y taparrabos— eran objeto de adoración por parte de los jugadores, quienes en la víspera del torneo les hacían ofrendas, invocando a las montañas, los árboles, las aguas, los animales salvajes, el sol y la luna, las estrellas y las nubes, para que la pelota les fuese favorable durante el juego.[30] Seguramente el juego de pelota tuvo su origen en el sudeste tropical, en Veracruz y en Tabasco, el territorio de los olmecas, de donde procede el caucho. Si los accesorios utilizados en el juego eran las insignias de estas gentes, es lógico que réplicas durables de piedra de estos objetos se hayan enterrado con los jugadores de pelota, por ser los héroes populares y los favoritos de los reyes olmecas.

---

[30] Durán, 1867, 1880.

Origen y decadencia de la cultura indígena mexicana

Aunque el interés y las especulaciones acerca de las culturas antiguas de las Américas se iniciaron hace ya más de medio siglo, fue sólo en los últimos años que se progresó realmente en cuanto al conocimiento de su origen, de su florecimiento y decadencia y del papel que desempeñaron en las artes y la historia primitiva de las Américas. Surgieron muchas conjeturas improvisadas en lo que se refiere al origen de estas artes: Egipto, China, la legendaria Atlántida y el absurdo "continente de Mu" se han turnado sucesivamente como fuentes originarias de la elevada civilización en América. Por otra parte, las opiniones científicas están muy divididas entre aquellos que creen en una antigua difusión de elementos culturales asiáticos y del Pacífico por América y los que resuelven el problema que se refiere al origen del hombre y de la cultura considerándolo un fenómeno puramente local y bastante tardío. Se esgrimen fuertes argumentos a favor y en contra de ambas teorías, pero que no han sido estudiados seriamente, de modo que el problema sigue sin resolverse. No obstante, todos los días aprendemos algo más acerca de la identidad, el tiempo y la relación de los creadores de esas culturas y a pesar de que la exploración de los innumerables sitios arqueológicos y el estudio de los materiales obtenidos están lejos de ser completos, ahora ya es posible establecer cinco horizontes culturales básicos, dentro del largo periodo de duración de la antigua civilización indígena mesoamericana: 1) una época primitiva o arcaica"; 2) un periodo de transición, durante el cual surgieron nuevas ideas y se produjo un cambio radical de las concepciones artísticas y religiosas; 3) la gran época clásica, durante la cual florecieron con vigor sin precedentes, las artes y las ciencias de los indígenas (con la sola excepción del fundido de metales); 4) un periodo de decadencia, revitalizado en algunos lugares por oleadas de bárbaros procedentes del norte, que crearon nuevas culturas y fundaron grandes ciudades nuevas; y 5) el renacimiento que los españoles encontraron al llegar a estas tierras en el siglo XVI.

Prácticamente, estos cinco periodos son comunes a todas las principales culturas del sur de México, en donde hubo un prolongado y continuo periodo de ocupación. Las culturas de los valles de Oaxaca y de México simplemente se nombran de acuerdo con sus sitios más importantes y se las numera del uno al cinco. En la región maya, estos horizontes llevan los nombres que les pusieron los arqueólogos: periodos 1) Mamom, 2) Chikanel, 3) Tzakol, 4) Tepeu y 5) periodo "mexicano". Sin embargo, en el caso de las culturas olmecas de la costa del Golfo, estos horizontes son más históricos que arqueológicos. Se ha descubierto que el término *olmeca* no era el nombre de un pueblo ni de una nación definida, sino un título, un término geográfico utilizado para designar a los pueblos largamente establecidos del territorio del caucho, o sea las tierras bajas tropicales. Como tal, se aplicaba a diferentes naciones pertenecientes a varias épocas.

Mapa arqueológico del sur de México y de Guatemala, en el cual se señalan preferentemente los sitios descritos en el presente libro. Las partes sombradas indican la existencia de objetos estilo olmeca.

Los antiguos anales indígenas y las crónicas de los primeros misioneros españoles atribuyen a un pueblo llamado "olmeca", nada menos que el mérito de haber sido la nación civilizada más antigua de México. Hoy se ha podido identificar a esos legendarios olmecas como el pueblo que introdujo, en la Meseta mexicana, los elementos de la elevada cultura indígena procedentes de las tierras bajas del sur, donde es muy probable que esos elementos se hayan originado. Los olmecas de la edad de oro florecieron en la Meseta, alrededor de los siglos VI o VII de nuestra era. Luego debieron retornar a su tierra de origen, es decir la costa del Golfo, aproximadamente en el siglo XII, cuando las primeras oleadas de bárbaros cayeron sobre ellos desde el norte y finalmente ocuparon las grandes ciudades que los olmecas habían construido, tales como Teotihuacan y Cholula.

En las páginas siguientes presentamos un resumen cronológico de los principales logros culturales e históricos, en los cuales participaron los olmecas, desde su desconocido comienzo u origen hasta la declinación y desaparición de su cultura, a raíz del choque con los imperialismos aztecas y español. Este resumen se basa en una ingeniosa teoría, presentada por el antropólogo e historiador Jiménez Moreno, y que pretende aclarar muchos puntos oscuros de la prehistoria mexicana.[31] Vinculando las claves que nos ofrecen las antiguas tradiciones indígenas con las pruebas arqueológicas y lingüísticas existentes, esta teoría afirma que los diferentes Pueblos del Caucho, los olmecas de la costa del Golfo y los olmecas posteriores que habitaron la Meseta, son los creadores de muchos de los elementos esenciales de las culturas clásicas, o bien fueron los que introdujeron dichos elementos en la Meseta Central, donde alcanzaron manifestaciones verdaderamente espectaculares. De acuerdo con esta teoría, los olmecas se dividen en cinco etapas o periodos: los pre-olmecas, los proto-olmecas, los paleo-olmecas, los neo-olmecas y los post-olmecas. Estos periodos coinciden

[31] W. Jiménez Moreno, "El Enigma de los Olmecas", *Cuadernos Americanos*, No. 5, 1942.

bastante con los cinco horizontes que en general se aceptan, para la historia y la prehistoria mexicana prehispánica. He elaborado un cuadro tentativo, para establecer la relación entre estos horizontes, los sitios arqueológicos más importantes y los logros culturales típicos, con los diferentes portadores de las culturas olmecas.

	Los portadores de la cultura olmeca (J. Moreno)	*Sitios arqueológicos olmecas y culturas relacionadas*	*Rasgos fundamentales y acontecimientos históricos que influyeron en la evolución de las culturas mexicanas del sur*
HORIZONTE "ARCAICO"	*¿Antes del 200 a.C.?* PRE-OLMECAS Acaso pueblos de habla maya (¿Huastecos?) con quienes vivieron otros pueblos de diferente estirpe (¿zapotecas primitivos?).	*Zacatenco* (Arcaico primitivo de la Meseta mexicana). *Tres Zapotes Inferior* (Veracruz). *Mamom* (Maya arcaico). *Monte Albán I* (Oaxaca arcaico). *Tres Zapotes Medio.* *La Venta* (Tabasco). *Ticomán* (Ultimo arcaico de la meseta mexicana).	Desarrollo de la agricultura. Elaboración de la alfarería. Estatuillas modeladas a mano. Montículos de tierra. Labrado del jade. Esculturas de piedra de tamaño gigantesco. Culto al antepasado Jaguar. Uso del calendario. Comienzo de la escritura geroglífica.
PERIODO CLASICO	*300 d.C.* PROTO-OLMECAS Totonacas-zoques provenientes del sur que introdujeron la simiente de la cultura de Teotihuacán.	*Cerro de Las Mesas primitivo.* *Teotihuacán I y II.* *Monte Albán II.* *Chikanel* (Maya primitivo).	Utilización del estuco en la arquitectura. Estelas fechadas. Culto del dios de la lluvia. Alfarería con reborde en la base. Uso de motivos en forma de espiral. Juego ceremonial de la pelota.

PERIODO CLASICO	*600 d.C.* PALEO-OLMECAS Los olmecas propiamente dichos. Probablemente mazatecos y popolucas (de Puebla) que posteriormente se asimilaron al náhuatl.	*Tzakol* (Maya clásico). *Teotihuacán III.* *El Tajín* (Veracruz). *Tres Zapotes Superior.* *Cerro de Las Mesas Inferior II.* *Monte Albán III.* *Xochicalco* (Morelos).	Culto de la Serpiente Emplumada. Cerámica funeraria muy elaborada. Vasos con figuras pintadas. Estatuillas hechas con molde. Labrado decorativo de la piedra. Ciudades de piedra labrada. Frescos.
CULTURAS POSTERIORES	*900 d.C.* NEO-OLMECAS Los Olmecas-Xicallanca de las crónicas; mixtecos de habla nahua, creadores de la cultura "Mixteca-Puebla".	*Tepeuh* (maya Posterior). *Cholula* (Utensilios del Azteca I). *Cerro de Las Mesas Superior I.* *Teotihuacán IV y V.* *Monte Albán IV.* *Matlatzinca-Coyotlatelco.* *Mazapa* (Utensilios toltecas). *Tula* (Hidalgo). *Chichén Itzá* (Yucatán).	Primeras migraciones de bárbaros. Ascenso de las dinastías mixtecas. Fundación de la ciudad de Tollan. Gobierno de Topiltzin-Quetzalcóatl. Fundición de metales. Renacimiento tolteca. Culto del dios de la guerra Tezcatlipoca. Guerras civiles, migraciones de toltecas, olmecas y nonoalcas que abandonan Tollan. Destrucción de Tollan (1168 o 1116 d.C.).
	1100 d.C. POST-OLMECAS Nahuas de Veracruz, los Almecas que menciona Sahagún.	*Tilantongo* (Oaxaca). *Cerro de Las Mesas Superior II.* *Utensilios de la Isla de los Sacrificios.* *Monte Albán V.* *Azteca III, IV, V* (Tenochca).	Utensilios policromos de laca de Cholula. Sucesivos utensilios de tribus bárbaras. Fundación de Tenochtitlán (México). Surgimiento del imperio azteca. Comercio intensivo. Guerras de conquista de los aztecas. Conquista española (1521).

El horizonte arcaico

Nada se sabe acerca del origen y la identidad de los creadores de las llamadas culturas "arcaicas". Aparecieron súbitamente, como surgidas de la nada y en un estado de pleno desarrollo, extendiéndose por una amplia región de América Central y de Sudamérica. Hasta ahora, no se han encontrado rastros de etapas evolutivas anteriores, tales como las de los cazadores de la Edad de Piedra y de los primitivos cesteros, que ya se han descubierto en el sudoeste norteamericano. Misteriosamente, los hombres arcaicos de México y de Sudamérica empiezan a aparecer como agricultores intensivos y perfectos ceramistas, que demuestran su preferencia por un arte sencillo con una larga tradición por detrás. Es por esta razón que los arqueólogos prefieren denominar, a su época, "culturas medias", reservando el término "culturas arcaicas" para etapas anteriores que aún no han sido descubiertas. La edad de las culturas arcaicas es otra de las numerosas preguntas que permanecen sin respuesta, en lo que se refiere a la arqueología mexicana. Debajo de capas de lava producidas por alguna antigua erupción volcánica, se han encontrado restos arcaicos; pero los geólogos no pueden afirmar, con certeza, si esa erupción tuvo lugar hace dos o diez mil años atrás. Por lo tanto, la época arcaica es ahora datada, en términos generales, entre el 500 a.c. y el 300 d.c., cuando ya hay pruebas evidentes de que habían desaparecido por completo, del Valle de México, todas las culturas arcaicas.

En la actualidad, la mayoría de los arqueólogos aceptan que la cultura de La Venta, con sus inquietantes jaguares, enanos, infantes, hachas de jade y cabezas colosales, pertenecen a ese periodo primitivo.[32] Es probable que haya sido la manifes-

[32] Todos los días se hacen nuevos descubrimientos que vinculan los estilos arcaicos y de La Venta: Vaillant (1934) encontró estatuillas de arcilla con rostros de bebé en un entierro arcaico en Gualupita; Noguera (1942) descubrió una figurita de jade que corresponde al estilo de La Venta, en una antigua tumba situada en El Opeño, Michoacán; Caso (1938) informa acerca de innumerables ejemplos de este estilo encontrados en los niveles más antiguos de Oaxaca; Drucker (1943) halló abundancia de este estilo en las capas más primitivas del

tación artística más avanzada de la época arcaica y que sus hacedores, los pre-olmecas, fuesen, quizás, la élite intelectual que, hacia finales de este periodo, ejerció una poderosa influencia artística sobre una buena parte del sur de México, desde las costas del Pacífico hasta la costa del Golfo. Estos pre-olmecas construyeron túmulos o pirámides de tierra compacta, como santuarios o como observatorios astronómicos con el objeto de calcular el tiempo. Su impulso o instinto artístico los llevó a erigir monumentos inmensos, de los cuales se desconoce la finalidad, y no tuvieron rivales en el arte de labrar el jade, de cuya técnica acaso hayan sido los creadores.

Los pre-olmecas elaboraron el principio de la fertilidad con intensidad asombrosa y, además, tenían una idea mágica acerca del nacimiento. Entrelazaron o vincularon los rasgos de los niños recién nacidos con los de una deidad jaguar embrionaria. Todos los seres que nacían con alguna deformidad y los enanos —hombres maduros que tenían el aspecto de infantes eternos— eran objeto de un culto especial, porque se consideraba que esas personas estaban dotadas de poderes mágicos. Se los veneraba como tales y acaso incluso eran sacrificados en ceremonias que constituían acontecimientos dignos de ser registrados. Todos sus dioses eran jaguares: jaguares del cielo, jaguares de la lluvia y jaguares de la tierra. Esta última estaba simbolizada por las fauces abiertas de un jaguar, en representación de las cuevas de las que, según ellos, habían nacido sus jefes míticos, es decir los líderes de la humanidad.

---

sur de Veracruz (Tres Zapotes Inferior II); García Payón (1941) publicó el dibujo de una vasija arcaica procedente de Tecaxix-Calixtlahuaca, cerca de Toluca, que presenta como adorno un típico perfil al estilo de La Venta; y Covarrubias (1944) encontró dos estatuillas, una de arcilla, la otra hecha en serpentina, idénticas a las descubiertas en La Venta, en el sitio arcaico de Tlatilco, en el estado de México. Durante un congreso científico (Segunda Discusión de Mesa Redonda sobre Problemas de Antropología y Arqueología de México y de América Central, celebrada en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, en abril de 1942), pudo establecerse con más o menos exactitud, a partir de algunas de las pruebas arqueológicas, la muy debatida cuestión acerca de la edad de la cultura de La Venta. Se llegó a la conclusión (con un solo opositor) de que el estilo de La Venta —si es que no La Venta misma—, era contemporáneo de los horizontes primitivos de otras culturas mexicanas.

La época clásica

En algún momento dentro de los primeros siglos de nuestra era, desaparecieron por completo las culturas arcaicas y entonces hizo su aparición un nuevo arte, florido y elegante. En muchas partes del sur de México, con frecuencia directamente encima de los túmulos arcaicos, se alzaron grandes ciudades de estuco y de piedra labrada. Quizás lo que sucedió fue que los arcaicos resultaron conquistados por los recién llegados, o tal vez ellos mismos evolucionaron cuando su raza, su arte y su filosofía religiosa fueron fertilizados por las nuevas ideas y por la nueva sangre. Sea lo que fuere lo que realmente ocurrió, lo cierto es que se produjo un cambio radical y repentino, en el que se pasó de la uniforme simplicidad y la severidad del arte arcaico a nuevos estilos exuberantes, completamente diferentes en cuanto a la visión o perspectiva, la técnica y el espíritu; un arte basado en representaciones de deidades, jaguares y serpientes estilizados, personajes con trajes muy complicados y motivos simbólicos en forma de espirales.

Otro de los temas controvérsicos es el que se refiere a quienes fueron los creadores de las culturas clásicas de Mesoamérica. Existe la tendencia a simplificar demasiado el problema, atribuyendo todo el crédito a un solo pueblo, en general a los mayas, cuyo arte era el más adelantado cuando se le juzga desde un punto de vista europeo y cuyos conocimientos astronómicos e ingeniosos sistemas de calcular y registrar el tiempo son algunos de los logros más avanzados de la cultura indígena. Sin embargo, constantemente se están descubriendo artes primitivas muy desarrolladas, tales como el arte de La Venta y es un hecho que otros pueblos, además de los mayas, utilizaban el sistema de las barras y los puntos para registrar fechas. En consecuencia, lo más probable es que esas ideas no procedieran todas de un único lugar y que haya producido un intercambio de elementos culturales entre culturas vecinas, ayudado por el entrecruzamiento de rutas comerciales y por migraciones de pueblos en las etapas de formación. Por lo tanto, en diferentes sitios o regiones surgieron al mismo tiempo varias culturas que

tenían elementos comunes, que posteriormente creaban estilos locales a medida que maduraban y que luego de volverse barrocos y hasta cierto punto anticuados o trillados en las etapas finales de su arte, entraban en un periodo de franca decadencia.

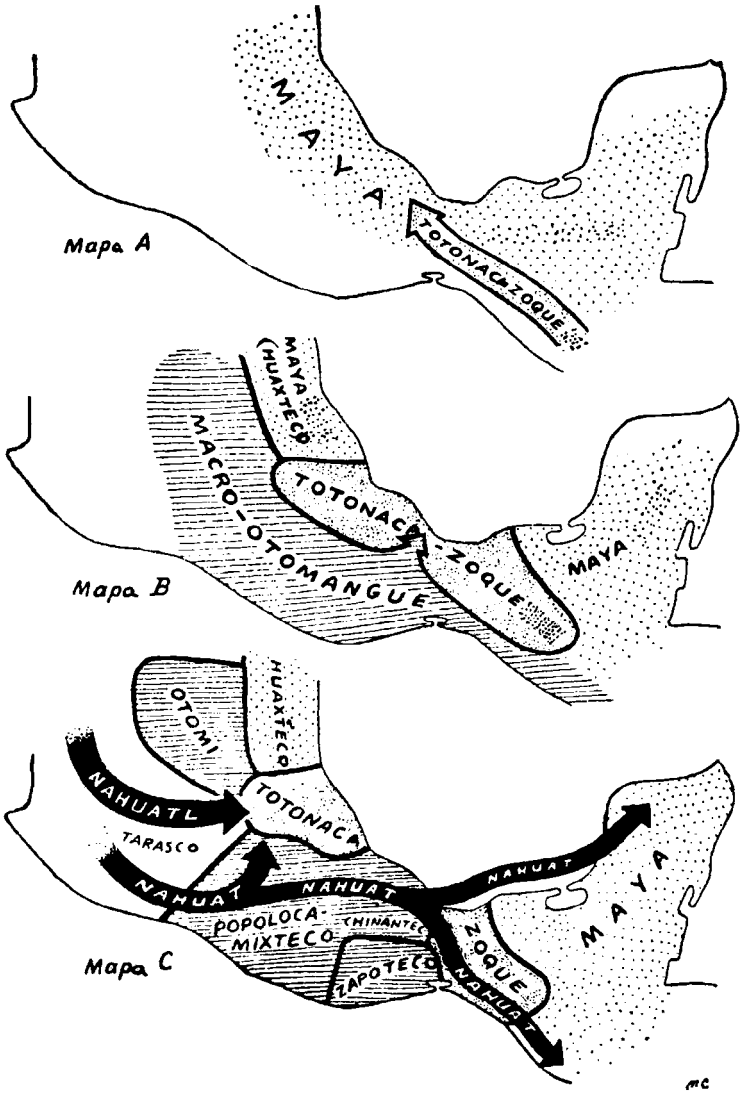
Según la teoría de Jiménez Moreno, los diseminadores de la semilla de las culturas clásicas fueron los proto-olmecas, pueblos de la familia totonaca-zoqueana procedentes del sur, muy probablemente de las costas del Pacífico pertenecientes a Chiapas y a Guatemala y que luego de atravesar el Istmo de Tehuantepec, llegaron hasta las costas de Veracruz. De esta manera, introdujeron una cuña en el territorio de los pre-olmecas —que probablemente fuesen huastecos, de la familia maya— dividiéndolos en dos grupos (Mapa A). Esto explicaría por qué los huastecos modernos se encuentran en el norte de Veracruz, aislados del resto de la región de habla maya. Los nuevos motivos artísticos y conceptos religiosos de los proto-olmecas se formaron en el sur de Veracruz y de allí se extendieron por Oaxaca y los valles de Puebla y México, donde florecieron al mismo tiempo que las culturas clásicas mayas, influenciándose mutuamente durante dicho proceso. Vemos, pues, que las grandes ciudades de la época clásica se construyeron aproximadamente en la misma época, tanto en las tierras bajas tropicales como en las altas mesetas: Teotihuacan, Cholula y Xochicalco en la Meseta Central; El Tajín y Cerro de las Mesas en Veracruz; Monte Albán en Oaxaca y Uaxactun, Palenque, Copán, Yaxchilán, Quiriguá, Piedras Negras, etc., en la región maya. Todas estas ciudades están relacionadas entre sí por una ideología común, como si pertenecieran a una época de gran difusión cultural, con comercio e intercambio de ideas, evidente incluso en los lugares más dispersos.[33]

[33] Se encontraron tipos de alfarería ceremonial idénticos en Teotihuacán, en el Cerro de las Mesas, en Monte Albán y en Kaminal-Juyú en Guatemala. Además, existe una interminable lista de características culturales comunes a estos pueblos contemporáneos aparentemente diferentes, tales como la construcción de grandes monumentos de piedra labrada, pirámides escalonadas, pisos de estuco, herramientas de pedernal y de obsidiana, sistemas de escritura con glifos, el registro de fechas, libros en forma de pantallas dobladas, el uso de un calendario básico constituido por 18 meses de 20 días cada uno, una semana de

Mejor conocida es la época en que florecieron las culturas clásicas. Los ilustres mayas, que convirtieron en una ciencia el registro del tiempo y la anotación de las fechas, cubrieron sus monumentos con jeroglíficos, que todavía constituyen un enigma que pone a prueba el ingenio de los científicos. Sólo aproximadamente una tercera parte de los glifos conocidos ha sido interpretada, pero ello basta para saber que se refieren al registro de fenómenos astronómicos y al cálculo del tiempo. Las fechas mayas abarcan un periodo continuo de por lo menos doce siglos, desde la fecha más antigua encontrada hasta ahora en el territorio maya —320 d.c., labrada en un disco de jade que actualmente se encuentra en Leiden— hasta la conquista de los mayas por parte de los españoles, correspondiente al año 1539 del antiguo calendario juliano. Estas fechas mayas y sus equivalentes estilos contemporáneos de otras partes del sur de México, nos han permitido saber que la era dorada de las culturas clásicas se extendió aproximadamente desde el siglo III hasta el IX de nuestra era, es decir, a lo largo de setecientos años de ininterrumpida efervescencia artística, durante los cuales todas las artes y los oficios (excepto la fundición de metales, que fue introducida en el siglo X), cobraron un enorme impulso con la guía de una aristocracia constituida por sabios sacerdotes. Los constructores de las ciudades de El Tajín y Teotihuacan, dos de los sitios típicos de la época clásica, fueron los olmecas propiamente dichos, los paleo-olmecas de Jiménez Moreno, un pueblo de la rama mixteca (los mazatecos y los popolucas de Puebla, pertenecientes a la gran familia lingüística

---

13 días, un ciclo de 52 años, juegos en los que se utilizaba una pelota de caucho, vasijas de tres patas, cerámica policroma, el uso del jade labrado, de cuentas y de orejeras de ese mismo material, de trajes complicados y de grandes yelmos en forma de cabezas de animales, con abanicos de largas plumas preciosas, la pintura de frescos, etc. (Kirchhoff: "Mesoamérica", conferencia pronunciada en la Escuela Nacional de Antropología). No es aceptable que todos estos rasgos culturales hayan procedido de un solo lugar o de un solo pueblo. En realidad, pueblos de la más variada afiliación étnica y lingüística debieron participar en la cultura clásica, cubriendo una extensa región: la gran Mesoamérica, la zona situada entre el centro de México, Nicaragua y Honduras, cuyo punto central era el Istmo de Tehuantepec. Jiménez Moreno (1942) afirma que fueron los olmecas (mixtecos de Veracruz, chocho-popolucas de Puebla, mazatecos de Oaxaca, etc.), los que llevaron las culturas clásicas a la Meseta Central.



Tres mapas que ilustran la teoría de Jiménez Moreno sobre la estratigrafía de los idiomas del Istmo.

macro-otomangue) que, a su vez, dividieron la continuidad lingüística de los proto-olmecas totonacas-zoqueanos (Mapa B). Una de las más importantes grandes mecas religiosas del periodo clásico fue la colosal ciudad de Teotihuacan en el Valle de México, un producto derivado de las culturas paleo-olmecas del sur y del este de México. Teotihuacan debió ser un imponente centro ceremonial: casi diecinueve kilómetros cuadrados de amplias plazas y anchas avenidas, flanqueadas por altísimas pirámides coronadas de templos, todo el conjunto recubierto y pavimentado con brillante estuco rojo. Las paredes estaban decoradas con frisos y bajorrelieves labrados en piedra o bien pintados al fresco en cuatro tonos de castaño, azul turquesa, verde esmeralda y ocre dorado y con motivos y figuras que armonizaban con sus refinados, pacíficos y profundamente religiosos habitantes; serpientes emplumadas, símbolos del cielo, flores, mazorcas de maíz, mariposas, arroyos, conchas marinas, ranas y buhos. También había figuras que representaban a sacerdotes y dioses, hechas en un estilo austero y fervoroso, pero a la vez alegre y lleno de gracia.

El arte de Teotihuacan se basa en el culto del dios de la lluvia y de la Serpiente Emplumada, un dragón fantástico cuyo cuerpo estaba recubierto con las largas plumas de color verde brillante del pájaro quetzal. Se trata de una representación gráfica, literal, del nombre del dios: Quetzalcóatl "Serpiente Preciosa",[34] el señor de las fuerzas creadoras, el cielo y el

[34] Término derivado de *quetzalli*, "precioso (como una pluma del pájaro quetzal" y de *coatl* o *couatl*, que significa "serpiente" y también, "sacerdote" y "gemelo o mellizo". La mitología mexicana está sobrecargada con las hazañas de Quetzalcóatl, pero puesto que los grandes sacerdotes y gobernantes a menudo llevaban su nombre, hoy resulta imposible separar los mitos de Quetzalcóatl, el dios, de aquellos que pertenecen a los legendarios héroes culturales que llevaban su nombre. En los mitos más antiguos, Quetzalcóatl era uno de los cuatro dioses originales de los elementos, los hijos de la pareja prístina, del "Señor y la Señora de la Sustancia" (*Tonacatecutli* y *Tonacacihuatl*). El primogénito de la pareja fue el antiguo dios del fuego, representado por un anciano desdentado y con la cara roja llena de arrugas; el segundo hijo fue Tláloc, el dios de ojos saltones color turquesa y colmillos, que era el dios de la lluvia y la fertilidad; luego venía Quetzalcóatl, el dios blanco del aire; y el último era el siniestro Tezcatlipoca, "Espejo Humeante", el dios negro del interior de la tierra, el jaguar-tierra, guerrero, brujo y causante de problemas.

viento, el Aliento de la Vida. Quetzalcóatl representaba todo lo bueno que hay en este mundo; la paz, el arte, la sabiduría y la prosperidad. Transformado en una hormiga, descubrió el maíz, el alimento básico de los índigenas, oculto en la montaña de la Sustancia, Tonacatepetl; también inventó las artes, las ciencias y el calendario. En realidad, todo lo relacionado con la sabiduría y la cultura era atribuido a Quetzalcóatl.[35]

El motivo principal que dio a este arte su carácter y estilo distintivo, es la espiral cuadrada derivada de una representación de la serpiente, que se pintaba con una doble línea o bien se labraba en bajorrelieve. Los teotihuacanos construyeron estatuas formidables, como la llamada diosa de la agricultura, un gigantesco bloque de basalto concebido según las líneas monumentales de un gran edificio. También hacían máscaras de piedra de tamaño natural labradas siguiendo un modelo clásico, con estrechos ojos horizontales, narices delgadas y delicadas bocas semiabiertas. Los objetos de cerámica de este pueblo revelan su gusto exquisito y los más finos entre esos objetos —vasos cilíndricos con tres patas y una tapadera— decorados con delicadas incrustaciones de estuco de colores, se fabricaban exclusivamente para ser enterrados como ofrendas.

El pueblo que habitaba Teotihuacan también hacía grandes cantidades de estatuillas de barro de los más variados estilos, cuyos fragmentos se hallan hoy esparcidos por los campos cubriendo una extensa zona. Estas figurillas, cuyo propósito se desconoce, revelan la evolución del estilo, la técnica y la ideología de los teotihuacanos durante su larga ocupación del sitio. Las que se encontraron en las capas de terreno más profundas, que corresponden a épocas más primitivas, son burdas y hechas desprolijamente, como si lo único que importase fuese la producción masiva. Pero en las capas superiores se descubrieron figurillas hechas de una manera tan realista y modeladas con tanta prolijidad o cuidado que por un momento se creyó que eran retratos. Posteriormente los teotihuacanos utilizaron

[35] El emperador y héroe cultural chino Huang-Ti (2697 a.c.) presenta curiosas analogías con el mexicano Quetzalcoatl: también a él se lo reconoce en China como el inventor del calendario de las artes, de las ciencias, etc.

moldes para hacer figurillas, que se volvieron cada vez más complicadas, hasta que los adornos y los detalles del traje acabaron por predominar al punto de hacer casi desaparecer al elemento humano, dando por resultado un arte convencional y simbólico. La secuencia de los estilos de las figurillas y los diferentes tipos de alfarería permitieron a los arqueólogos establecer cinco épocas fundamentales (denominadas Teotihuacan I hasta Teotihuacan V), la primera de las cuales parece corresponder a la infancia balbuceante de un gran arte que alcanza su pináculo creador en las etapas segunda y tercera, para luego envejecer y volverse trillado en las etapas cuarta y quinta.

Con el tiempo, el arte de las tierras altas se volvió más bien pomposo y exageradamente estilizado, mientras que el de las tierras bajas tropicales se transformó en un barroco exuberante, demasiado adornado y complicado, sofocado por volutas, espirales y arremolinados haces de plumas de quetzal. La decadencia se inició a finales de la época clásica, en algún momento del siglo IX de nuestra era. Las antiguas culturas dieron paso a pueblos menos cultos pero más vigorosos, gentes de habla nahua (Mapa C) que comenzaron a llegar a la Meseta y con las cuales se inició una nueva época, el periodo neo-olmeca al que hace referencia Jiménez Moreno, durante el cual dominaron a los largamente establecidos olmecas, cultos pero decadentes, se mezclaron con ellos y crearon una nueva edad dorada: el renacimiento tolteca.

Los maestros constructores de Tollan

Durante siglos antes de la Conquista española, el nombre tolteca significaba, para los indígenas, la raza de superhombres a los cuales les debían su civilización. Este nombre evocaba ideas de arte y cultura, de paz y prosperidad. Los toltecas fueron los constructores de la legendaria Tollan, descrita a Sahagún como una hermosa ciudad "de lujosos palacios de jade verde y de concha blanca y roja, donde las mazorcas de maíz y las calabazas alcanzaban el tamaño de un hombre, donde el algodón

brotaba de la planta misma en todos los colores y donde el aire siempre estaba poblado por raras aves de plumas preciosas".

La fama de los toltecas como la nación más civilizada de la Meseta mexicana persistió a lo largo de las antiguas crónicas y durante un tiempo, todo lo que procediera de allí y que tuviera proporciones colosales y una gran calidad artística, automáticamente era considerado como de origen tolteca. Hoy sabemos que el término *tolteca* era un título, que significa "ciudadano de Tollan", metropolitano y, por implicación, artista y maestro constructor, término cultural que muchas naciones indígenas surgidas posteriormente consideraron conveniente apropiarse para sí mismas. Durante años la identidad, la edad y la extensión del imperio tolteca fueron motivos de enorme confusión entre los arqueólogos. Por último y después de una acalorada controversia, pudo descifrarse en parte el enigma tolteca y, gracias a ello, se colocaron los primeros cimientos de la antigua historia de México.[36]

Quedó establecido que la Tollan histórica estaba ubicada donde hoy se encuentra situada la moderna ciudad de Tula, en el estado de Hidalgo. Recientes exploraciones de las ruinas han demostrado que, a pesar de que Tollan fue prácticamente demolida hasta sus bases, las descripciones de los indígenas acerca de la ciudad modelo no eran una total fantasía: las excavaciones pusieron al descubierto muros elaboradamente labrados y pintados, como también grandes columnas y dos estatuas gigantescas de piedra, cada una de casi cinco metros de altura, que servían como pilares para sostener el gran portal de un templo erigido en la parte superior de una elevada pirámide.

El origen de los olmecas carece por completo de encanto y misterio. En efecto, fueron una tribu nómada de habla náhuatl, los chichimecas, término que significa "pertenecientes al Linaje Perro" que, procedentes del lejano norte, llegaron a la Meseta mexicana alrededor del año 700 d.c.[37] Su jefe y líder

[36] La primera Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos, reunida en la ciudad de México en el año 1941, cuyas sesiones y los resultados de las mismas aparecieron publicados en la *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, V, 2-3 (México, 1941).

[37] Kirchhoff (1940) afirma que la dinastía tolteca comenzó en el año 721

era un individuo llamado Mixcoatl-Totepeu, "Nuestro Conquistador Blanca Nube-Serpiente", quien después de su muerte fue convertido en un importante dios tolteca.[38]

El imperio tolteca floreció durante el gobierno de Mixcoatl; a medida que avanzaba hacia la Meseta mexicana, este salvaje pueblo norteño iba recogiendo los elementos de la cultura indígena superior que aún quedaban y que habían pertenecido a la largamente establecida civilización de los olmecas y los mixtecas, los portadores de las grandes culturas clásicas de las tierras altas. El contacto entre los fuertes y belicosos norteños y los pueblos antiguos que habían permanecido durante siglos en una especie de estancamiento cultural, dio origen a un nuevo renacimiento. Las sangres se mezclaron, los jefes norteños se casaron con las princesas de los anteriores colonos, que eran más cultas que ellos, naciendo, de esta manera, nuevas dinastías y naciones con mayor vigor. Mixcoatl tomó una segunda esposa perteneciente al pueblo que encontraron los del norte, llamada Chimalma, "La que está diseminada por la Tierra" y que supuestamente era una reencarnación de la diosa del amor y de las flores: Xochiquetzal. Tuvieron un hijo al que le pusieron el nombre de Topiltzin Ce Acatl, a su vez una encarnación del dios Quetzalcóatl, destinado a convertirse en el héroe cultural más famoso del antiguo México. Fue el sabio, sacerdote y gobernante semidivino, creador de todas las artes y las ciencias de la nación tolteca, equivalente en las Américas, a héroe cultural chino Huang-Ti. Incluso su nacimiento se debió a un milagro: fue concebido años después de la muerte de su padre, por medio de una joya verde, un trozo de jade, que su madre se había tragado.[39]

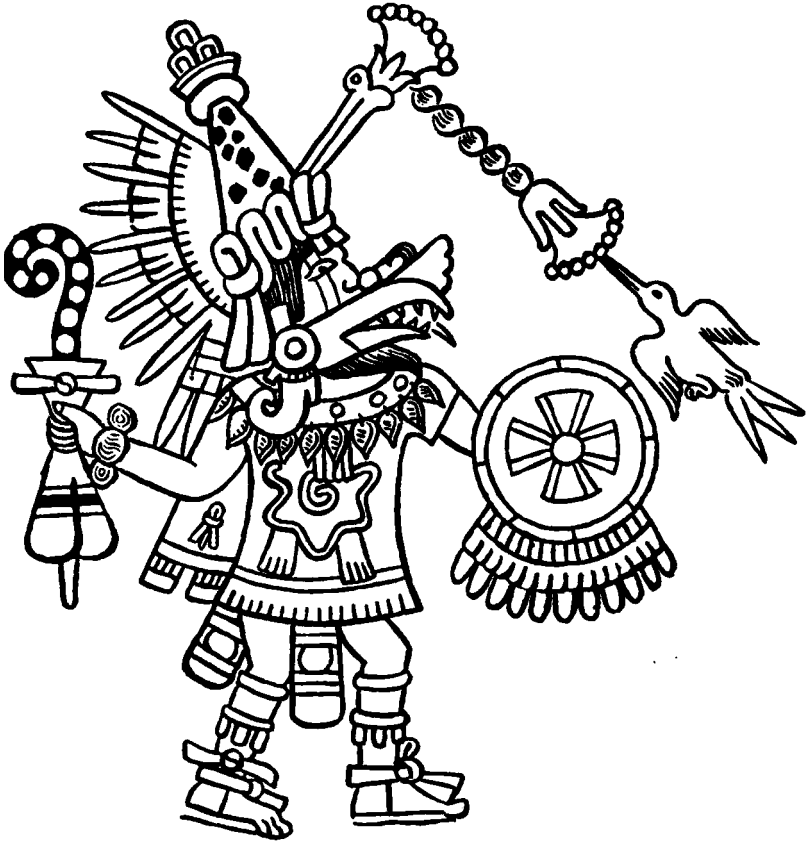
Durante los veintidós años siguientes, Topiltzin Quetzal-

---

d.c., y además hay una mención de la llegada del chichimeca Acolhuaque a Texcoco, en el 686 d.c.

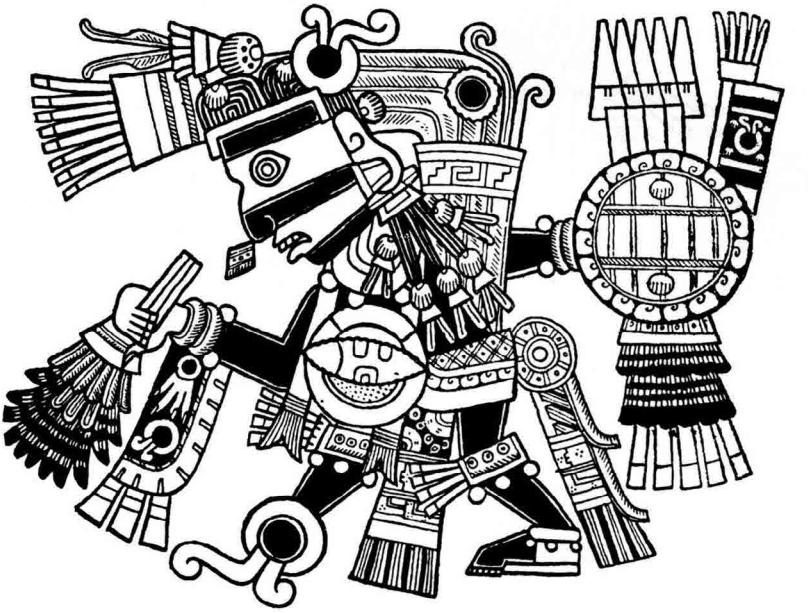
[38] En las antiguas crónicas se cita una larga y dudosa lista de gobernantes toltecas, pero nada se sabe acerca de los tres primeros que precedieron a Mixcoatl: Chalchiutlanetzin, Ixtlicuechahuac y Huetzin.

[39] Mendieta, *Hist. Ecl. Ind.*, Libro II, Cap. v. Ce Acatl, el nombre calendárico de Quetzalcoatl, hace referencia a la fecha de su nacimiento como el día "1. caña".



Quetzalcóatl, el héroe cultural (Códice Magliabechiano).

cóatl se convirtió en el más grande de los gobernantes toltecas[40] y su época fue la edad dorada de Tollan, una era de prosperidad y de paz. Se corrigió el calendario; se introdujo la fundición de metales y todas las artes recibieron un nuevo impulso. Sin embargo, surgieron conflictos políticos y religiosos entre los diversos pueblos que vivían en Tollan junto con los toltecas: los nonoalca y los xicallanca-olmecas, pueblos más antiguos, con una lengua diferente, que ocupaban la mayor parte de las tierras situadas al sur y al este.



Tezcatlipoca ("Espejo Humeante") dios de la guerra (Códice Borgia).

[40] Aparecen mencionados otros gobernantes que precedieron a Quetzalcoatl: Nacoxoc, Mitl-Tlacomihua, la Reina Xihuiquenitzin e Ixtacalzin. Según W. Jiménez Moreno, quien corrigió las fechas que aparecen en los Anales de Quehtitlan, pues considera que están equivocadas en cincuenta y dos años, es decir un ciclo mexicano, la fecha de la instalación de Quetzalcoatl es el año 925 d.c., y el final de su reinado tuvo lugar en el año 947.

[41] Identificado como un pueblo bilingüe, los antiguos mazatecos de Oaxaca y de Veracruz (Kirchhoff, 1940).

Estos conflictos y guerras religiosas fueron la causa de que, sintiéndose derrotado, Quetzalcóatl abandonara Tollan para retornar al país de los antepasados de su madre. Se dirigió hacia el este, en dirección a la costa del Golfo, lugar de origen del culto pacifista que él había predicado en Tollan, es decir el culto de las fuerzas creadoras de la naturaleza, encarnadas o representadas por la "Preciosa Serpiente del Cielo", el dios Quetzalcóatl, del cual había tomado su nombre. La lucha entre las ideologías de dos pueblos completamente distintos —el pacífico Quetzalcóatl versus el dios de la guerra Tezcatlipoca, "Espejo Humeante", deidad de los rústicos norteños; las fuerzas positivas versus las fuerzas negativas— fue nuevamente la causa de la destrucción de la nueva civilización.[42] Estos dioses rivales se lanzaron a una guerra épica y mágica, que culminó con la derrota del sabio Quetzalcóatl quien, ya viejo y sintiéndose desilusionado, se vio obligado a dejarle el campo libre a Tezcatlipoca.

Es probable que las leyendas acerca de la lucha entre Quetzalcóatl y Tezcatlipoca sean una racionalización tolteca destinada a establecer la relación entre ciertos acontecimientos históricos y un mito más antiguo; el eterno conflicto entre el bien y el mal, lo negro y lo blanco, la guerra y la paz, la oscuridad y la luz, que constituye la corriente subterránea fundamental que predomina en la filosofía religiosa mexicana. Según una antigua leyenda indígena[43] el litigio se remonta a los comienzos del mundo, cuando Tezcatlipoca regía sobre la Tierra como un sol que iluminaba y alimentaba a un mundo que recién empezaba a nacer. Pero "...cierto día Quetzalcóatl le golpeó la cabeza con un mazo y entonces Tezcatlipoca cayó de su trono en el cielo. Mientras caía hacia la Tierra, se transformó en un

[42] Jiménez Moreno (1941) afirma que Tezcatlipoca era el dios de los chichimecas, el pueblo del padre de Quetzalcoatl, opuesto al culto de la "Serpiente Preciosa" de Xochicalco y de Teotihuacan, al que pertenecían los antepasados de su madre es decir los olmecas y los nonoalcas. Quizá el pueblo de Chimalma pertenecía a los inmigrantes más antiguos de habla náhuatl, los fabricantes de la cerámica del Altar de la Calavera de Cholula y de la alafrería llamada Azteca I, mientras que el pueblo de Mixcoatl eran chichimecas: los fabricantes de habla náhuatl de la cerámica de Mazapa, Coyotlatelco y Matlazinca II.

[43] *Historia de los Mexicanos por sus Pinturas.*

malvado jaguar que sembró el terror por todo el mundo, pues devoró tanta gente que casi exterminó a toda una generación..." La frase que dice: "regía sobre la tierra como un sol" probablemente se refiera a la supremacía del dios jaguar durante cierto "sol", es decir durante determinada época, y acaso conmemore el momento en que el antiguo culto al jaguar fue sustituido por la religión del señor del cielo, la serpiente Quetzalcóatl. Esta leyenda alcanza su clímax y su culminación en el relato acerca de la gran ciudad de Tollan.

La leyenda de Tollan, tal como la cita Sahagún, nos dice que Quetzalcóatl estaba enfermo y ya era un anciano, cuando fue visitado por un viejo (Tezcatlipoca disfrazado) quien le dio un brebaje mágico asegurándole que lo curaría. Pero esa medicina no era otra cosa que vino (*pulque*) cuando Quetzalcóatl lo bebió, puesto que era abstemio, le causó un estado de total ebriedad, con la consecuente vergüenza para él y para su pueblo. Desde ese momento, Tezcatlipoca se dedicó a causarles problemas a los habitantes de Tollan. Sobrevino una terrible sequía que duró cuatro años y que finalmente acabó cuando Quetzalcóatl hizo un sacrificio de sangre que se extrajo de su lengua y de sus orejas, utilizando para ello una daga de hueso y una espina de agave. En otra ocasión, Tezcatlipoca recurrió nuevamente a un disfraz, esta vez de un extranjero que vendía chiles y así disfrazado invitó a los toltecas a cantar y a bailar al ritmo de su tambor, tocándolo cada vez más rápido hasta que los toltecas enloquecieron. La gente huyó presa del pánico, pero se cayó en un profundo precipicio al tratar de cruzar un puente que Tezcatlipoca derrumbó con sus brujerías. Colocándose otro disfraz, el dios se dirigió al gran mercado de Tollan y mediante su magia hizo bailar a un diminuto infante en la palma de su mano. Tan grande fue la muchedumbre que se agolpó para contemplar ese portento, que muchísimos toltecas murieron sofocados por los apretones de la multitud. La gente pasó de la admiración a la cólera incontenible y de inmediato linchó al brujo. Pero en pocos segundos el cuerpo del hechicero comenzó a descomponerse y se desató una epidemia que mató

todavía a más toltecas. Cuando trataron de quitar el cadáver que estaba causándoles la epidemia, descubrieron que no podían moverlo, por más que tironearan de él cientos de personas. Las sogas con las cuales trataban de jalarlo se rompieron y entonces los toltecas cayeron en un estado de total desesperación. Por último el cadáver habló y les indicó que cantaran una canción mágica gracias a la cual podrían quitarlo de allí; pero en lo que duró el proceso murieron todavía muchos más toltecas. Cuando hubo pasado todo, la gente se despertó en medio de una ofuscación mental como la producida por el alcohol, y no podían recordar lo que había sucedido.

Pero Tollan estaba condenada a morir; aparecieron innumerables signos de mal agüero, todos ellos brujerías hechas por Tezcatlipoca. Hacía que las tierras se incendiaran por la noche. Del cielo caían lluvias de piedras y de hachas, también de piedra, que mataban a los toltecas. Sus alimentos se echaban a perder antes de que pudieran comerlos. En cierta ocasión, voló sobre Tollan un pájaro blanco con el pecho atravesado por una flecha. Esto fue demasiado para Queztlacóatl, quien sentía una añoranza tremenda por su antiguo hogar en Tlillan-Tlapallan, "La Tierra del Negro y del Rojo", o sea la costa del Golfo.[44] Decide abandonar Tollan, deteniéndose tan sólo para poner fuego a sus casas de jade verde, a sus conchas marinas rojas y blancas y a sus plumas preciosas. Entierra sus tesoros en montañas y barrancas, transforma los árboles de cacao en arbustos espinosos y envía a las aves de fino plumaje a cientos de kilómetros de distancia. Así concluye la primera época tolteca de Tollan, alrededor del año 947 d.c.[47]

---

[44] La región de Los Tuxtlas era la llamada Tlillan-Tlapallan-Tlatlayan, que en un sentido más amplio significaba el país olmeca, es decir la costa del Golfo. El nombre significa: "La Tierra del Negro y el Rojo", en el sentido de la "Tierra de la Escritura", igual que nosotros decimos "en negro y banco" (W. Jiménez Moreno). Debemos señalar que, en Los Tuxtlas, la tierra es sorprendentemente roja en algunos lugares y negra en otros; o bien negra en la parte superior y roja debajo de la superficie. Además, existe en Los Tuxtlas, una aldea a la que todavía se denomina Tlatlayan y había otra aldea de nombre Tlapallan en Coatzacoalcos y que aparece mencionada en la *Relación de Espíritu Santo* del año 1580.

[45] Esta fecha ha sido corregida a partir de la que aparece en los Anales de Quauhtitlán, donde figura año 895 d.c. (véase nota 40).

Según los escritos que nos ha dejado Sahagún, es posible rastrear el itinerario seguido por Quetzalcóatl desde Tollan hasta la costa, por las cimas de los volcanes cubiertos de nieve, donde sus sirvientes enanos y jorobados murieron de frío. En algún lugar durante la marcha, Quetzalcóatl se detiene bajo un enorme árbol, para llorar a causa de su vejez y para decirle a su comitiva que debía regresar al hogar del Sol en Tlillan-Tlapallan con el objeto de recuperar su juventud. Sus lágrimas y las palmas de sus manos dejaron huellas en la piedra en la que se sentó, razón por la cual bautizó a ese lugar con el nombre de Temacpalco. Más adelante tropezó con un grupo de brujos, a quienes les entregó el conocimiento de las artes: la fundición de metales, el labrado de piedras preciosas, la albañilería, la pintura y los trabajos con plumas. Antes de llegar a la costa realizó muchas hazañas extraordinarias. Construyó una cancha de pelota y palacios subterráneos; puso en equilibrio una enorme piedra giratoria; fundó y les puso nombre a muchos lugares nuevos; vivió por un tiempo en la antigua ciudad de Cholula y dejó por todas partes huellas de su influencia civilizadora. Llegó a la playa de Tlatlayan el día "1 caña", el signo bajo el cual había nacido. Allí subió a una jangada hecha de serpientes entrelazadas y se echó al mar rumbo a Tlapallan donde se encendió fuego él mismo. Sus cenizas se transformaron en pájaros y su corazón, en el planeta Venus, el Lucero del alba.

Con la partida de Topiltzin-Quetzalcóatl, Tollan dejó de ser la gloriosa ciudad que había sido antes, pero la metrópoli fue testigo todavía de una segunda época, no tan ilustre como la anterior, que se inició alrededor del año 1000 d.c., bajo gobernantes que tenían nombres de serpientes: Matlacxochitl Mitlacoatzin, Tlilcoatzin, y Uemac (Ce-coatl). Uemac fue el último rey tolteca; el imperio finalizó cuando Tollan fue destruida por una encarnizada guerra civil, aproximadamente en el 1116 d.c.[46] Uemac era un déspota irracional, de modo que a la rebelión organizada por los nonoalcas en contra de él, se unieron

[46] Jiménez Moreno, 1941; el año 1168 d.C., de acuerdo con los Anales de Cuauhtitlán (vaése nota 40).

incluso los toltecas dirigidos por un jefe llamado Ixcoatl. Uniendo sus fuerzas, los nonoalcas y los toltecas mataron a Uemac y destruyeron la ciudad de Tollan hasta sus mismos cimientos. La historia de este suceso figura en una antigua crónica tolteca,[47] en la cual se atribuye la guerra a un absurdo incidente:

"...Cuando los nonoalcas se ofrecieron para darle a Uemac, el rey de Tollan, lo que él quisiera, éste pidió que le llevaran a una mujer, pero haciendo la advertencia de que debía ser extraordinariamente ancha de nalgas. Los nonoalcas le presentaron a cuatro de las mujeres más grandes del país, pero ninguna era del tamaño deseado por el rey. Les dijo a los nonoalcas: 'No tienen la medida requerida; la mujer que quiero debe ser muy ancha'. Esta pretensión enfureció a los nonoalcas que exclamaron: '¿Quién es él para burlarse de nosotros? ¿Dónde podremos encontrar lo que él quiere? ¡Vamos! ¡Hagámosle la guerra!" De inmediato prepararon sus escudos y sus armas y les declararon la guerra a los toltecas... El jefe tolteca Ixcoatl apaciguó a los nonoalcas con un discurso en el que culpó a Uemac por la guerra y pidió que se le matara. Al déspota no le quedó otro camino más que huir para tratar de salvar su vida, mientras los nonoalcas corrían tras él pisándole casi los talones y gritándole como si fuese un coyote. Lo sacaron de una cueva en la que se había escondido, arrastrándolo de los pelos y luego de atarlo abierto de brazos y piernas en un armazón de madera que levantaron a gran altura del piso, lo mataron a flechazos en un *tlacacaliztli*, que constituye una especie de sacrificio humano, cuyo propósito es desangrar a la víctima para que la sangre humana fertilice la tierra.

Existen otras menciones acerca de las desgracias que aceleraron la desaparición de Tollan: invasiones de salvajes procedentes del norte, epidemias y hambrunas. Las tribus abandonaron el

[47] La "Historia Tolteca-Chichimeca", un manuscrito que se encuentra en la Biblioteca Nacional de París, publicado por C. T. Preuss y F. Mangin: *Mexicanische Bilderhanschrift Tolteca-Chichimeca*, Teil I: *Die Bilderschrift nebst Ubersetzung* (Archivo Baessler, Berlín. 1937, Beiheft IX). Puesto que cuando estaba escribiendo el presente libro me fue imposible conseguir esta versión, tomé la cita que aquí transcribo, de la antigua traducción hecha por Ramírez y que se encuentra en el Museo Nacional de México.

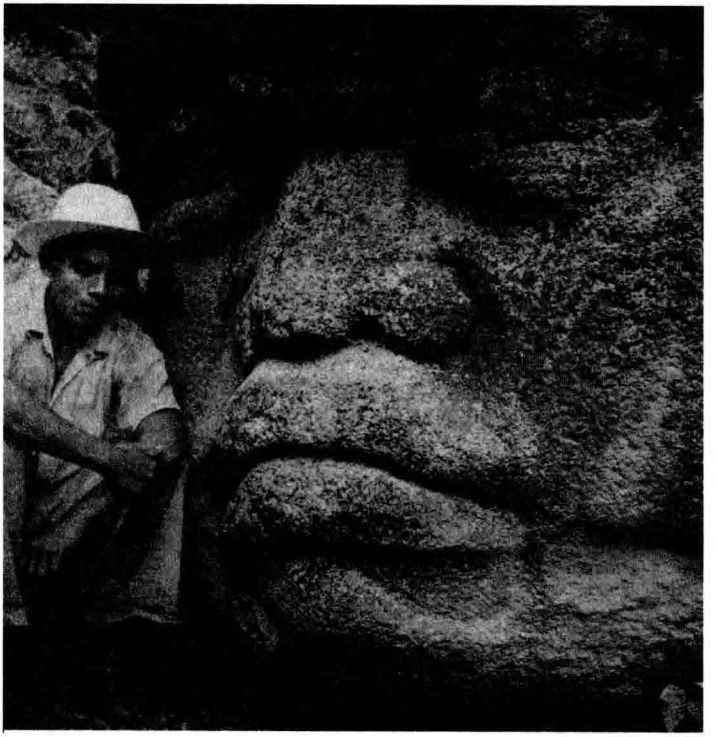
lugar: los nonoalcas y los olmecas xicallancas se encaminaron rumbo al este hacia las tierras de sus antepasados, retornando a Oaxaca y a Veracruz, mientras que los toltecas se marcharon dando un largo rodeo hacia el norte, y después de doblar al sur para atravesar los valles de Tlaxcala y de Puebla, se establecieron como inmigrantes en la venerable ciudad olmeca de Cholula, donde todavía puede verse la pirámide más grande de las Américas, a la cual los indígenas le pusieron el adecuado nombre de Tlachihualtepetl, que significa "Montaña hecha por el Hombre".

El quinto y último capítulo de la historia de la cultura indígena mexicana se inicia con la llegada de los aztecas, otra tribu salvaje proveniente también del norte, que llegó a la Meseta mexicana a mediados del siglo XIV, como una harapienta tribu de cazadores nómadas que se establecieron a lo largo de las inhospitalarias y pantanosas islas del lago Texcoco. En menos de cien años, no sólo lograron superar en cantidad a las otras naciones indígenas establecidas en la Meseta, sino que además extendieron su imperio, el mayor de toda la historia indígena, al norte, al este y al oeste y, hacia el sur, hasta Guatemala. La árida isla en la que sus oráculos les habían ordenado establecerse, se convirtió en la más poderosa de las ciudades-estado indígenas: Tenochtitlan, sede de la actual ciudad de México. El Estado azteca estaba constituido por la eterna trilogía que iba a desangrar a México durante muchos siglos posteriores: los comerciantes (*pochtecas*), los militares y los sacerdotes. Estos formaban el omnipotente Estado y todos los individuos estaban subordinados a su gloria y engrandecimiento. El papel de la mujer era engendrar futuros soldados para sus ejércitos. Los niños eran sometidos a un riguroso entrenamiento, para que se convirtieran en soldados conquistadores fuertes y endurecidos. La guerra era una situación constante y deseable, porque producía el tributo en mercancías que los mercaderes a su vez les vendían a las naciones que, por ser demasiado poderosas, no era posible conquistarlas. Además, la guerra abría nuevas rutas comerciales y proveía de nuevos mercados; gracias a ella

se obtenían esclavos que trabajaban para los aztecas y prisioneros para los sacrificios destinados a apaciguar a sus dioses siempre sedientos de sangre, pues lo que más temían los aztecas era que la falta de sangre humana debilitara el poder mágico de sus dioses. Con frecuencia, las guerras tenían el único propósito de conseguir esos prisioneros para el sacrificio, sirviendo así a la doble finalidad de alimentar a sus dioses y debilitar y minar a las naciones subordinadas por medio de la destrucción de su fuerza humana, de la misma manera en que los modernos fascistas persiguieron a los judíos y a los polacos, asesinaron a los rehenes franceses, dejaron morir de hambre a los griegos y raptaron, torturaron y masacraron a los rusos.

Pero el imperialismo azteca, que se fundaba en la fuerza bruta, en la despiadada voracidad y en la arrogancia, estaba condenado a desaparecer. Bastó tan sólo un puñado de españoles, encabezados por Hernán Cortés, un brillante estratega que contaba con un ejército de gran movilidad y con armas mejores, para conquistar a los orgullosos aztecas. Desde luego que esa conquista no habría podido llevarse a cabo de no haber contado los españoles con la ayuda de cientos de miles de indígenas que odiaban a los aztecas y que eran gente oprimida perteneciente a las naciones subordinadas, dispuestas en cualquier momento a luchar en contra de sus opresores. Esos indígenas no podían sospechar que, al ayudar a Cortés y a su pandilla de aventureros, se estaban forjando, ellos mismos, grilletes más fuertes que los que los mantenían presos de los aztecas. Muy pronto sus liberadores se mostraron más voraces y más brutales que los anteriores tiranos y los despojaron de todo cuanto poseían: de su libertad, su religión y su arte. A los pocos años de la dominación española, el espíritu de los indígenas estaba completamente destruido. Las epidemias y las hambrunas causaron la rápida disminución de la población y, al poco tiempo, su cultura, sus artes superiores y sus artesanías de exquisita belleza se convirtieron en cosas del pasado.

ARTE Y ARQUEOLOGIA DEL SUR DE MEXICO

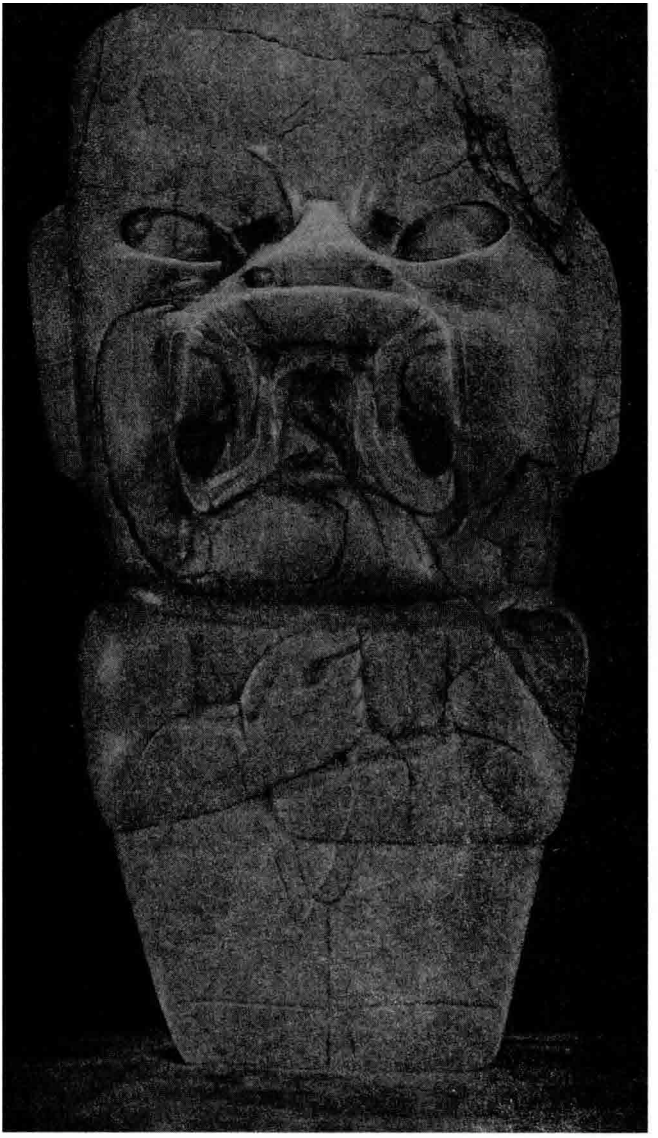


1. ARRIBA: Detalle de cabeza de basalto 2,40m descubierta La Venta. ABAJO: mujer totonaca de Papantla, Veracruz. Nótese el parecido físico con la cabeza colosal de arriba. *(Foto: Donald Cordry)*.

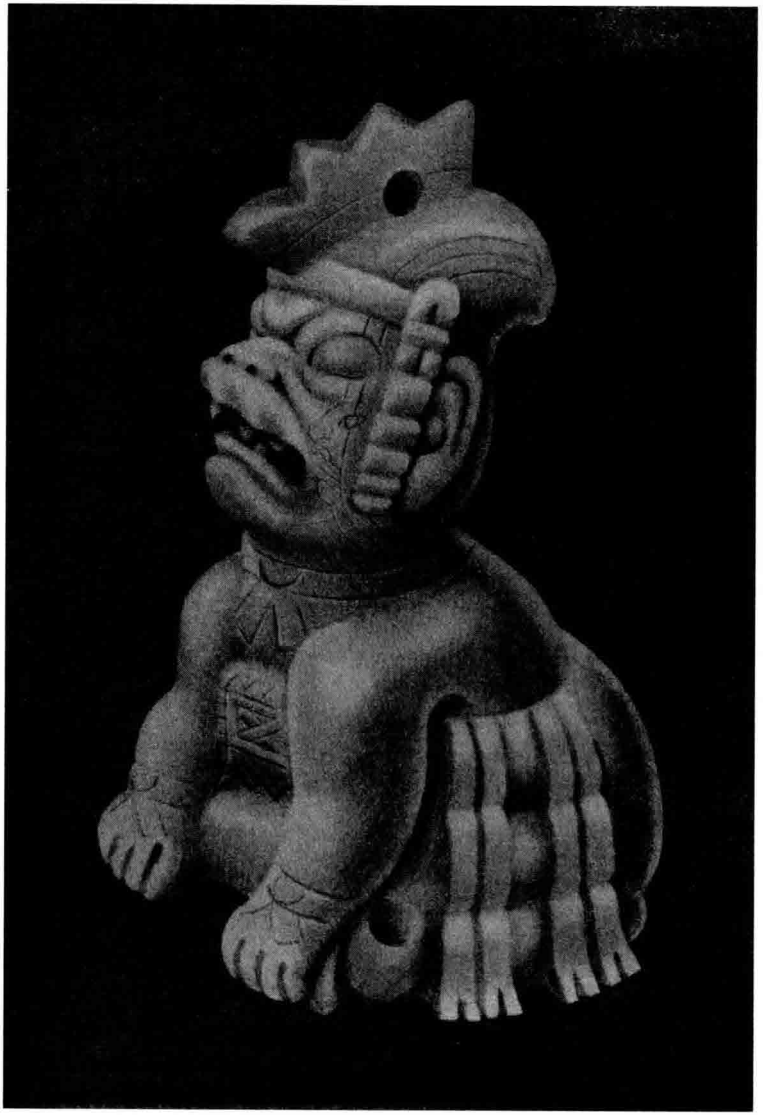
2. Detalles del "Altar Quíntuple" de La Venta. DERECHA: La figura central, tal vez un sacerdote asomándose desde un nicho, con un infante en los brazos. mide aproximadamente 2,58m de altura. IZQUIERDA: uno de los cuatro grupos labrados en bajo relieve a los costados del altar.

3. Estela con un funcionario barbado que lleva puesto un alto tocado y con un mazo en las manos. Seis duendes con rostros de jaguar revolotean a su alrededor. 3,44m de altura. La Venta. (*Dibujo del autor*).

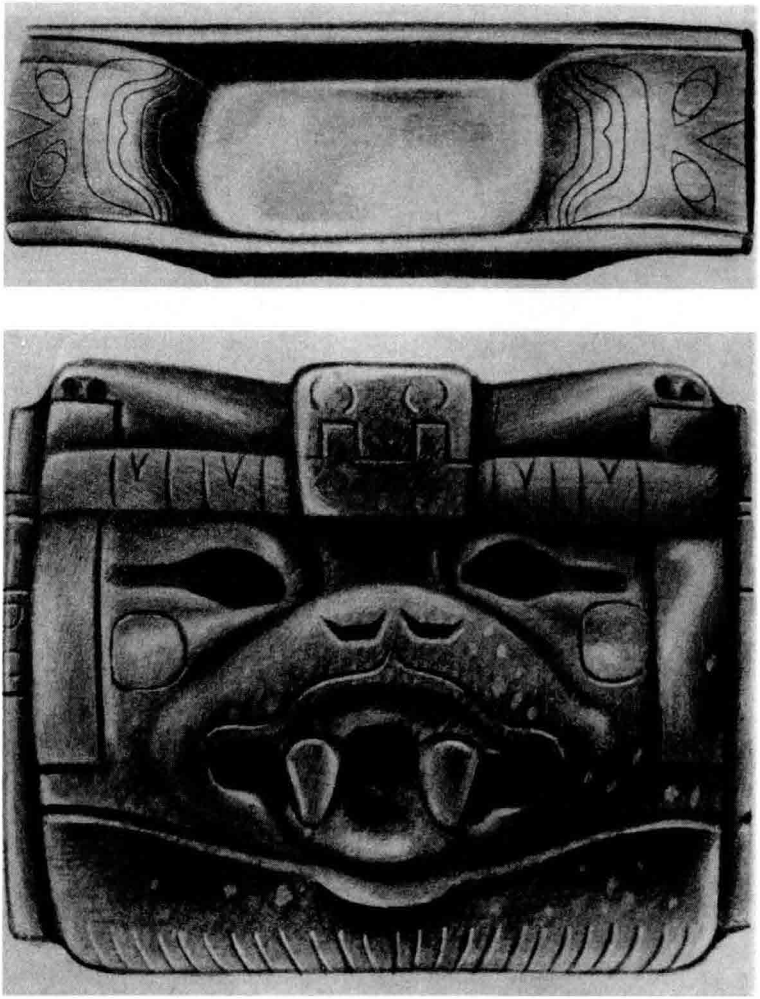
4. La gran estela de La Venta en la que aparece representado un extraño personaje de nariz aguileña. 4,20m de altura. (*Dibujo del autor*).



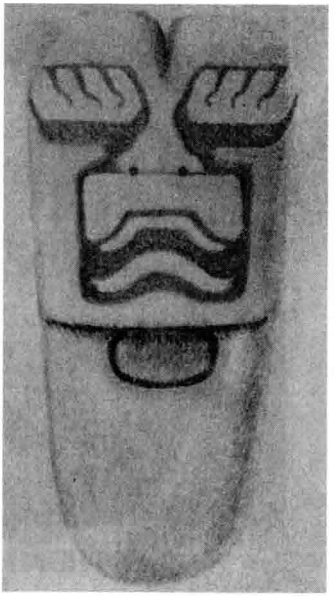
5. La hacha "kuntz", de jade gris azulino, de 33cm, de altura, que según se cree procede de Oaxaca. Esta hacha es uno de los objetos de jade de mayor tamaño jámas hallados en el continente americano. Museo Americano de Historia Natural de la ciudad de Nueva York. (*Foto obsequiada por el*

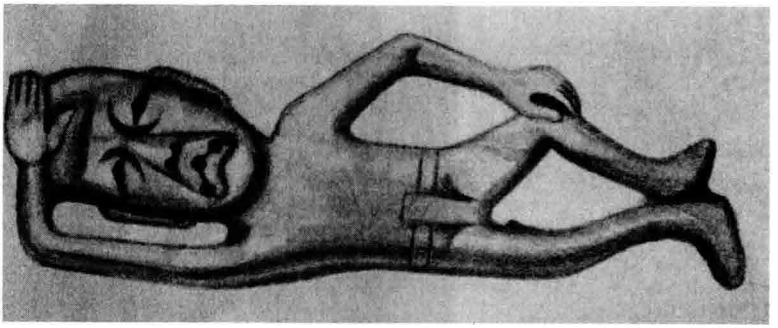


6. El dios jaguar hallado en Necaxa, Puela. Es de jade verde azulado, y mide alrededor de 8,40cm. Museo Americano de Historia Natural. (*Dibujo del autor*).

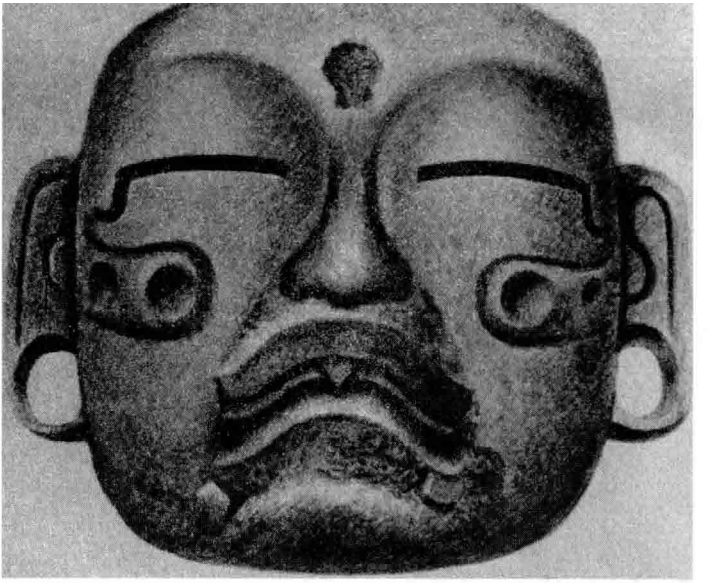


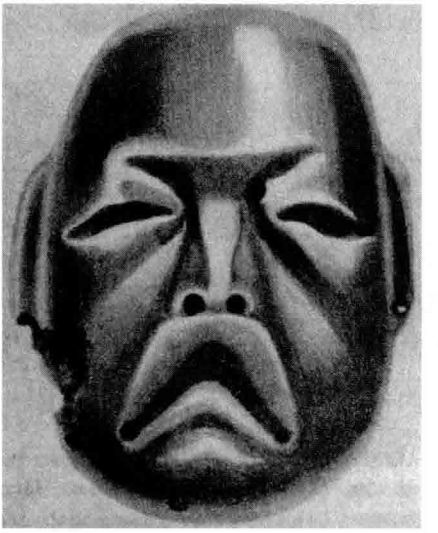
7. Batea o réplica de un bote, de jade color verde mar, y que mide aproximadamente 20,60cm de largo. Encontrado en el gran tesoro de jades de Cerro de las Meses, Veracruz. ABAJO: Adorno de jade que representa una máscara de jaguar de 11,20cm de alto. Procede de La Mixteca, Oaxaca. Museo Nacional de Antropología de México. Compáresela con el adorno frontal de la figura central del altar de La Venta, Lámina 3. (*Dibujos del autor*).





8. ARRIBA. A LA IZQUIERDA: Dios jaguar en jade verde amarillento, de 7cm de alto. Procedencia: La Mixteca, Oaxaca. Colección M. Covarrubias. ARRIBA. A LA DERECHA: pequeña hacha con la máscara del dios jaguar jade color verde manzana pintado de rojo con cinabrio. 12,60cm de alto. Objeto encontrado en una cueva de La Venta. Museo Nacional de Antropología de México. ABAJO: pequeña estatuilla reclinada de jade gris azulino. 11,20cm de largo. Procedente de San Gerónimo, Guerrero. Museo Americano de Historia Natural. (*Dibujos del autor*).





9. ARRIBA: máscara de madera con incrustaciones de jade pegadas con resina de copal. Mide alrededor de 25,20cm de alto. Fue encontrada en una cueva cerca de El Naranjo, Guerrero. Colección particular, Nueva York. ABAJO: pequeña máscara de jade azulado. Mide aproximadamente 2,90cm

SEGUNDA PARTE

LAS PLANICIES DEL PACIFICO

V

TEHUANTEPEC Y JUCHITAN, CAPITALES ZAPOTECAS

Para poder cruzar el Istmo de Tehuantepec desde el Golfo de México, al norte, hasta el Pacífico, al sur, es necesario que, al amanecer, uno tome el tren en Puerto México, es decir, en Coatzacoalcos, que es su nombre actual y que en su época fue un gran puerto, pero que hoy en día tiene la categoría menor de un puerto de pescadores a donde llegan los barcos extraviados. Al igual que los muelles, la terminal ferroviaria se encuentra en mal estado. El tren es una pintoresca serie de furgones, carros tanques y vagones de primera y segunda clase que son reliquias de los días de auge del ferrocarril, pero que ya están desvencijados y ruedan repletos de pasajeros, por lo que en cada curva parecen estar a punto de desbaratarse. Casi desde que se pone en marcha, el tren atraviesa selvas de árboles gigantescos tapizados con enredaderas, de palmas de hojas desgarradas, de grandes hojas de taro y de platanillo. Hay una enredadera de dondiego silvestre que se extiende por todos lados y que tapa la maleza con un manto verde que apenas permite entrever los contornos de los árboles que ha invadido. De cuando en cuando pasan frente a la ventana del tren los esqueletos blanqueados al sol de las grandes ceibas, gigantes tropicales que han llegado a su fin a causa del estrangulamiento de sus troncos afianzados y rectos por los parásitos colgantes que murieron junto con el árbol que mataron. En las ramas más altas se asolean zopilotes negros.

El tren se detiene constantemente —en Chinameca, Jáltipan, Ojapa, Almagres, Juile, Medias Aguas, Suchil— para recoger carga e indígenas, quienes no tardan en llenar el rechinante carro de segunda. En cada estación asaltan el tren muchachas vendedoras de alimentos, quienes, en voz melancólica, anuncian sus mercancías: trozos de gallina seca, huevos duros, enchiladas y frutas. Perros que parecen esqueletos vivientes vigilan las ventanas del tren en busca de cualquier migaja que pudiera caer al suelo y, abajo de los vagones, lanzan entre sí gruñidos. Hay personas agitadas que, a la carrera, van y vienen de los camiones que traen pasajeros y recogen a otros para transportarlos a las alejadas aldeas de la región. Hay mujeres que, sollozando, luchan por dejar a bordo de los vagones a sus parientes y, apresuradamente, ayudan a pasar a través de las ventanas las canastas y bolsas de papel, mientras el tren se pone en movimiento.

Nuevamente el tren avanza con lentitud a través de la selva, en la que se abren a ciertos intervalos claros creados en fecha reciente y donde se aprecian troncos de árboles talados, así como tocones humeantes; en estos claros pronto se sembrará maíz, aunque no con la ayuda de yuntas y arados, sino con primitivos palos para cavar. Al ser abandonadas, estas milpas se convierten en campos rasos donde quedan al descubierto montículos artificiales: tumbas prehispánicas que esconden todavía tesoros arqueológicos. El tren asusta a reses perdidas y parvadas de blancas garzotas. A lo largo de la vía, esperando su embarque, yacen montones de durmientes y trancos de caoba rojiza.

La primera parada larga se hace en el entronque de Jesús Carranza. El paraje se llamaba antes Santa Lucrecia y ha recibido el sobrenombre de "Santa Desgracia". Jesús Carranza es un pueblo pantanoso y olvidado que se dedica a la silvicultura, una avanzada remota y plagada por la malaria, que cuenta con un hotel y un café de chinos donde los viajeros hambrientos toman rápidamente un desayuno de café parduzco con leche y pasteles chinos.

El tren reanuda su chisporroteante viaje. Más selvas, chozas, montones de maderas y más estaciones: la que se llama, irónicamente, Paso de Buques, Palomares, Saravia y la pintoresca aldea de Mogoñé, donde primitivas mujeres mixes, que cargan sus canastas encima de la cabeza, se acercan para vender ricas piñas a un precio equivalente a cinco centavos de dólar cada una. A las mujeres mixes se les reconoce inmediatamente por su vestimenta: una toalla blanca sobre la cabeza, una falda enrollada de color bermejo y rayada verticalmente con blanco o amarillo y un corto huipil morado, con dos rayas amarillas o rojas, que alcanza un poco más abajo de senos asombrosamente puntiagudos. Por su afán de ser siempre independientes, los mixes no se han dejado dominar por otros indios, ni por españoles o mexicanos. Prefieren pasar la vida aislados, pero libres, en las brumosas cimas de sus montañas, para no tener que soportar el contacto con los extraños. Mogoñé es una prolongación reciente, surgida junto a la vía, de una de las aldeas más grandes de este grupo, Guichicovi, que representa la frontera entre el mundo mixe y la vida mexicana que lo rodea (*Véase páginas* 78 a 85).

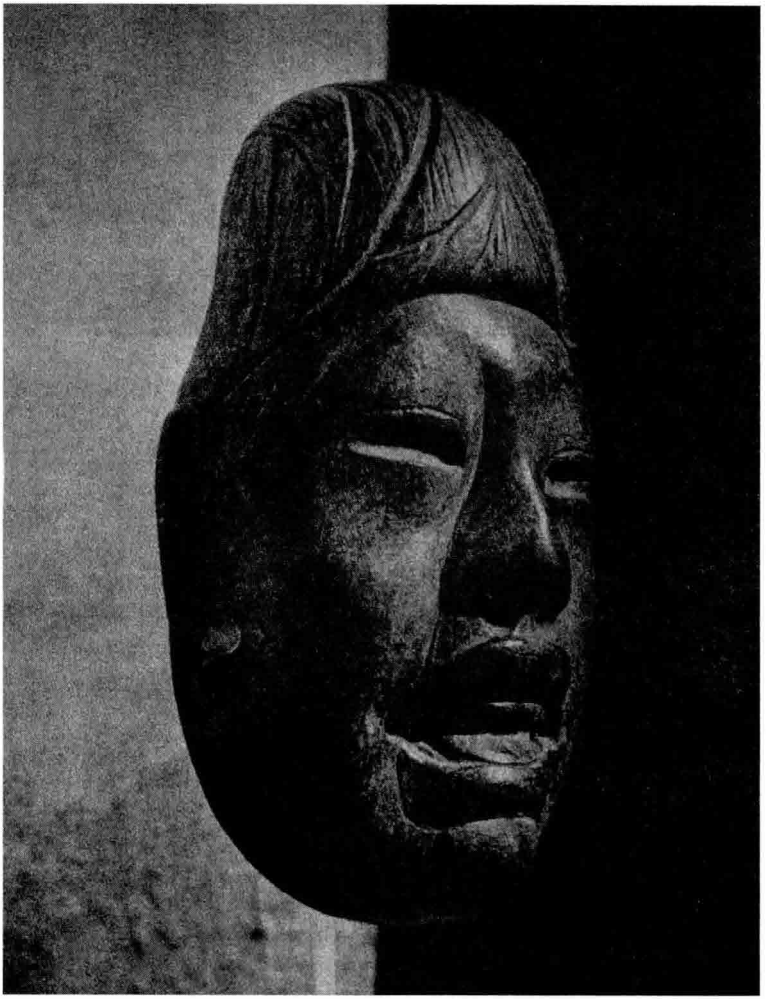
Seguidamente se llega a la importante población ferrocarrilera de Matías Romero, antiguamente Rincón Antonio, el punto de entrada al territorio de los zapotecas. Más allá de este punto hay un cambio repentino en el paisaje en el que la selva espesa de verde oscuro es sustituida por las áridas llanuras del Pacífico, cubiertas de matorral grisáceo y rojizo: *cereus cactus* y una maleza baja y espinosa, así como grupos de palmitos sobre cerros bajos y ondulados. El tren empieza a ascender serpentinamente por el modesto vestigio de la sierra, la línea divisoria entre las vertientes del Atlántico y del Pacífico; los carros rechinan y chillan, fenómeno que se hace acompañar de sacudidas que sacan a la gente de sus asientos. La siguiente parada es Chivela, un conjunto de chozas por donde uno puede internarse en los misteriosos e inexplorados montes de Chimalapa, que formaron parte del Marquesado de Cortés y que más tarde se integró a una gran hacienda, la que se ha fraccionado y repartido entre

los campesinos zapotecas y zoques, quienes son agricultores, ganaderos y leñadores.

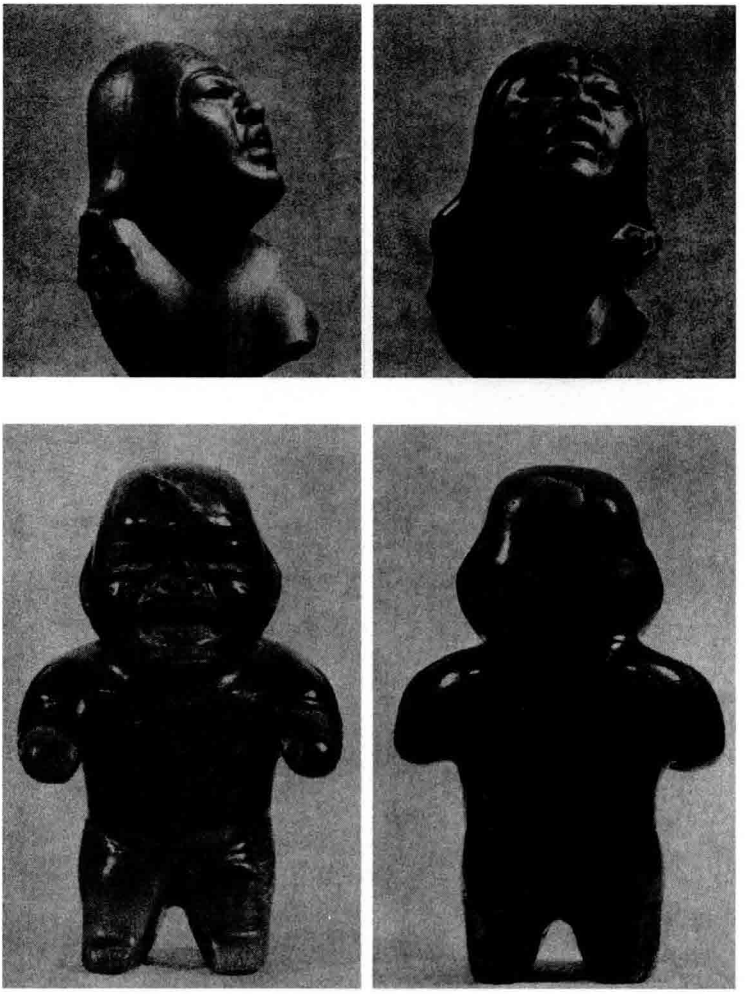
Cada una de las estaciones desde Chivela hasta las orillas del Pacífico y la terminal en Salina Cruz, más allá de Tehuantepec, se llena de agitadas tehuanas que compran y venden al subir a bordo de los vagones cargando canastas, bultos y ramilletes de tuberosas, a la vez que platican de manera vocinglera en la líquida lengua zapoteca. El tren no tarda en estar repleto de ellas. Su indumentaria de rojo brillante, amarillo limón y púrpura, sus joyas de oro y rebozos negos, hacen que de pronto los vagones parezcan convertirse en carros alegóricos de un desfile. Posteriormente se llega a Ixtepec, un entronque ferrocarrilero modernizado y a Comitancillo, una aldea con una escuela flamante donde se prepara a maestros de escuela para los campesinos. El tren sigue su camino a través de los matorrales y una tierra polvorienta y arenosa, pero empiezan a aparecer palmeras y campos de caña de azúcar. Arriba pasan volando parvadas de loros verdes, que chillan. En la estación de Tehuantepec, el tren se detiene en medio de un exuberante cocotal.

Transcurre mucho tiempo mientras se carga y descarga el tren, situación que aprovechan las tehuanas para vender muchas flores, cocos y langostinos. Atravesando el centro del pueblo, frente al mercado, el tren avanza. Cruza retumbando el largo punte de acero del Río Tehuantepec y tanto los ferrocarrileros como los pasajeros masculinos avezados estiran el cuello para atisbar a las desnudas bañistas tehuanas. Se para brevemente en la calle principal del barrio de Santa María, el suburbio de Tehuantepec, al otro lado del río. Una hora más tarde, el tren llega resoplando a la terminal, precisamente al comenzar la puesta del sol. Dunas de arenas, antenas de radio, tanques petroleros sobre las colinas, grúas, almacenes, dragas: el puerto de Salina Cruz a la orilla del Océano Pacífico.

En la estación de Tehuantepec, que está fuera del pueblo, en un cocotal, no hay camiones, ni taxis, ni muchachos ansiosos de cargar el equipaje del viajero. Es necesario caminar junto a las rechinantes carretas que dejan surcos en los caminos embarrados. Uno contrata al único cargador de Tehuantepec, el del-

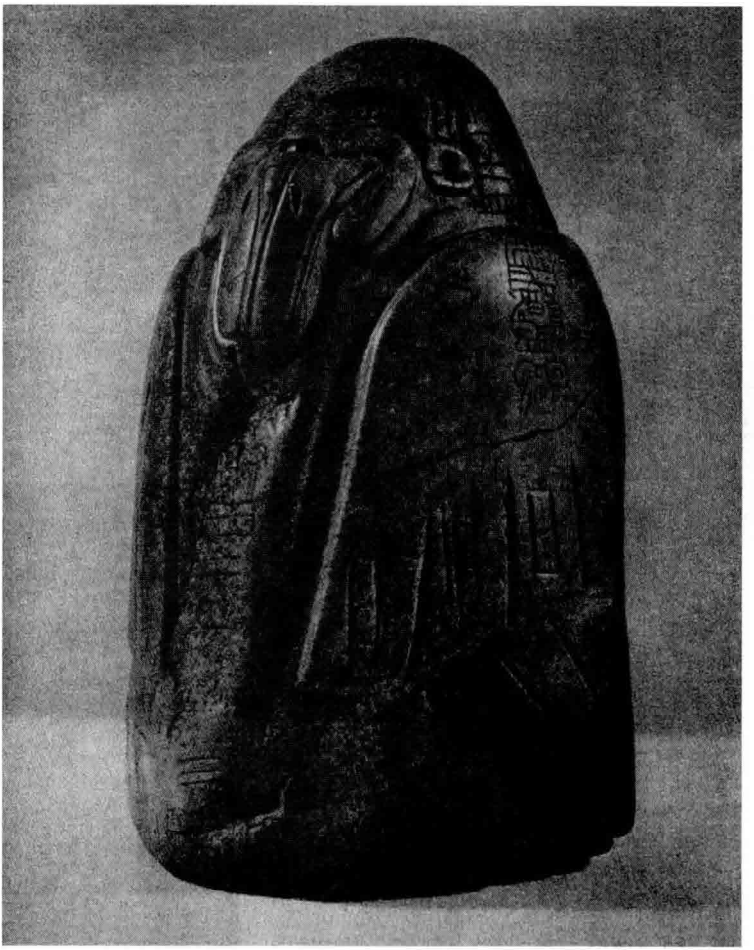


10. Máscara de serpentina color verde castaño, de 14cm de alto. Procede de Tuxtla, Chiapas. Colección M. Covarrubias.

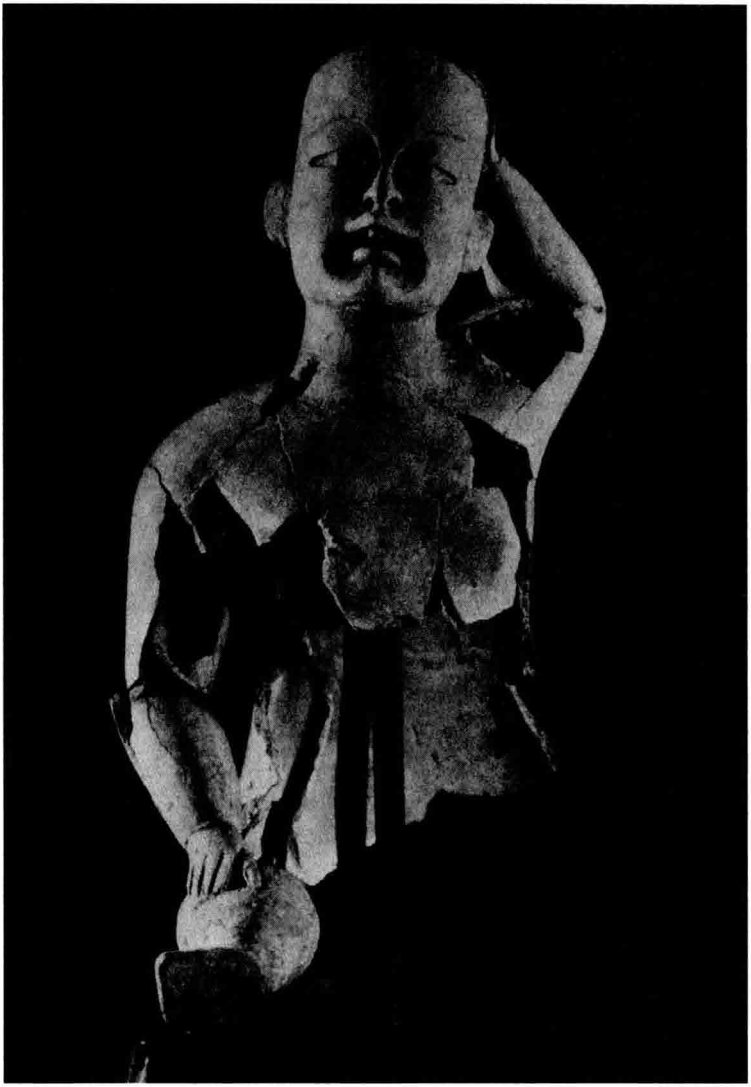


11. ARRIBA: fragmento de una estatuilla de jade verde azulino y de aproximadamente 5,60cm de alto. Procedencia desconocida. Colección particular. ABAJO: estatuilla de un enano llorando; jade verde azulado. Mide alrededor de 11,30cm de alto. Fue encontrado por el Doctor Stirling, junto con la batea que aparece en la lámina 8 y con otros 780 objetos de jade en una ofrenda en el Cerro de las Mesas, Veracruz. Museo Nacional de Antropología de México. (*Foto: Limón*).

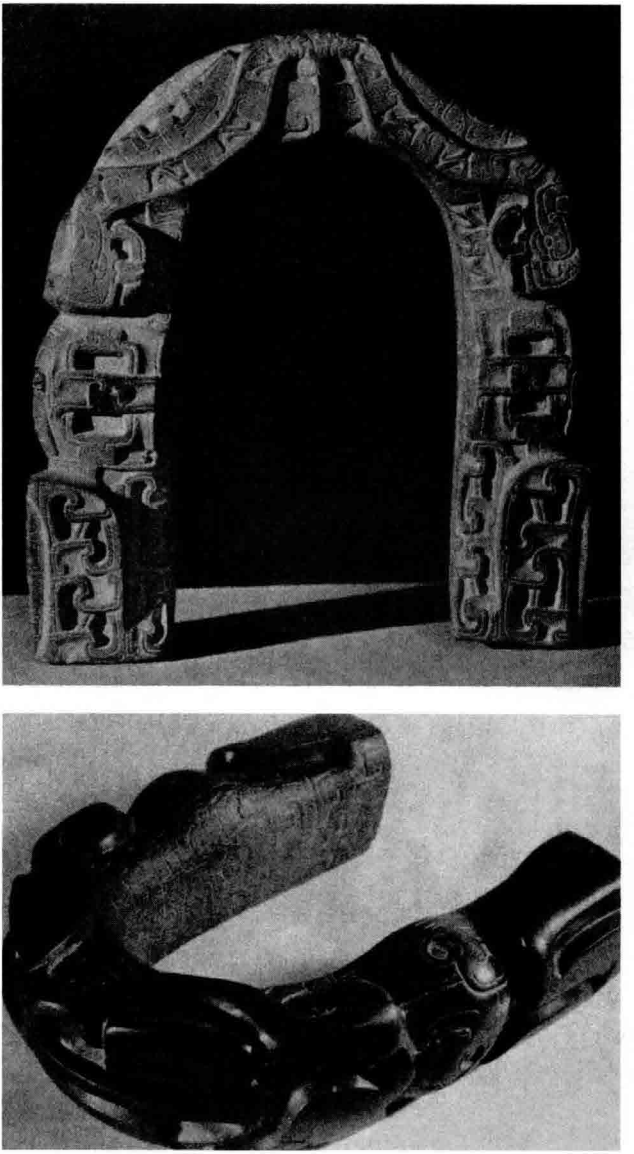
12. ARRIBA: estatuilla del hombre barbado; jade verde azulino, 20,60cm de alto. Procedencia desconocida. Colección Dumbarton Oaks, Washington. (*Foto: Eliot Elisofon, por cortesía del Museo de Arte Moderno Nueva York*). ABAJO: infante enano al que le falta la barbilla. Serpentina negra, 16,80cm de alto. Distrito de Iguala, Guerrero. Colección M. Covarrubias.



13. La famosa Estatuilla de Tuxtla, de piedra nefrítica, y que mide 18,20cm de alto. Museo Nacional de Estados Unidos, Washington (*Foto de Elisofon, cortesía del Museo de Arte Moderno*).

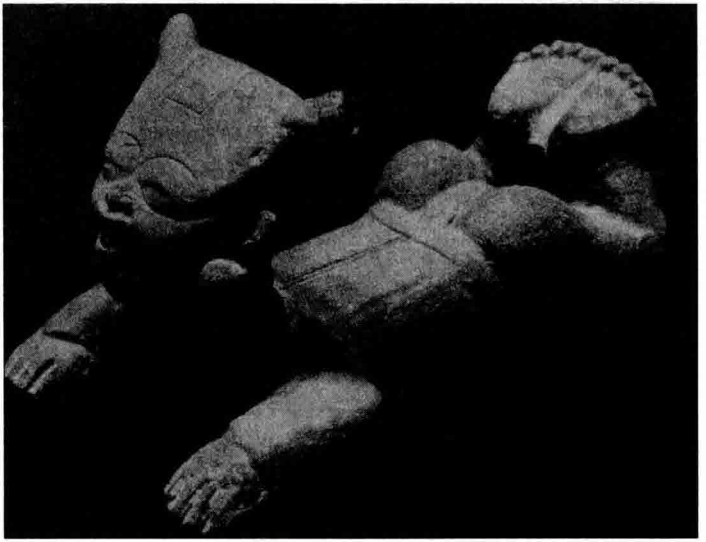


14. Estatuilla de arcilla, de 28 cm de alto, hallada en una tumba "Arcaica". Gualupita, Morelos. Museo Americano de Historia Natural. (*Foto obsequiada por el Museo*).

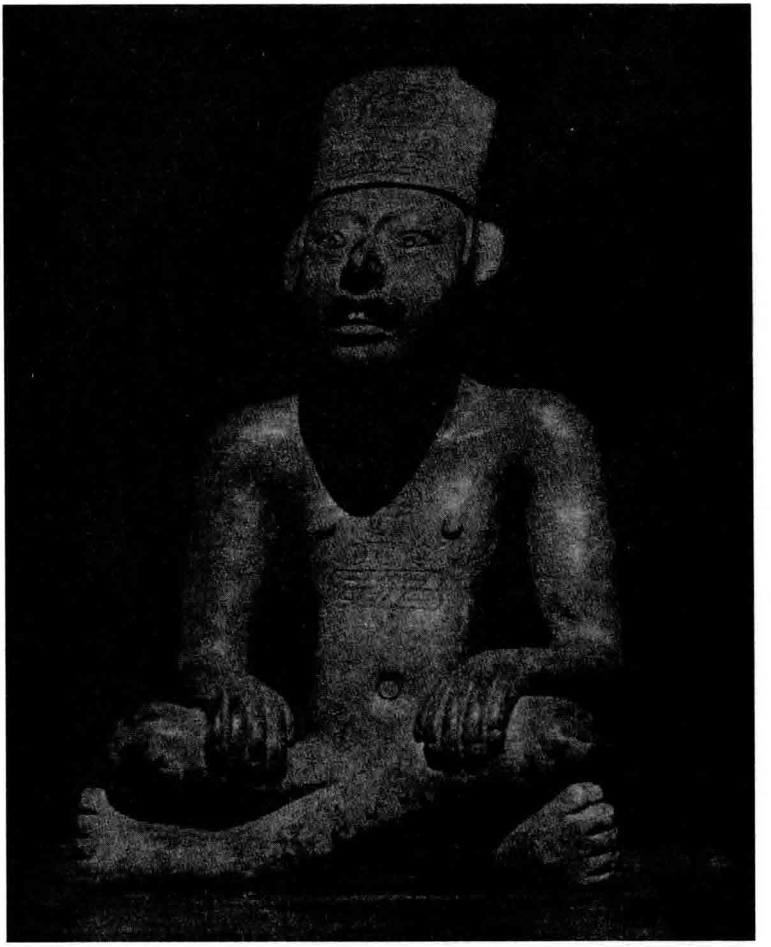


15. Dos yugos de piedra muy trabajados procedentes de Veracruz. ARRIBA: Museo Americano de Historia Natural. (*Foto obsequiada por el museo*) ABAJO: Museo Nacional de Antropología de México. (*Foto: limon*).

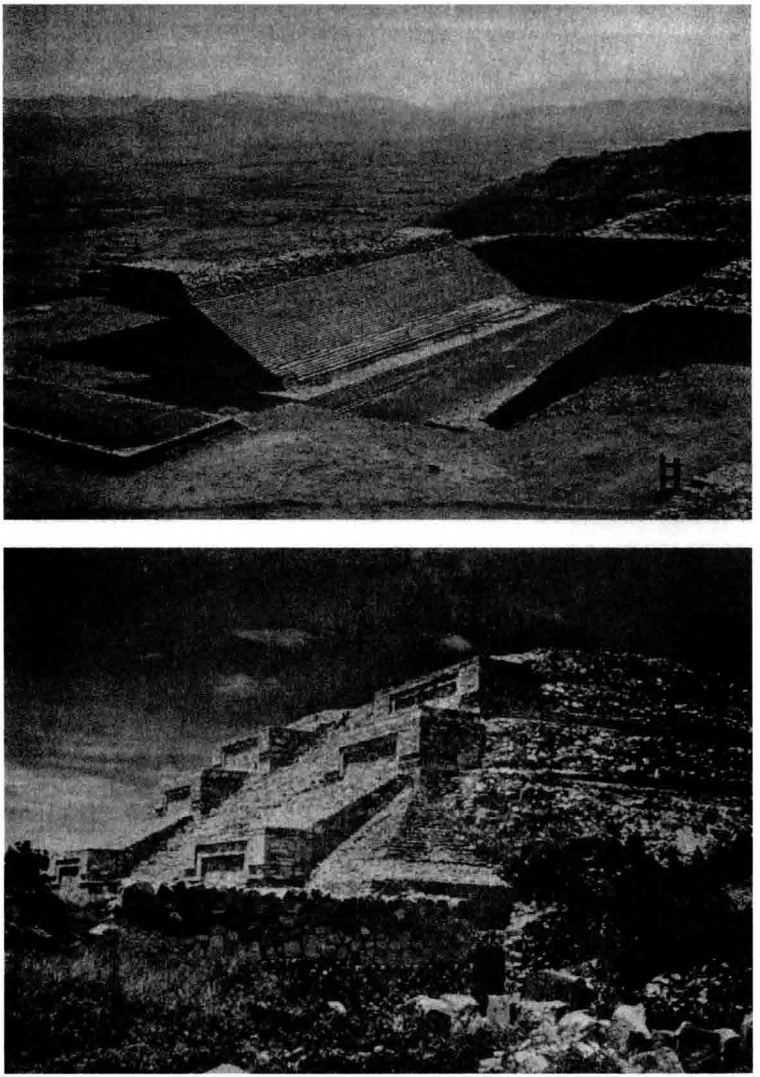
16. ARRIBA: Mango de hacha tallado en piedra procedente de San Andrés, Tuxtla, de 30,80cm de alto. Representa el perfil de un hombre joven que lleva puesto un yelmo en forma de pez. Colección M. Covarrubias. ABAJO: piedra labrada en forma de remo y que representa dos manos de cuatro



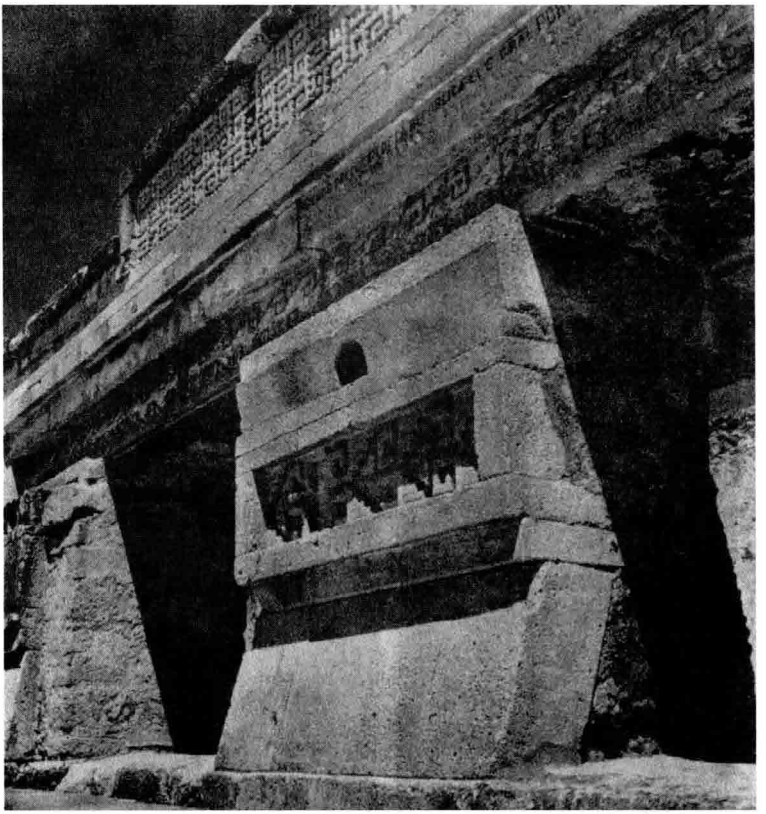
17. ARRIBA: "Cabeza sonriente" de terracota procedente de Mixtequilla, Veracruz, de 16,80cm de alto. Colección M. Covarrubias. ABAJO: Silbato de terracota que representa a un niño en postura de gateo. Veracruz. Museo Americano de Historia Natural. (*Foto obsequiada por el Museo*).



18. Estatuilla sedente de arcilla pulida, 37,80cm de alto. Procedente de Cuilapan, Oaxaca. Museo de Oaxaca.



19. Las ruinas de Monte Albán, Oaxaca. ARRIBA: La cancha de pelota. ABAJO: estructura básica de Templo "M".



20. Portal de entrada a Mitla, Oaxaca. (*Foto: Evelvn Hofer*).

21. ARRIBA A LA IZQUIERDA: brasero de arcilla del período más antiguo de Oaxaca (Monte Albán I), en el más puro estilo de La Venta de 18,50 cm de alto. Colección de M. Covarrubias. ARRIBA A LA DERECHA: Detalle de una urna de arcilla de Monte Albán, período II, 22cm de alto. Colección de M. Covarrubias. ABAJO: estatuilla y una urna de arcilla de gran tamaño encontradas en tumbas del segundo período de Monte Albán, 64,40cm y 89,60cm respectivamente. Museo Nacional de Antropología de México

22. ARRIBA: detalle de una urna de arcilla Monte Albán período III, 33,60cm de alto. Colección M. Covarrubias. ABAJO, A LA DERECHA: urna de arcilla negra con rastros de pintura de Monte Albán III. ABAJO, A LA IZQUIERDA: urna de barro gris pintada de rojo con cinabrio y con ojos hechos de incrustaciones de madre perla tallada en la tumba 109, Monte Albán,

23. ARRIBA: Tapa de un brasero de arcilla que representa a Xipe, "El Despellejado", dios de la primavera. Cuarta época de Monte Albán. 39,20cm de alto. Museo Nacional de Antropología de México. ABAJO: Pendiente de oro en forma de máscara del dios del fuego fue fundido mediante un molde de cera, probablemente a finales del siglo XV, durante

gado pero fuerte Pedrito, quien, con sus piernas cortas y firmes, ha venido recibiendo el tren durante más de una década para llevar los enormes baúles llenos de muestras de los viajantes, carga que amarra a una tira de cuero que sostiene con su frente, hasta el melancólico Hotel La Perla.

El hotel había sido mucho más próspero antes de que Ixtepec y Juchitán atrajeran todo el comercio de Tehuantepec. Actualmente, el gerente del hotel pasa el día sentado dentro del "vestíbulo" sin tener más en qué ocuparse que desempolvar las botellas y latas vacías que hay sobre el mostrador y las mesas de billares, las cuales no se han usado en años. Tehuantepec tiene calles empedradas cubiertas de una capa de arena ardiente llevada ahí por el viento desde el río; banquetas de tabique y mosaicos desgastados; casas pintadas de colores rosa y azul, con gruesas barras de hierro forjado y cuyas habitaciones no parecen estar en uso, ya que no cuentan con más muebles que hamacas, retratos de familiares, hileras de sillas y máquinas de coser. En el centro del pueblo hay un zócalo enorme y mal cuidado que ha sido testigo de seiscientos años de historia. El eje de esta plaza ostenta un quiosco, sin utilidad aparente, de dos pisos, desde el cual se proyectan aceras de tabique y diminutos guijarros entre jardines con escasas flores y unos cuantos árboles raquíticos. El inevitable busto del Padre Hidalga, como los que se encuentran en todos los pueblos de México, preside la plaza desde donde contempla el Palacio Municipal, edificio amplio de dos pisos que se construyó en un estilo provinciano neoclásico, con arcos elevados y un reloj pretencioso que un día se descompuso con sus manecillas indicando las 6:20 horas. El Palacio Municipal alberga las oficinas del alcalde, el Honorable Ayuntamiento, las autoridades fiscales y hacendarias, los tribunales locales y un cuerpo policíaco siniestro.

En torno a la plaza se yerguen las casonas de la élite de antaño: construcciones de azulejos largas y bajas, acabadas con pórticos de columnas gruesas hechas para resistir los terremotos. Destacan entre ellas el "chalet" de la célebre doña Juana C. Romero, mujer de origen campesino que se hizo fabulosamente

rica y que, actualmente —a un cuarto de siglo de su fallecimiento—, sigue siendo la santa patrona de Tehuantepec. La suya es la única casa de dos pisos, del estilo que se usa en la Ciudad de México, que existe en el pueblo. La vía del ferrocarril pasa enfrente, supuestamente por orden de su amigo intimo don Porfirio Díaz. La mayor parte de estas ruinas del feudalismo se han convertido en locales de expendios bien surtidos pertenecientes a los comerciantes sirios que venden telas artificiales, telas estampadas, listones y encajes a las tehuanas, a quienes les gusta regatear y vestirse bien. Otras instituciones ubicadas en torno a la plaza son los billares y las cervecerías; "El Polo Norte", que vende cerveza, refrescos y paletas; la tienda de don Basilio, el boticario y banquero, cuyo surtido de mercancía incluye todo lo imaginable; el correo y la oficina de telégrafos, donde un ejército de operadores trabaja día y noche enviando sin cesar una cantidad enorme de mensajes fuera de toda proporción con la actividad del pueblo.

Uno de los valores más notables con que cuenta Tehuantepec son sus mujeres. Su indumentaria, belleza y atractivo tropical, se han vuelto legendarios entre los mexicanos de la misma manera que las muchachas de los mares del sur inspiran la imaginación de los norteamericanos. Estas son las mujeres que, entre las edades de diez y ochenta años, reinan en el mercado, la institución de mayor importancia en esta sociedad matriarcal. El mercado está situado a un lado de la plaza; consiste en un techo enorme hecho de vigas toscas y tejas musgosas, todo lo cual descansa sobre columnas viejas y gruesas, pintadas éstas mitad marrón y mitad canela, mientras que el maderamen del interior del techo es de pálido color rosa. El aspecto del lugar se ha desmejorado bastante, si bien se logró perfeccionar su funcionamiento recientemente al hacer adiciones de tabique y concreto. Con estos colores pasteles como su trasfondo, las mujeres de Tehuantepec se reúnen por las mañanas y por las tardes para hacer lo que más les gusta: vender, comprar, chismear, lucir sus vestidos resplandecientes, ver a las demás y dejarse ver.

Todavía no amanece cuando las primeras llegan a preparar sus puestos en el mercado: las vendedoras de chocolate y

café y las que ofrecen pan, tamales y quesos para el desayuno. Sólo entonces puede verse hombres en el mercado, madrugadores que van en camino a su trabajo. El amanecer saluda a las vendedoras, quienes vienen llegando de todos los rumbos cargando todo sobre la cabeza: mujeres del pueblo vecino de San Blas que balancean grandes montones de totopos, cada uno de los cuales va envuelto en un paño blanco con rayas de azul o rojo; mujeres de las huertas con grandes canastas arregladas para contener más del doble de su capacidad normal de frutas y flores, mediante una extensión hecha de hojas de plátano colocadas sobre palos de bambú y muchachas con canastas llenas de cocos, con panes de azúcar morena, cantidades de alfarería o, bien, una mesa y una silla para un puesto de refrescos. Un tema predilecto de los poetas zapotecas son los elogios —muy justificados— al garbo de sus mujeres cuando caminan así cargadas. Se deslizan majestuosamente con un ritmo y una serenidad casi indescriptibles, inmóviles de la cintura para arriba, al tiempo que sus plegadas y amplias faldas ondean y oscilan a causa de la soltura de sus pasos.

Ponen sus puestos en sitios determinados por la tradición; colocan sus artículos sobre el suelo mientras los compradores vienen y se van; charlan, regatean y se llaman la atención entre ellas sonando las manos espontáneamente. Conforme avanza la mañana aumenta el murmullo en el mercado, aunque disminuye el volumen hacia el medio día, cuando todas se van a casa para comer.

Al atardecer regresan para realizar las ventas vespertinas, que incluyen pan dulce, tamales, queso y otros alimentos para la cena.

La vía del tren, que se usa como paseo público, atraviesa el pueblo y entra al gran puente de acero que se extiende sobre las playas arenosas y el agua castaña del Río Tehuantepec; el angosto andén de tablones flojos suena contra el metal bajo las pisadas constantes de los peatones. En el agua poco profunda, mujeres semidesnudas se bañan y lavan ropa, a la vez que niños chapotean y, en las barras de arena, aguadores cavan estanques cuadrados para filtrar el agua de río que venden en el pueblo

al precio de diez centavos por cuatro botes gasolineros de diez galones que transportan en cada burro. Tales aguadores son también zapotecas; pero son originarios del lejano Valle de Oaxaca —por lo que se les llama vallistas— y hablan un dialecto diferente al de los tehuanos. Estos tratan a los vallistas con cierta lástima y menosprecio, porque no son tan pulcros y aseados como los tehuanos y porque viven miserablemente, en chozas destartaladas a las orillas del río.

En Tehuantepec se lleva una vida rica en ceremonias que, si bien tienen cierta relación con santos e iglesias, no son realmente católicas, ya que santos e iglesias sólo representan pretextos para celebrar fiestas largas y muy elaboradas, en las que se siguen practicando rituales prehispánicos. Tehuantepec fue en una época sede de la diócesis, la cual se cambió a San Andrés Tuxtla. Cerca de la plaza se yerguen aún las ruinas de un gran convento del siglo XVI que construyó el rey zapoteco Cosijopi para los frailes dominicanos. Actualmente, sólo se usa una parte de este edificio. Alberga la cárcel municipal y una capilla donde se celebran bodas. Esta capilla, a la que se llama pomposamente "la catedral", se reconstruyó con concreto en la última década del siglo XIX a instancias de doña Juana Romero. Sin embargo, existen muchas iglesias pequeñas y rechonchas, una dentro de cada uno de los doce barrios que integran el pueblo de Tehuantepec.[1] Cada una de estas iglesias es propiedad

[1] Aunque los tehuanos aseguran que son quince los barrios, una comprobación cuidadosa revela que sólo hay doce, ya que San Blas Atempan (en lengua náhuatl: "junto al agua") se separó de Tehuantepec debido a diferencias políticas y Porfirio Díaz le concedió su autonomía, por lo que se convirtió en un municipio independiente con gobierno propio (día festivo: el 24 de julio). San Pedro Siwi (días festivos del 28 al 29 de junio) es un barrio de San Blas. Otros barrios antiguos ya desaparecieron: "Oreja del Jaguar' (*Diaga-be'ze*), Santa Rosa y Exquipulas. La iglesia en ruinas que se halla en este último alberga en la actualidad una mercería cuyo propietario es un comerciante sirio. Muchas personas consideran todavía al "centro" del pueblo, o sea, a los terrenos en torno al convento de Santo Domingo, como uno de los barrios antiguos y el 4 de agosto se celebra una fiesta en la que participan los habitantes de los barrios circunvecinos.

Los barrios actuales son (Véase mapa, pág. 199):

Bisana (San Pedro), que celebra su fiesta los días 28 y 29 de junio.

Gizibere (San Juan), cuyos días festivos son 24 y 25 de junio y el 29 de agosto.

San Gerónimo (Binisu'), con días festivos el 29 y 30 de septiembre, con

de los habitantes del barrio correspondiente y rara vez se ve en ellas un sacerdote católico. Pero es ahí donde la gente de los barrios celebra festejos una vez al año, en el día dedicado al santo patrón del barrio del que se trate. El sistema de los barrios posiblemente sea una combinación de la antigua organización tribeña de los habitantes originales y de las modificaciones hechas por los españoles para conservar las fiestas religiosas. Ya en 1674, Francisco de Burgoa[2] relató en sus escritos que existían en Tehuantepec 18 barrios, por el lado norte del río, con aproximadamente mil familias. Algunos barrios tienen nombres distorsionados en zapoteca, mientras que otros llevan sólo el nombre de su santo patrón. Otros más, como Totonilco, Jalisco y San Blas Atempan, cuentan con nombres náhuatl, los cuales indican la existencia de colonias aztecas.

El nombre Tehuantepec es una palabra náhuatl que significa "Cerro del Jaguar", que en zapoteca es *Dá:ni gie' be'zè*, "Cerro del Jaguar de Piedra",[3] denominación que se da al cerro prin-

---

la cooperación de San Jacinto; pocas personas residen en él, pero tiene una iglesia importante. Su fiesta, celebrada el 16 de agosto, se hace posible gracias a la cooperación de los vecinos de San Gerónimo. Estos explican que el barrio es pequeño porque el santo regaló la mayor parte de su territorio a San Gerónimo, así como a otros santos.

San Sebastián (Rada: ni), con días festivos el 20 de enero y el 18 de octubre.

El Cerrito (Rada: ni-wi'ni), con su fiesta el 24 de junio.

Jalisco tiene los siguientes santos patrones: el "Señor de Jalisco" y la Virgen del Rosario. Varía la fecha de la fiesta, dentro del mes de octubre.

Santa María Reu (Llamada también Reuloteca o Yoloteca), el barrio más importante del otro lado del río, celebra su fiesta el día 15 de agosto. Los pobladores del barrio afirman ser descendientes directos de la aristocracia zapoteca de Zaachila.

Totoilco o San Juanico (Ceda: ni, "Detrás del Cerro", en zapoteca) festeja el 24 de junio.

Lie:za (San Pedro), cuyas fiestas se celebran el 28 de junio y el 8 de diciembre.

Santa Cruz (Tula:ba), que celebra su fiesta el Día de la Santa Cruz, o sea, el 3 de mayo; también el 18 de agosto.

El hecho de que los nombres son de origen náhuatl (Atempan, Totonilco, Jalisco, etc.), parece indicar que en Tehuantepec existieron entre los zapotecas colonias mexicanas, hecho que se basa en una queja registrada en el siglo XVI contra el maltrato recibido por los indios aztecas del rey de los zapotecas, "sólo por ser mexicanos".

[2] Burgoa: *Geográfica descripción*. capítulo lxxxiv.

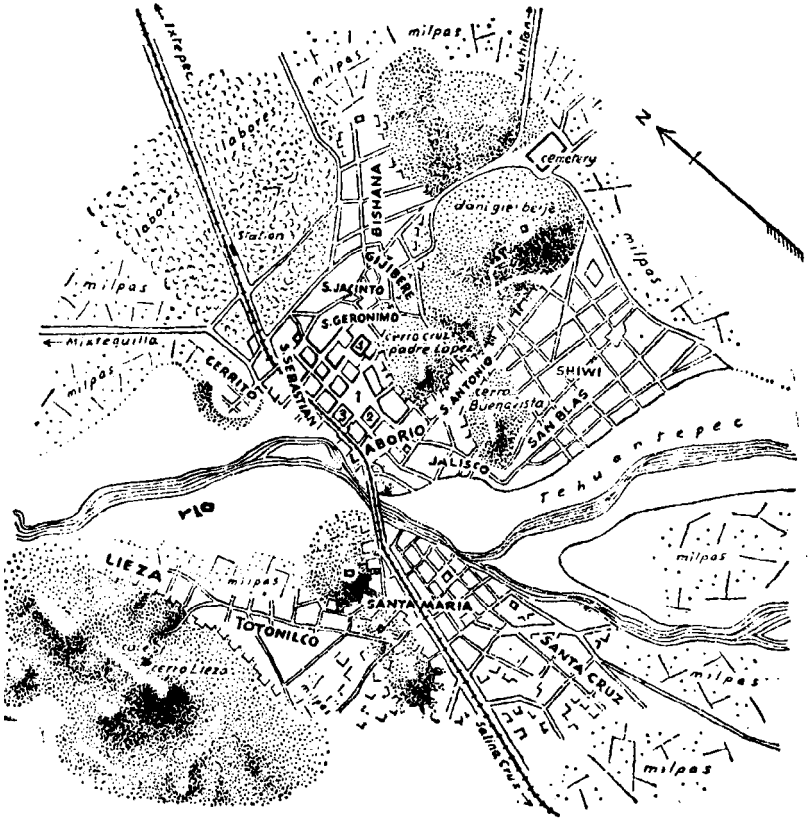
[3] Tehuantepec significa "Cerro del Jaguar" en náhuatl, que tiene su equivalente zapoteca en el nombre de este cerro (dá:ni gie be'ze), prueba de que no solamente hubo influencia del náhuatl, sino también del culto predominante

cipal en torno al cual se levanta el pueblo de Tehuantepec. Es indudable que en épocas pasadas el lugar se usaba como santuario para rendir culto al jaguar. Se llega al cerro por una vereda escabrosa que pasa por un matorral áspero, espinoso y agresivo. Arriba hay una pequeña capilla blanca que probablemente ocupa el punto donde antes existía un templo del jaguar. En el interior sólo se encuentra una cruz sencilla y los pétalos secos de las flores empleadas en la ofrenda más reciente; no se aprecia nada que recuerde a los misteriosos jaguares, salvo los canalones de barro —hechos localmente— que terminan en toscas cabezas de jaguar. En una cueva por el otro costado del cerro hay una pintura primitiva de un jaguar sobre una roca. En Tehuantepec aún se recuerda bien la leyenda del cerro: "El cerro estaba infestado de jaguares, de una variedad sumamente sanguinaria, que mataban y aterrorizaban a los habitantes, motivo por el que éstos recurrieron a un célebre brujo huave para que exorcizara a los jaguares. Con ese fin el hechicero hizo que emergiera del mar una gigantesca caguama y que se arrastrara lentamente hacia el cerro. El monstruo llegó a la base de éste precisamente en el momento en que los jaguares descendían en doble fila, y éstos, al ver a la tortuga, se paralizaron de miedo y fueron convertidos en piedra. Sin embargo, los zapotecas se sintieron igualmente aterrorizados por su libertador e imploraron al brujo huave que acabara también con la caguama, lo que el hombre hizo seguidamente al convertirla en una roca inmensa al pie del cerro".[4] Los tehuanos que conocen la leyenda pueden aún ver los vestigios de los animales en las grandes rocas del pie y de la cumbre de la colina.

---

al jaguar de los zapotecas. Un rito propio de los barrios antiguos al pie de Cerro del Jaguar —Gizibere, Bisana y el desaparecido Diaga-be'ze— fue la participación en las fiestas de un jaguar disecado con una corona de flores, el que se llevaba sobre los hombros de un hombre quien también portaba una corona de flores. Con su jaguar, bailaba al son de una flauta y un tambor; le acompañaban ancianas que cargaban ramas de bambú. Este ritual se llevaba a cabo frente al gran árbol guanacastle, en Palo Grande y en las iglesias del barrio. Vimos esta danza por última vez en 1927; ya no se realiza, debido a que las ratas se comieron el jaguar disecado.

[4] Starr, 1908.



Mapa de la ciudad de Tehuantepec.

Por un lado del santuario se proyecta al aire una amplia piedra plana que sirve de campana, ya que cuando es percutida con otra piedra se oye a gran distancia.

La vista desde la cumbre del cerro es impresionante y permite que uno comprenda el valor místico y práctico que tuviera para los antiguos zapotecas. Domina las inmediaciones de Tehuantepec el río que serpentea por el paisaje; las playas am-

plias y arenosas que cruza el negro puente ferroviario; el zócalo y su quiosco; las iglesitas de los barrios, resplandescientes bajo el sol, cada una de las cuales es el centro de calles irregulares y torcidas, y, las casas tejadas esparcidas en ambos lados del río. Los diferentes barrios nos fueron señalados (*Véase mapa*), como lo fueron también los cerros de Santa María, Cueva (en Lieza), Cruz Padre López, Buenavista, Bishana y, más allá, en la luz transparente de la mañana, los campos tapizados con exquisistez de milpas y cocotales que lindan con cerros verdes interminables y montañas aterciopeladas. Al este está la perenne rival de Tehuantepec: Juchitán; hacia el norte Ixtepec; y al sur se encuentra Huilotepec, pueblo que se levanta al pie de un cerro muy cerca de las playas del Pacífico. Los brillantes horizontes de luz que se extienden más allá son las lagunas del Golfo de Tehuantepec, donde Cortés construyó sus barcos y se hizo a la vela para descubrir las Californias. Hoy en día se encuentran esas playas desoladas y castigadas por el sol. Las aldeas miserables de los pescadores huaves —San Mateo, Santa María, San Dionisio y San Francisco del Mar— se componen de chozas de hojas de palma sobre franjas angostas de arena; esto es todo lo que le quedó al huave cuando, hace ya muchos siglos, fue desplazado de las tierras fértiles a causa de la avalancha zapoteca (*Véase págs.* 87 a 96, *Los Huaves*).

El punto de entrada tanto al Istmo como al estado de Chiapas, es San Jerónimo Ixtepec, entronque ferroviario, aeropuerto, base militar y emporio comercial de la zona. El pueblo original, San Jerónimo, está situalo aproximadamente a kilómetro y medio más allá de la estación del tren y se parece mucho a los demás pueblitos de la región: un zocalito, su iglesia y cárcel, su palacio municipal a medio terminar y las estatuas inevitables de los héroes de la Independencia.

El Ixtepec moderno, en cambio, no se parece a ninguna otra población del Istmo: hay dos calles a ángulos rectos, en T; una pasa junto a la ajetreada estación y cuenta con bancas para contemplar el desplazamiento de los trenes, así como acacias, tétricos hoteles y cantinas, un correo y una fábrica de hielo abandonada; la otra, que es la calle principal, tiene un hotel

muy bueno, un cine, varios billares y muchas lencerías bien surtidas en las que despachan sirios y libaneses con ojos de lince. Durante largos años, uno de los habitantes de mayor jerarquía fue un patizambo boticario japonés quien, a decir de la gente, era a la vez millonario y espía.

El indiferente y asoleado pueblo de Ixtepec cobra vida sólo temprano por la mañana, por la tarde y a la medianoche, a la llegada del tren, cuando durante media hora la calle principal cruje con el sonido de faldas largas y pies descalzos. Al anochecer, sin embargo, se abren puertas y salen a la calle muchachas vestidas de organdí y hombres de blanco, todos recién bañados. Los huéspedes del hotel disfrutan la frescura de la noche junto con el dueño del hotel, su familia y los oficiales de la zona militar, sentados en sillones de mimbre colocados sobre la banqueta. Frente a la vía se han puesto mesitas con alimentos, donde muchachas animadas venden café y antojitos mexicanos. Durante toda la noche llegan y se van trenes de carga y hay una efervescencia melancólica alrededor de las mesitas. Cada muchacha tiene su clientela: muchachos y ferrocarrileros quienes bromean con ella o, bien, se agrupan, en actitud de aburrimiento silencioso, cerca del radio de una vendedora de sopas para escuchar las noticias por onda corta, dos días antes de llegar los periódicos con las notas correspondientes. La gente de la calle de la estación se va a acostar al amanecer, aproximadamente, después de la llegada del tren de Veracruz. Debería entrar a las dos de la madrugada; pero generalmente llega de cuatro a cinco horas más tarde, cerca de la hora en que la gente de la calle principal empieza a despertarse.

El camión que va a Juchitán parte de Ixtepec cada hora. Consiste en una carrocería, alarmantemente desvencijada, construida de madera y hojalata, sobre el chasís de un viejo camión de carga; queda lleno una media hora antes de la salida con ruidosas vendedoras de todas las edades, que acuden desde temprano para asegurarse un lugar y tienen que animar la larga espera con bromas contadas en la musical lengua zapoteca, con gestos excitados de las manos y con fuertes estallidos de risa. Ellas estorban el paso con sus mercancías: alfarería, bultos de

gallinas jadeantes, canastas llenas de camarones secos y queso que se hace migas, ramilletes de flores y bebés chillones. El camionero es un zapoteca silencioso y hastiado que viste overol y gorra con manchas de aceite; su conducta es tan impersonal como una parte de la máquina. El chofer demuestra tener la habilidad e inteligencia necesarias para sacar el máximo rendimiento de su destartalado camión y decrépito motor, pues, con una maña asombrosa, economiza el consumo de gasolina y, en la noche, conduce sin prender sus luces para conservar la poca energía eléctrica que queda en su desgastado acumulador. Se lanza como relámpago sobre las brechas corrugadas y los polvorientos lechos de los ríos, sin importarle los baches, las piedras ni los pacientes pasajeros, quienes se golpean unos contra otros al tiempo que, en forma ensordecedora, suenan los tablones y la hojalata. Rara vez se hacen estos recorridos sin algún incidente: o revienta un neumático o se acaba la gasolina. Los pasajeros no son capaces de quejarse nunca, fuera de hacer chistes bien intencionados a costa del camionero y su ayudante, quienes arreglan la descompostura sin aturdirse. Una vez, al quemarse un fusible, el chofer simplemente tomó de su cajetilla de cigarrillos el papel metálico y lo metió en el tubo del fusible inutilizado. Con ello, los pasajeros le aplaudieron y el camión siguió ruidosamente por el camino.

Ese camino, no muy claramente marcado, atraviesa un campo reseco y se mantiene casi siempre paralelo al Río Los Perros; se pasa cerca de un matorral bajo y, acá y acullá, surgen árboles altos, ceibas, que son una variedad de la higuera; sus marañas de raíces retorcidas dejan la impresión de que la madera castaña de sus troncos se derritió por efecto del calor feroz y se derramó sobre el suelo.

A la mitad del camino a Juchitán, se empieza a ver algunas casas, unas de tabique, otras con muros hechos de palos entretejidos y embadurnados con barro gris-rosado, con techos de tejas y con corrales asoleados bardeados por estacas. Sobre la pista del camino hay niños desnudos y vacas necias, puercos agresivos cubiertos de costras de lodo seco y gallinas asustadas; apenas se escapan de las ruedas del veloz camión. Frente

a las casas hay alfarería gris, la que se ha colocado en hileras para que se seque al sol. Al hornearse, estas piezas se convertirán en una loza rosa y dura que suena como campana. Estas son las viviendas que habitan los alfareros que residen en las afueras de Ixtaltepec (*Gia'ti* en zapoteca), una población muy extendida de unos 8 000 habitantes. Ixtaltepec tiene un zocalito compacto dotado con las ineludibles bancas de cemento, los arbustos en flor, el llamativo quisco, así como la estatua de una mujer desnuda —de barro plateado y de creación local— que difícilmente podría satisfacer los requisitos de censura del servicio postal de los Estados Unidos. Como en todos los pueblos viejos del Istmo, la plaza de Ixtaltepec tiene en torno suyo el ayuntamiento y la cárcel, el mercado y una iglesia en ruinas, la fachada de la cual se ha remozado parcialmente con una mano de cal.

Un poco más allá, por el camino, está el pueblo de Espinal, parecido a Ixtaltepec en todos sus aspectos, excepto que las casas de sus afueras son más conservadoras y antiguas en estilo, ya que los techos son de paja y no tienen pórticos (véase pág. 331), a la manera pura de los indios. No es fácil entender por qué este tipo de casa, tan poco usual hasta en los pueblos zapotecas antiguos, persiste todavía dentro de una aldea como Espinal, donde la sangre europea, un rezago de la ocupación francesa, aparenta predominar sobre los indígenas. La mayor parte de los espinaleños son rubios de ojos azules y de la complexión delicada de europeos, aunque conservan la tradición india y su lengua materna es el zapoteco.

Después de Espinal, al salir de algunas vueltas en el camino, el camión entra en Juchitán por una carretera en cuyos bordes hay casas idénticas a las de Ixtaltepec y Espinal. Desemboca el camino en un zócalo enorme al que dan sombra muchos árboles lambimbos; destacan algunas bancas de cemento que llevan los nombres de sus donadores: organizaciones cívicas del pueblo y comerciantes sirios, como Abrahim y Musalem. Preside la plaza un busto de barro (hecho por el mismo que creó la mujer desnuda de Ixtaltepec) que representa al héroe máximo de México: Benito Juárez —liberal, anticlerical y puro

zapoteca— quien se yergue sobre un pedestal engalonado con un laurel y los dos cañones que los juchitecos capturaron de los ejércitos franceses de Maximiliano en 1866. Antes el busto estaba pintado con los tonos reales de la piel humana; pero para las fiestas de Juchitán de 1941, la efigie de Benito Juárez estaba resplandeciente con una capa de pintura dorada, recién aplicada a nuestra llegada.

Un palacio municipal neoclásico típico da a la plaza; toda su planta baja consta de un pasadizo abovedado que alberga el mercado, el cual está atiborrado de tecas (mujeres de Juchitán), refresqueras coquetonas que machacan piña, papaya y guanábana para preparar aguas frescas, o que escarchan el hielo para los raspados que sirven con un jarabe de brillante color magenta. Otras mujeres venden bien arreglados ramilletes de flores o guirnaldas de franchipán para los santos o para los muertos, cadenitas doradas, pendientes y monedas de plata bañadas en oro para sustituir a las de oro macizo de veinte dólares norteamericanos que se usaban en los días mejores de antaño. Hay vendedoras de pan, de grandes totopos, de tamales, de iguanas vivas y cocidas, de cocos y frutas, de dulces, hierbas medicinales, canastas, hamacas y *xicalpextles* (calabazas enlacadas y pintadas). Hay comerciantes en camarones y pescado seco, así como muchas exposiciones de jarrones para agua, una de las especialidades de Juchitán. Igual que en Tehuantepec, el corazón y el alma del pueblo se encuentran en el vibrante mercado; y éste recibe su vitalidad de las mujeres, siempre activas y afables, pero implacables en el intercambio, comparables en su astucia con los comerciantes españoles, árabes, sirios o libaneses.

Juchitán[5] es un pueblo holgado de más de 20 000 habitantes zapotecas de sangre pura o casi pura. A diferencia de Tehuantepec, no está dividido en barrios, sino en nueve sectores oficialmente enumerados que no tienen diferentes importancias

[5] Resulta extraño que una población zapoteca tan importante como Juchitán no tenga un nombre zapoteca; "Juchitán" se deriva del vocablo náhuatl *Xochtlan*, "Lugar de Flores". Empero, los juchitecos siempre se refieren a su pueblo como *Sabizende*, forma corrupta de San Vicente, su santo patrón.

sociales y rituales. Sin embargo, los habitantes observan cuatro divisiones. Los que viven en el centro (*bini galawi gizi*) son comerciantes y tenderos, o sea, las "mejores familias". La sección que se extiende al norte del palacio municipal es denominada "pueblo norte" y sus fabricantes (*bíni neza giá'*) son principalmente bordadores y fabricantes de artefactos de hoja de palma, industria que introdujeron y controlan los comerciantes sirios. Los habitantes que viven hacia el sur del palacio municipal, " pueblo sur" (*bíni neza ge'te*), son los campesinos y alfareros pobres; a esta sección los juchitecos de clase superior llaman con desdén barrio žu "de los taparrabos", por los niños desnudos que juegan en las calles y porque, según se murmura, a los adultos les gusta andar semidesnudos en casa. Los que viven al otro lado del río (*bíni cegígo*) constituyen el cuarto grupo: campesinos, floreros y cazadores de iguana y jabalí. La gente del centro del pueblo los considera salvajes.

En México, los juchitecos son famosos como los luchadores más feroces e indomables cuando se trata de defender sus derechos contra los tiranuelos. Están orgullosos de su invariable lealtad a las causas de la democracia, la igualdad y la justicia, a lo largo de la historia turbulenta de México.

Una reseña de la historia de Juchitán y Tehuantepec demostrará que las raíces de odio mutuo entre los dos pueblos, son profundas e inevitables. Los juchitecos se jactan de que apoyaron firmemente la causa de la Independencia de México y el establecimiento de la República. Trabaron combate con los ejércitos de Napoleón III y los derrotaron; ayudaron al joven liberal Porfirio Díaz en su lucha contra los imperialistas extranjeros y, más tarde, se vieron obligados a oponerse a éste cuando pasó al bando de los conservadores. Porfirio Díaz combatió en una ocasión a los juchitecos y les subyugó durante algún tiempo, empleando el recurso de encarcelar a todas las juchitecas, esto con el propósito de cortar el aprovisionamiento de alimentos al pueblo, que dependía de sus tortilleras. Seguidamente mandó arrasar la selva, donde se había internado la guerrilla del pueblo. Cuando estalló la revolución contra Díaz en 1910, los juchitecos fueron de los primeros en levantarse

para derrocar al dictador. En cambio, Tehuantepec siempre ha sido el "pueblo mayor" del Istmo, la sede de ricos latifundistas criollos, señores feudales cuya propiedad y seguridad dependían de su dominio de la población indígena. Desde antes de la conquista española, Juchitán ha sido vasallo de Tehuantepec. El rey zapoteca de Tehuantepec se rindió a los españoles por ser éste el único medio para conservar su poder sobre sus súbditos. Sus protectores no tardaron en despojarle de todo y fue desacreditado, perseguido, sometido a juicio por herejía y muerto, no se sabe si agobiado por el dolor o por envenenamiento. La iglesia española, por una parte y los terratenientes en formación, por la otra, hicieron de Tehuantepec la sede de los amos coloniales de un gran imperio indígena; de esta manera, en las guerras de la Independencia y la Reforma, en la lucha contra la invasión francesa y en la Revolución, Tehuantepec adoptó una posición ambigua, por no decir reaccionaria, por la dominación criolla y tuvo que recurrir inclusive a la fuerza para controlar el espíritu rebelde de Juchitán.

La riña entre los dos pueblos persiste hasta la actualidad e involucra todas las clases sociales, aunque los factores que la motivan han cambiado: las tehuanas critican el largo del volante fruncido que en sus faldas usan las juchitecas, las acusan de promiscuas y objetan el sonsonete del dialecto zapoteca que se habla en Juchitán. Los juchitecos, a la vez, consideran que los tehuanos son flojos, cobardes y pocos progresistas. Los tehuanos se burlan del español que hablan los juchitecos, quienes replican a la crítica insistiendo que los tehuanos no hablan ni español ni zapoteca.

Los jóvenes zapotecas sienten una profunda necesidad de estudiar y destacar; toman como pauta las numerosas personas de su pueblo que han emigrado a la Ciudad de México, donde se han formado como profesionistas y políticos. Con frecuencia, los padres juntan sus escasos ahorros o consiguen becas para poder enviar a sus muchachos a la Universidad Nacional Autónoma de México. En la capital, se incorporan a la colonia, rabiosamente sectaria y melancólica, de los emigrados juchitecos que hablan zapoteca entre ellos, se reúnen en cafés y des-

ahogan apasionadamente su nostalgia. Todos ayudan para obtener el apoyo de sus paisanos influyentes a fin de formar sociedades, celebrar bailes, realizar veladas literaria y publicar un pequeño periódico, *Neza* (*El Camino*), que se redacta parcialmente en zapoteca y se dedica a editar elogios a Juchitán, ensayos sobre la etimología zapoteca, poesía y etnología para aficionados. Una de sus sociedades tiene el siguiente lema: "Estamos trabajando como nuestros antepasados para poder ser tan grandes como lo fueron ellos."

Estos estudiantes vuelven a su tierra con una actitud de provincialismo agresivo, que puede ser el resultado de un complejo de inferioridad adquirido en la gran ciudad, donde siempre se sienten como extraños y fuera de lugar. Los juchitecos nunca se refieren a sí mismos como mexicanos ni como oaxaqueños; ante todo, siempre son juchitecos. A su regreso a Juchitán, conforman una intelectualidad muy especial, cuyos integrantes cultivan una poesía que exalta la belleza de sus mujeres, la elegancia del porte de las mismas y la valentía de los hombres de su pueblo. Frecuentan las cantinas, en donde se entregan a profundas conversaciones filosóficas mientras beben cerveza fría. Sin embargo, son pocos los juchitecos cultos que vuelven a su tierra para quedarse. Pronto retornan a la Ciudad de México con sus familiares y los que entran a la política y logran destacar, se olvidan rápidamente de sus buenas intenciones respecto a su patria chica.

Juchitán es un pueblo progresista, no obstante los grandes obstáculos que lo han frenado siempre: la pobreza, el aislamiento y la falta de agua. Hoy en día ostenta la mejor y más progresista escuela del Istmo, un edificio grande y moderno que tiene más de mil estudiantes; así también, cuenta con un parque nuevo, un taller industrial y un campo deportivo. Juchitán también se ha dado el lujo de construir una pequeña biblioteca pública y un hospital amplio y moderno. Muchas de estas mejoras las obtuvo para Juchitán su líder actual: el general Heliodoro Charis, campesino e indio puro, que anteriormente era Senador de la República por el estado de Oaxaca, cargo que logró pese a que no empezó a aprender el español hasta los años

de su madurez. El general Charis hace visitas frecuentes a Juchitán. Se viste como cualquier campesino y, desde el balcón del palacio municipal, pronuncia discursos que son atroces en su aspecto gramatical, pero sencillos y sinceros. Después de una lucha prolongada y tenaz, ha logrado convencer a los habitantes de Tehuantepec que no les representaría un sacrificio permitir a Juchitán emplear parte de las aguas abundantes del Tehuantepec para irrigar los campos sequísimos de Juchitán.

Juchitán sigue siendo un pueblo indígena, con la ideología indígena de vivir y dejar vivir. Sin embargo, tiene unas cuantas familias que integran una aristocracia propia de blancos, mestizos e indios acomodados, que imitan las modalidades y los prejuicios de las grandes ciudades y estas personas no vacilan en menoscabar la conducta sencilla y directa de los campesinos. Esta seudoaristocracia de comerciantes y propietarios de bienes raíces, es el único obstáculo que impide que Juchitán logre avances auténticos en la creación de una comunidad verdaderamente democrática. Pero las clases dominantes de Juchitán son poco efectivas como grupo gobernante y los campesinos, sencillos y honrados, permanecen como la única fuerza activa y progresista con que cuenta el pueblo. Hasta los caciques y políticos más despiadados les respetan, ya que saben que no pueden exponerse a la ira de los juchitecos.

APENDICE

LA EPOPEYA DEL FERROCARRIL DE TEHUANTEPEC

Es difícil reconciliar el destartalado Ferrocarril de Tehuantepec de la actualidad, con los interminables proyectos e intentos ambiciosos que se hicieron durante cuatrocientos años con el propósito de establecer comunicación entre los dos océanos. Igualmente, es difícil asociar la apariencia general de frustración con la maraña de política internacional, de intereses contradictorios, de planes, de intrigas y de controversias, que culminaron no solamente en la construcción del Ferrocarril de Tehuantepec, sino, indirectamente, en la apertura del Canal de Panamá. Por su parte, el ferrocarril tiene una historia pintoresca, aunque escandalosa, de sesenta y cinco años de controversia y soborno; al inaugurarse formalmente en 1907, su costo ascendía a más de 40 millones de dólares, suma que en su mayor parte quedó en los bolsillos de banqueros de Londres y Nueva York, concesionarios y corruptos funcionarios ferrocarrileros y gubernamentales. A pesar de que hoy en día es insignificante, este ferrocarril, más que cualquier otro factor, ha convertido al Istmo en un punto geográfico de interés comercial y estratégico en el mundo; a la vez, ha vinculado entre sí grandes extensiones selváticas, diversos ríos, montañas inexploradas y llanuras, formando una unidad coherente de lo que es una población diversa y disímil, pero con intereses y problemas comunes.

La idea de una vía de comunicación entre los dos océanos a través del Istmo de Tehuantepec, es tan antigua como la conquista española de México, cuando España era una de las gran-

des potencias imperialistas. Hernán Cortés fue el primero en prever las grandes ventajas estratégicas que tal comunicación daría a la corona española para poder controlar las rutas marítimas y proteger a la marina mercante hispana de los ataques piratas. En su cuarta carta al Rey de España, publicada en el año de 1525, Cortés explicó que había enviado expediciones hacia el sur debido a la fertilidad de la tierra y porque muchos pilotos creían que existía un estrecho que daba paso al otro mar ". . .cosa que deseo encontrar más que cualquier otra cosa del mundo, por el grande servicio que me parece derivarían Vuestra Majestad". Cortés buscó en vano el estrecho de su obsesión; pero al convencerse por fin de que tal estrecho no existía, se consoló con el hecho de que ya había obtenido grandes concesiones de tierra, así como derechos sobre las "aguas quietas y corrientes" de la región, con miras a establecer una ruta comercial a través del Istmo de Tehuantepec. Cortés nunca vio realizados sus planes; volvió a España para arreglar ciertas dificultades que se habían presentado y jamás regresó a su marquesado en México.

En aquella época, la corona española trataba de hacer frente a las constantes incursiones piratas que ponían en peligro el monopolio de las rutas marítimas entre España y América y prefirió concentrar su fuerza en la defensa de los puertos de Veracruz y Acapulco. El puerto de Espíritu Santo, ubicado al otro lado del Río Coatzacoalcos de la moderna Minatitlán, fue atacado con tanta frecuencia que hubo de abandonarlo. Fue por eso que la corona no tomó en cuenta las gestiones de los navegantes en el sentido de que se excavara un canal en Tehuantepec, Nicaragua, Panamá o Darién. Pero en las postrimerías del siglo XVIII se invirtió esta política repentinamente. En México, el Virrey Bucareli ordenó que se realizara la agrimensura del Istmo, a fin de estudiar las posibilidades de una ruta entre la desembocadura del Coatzacoalcos y el puerto de Tehuantepec. El informe subsecuente, que fue rendido en 1774,[1] representa

[1] Condujo la obra de agrimensura Don Agustín Cramer, ingeniero y comandante del Fuerte San Juan Ulúa, en Vera Cruz. Se conserva el documento en el Archivo de Indias, en Sevilla.

el documento más antiguo relativo a una ruta de comunicación interoceánica a través del Istmo, a la vez que fue el primero en destacar el análisis de las sierras; éste sería muy provechoso en la construcción de una carretera o un canal. La inestabilidad política existente en Europa hizo que la tambalente corona española dejara la cuestión del Istmo nuevamente en el olvido, y no se revivió el interés en él sino hasta 1808, cuando durante su visita al país Humboldt recomendó la apertura de una vía de comunicación. En 1814, entre las sublevaciones de los separatistas mexicanos, el virreinato español dispuso con optimismo la excavación de un canal, pero nada positivo resultó.

A raíz del triunfo del movimiento de la Independencia, fueron enviados dos grupos encargados de efectuar la agrimensura del Istmo, al fin de determinar si era factible un canal. Volvieron a la capital con informes casi idénticos en lo que a recomendaciones se refiere: el uso de una ruta fluvial desde el Golfo de México hasta la cabecera del Coatzacoalcos y, de ahí en adelante, la construcción de un camino a Tehuantepec y el Pacífico.[2] Sucedió entonces otra sublevación y ese proyecto también quedó en el olvido. Los planes para colonizar el Istmo con europeos estaban muy en boga en esa época porque se veía esto como medio para civilizar el territorio salvaje y despoblado. Estos esfuerzos tuvieron resultados desastrosos. En 1830, un desafortunado grupo de colonos franceses fue llevado a la selva infestada le mosquitos cerca de la desembocadura del Coatzacoalcos, donde murieron de fiebre la mayoría y se suicidaron los demás.

La joven República había empezado mal bajo la dictadura de aquel Napoleón de aserrín que fue Su Serenísima Alteza, el Generalísimo Antonio López de Santa Ana. Los liberales y los conservadores se combatían encarnizadamente; Texas se separó de México, en tanto que la flota francesa bombadeaba

[2] El Coronel Juan de Obregozo, enviado a la misión por el gobierno federal, había recomendado el aprovechamiento del paso en Chivela. Por su parte, el estado de Vera Cruz envió a un tal Tadeo Ortiz a que estudiara las posibilidades de colonizar las selvas del Istmo y de abrir la ruta. Ortiz recomendó que la ruta atravesara el Paso Tarifa. Estas expediciones tuvieron lugar en el año de 1824, aproximadamente.

Veracruz. Dentro de este marco confuso, un aventurero amañado, José de Garay, solicitó y obtuvo una concesión fantástica, otorgada en 1842 por medio de un decreto presidencial de Santa Ana. De acuerdo con los términos del convenio, era su privilegio exclusivo abrir una ruta de comunicación a través del Istmo; se le concedieron todos los derechos de transporte e ingresos derivados del tránsitos durante cincuenta años, así como la propiedad de los terrenos baldíos en una franja de diez ligas a cada lado del camino; además, se le concedió el derecho de colonizar una franja de costa a costa y de cien leguas de ancho a lo largo de la línea de comunicación. Se importó de Londres un famoso ingeniero para que se encargara de la primera agrimensura extensa del Istmo.[3] Aunque nunca alcanzó ninguno de sus objetivos, la empresa creó una impresión de gran actividad, al anunciar solemnemente que la comunicación se realizaría por medio de un canal que permitiría que embarcaciones totalmente cargadas pasaran de un mar a otro. La concesión caducó varias veces; pero Garay nunca tuvo mucha dificultad para obtener prórrogas e, inclusive, ayuda directa del gobierno mexicano para viajar al extranjero a formar empresas que financiaran la construcción del canal.

Pero Santa Ana fue derrocado en 1844. Tuvo lugar entonces un incidente fronterizo entre tropas mexicanas y los dragones del general Zachary Tayor y, en 1846, el presidente Polk declaró la guerra contra México. Los ejércitos norteamericanos descendieron precipitadamente por los estados norteños y por California y se aproximaron a la Ciudad de México. Se acordó un armisticio en agosto de 1847 para sostener pláticas sobre los términos de paz ofrecidos por los Estados Unidos. Para la sorpresa de todos, entre las demandas del vencedor hubo una relativa a derechos de libre tránsito para ciudadanos y mercancías del país del norte a través del Istmo de Tehuantepec, cláusula que los mexicanos rechazaron categóricamente.[4] Se reanudó

[3] Garay, 1844, México; 1846, Londres.

[4] El secretario de Estado norteamericano, Buchanan, dio instrucciones a su enviado Nicholas Tryst, el día 15 de abril de 1847, de aumentar hasta 30 millones de dólares, de ser necesario, la suma ofrecida por los Estados Unidos, siempre

la guerra y la Ciudad de México cayó en septiembre. Se convocó nuevamente a las negociaciones de paz; los norteamericanos presionaron para que fuera aceptada la cláusula sobre Tehuantepec; pero los mexicanos se mantuvieron firmes y acordaron, en cambio, formar el tratado de 1848, de acuerdo con el cual México cedía a los Estados Unidos las tierras relativamente desplobladas del norte —Texas, California, Nuevo México y Arizona— a cambio del pago de 15 millones de dólares y la anulación de reclamaciones no pagadas.

Aún en los días en que México combatía al invasor, Garay obtuvo de un gobierno provisional una nueva confirmación de la concesión de Tehuantepec, la cual estaba destinada a crear otra vez dificultades entre México y los Estados Unidos. Mientras tanto, Garay vendió secretamente esta concesión a la empresa londinense Maning & Company. Un día los ingleses reclamaron la propiedad de la concesión, acción que tomó por sorpresa al gobierno mexicano. Estalló una disputa violenta sobre la validez de la concesión y, sin dar notificación al gobierno mexicano, la empresa inglesa revendió la concesión al banquero neoyorquino Peter A. Hargous.[5]

El Senado mexicano denunció vigorosamente las transacciones ilegales; el Departamento de Estado de los Estados Unidos tomó cartas en el asunto y, desde Washington, fue despachado un enviado especial cuya misión consistía en formular un nuevo tratado. Los mexicanos querían tener participación en

---

y cuando la cláusula sobre el Istmo de Tehuantepec se incluyera en el Tratado de Guadalupe Hidalgo (Executive Document No. 69, first Session, 30th Congress).

[5] Garay había vendido su concesión a la empresa inglesa Manning, Mackintosh & Schneider, supuestamente sólo con el propósito de realizar colonización y no para abrir una ruta a través del Istmo; por lo menos, así lo declaró en su comunicación tardía al gobierno mexicano el día 18 de julio de 1848, más de un año después de que hubiera cerrado el trato con la compañía británica. El 13 de enero de 1849, Manning y Mackintosh registraron su reclamación inesperada a todos los derechos incluidos en la concesión de Garay, la cual rechazó el gobierno mexicano. Como último recurso y con la insinuación de que contaban con el apoyo de norteamericanos, revelaron que habían transferido sus "derechos" al financiero estadounidense P. A. Hargous, dejando así la resolución de la disputa a los gobiernos de México y los Estados Unidos (Ramírez, 1853, págs. 41 a 108). En mayo de 1852, se puso fin a la controversia al darse a conocer un decreto del presidente Mariano Arista, en el que México declaró nulas y sin valor todas las concesiones anteriores.

la empresa, una garantía de neutralidad para el Istmo en tiempos de guerra y el libre tránsito por la ruta para todas las naciones. La desconfianza y los malentendidos por parte de los dos bandos, llevaron las negociaciones a una desavenencia irreconciliable y, mientras los representantes de los dos países presentaban y rechazaban interminables propuestas y contrapropuestas, Hargous obtuvo un permiso especial para emprender una agrimensura nueva y más completa del Istmo. En diciembre de 1850, una expedición norteamericana al mundo del mayor J. G. Barnard se hizo a la tierra en Minatitlán, con ingenieros y trabajadores provenientes de una empresa de Nueva Orleáns en la que Hargous era socio y que, para esta aventura, tenía la razón social de "Tehuantepec Railroad Company of New Orleans". Los expedicionarios procedieron con máxima velocidad a trazar los planos de una vía férrea entre Minatitlán y Bahía de Ventosa en el Golfo de Tehuantepec. Pero, entretanto, el Senado mexicano se dio cuenta que estaba creándose una situación en la que el Istmo sería una repetición de lo ocurrido con Texas: un vasto territorio colonizado por aventureros que algún día sólo producirían para México dificultades. Por tanto, en mayo de 1851, la concesión de Garay fue declarada nula y sin valor. Al mayor Barnard se le ordenó descontinuar los trabajos y los ingenieros norteamericanos se embarcaron para regresar a su país.[6]

Una campaña publicitaria intensa, financiada por la compañía ferrocarrilera, había estado promoviendo el Istmo entre el público norteamericano como una utopía para la colonización. Al anularse la concesión, la compañía cambió de actitud y empezó a acusar a México de tener una voluntad poco progresista, por obstruir la apertura de la ruta y discriminar contra ciudadanos de los Estados Unidos. Los demandantes de la concesión solicitaron la protección de su gobierno, a la vez que hacían caso omiso de las promesas de México de pagarles las pérdidas en que habían incurrido. Para 1855 la lucha entre los

[6] Williams, 1852a.

liberales y los conservadores había llegado a su punto crítico. La iglesia y los conservadores se batían con los liberales encabezados por Benito Juárez, cuyo gobierno se estableció temporalmente en Veracruz.

La compañía de Nueva Orleáns perteneciente a La Sère, obtuvo de Juárez una concesión provisional para abrir una ruta que vinculara Nueva Orleáns con San Francisco por medio de un viaje en barco y en diligencia a través del Istmo. La empresa fue presentada como una maravilla en la prensa norteamericana, la que publicó vistas de increíble belleza, dibujos y artículos en los que se describía como viaje muy agradable la travesía del Istmo. Uno de los primeros pasajeros que usó la ruta, el francés Brasseur de Bourbourg (1861), deploraba —en el libro divertido y fantasmagórico en el que describió su viaje— el hecho de que dichos artículos fueron "propaganda para atraer a los desprevenidos".[7]

La compañía inauguró la ruta en 1858, pero nunca construyó el camino. Se hacía el aventurado viaje en vapor entre Nueva Orleáns y Minatitlán, desde donde se zarpaba en el vapor de río "Allegheny Belle" a Suchil, un campamento situado en la cabecera del Río Coatzacoalcos; a partir de ahí se cruzaba la selva —los hombres a caballo y las mujeres sentadas en sillas sujetas a las espaldas de cargadores indios— hasta llegar a Tehuantepec y, más allá, a las playas del Pacífico; ahí se embarcaba de nuevo en otro vapor con destino a San Francisco. Se hacía un viaje al mes en cada dirección. Brasseur de Bourbourg se queja constantemente de las privaciones sufridas por el viajero, de la improvisación de los servicios para los pasajeros, de los alimentos abominables, así como de la ineficiencia y descuido de la empresa y sus empleados. Su libro abunda en chismes políticos de la época. Por ejemplo, afirma que el embajador de Washington en México, Robert M. McLane —íntimo amigo de La Sère y defensor declarado de la empresa—, obtuvo una prórroga de la concesión después de presentar

[7] Brasseur de Bourbourg, 1861.

inesperadamente sus credenciales a Juárez en el puerto de Veracruz.[8]

Los liberales obtuvieron el apoyo del gobierno norteamericano, pero no sin antes firmar, en 1859, el ignominioso tratado McLane-Ocampo, el cual otorgó a los Estados Unidos, entre otras cosas, derechos a perpetuidad sobre el tránsito a través del Istmo de Tehuantepec. El tratado fue rechazado por el Senado norteamericano al considerarse que el convenio fortalecería el sur de su país en perjuicio del norte.[9] Mientras tanto, la compañía ferroviaria Louisiana-Tehuantepec cayó de pronto en la bancarrota, ya que le fue suspendido su crédito bancario al descubrirse irregularidades en su administración. Además, la

[8] Brasseur de Bourbourg (págs. 38 a 40), sostiene que Juárez firmó una prórroga de la concesión de la empresa y que aumentó el ancho de la tierra afectada hasta diez millas por cada lado del camino, además de incluir una cláusula secreta en la cual se concede a la empresa el puerto Huatulco, apreciación totalmente errónea. Por el contrario, los términos de la concesión que se dio a La Sère y su compañía en 1869, redujeron a una milla (artículos 10 y 11) las diez millas concedidas anteriormente; y, de acuerdo con el artículo 40, se permitió a la compañía establecer en Huatulco una instalación de almacenamiento de carbón combustible, pero dicho artículo también especificó que la empresa no podría obtener un título de propiedad del terreno correspondiente ("The Tehuantepec Railway", Nueva York,. 1869, pág. 25). La concesión original que se otrogó la "Tehuatepec Railroad Company" en octubre de 1867, se modificó el día 4 de enero de 1869 para incluir cláusulas herméticas que reafirmaran la soberanía de México y la responsabilidad de la empresa respecto al cumplimiento de sus compromisos:

1. La obligación de construir una vía férrea a través del Istmo dentro de los tres años a partir de la realización de una agrimensura de dieciocho meses y, durante esa obra, de establecer un camino para diligencias.
2. La concesión de una milla de tierra a cada lado del camino, dividida en cuadros de una legua cada uno, con participaciones iguales para la compañía y el gobierno en cuanto a la titularidad de estas propiedades.
3. La concesión sería de setenta años.
4. El gobierno habría de recibir el siete por ciento de todas las utilidades, más doce centavos de dólar por cada pasajero transportado, reservándose el derecho de adquirir la concesión a partir de la fecha de su vencimiento y al precio determinado por su evaluación.
5. El tránsito habría de ser libre y disponible a todas las naciones.
6. No se permitiría en el lugar la presencia de ejércitos ni plazas militares.
7. No se permitiría el transporte de fuerzas o pertrechos militares extranjeros o mexicanos, sin la autorización previa del gobierno mexicano.
8. El gobierno tendría el derecho de nombrar a uno de cada cuatro de los directores de la empresa.
9. La compañía y sus empleados serían tratados como mexicanos y sujetos exclusivamente a leyes mexicanas.
10. El decreto no sería afectable por las acciones de tribunales extranjeros.

[9] Parkes, 1938.

guerra entre liberales y conservadores había llegado a su punto decisivo y más violento. Invadieron a México los ejércitos franceses de Napoleón III, en tanto que se batían los Estados Unidos en la guerra civil. Pero los liberales por fin ganaron la guerra en 1867, por lo que pudo establecerse firmemente el gobierno democrático de Juárez.

Con el retorno de la paz, fue revivida la empresa ferrocarrilera de Tehuantepec, con el propósito de abrir un camino transístmico, aunque en esta ocasión sobre la base del cumplimiento de los requerimientos mexicanos relativos a la participación conjunta en la titularidad y dirección, así como al libre tránsito para todas las naciones. La concesión entró en vigor en 1869, el mismo año en que se terminó la construcción del Canal de Suez y en todo el mundo surgió un vivo interés en los canales. Unos años más tarde, nuevamente llegó a Minatitlán una expedición importante, esta vez bajo el mando del capitán R. W. Shufeldt, de la marina norteamericana, quien realizó nuevas agrimensuras —primero en Tehuantepec, después a través de Nicaragua—, como estudios previos para la construcción de un canal para buques. Shufeldt terminó la exposición de su reconocimiento detallado con la recomendación de que el canal se excavara a través de Tehuantepec; su preferencia por esta ruta, en vez de por las de Nicaragua y Panamá, se basó en consideraciones estratégicas.[10]

Después se inició el régimen de Porfirio Díaz, quien se reeligió presidente siete veces consecutivas, conservando así su poder absoluto de dictador durante más de treinta años. Durante la primera década de su gobierno la concesión de Tehuantepec cambió de manos cuatro veces; los concesionarios fueron una serie de empresas inglesas, las cuales, a pesar de no haber satisfecho las condiciones de sus contratos, recibieron millones de dólares como "indemnización"[11] de un gobierno mexicano

[10] Shufeldt, 1872.

[11] La concesión de La Sère caducó en 1878 y se otorgó inmediatamente a E. Learned, de Londres, quien construyó 35 kilómetros en tres años a un costo de 7,500 pesos el kilómetro. Le fue anulada su concesión en 1882, pero recibió una "indemnización" de 1.500,000 dólares, más de 125,000 pesos mexicanos. En ese mismo año la concesión pasó a manos de un tal Delfín Sánchez, de México,

que simpatizaba definitivamente con los capitalistas, particularmente si eran ingleses. Díaz desconfiaba de los norteamericanos. Reservó el Istmo de Tehuantepec para sus amigos ingleses, puesto que así esperaba compensar el poder de los promotores norteamericanos, como el mal reputado Edward Doheny (involucrado posteriormente en el escándalo petrolero de Teapot Dome, en Wyoming), quien ya dominaba en el norte de Veracruz la incipiente industria petrolera. El mundo otra vez hablaba de Tehuantepec como un nuevo foco de corrientes comerciales. Fue una época de proyectos inverosímiles de canales, túneles gigantescos y un ferrocarril absurdo de triple vía, sobre el que se pensaba transportar a través del Istmo vagones totalmente cargados y montados sobre colosales plataformas rodantes, cuesta arriba y por curvas pronunciadas (Lámina 42).[12] Huelga decir que nada positivo resultó de dichos proyectos.

Con el paso del tiempo, diferentes concesionarios construyeron poco a poco tramos de una vía férrea. En 1896 la concesión fue dada a S. Pearson & Son, de Londres y México. Pearson era promotor de incontables aventuras de ingeniería, que, dentro de pocos años hubieron de transformar al México primitivo y agrícola en un país industrial que se abrió al comercio internacional. Sus obras incluyeron la construcción de puertos, terminales, líneas transmisoras de energía eléctrica, drenaje, proyectos de generación eléctrica e hidráulicos y, por último, la reconstrucción total del Ferrocarril de Tehuantepec y de sus puertos y terminales, Puerto México (Coatzacoalcos) y Salina Cruz, así como el mantenimiento y administración del mismo.[13]

---

quien no construyó nada, pero que recibió una indemnización de 1.434,135 pesos. Su concesión quedó anulada en 1888 y fue entregada a otro británico, E. McMurdo y fue abrogada en 1892 después de su fallecimiento, cuando pasó a manos de la firma londinense de Hampson, Corthel & Stanhope. Stanhope se separó de sus socios y en dos años construyó un tramo de la vía. Hasta entonces el inutilizable ferrocarril había costado a México 16 millones de dólares en oro, más 2.670,170 pesos (Peimbert, 1908).

[12] Este proyecto fantástico lo inició en 1881 el capitán James B. Eads, constructor del puente de arco de acero en Saint Louis, Missouri. Se dio a conocer en 1885 en Philadelphia, a instancias de E. L. Corthell; "The Tehuantepec Ship Railway".

[13] El contrato que se celebró en 1902 entre el gobierno mexicano y la empresa de Pearson, "Compañía para la Explotación del Ferrocarril Nacional de

La obra del ferrocarril se emprendió con formalidad y se trajo del exterior a trabajadores chinos y negros. Pero para entonces los Estados Unidos ya habían decidido derrotar a sus competidores y construir un canal en Panamá. Años antes se había convocado en París al Congreso para un Canal Interoceánico, ocasión en que los delegados de los países interesados en los istmos habían tratado de obtener del Congreso una decisión a su favor. Sin embargo, el Congreso estaba a cargo del famoso ingeniero francés Ferdinand de Lesseps, que tenía una concesión de Panamá, por lo que naturalmente ganó Panamá (que todavía formaba parte de Colombia). En 1902 los Estados Unidos compraron la concesión de Panamá a Lesseps en 40 millones de dólares. El Senado de Colombia se negó a ratificar la venta; muy convenientemente, Panamá se rebeló y se separó de Colombia y, seguidamente, otorgó la Zona del Canal a los Estados Unidos.

Los norteamericanos aceleraron la construcción del canal, mientras que los ingleses hicieron lo mismo respecto al Ferrocarril de Tehuantepec. El ferrocarril se inauguró el día del año nuevo de 1907, sesenta y cinco años después del otorgamiento de la concesión original y a un costo de más de 40 millones de dólares. El envejecido Díaz viajó al istmo acompañado de una numerosa comitiva integrada de miembros de su gabinete, diplomáticos extranjeros y el presidente de la empresa, Sir Weetman Pearson. Llegaron a Salina Cruz para dar la bienvenida al buque norteamericano *S. S. Arizonian*, que provenía de Hawaii cargado de azúcar consignada a Philadelphia. Díaz hizo solemnemente una señal para que una de las grúas gigantes desplazara los primeros costales de azúcar hasta un furgón, que el presidente selló personalmente. Parson pronunció un discurso en el que afirmó que el nuevo ferrocarril manejaría hasta 600 000 toneladas de carga al año. Díaz contestó

Tehuantepec", había de durar cincuenta y un años, en base a una aportación en partes iguales de un capital de 7 millones de dólares; se convino que el gobierno mexicano recibiría el 65 por ciento de las utilidades durante los primeros treinta y seis años, el 68 por ciento durante los siguientes cinco años y el 72.5 por ciento durante los últimos cinco años, convirtiéndose después de esa fecha en propietario exclusivo.

estas palabras con frases altisonantes sobre las bellezas del progreso y la amistad entre las naciones; todos emprendieron jovialmente el viaje con rumbo a Puerto México, hacia el norte, donde se abrieron los sellos de los furgones, se pusieron las grúas en movimiento de nuevo y se colocó el cargamento de azúcar a bordo de la nave marítica *S. S. Yuckenbach*, que esperaba ahí para transportarlo a Philadelphia.[14]

El Ferrocarril de Tehuantepec tuvo un gran éxito: hasta 20 trenes recorrían diariamente la ruta en ambas direcciones. Pero México ya no podía soportar a Díaz y a su séquito de despóticos terratenientes ausentistas y banqueros internacionales y los derrocó en 1910 en una revolución popular que se encendía intermitentemente y duró en total diez años. No obstante las condiciones inestables y el bandolerismo producto de ellas, el ferrocarril desarrolló una gran actividad durante algunos años, hasta 1914, cuando desde Washington el presidente Wilson cerró el circuito eléctrico que hizo estallar la última barrera que separaba los dos océanos en Panamá; este acto hizo trizas las esperanzas del futuro del Ferrocarril de Tehuantepec, que se fue hundiendo en la decadencia más abyecta.

El ferrocarril empezó a acumular pérdidas enormes cuando faltaban todavía cuarenta años de vigencia para el contrato de Pearson. Afortunadamente para él, el gobierno revolucionario se hizo nacionalista y anuló ese contrato en 1917, año en que pagaron al inglés una indemnización de 7 500 000 pesos. A raíz de esa medida, la vía se convirtió en un ramal de los Ferrocarriles Nacionales de México.[15] En 1937, el presidente Cárdenas expropió los ferrocarriles, medida que tuvo el propósito de facilitar la reorganización de la empresa y, al mismo tiempo, de encontrar una fórmula para liquidar la deuda ferrocarrilera. Curiosamente, contra esta expropiación no hubo pro-

[14] "The Mexican Yearbook", Londres, 1908.

[15] Durante el régimen de Díaz, los diferentes ferrocarriles se fusionaron para integrar una empresa "nacionalizada" única, nominalmente del gobierno mexicano, que participaba con el 51 por ciento de las acciones ordinarias y se responsabilizó de la deuda consolidada de los ferrocarriles, la cual quedó posteriormente en manos del Comité Internacional de Banqueros. Por insolventes, los ferrocarriles nunca pudieron liquidar ni un centavo de su deuda.

testa ni clamor alguno; al parecer, la disposición contaba con el acuerdo de los responsables extranjeros de la deuda (el Comité Internacional de Banqueros), probablemente porque se creó nuevamente la oportunidad de obtener intereses de los títulos ferrocarrileros que habían perdido su valor. Cárdenas entregó la administración de los arruinados ferrocarriles al Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros; en adelante, los trenes continuaron operando más o menos con las mismas deficiencias que durante los diez años anteriores, no obstante la ola de sabotaje descarado que afectó la dirección sindical. Por esto, fue con gusto que los ferrocarrileros devolvieron la maltrecha empresa al gobierno.

La construcción de un canal a través de Tehuantepec, bajo el control de los Estados Unidos, es un proyecto que reviven de cuando en cuando políticos torpes e imperialistas empedernidos. En 1935, por ejemplo, se presentó ante el Congreso de Washington un proyecto disparatado de un túnel-canal con un costo estimado de 480 millones de dólares.[16] Pero ya no se considera que sea factible construir un canal en el Istmo, porque se reconoce que no hay suficiente agua para llenarlo. En vista de ello, el gobierno mexicano ha iniciado la reconstrucción del Ferrocarril de Tehuantepec y de sus puertos terminales, como medio para inyectar a la región nueva vida, como solución al problema tradicional del Istmo y como antídoto contra la agitación política en materia de canales.

---

[16] *El Universal*, un diario de la Ciudad de México, publicó los días 26, 27 y 28 de abril de 1941 y bajo encabezados escalizados, una denuncia del proyecto "secreto" propuesto por el diputado George H. Tinkham "en 1937", que, de acuerdo con la versión, estudiaba una comisión de asuntos marítimos. La Secretaría de Relaciones Exteriores de México declaró que esa dependencia estaba bien informada sobre el mencionado proyecto de Tinkham, el cual databa más bien de 1935 y no de 1937 y que, sólo como paso rutinario antes de archivarlo, el proyecto había sido enviado a tal comisión para su estudio. El 9 de octubre *El Universal* publicó una entrevista que la United Press había obtenido con el presidente Franklin D. Roosevelt sobre el tema de la rehabilitación del Ferrocarril de Tehuantepec con la ayuda de un préstamo. El mandatario dijo no conocer nada del plan de Tinkham y descartó lo del canal como una idea que emerge cada cinco o diez años, pero que no es nada práctica.

VI

LA HERENCIA ZAPOTECA

De los antepasados de los zapotecas actuales no se sabe nada. El fraile Burgoa, único historiador de estos indígenas después de la conquista, apunta que, respecto a su origen, no contaba con una ciencia que incluyera información sobre posibles migraciones. Más bien, afirmaban haber nacido en esta tierra, hijos de cuevas o de árboles, rocas y jaguares: "...No he encontrado mención alguna, con semejanza a la verdad, de la llegada a estas tierras de esta nación, ni del origen de sus señores, de lo que puede deducirse que su permanencia aquí data de hace mucho tiempo... Para exaltar su valentía, afirmaban ser hijos de jaguares y de otros animales salvajes; si eran grandes jefes de linaje muy largo, se consideraban descendientes de árboles vetustos y sombríos; los que se enorgullecían de ser indomables e inflexibles, decían haber nacido de las rocas y de las escarpaduras..."[1]

Sea el que fuere su origen, no hay duda de que un pueblo antiguo, con una cultura floreciente, ya radicaba en el Valle de Oaxaca, el Istmo y la región mixteca durante la época en que las tribus "arcaicas" del Valle de México apenas establecían su

[1] Burgoa, 1934b. La idea de haber descendido de árboles, cuevas y rocas, es común en los mitos de los pueblos del sur de México. El primer jefe de los mixtecas supuestamente nació de unos inmensos árboles cerca de Apoala. Se batió con el sol por la posesión de las tierras del gran estado mixteca de Tilantongo, donde el Dr. Caso descubrió restos de la primera época de la arqueología oaxaqueña (Monte Negro). Burgoa también menciona un mito en el que el primer jefe zapoteca desciende a la tierra desde el cielo en forma de pájaro, transportado en una constelación.

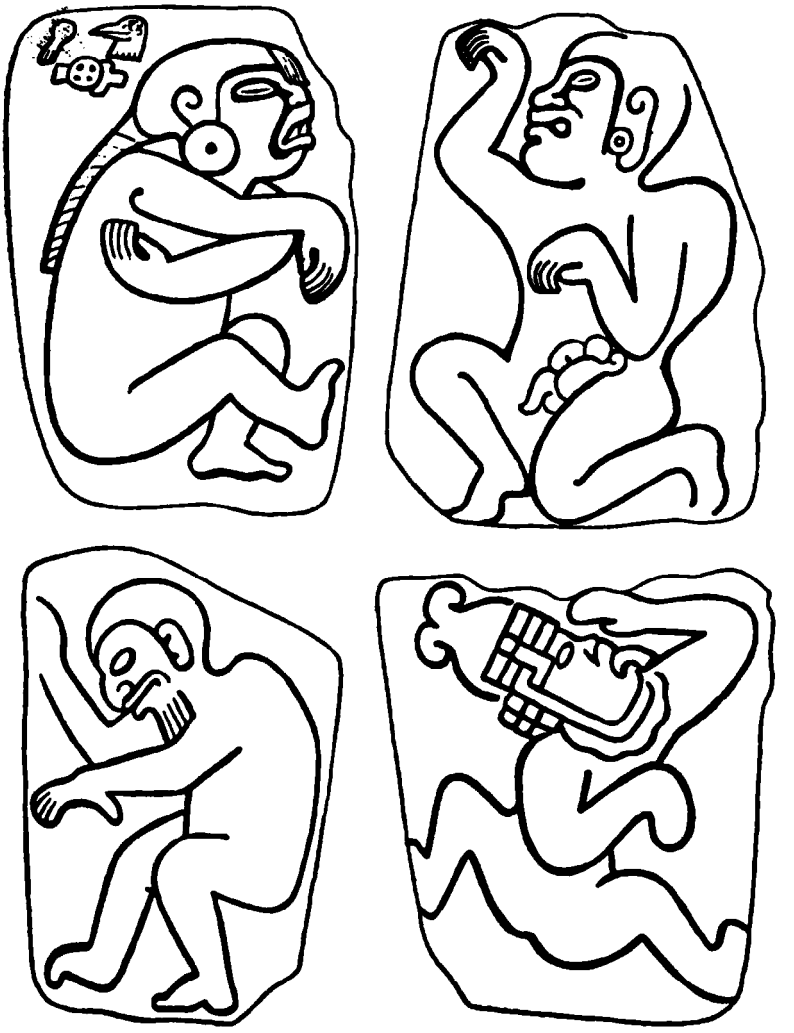
cultura, hace mucho más de dos mil años. A la primera siguieron otras culturas, cada vez más desarrolladas, todas con un vínculo cultural común de carácter uniforme; esta cultura finalmente tomó una forma definitivamente zapoteca durante su época clásica, fechada tentativamente entre los años 534 y 1125...[2] Al parecer, acontecimientos de la mayor importancia tuvieron lugar hacia el final de esta época, ya que los zapotecas abandonaron su gran ciudad de Monte Albán. A partir de entonces empezó a decaer Monte Albán.

Hasta hace pocos años desde las calles de la ciudad de Oaxaca se percibían las ruinas enterradas de una de las metrópolis más antiguas de los indígenas americanos; cubrían la cima de la montaña cercana llamada Monte Albán, tal como si fueran verrugas verdes que emergían del lomo del cerro. Monte Albán fue la capital, el centro religioso, de los zapotecas hace tanto tiempo, que no queda nada escrito sobre su existencia, ni se recuerda su nombre indígena original.

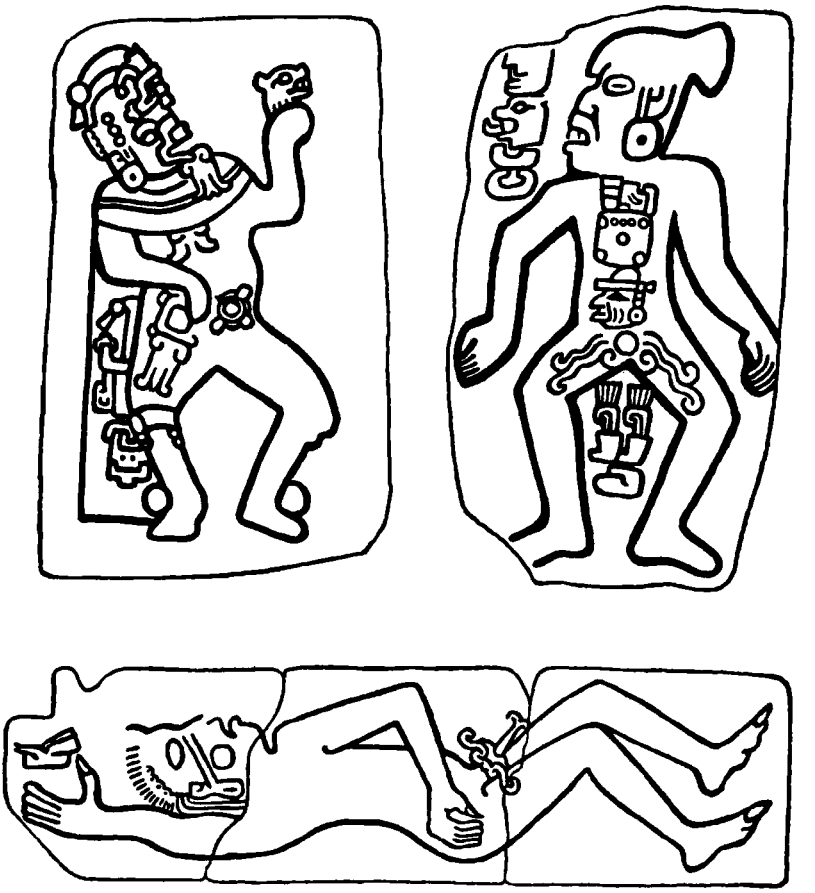
Antes de la exploración de las ruinas, ascendimos a la montaña para conocer Monte Albán de cerca. Durante dos horas avanzamos a caballo por la ladera empinada y reseca del cerro hasta llegar a una gran plaza abierta; ésta estaba circunscrita por innumerables estructuras, cuyos contornos generales podían adivinarse, aunque estaban cubiertos de una capa gruesa de matorral y pasto espeso. Sin embargo, aquí y allá quedaban al descubierto indicios de escalinatas muy amplias. En la cima y en las faldas del cerro, destacaban centenares de montículos artificiales, que se extendían, hasta los límites del alcance de la vista.

Hacía mucho tiempo unos buscadores incultos de tesoros habían dinamitado algunos de los montículos y, muchos años antes, los arqueólogos habían destapado fortuitamente unas losas enormes. Algunas de estas piedras exhibían hileras de grandes glifos y números que conmemoraban determinadas fechas; otras estaban cinceladas en bajorrelieves que mostraban figuras

[2] Caso, en las Actas de la Conferencia de Mesa Redonda de Tula. *Revista Mexicana de Antropología*, México, 1941.



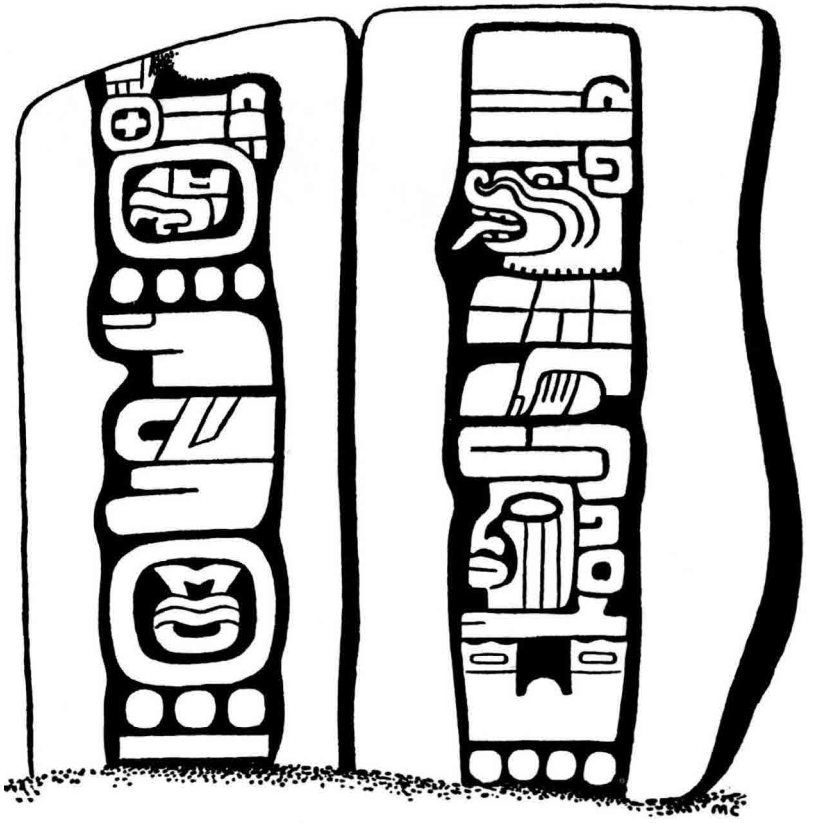
"Danzantes" de Monte Albán.



"Danzantes" de Monte Albán.

humanas espectrales de tamaño natural, con los rostros contorsionados y los cuerpos desnudos y deformes, en posturas extravagantes y desarticuladas, hecho que justifica su nombre popular de "los danzantes". Creció nuestro entusiasmo por el arcaísmo poderoso y misterioso de estos monstruos expresivos. Nos

fascinaron sus gestos idiotas, sus cuerpos sin huesos y sus bocas gruñones. Además, la estructura estaba realizada en un estilo libre y vigoroso que nunca antes habíamos encontrado en las ruinas arqueológicas de México. Seguimos fotografiando y dibujando las figuras hasta que el flamante sol, contra el que no había protección, y la sed (en Monte Albán no hay agua) nos obligaron a abandonar el lugar. Montamos de nuevo nuestros caballos y descendimos hacia el valle verde esmeralda en el



Estelas con números, primera época de Monte Albán.

cual Oaxaca yace como un mosaico de techos de teja roja, de muros pintados de rosa y azul pálido, en medio de milpas que parecen formar una colcha de retazos de tela.

Después, durante muchos años, ocuparon nuestros pensamientos los danzantes, las inscripciones y fechas todavía sin descifrar y la especulación sobre lo que pudiera estar enterrado en Monte Albán. Recibimos con entusiasmo la noticia de que el arqueólogo más destacado de México, Alfonso Caso, planeaba

Uno de los huesos esculpidos de jaguar de la Tumba No. 7 de Monte Albán. Representa el nacimiento de Quetzalcóatl de un árbol. Las partes oscuras contenía originalmente incrustaciones de mosaico de turquesa.

emprender la exploración sistemática del lugar. En 1931 Caso empezó a excavar las muchas tumbas esparcidas en las faldas del cerro, las primeras de las cuales encontró ya pilladas. Las tumbas 2, 3, 5 y 6 (la número 4 había sido saqueada) produjeron sólo unas cuantas vasijas de barro, trozos de esqueletos humanos que se hicieron polvo al tener contacto con el aire, algunas cuentas de jade y utensilios sencillos de concha y obsidiana. Generalmente, las tumbas importantes se hallan a un nivel profundo debajo de un pequeño patio rodeado de cuatro camaritas, dos de ellas con chimeneas, que probablemente fueron habitaciones de sacerdotes. Un día en la tarde se inició el trabajo en la séptima tumba. El cascajo bajo el cual estaba enterrado el patio fue removido y se perforaron hoyos para localizar el techo; éste se encontraba debajo de dos pisos de estuco. Se quitó una loba del techo abovedado. El haz de una lámpara de mano iluminó una serie de objetos brillantes en la oscuridad

de la cámara, el primer indicio del tesoro que haría historia como el hallazgo arqueológico más valioso del Nuevo Mundo: un escondrijo fabuloso de espléndida joyería de oro, una máscara de oro macizo, sartas de perlas tan grandes como huevos de paloma, jades esculpidos, mosaicos de turquesa, ornamentos de cuarzo y alabastro. El tesoro consistía en los adornos y utensilios rituales de los nueve esqueletos humanos que compartían la tumba. Había collares, clavijas para orejas, brazaletes, anillos, diademas, hebillas para cinturón, mangas de abanico y otros objetos elaborados con todos los materiales que los indios consideraban preciosos: jade, turquesa, oro, plata, obsidiana, cristal, perlas, concha roja y hasta azabache y ámbar, que no se habían encontrado antes. También había más de treinta tiras angostas de hueso de jaguar, esculpidas exquisitamente con escenas mitológicas y signos de calendario y con incrustaciones de pedacitos de turquesa.

Durante siete días y noches en que casi no durmieron, los arqueólogos laboraron febrilmente dentro de la angosta cámara de piedra, de donde, agachados, extrajeron joyas; midieron cada centímetro cuadrado del suelo para registrar la posición de las piezas; tamizaron cada puñado de tierra en busca de cuentas y campanitas de oro, a la vez que clasificaron y fotografiaron los objetos. La tumba rindió más de quinientos objetos, entre los que se contó como uno solo muchos collares de centenares de campanitas y cuentas de oro. La noticia del descubrimiento se dio a conocer en las primeras planas de la prensa mundial, mientras que en Oaxaca surgieron leyendas acerca de las joyas; el tesoro fue conducido a la Ciudad de México bajo la vigilancia de una numerosa guardia militar y de ahí viajó en un tren especial para ser exhibido en una feria mundial en los Estados Unidos. El estado de Oaxaca puso una demanda en contra del gobierno federal de México, en la que reclamó la propiedad de las joyas y ganó el pleito. Actualmente, los objetos, están en exhibición permanentemente en un museo especial de la ciudad de Oaxaca. Los dueños originales de las joyas resultaron ser, como revelaron los estudios de Caso, no los zapotecas que había construido la tumba, sino los mixtecas, ricos y poderosos,

cuya nación había expulsado a los zapotecas de Monte Albán. Los ocupantes de la tumba número siete eran jefes o sacerdotes mixtecas y una mujer. El personaje más importante, a juzgar por sus huesos, fue un monstruo humano: un jorobado con tumor cerebral sifilítico. Además del incalculable valor artístico y material del tesoro, los hallazgos de la tumba número siete agregaron datos inapreciables a los magros conocimientos que se tenían sobre estos pueblos. Después de la agitada labor relacionada con el descubrimiento del tesoro, los arqueólogos se dedicaron a la tarea menos grata de poner al descubierto los edificios, de reconstruir las partes caídas, estudiar los tiesos, abrir tumbas nuevas de contenidos interesantes, aunque menos sensacionales; es decir, toda la paciente y penosa labor de unir las piezas de un gigantesco rompecabezas que permitiría reconstruir la cultura y la historia de la nación.

Después de diez años de excavaciones, Monte Albán presenta hoy en día un cambio sorprendente en su aspecto. En vez de un sendero para caballos, hay un camino de acceso que usan las vagonetas y camiones de los arqueólogos; en la cima, más bien que montículos sin forma definida, se ven grandes edificios de color crema que brillan bajo el sol. En torno a una plaza amplísima que mide cerca de trescientos metros de largo y doscientos de ancho, se aprecian plazoletas hundidas y escalinatas, una de las cuales tiene un ancho de casi 40 metros y en cuya esquina está la inevitable cancha de pelota (Lámina 19a). Se han dejado al descubierto más de cien losas esculpidas con imágenes interesantes, sin duda productos más antiguos, que volvieron a utilizar los habitantes posteriores de Monte Albán como material de construcción cortado a la medida. Muchas de estas esculturas incluyen glifos y números que hasta el momento no se han descifrado.[3]

[3] El sistema numérico de barras y puntos ya se usaba durante la época de Monte Albán I y aparece en muchas de las piedras con danzantes. Otras piedras tienen glifos que posiblemente sean registros de los pueblos y jefes que conquistaron Monte Albán en los primeros tiempos: el nombre geográfico se exhibe arriba del glifo que representa una montaña, el cual significa "lugar", y hay una cabeza humana invertida en la parte inferior. Las piedras con los danzantes provinieron de un edificio masivo que se yergue al poniente de la plaza. Los dife-

La metrópoli zapoteca ha producido hasta ahora una riqueza sin precedente de materiales arqueológicos. De las ciento cincuenta y tantas tumbas que se han explorado, las más antiguas son simples cámaras rectangulares de piedra con techo de losa. Las más recientes cuentan con techos y nichos abovedados que se hacen progresivamente más grandes hasta convertirse en complejas cámaras de piedra cruciformes, con pisos y muros de estuco; los interiores están decorados con frescos en azul, rojo, amarillo y negro, mientras que las fachadas primorosas están enterradas. Por todo lo anterior, la arquitectura funeraria de los zapotecas es la más desarrollada de América.

Estas tumbas contenían esqueletos, adornos de jade y hueso, ollas de barro y urnas complejas, que han permitido establecer las edades relativas de las cámaras. Por medio de trincheras cavadas en una escombrera y del estudio de los fragmentos de alfarería enterrados a diferentes profundidades, los arqueólogos pueden determinar las épocas sucesivas de ocupación. En base a un complejo estudio estadístico de los tipos de barro, las técnicas alfareras y las formas de las vasijas, el Dr. Caso ha logrado reconstruir la historia de Monte Albán desde sus inicios; ha establecido cinco épocas distintas, desde el periodo arcaico hasta el siglo XVI, cuando conquistaron el país los españoles y se inició la historia contemporánea ed los zapotecas.

Las cinco épocas de Monte Albán

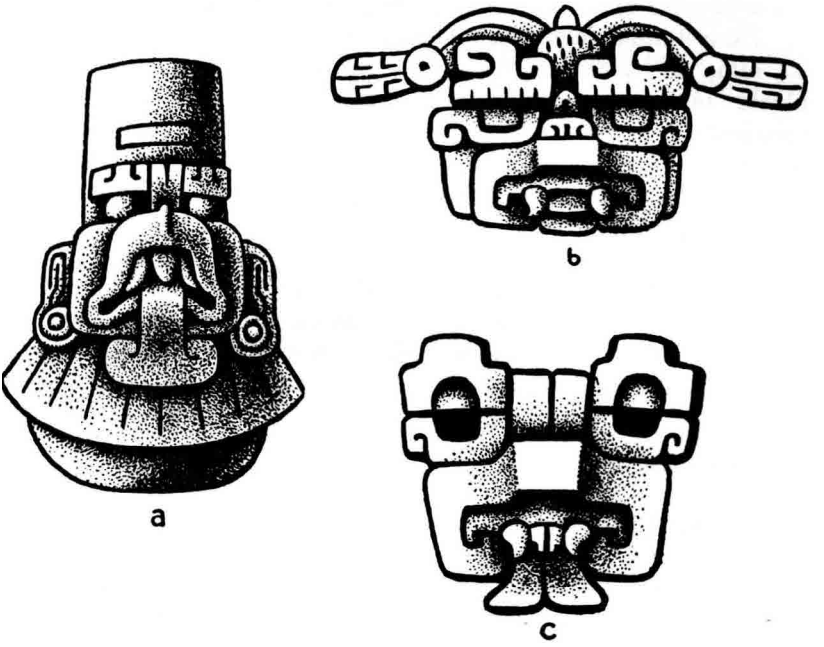
Monte Albán I

Es la cultura más antigua que se ha encontrado hasta la fecha en el Valle de Oaxaca. Aparece en forma misteriosa, directamente sobre la roca viva de la montaña, sin el precedente de alguna cultura anterior, pero ya en pleno desarrollo. Entre los objetos de alfarería de esta época "arcaica" se encuentran los

---

rentes habitantes posteriores de la ciudad destruyeron parcialmente esta construcción y las piedras esculpidas se volvieron a usar indiscriminadamente como material de construcción. Debajo de un edificio de construcción más reciente quedan enterradas sólo ciertas secciones de la estructura original.

excelentes utensilios de color crema y pizarra, de formas gráciles y sencillamente adornados, con grabados de diseños geométricos. Aún en esta primera época aparecen botellas con picos y vasijas de cuatro patas. Los habitantes enterraban a sus muertos en tumbas rectangulares de piedra con techo de losa. Su arte monumental consistía de primitivos bajorrelieves cincelados en losas voluminosas, los cuales se conocen con el nombre de "los danzantes". Estas piezas fueron usadas para adornar



Evolución de la máscara del dios zapoteca de la lluvia: a) un jarrón de jaguar que data del periodo inicial de Monte Albán; b) de la copia de una figurina de Loma Larga, periodo intermedio; c) máscara que representa el dios de la lluvia, de un fragmento de urna encontrado por Saville en Xoxo.

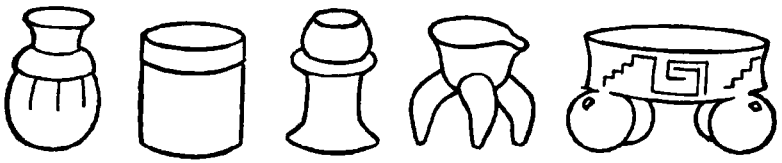
los muros verticales de piedra de los edificios. El estilo de este período se relaciona definitivamente con la cultura denominada "La Venta" (véase Capítulo IV). No solamente se conciben los danzantes al estilo usado en La Venta, sino que la deidad principal de este pueblo también fue el dios jaguar con cara de niño que reinaba sobre la lluvia y los relámpagos, el antepasado del dios zapoteca de la lluvia: Cosijo. Su máscara aparece con frecuencia como adorno en los jarrones típicos dedicados al dios de la lluvia. El hecho de que los habitantes emplearan los glifos para registrar los acontecimientos y el sistema de barras y puntos como números, indica una antigüedad mayor que la que generalmente se acepta. Hay indicios de que tuvo lugar una evolución dentro de esta época y, según parece, la influencia se extendió en todas las direcciones a puntos muy remotos, particularmente hacia el norte, el este y el sur, ya que tuvo su impacto en el Valle de México (Tlatilco), la costa del Golfo de México (Los Tuxtlas) y las llanuras de Tehuantepec. Algunas de las formas típicas de la alfarería son:

Monte Albán I

Monte Albán II

Esta es una época muy breve pero espléndida, de elegancia y nobleza, que en el aspecto arqueológico se caracteriza por alfarería de calidad pintada al fresco, utensilios cafés grabados, cerámica pintada de rojo sobre una base beige y urnas magníficas como la encontrada en la tumba número 77, pieza que tie-

ne una cabeza de hombre de tamaño natural con una cofia de cabeza de pájaro, todo ejecutado magistralmente (Lámina 22a). Datan de esta época las estatuas de barro de figuras paradas, también encontradas por Caso; tienen ojos grandes y rasgados, bocas arqueadas y abiertas y dedos delgados y largos en manos extendidas (Lámina 22b).[4] Las tumbas de esta época tienen techos y nichos abovedados. La grandeza y refinamiento peculiares a Monte Albán II, están al mismo nivel de tumbas de períodos que datan desde antes de las grandes culturas clásicas de México y América Central (Teotihuacan 2, Chikanel) y Caso cree que estos elementos fugaces y antiguos de las grandes culturas indígenas se desplazaron hacia el norte desde alguna parte de Centroamérica. Algunas formas de la alfarería de Monte Albán II son:

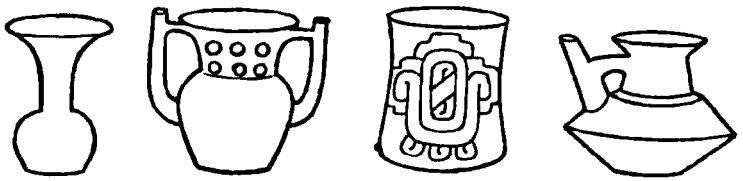


Monte Albán III (500-1000 d. de C.)

Esta es la gran época clásica de los zapotecas, donde predominan jades esculpidos y complejas tumbas con nichos (el inicio de la tumba cruciforme), las que se adornan con frescos policromáticos y se llenan de voluminosas urnas funerarias de barro. Los personajes que adornan las urnas llevan vestimenta

[4] En el mes de abril de 1946, después del envío de este libro a la imprenta, se descubrió una máscara de jade extraordinaria en un entierro del segundo período de Monte Albán. Representa una deidad de mirada socarrona, mitad jaguar y mitad murciélago, que se elaboró cuidadosamente con trozos de jade verde oscuro muy pulido y cuyos ojos y dientes eran de concha blanca. Esta máscara, una de las obras maestras del arte mexicano antiguo, pertenece por su estilo a la cultura de La Venta, lo cual corrobora una vez más la opinión de que este estilo tiene gran antigüedad (véase nota 32, pág. 166).

suntuosa y cascos que representan animales coronados de largas plumas de quetzal, collares pesados y grandes clavijas en las orejas. Sus rostros finos y aristocráticos tinen párpados pesados, narices aguileñas y bocas entreabiertas y sensuales. Normalmente las figuras están sentadas con las piernas cruzadas y las manos puestas sobre las rodillas, con la cabeza echada ligeramente hacia atrás en una actitud de contemplación mística (Lámina 18). En esta época se levantaron estelas de piedra en las que se muestra a los personajes parados sobre un glifo que significa "montaña" o "lugar", en tanto que el glifo que equivale a "cielo" (quijadas estilizadas y abiertas) sobre la cabeza. Estas



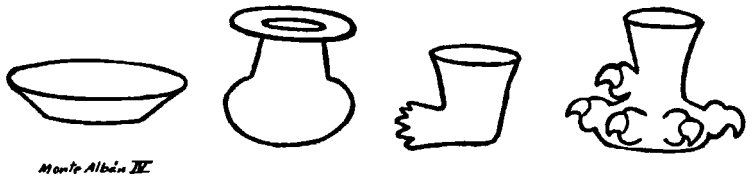
Monte Albán III

estelas llevan también fechas y números en barras y puntos. El arte de la época clásica es rico y maduro, a la vez que es austero y convencional. El motivo básico de los adornos consiste en espirales cuadradas de esquinas redondeadas; las cinceladas se hacían en superficies planas, con una preferencia por representaciones de cabezas de serpientes. No obstante su individualidad, este estilo tiene una relación estrecha con las artes clásicas contemporáneas del altiplano mexicano (Teotihuacan y Xochicalco) y, en menor grado, con las artes más antiguas de Veracruz y el viejo imperio maya. Dentro de este período hay dos épocas perfectamente definidas: una más antigua y más clásica, de mayor calidad artística, que Caso llama Monte Albán IIIa y la posterior, Monte Albán IIIb, que tiene indudables indicios de decadencia artística.

"Corazón de la Tierra", el dios jaguar de la tierra que se adoraba en el Istmo; está parado entre el cielo y la tierra y a cada lado hay columnas de glifos que no se han descifrado todavía. Detalle de la piedra Bazán, encontrada en Monte Albán.

Monte Albán IV (1000-1300 d. de C.)

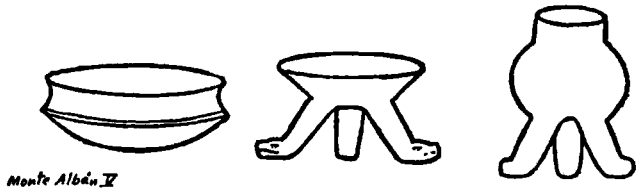
Aunque todavía es típicamente zapoteca, esta época es de total decadencia y finalizó con el abandono de la gran ciudad, tal vez por guerras ruinosas con los mixtecas, quienes entonces estaban en ascenso. Durante este lapso florecía el centro religioso zapoteca de Mitla, aunque bajo fuertes influencias, posiblemente toltecas. En ese lugar se esculpieron tumbas cruciformes en la roca viva y éstas fueron adornadas con mosaicos, grecas y frescos que reflejan la cultura de Quetzalcóatl. Son típicas de este período algunas urnas hechas en moldes, complejas pero artísticamente inferiores y una alfarería tosca y mal horneada. De vigor excepcional en este período es la figura del dios Xipe, "El Desollado", encontrada en la tumba número 58 (Lámina 23a).



Monte Albán V (1300-1521) d. de C.)

Es la última época, cuando los mixtecas ya habían desplazado a los zapotecas de Monte Albán. Los mixtecas llevaron al lugar el renacimiento cultural que se conoce como la cultura "Mixteca-Puebla" o tolteca, época de lujo y grandeza, como se evidenció en el tesoro de la famosa tumba número 7, que corresponde a este período. Las artes de la fundición y lapidarias florecieron en ese entonces y se elaboraban, quizás en manos de artesanos mixtecos, joyas de oro, cobre, jade, cuarzo, obsidiana y mosaico de turquesa. El arte de los pobladores se caracterizó por un complicado simbolismo religioso, esculturas finas en hueso y madera, así como por una pintura jeroglífica en libros de piel de venado y sobre la rica cerámica policromá-

tica mixteca o de "Cholula". Reaparecen las tumbas de techos planos y, en Mitla, las más recientes se hacían en forma de T. Esta gran época fue cortada en flor por la llegada de los españoles.



El último santuario zapoteca importante de Mitla (*Yoo-paa* en zapoteca), "Morada de los Muertos" o "Casa de Descanso", se cuenta entre las ruinas más conocidas y mejor conservadas de México; inclusive, los primeros misioneros españoles escribieron con admiración sobre los espléndidos edificios, "más orgullosos y magníficos que todos los demás que ellos, los frailes, habían visto en la Nueva España".[5] Burgoa da una relación minuciosa de las construcciones, de sus maravillosas columnas monolíticas, de la habilidad de los arquitectos indígenas; de los mosaicos hermosos de piedritas "blancas" unidas sin mortero, fijadas sobre un fondo de estuco, material que asombró a Burgoa porque, observaba, "era de una dureza tal que nadie sabe con qué clase de líquido se habría mezclado".[6] Los edificios se han usado constantemente hasta nuestros días y un ala fue remozada y readaptada como la iglesia y residencia parroquial de San Pablo. Desafortunadamente, los sacerdotes modernos no tuvieron la misma conciencia de sus predecesores respecto al valor histórico y artístico de Mitla. Una pieza llena de frescos antiguos de importancia arqueológica inestimable se usaba, hacia 1904, como establo del cura, mientras que parte de los frescos fue tirada para construir una pocilga.[7]

[5] Torquemada, 1723, Vol. III, Cap. XXIX.
[6] Burgoa, 1934b, Cap. LIII.
[7] Seler, 1906.

El estilo arquitectónico de Mitla es único por la forma original en que se manejaron las líneas y proporciones de la arquitectura, por los contornos de las paredes y las molduras, así como por la modalidad de los adornos. Los edificios de Mitla no se levantan sobre la parte superior de las pirámides elevadas usuales, sino que se extienden en masas bajas y horizontales. Sus techos planos descansan sobre plataformas que cierran los cuatro extremos de plazas, con lo que se logra una armonía notable con el paisaje circundante. Hay austeridad y grandeza en las proporciones de las columnas monolíticas y los amplios portales, los cuales se cierran con dinteles gigantescos tallados en enormes bloques de piedra. Los contornos masivos de los edificios hacen un contraste notable con los mosaicos diminutos de piedra que adornan los entrepaños de los muros. En estos entrepaños se usan más de veinte diseños diferentes, todos éstos basados en un solo motivo, el espiral escalonado llamado *xicalcoliuhqui* ("adorno para calabazas"), posiblemente el más característico de los motivos del arte indígena de México y América Central; se deriva de la cabeza estilizada de la "Serpiente del Ciello" y, por ello, es símbolo de Quetzalcóatl.

Burgoa nos dejó relatos fantásticos sobre el uso y el propósito de estos "palacios". Escribe que había series de cámaras. La primera era para los dioses; la segunda, construida debajo del suelo, era el lugar de entierro para los altos sacerdotes; la tercera se reservaba para los reyes zapotecas. De acuerdo con este autor, había otra cámara subterránea que servía de panteón común para todos los muertos en batalla. Individuos enfermos o infelices rogaban a los sacerdotes que les permitieran entrar a esta cámara para morir ahí y así gozar de la felicidad eterna. Se decía que la cámara conducía hacia un túnel subterráneo de treinta leguas de distancia. Unos curas contemporáneos de Burgoa intentaron explorarlo pero de pronto, presas del miedo, volvieron a la entrada y "taparon para siempre aquella puerta trasera al infierno". Persisten hasta nuestros días los mitos referentes a pasadizos subterráneos de muchos kilómetros de longitud, pero fuera de las cámaras subterráneas que describe Burgoa y que se reconocen fácilmente como

las complejas tumbas mencionadas, no se ha encontrado nunca rastro alguno de ellos.

Mitla fue simbólica del culto zapoteca de las cuevas, o sea, del acercamiento al mundo espiritual del interior de la tierra. También residía allí el alto sacerdote, el *uija-tao* ("Gran Profeta"), a quien, de acuerdo con Burgoa, veneraban incluso los reyes, que "le consultaban todos los asuntos y cada una de sus necesidades y cumplían sus órdenes con absoluta obediencia, aun a costa de su sangre y su vida". Era una especie de Buda viviente, la encarnación de Quetzalcóatl. Tan poderosa era su magia que tenía que vivir aislado para evitar que la muerte acosara a las personas comunes que osaran mirarlo. Entraba en trances para comunicarse con los dioses y transmitía sus mensajes a los fieles por medio de gemidos de dolor y monólogos terroríficos. A su muerte fue sucedido por el hijo procreado por la hija virgen de un jefe, muchacha que había sido reservada para él y con la que tuvo coito durante la celebración de un festival. En este acto recibió la ayuda de sacerdotes menores —*copa-bitoo*, *ueza-eche* y *pixana* ("guardianes de los dioses", "sacrificadores" y "seminaristas")—, algunos de los cuales fueron emasculados.[8]

Los conceptos religiosos de los zapotecas, descritos con mayor detalle en el Capítulo XI, constituían un laberinto enmarañado, relacionado con el culto a los elementos, la fertilidad, el maíz, la lluvia y los relámpagos, a los antepasados y así sucesivamente. Lo más importante en el arte zapoteca fue el señor de la lluvia y los relámpagos, Cosijo, símbolo de la fertilidad que combina el jaguar de la tierra con el dragón del cielo, que son los dos símbolos fundamentales de la filosofía del indígena mexicano. El ritual zapoteca consistía en ayunar y hacer sacrificios de alimentos, flores, jade, alfarería, incienso, así como de la sangre de pequeños animales y de seres humanos, quienes se desangraban. Los zapotecas observaron un complejo año ceremonial de 260 días, el que se dividía en cuatro "estaciones"; éstas se componían de cinco semanas de trece días cada una

[8] Seler, 1904a.

y el nombre del dios que gobernaba a cada uno de los trece días determinaba las posibilidades de éxito o fracaso de cualquier empeño.

El reino del Cerro del Jaguar

No disponemos de datos sobre las dinastías zapotecas más antiguas pero parece que fue cerca de 1390 de nuestra era cuando se estableció una nueva dinastía en *Zaachil Yoo* ("Morada del Caimán de las Nubes"), en el punto preciso donde está la aldea moderna de Zaachila, cerca de la ciudad de Oaxaca. Sin embargo, hacia 1360 los zapotecas ya habían ocupado Tehuantepec y habían conquistado a los indígenas del Istmo, quienes muy probablemente fueron los indios zoques y huaves.[9]

Más o menos en esos años hordas de inmigrantes salvajes provenientes del norte, los aztecas, empezaron a establecerse en el Valle de México dentro de tierras pantanosas que, por piedad, les habían cedido los habitantes civilizados. Pero los aztecas eran guerreros ambiciosos y feroces, por lo que un siglo después ya habían sometido a sus anfitriones y habían convertido en sus vasallos a todos los pobladores del altiplano. El rey azteca Moctezuma el Mayor[10] llevó a cabo una expansión colonial de costa a costa y emprendió la conquista del país de los zapotecas y mixtecas.[11] Así se inició la lucha larga y amarga por el control sobre el rico Valle de Oaxaca y las llanuras de Tehuantepec. El imperio azteca prosperó con el tributo pagado por las poblaciones sometidas, los aztecas necesitaban a Tehuantepec para poder dominar las rutas comerciales a Chiapas y Guatemala. Por otra parte, los aztecas tenían un pretexto re-

[9] Burgoa (1934b, Cap. LXXII) escribió en 1674 que "hace más de trescientos años los zapotecas conquistaron a este país y establecieron pueblos en todos los puntos oportunos, porque al rey zapoteca le gustaba la tierra..."

[10] Moctezuma Ilhuicamina (1440-1469) —quien fue anterior a Moctezuma Xocoyotzin, "El Joven"— se casó, de acuerdo con los datos disponibles, con la hija del poderoso rey mixteca Dzawindadna (Atonaltzin) a raíz del asesinato de éste (Radin, 1935).

[11] Los aztecas habían establecido una avanzada militar en medio del reino zapoteca, precisamente en Uaxyacac —la ciudad moderna de Oaxaca—, donde vivían en aquel entonces aproximadamente 600 familias aztecas.

El rey Ahuizotl, conquistador de Tehuantepec (Códice Mendoza).

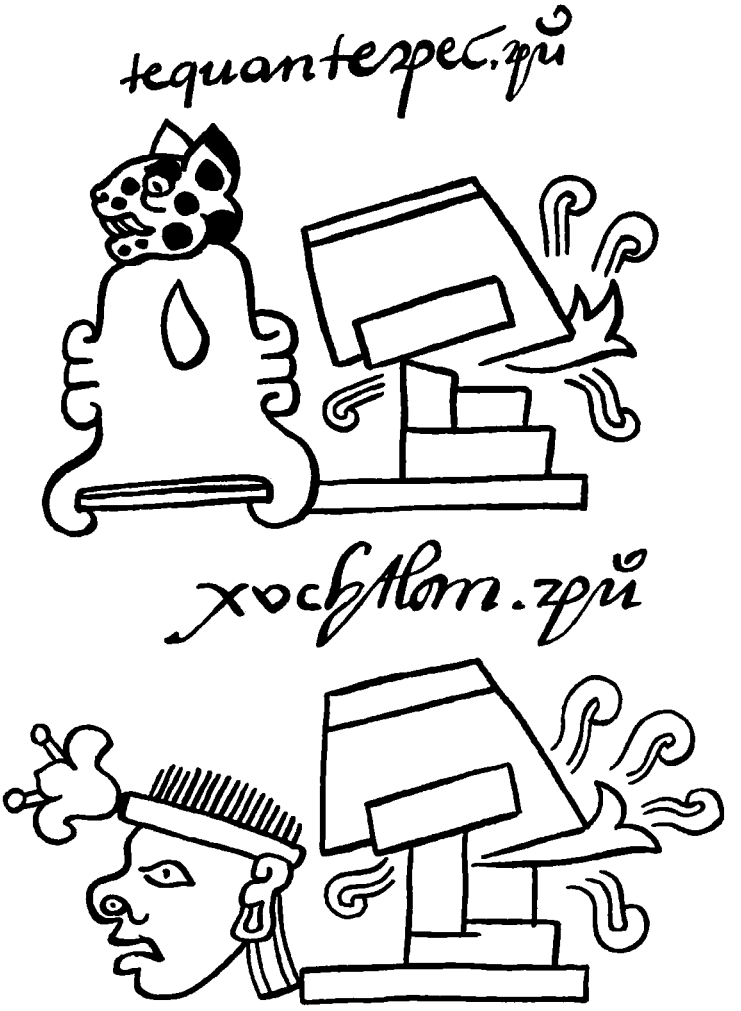
ligioso para sus agresiones constantes: necesitaban miles de prisioneros para llevarlos a sacrificar a México, porque el mágico bienestar dentro de su territorio dependía de la salud de los dioses, a quienes había que alimentar con ríos de sangre humana para mantenerlos vivos.

El sucesor de Moctezuma, Axayácatl (gobernó de 1469 a 1479) pudo capturar Tehuantepec, pero lo perdió ocho años más tarde al ser derrotado a manos de un ejército combinado de zapotecas y mixtecas. Hacia 1495, los aztecas conquistaron formalmente el Valle de Oaxaca y el siguiente rey azteca, el famoso Ahuizotl (gobernó de 1486 a 1503), volvió a capturar Tehuantepec. Existen muchas menciones de estas expediciones militares contra Tehuantepec en los escritos de historiadores, tanto indios como españoles, a partir de la conquista hispana.[12] Estas expediciones se organizaron (de un modo similar a las que los comerciantes ingleses enviaron a los mares del sur en el siglo XIX) con el apoyo de las empresas privadas de los pochtecas, ricos comerciantes aztecas, con el propósito de comerciar con los pueblos de la costa del Pacífico (los zapotecas),[13] de conquistar y conservar abiertas sus rutas comerciales a Soconusco y Guatemala y de obtener los productos valiosos del sur tropical: cacao, plumas preciosas, oro, jade, pieles curtidas de jaguar, etc. Los aztecas estaban satisfechos con limitar su control sobre el territorio de los zapotecas al aspecto económico, por lo que permitieron a sus vasallos conservar su autonomía política.

---

[12] Sahagún, 1938, Vol. IX, Cap. II; Tezozomoc, 1878, Caps. LXXV y LXXVI; Durán, 1867; Códice Telleriano-Remensis, 1899; Anales de Chimalpahin; Códice Vaticano, Núm. 3738, 1900.

[13] Tanto Sahagún como Tezozomoc llamaron a los zapotecas "anahuaca" ("inaocac toyaouh mochiuh in tzapotecatl in anahuacatl", Sahagún, Vol. IX, Cap. II) y Seler (1904b) explica que la palabra "anahuac" se refería a las costas al norte y sur del Istmo. Las rutas del comercio bifurcaban en Tuxtepec. Una conducía a Anahuac Avotlan, la costa de Tehuantepec, donde los naturales de Tehuantepec, Izhuatlan Amaxtlan, Xochitlan, Quazontlan, Omitlan y Mapachtepec, hostigaban a los comerciantes aztecas; todos estos pueblos estaban situados entre Tehuantepec y Soconusco, los cuales separaba el Río Ayotlan. La otra ruta llevaba a Anahuac Xicallanco, el territorio de los olmecas, el sur de Vera Cruz y la costa de Tabasco. Xicallanco era el nombre de un pueblo junto a la Laguna de Términos y es el que mencionan Motolinia, Mendieta y Torquemada como el lugar donde se reunían comerciantes para realizar intercambios.



Glifos que representan la conquista de Tehuantepec y de Juchitán (Códice Mendoza).

Uno de estos grupos de comerciantes aztecas fue emboscado y sus integrantes muertos, salvo uno que pudo volver a su tierra e informar sobre lo acontecido. El cronista indígena Tezozomoc[14] describe la excitación que se suscitó en los aztecas: el jefe Cihuacóatl juró que dos mil rehenes pagarían con la vida el asesinato de cada azteca. Ahuizotl reunió a sus generales y empezó a hacer todos los preparativos necesarios para trabar combate con los zapotecas: se entrenaron soldados, se elaboraron armas, al dios de la guerra se le hicieron sacrificios y oraciones especiales, ayunaron las mujeres y los sacerdotes hicieron penitencias consistentes en desangrar sus propios cuerpos. El ejército se marchó hacia el sur otentando todos los distintivos de guerra: caras pintadas, armaduras de algodón, estandartes, arcos y flechas, mazas con hojas afiladas de pedernal y obsidiana, lanzas largas que se podían lanzar muy lejos, hondas, escudos y así sucesivamente. Con Ahuizotl a la cabeza, el ejército se batió con los zapotecas, aunque no sin realizar primero un ritual muy complicado: todos los jefes aztecas juraron estar dispuestos a morir por su rey, quien percutió un tambor en señal del inicio de la batalla. Durante el combate los soldados golpearon sus escudos y gritaron hasta que "retumbaban las montañas y las llanuras". Mediante intérpretes, los zapotecas gritaban a los aztecas en su propio idioma desde sus líneas, diciéndoles que todos serían muertos y que no volverían a ver su tierra; pero los aztecas lucharon ferozmente y derrotaron rápidamente a los pueblos de la costa. De esta manera quedó nuevamente conquistada la provincia de Tehuantepec y los aztecas amenazaron con aniquilar a los zapotecas; pero fueron apaciguados con regalos valiosos de jade, oro, plumas preciosas, etc., los cuales repartió el rey, reservando lo mejor para el mismo Tezahuitl Huitzilopochtli y el resto para su aliados.[15] Sin embargo, los aztecas se llevaron a México para los sacrificios gran número de prisioneros zapotecas.

En las viejas relaciones y códices de los indígenas, se hace frecuente referencia a estas guerras y, respecto a las fechas,

[14] Tezozomoc, 1878.

[15] Netzahualpilli, el rey de Acolhuacan y Totoquihuaztli ,el rey de Tecpaned.

hay algunas discrepancias. Estos acontecimientos tuvieron lugar en el año de 1465, aproximadamente,[16] durante el reino del valiente y romántico rey zapoteca Cosijoeza, coronado en 1487 para suceder en la dinastía de Zaachila. Cosijoeza fue un estadista hábil que no se resignó a convertirse en títere de los aztecas. Tanto los zapotecas como los mixtecas eran víctimas del imperialismo azteca y, para establecer una defensa contra los aztecas, Cosijoeza concertó una alianza con sus enemigos eternos, los mixtecas. Muchos historiadores han escrito sobre los acontecimientos subsecuentes con imaginación desenfrenada, al adornar libremente los pocos datos que nos dejó Burgoa, hasta ahora la fuente única de la historia zapoteca. Por lo tanto, prefiero limitarme a citar el texto pintoresco y pomposo de este autor:[17]

Los aztecas atacan Tehuantepec (Durán).

"...Las dos naciones, la zapoteca y la mixteca, juntaron sus fuerzas y formaron un ejército poderoso. Las historias mixtecas relatan que aportaron veinticuatro ejércitos de soldados aguerridos bajo el mando de igual número de capitanes decidi-

[16] Radin (1920), al igual que Durán, menciona la fecha 2. tochtli, o sea, 1494; el Códice Telleriano-Remensis señala 1495 (3. acatl) como el año de la conquista azteca de Teozapotlan; en los Anales de Chimalpahin la fecha que se da es 1497 (5. calli). No está claro si estas diferentes fuentes se refieren a la misma acción.

[17] Burgoa, 1934b, Cap. LXXII.

dos y bien escogidos, todos listos para luchar bajo el rey zapoteca... Porque los habitantes estaban extenuados por las batallas anteriores y porque, en los pueblos conquistados, los aztecas no dejaron guarniciones de sus mejores soldados, el ejército mixteca-zapoteca avanzó rápidamente a través de las montañas y los valles, matando cruelmente a quienes ofrecieran resistencia, convirtiendo en vasallos a los que se rindieran pacíficamente, destruyendo las aldeas en el camino real por donde habían pasado los mexicanos... El fogoso zapoteca llegó a Tehuantepec y tuvo que usar todo su valor para despojar a los huaves[18] y expulsar a los aztecas. Aunque Moctezuma[19] había recibido noticias de las incursiones de los zapotecas, no pudo arriesgarse a debilitar a sus ejércitos, que estaban muy alejados de sus bases, por lo que decidió esperar hasta tener una mejor oportunidad; pero cuando supo de la captura de Tehuantepec y sopesó esa pérdida, firme y encolerizado determinó que ya era el momento de detener al atrevido rey zapoteca; envió a sus capitanes más valientes con un gran ejército bajo la consigna de traerlo vivo para poder castigarlo por su insolencia y escarmentar a otras naciones...

"Pero el zapoteca, tan astuto como valiente, reconoció la fuerza superior de los aztecas; cuando se enteró del acercamiento del enemigo, hizo preparativos para retirarse con un gran ejército hasta una posición fortificada arriba de una montaña alta que linda con el río [el cerro de Giengola], construyó ahí grandes muros de losas y se aprovisionó de suficientes flechas envenenadas, lanzas y comestibles como para resistir un año. En la cima había manantiales con bastante agua para todos;[20] no obstante, ordenó la excavación de un enorme estanque que sirviera de criadero para peces tomados del río...

---

[18] Esto implica que los huaves vivían en Tehuantepec en 1495 como vasallos de los aztecas.

[19] Burgoa confundió acontecimientos anteriores con otros que tuvieron lugar después, además de atribuir a Moctezuma El Mayor las hazañas de Ahuizotl (Seler, 1906).

[20] De acuerdo con los indios chontales que frecuentan la montaña, no hay agua en Giengola y siempre tienen que llevar la suya desde abajo.

Cosijoeza, rey de Zaachila (Códice Guevea).

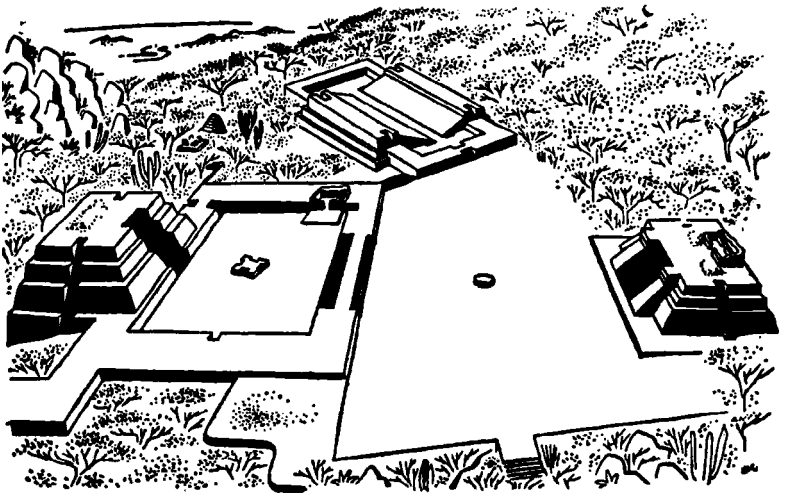
"El gran ejército zapoteca subió hasta donde estaba la ciudad fortaleza, pero dejó abajo a un número igual de soldados para que ellos impidieran el paso entre las laderas y el río, a la vez que cubrió la llanura al norte con veinte mil valientes mixtecas. Tal fue el impacto de la resistencia que los aztecas encontraron a su llegada, extenuados por la larga marcha desde México, o sea, de más de ciento veinte leguas, que decidieron sitiar la fortaleza y obligarla a rendirse... Los zapotecas hostigaron al ejército azteca acampado al pie de la montaña, al descender sobre ellos silenciosamente durante las noches, a través de senderos que habían abierto con ese fin. Variaban la hora y la forma de sus ofensivas, desde atrás y desde adelante; fingían ataques y luego lanzaban todo el peso del asalto desde otra dirección, hasta que el ejército mexica perdió la mitad de su fuerza por enfermedades y bajas. Los zapotecas cargaban, hasta la cima de su montaña, a los muertos y heridos aztecas, para destazarlos y salar su carne. Este botín macabro les proveyó de suficientes comestibles y con las calaveras y los huesos construyeron un gran muro, el que enseñaron a un capitán mexicano herido que habían capturado; lo pusieron en libertad para que fuera a contar a los suyos del fin que les esperaba y de las grandes reservas de alimentos que había. Los refuerzos que los aztecas recibieron en dos o tres ocasiones durante el asedio de siete meses, no alteraron la situación..."

El lugar donde Cosijoeza resistió con éxito el memorable sitio de los ejércitos aztecas aún existe, admirablemente conservado, pero enterrado bajo los matorrales espinosos que abundan arriba del imponente cerro de Giengola ("Roca Grande"), a sólo unos dieciséis kilómetros de Tehuantepec. Los zapotecas modernos de la región se refieren a esta montaña con una mezcla de admiración y temor. Entre ellos son pocos los que conocen la cumbre, pero todos han oído que hay allí palacios entre árboles frutales. Creen que dichos palacios fueron obra de los *binigulaza*, los antepasados y que quienes suben hasta arriba quedan embrujados. Durante mucho tiempo la montaña ha sido un escondite favorito de bandidos y rebeldes, individuos que

se aprovecharon del miedo supersticioso de la gente y de la excelente protección natural que el punto ofrece. Desde que la paz volvió al Istmo, una familia emprendedora de indios chontales trepa la pendiente de Giengola hasta su cumbre, seguros de no ser molestados, para cultivar ahí un maíz más fino y grande que el producido en la llanura.

Acompañados de nuestros amigos chontales y un botánico neoyorquino, "Don Tomás" McDougal —quien todos los años busca en el cerro nuevas especies botánicas, lagartijas y víboras—, iniciamos la ardua subida para conocer la ciudad muerta. Las ruinas se levantan a una altura de 330 metros sobre el nivel del mar, a un tercio de la distancia hasta la cima, entre una escarpadura elevada y las laderas principales. Se llega sólo después de un ascenso agotador sobre un sendero empinado y escabroso que se ha abierto entre el denso matorral de mezquite espinoso, árboles sin hojas y cactos agresivos. Por ser alpinistas experimentados, Don Tomás y los chontales ascendían con facilidad; saltaban de una roca a otra y se detenían de vez en cuando para capturar una lagartija o recoger una planta rara, pero con más frecuencia para esperarnos cuando quedábamos atrás, jadeantes y sudorosos, hasta que les alcanzábamos nuevamente. A la mitad del camino hasta las ruinas, topamos con un gran muro hecho de piedras toscas que habían sido montadas hasta una altura media de tres metros; el grueso era de dos metros. La barrera, que recorre toda la parte visible de las laderas, estaba derrumbada en algunos puntos. Los chontales insistieron en que el muro cercaba toda la montaña, adherido a los contornos de la tierra como una serpiente giganteca. Esta fue la primera línea de defensa, hecho que evidencian las pilas de voluminosas piedras de río —depósitos de municiones— que aparecen a intervalos regulares a lo largo del muro. A cada lado de una entrada hecha en el muro y por donde pasa el camino, hay pequeños puestos de observación. Más arriba hay dos muros adicionales, también de losas encimadas, que cierran el paso a la ciudad, a donde se llega, después de una subida vigorosa de una hora, por una corta escalera. Esta desemboca en una gran plaza, de casi trescientos metros de largo, con dos

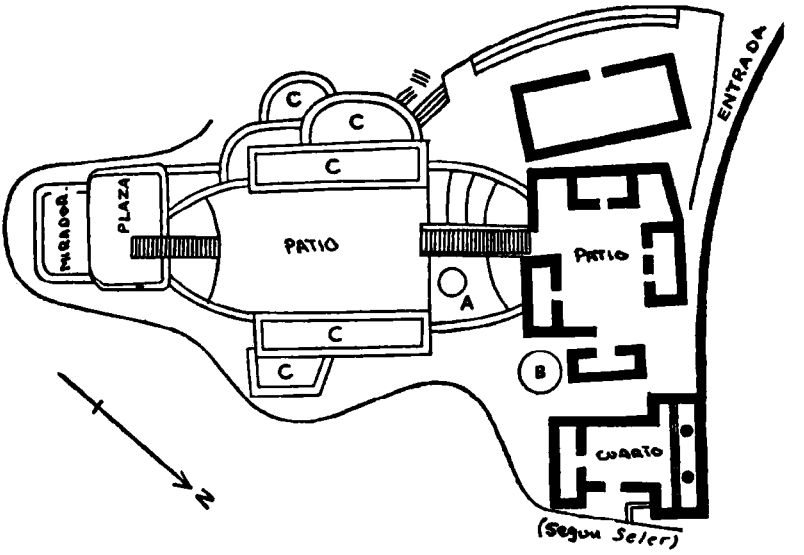
pirámides en cada extremo: una al poniente de la plaza, con una escalinata ampia, conduce a la plataforma donde los muros de un templo permanecen todavía; la otra, al oriente, mira hacia un patio hundido y rodeado de una plataforma amplia. Entre los tocones de árboles y sobre los muros se asoma una capa gruesa de estuco con rastros de pintura roja, lo cual indica que toda la plaza y los edificios formaban alguna vez una unidad lisa y colorada. A un lado, al sur de la plaza y todavía enterrada bajo una maraña de ramas y cactos, se encuentra una bien conservada cancha de pelota con muros en pendiente.



Vista de las ruinas de Giengola.

Las ruinas de los templos, patios y viviendas, se extienden hacia el sureste por una inclinación; hay cuartitos curiosos sobre plataformas, aposentos circulares, plazas y muros, además de hoyos cavados en la tierra que revelan el interior oscuro de tumbas saqueadas. La ciudad termina abruptamente en el borde

de una escarpadura donde está construido un puesto de observación encantador, el único punto desde el cual se alcanza a ver el pueblo de Tehuantepec. Este puesto de observación es parte de una unidad compleja, con sus cámaras, patios, escalinatas, estanques y terrazas, que en un tiempo habrán sido jardines. Esta sección da una impresión de intimidad y amabilidad y, sin duda, fue la residencia de un jefe, quizá el palacio de Cosijoeza.



Mapa de los edificios al sureste de las ruinas, posiblemente las habitaciones del rey.

Este lugar extraordinario fue la escena del famoso sitio. Fue asombroso contemplar en nuestros tiempos los muros que habían construido los zapotecas para impedir el avance del ejército azteca; los depósitos de piedras de río que utilizaron como municiones, en su lugar original después de cuatrocientos

cincuenta años y las ruinas de las pirámides, templos y palacios que los aztecas nunca llegaron a ver. Los zapotecas pudieron resistir el largo asedio y Ahuizotl se vio obligado a retroceder. Estaban interrumpidas sus líneas de comunicación con Guatemala, sus ejércitos padecían enfermedades y las asoladoras incursiones nocturnas de los zapotecas, más los interminables ataques de los mixtecas en sus flancos, habían hecho estragos en la moral de los guerreros aztecas. Ahuizotl pidió negociar la paz y entrar en una alianza con Cosijoeza, con base en el parentesco que se creó entre los dos reyes por el casamiento de Cosijoeza con la princesa Chispa de Algodón,[21] la hija más hermosa de Ahuizotl. Cosijoeza desconfiaba del emperador azteca y se negó a tener tratos al principio; fingía no conocer a la muchacha. De acuerdo con la leyenda, el rey azteca ordenó a sus brujos emplear magia para causar que Chispa de Algodón apareciera ante Cosijoeza, mientras éste se bañaba en un manantial límpido bajo la sombra de grandes árboles. Emergió bellísima y bañó al rey tiernamente con una media calabaza laqueada y el tipo de jabón que usaba su padre. Cosijoeza se enamoró de ella e, inmediatamente, se hicieron los arreglos para la boda. Antes de desaparecer ella, se acordó que Cosijoeza enviaría a México a un embajador para pedir la mano de la muchacha. Para que Ahuizotl no la sustituyera con otra, el enviado la reconocería por la "graciosa verruga peluda" que tenía en una mano. La alianza se formalizó al ser entregada Chispa de Algodón, debidamente identificada por su verruga, a los enviados de Cosijoeza. Fueron intercambiados regalos valiosos y, en ambos extremos del nuevo eje azteca-zapoteca, se celebraron ceremonias y festividades. Chispa de Algodón fue llevada en hombros hasta Tehuantepec, donde se efectuó la boda con la asistencia de muchas personalidades mixtecas y aztecas y con gran ostentación de lujo y poder en la corte de Cosijoeza.[22]

[21] "Chispa de algodón" debería ser *Ichcatlaxoc* en náhuatl, de acuerdo con Seler. Los historiadores Gay y Martínez Gracida le dan los nombres Coyoliccatzin, del náhuatl, o Pelaxilla, del zapoteca, ninguno de los cuales se menciona en el texto de Burgoa.

[22] Existe una versión popular zapoteca de este relato que Radin (1935) recogió en Zaachila. Aunque ese autor estima que es un cuento oral original, hay

Ahuizotl planeaba traicionar a los zapotecas y trató de obtener información de su hija sobre el verdadero poder de los dioses zapotecas, la fuerza de su ejército y la ubicación de sus pertrechos de guerra. Su plan consistía en enviar un ejército a través del país de su yerno, supuestamente para auxiliar a las debilitadas fuerzas aztecas en Guatemala y Nicaragua, prender fuego a los depósitos de armas de los zapotecas y atacarles sorpresivamente. Pero Chispa de Algodón amaba lealmente a Cosijoeza e informó a su esposo sobre la conjura.[23] Sin embargo, se permitió al ejército de los mexicanos atravesar el territorio zapoteca, escoltado cortésmente a todo lo largo del camino por miles de guerreros zapotecas bien armados.

Ahuizotl murió en 1503 y le sucedió Moctezuma El Joven (Xocoyatzin). El astuto Cosijoeza mantuvo en sus manos el control sobre todo el Valle de Oaxaca y Tehuantepec, casi sin fricciones con sus indeseados aliados aztecas. No obstante, las cosas no iban bien con sus demás aliados, los mixtecas, a quiene Cosijoeza había concedido una aldea (supustamente La Mixtequilla, cerca de Tehuantepec) a cambio de su ayuda en la recaptura de Tehuantepec. Además, había intentado expulsar a los mixtecas de sus tierras en el Valle de Oaxaca, por lo que, una vez, los mixtecas se levantaron en armas contra los zapotecas.

Mientras tanto, Chispa de Algodón había dado a luz a un hijo bajo los auspicios más sombríos: fenómenos celestiales y otros acontecimientos de mal agüero estropearon las fiestas celebradas por el nacimiento y, en consecuencia, el niño recibió

---

razones para creer que es una traducción moderna al zapoteca del célebre relato, que publicaron anteriormente historiadores oaxaqueños como Gay (1881) y Martínez Gracida (1888), cuya fuente fue la versión original de Burgoa. Aparecen aquí dos elementos que muy probablemente agregó Martínez Gracida: el nombre el enviado de Cosijoeza, *Alarí*, y el nombre *Koyulikansi* (Coyolicatzin) para la princesa, el cual no se usa en la versión original. (Véase la nota anterior).

[23] El códice Telleriano-Remensis (pág. 14) describe la lealtad de la princesa azteca a Cosijoeza: "Año de 1502, 10. conejo: después de tener hijos del señor de Tehuantepec, esta hija de Moctezuma previno a su esposo que su padre se la había regalado sólo para mantener buenas las relaciones y para poder entrar en su territorio a fin de subyugar a su pueblo. El señor de Tehuantepec hizo que de entonces en adelante ningún mexicano [azteca] entrara en su reino, situación que rigió hasta la llegada de los cristianos [los españoles], quienes les subyugaron".

el nombre de Cosijopi ("Viento de Relámpagos").[24] Impresionados con los anteriores, los brujos zapotecas predijeron un destino trágico para el príncipe heredero y para el reino. Cosijopi se crió en Tehuantepec y, al llegar a su mayoría de edad, fue coronado rey de la provincia, mientras que su padre, que permanecía en Zaachila como el rey de Teozapotlán, se ocupaba en guerras interminables y sangrientas contra los mixtecas.

La conquista española y la colonia

En agosto de 1519, Cortés y su ejército de aventureros españoles desembarcaron en Veracruz. Para septiembre habían vencido a los poderosos tlaxcaltecas y en noviembre habían entrado en Tenochtitlán, la metrópoli más grande y más orgullosa de los indígenas en aquellos tiempos, donde tomaron como prisionero y rehén al asustado Moctezuma. La noticia tardó poco en llegar a Zaachila y Tehuantepec y Cosijoeza creyó que ésta era su oportunidad de deshacerse de sus dos enemigos: los aztecas, para quienes su reino era fuente de tributos y los mixtecas, contra quienes se batía en una guerra, que perdía. Sin vacilación, despachó hacia México enviados suyos y de su hijo, el rey de Tehuantepec, con un cargamento de regalos valiosos para los españoles, a quienes ofreció su lealtad incondicional al rey de España, gesto que Cortés aceptó agradecido. Los enviados regresaron a Teozapotlán y Tehuantepec con dijes de España, principalmente cuentas de vidrio, e informes fantásticos sobre el aspecto, armamento y caballos de los hispanos. La alianza enfureció aún más a los mixtecas, que atacaron a los zapotecas con mayor vigor.

[24] Los nombres de Cosijoeza y Cosijopi se escriben de las maneras más variadas: Cosiyoeza (Bancroft), Kosixwesa (Radin), Cocijoeca (Seler), Cosihuesa (Código Guevea), Cosijopij (Burgoa), etc. Asimismo, se han interpretado en distintas formas: Cosijoeza como "Relámpago que se Acerca" (Seler), "Relámpago que Sacude las Nubes" (Martínez Gracida) y "Presagio de Nubes" (Henestrosa). La interpretación de Cosijopi está bastante clara: "kosi'io": relámpago, "bi": viento, aliento. Cosijoeza se traduce, al parecer, así: "Kosi'io-zá": "Relámpago de las Nubes". El "ij" de ambos nombres es un manerismo del siglo XVI que equivale a un "i" largo o doble. De esta manera, deberían escribirse "Cosiioeza" y "Cosiiobi" o "Cosiiopi".

Cortés envió un ejército para que tomara posesión de Oaxaca y sometiera a los mixtecas. Los españoles entraron combatiendo en Oaxaca, donde obligaron a los mixtecas a acordar un armisticio con los zapotecas, y asignaron a cada bando las tierras respectivas que ocupaban en esos momentos. Al mismo tiempo que sofocaban revueltas esporádicas, los españoles conquistaron gradualmente los diferentes estados del Valle de Oaxaca y, por fin, los mixtecas se rindieron. Fueron bautizados muchos jefes indígenas, entre ellos la ahora legendaria princesa Donají, una de las hijas de Cosijoeza, que tomó el nombre de Doña Juana Cortés.[25]

Los mixtecas y los zapotecas no podían mantener la paz y el rey de la provincia mixteca del sur, Tututepec, preparó una incursión contra Tehuantepec; pero el notoriamente cruel Pedro de Alvarado llegó a Oaxaca en 1522 frente a un poderoso ejército con el propósito de aplastar a los rebeldes. La expedición tuvo un recibimiento pacífico en Tututepec, cuyos habitantes hicieron a los hispanos regalos de oro que despertaron tanta codicia en Alvarado, que mandó detener al rey cuando se agotó el oro. Entonces, Alvarado emprendió el ataque a los pueblos de los chontales, donde quemó a quienes opusieran resistencia y torturó a los jefes de Jalapa para despojarlos de sus tesoros. Su carácter codicioso y sanguinario hizo que se convirtiera en objeto del odio tanto de los indios como de los españoles; se vio en la necesidad de agarrotar a algunos de sus soldados, quienes conspiraron para matarlo porque no les dejaba conservar su botín. Siempre que pudieran hacerlo, los mixtecas emboscaban y masacraban a los españoles y, en un choque con los chontales de Tequisistlán, el ejército de Alvarado casi fue derrotado y él recibió una herida en la cabeza. Por su esfuerzo se le concedió en encomienda el pueblo y las tierras de Jalapa del Marqués y de Tututepec, con el derecho de explotar

[25] Donají, heroína de los colegiales zapotecas, se casó con el príncipe mixteca de Tilantongo, Diego de Aguilar y fue bautizada Doña Juana Cortés. Los dos fueron sepultados en el convento de Cuilapan, del que sólo quedan sus ruinas. Sobre el piso de la capilla hay una lápida con la inscripción siguiente: "MAIOANA (María Ioana) CORTES DIEGO AGUILAR".

estas propiedades en beneficio propio; pero Cortés se enteró de que tan sólo Tututepec producía más de cincuenta pesos diarios, por lo que Alvarado perdió su encomienda, que pasó a manos de Cortés.[26]

Es evidente el espíritu dominante de la conquista española en una declaración sobre la conquista de Tututepec que escribió el mismo Cortés, en su cuarta carta al rey de España: "...fue conquistada toda la provincia [Tututepec] y su señor, sus hermanos y un capitán fueron tomados presos y agarrotados. El resto de los prisioneros, unas doscientas personas, fueron hechos esclavos, herrados y vendidos en subasta. Del producto de ésta, se apartó la quinta parte para Vuestra Majestad y lo demás se dividió entre los participantes en la guerra, aunque no quedaba suficiente para pagar por un tercio de los caballos que murieron, porque la tierra era pobre y no había más botín..."

El joven Cosijopi no heredó de su padre su estatura de estadista, ni su genio militar ni su valentía. Supersticiosamente, se convenció de la inmutabilidad de su destino y dedicó todas sus energías a apaciguar a los conquistadores. Recibió a Alvarado con gran beneplácito a la llegada de éste a Tehuantepec, ocasión en que el nombre del pueblo se cambió a Villa de Guadalcazar. Adoptó el modo de vestir español y, sin vacilación, se convirtió al cristianismo y fue bautizado con el nombre pomposo y servil de Don Juan Cortés Cosijopi de Moctezuma. Su pueblo se agitó violentamente por estos acontecimientos; apenas se evitó una rebelión grave contra Cosijopi, quien pudo persuadir a los indígenas que esperaran un tiempo.

Los zapotecas habían sido aplastados; el mismo Cosijoeza se hizo católico y fue bautizado Don Carlos Cosijoeza; murió en Zaachila en 1529 a la edad de setenta y dos años. Cosijopi ad-

[26] Cortés acaparó sistemáticamente las tierras más ricas para formar su fabuloso marquesado. Ordenó al alcalde de Oaxaca que trasladara a los colonos y el municipio de Tepeaca (Segura de la Frontera) a Tututepec, al descubrir que Tepeaca tenía suficiente riqueza para él solo. Los colonos de la recién establecida Segura de la Frontera temían a los indios de la región y todos se enfermaron debido a la inclemencia del clima, por lo que volvieron sin permiso a Tepeaca, que ya se había convertido en parte de la encomienda de Cortés. Esto lo encolerizó tanto que condenó a muerte a muchos de ellos.

ministró Tehuantepec en beneficio de los españoles;[27] se volvió muy católico y construyó y mantuvo la iglesia y convento de Santo Domingo, en Tehuantepec. Pero, como a todos los apaciguadores, los españoles lo abandonaron tan pronto les dejó de ser útil. Poco a poco se empobreció y, en 1555, por decreto del virreinato se redujo su ingreso anual a cien pesos y se prohibió que los indígenas le pagaran tributo. Empezó a suspirar por los

Ilustración para el Códice 29. Demanda penal que registraron en 1553 los indios mexicanos Hernando Ticulteca, Juan Cuahutiztaque y Martín Cocolicoque, de la ciudad de Tehuantepec; el acusado fue Juan, gobernador y cacique zapoteca de esa población, quien les castigó a latigazos porque eran mexicanos en vez de zapotecas (*Códices Indígenas del Estado de Oaxaca*; México, 1933).

[27] Al principio, el príncipe mixteca de Tilantongo, Aguilar, gobernó Oaxaca a nombre de los españoles; le sucedieron otros dos descendientes de la dinastía de Zaachila: Luis y Antonio Velasco. Martínez Gracida señala que tan grande era la pobreza de los Zaachila, que en 1672 se dio de comer por caridad a un descendiente directo de Cosijoeza en el convento de Cuilapan.

viejos tiempos, mandó traer de Mitla a unos viejos sacerdotes indígenas y, en secreto, se dedicó al culto de sus antiguos dioses. Pero espías españoles descubrieron el culto clandestino; el vicario Fray Bernardo de Santa María hizo una investigación; Cosijopi fue sorprendido dentro de su palacio en medio de un sacrificio ritual de pavos y fue apresado. Se estableció un tri-

Cosijopi, rey de Tehuantepec, como Don Juan Cortés (Códice Guevea).

bunal eclesiástico para juzgarlo, pero, como rey, insistió que le juzgara la Real Audiencia en la Ciudad de México. Gastó el resto de su fortuna tratando de obtener un fallo favorable para él. El juicio se prolongó durante un año y, al final, fue sentenciado a perder todas sus propiedades y todos sus derechos. En su viaje de regreso a su tierra desde México, sufrió una he-

morragia cerebral[28] y murió en Nejapa en 1564. Los seis viejos sacerdotes zapotecas que fueron capturados junto con él, fueron sentenciados en auto de fe y ajusticiados con todos los adornos dramáticos de la Inquisición: juristas en capuchas negras y ejecutores con velas negras y látigos en las manos.

Burgoa relata que Fray de Santa María, quien descubrió la herejía de Cosijopi, posteriormente se obsesionó con un sentimiento de maldad que afectó su salud y que murió lleno de remordimiento por su papel en el asunto. La hija de Cosijoeza, Doña Magdalena Cortés, perdonó a los frailes y les legó los ricos yacimientos de sal de Tehuantepec, así como sus huertas, jardines de placer y baños en Laoyaga.

Para finales del siglo XVI, los frailes dominicanos tenían control absoluto sobre toda la provincia de Oaxaca. Habían logrado convertir a la mayoría de los indios al catolicismo; con la ilimitada fuerza laboral que estaba a su disposición, se pusieron a construir suntuosos conventos e iglesias como los de Cuilapan (Lámina 39), Yanhuitlán, Jalapa y Tehuantepec. Los dominicanos eran eruditos y les debemos todo lo que sabemos acerca de los antiguos zapotecas. Fray Juan de Córdoba, un militar andaluz que hizo sus votos a los cuarenta años de edad, se convirtió en el primer conocedor de la lengua zapoteca y publicó una de las primeras gramáticas zapotecas y un vocabulario en 1578. Otro erudito dominicano, el ya muy citado Fray Francisco de Burgoa, nacido en Oaxaca y maestro de los idiomas mixteca y zapoteca, fue el único historiador contemporáneo de los indígenas oaxaqueños. Su famoso libro *Geográfica Descripción,* fuente de muchas obras, incluyendo la presente, fue escrito cuando él era de edad avanzada y vicario de Zaachila, y se publicó en 1674.

Por otro lado, muchísimos frailes se distinguieron, no por obras eruditas, sino por su entusiasmo implacable por convertir a los indígenas al catolicismo, por la fuerza si fuera necesario y por su persecución a quienes seguían observando la antigua

[28] Los historiadores oaxaqueños insinúan frecuentemente que fue envenenado, pero es de dudar que los españoles pudieran considerar que un anciano acabado fuera un peligro para ellos.

fe. Los frailes destruían los ídolos y los objetos rituales; encarcelaban, torturaban y ejecutaban a los pecadores. Exhumaban los cadáveres de jefes que habían sido enterrados con ritos indígenas y los arrastraban por las calles, los quemaban o, bien, los tiraban a las barrancas. Abolieron la siembra y las cacerías ceremoniales y prohibieron la música, los poemas y las danzas de los indios.

Estas no fueron las únicas desgracias que la conquista llevó a los indígenas. Casi inmediatamente, las epidemias de viruela, cólera y otras enfermedades traídas del exterior, empezaron a diezmar la población india, pero prácticamente sin afectar a los españoles. En 1576 y 1577, hizo grandes estragos un mal espantoso y desconocido. Otra epidemia aún más letal cundió desde la Mixteca en 1591 y llegó a resentirse en todo el país durante seis largos años. A esto habría que añadir el trato cruel y los abusos de los encomenderos, caballeros españoles a quienes fueron dadas para su personal explotación las aldeas indias. Los caballos y el ganado de sus estados invadían y destruían constantemente los sembrados de los indígenas. Estos enviaban al rey de España interminables quejas, pero sin resultados; en ocasiones decidían hacer justicia con sus propias manos: ahuyentaban las manadas perdidas de ganado hacia mesetas que terminaban en precipicios, o provocaban estampidas que mataban los animales de los españoles.[29] Asimismo, había caciques, esto es, señores indígenas dóciles cuya autoridad y poder sobre los indios estaba en relación directa con su lealtad a los hispanos.

Para los indios, las condiciones empeoraron dramáticamente cuando se dispuso que tenían que concentrarse dentro de poblaciones donde fuera posible administrarles debidamente y obligarles a pagar tributo. Hasta entonces, los indios habían vivido

[29] Documentos que datan de 1551 señalan que en ese año hubo un juicio prolongado y costoso a causa de la matanza de 150 caballos, proceso que ganaron los indígenas acusados gracias al apoyo que les dieron los dominicos, quienes querían que los indios estuvieran de su lado. En el caso decidió ese fallo excepcionalmente humanitario el virrey Antonio de Mendoza; pero los encomenderos recurrieron a las represalias, que consistieron del incendio de las milpas y aldeas de los indios y el robo de sus reses y caballos, con el pretexto de que estos animales eran vástagos de sementales de los españoles.

en rancherías provisionales, repartidas en las montañas y los bosques, donde cultivaban sus milpas. De pronto, fueron expulsados de sus rancherías y se prendió fuego a sus chozas de paja. Muchos de ellos se escondieron en los bosques y en las partes más inaccesibles de la sierra, huyendo tan pronto fueran concentrados en algún poblado. Las enfermedades y el hambre asolaron la tierra de Oaxaca; grupos dispersos vagaban sin rumbo por las montañas y los valles, sin tener qué comer ni a dónde ir. Dentro de unos cuantos años la población indígena se había reducido en más de la mitad.[30]

La situación no mejoró en las postrimerías del siglo XVI. En 1600, los mineros decidieron que trescientos pesos era un precio demasiado alto para pagar por un esclavo negro y obtuvieron permiso de requisar trabajos forzosos de indios en las minas. Los sobrevivientes de este trabajo recibían una hoja de papel en la que se declaraba que el indio "había servido". Había españoles dotados de un sentido del humor muy especial, los cuales emitían certificados sin valor que los indios no podía leer. Al principio, los frailes eran humildes ermitaños que iban descalzos y vivían la vida de los indios, a quienes defendían muchas veces contra la rapacidad de los españoles; pero pronto las órdenes religiosas adquirieron riqueza y poder y todo esto cambió. El padre Gay escribió que los nuevos curas que llegaban de España estaban "llenos de incomprensión, sedientos por el dinero y los honores".[31] Estallaron disputas entre los altos jerarcas de la iglesia y los viejos frailes, entre éstos y las autoridades militares e, incluso, entre las diferentes órdenes monás-

[30] Gay (1881) señala a 1584 como la fecha de este suceso; pero en 1580 ya se había declarado en la crónica de Tehuantepec de Juan Torres, que la población de la provincia de Tehuantepec disminuyó en treinta años de 20,000 personas a 1,200. En 1550, tanto Jalapa como Tequisistlán contaban con más de 4,000 habitantes, mientras que en 1580 las cifras descendieron a 760 y 650, respectivamente. La causa, de acuerdo con dicha crónica, fue "epidemias y otras razones", pero especialmente la concentración de los indios en Tehuantepec y otros pueblos subyugados; "en la antigüedad, vivían más tiempo por estar diseminados en los valles y las montañas... trabajan más reciamente... no consumían las mismas clases de bebidas que las actuales... no comían tanto... y no eran tan holgazanes como lo son en este tiempo".

[31] Gay, 1881, Vol. II, pág. 184.

ticas: dominicos, jesuitas, franciscanos, agustinos y otros. Todos querían controlar a los indios.

Siguieron acumulándose los abusos, las injusticias y los tributos excesivos. Los frailes arreciaron la persecución de quienes practicaran en secreto los ritos indígenas a la vez que profesaban ser católicos devotos. Los anales de la Inquisición están llenos de procesos prolongados contra los indios por haber consultado o ayudado a sus brujos o por la sospecha de que habían seguido las instrucciones de éstos; o, bien, por crímenes tales como tener en su poder "manuscritos pintados al estilo pagano", que con frecuencia eran inofensivas geneologías o documentos administrativos o de bienes inmuebles. Dentro de poco tiempo, se borró el último vestigio de la alta cultura indígena. Por otra parte, algunos indios se adaptaron fácilmente a las artes y modalidades de los españoles. En los relatos que datan de esos tiempos, se hace frecuente mención de que los indios eran excelentes cantantes de coro, músicos, pintores y escultores.

Además de odiar a los españoles, los indígenas se desilusionaron de los frailes y perdieron confianza en ellos. En Tehuantepec, un despótico alcalde mayor, Juan de Avellán, obró en una forma que acabó con la paciencia de los indios. Casi inmediatamente después de ordenar la muerte por flagelación del jefe de Tequisistlán, dispuso que sufriera el mismo castigo un viejo y muy respetado jefe de La Mixtequilla, porque éste había hecho entrega de algunos mantos defectuosos como parte de su tributo mensual. Esta fue la chispa que hizo estallar un levantamiento masivo. Multitudes enfurecidas de indios de ambos sexos invadieron las calles y las plazas y tomaron posiciones de fuerza en los caminos y los cerros de los alrededores. Armada de piedras y palos, la muchedumbre lanzó un asalto contra los edificios reales y les prendieron fuego. Los curas del convento de Santo Domingo sacaron a pasear en una procesión la hostia en un esfuerzo por apaciguar a los indígenas; pero tan grande fue la furia que encontraron, que los religiosos tuvieron que retroceder rápidamente hasta la seguridad del convento fortificado. En la zacapela, fueron muertos a pedradas el alcalde mayor, un ayudante y un esclavo negro. Seguidamente, los

indios organizaron un ejército con fusiles y otros armamentos que encontraron en los establecimientos reales y nombraron un gobierno indígena para Tehuantepec. El levantamiento se extendió por la sierra hasta Nejapa, Ixtepeji y Villa Alta; muy pronto miles de indios se habían sublevado.

Los mismos sublevados presentaron un informe al virrey, el Duque de Alburquerque, en el que explicaron los acontecimientos y se quejaron del tributo que les había sido impuesto: veinte mil pesos en oro y mil quinientos mantos de algodón de un metro de ancho y cinco de largo, una vez al mes. Aseguraron al virrey que no estaban sublevados contra la Corona; expusieron que sencillamente se vieron obligados a tomar la justicia en sus propias manos y, por haberse quedado sin autoridad, habían elegido un gobierno propio a nombre del rey. El virrey contestó que "lamentaba profundamente las molestias que sufrieron y que, personalmente, nombraría a un alcalde justo que cuidara del bienestar del pueblo y que diera un trato justo a todos".

Durante un año los indios de Tehuantepec se gobernaron a sí mismos, en tanto que el obispo de Oaxaca, Don Alonso de Cuevas Dávalos, planeaba la forma de suprimir la rebelión. Informó al virrey que sus espías en Tehuantepec le había prevenido que si los indios no eran perdonados, tenían la intención de quemar los pueblos y huir a la sierra. Ante el virrey, insistió que el perdón no era posible por el precedente que establecería. No obstante, quería enfatizar lo peligroso de la situación: los indios ya contaban con 10,000 rebeldes, de los cuales 1,000 estaban armados con fusiles y trabucos; y ya que por oficio eran cazadores, tiraban muy hábilmente.

En mayo de 1661, un enviado especial del virrey se comprometió a hacer justicia y partió de Oaxaca fuertemente escoltado por un ejército de españoles, negros y mulatos. Indujo a los jefes de la sublevación a entrar en una trampa y los desarmó y encarceló. Desaparecidos sus líderes, el resto de la población fue sometida por medio del terror. Cincuenta y tres indios, hombres, y mujeres, cayeron presos; cinco de ellos fueron ajusticiados inmediatamente. El cadáver del gobernador, Gerónimo Flores, fue desmembrado y cada una de las partes descuartizadas fue

colgada en la entrada de los cuatro caminos que conducían al pueblo. Los demás recibieron cien latigazos en público y fueron condenados a trabajos forzados —los hombres en las minas y las mujeres en los obrajes reales—, en tanto que el producto de sus labores se destinó a la venta, para así pagar por misas dedicadas al alma del alcalde desaparecido y al tesoro de Su Majestad. Las sentencias correspondientes variaron entre cadena perpetua y diez años de prisión, más exilio perpetuo. Fueron mutilados tres mujeres y un hombre: sus manos y sus orejas fueron amputadas y clavadas a la horca. La larga lista de sentencias individuales termina con las siguientes palabras: "La levedad de las sentencias es innegable ante la gravedad de las acusaciones."

Entonces, se perdonó a la población en general al celebrarse una ceremonia digna de nuestros dictadores actuales. Se cantó la misa en el convento. Se mandó construir un escenario de ocho escalones, el que se protegió con un toldo de felpa roja y oro trenzado, sobre todo lo cual presidió un retrato del rey español. Este fue el trasfondo para la lectura del ordenamiento —"por la gracia de la clemencia benigna y paterna del rey nuestro señor"—, primero en español, luego en zapoteca, mientras que una compañía de lanceros a caballo disparaban salvas, tocaban fanfarrias y agitaban banderas. Después, se celebró otra misa solemne, se cantó un Te Deum y se pronunció un sermón en zapoteca en el que se exhortó a los indios a abrazar la paz, el amor, la lealtad y la obediencia a los mandatos reales. Terminado esto, la multitud desfiló ante el retrato del rey e hizo reverencias al pasar. El asunto terminó con un mensaje del virrey, quien recomendó: "Silencio perpetuo sobre el tema de la muerte y la insubordinación, por escrito o verbalmente, como si no hubiese ocurrido nada..."[32]

---

[32] Manzo de Contreras, 1661.

VII

LA BATALLA INTERMINABLE

Después de trescientos años de explotación y de esclavitud, México se rebeló contra los tiranos coloniales y se liberó del yugo de España después de una guerra sangrienta de diez años. Aún así, las semillas del mal prevalecieron. Los ricos españoles, sus descendientes y sus adeptos, junto con los altos oficiales del ejército y de la Iglesia, que era sumamente poderosa y rica, se trazaron un plan y lucharon por seguir gobernando. La mayoría oprimida compuesta de indios, mestizos y blancos pobres y de la clase media, fueron motivados por los ideales liberales y democráticos de su época y aceptaron el desafío. La joven nación se dividió en liberales y conservadores y por espacio de cien años la batalla continuó sin que ningún partido lograse someter al otro. Ambos han ejercido el poder alternadamente, pero la lucha aún continúa en la actualidad, a veces en una guerra violenta y declarada, en ocasiones en una guerra latente y oculta.

Oaxaca es el estado más característico de los indios en México, en cuyo sitio el conflicto cobró un carisma particularmente severo y definitivo. Los representantes históricos de ambas tendencias, Benito Juárez y Porfirio Díaz, fueron indios de Oaxaca y la zona zapoteca de Tehuantepec destacó siempre por ser un núcleo de efervecencia política. Los hechos que crearon la historia mexicana influyeron tanto en los zapotecas como en el resto de México y entre los mismos esta revolución política y social cobró matices directos e íntimos. El presente capítulo

pretende brindar al lector una idea general del pasado histórico de los zapotecas del Istmo, adentrándose, en ocasiones, en la historia de México en términos generales para describir hechos que tuvieron una gran repercusión en el crecimiento del país. La historia de los zapotecas es parte integral de la historia de México. La historia de la batalla que sobrevino después de que el país se incorporó, aunque en forma incompleta, a la civilización occidental, es esencial para comprender las causas y los ideales que hacen de México una nación.

En el Istmo de Tehuantepec, al igual que en el resto de la colonia, el siglo XVIII fue una era de ostentación y prosperidad para la Iglesia y para los españoles. Carlos III, rey liberal de España, modificó la política aislacionista colonial de sus antepasados, para abrir nuevamente el comercio a la colonia, impulsando así la educación y las artes y asignando virreyes progresistas y competentes para gobernar a México. Las minas de Oaxaca producían a toda su capacidad y el comercio con España cobró nueva vida. Teniendo ilimitados recursos financieros y una mano de obra gratuita a su disposición, los eclesiásticos se dedicaron a construir iglesias y monasterios barrocos de indescriptible belleza, joyas auténticas talladas en piedra y madera, relucientes en oro y arcilla esmaltada. Aun a los indios se les permitió disfrutar de una pequeña parte de las utilidades: cultivaban el algodón, el índigo y la cochinilla, un cáncamo del maguey, capaz de producir un tinte carmesí de gran belleza. La cochinilla se convirtió en la fuente más importante de ingreso de Oaxaca entre los años de 1758 y 1817, la cual produjo más de 92 millones de pesos, el valor de 1 500 000 bultos del insecto disecado, a mediados del siglo XVIII. La seda fue otro de los productos que abundaban en el estado y llegó a ocupar un lugar tan preponderante que la corona española optó posteriormente por prohibir la cría de gusanos de seda para evitar que Oaxaca compitiese con su propio monopolio de la seda. La industria logró sobrevivir de alguna forma en Tehuantepec, de modo que ahí continuaron haciéndose sedas muy famosas hasta 1881.[1] De cualquier forma, los españoles eran los

[1] Cav. 1881. Vol. II, pág. 304.

únicos que se beneficiaban a través de estos productos. A los indios sólo se les permitía sembrar las nopaleras, los plantíos de cactos de los cuales se nutrían las cochinillas, además de cultivar los árboles de moras y de criar los gusanos de seda.

Mientras esto ocurría, en el mundo entero se estaba llevando a cabo una revolución. Las ideas liberales de Voltaire y de Jefferson fueron introducidas en España con la ayuda de los franceses y en México con la ayuda de los vecinos del norte. La Revolución Francesa proclamó la libertad, la igualdad y la fraternidad y el movimiento revolucionario americano, encabezado por Washington, Bolívar y San Martín, comenzó a liberar a América del yugo europeo. El mismo rey de España se tornó anticlerical, confiscó grandes sumas de dinero de la potentada Iglesia y persiguió y exilió a los jesuitas, los cuales eran sumamente poderosos y ejercían una gran influencia en la política. Pese a ello, el imperio español comenzó a debilitarse debido a la constante presión de la disensión interna, de las guerras con el resto de Europa y de los ataques de los almogávares británicos y franceses. A principios del siglo XIX las joyas de la corona española comenzaron a desprenderse una por una.

Los conquistadores no llevaron mujeres blancas consigo. En un principio se casaron libremente con las indias y tuvieron hijos mestizos. A medida que la colonia fue incrementando sus riquezas, llegaron a América las mujeres españolas y tuvieron hijos blancos, cuyos descendientes crearon una clase criolla distinta, de la cual surgió un sistema de castas. En primer término se encontraban los *gachupines*, que era el nombre despectivo que el pueblo daba a los españoles provenientes del extranjero. Eran altos funcionarios del Estado y de la Iglesia y propietarios de minas y haciendas. En segundo término venían los criollos, una burocracia holgazana y corrupta de nativos blancos. Después continuaban los mestizos, de sangre india y blanca, quienes posteriormente constituyeron la clase media que llegó a convertirse en la base de la sociedad mexicana. En último término se encontraban los indios, a los cuales se les convirtió en católicos superficiales y fanáticos y los cuales perdieron todo rasgo de su cultura anterior. Explotados por todos los demás, priva-

dos de una educación y de cualquier medio para superarse, los indios fueron hundiéndose paulatinamente en una completa ignorancia, superstición y pobreza.

En la Nueva España, como solía llamársele a México, la presión de una casta hacia otra se hizo cada vez más notoria. Quedaron truncados inmutables complots revolucionarios; los criollos se rebelaron en contra de los gachupines, quienes les excluían de todos los asuntos relacionados con la colonia y el levantamiento se convirtió en una guerra que duró diez años en la cual los criollos estuvieron a punto de perder el poder. En 1810, desde el púlpito de su parroquia, el padre Miguel Hidalgo inició prematuramente la proclama de Independencia de España. A los criollos que participaron en el complot se les denunció y encarceló. Hidalgo tuvo que recurrir al pueblo indio, el cual se unió de inmediato enarbolando el estandarte de Independencia, la imagen de la virgen india, Nuestra Señora de Guadalupe, patrona de México.[2] En pocas semanas, el ejército de Hidalgo llegó a reunir 50 mil indios y mestizos armados con piedras, palos, arcos y flechas, el cual recorrió el país capturando una y otra población y persiguiendo por doquier al ejército real español. El norte y el oeste no tardaron en caer en sus manos y el sur y el este se convirtieron en centros de múltiples guerrillas. Hidalgo abolió el tributo indio y restituyó las tierras a las poblaciones correspondientes. Aquello comenzó como un levantamiento criollo para tomar posesión del poder en una revolución amenazante.

El líder del ejército sureño era José Ma. Morelos, un sacerdote indio, cuyo nombre llegó a ser legendario en todo el país como el genio militar invencible. Morelos dirigió a un ejército de 9 000 guerrilleros, excelentes jinetes que sólo disponían de machetes y capturaban a los oficiales reales lazándolos. A diferencia de la mayoría de los criollos insurgentes, Morelos se

[2] La Virgen de Guadalupe tenía a un rival y a un enemigo en la Virgen española de los Remedios, a quien un virrey, en un momento de desesperación nombró como comandante supremo del ejército real. Las imágenes de Nuestra Señora de Guadalupe sirvieron siempre de talismanes en la Revolución Agraria Mexicana de 1910 a 1919, las cuales se cosían a los grandes sombreros de paja de los campesinos indígenas seguidores de Zapata.

José María Morelos.

trazó un programa específico de los objetivos que habrían de alcanzarse gracias a la revolución: una absoluta independencia de España, la expulsión de los gachupines, la proclamación de la igualdad racial, la abolición de los privilegios de la Iglesia y del ejército y, por último, la restitución de todas las tierras quitadas a los indios.[3]

El gobierno de la provincia de Oaxaca se encontraba en aquel entonces bajo la influencia del Arzobispo Bergosa, un miembro fanático de la realeza que excomulgaba a los rebeldes, hacía circular discursos y poemas, repartía dinero para comprar la lealtad del pueblo y decapitaba a los cabecillas insurgentes, colgando sus cabezas en diversos sitios para que sirviesen como ejemplo. La milicia de ricos mercaderes no tardó en reunirse en Oaxaca para hacer frente a la amenaza de Morelos, sólo que se le dejaba completamente indefensa cada vez que se disponía a dar batalla. El Arzobispo organizó posteriormente un ejército de reserva integrado por sacerdotes y seminaristas, ostentosamente uniformado en color púrpura, motivo por el cual al ejército se le dio el apodo de "batallón de mermelada", nombre otorgado por el pueblo.

Tras una sorprendente campaña, Morelos se dirigió a Oaxaca, supuestamente bien defendida por grandes fortalezas, por la "mermelada" y la milicia de los mercados españoles. El pánico cundió en toda la ciudad a medida que Morelos se aproximaba y por ello el Arzobispo Bergosa huyó a Tehuantepec con su familia y su fortuna. Bastaron pocos momentos para capturar la ciudad. Los agresores se apoderaron de ella casi sin resistencia alguna, el fuerte de La Soledad fue destruido después de haber recibido la segunda bala de cañón y los pelotones de mercaderes y sacerdotes fueron dispersos o capturados. Los oficiales desaparecieron como por arte de magia y el comandante en jefe fue encontrado escondiéndose entre unos féretros vacíos en las bodegas del Convento del Carmen. "La batalla" se inició a las diez a.m. y finalizó a medio día, mo-

[3] Estos fueron los principios básicos de la primera Constitución Mexicana proclamada por Morelos en 1814 en Apatzingán, Michoacán; huelga decir que éstos nunca se llevaron a cabo.

mento en que la multitud se encontraba ya vaciando las tiendas y hogares de los españoles. Los indios semidesnudos marchaban cómicamente en las calles portando los uniformes color púrpura y había una negra, una esclava que había recobrado su libertad, quien llamaba poderosamente la atención al asistir fervientemente cada domingo a misa, después de la captura de la ciudad, portando un manto de brocado de Santa Anna. Se envió un partido punitivo a Tehuantepec para capturar al Arzobispo Bergosa, quien logró escapar a la ciudad de México.[4]

Los insurgentes perdieron nuevamente la ciudad de Oaxaca, al ser entregada en 1814 por una quinta columna y el ímpetu por la independencia decayó lamentablemente. Los líderes fueron capturados y fusilados uno a uno, primero Hidalgo, después Morelos, quien fue juzgado, excomulgado y fusilado por órdenes estrictas del mismo Arzobispo Bergosa. El ejército que fue sumamente poderoso en una ocasión, sufrió grandes derrotas y muy pronto se redujo a guerrillas aisladas batiéndose en guerra feroz pero inútil.

Los ideales de la Independencia se arraigaron profundamente en los criollos, mestizos e indios. Lo curioso de ello, es que tanto la Iglesia, como el ejército y los gachupines, estaban también a favor de la Independencia; el rey español se tornó liberal y para evitar que los indios y los mestizos adquiriesen el poder, en 1821 un antiguo oficial ambicioso de la realeza, Agustín de Iturbide, modificó el programa radical de Morelos

[4] La descripción de la captura de Oaxaca proviene de Gay, 1881. También menciona que la expedición en contra del Arzobispo Bergosa fue encabezada por un sacerdote llamado García Cano. Muchos de los líderes del movimiento liberal eran fervientes católicos, párrocos, quienes luchaban por la Iglesia Ortodoxa por principios sociales y políticos, mas no por ideales religiosos. Los sacerdotes de aquella época eran los únicos que tenían acceso a la literatura contemporánea y debido al contacto que tenían con el pueblo podían percatarse de su ansia desesperada por la liberación.

Bergosa trató de detener a los insurgentes e indujo al gobernador de Guatemala, el capitán José de Bustamante, a que enviase un ejército en contra de Morelos. Un hombre llamado Dambrini encabezó una columna de esclavos negros vestidos con saco rojo y llegó a Niltepec en donde cometió toda serie de atrocidades. Se logró vencer a la columna y ésta fue perseguida hasta Guatemala, pero Dambrini regresó cuando los insurgentes perdieron a Oaxaca y esta columna de negros pintorescos se convirtió en la guardia personal del general Alvarez, un miembro de la realeza y captor de Oaxaca en 1814.

y se trazó un plan de Independencia bajo una monarquía mexicana que organizase los privilegios de la Iglesia y del ejército. Finalmente logró ser independiente de España, mas no de los españoles pertenecientes a la realeza, de modo que el generalísimo Iturbide, que era un hombre ferviente, bien parecido y excelente actor, se convirtió en el Emperador Agustín I. Su coronación fue tan suntuosa como la de Napoleón, para beneplácito de la Iglesia, el ejército y la multitud.

Dictadura republicana

El Imperio Mexicano, que se encontraba en completa bancarrota, no logró sobrevivir por mucho tiempo. Dos años más tarde, el inestable trono de Agustín I fue derrocado cuando un oficial desconocido del comando de Veracruz, Antonio López de Santa Anna, quien también fuera un antiguo cadete de la realeza, convirtió a México en una república. Una vez que Agustín I fue derrocado, la endeble y joven nación se dividió en dos bandos inconciliables: los conservadores, o sea, los funcionarios que ocupaban puestos muy importantes en la Iglesia y en el gobierno, los oficiales del ejército y los propietarios de plantíos y de minas y, los liberales, o sea, los abogados, doctores, rancheros, párrocos, oficiales menores y en general, indios y mestizos. Los liberales formaron un gobierno con el presidente, el congreso y la constitución. Sin embargo, los conservadores se rebelaron y crearon su propio gobierno, mismo que fue destituido cuando Santa Anna dirigió una insurrección liberal en 1832 en la cual triunfó para convertirse posteriormente en presidente. Eligió como vice-presidente a un doctor de provincia, Gómez Farias, un líder intelectual de los liberales. Gómez Farías limitó de inmediato los privilegios de la Iglesia y del ejército y suprimió oficialmente la enseñanza religiosa.

Se desató una cruenta guerra civil. Los conservadores se rebelaron bajo el sufragio "Religión y Fueros" y Santa Anna consideró que éste era el momento para un nuevo cambio. Propició un golpe de estado contra su propio gobierno liberal

o quizás en contra de su vice-presidente, repudió sus medidas liberales, disolvió su propio congreso y se convirtió en un auténtico dictador.

En el Istmo de Tehuantepec, la población se dividió entre conservadores ("Rojos") y liberales ("Verdes"). Las ciudades, guardias y familias eran rojas o verdes, dependiendo de la constitución y de los bolsillos de los ciudadanos. El odio entre ambos partidos prevalece en el Istmo aún hoy en día y las antiguas costumbres persisten, no importa cuán distorsionada esté la esencia de las mismas, en los funerales y en las fiestas familiares y aun en la moda femenina. Algunas mujeres no se visten de rojo y otras aborrecen el verde.

La primacía de los liberales del Istmo cayó en manos de Gregorio Meléndez, un mestizo de Juchitán, quien se levantó en armas contra el partido de "Religión y Fueros" en 1834. En Meléndez existía una desconcertante combinación de humanitarista, de bandido y de completo aventurero, características atribuibles a los capitanes rebeldes que habían burlado muchas de las causas justas de México. Fue el líder del Istmo durante 20 años y con frecuencia invadió, saqueó y quemó Tehuantepec, apoderándose de él en múltiples ocasiones, exigiendo préstamos ilimitados por miles de pesos. En una ocasión logró apoderarse del mismo durante todo un año. Pese a ello, Meléndez también luchó por restituir los derechos que habían sido arrancados del pueblo; en ocasiones recompensaba al pueblo logrando una reducción de los impuestos que éste debía pagar al gobierno. El día que Santa Anna vendió los derechos de los yacimientos de sal del pueblo vecino de Juchitán, Meléndez dirigió a los juchitecos para recapturarlos por la fuerza e inclusive organizó una comuna para la explotación de los mismos.

Además de las interminables guerras civiles, México se vio obligado a participar en dos guerras con potencias extranjeras en los funestos años cuarentas. La primera se llevó a cabo para detener la invasión francesa cuyo objetivo era recobrar los derechos nacionales de los franceses sobre la propiedad perdida en las revoluciones, entre las cuales se encontraba una de un pastelero, motivo por el cual se le denominó Guerra Francesa

de los Pasteles. México se enfrentó posteriormente a los Estados Unidos para tener primacía sobre Texas. Santa Anna jamás perdía la oportunidad para mostrarse como héroe y patriota, de modo que participó en ambas guerras, perdiendo una pierna en la primera y perdiendo Texas, Nuevo México, Arizona y California en la segunda. La pierna amputada se convirtió en

S. A. S. Antonio López de Santa Anna.

símbolo de los altibajos de la dictadura. La pierna fue enterrada inicialmente en su hacienda en el estado de Veracruz, pero posteriormente fue llevada a la ciudad de México para enterrarla nuevamente ante una gran ceremonia celebrada en la catedral, al ser inaugurada, para después ser desenterrada por la multitud y arrastrada por las calles cuando fracasó. Se "eligió" a sí mismo Presidente de México en nueve ocasiones entre 1833 y 1855, haciéndose cada vez más imprudente e irresponsable, nombrándose a sí mismo "Su Alteza Serenísima" y restituyendo el nombre de nobleza de Guadalupe para favorecer a sus cortesanos. Durante el funesto régimen de Santa Anna surgió un profundo interés general por el Istmo de Tehuantepec, puesto que era un sitio estratégico para crear un canal interoceánico. Santa Anna cedió prácticamente los derechos del Istmo en una concesión al aventurero Garay (Consultar págs. 209 y ss.).

Por ello, llegó el día en que la falsía y la denigrante ostentación de Santa Anna se hicieron insoportables. La nación entera se levantó en armas para apoyar al Plan Liberal de Ayutla, trazado en 1855 para derrocar al pintoresco y siniestro déspota. Santa Anna fue exiliado a La Habana y murió posteriormente, como corresponde a un dictador, ciego y olvidado.

Lucha por la democracia

En 1857 surgió un movimiento oportuno contra la crítica situación. Un grupo de honestos y sinceros liberales, bajo la dirección de Benito Juárez, creó un partido poderoso e instituyó una nueva constitución basada en los ideales democráticos de Abraham Lincoln y de los intelectuales europeos anticlericales de la época. Juárez fue un abogado indio zapoteca que logró sobresalir, pese a su niñez de casta humilde y descalza (hasta los 12 años no habló más que el zapoteca), para concluir una brillante carrera como estadista, habiendo sido electo anteriormente como Congresista local, Gobernador del Estado de Oaxaca, Secretario de Justicia y Presidente de la Suprema Corte, en tiempos en los que predominaba una auténtica discriminación contra los indios.

Los funcionarios del nuevo gobierno debían jurar ante la nueva constitución y desde los púlpitos y confesionarios los sacerdote iniciaron una incidiosa campaña en contra de la misma, amenazando con excomulgar a todo aquél que participase en el juramento. La Iglesia no tardó en declarar abiertamente la gue-

Benito Juárez.

rra contra el Estado y el clero de Oaxaca saboteó la ceremonia de inauguración cuando Juárez se convirtió en gobernador. Cerraron las puertas de la Iglesia, cuando era una costumbre que la nueva autoridad estuviese presente en el canto del Te Deum. Juárez optó por ignorar las ceremonias religiosas y de ahí en adelante quedaron completamente descartadas como parte de la ceremonia oficial. Juárez afirmó posteriormente que "un gobierno civil, cuya obligación estriba en proteger la libertad de aquéllos a quienes gobierna para practicar la religión que ellos prefieran, sería injusto si fuese sectario".

La nueva democracia ganaba terreno, muy a pesar de los hacendados, la Iglesia y los militares, quienes veían desvanecer sus privilegios y confirmaban el surgimiento de los despreciados indios y mestizos. Dirigida por dos generales archirreaccionarios, la coalición de la Iglesia y del ejército se rebeló en contra de la Reforma. Juárez fue electo Presidente de la República por el Congreso, mientras fue hecho prisionero en su oficina por un golpe de estado conservador en la ciudad de México. Aún así, logró escapar e instituyó un gobierno constitucional, el cual se vio casi siempre abrumado, en donde los asuntos del Estado eran dirigidos desde el pueblo natal de Juárez, hasta que el gobierno se estableció definitivamente en Veracruz.

Muy pronto se proclamaron las leyes de Reforma en Veracruz. Divorciaron al Estado de la Iglesia, establecieron el matrimonio civil y la enseñanza libre y nacionalizaron las enormes propiedades acaparadas hasta ese momento por la Iglesia. En la ciudad de México, una "Asamblea de Notables", formada por aristócratas y ricos hacendados, implantó su propio gobierno, solicitando posteriormente el apoyo de las potencias extranjeras. La suspensión en los pagos de la deuda extranjera fue excusa suficiente para motivar a flotas europeas provenientes de Francia, Gran Bretaña y España a invadir aguas mexicanas en 1862. Juárez firmó un tratado con Gran Bretaña y España, dejando a la Francia de Napoleón III como único invasor en México.

La promulgación de las leyes de Reforma recrudecieron brutalmente la guerra civil. Durante tres años, Oaxaca y Te-

huantepec sufrieron los pillajes de los hermanos Cobos, españoles que lucharon al lado de los conservadores, incendiando y saqueando en nombre de la religión y torturando y

El joven liberal Porfirio Díaz en 1860.

asesinando a los infortunados liberales que caían en sus manos. En estas batallas, el joven liberal Porfirio Díaz comenzó a destacar como gran estratega y valiente soldado. Su carrera

es quizás la más vivaz y sobresaliente de la historia moderna mexicana. Díaz era casi un indio puro (mixteco) nativo de Oaxaca, con una inquebrantable fuerza de voluntad y autodisciplina, aunada a una profunda ambición y a un absoluto espíritu militar que lo habría de convertir en el dictador más famoso de México. Díaz participó en la revolución que derrocó a Santa Anna. Por ello se le recompensó eligiéndole como dirigente de una ciudad zapoteca montañosa, sitio en el que formó su propia milicia, compuesta de 400 indios serranos, quienes se convirtieron en el respaldo del poder que ejerció posteriormente. A la edad de veintisiete años obtuvo su primera victoria militar: a pesar de quedar mal herido logró disolver un levantamiento conservador y expulsó a los hermanos Cobos de Oaxaca y del Istmo. El capitán Díaz aceptó posteriormente la gran responsabilidad de asumir el mando de Tehuantepec, un centro de constantes insurrecciones conservadoras, responsabilidad que todo oficial había rehusado asumir hasta ese momento.

Díaz no encontró paz en Tehuantepec. Los hermanos Cobos regresaron con un ejército de *patricios*, nombre que se le dio a un grupo de irlandeses católicos que desertaron del ejército americano de invasión para promulgar una guerra santa contra los liberales. Empero, Tehuantepec también brindó a Díaz la oportunidad para sobresalir; durante dos años luchó contra los patricios en las afueras de la ciudad, hasta que un día les sorprendió a sus espaldas, aniquilándolos por completo. Como recompensa ocupó el cargo de mayor. Los patricios ofrecieron una nueva batalla posteriormente y Díaz se vio obligado a regresar a Juchitán. Ahí creó un nuevo ejército con el cual pudo recapturar Tehuantepec, convirtiéndose en teniente coronel. Se le ascendió al cargo completo de coronel por haber pasado, en medio de disparos, sin perder un solo cartucho, un gran cargamento de armas y municiones, que urgía que llegase a un destino determinado, cruzando la jungla y la sierra del Istmo. El abad, viajero y arqueólogo francés, Brasseur de Bourbourg, comenta su entrevista con el joven Díaz en el antiguo Convento de Santo Domingo, durante su visita al Istmo en 1859. Aunque azorado por haber encontrado que los salvajes juchitecos habían

convertido en barraca el santo sitio, el sacerdote francés admiró el distinguido porte y los nobles rasgos indios de Díaz, comparándolo con Cosijopi y Cuauhtémoc, el último de los gobernantes aztecas.[5]

Díaz contaba en el Istmo con aliados valiosos: los indios de la guardia absolutamente liberal de San Blas; el sacerdote liberal Fray Mauricio López, líder de los juchitecos, cuya imagen fue venerada después de su muerte como la de un santo en la Iglesia de Juchitán[6] y Juana Cata Romero, una belleza famosa de Tehuantepec, que visitaba las barracas para jugar a los dados con los soldados, a cambio del dulce de coco que vendía. Se convirtió en la mejor amiga de Díaz, en su aliada y en líder de su servicio de inteligencia. Díaz aprendió de ella todo movimiento del enemigo; mientras acampaba en la sierra próxima de Giengola, Juana Cata encendió una hoguera para indicarle el momento oportuno en que debiera atacar. Brasseur de Bourbourg describe a una mujer, sin duda Juana Cata, a quien vio en Tehuantepec jugando billar con los soldados. De hecho, era la única mujer que vio en este poblado de hermosas mujeres; Tehuantepec apenas había sido recapturado y las mujeres habían huido o se escondían por temor a los juchitecos. Absorto por su pintoresca belleza, escribió:

> "Vestía una falda a rayas de color verde mar, un corpiño de gasa de seda roja y un collar de monedas de oro, que pendían de una cadena de oro. Su cabello estaba entrelazado en dos hermosas trenzas sujetas con listones de seda azul y una cofia de percal blanco adornaba su cara, exactamente con los mismos pliegues y en la misma forma como si se tratase de una calántica egipcia...

---

[5] Brasseur de Bourbourg, 1861.

[6] Los indios y conservadores fanáticos de Juchitán y San Blas también se rebelaron en contra de la promulgación de las Leyes de Reforma. Esto colocó a Porfirio Díaz en la peligrosa posición de perder a sus mejores aliados, los juchitecos y los blaseños. Acompañado por fray Mauricio López, sin escolta y desarmado, fue a Juchitán logrando tranquilizar a una multitud encolerizada el tiempo suficiente para que fray Mauricio pudiese explicar en zapoteco el significado de las leyes. Uno de los capitanes rebeldes interrumpió clamando por la muerte inmediata de ambos. Recibió una severa reprimenda de un hombre de avanzada edad. Fray Mauricio logró concluir su discurso y la rebelión quedó completamente disuelta (Iturribarria, 1939).

> Jamás vi una imagen tan hermosa semejante a la de Iris o Cleopatra... Algunos decían que era una hechicera ...y los indios la respetaban como una reina; a cualquier hora de la noche que paseara por las calles los centinelas solían reconocerla instintivamente a la vez que gritaban ¡Quién vive! ... Tenía los ojos más negros y más expresivos del mundo, sobre todo cuando jugaba billar. Sin embargo, había momentos en que todo parecía detenerse dentro de ella. Se recargaba en la pared o en la mesa de billar fijando su vista vítrea, como la de un muerto. De pronto bajaba sus párpados y detrás de ellos salía una mirada fugaz capaz de estremecer a cualquiera que se viese deslumbrado por la misma ... hablaba español como la dama más culta de Tehuantepec, pero nada podía semejarse a la melodía de su voz cuando hablaba el hermoso lenguaje zapoteca, tan dulce y tan claro que bien podía llamarse el italiano de América".[7]

El prestigio de Díaz aumentó y se le encomendó defender sitios más vitales de los invasores franceses. Venció a un gran ejército francés en la sitiada ciudad de Puebla en 1863, mas no pudo levantar el sitio, lo cual era un asunto decisivo. El ejército mexicano carecía de provisiones y sus municiones se habían agotado; de ahí que los franceses tomaran posesión de Puebla y capturaran a Díaz, quien logró escapar disfrazado de indio. Juárez evacuó la Ciudad de México y los franceses tomaron posesión de ella, recibiendo la mejor bienvenida por parte de la Iglesia. Los liberales habían perdido, mas persistieron en tenaz batalla. Juárez aun controlaba el norte, el general Alvarez, de avanzada edad, pionero del movimiento liberal, se hacía cargo aún de la provincia de Guerrero y Díaz combatía en Oaxaca.

Cumpliendo con la petición de los aristócratas mexicanos, Napoleón III envió a un archiduque blanco y apuesto, Maximiliano de Habsburgo, como Emperador y a una hermosa archiduquesa, Carlota, como Emperatriz del México indígena. En 1864

[7] Brasseur de Bourbourg, *op. cit.*, págs. 163-166 .De acuerdo con un familiar, doña Juana murió en 1915 a la edad de casi 84 años. Esto implica que debía tener 28 años de edad cuando Díaz fue nombrado comandante de Tehuantepec. Cuentan que doña Juana había adquirido su gran fortuna a través de su relación con el guerrero Remigio Toledo después de que conoció por vez primera a Díaz.

desembarcaron en el puerto hostil y desierto de Veracruz, más fueron recibidos por los conservadores, la Iglesia y por las damas de la ciudad de México con auténtico alborozo. Apoyado por Lincoln, el Presidente Juárez logró restablecer su inestable gobierno. El pueblo no ofreció la menor resistencia y las guerrillas liberales aniquilaron al ejército imperial. Los cortesanos muy pronto se sintieron decepcionados del emperador debido a que éste era un liberal en sí, demasiado lento y no lo suficientemente firme para reprimir a los seguidores del indio de pequeña estatura, a quien admiraba y respetaba en secreto y con quien esperaba llegar algún día a un acuerdo. En 1867 Maximiliano quedó completamente abandonado. Napoleón III vio perdida la batalla y los compromisos políticos en Europa le obligaron a retirar a su ejército de México. Carlota regresó a Francia y a Roma para solicitar ayuda y perdió la cabeza al no poder cumplir con su objetivo. El apuesto Emperador de México fue capturado y fusilado. Los liberales triunfaron en la última batalla.

Durante la ocupación francesa, el Istmo permaneció leal a la causa liberal hasta que un capitán desconocido de la guarnición de Tehuantepec, Remigio Toledo, cambió de partido para unirse al Imperio. Sin embargo, todos los hombres e inclusive las mujeres del cuartel de San Blas y de Shiwi huyeron hacia los cerros para unirse a los juchitecos. Juntos trataron de vencer a Toledo y atacaron Tehuantepec, sólo que fueron vencidos, perdiendo la mitad de sus elementos y perseguidos hasta Juchitán. Esta es la interesante descripción de un testigo ocular sobre este ejército improvisado.[8] Los defensores de la causa liberal no eran más que un grupo de indios zapotecas vestidos en "pijama", saco y pantalones de algodón blanco, sandalias, cinturones de balas y sombreros de fieltro negro con cintas rojas. El salario de las tropas era de 18 centavos (alrededor de 9 centavos de dólar) cada 4 días, siempre y cuando hubiese dinero. De lo contrario, se contentaban con las raciones que recibían: 2 cucharadas de totopos (pedazos de tortillas fritas), una porción de carne seca o pescado seco que los soldados asaban en la fo-

[8] Molina, 1911.

gata y alrededor de 3 centavos de queso. Cada soldado recibía cada dos meses un pedazo de manta, una tela de algodón burdo, para remendar su vestimenta. La mitad del ejército estaba desarmado y no fue sino dos años después que Toledo se rebeló que lograron obtener 200 machetes, mismos que los soldados tuvieron que adaptar a unas empuñaduras.

Apoyados por un ejército francés y por los patricios católicos, Toledo atacó a Juchitán en septiembre de 1866. Fue una sangrienta batalla en la que el capitán indio Albino Jiménez, apodado Bino Gada ("Nueve Vidas"), condujo a los bravos hombres y mujeres juchitecos a la victoria y obligó a los tehuanos, a los franceses y a los patricios a retirarse de Tehuantepec, la cual él mismo capturó. Durante cinco días los juchitecos y los blaseños dieron una nueva batalla saqueando e incendiando el pueblo, hasta que Porfirio Díaz, quien se había propuesto perseguir a Toledo, envió un ejército para restablecer el orden. Desde entonces, Juchitán ha seguido celebrando dicha victoria del 4 de septiembre aún en la actualidad, con desfiles, fuegos artificiales y discursos patrióticos dirigidos ante una especie de altar en el que sobresale el retrato de Juárez. Díaz castigó severamente a Toledo; el ejército de éste último se rindió y él se vio obligado a refugiarse en Guatemala. Había un motivo muy personal en el odio de Díaz hacia Toledo, ya que la hermosa Juana Cata había sido la amante de ambos.

El triunfo de los liberales fue definitivo. La situación del país se normalizó y México gozó por vez primera de un verdadero gobierno democrático. Tehuantepec se levantaba de nuevo reparando los daños que había sufrido. La tendencia de Juárez fue encauzada hacia el progreso y la educación. Se creó la primera línea de ferrocarril, una fantástica vía entre México y Veracruz, uno de los aciertos en ingeniería en aquella época y el antiguo convenio para crear una ruta que atravesara el Istmo fue renovado en base a las condiciones de México. Juárez era antimilitar y por ello desconfiaba de Díaz. El héroe de Puebla y ganador de múltiples batallas esperaba una recompensa que jamás recibió; dolido y decepcionado, renunció y se retiró a sus plantíos de caña de azúcar en Oaxaca.

El coronel Félix Díaz, conocido como Chato, fungía en aquel entonces como Gobernador de Oaxaca. El Chato Díaz, hermano más joven de Porfirio, también era soldado de profesión. Luchó en el campo enemigo hasta 1859, momento en el que decidió unirse a su hermano liberal. Era un tirano a quien se le respetaba únicamente por la fuerza que empleaba y para mantener a los rebeldes juchitecos bajo su dominio, pese a la constante oposición, asignó negligentemente a uno de sus serviles como dirigente político de Juchitán. Los juchitecos se levantaron en armas nuevamente en contra de esta ofensa sin precedente y expulsaron al *zu yuzù* ("despreciable extranjero"). Guiados por Bino Gada, se rebelaron en contra del gobierno del estado e implantaron uno propio. El Chato Díaz volvió nuevamente con un poderoso ejército para castigar la insolencia de los juchitecos y de nuevo surgió una sangrienta batalla. Los juchitecos se defendieron como tigres, pero finalmente fueron vencidos. El furor que mostraron en batalla fue superado por la crueldad del Chato Díaz al capturar al pueblo y encontrarse con que Bino Gada había escapado: mandó fusilar a los prisioneros, saqueó el tesoro del pueblo y, lo que más dolió a los juchitecos, fue que robase a su santo patrón, la venerada imagen de San Vicente de Ferrer.

En 1871 Porfirio Díaz se postuló para la presidencia, compitiendo así con Juárez; la elección resultó ser un empate y el Congreso constituido por el Colegio Superior Electoral, votó por Juárez. Díaz se rebeló en Oaxaca, apoyado por su hermano el Gobernador y por su antiguo enemigo, el archirreacionario Remigio Toledo, quien trataba de recobrar el dominio que había perdido sobre Tehuantepec. Pese a ello, el Istmo se mostró leal a Juárez y la rebelión fracasó. A todos los rebeldes se les aplacó por completo y Toledo fue capturado y fusilado. El Chato Díaz trató de huir hacia la costa para hacerse a la mar, mas no tuvo suerte, ya que fue capturado por un grupo de juchitecos que no habían olvidado las atrocidades que había cometido en Juchitán. Se le capturó en los médanos ardientes, de Chacalapa y se le linchó al grito de: "¡Viva San Vicente!".

Juárez murió repentinamente de un ataque al corazón y Porfirio Díaz se rebeló nuevamente, esta vez con éxito, en 1876, bajo el lema: "Sufragio efectivo, no reelección", contra la reelección del sucesor de Juárez. El Istmo de Tehuantepec se dividió nuevamente en dos: Tehuantepec estaba a favor de Díaz, Juchitán estaba en contra del mismo. Los dos pueblos se batieron en combate y las causas ideológicas quedaron olvidadas en este rencor entre ambas ciudades.[9] Díaz se convirtió en Presidente provisional por un golpe de estado en 1877, pero los juchitecos se rebelaron una y otra vez y Díaz se vio obligado a tomar el mando en 1881. Puso fin a la amenaza de los levantamientos juchitecos al arrestar y exiliar a las esposas y madres de los rebeldes y al incendiar el bosque en donde se escondían. Para fines de 1882, el Istmo había sufrido los estragos de la guerra, una epidemia de cólera, una plaga de grillos, además de una hambruna posterior. El pueblo se vio obligado a emigrar.

Díaz, quien logró conseguir la victoria, bajo el lema de que iba en contra de la reelección, se reeligió a sí mismo una y otra vez, gobernando como un absoluto dictador durante 30 largos años. Se imponía la paz a base de bayoneta y se doblegaba a la oposición con mano de hierro. A los intelectuales antirreeleccionistas se les asesinaba o se les encarcelaba, a los campesinos rebeldes se les ahorcaba en los árboles y a las demandas de los trabajadores se les acallaba con balas. México destacó en los ámbitos capitalistas como la tierra más segura y más promisoria para la inversión. Se invitó a los banqueros, industriales y promotores extranjeros a que inmigrasen al país para iniciar grandes negocios. De ahí que los americanos, británicos, franceses, germanos y españoles llegasen a poseer la riqueza entera del país. Las minas, el petróleo, las utilidades públicas, los plantíos de café y de caña de azúcar, la industria textil e inclusive el co-

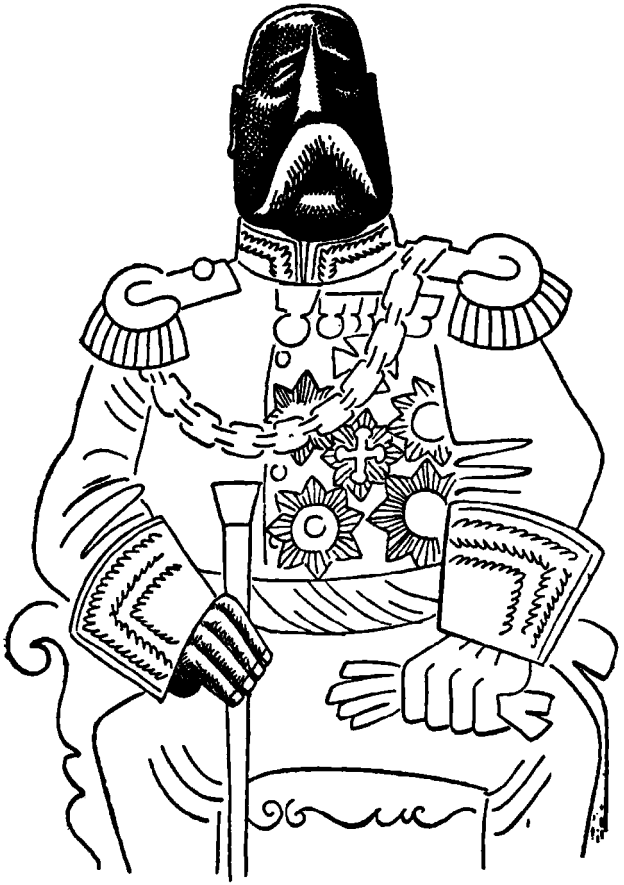
[9] Díaz ya se había postulado en una ocasión en 1867, como presidente, rivalizando con Juárez, pero fue vencido. El gobierno de Díaz fue interrumpido durante un breve período en 1881, cuando el terrateniente conservador, el general Manuel González, se convirtió en un presidente títere para Díaz. Durante el régimen de González las antiguas leyes en la minería, mismas que instituyeron la nacionalización del subsuelo mexicano, fueron derogadas para su propio beneficio, ya que tenía una enorme fortuna invertida en la industria minera.

mercio al menudeo, estaban en sus manos. Varias amistades y familiares mexicanos de Díaz recibieron las migajas de las utilidades obtenidas, asignándoseles puestos en los consejos directivos de los grandes consorcios, en donde tendrían oportunidad de participar en cualquier tipo de peculado legal. Sin embargo, la mayoría de los nuevos aristócratas mexicanos de la época eran flojos e incapaces de emprender cualquier tipo de empresa y por ello preferían permanecer como señores feudales, hacendados, terratenientes ausentes que despilfarraban en París el producto de la labor desarrollada por la gran población india, misma que vivía endeudada constantemente a la esclavitud y carecía de cualquier tipo de educación.

El mundo capitalista estaba muy complacido con Díaz. Aun los más intolerantes y racistas anglosajones, convenían en aceptar al dictador indio como "un individuo que tenía el alma del hombre blanco bajo esa piel obscura". El ámbito de Díaz estaba constituido por una camarilla de hombres poco interesantes de mediana edad, bigotes impresionantes, levitas y chisteras. Se hacían llamar científicos porque afirmaban poseer a los cerebros del país y a sus conocimientos científicos. Hubieron varios intelectuales y científicos entre ellos; el grupo fue fundado por Rosendo Pineda, un mestizo de Juchitán, a quien se le conocía comúnmente como "el eje de diamante" del régimen. Los científicos se debilitaron al paso del tiempo y el grupo no tardó en ser dominado por criollos millonarios, quienes hicieron un fetichismo del progreso, valorándolo por el número de millas de líneas ferroviarias y por los depósitos bancarios de una minoría rica y elegante.

Pese a la pompa y elegancia del círculo de Díaz, el dictador, de edad avanzada, jamás olvidó a sus enemigos zapotecas del Istmo. Tehuantepec era aún una gran ciudad, el centro de una concentración de riquezas y la Meca comercial en donde se exponían los productos de todo el país. Juana Cata, ahora doña Juana C. Romero, se había convertido en la figura social y financiera más importante de la ciudad. Poseía las mejores y mayores tiendas de la ciudad, así como enormes plantíos de coco y de caña de azúcar. Ella misma administraba sus propie-

dades y se dice que siempre portaba un arma en su cinturón. También poseía un ingenio azucarero equipado con la mejor maquinaria que pudiera importarse de alemania y al azúcar que producía se le otorgó un premio en la Feria Mundial de San Luis en 1904.



El General Porfirio Díaz en 1908.

Doña Juana gobernaba Tehuantepec con mano dulce pero firme. Una vez que Díaz se convirtió en Presidente, su poder creció a tal grado que bastaba con enviar un telegrama a Porfirio para conseguir la absolución de amistades que estaban condenadas a muerte por incendios premeditados y rebeliones. Como católica ferviente que era, exigía que sus empleados fuesen a la Iglesia y que comulgasen con regularidad. Motivada por su incesante deseo de ayudar y mejorar a su pueblo natal, reconstruyó la antigua catedral y el convento que existió en Cosijopi, restauró el cementerio e hizo construir para sí misma una gran capilla central para cuando muriese, que tenía la apariencia de una Iglesia en miniatura. También instituyó escuelas dirigidas por monjas y por profesores jesuitas traídos desde la ciudad de México.

Para entretener a Porfirio durante sus visitas a su amada Tehuantepec en la forma en que estaba acostumbrado, mandó construir un "chalet", la única vivienda tipo europeo de dos pisos que existe en la ciudad aún en la actualidad. Se ofrecían grandes bailes en su honor y Díaz rara vez se perdía del *vela bini* anual que ofrecía doña Juana en un salón de fiestas creado especialmente para esta ocasión. Este era un salón con columnas de madera pintadas en blanco y oro, cubierto con un gran cielo de cañamazo del cual pendían candeleros de cristal. Era una costumbre vestirse elegantemente para el *vela bini*. Las mujeres vestían el traje ceremonial de Tehuantepec hecho de encaje, lentejuelas y orlas de oro, el traje predilecto de Porfirio; los hombres vestían trajes negros de anascote y cuellos almidonados, a pesar del calor insoportable. Era todo lo contrario a la informalidad que predomina en la actualidad y doña Juana extendía pequeños carnets con lápices adjuntos a los mismos para que los invitados pudiesen anotar de antemano las parejas con las que habrían de bailar los lanceros, las polkas y los valses. Se servía una gran comida, con grandes mesas de pavos al horno, platones de carnes fiambres variadas y ríos de vino importado.

La Revolución

En septiembre de 1910, México celebró el primer centenario de su independencia. Nunca antes se había visto tal pompa, tantas recepciones suntuosas, bailes y fiestas al aire libre en el país. Banderolas adornaban las calles, los edificios públicos destellaban con luces de múltiples colores, había desfiles militares ingeniosamente organizados, flotas fantásticas vitoreando a la banca, a la minería y a la industria y guerras de flores en las calles. Los diplomáticos extranjeros y los oficiales del ejército se engalanaban con galones de oro y condecoración, los científicos portaban chisteras y levitas de Inglaterra y las damas portaban adornos de plumas y grandes sombreros de encaje importados de París para dicha ocasión. El mismo dictador de 80 años de edad relucía en su uniforme de gala, su gran levita cubierta con medallas, su gran bigote caído más blanco que nunca, contrastaba con su piel morena. La acogida a las celebridades visitantes y a los científicos costó a la nación veinte millones de pesos.

Las elecciones habrían de celebrarse en dos semanas más y el país reflejaba una latente inquietud. Las tropas federales se encargaron de fusilar a los huelguistas de las algodonerías de Veracruz, los calabozos del fuerte de San Juan de Ulúa estaban completamente ocupados por prisioneros políticos y el líder antireeleccionista, Aquiles Serdán, fue asesinado inclementemente por la policía. Se llevaron a cabo las elecciones y, como era de esperarse, Díaz fue "reelecto por unanimidad" por sexta vez. El candidato de la oposición era un hombre pacífico y pequeño, Francisco I. Madero, un soñador proveniente de una familia bien acomodada, mismo que fue encarcelado un mes antes de celebrarse las elecciones, pero logró escapar encontrando refugio en los Estados Unidos. El 20 de noviembre, Madero propició un levantamiento general, declarando que la elección había sido nula y carente de validez. El país entero respondió a su llamado y de nuevo brotaron ríos de sangre. Los ejércitos y guerrillas revolucionarios obtuvieron victorias por doquier, pero el dictador de edad avanzada insistía en quedarse en el poder. Dis-

turbios amenazaron a la ciudad de México; una multitud que se reunió frente al palacio presidencial para exigir la renuncia de Díaz al poder fue dispersada a tiros dejando un saldo de doscientos muertos. Finalmente, el dictador cedió a media noche, permitiéndosele abandonar el país sin ser molestado.

Se llevaron a cabo nuevas elecciones y Madero se convirtió en presidente por una mayoría unánime. Empero, la revolución no estaba aún preparada para solucionar los conflictos que surgieran a raíz del repentino despertar del pueblo. El objetivo de Madero había sido simplemente el derrocar al dictador y su plataforma no logró ir más allá que implantar el anti-reeleccionismo. Asimismo, había muchos carismas entre los mismos revolucionarios; había campesinos, rancheros e intelectuales pertenecientes a la clase media, así como políticos profesionales, científicos y hacendados que se habían inclinado hacia el otro bando en el último momento. Mientras los conservadores disfrazados ridiculizaban a Madero personalmente y creaban conflictos internos en el gobierno, los líderes campesinos de la revolución fueron objeto de persecuciones y muy pronto se vieron obligados a levantarse en armas nuevamente. El más importante de estos campesinos era Emiliano Zapata, líder del ejército de los peones indios que habían sido esclavizados en las plantaciones de la caña de azúcar en la región suroeste de México. Zapata promovió el Plan de Ayala, exigiendo que se sustituyesen los ejidos, las tierras de los pueblos, además de un tercio de la tierra poseída por los hacendados a los campesinos a los que se les había despojado de todas sus tierras. Su lema fue el de "Tierra y Libertad", pero muy pronto se dio cuenta de que el gobierno no pensaba restituirles las tierras y que en lugar de concederles la libertad, se había enviado a un vicioso y ebrio déspota militar, Victoriano Huerta, para perseguir a los zapatistas.

En 1913, los reaccionarios organizaron finalmente un golpe de estado militar contra Madero, al cual se le había sitiado en su palacio de gobierno. El bienintencionado e ingenuo presidente nombró desafortunadamente al traidor Huerta para tomar el mando de las tropas defensoras. Huerta dispersó drásticamente

a los rebeldes durante diez días en la ciudad de México, causando grandes daños entre los civiles, inocentes, mientras entablaba conversaciones secretas con el capitán de los rebeldes, nada menos que Félix Díaz, sobrino de Porfirio e hijo de Chato, el individuo que raptó la imagen de San Vicente de Juchitán. Madero y su vice-presidente fueron arrestados, llevados fuera de la ciudad y asesinados.

Mientras Huerta se emborrachaba en las cantinas y su grupo asesinaba a los desertores, los amigos y seguidores de Madero, inclusive sus enemigos, se rebelaron en contra de Huerta. En el norte, tres futuros presidentes de México se encontraban entre los líderes del movimiento de venganza: Carranza, Obregón y Calles. Carranza, un caballero digno y honesto, organizó el levantamiento nacional, convirtiéndose en capitán del ejército constitucional, al cual se le unió todo líder revolucionario que había participado para derrocar a Díaz. El más famoso de estos líderes fue Pancho Villa, un bandido romántico y conquistador del norte de México y Emiliano Zapata, líder de los campesinos en su lucha por la tierra, el cual controlaba toda la región suroeste. Los líderes se reunieron y se llegó a un acuerdo sobre el plan general revolucionario, mismo que se pondría en acción una vez que el usurpador hubiese sido derrocado: luchar por un México libre de terratenientes reaccionarios, de militares ambiciosos y de cleros intrigantes. El ejército constitucional ocupó la capital victoriosamente en todas direcciones. Huerta no esperó y huyó del país para siempre.

La *casica* de Tehuantepec, doña Juana C. Romero, se encontraba lejos al estallar la revolución. Ya que predominaba en ella el arraigado complejo en su época de todo aquello que era europeo, en pleno régimen de Díaz, decidió visitar el Viejo Mundo antes de morir. Dejó al estado y a su fortuna bajo la custodia de un amigo en quien ella confiaba (no sin antes enterrar una vasija de oro en un lugar secreto) y partió rumbo a París, Roma, Egipto y Tierra Santa. A su regreso se encontró con que Díaz había sido derrocado y su fortuna desaparecido. El amigo en quien ella confiaba le arrebató su fortuna apropiándose de todo aquello que el gobierno revolucionario no había confiscado. Doña

Juana, quien ya contaba con 80 años de edad y se encontraba enferma, se fue a la ciudad de México para curarse de cuerpo y alma. Cayó enferma de bilis, una enfermedad común en los agraviados. Puesto que no podía vivir lejos de su amado Tehuantepec, decidió emprender el viaje de regresó y murió.[10] El cuerpo embalsamado fue llevado a su tierra natal en un tren especial y a medida que el cortejo se aproximaba a la estación de Tehuantepec, un ominoso temblor sacudió al pueblo. Se le enterró en medio de una gran ceremonia ante la presencia de todo el pueblo en la capilla suntuosa que mandó construir para cuando muriese. De su inmensa fortuna tan sólo queda el chalet, junto al cual aún pasa el tren dos veces al día. Pese a ello, los tehuanos no han dejado de demostrar su agradecimiento y respeto hacia doña Juana, en la forma tan encomiable en que hablan de ella, en su lealtad al no revelar una etapa de su vida, en las placas que aún llevan su nombre en la calle principal y en la escuela más importante para varones que hay en el pueblo y en la enorme estatua de bronce que acaba de ser erigida en la plaza central.

El bandidaje no se hizo esperar en el caos que surgió después del estallido de la Revolución. Convertirse en cabecilla de un manojo de bandidos desesperados llegó a ser un objetivo, una carrera y un arma política. El último entre los bandidos más famoso que amenazaron el Istmo fue Nicanor Díaz, el Robin Hood de Tehuantepec de los años treinta que atemorizaba a los ricos hacendados y comerciantes, imponiéndoles grandes sumas de dinero supuestamente para pagar por sus delitos cometidos y para distribuirlas entre los necesitados. Su refugio era la impenetrable sierra de Giengola y su ejército estaba compuesto por una docena de hombres, pero su quinta columna comprendía a casi todo Tehuantepec, quien admiraba sus hazañas y estaba presta para ayudar a todo aquel que deseara combatir a las autoridades locales.

Todos conocían a fondo a Nicanor a excepción de las auto-

[10] Por extraña coincidencia, Díaz murió en París en 1915, el mismo año de la muerte de doña Juana.

ridades, la policía y los "mejores" miembros de la comunidad. Por ello se dirigía cándidamente al pueblo durante la noche, para visitar a su esposa, para tomar parte en los festivales o para bautizar a un hijo, seguro de que nadie lo denunciaría. Se dice que con frecuencia se sentaba en la plaza principal que daba al frente de la casa municipal. Contaba con toda una red complicada de espionaje, situando a un individuo en cada esquina, quien se encargaba de prevenirle en caso de peligro; si se corría la voz de que Nicanor se encontraba en el pueblo y se enviaba a un pelotón para aprehenderlo, los guardias pasaban el mensaje de uno a otro encendiendo cerillos para que Nicanor se pusiese a salvo para cuando el pelotón llegase. Le encantaban los disfraces, inclusive el vestirse como una auténtica tehuana, con todo y su canasto, al dirigirse al mercado. Para reunir los "donativos" de los ricos, solía enviar un mensaje con una parienta suya o uno de sus hombres. En una ocasión, un rico denunció a una mujer que llevaba tal mensaje. Se le arrestó, pero el denunciante quedó henchido de pánico cuando se le llamó a atestiguar y prefirió no revelar su identidad, negando todos los cargos que se habían levantado en contra de ella.

Un día, Nicanor cayó gravemente enfermo y regresó a su choza que se encontraba a orillas del pueblo para ser curado. Una noche, mientras una curandera amistosa atendía al paciente, la policía se presentó. Su esposa, asiendo una pistola en cada mano, evitó el ataque disparando a dos policías. Nicanor logró escapar dejando un rastro de sangre y murió en el bosque. Sus amigos se encargaron de rescatar su cuerpo enterrándolo en el cementerio local, pero la policía jamás supo la ubicación exacta de su tumba. A su esposa, debido al apoyo con que contaba en Tehuantepec, se le permitió abandonar el pueblo a condición de que jamás regresara y se dice que ahora vive en Minatitlán.

México estaba tan agitado por tal desazón durante los años de la Primera Guerra Mundial que el inicio de la misma apenas se hizo notar. Las relaciones con los Estados Unidos no eran nada amistosas y la ocupación de Veracruz por la marina americana dio acogida a múltiples aliados de la Alemania del Kaiser. Reinaba la más absoluta desorganización; los diversos líderes

militares y su deseo por gobernar, peleaban entre sí. Finalmente, la triunfante asociación de Carranza y Obregón ocupó el poder. Ambos se apoyaban en la reputación de honestidad de uno de ellos y en el prestigio militar del otro, así como en el respaldo de los deficientes sindicatos laborales. En 1917 proclamaron la Constitución de la Revolución, misma que contenía dos nuevos artículos muy importantes, el 17 y 123, en los cuales se instituía la propiedad nacional del subsuelo del país y, por vez primera, la legislación laboral. Carranza subió a presidente, pero los ideales de la Revolución muy pronto quedaron en el olvido y fue asesinado al tratar de asignar a un títere como su sucesor. Obregón se convirtió posteriormente en presidente.

El país entró en una nueva era de reorganización y reconstrucción. Al régimen de Obregón le siguió el de su amigo Plutarco Elías Calles, un hombre fuerte, quien siguió el plan de Obregón al pie de la letra, aun en el uso de la fuerza para mantener el orden y mantenerse a sí mismo en el poder. Obregón y Calles eran anticlericales en extremo y luchaban en contra de la Iglesia, quien conducía a un poderoso grupo de oposición en secreto. Los sacerdotes se convirtieron nuevamente en líderes de bandos rebeldes de rancheros armados conocidos como cristeros, quienes vertían su odio en contra de los profesores y campesinos, asesinándolos y mutilándolos al grito de "Viva Cristo Rey!".

Al final del régimen de Calles, Obregón se postuló nuevamente para la presidencia, pero jamás tuvo oportunidad de violar el objetivo fundamental de la Revolución, el anti-reeleccionismo. En un banquete ofrecido en su honor, Obregón fue asesinado por la espalda por un católico fanático y Calles quedó indiscutiblemente como amo de México. Gobernó indirectamente a través del poderoso Partido Revolucionario Nacional hasta que eligió a Lázaro Cárdenas, un general honesto y capaz como presidente. Cárdenas no se contentó con ser tan sólo un títere. Aún cuando la elección era ya todo un hecho debido a que el partido oficial controlaba al electorado, Cárdenas insistió en dirigir su propia campaña. Viajó, casi siempre a caballo, a los sitios más inaccesibles de la República. Se dio a conocer entre

los indios y se percató, cosa que ningún líder del gobierno jamás había hecho en el pasado, de las condiciones tan adversas en las que esta gente vivía, la ansiedad por la tierra y la sed por el agua de las comunidades campesinas más remotas, la injusticia y el servilismo impuesto a los poco privilegiados por los déspotas nacionales, internacionales y locales.

El programa de Cárdenas consistió en recuperar la mayor parte de la fortuna nacional, el sacar al país de ese estado de semicolonialismo en el que siempre había vivido. Apoyó a los sindicatos. Se nacionalizaron el ferrocarril y la industria petrolera, se fomentó considerablemente el programa agrario y se devolvieron grandes hectáreas de tierra a los campesinos. Se llevaron a cabo experimentos de agricultura comercial en cooperativa, se inició un programa ambicioso de irrigación y de construcción de carreteras y a los campesinos se les reunió para formar una gran Confederación armada para defender sus tierras, creando una milicia de reserva que competía con la supremacía del ejército antiguamente inquebrantable.

El ejército mismo sufrió un cambio sin precedente. A los líderes de la guerra se les sosegó astutamente y el ejército se convirtió en una organización disciplinada, bien preparada, responsable y ajena a la política. En lugar de ser motivo de disturbios como siempre lo había sido, se convirtió en instrumento de paz y de progreso en pueblos atrasados. Logró mantener el orden y a los soldados se les asignó la construcción de carreteras, puentes, calles y parques públicos. La tolerancia religiosa sustituyó a la fobia demagógica de los antecesores potentados "socialistas" de Cárdenas. La política tradicional de la represión con mano de hierro quedó atrás y se descartó el hábito del asesinato político. Se implantó un sistema progresista de educación, impartido por un ejército de profesores entusiastas quienes se convirtieron en guías políticos y prácticos de los niños y adultos que frecuentaban las escuelas rurales. Fue así como sustituyeron a los antiguos sacerdotes; de hecho, así concluyeron las constantes amenazas de los cristeros a los profesores. El número de seguidores de Cárdenas se hizo cada vez mayor entre los campesinos y los trabajadores mientras los enemigos

aumentaban en la burguesía de las ciudades y el país. El régimen fue el más antifascista de la época. Fue el único en América que apoyó a la República Española y se mantuvo firme, a diferencia de todas y cada una de las constantes agresiones del Eje. Los admiradores locales de Hitler formaron una organización militar conocida como los *sinarquistas*,[11] guiada espiritual y materialmente por un partido político reaccionario conocido como Acción Nacional.

El régimen de Cárdenas llegó a su fin y un "auténtico sufragio" se llevó a cabo. El candidato de los sindicatos y de las organizaciones campesinas era Manuel A. Camacho, mientras que los conservadores de toda índole eligieron al General Juan Andreu Almazán, un empresario potentado y antiguo líder guerrero como candidato de la oposición. Las elecciones se llevaron a cabo y el experimento de libre sufragio fue todo un fracaso: los seguidores de Almazán no estaban interesados en los votos. Planeaban un golpe de estado y en unas cuantas horas la ciudad de México se convirtió en un centro de batalla. La situación quedó muy pronto bajo control y la revolución almazanista culminó infructuosamente. Avila Camacho subió a presidente y su régimen recibió un gran apoyo de un Estados Unidos amistoso. Nunca antes fueron tan favorables las relaciones entre ambos países. Sin embargo, la participación de México en la lucha contra el fascismo creó una situación incongruente. La ciudad de México adquirió gran popularidad, se invirtió capital extranjero para crear nuevas instituciones bancarias y para comprar empresas y propiedades, la inflación se elevó y los precios

[11] Los sinarquistas constituyen un movimiento peligroso profascista, antilaboral y católico que combina la ideología de todos los movimientos reaccionarios, desde el partido de "Religión y Fueros" hasta los ilegales cristeros y las Camisas de Oro. Fue organizado por un oficial germano llamado Schreiter y auspiciado por un rico español, un terrateniente falangista de Guanajuato. Bajo un supuesto nacionalismo, se revelaba constantemente en contra de los judíos y los comunistas en contra de los sindicatos laborales y campesinos, en contra de la influencia que Estados Unidos ejercía sobre México; sin embargo, son grandes partidarios del movimiento de "Hispanidad" y contra del Panamericanismo. Se oponían a toda costa a someterse a su mando para cumplir con la participación de México en la guerra y se negaban a contratar reservas para el ejército. En una reciente manifestación sinarquista, las mujeres marchaban bajo el lema "¡Si el estado desea soldados, que él mismo les de vida!"

se dispararon de los salarios miserables. El resultado ha sido un contraste más extremo y más amargo entre un pequeño círculo de un sector profundamente privilegiado y una extensa y desafortunada minoría de personas poco privilegiadas, situación que comienza a ser tan alarmante como en la época del régimen de Díaz, justo antes de la Revolución, sólo que aún más peligrosa porque contiene el veneno del fascismo en su esencia.

Es evidente que la batalla interminable contra las fuerzas reaccionarias, ahora materializada abiertamente en la amenaza de la humanidad como fascismo, con frecuencia disfrazado del más absoluto nacionalismo patriótico, no ha sido librada aún. La batalla aún continúa en el Istmo, mismo que fue uno de los primeros que iniciaron la batalla y el último en cosechar los beneficios. Aislado, abandonado y olvidado, continúa viviendo una vida placentera, adaptándose lentamente a las nuevas condiciones existentes, atormentado aún por la injusticia y la explotación, pero animado por el espíritu liberal que siempre le ha caracterizado. En los últimos años se han llevado a cabo los proyectos para elevar el nivel de vida, incrementando así el bienestar humano y material al construir carreteras y presas, escuelas y hospitales. El Istmo ha sufrido, como ninguna otra región de México, los pillajes de bandidos y de autoridades indiferentes, si no es que corruptas. Tan sólo en la última década han logrado disfrutar de cierta paz y de ciertos rasgos de adelanto y prosperidad. Los zapotecas del Istmo son uno de los grupos más progresistas y emprendedores entre las comunidades más primitivas de México y el adentrarse a su vida diaria y ceremonias, a su comportamiento y modo de pensar, tomando en cuenta su tormentoso pasado histórico, nos ayudará a comprender mejor a uno de los pueblos más característicos de América.

VIII

EL PUEBLO: (1) SU APARIENCIA, SU VIDA Y SU TRABAJO

Los tehuanos son en su mayoría indios zapotecas cuya sangre tiene ascendencia de casi todas las razas que hay en el mundo. Las tehuanas siempre han gustado de los extranjeros y todos aquellos españoles, franceses, americanos, irlandeses, orientales, chinos y negros que han cruzado el Istmo o que han vivido ahí permanentemente han dejado rasgos característicos en su historia. La mezcla resultante, aunada al famoso y atractivo vestido de las mujeres, explica la fama de las tehuanas en todo México por su belleza y porte.

Sin duda alguna hay una gran variedad de bellezas en Tehuantepec para todos los gustos: mujeres de piel morena con ojos de un negro intenso, así como mujeres de tez blanca con ojos claros y pelo güero. Abundan tanto las altas y fornidas como las bajitas y delgadas. En el pueblo se observa comúnmente personas de pelo lacio negro, así como personas con cabello rizado u ondulado; algunas de ellas tienen inclusive el pelo grifo. Sin embargo, la abundancia del pelo claro, aún en las castas típicamente indígenas, se atribuye no sólo a los ejércitos franceses e irlandeses que ocuparon el Istmo tiempo atrás o a los ingenieros y trabajadores importados de los Estados Unidos e Inglaterra para construir el ferrocarril de Tehuantepec, sino también a causas naturales, como lo es el efecto del sol en el agua, que decolora el cabello en tonos de todas las gamas de café y oro. Hay pueblos como Espinal e Ixtaltepec que son fa-

mosos por el número tan extenso de mujeres de tez blanca que destacan por su exquisita belleza.

Pese a la mezcla de razas, la casta indígena predomina y el elemento indígena de la mezcla posee una belleza innata digna de reconocimiento. Los zapotecas siempre fueron una raza bien parecida con hermosos rasgos faciales, de nariz respingada, de boca carnosa y pequeña con labios sensualmente delineados y de ojos grandes rasgados y almendrados. Tienen una frente pequeña y ovalada, rasgos bien definidos y pómulos salientes. La mezcla de la raza indígena con la blanca es una combinación muy agradable en Tehuantepec, ya que produce resultados sorprendentes, como lo es el contraste de una piel tostada con el verde o el tono castaño de los ojos.

Los zapotecas son generalmente pequeños de estatura pero bien formados, de manos sensuales y de pies un tanto grandes pero bien formados, con los dedos separados como ocurre con todo aquel que camina descalzo. Los hombres son más altos que las mujeres[1] pese a la creencia popular de que es a la inversa, creada sin duda por la indescriptible belleza del vestido femenino y de la apariencia, hasta cierto punto raquítica, de los hombres. El ser delgado en Tehuantepec es un signo de mala salud y las mujeres suelen halagarse entre sí diciendo "¡Qué frondosa y elegante te ves!" ("frondosa", a semejanza de un gran árbol lleno de hojas). Esta expresión equivale a decir "te ves muy bien". Hay una gran tendencia hacia la exuberancia y la "frondosidad" es realmente el adjetivo que más se adapta a las tehuanas, por su cuerpo exuberante, sólido y fuerte. A los hombres les gusta que las mujeres sean corpulentas y una mujer que para nosotros tiene un peso normal sería considerada en Tehuantepec como una mujer flaca.

Al igual que todos aquellos que viven en el campo, las mujeres envejecen más pronto pero más agraciadamente que en nuestras ciudades modernas. Las mujeres de edad avanzada desarrollan diariamente trabajos pesados y las personas mayores tienen un vigor que podría ser la envidia de las jóvenes gene-

[1] Macías. 1912.

raciones. Los hombres de edad se caracterizan por la calma, una expresión de mayor sabiduría entre el pueblo campesino y las mujeres de edad tienen un porte digno y distinguido; su piel se arruga pero su cuerpo sigue siendo joven y fuerte y sus rasgos, a medida que van haciéndose más angulares y profundos, muestran características indias más profundas. En los primeros años de vida, los niños tienden a ser desnutridos y enfermizos, pero aquéllos que logran sobrevivir se vuelven fuertes, capaces y saludables.

Los zapotecas del Istmo son muy distintos a otros indios y aun a sus más allegados, los zapotecas del Valle de Oaxaca y de las sierras. Los zapotecas originales descendieron del Valle de Oaxaca al Istmo para convertirse en colonizadores. Se mezclaron libremente entre sí con los habitantes originales: los mixtecos, zoques, huaves y los chontales, absorbiéndolos posteriormente a medida que transcurrió el tiempo. Los zapotecas no sólo difieren del resto de las razas indígenas en sus costumbres y apariencia, sino que también son más independientes, orgullosos, emprendedores y dinámicos, sin ese dejo de timidez y de desconfianza innata que tanto caracteriza a la actitud que tiene la mayoría de los indios hacia los extraños.

Los indios consideraban que el simular una falsa estupidez y una aparente sumisión pasiva en la relación que mantenían con sus amos blancos, era la mejor defensa que pudiesen tener para protegerse en contra de la rapacidad de la *gente de razón*, nombre que adoptaron los blancos y mestizos pertenecientes a una clase privilegiada. Creían que al fingir una carencia de ingenio y una holgazanería absoluta lograrían desesperar a sus amos para obligarles a que los dejasen en paz. Esto no ocurrió con los zapotecas del Istmo; preferían salvar su dignidad e independencia a través de una constante actividad y resistencia masiva. Cualquier juchiteco o tehuano, por muy pobre que sea, se siente orgulloso de su raza y jamás deja de demostrar que está seguro de ser tan capaz como cualquier otro. Las mujeres saben bastarse a sí mismas tanto como los hombres, sino es que más que ellos. Un hombre que "se pasa de listo" con una mujer al cruzar la calle, es puesto en su lugar con una venganza;

las tehuanas andan sin ambages, y es verdaderamente un sufrimiento para el hombre tímido el venturarse a ir al mercado si irrita a la mujer tehuana o si provoca el descontento en la misma. Nadie está más consciente de ello que el recaudador de impuestos del mercado. Cada centavo que obtiene de las marchantas va acompañado de perjurios y maldiciones para él y su familia.

El vestido

El vestido de las tehuanas es uno de los mayores atractivos del país; es tan pintoresco y encantador, elegante y fascinante, que aviva el llano y árido panorama con brillantes tonalidades de color y con siluetas joviales y agraciadas. Hace que toda mujer zapoteca se convierta en una reina, en una imagen traída de Egipto, Creta, India o de un campo de gitanos. Los poetas zapotecas jamás se cansan de halagar en sus poesías el porte y distinción de sus mujeres. De todo México es el traje regional de mayor popularidad y belleza y ninguna comedia musical o carnaval en la ciudad de México podría estar completo sin algún destello de las tehuanas sintéticas. Para el ciudadano promedio mexicano, una tehuana es tan romántica y tan atractiva como lo es una joven del Mar del Sur para un adolescente americano.

Es difícil creer que las mujeres primitivas indígenas del antiguo Tehuantepec se preocupasen a tal grado por su vestimenta y tuviesen ese fanatismo por la moda, su propia moda, como sus hermanas civilizadas del norte. Al igual que entre nosotros, estas mujeres tienen fama de tener una gran pasión por las telas costosas y vestidos de gran colorido; tienen reglas definitivas e incambiables sobre lo que es correcto e inadecuado en el vestir y sobre aquello que se debe usar para determinada ocasión. Más aún, la moda varía, misma que observan con gran escrúpulo, una característica poco usual para comunidades rurales y conservadoras. La suya es una sociedad femenina, dirigida por y para las mujeres, quienes trabajan con gran tezón

para invertir el dinero adquirido en comprar sedas, encaje, terciopelo y moños. Hay momentos en que trabajan durante largos meses para confeccionarse ellas mismsa sus vestidos y bordar su ropa con tal exquisitez y elegancia hasta llegar a sentir una gran satisfacción al estar bien vestidas, para provocar la envidia del resto de las mujeres e incidentalmente para llamar la atención de los hombres.

En Tehuantepec, los modelos pertenecientes al año anterior no favorecen la imagen de la mujer como una persona brillante de la comunidad. Trátese de una terrateniente privilegiada, de una joven descalza hija de un campesino o de la esposa del mismo, una tehuana no sólo debe portar lo más exclusivo sino también lo último en la moda para presentarse a las múltiples festividades. Aunque sólo perciban unos cuantos centavos diariamente en el mercado al vender flores, fruta, chocolate o queso y aún cuando vivan en una casa hecha de lodo y de paja, la mujer ahorra, se presta a trabajar como esclava y de este modo logra comprar para sí un vestido a la última moda para destellar en el próximo baile o para "dejarlos muertos" en el festival del pueblo vecino. Diariamente se observa cómo mujeres de diversas edades pasean portando vestidos tan ricos y elegantes, llevando sobre su cabeza grandes canastos de frutas y de flores, que es imposible creer que sólo vayan al mercado o que simplemente se dirijan a sus hogares después de un arduo día de trabajo.

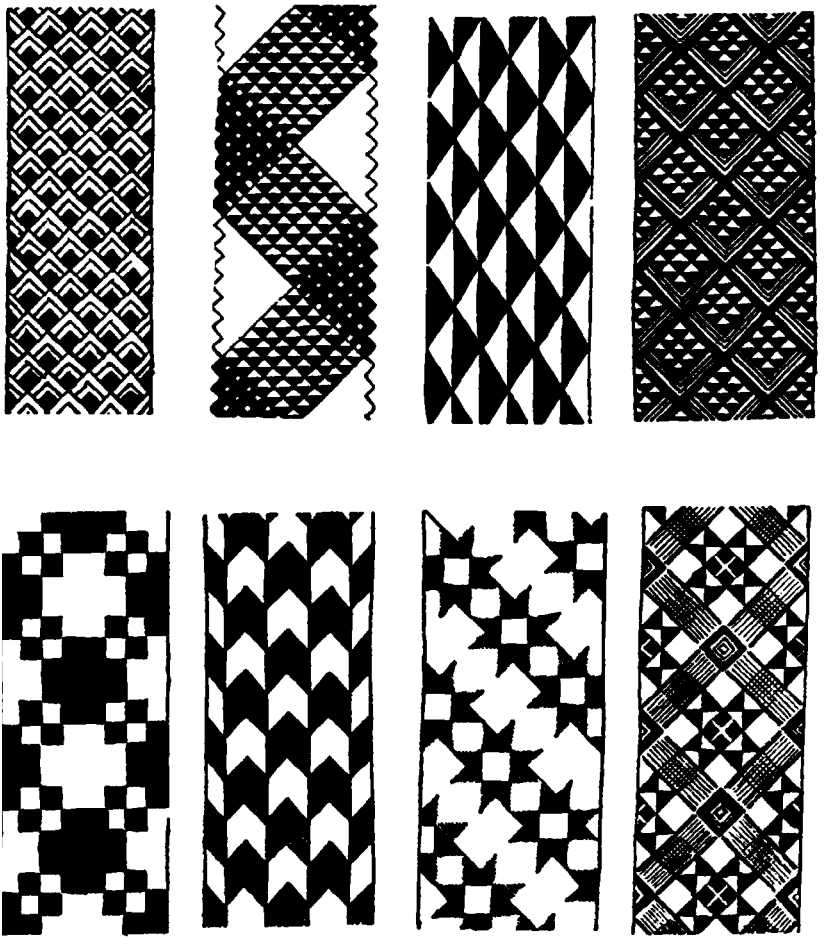
El vestido para uso diario de las tehuanas consta de un fondo completo blanco, la única ropa interior que usan, que se usa debajo de una falda larga y amplia que llega hasta el suelo. Dicha falda (rabona, en español, *bisu'di* en zapoteco) está hecha de algodón estampado en vivos colores con volantes fruncidos en las orillas que se agitan graciosamente cuando la mujer camina o se arrastra inclusive sobre las polvorientas calles de Tehuantepec. La enemistad entre Tehuantepec y Juchitán puede palparse en las diferencias de la moda entre ambos pueblos. No sólo se jactan de tener a las mujeres más hermosas y mejor vestidas, sino aquello que suele ser ley en los colores y estilos de Juchitán suele ser tabú en Tehuantepec y viceversa. Las *tecas*

Falda para el uso diario (*bisu' di*) hecha de percal estampado a la medida de su dueña.

(nombre abreviado que se les da a las juchitecas) miden el ancho del volante fruncido de las tehuanas que mide ocho pulgadas y hacen el suyo de modo que mida dieciseis pulgadas de ancho. Para las tehuanas, esta es una prueba más que suficiente del mal gusto de las tecas. El motivo aún sigue siendo un misterio, ya que las antiguas fotografías de las damas de Tehuantepec mostraban volantes frucidos aún más anchos que aquellos que las mujeres usan en Juchitán en la actualidad.

La blusa diaria (*bida nì wi' ni*) de muselina con bordado en punto de cadena. El tamaño promedio es de 22 × 26 pulgadas. Este diseño en particular, en amarillo y negro sobre un fondo rojo, se conoce como "Jaguar".

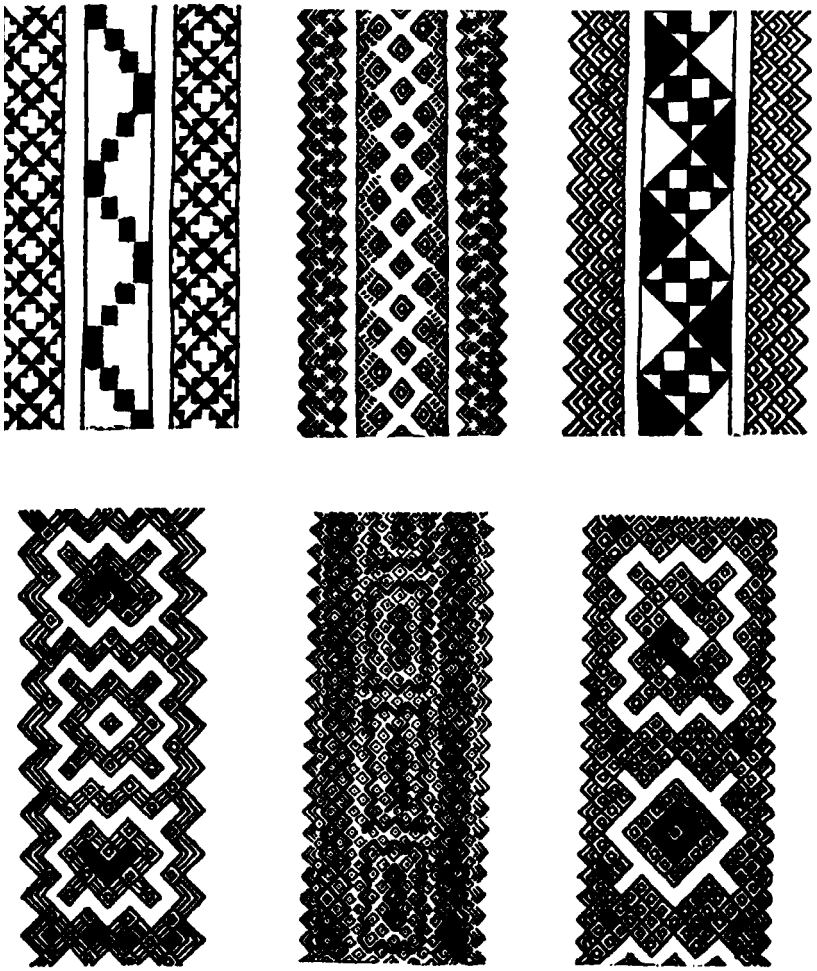
Existe una versión moderna del huipil indígena tradicional que completa el vestido. El huipil de Tehuantepec (*bida: nì wi'nì*) es una blusa corta o corpiño corto, de corte bajo, o sea, un pedazo de percal de una yarda y media de longitud doblada a la mitad, dejando un hoyo para el cuello, cosido a los lados, dejando dos hoyos laterales con las medidas exactas para el brazo de la mujer. El huipil está adornado con una tela más co-



Diseños en punto de cadena.

rriente para evitar que la blusa se transparente a la altura de los pechos. Los colores de los huipiles son tradicionales y no han variado durante los largos veinte años que han existido: púrpura obscuro, rojo, carmesí intenso o bermellón, ya sean

lisos, con lunares o con diseños de hojas y flores. El material de que están hechos estos huipiles provenía de Inglaterra, de las fábricas textiles de Manchester, mismo que estaba hecho



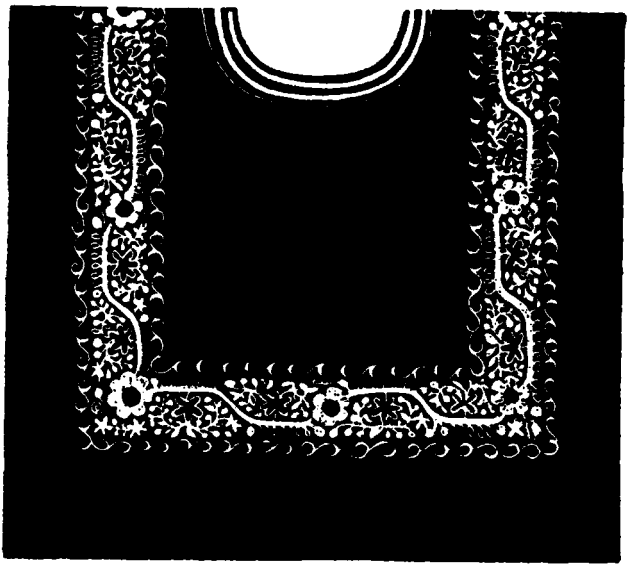
Diseños en punto de cadena.

especialmente para venderse en el Istmo y en ningún otro sitio. En la actualidad, el mercado ha sido monopolizado por los fabricantes mexicanos locales, pero las tehuanas de edad avanzada aún suspiran por los antiguos algodones importados desde Manchester.

Actualmente se estila el decorar los huipiles con una franja ancha adornada con un diseño geométrico complicado empleando un proceso laborioso, mismo que se logra tejiendo un determinado patrón entrelazando líneas sobrepuestas con punto de cadena, empleando una máquina de coser especial Singer, con hilos de colores contrastantes y tradicionales: limón-amarillo y rojo para los huipiles morados, amarillo y negro para los rojos. Los diseños de los huipiles también varían de acuerdo con el cambio de la moda. Se han ido haciendo cada vez más laboriosos con el tiempo y poco a poco también se han ido creando nuevos diseños. Ultimamente, las mujeres de Juchitán han creado nuevos diseños geométricos sumamente laboriosos, a los cuales han dado el nombre peculiar de *jaiberas* ("vendedora de jaibas"). Llegó a ser tan popular que todos en Tehuantepec lo adoptaron de inmediato, sin importarles su lugar de origen. Antes de que el diseño de jaibera se convirtiese en algo tan popular, se acostumbraba bordar los huipiles con una aguja para tejer un punto nuevo en cadena o gancho con el cual se podían hacer diseños muy delicados, de flores, similares a la filigrana.

Las mujeres suelen ir descalazas, a excepción de aquellas pertenecientes a clases "superiores", quienes siempre usan zapatos. Las mujeres de edad avanzada con pies sensibles suelen usar las sandalias para hombres. Las niñas se visten en la misma forma que sus madres, cuidando hasta el más ínfimo detalle, pero en sus hogares no usan más que listones para el pelo y un par de calzones sencillos.

Los zapotecas del área de Tehuantepec son unos verdaderos demócratas, las diferencias económicas no son tan representativas en el trato social. Un campesino descalzo siempre ha recibido el mismo trato en una fiesta que la esposa privilegiada de un hacendado. Sin embargo, en cada pueblo hay una pequeña aristocracia de muchachas citadinas quienes peinan su pelo con



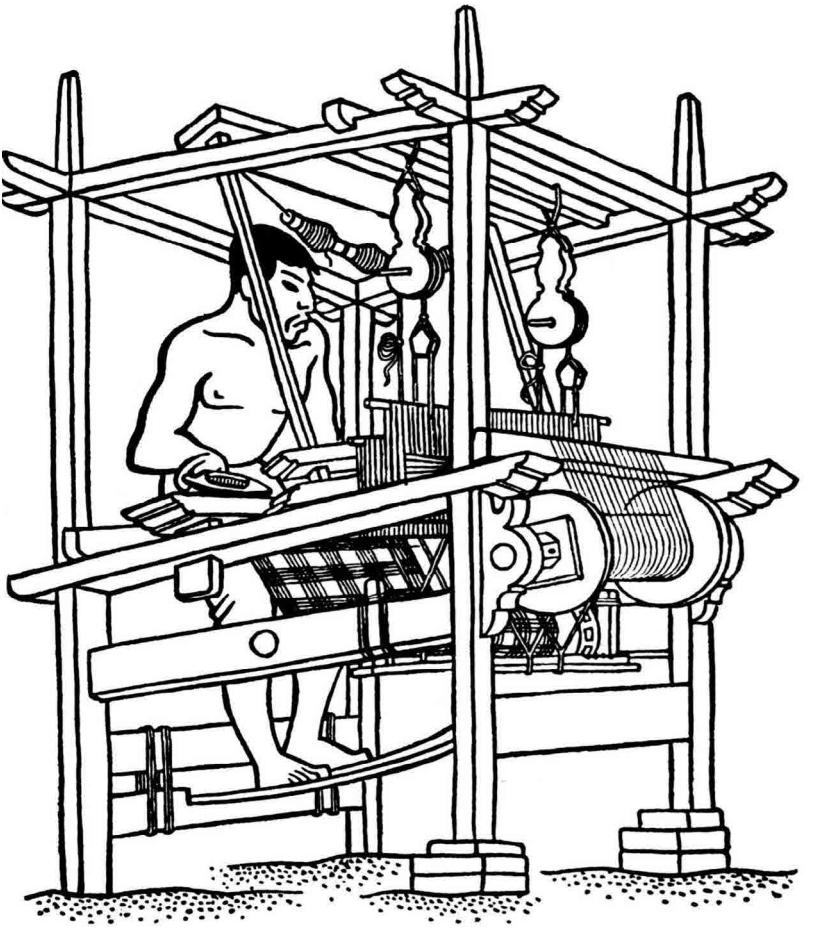
Blusa de muselina de color marrón oscuro, bordada con gancho de crochet en hilo amarillo. Los centros de las flores son rojos. **Abajo:** El extremo bordado de un cinturón de Juchitán.

esmero y usan zapatos, medias, vestidos muy modernos y bien ceñidos, poco favorecedores comparándolos con el vestido original tan elegante y de gran colorido. La gente que porta los vestidos modernos, símbolo de la clase gobernante, ha introducido un nuevo tipo de esnobismo social y la población está drásticamente dividida en la actualidad entre *personas de vestido* ("vestido moderno"), *personas de holán* ("el volante fruncido") y *las personas del enredo* ("faldas amplias").

Así es como visten diariamente las mujeres zapotecas menores de 50 años de edad. Las mujeres de edad más avanzada acostumbran aún usar la falda amplia conservadora de la época pre-hispánica (*bisu'di renda*), misma que está hecha de dos tantos de tela de algodón tejida a mano cosida a los lados para darle el vuelo necesario: dos y media yardas de largo por una y media yardas de ancho. Esta se usa colocándola en la cintura, sujetándola por medio de un cinturón y debe llegar a los tobillos. Las faldas ordinarias vienen en colores de azul obscuro, teñidas con índigo nativo o en rojo brillante con rayas verticales en amarillo, blanco o azul obscuro. La falda de líneas largas de escasa distancia entre una y otra conceden a las mujeres delgadas y agotadas ya por la edad una cierta dignidad arcaica que contrasta con la enorme elegancia y señorío de las jóvenes vestidas con faldas llenas de holanes. El huipil de señoras de edad avanzada es obscuro y sencillo, sin encaje. Es más corto que el que visten las jóvenes, quedando visible una parte de la piel entre el borde y el cinturón al alzar los brazos. Suelen trenzar su pelo gris y acomodarlo alrededor de la cabeza con listones alegres y las mujeres de edad avanzada acostumbran envolver su cabeza con un pañuelo grande de color negro o uno de seda blanco. En la actualidad, la mayoría de las mujeres de edad usa el chal universal largo negro que ha llegado a sustituir a la antigua túnica que se ponía en la cabeza y que caía hacia atrás un poco más abajo de la cintura.

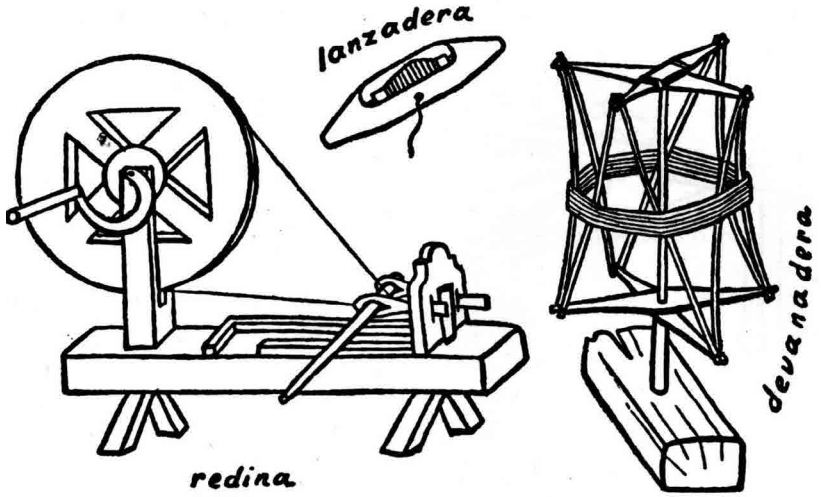
Para ceremonias especiales, las mujeres vanidosas zapotecas de edad avanzada se procuraban faldas costosas de caracol, teñidas con púrpura encendido completamente permanente, obtenido del excremento de un caracol muy peculiar. El hilo que

se emplea para tejer estas faldas está teñido por los indígenas chontales de Huamelula y Astata, poblados pequeños ubicados en la costa rocosa y desolada del Pacífico. Dos veces al año, en cierta fase de la luna, estos indígenas se hacen a la mar y enredando en sus antebrazos las madejas de hilo de algodón que



Telar de Tehuantepec.

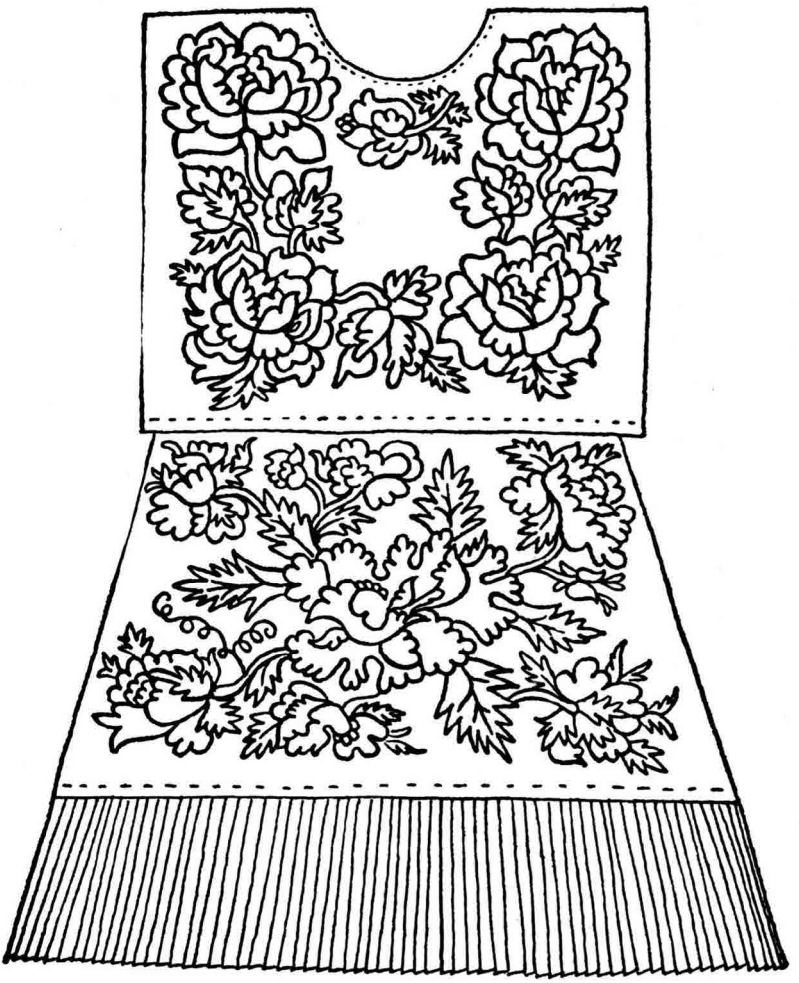
habrán de teñirse, se dedican a buscar las grietas y las rocas en donde se encuentran minúsculos caracoles.[2] Capturan a los moluscos que se encuentran en las rocas con sumo cuidado para no dañarlos, ya que su especie se está extinguiendo y posteriormente soplan con fuerza al molusco para irritarlo, de modo



Implemento para tejer.

que pueda secretar el tinte biscoso que reúnen con el hilo. Posteriormente y sin hacerle daño, ponen al molusco de nuevo en su lugar, del cual habrán de extraer en otra ocasión aquel líquido viscoso. El agua de sal y el sol se encargan de hacer el

[2] El hermoso color púrpura del caracol es el famoso púrpura tirio de los emperadores romanos, el cual se extraía del caracol "lepus marinus" (púrpura múrice). El caracol del Istmo ha sido identificado con frecuencia como *aplysia depilans* (Spear, 1872) y como *púrpura haemastona* (Atl, 1925). No se logró tener un espécimen del caracol, pero parece ser uno de los *thais* de la familia Purpuridae. El Doctor Atl afirma haber visto a un hombre teñir el hilo con el caracol que se encuentra cerca de Acapulco, en la costa de Guerrero, pero de acuerdo con lo que hasta ahora se sabe, esta labor tan sólo la desarrollan en la actualidad los indios chontales de Huamelula y de Astata, quienes los venden a su vez a los zapotecas. Una madeja de ochenta metros de largo que antiguamente se vendía a un peso cincuenta centavos, en 1940 subió a doce pesos.



Vestido de fiesta en satín rojo bordado en amarillo y negro.

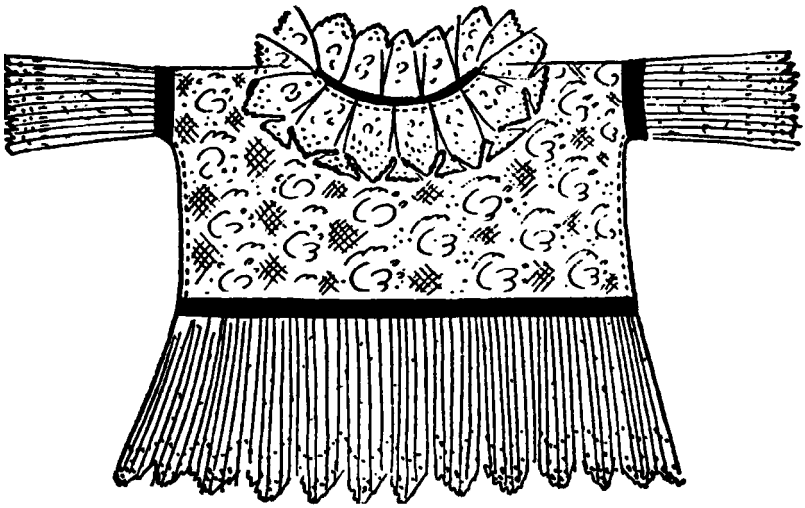
resto: el color cambia de amarillo limón a un verde pálido y finalmente se convierte en un hermoso púrpura encendido. El hilo teñido de caracol es muy raro y costoso, de modo que los tejedores de Tehuantepec cuentan con una gran lista de señoras que esperan ansiosas y que están dispuestas a pagar de cincuenta a cien pesos, el equivalente al sueldo mensual del esposo o hijo, para adquirir una de estas faldas de color púrpura.

Pese al olor tan desagradable, como el de pescado podrido, que se adhiere al hilo teñido con caracol aún después de haberse lavado un sinnúmero de veces durante muchos años, hay una gran demanda por dichas faldas. De hecho, las mujeres afirman que el olor les agrada puesto que es una muestra definitiva y absoluta de la autenticidad de las mismas. Toda tehuana respetable que gusta del buen vestir posee una falda teñida con caracol y jamás se atrevería a venderla, aun a cambio de su valor en oro. Están tan prendadas de estas faldas que con frecuencia mencionan como uno de sus últimos deseos el ser enterradas a la hora de su muerte con una falda púrpura, puesto que están plenamente seguras de que el hilo teñido con caracol jamás se pudre.

Las faldas de caracol son tejidas en Tehuantepec, principalmente en los telares de doña Elodia Carvallo, quien ha llegado a monopolizar toda la producción del hilo de caracol puesto que mantiene una excelente amistad con los chontales. Poniendo en práctica su gran habilidad zapoteca para el comercio, doña Elodia emprende el trayecto con bastantes días de anticipación para presenciar la famosa fiesta de Astata que se celebra el 7 de febrero, época del año en que los chontales tiñen el hilo, llevando consigo un enorme cargamento de faldas rojas ordinarias, mismas que fueron tejidas en los telares que posee. Estas se venden fácilmente y con el dinero que reúne, ya que los indígenas desean tener dinero para pasarla bien en la fiesta, compra todo el hilo disponible, a razón de doce pesos la libra y regresa a Tehuantepec para surtir los pedidos de las tehuanas de cierta edad que gozan de una buena posición, los cuales les fueron hechos con meses de anticipación.

El hilo llega a Tehuantepec pálido y disparejo, de modo

que debe ser "reforzado". Esto se logra gracias a la casi olvidada cochinilla, la grana, el gusano de cacto disecado, del cual se extrae un tinte carmesí encendido que aún hoy en día se puede adquirir en pequeñas bolsas de papel en la farmacia de



Bida:niró de encaje y listón (talle de 28 × 16 pulgadas y mangas de 10 a 12 pulgadas de ancho, el cuello con una abertura de 10 pulgadas de diámetro, el encaje de 4 pulgadas de ancho).

don Basilio. Se dejará remojando la cochinilla durante varios días, para después molerla y filtrarla; se molerá nuevamente el residuo de la misma, mezclándola con la misma agua en que se quedó remojando, hirviéndola posteriormente con el hilo de caracol y el alumbre cuantas veces sea necesario para obtener el hermoso tinte al cual los romanos denominaban "púrpura de Tiro"; este tinte también se extrae del caracol de mar obteniendo así el conocido color real.

Al igual que las mujeres del trópico, las tehuanas son sumamente limpias y se esmeran tanto por su persona hasta llegar al punto de la coquetería. Se bañan dos veces al día y Tehuan-

tepec era antiguamente famoso, entre otras cosas, por su río pintoresco, en el cual se zambullían a todas horas del día bañistas desnudas quienes gozaban despreocupadamente de sus aguas turbias. Sin embargo, la curiosidad y las cámaras fotográficas de los visitantes han ahuyentado a las jóvenes, concluyendo así con uno de los aspectos más encantadores de la vida de Tehuantepec. Las mujeres van aún al río a bañarse, pero lo hacen vistiendo una falda y blusa, o se bañan en casa en un enorme recipiente de agua con un cazo hecho con la mitad de una calabaza.

Debido a la ausencia absoluta de los cosméticos y de los salones de belleza, las mujeres procuran siempre mantener su pelo muy limpio y brilloso, sus dientes blancos, su piel tersa y fragante y sus ojos llenos de vida, valiéndose únicamente de la ayuda del peine, una masa de "jabón negro" hecho en casa, compuesto de hierbas, de manteca y de lejía o una barra de jabón corriente y de infusiones a base de hierbas para el pelo hechas de *sapandú*, un tubérculo pequeño, y de *skwana bi:si*, una semilla, para mantener el pelo brillante libre de parásitos. Jamás se ve un cepillo de dientes, un pasador o una lima en las pertenencias de una tehuana ordinaria. Para limpiar sus dientes se valen de una fibra astringente de la cáscara del coco y de las cenizas de elotes quemados. Su pelo está sujeto por dos trenzas, entrelazadas con grandes listones de seda roja, rosamelón o azul. Sujetan con esmero las trenzas alrededor de la cabeza, uniendo los listones de ambas trenzas con un gran moño en la parte superior de la cabeza. El buen conocedor siempre puede determinar de qué poblado proviene una joven por la forma en que ata el moño que sujeta su pelo. La piel de estas mujeres suele ser café clara y siempre procuran no quemarse más de lo necesario. Cuando salen al sol siempre se envuelven en un gran rebozo blanco.

A pesar de lo rico y costoso de la vestimenta diaria que portan, ésta es insignificante comparándola con el vestido que usan para las ocasiones importantes y formales, tales como los festivales del pueblo, los bailes, bodas y así sucesivamente, momentos en los cuales las mujeres pueden mostrar sus mejores sedas

bordadas, adornos de encaje para el pelo y joyas de oro. Estos festivales suelen celebrarse con sorprendente frecuencia. Es raro que transcurra una semana sin que se celebre un desfile, baile o fiesta particular o un gran baile ofrecido por una de las sociedades locales cooperativas creadas exclusivamente para organizar tales festivales. Los bailes se celebran al aire libre en la plaza principal del pueblo cubierta por una enorme lona o un tejado de paja decorado con papel de colores y oropel, flores artificiales, hojas de palma, manojos de cocos y de plátanos verdes, así como de espejos de cuerpo entero. Se ilumina el salón con quinqués de gasolina. Los bailes de Juchitán y de Tehuantepec son las danzas más democráticas que jamás hayan existido. En ellos participan miembros de todas las clases sociales y hombres de todos los estratos económicos y sociales bailan el último "ritmo", los danzones y los sones nativos con ricas matronas o con jóvenes descalzas. Aun las niñas de escasa edad, vestidas al igual que sus madres, se les permite permanecer despiertas toda la noche para bailar hasta el cansancio.

Los vestidos de gala de las mujeres están hechos de satín o terciopelo y en ocasiones valen cientos de pesos. Constan de una falda y de un huipil que armonice, decorados con grandes cintas de indescriptible belleza y de diseños geométricos cosidos a máquina o cubiertos con grandes flores semejantes a los chales chinos, bordadas en sedas de colores vivos en satín o en terciopelo negro. Los holanes que se encuentran en la parte inferior de las faldas de estos vestidos de gala están hechos de encaje almidonado cosido cuidadosamente a mano. El borde del olán arrastra al suelo, mismo que casi siempre está cubierto de polvo o de lodo; el holán cuidadosamente plisado sólo puede portarse una vez. Le toma a una mujer dos largos días para lavar. almidonar y plisar las cuatro o cinco yardas de encaje con una plancha pesada y antigua.

Ningún vestido de fiesta podría ser completo sin lucir una joya de oro. Al igual que las gitanas o las tribuas de Africa Norte, las tehuanas están dispuestas a invertir toda su fortuna para adquirir collares de oro, broches y aretes de moneda: piezas de oro de cinco, diez y de veinte dólares americanos, gui-

Forma de portar el *hida:niró* para ir a la iglesia.

neas inglesas, piezas de oro diminutas de dólares guatemaltecos y los grandes y antiguos centenarios mexicanos de cincuenta pesos. Muchas de estas monedas se remontan a los días en que se construyó el tren de Tehuantepec, cuando el oro fluía a través del Istmo; aún cuando los compradores de oro arrasaban la región para adquirir el oro de las tehuanas, no era raro ver que una joven o una mujer de mediana edad se negara a sucumbir a la tentadora recompensa ofrecida a cambio del oro que lucía alrededor de su cuello y que tenía un valor de más de mil dólares. Aquéllas que se han visto obligadas a vender el oro que les pertenecía asisten a los bailes portando joyería de plata reforzada con piezas de plata mexicana bañadas en oro, colocada del lado del escudo nacional de armas, la cual es idéntica al que aparece en las monedas de oro que están a punto de desaparecer.

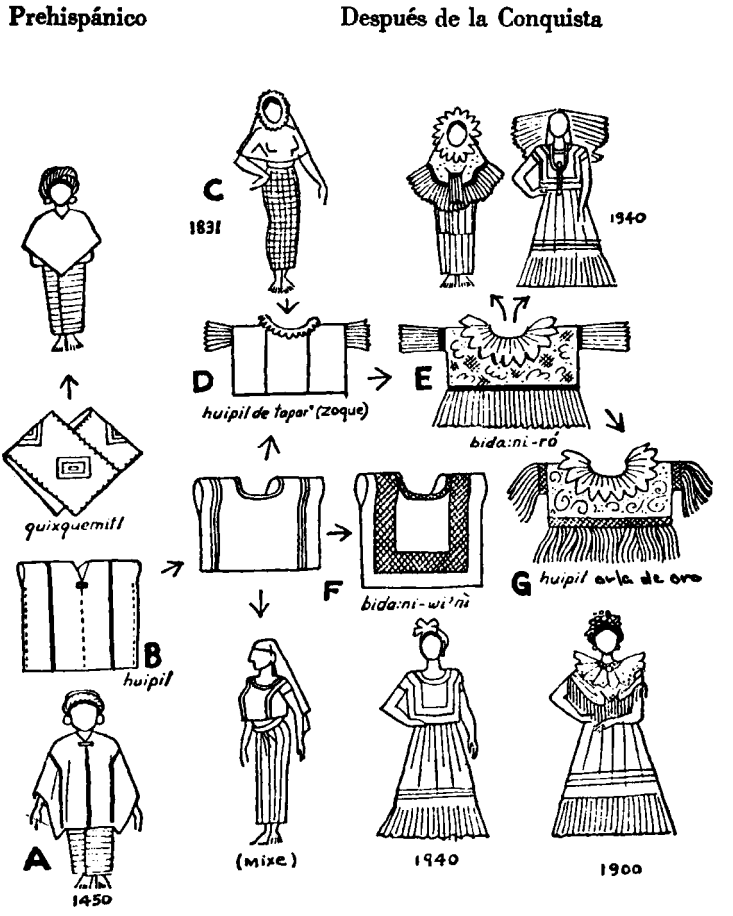
El ornato de mayor belleza de las tehuanas es un tocado de encaje plisado y almidonado, mismo que usan en ocasiones ceremoniales importantes. Se le conoce como"huipil de cabeza" o "gran huipil" (*bida:niró*) y en realidad no es otra cosa que una capa ligera o malla de seda o encaje con cuello, mangas y un borde o peplo de encaje almidonado y plisado, unido con listones de seda.

Dicho huipil se porta de distinto modo dependiendo de la ocasión. Para asistir a la iglesia, el cuello con holanes enmarca la cara, cubriendo los hombros el resto del huipil en forma de capa y las mangas colgando, una hacia adelante y la otra hacia atrás. Para los días de festival, para ir de paseo o para ir al mercado, considerado siempre como un acontecimiento importante, el gran peplo de encaje deberá ir hacia atrás cubriendo la cabeza, colocando el resto del huipil, que incluye el collar y las mangas, hacia atrás. El encaje sumamente plisado forma un tocado de indescriptible belleza, del cual destellan rayos blancos luminosos y que enmarca la cara de la joven en forma semejante a los penachos de grandes plumajes empleados por los guerreros de las altiplanicies americanas.

Es curioso que las dos pequeñas mangas que jamás se usan como tales, existan aún como complemento a dichos huipiles,

El *bida:niró* utilizado en ocasiones muy especiales.

inútiles y unidas por el almidón que hacen recordar que dicha indumentaria fue utilizada en una ocasión como abrigo. Esto ha dado pie a la absurda historia de que "el gran huipil" se originó del sobrepelliz de un sacerdote, adoptado por las tehuanas de uno que encontraron en la playa y que había sido



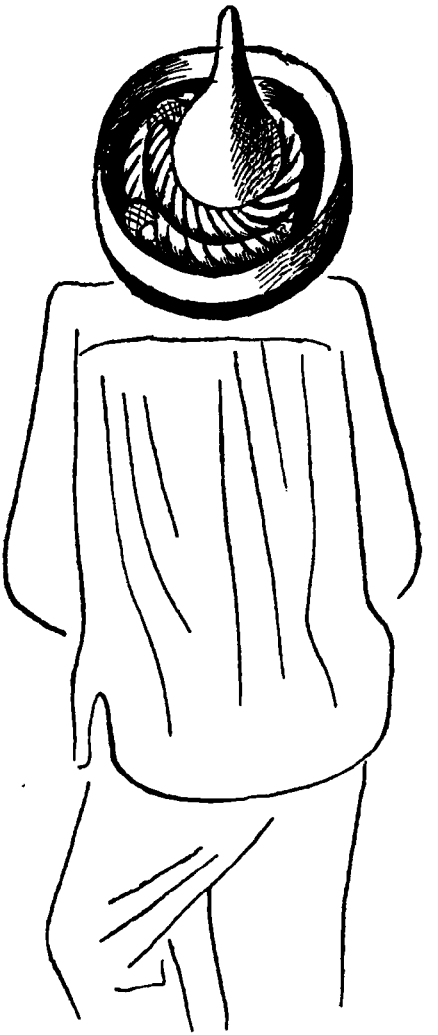
Gráfica de la evolución del vestido de Tehuantepec.

arrojado a la costa por el mar. Esta historia carece totalmente de fundamento; se cree que el tocado de encaje es una indumentaria modificada que data de la época pre-hispánica. De hecho, se puede determinar la evolución del traje de Tehuantepec desde su forma indígena original hasta la actualidad, determinando asimismo las influencias extranjeras que lo han modificado. El traje femenino universal del México pre-hispánico constaba de una falda envuelta, de un huipil suelto y de lazos gruesos de algodón trenzados con el pelo y enrollados alrededor de la cabeza como si fuese un turbante (A). Dicha indumentaria, con frecuencia vista en los objetos arqueológicos, se usa aún en la actualidad en múltiples centros indígenas de Oaxaca. El huipil de las regiones bajas constaba de un encaje hecho sobre una tela de algodón blanca tejida a mano, bordada con diseños de animales y flores en rojo, teñido con cochinilla o en púrpura, empleando el hilo de caracol. Estos huipiles se ven aún en la actualidad entre los huaves y los mixtecos [de Coatlán] (B). Las mujeres provenientes de sierras calientes solían ir desnudas desde la cintura hacia arriba y lucían el huipil primordialmente para las ocasiones ceremoniales o como una indumentaria para proteger su cabeza de los rayos del sol. Los grabados de principios del siglo XIX muestran cómo las tehuanas vestían únicamente la falda envuelta y un huipil transparente sin holanes, en la misma forma que en la actualidad para asistir a la iglesia, con la abertura del cuello enmarcando la cara, dejando entrever el talle desnudo (C). Dicha indumentaria aún prevalece entre los zoques de Chiapas, mismo que se usa como tocado para adornar la cabeza de sus mujeres. El tocado de los zoques está tejido sobre un telar primitivo en forma de silla de caballo empleando una gasa delicada con diseños diminutos en hilo blanco de mayor grosor, con holanes o con encaje alrededor de las mangas y del cuello, pero sin holán en el borde (D). De ahí que el *huipil grande* hecho a mano a base de encaje comercial (E) se derive primordialmente del huipil zoque confeccionado en la forma tradicional indígena como solía hacerse en Tehuantepec. Tal vez por pudor se haya agregado un segundo huipil no transpa-

rente al traje de Tehuantepec para cubrir los senos. A éste se le conoce como huipil "pequeño", que solía ser, hasta hace poco, tan corto que dejaba al descubierto el diafragma de la mujer que lo usaba. Por pudor, nuevamente se ha alargado el pequeño huipil hasta adquirir el tamaño de una blusa completa que llega hasta las caderas (F). Dicha indumentaria no aparece en láminas anteriores al 1850.

Durante la época victoriana, cuando la ciudad de Tehuantepec solía ser muy próspera y popular, las tehuanas lucían todo tipo de sedas, terciopelos, brocados, galones de oro y faldas largas semejantes a las damas de la ciudad para embellecerse y como medio para demostrar su profundo interés por el lujo; estaban conscientes de que no había mejor sitio para proteger su fortuna en monedas de oro que luciéndolas en sus cuellos. Solían usar oro en su pelo, en su cuello y en sus dedos, sujetando sus huipiles con galones de oro y lentejuela. Para asistir a los bailes previos a la Revolución, lucían un huipil minuciosamente confeccionado de malla, adornado con un cuello de encaje, sólo que con grandes orlas de oro similares a las charreteras militares de aquella época, en lugar de las mangas y del holán en el borde (G). Dicho huipil costaba alrededor de trescientos dólares y en la actualidad tan sólo existen muy pocos de ellos, mismos que se utilizan en las bodas como parte de la indumentaria de la novia. La introducción de la máquina de coser revolucionó el decorado de estos vestidos, de ahí que los mosaicos minuciosamente confeccionados a base de puntadas en cadena substituyeran al bordado y al galón de oro.

El traje de los hombres era rico y laboriosamente confeccionado en la época indígena, así como en el período colonial, sólo que en la actualidad se ha convertido en un traje muy sencillo y poco original. Por lo general visten un par de pantalones modernos de anascote obscuro, un cinturón de cuero, una camisa de algodón, un sombrero ordinario de fieltro obscuro y un par de huaraches indígenas o zapatos modernos negros. Para los bailes y las reuniones formales se acostumbra portar una corbata, una camisa de seda y pantalones recién planchados, pero para ocasiones completamente formales se



Sombrero de gala para los hombres.

requiere un traje completo de anascote obscuro. Sin embargo, los hombres de Tehuantepec cuentan con un vestido tradicional, mismo que las personas conservadoras de cierta edad suelen portar aún hoy en día. Consta de un par de pantalones de algodón grueso que cruzan hacia el frente, sujetos en la cintura por medio de una banda y las piernas van estrechándose poco a poco hasta llegar a los tobillos; va acompañado de una camisa blanca, larga y plisada en la espalda, la cual se usa invariablemente hacia afuera, con un cuello pequeño doblado hacia abajo. Suelen calzar huaraches de cuero provenientes del mismo Tehuantepec, portando, asimismo, un sombrero de pana con una copa particularmente alta y puntiaguda y un ala estrecha volteada hacia arriba. El orgullo de los hombres de edad avanzada es lucir con un sombrero anticuado de fieltro rojo grueso conocido como sombrero de *charro de a veinticuatro*, con un ala profunda volteada hacia arriba y una copa muy alta de pan de azúcar. Este sombrero solía ser demasiado costoso por sus adornos: una cuerda de hilo de plata enroscado, del grosor del cable de un barco, usado como cinta de sombrero, con una gran banda de galón de plata colocada alrededor de la copa. Estos sombreros tan poco usuales llegaron al Istmo hace muchos años y no se encuentran en ninguna otra parte de México. Todo aquél que posee un sombrero similar se siente muy orgulloso de ello y jamás se atrevería a venderlo, sin importar cuán viejo y estropeado esté y aun cuando le ofreciesen tres veces el valor de su costo original.

Esta descripción detallada del vestido del Istmo es primordial para comprender la evolución social y económica de los zapotecas. Para las nuevas generaciones, el vestido local representa cada vez más el símbolo del provincialismo, de modo que todos están adoptando ya el vestido moderno tan poco original. Asimismo, el vestido nativo de las mujeres es notablemente más costoso que los vestidos baratos de percal, de ahí que las niñas que actualmente visten los vestidos modernos cortos y de una sola pieza, continuarán usándolos a lo largo de su vida. Es una lástima y, por ende, inevitable, el hecho de que los hermosos vestidos de las tehuanas tiendan a desaparecer y

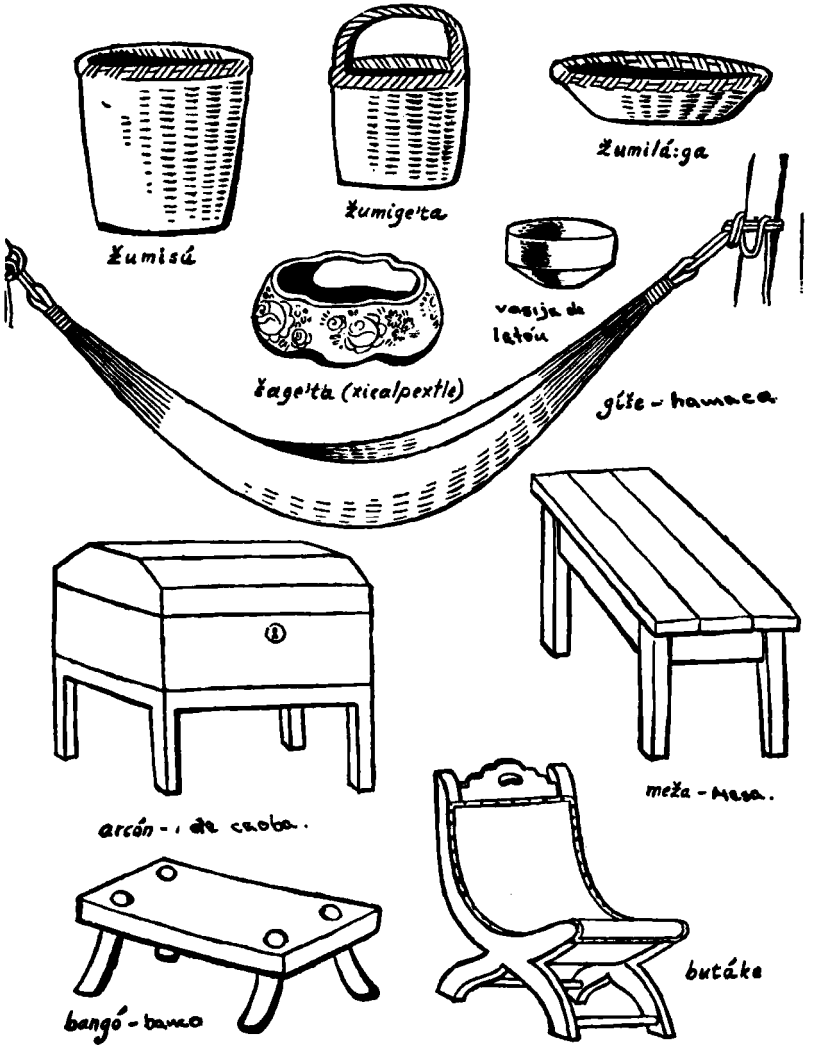
queden tan sólo en el recuerdo del pasado; por otra parte, a medida que las actividades comerciales de las tehuanas se han ido incrementando, su vestido se ha hecho muy popular en Puerto México y en todo Chiapas, siguiendo el trayecto del ferrocarril. Asimismo, el vestido tehuano ha sido adoptado por pueblos vecinos tales como los chontales, los huaves y los zoques de Chimalapa.

El hogar

La familia típica de Tehuantepec está formada por un hombre y su esposa, sus hijos e hijas, un abuelo o abuela y quizás una tía viuda de cierta edad. Hay familias que pueden contratar los servicios de una persona, por lo general de una joven huérfana, a quien pagan una pequeña suma o a quien simplemente proporcionan un hogar para que ésta, a su vez, les ayude a los quehaceres de la casa. La familia sin hijos puede adoptar un hijo o pedirlo prestado a un familiar suyo; un niño quien colabore con las actividades diarias de la familia.

El tipo de casa está íntimamente relacionado con el estrato social y económico de la familia. El estilo original y antiguo conocido como "casa de palma", que aún se observa en las aldeas conservadoras, es una casa rectangular de gran tamaño con doce postes o tres horacaduras que sostienen un gran tejado de dos aguas hecho de paja. Alrededor de estos postes se construyen paredes de zarzo y argamasa. Estos muros constan de una doble protección de ramas firmes entrelazadas colocadas de dos a tres pulgadas de distancia, para poder llenar el espacio intermedio con una mezcla de barro rosa, paja y piedras pequeñas, cubierto por fuera y por dentro con barro mezclado y paja hasta que el espacio entre los zarzos quede perfectamente sellado. Hay una puerta al frente y en ocasiones existe una pequeña ventana en la parte de atrás, tan sólo un espacio cuadrado dividido por unas cuantas varas fijadas con el barro.

Hay otro estilo de casa perteneciente a un rango social más elevado conocida como "casa de barro", la cual también cuenta con muros de zarzo y argamasa alrededor de tres horcaduras

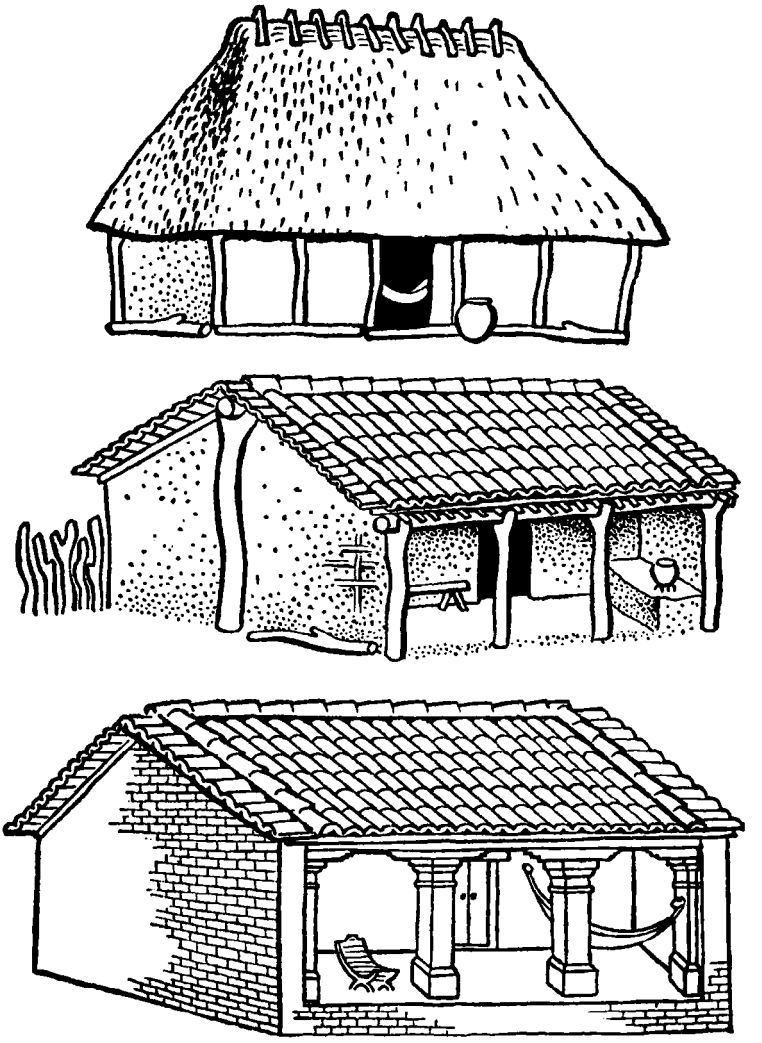


Mobiliario del hogar.

que sostienen un tejado de barro cocido. Este tipo de casa cuenta con un corredor al frente y uno de los extremos del mismo tiene una plataforma de barro que sirve como base a las tres piedras que forman el fogón, mismo que se usa como cocina de la casa. El otro extremo del corredor puede quedar dividido por una pared de lodo y quizá convertirse también en un pequeño cuarto. Ambos tipos de casa cuentan con puertas de madera muy sencillas con candados de hierro oxidado.

El mobiliario de ambas casas puede ser idéntico: hamacas, bancos pequeños, sillas bajas conocidas como butacas, banquillos rústicos, arcones con cuatro patas, cacharros, grandes jarras de barro para almacenar agua, utensilios de cocina, etc. El sitio de honor para las casas que cuentan con un solo cuarto está ocupado por un altar inmenso en donde se colocan los santos protectores de la familia. Este consta de una tabla pegada al muro a la que se cubre con una carpeta minuciosamente confeccionada, con un nicho o vitrina para poner al santo o santos de la familia. El altar siempre está decorado con flores naturales y artificiales puestas en floreros de color. Las paredes están decoradas con una gran variedad de retratos familiares y recortes de revistas. Los retratos casi siempre están retocados; son fotografías tamaño tarjeta postal que se revelan en unos cuantos minutos; un hombre impasible, hasta cierto punto asustado, luciendo su mejor sombrero, se sienta rígidamente en una silla observando a la cámara mientras una dama de Tehuantepec, portando un vestido digno de una reina, se pone de pie junto a su esposo, poniendo una mano sobre su cadera, la otra sobre el hombro de su esposo, frente a una serie de columnas pintadas, acompañadas de cortinas de terciopelo y de cielos nublados.

Toda familia que vive en una casa de zarzo o de barro aspira a tener algún día el suficiente dinero como para construir ella misma una casa de "material" (ladrillo, mortero y yeso), estilo de casa que ocupa el tercer y el más privilegiado rango en la arquitectura del pequeño pueblo. La casa de material no es más que un tipo de casa de lodo sólo que más costosa y sólida;



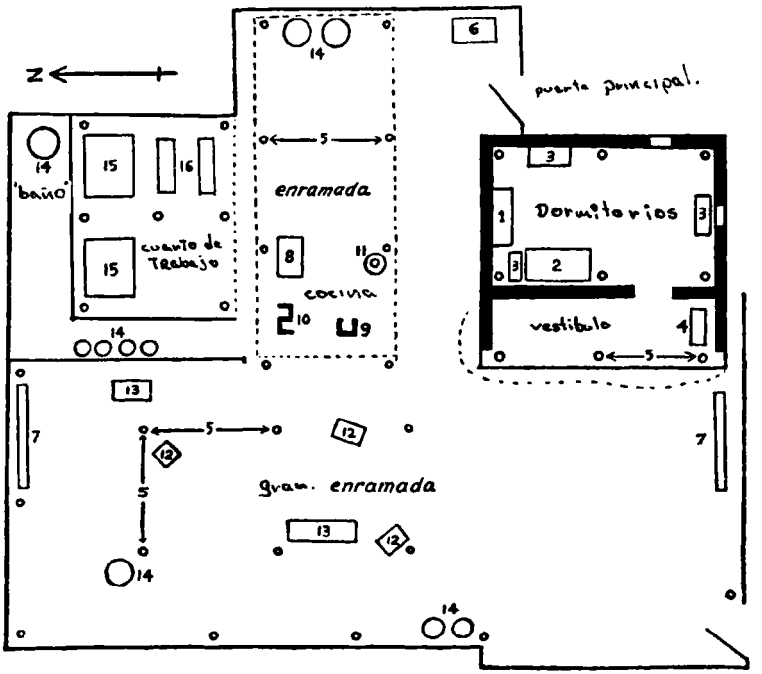
Tres tipos de casa.

está construida al nivel del piso sobre una plataforma de mampostería con paredes muy gruesas de ladrillo, lo suficientemente gruesas como para soportar los temblores. El techo de tejas está mejor cimentado y en lugar de tener las horcaduras de árbol que sostienen el tejado del corredor, tiene grandes columnas o pilares de ladrillo enyesado. Las paredes exteriores pueden estar enyesadas y pintadas con cal o también se pueden pintar en tonos pastel muy alegres de rosa, azul, verde y amarillo, con una franja más obscura en la parte inferior. El mobiliario correspondiente a este tipo de casa es más extenso y de mejor calidad, pero básicamente es el mismo. Quizás haya una hamaca extra para hospedar a alguien en el corredor y tal vez haya una cama real dentro de la casa, un soporte de madera sostenido en cuatro patas, encordado como una raqueta de tenis con tiras de cuero sin curtir y sin rasurar, sobre el cual yace una estera o colchón. Indudablemente que el altar del santo es más rico que lo demás, los arcones cuentan con cerradura de plata para el orificio en donde habrá de entrar la llave y los retratos familiares son "amplificaciones" de fotografías pequeñas de familiares difuntos, enmarcados en marcos ovalados y protegidos por un vidrio convexo.

Las casas están diseminadas por toda la tierra sin basarse en una planificación adecuada, a las cuales posteriormente se les agregan nuevas alas dependiendo de las posibilidades y necesidades de los moradores. Los límites de las parcelas pertenecientes a una familia apenas si se determinan con corrales, o sea, bardas hechas a base de varas, enclavadas en el suelo muy cerca una de la otra. Se acostumbra plantar un gran árbol de higo (*dúga* en zapoteco) frente a la casa, ya que se supone que este trae buena suerte. En el árido Juchitán casi todas las casas cuentan con un pozo profundo.

De los grandes poblados como Juchitán y Tehuantepec, las casas que se observan en las calles principales pueden ser tanto del tipo estándar rural hasta aquéllas construidas para cumplir con ciertas exigencias, tales como una mayor proximidad, un mayor ingreso y una vida más exclusiva de sus habitantes.

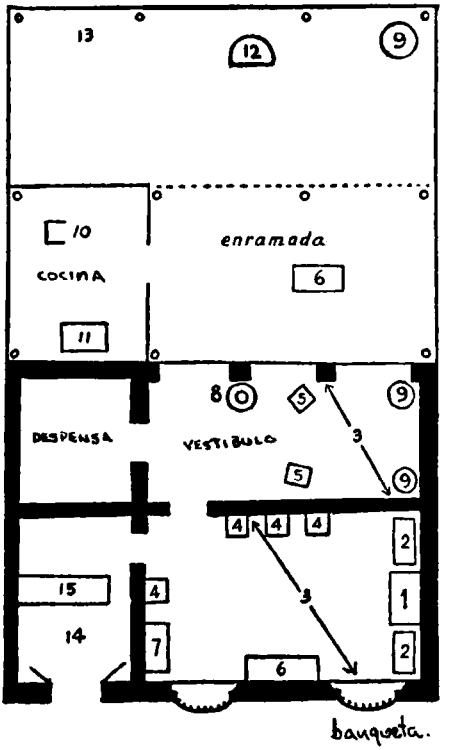
En el altiplano tenemos varias parcelas de tierra cercadas por un bambú tejido (*bindí*) o paredes de ladrillo que forman un patio cerrado. Este está sombreado por una enramada, un sombraje o cobertizo hecho de hojas de palma y horcaduras. Los diseños que aparecen a continuación muestran los planos de los



Plano de una casa de pueblo.

cimientos de dos casas que se observan en Tehuantepec: una de ellas pertenece a una familia modesta pero que vive cómodamente, cuya vida aún se desenvuelve en forma rural; la otra pertenece a una familia con percepción económica ligeramente mayor, cuya vida se apega al estilo urbano. Esta última está

ubicada en la calle principal, la primera está ubicada en lo que podría considerarse como suburbio del barrio. Pertenecen a una familia de tejedores y, de no ser por los establecimientos ocupados por las tiendas, el plano corresponde a cualquier fa-



Plano de una casa urbana.

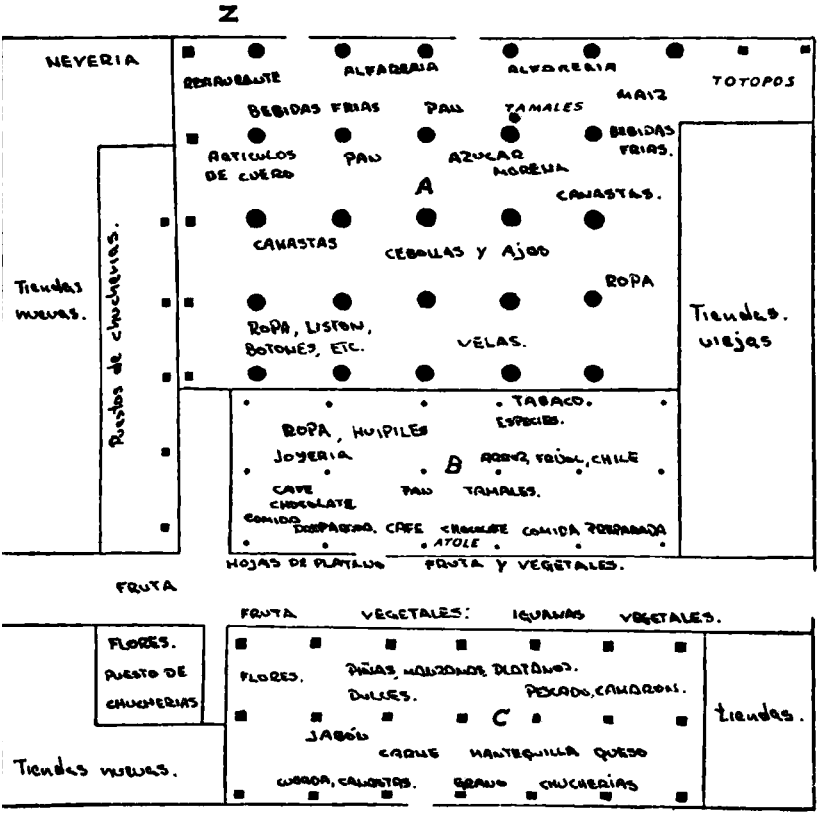
milia de mediano ingreso cuya forma de vida aún se apega al estilo de la ciudad. Aún en las grandes casas de los terratenientes anteriores, con grandes columnatas que integran el núcleo del pueblo, prevalece esta misma característica, pese al estilo

de arquitectura tan rebuscado que tanto prevaleció en el siglo XVIII español. La única construcción que rompe lamentablemente con la unidad arquitectónica de Tehuantepec es el "chalet" de dos niveles perteneciente a la famosa doña Juana Cata Romero, construido al estilo francés de principios de este siglo en su afán por demostrar su superioridad ante el resto de los habitantes del pueblo.

La vida diaria en Tehuantepec

La vida diaria de los tehuanos no puede ser más simple o más dedicada a la tierra. Se levantan muy temprano, quizá media hora antes de que salga el sol; las mujeres primero, para limpiar el patio, encender el fuego y traer agua del pozo o del río. La familia toma su primer alimento al salir el sol: una taza de café negro y un tamal o una pieza de pan, alimento que comen en el sitio que más les plazca, en donde encuentren un sitio cerca del fogón, ya que las mañanas suelen ser muy frías en Tehuantepec. Los hombres se dirigen posteriormente al trabajo, a las haciendas y a *las labores* (los campos) que se encuentran lejos del pueblo, si son agricultores; al trapiche, nombre que se le da a los antiguos ingenios azucareros, si son campesinos que trabajan el azúcar o al bosque para cortar leña para los aserraderos. Siempre llevan consigo el machete, una cantimplora para beber agua y un pequeño saco de hilo con su almuerzo, compuesto de tortillas o una porción de totopos fritos, un pedazo de queso y una porción de carne seca. Los artesanos y los comerciantes permanecen en casa para tejer, para trabajar la piel, para elaborar los fuegos artificiales, para vigilar sus talleres o tiendas.

Independientemente de que los hombres se dirijan al campo para cultivarlo o trabajen en la ciudad, Tehuantepec se convierte en un mundo femenino desde que sale el sol hasta el ocaso. Hay mujeres por doquier que van de un lado a otro cargando grandes canastos pesados sobre su cabeza de su casa al mercado y viceversa, que compran, venden, chismorrean. Toda



Plano del mercado de Tehuantepec, mostrando los sitios tradicionales donde se venden los productos. "A" corresponde al mercado original que ya existía en 1842 (Williams); "B" es un anexo construido alrededor de 1917; "C" es el mercado nuevo, construido en 1938.

actividad se concentra en el mercado y basta una simple mirada a los productos que se exhiben en los puestos para formarse una viva imagen de la economía de Tehuantepec. Todo lo que la región produce se encuentra ahí expuesto en su sitio tradicio-

Mujer llevando agua.

nal: grandes hileras de ricas frutas y vegetales, puestos de carne y pescado, fresco y seco, camarones, queso, mantequilla, flores de todo tipo, grandes cantidades de hojas frescas de plátanos

Mujer vendiendo flores.

para envolver, canastas de maíz, grandes cantidades de totopos, canastas de tamales calientitos, huevos de tortuga, grandes cantidades de cebollas, sandalias, sombreros de paja, petates, redes

de hilo, hamacas, cerámica negra de Juchitán, platos verdes vidriados de Oaxaca, blusas, cacharros traídos de Chiapas de colores alegres, blusas bordadas, alimentos de todo tipo, puestos de café y chocolate e inclusive un pequeño puesto en donde se exhiben joyas de oro. Es interesante observar el crecimiento paulatino del mercado con respecto al crecimiento del pueblo y a los requisitos del mismo: "A" es la estructura original, que ya existía en 1842; "B" es un marco de hierro que fue agregado quizá en 1917; y "C" es el nuevo mercado, construido en 1938.

Es un hecho que sólo las mujeres atienden el mercado; las personas humildes y extrañas que se ven ahí provienen de otro sitio: serranos provenientes de Oaxaca que venden artículos de hilo y huaves que se encargan de traer el pescado, camarones y huevos de tortuga. Si un tehuano se atreviese a poner un puesto en el mercado, las aguzadas lenguas de las mujeres lo sacarían de ahí inmediatamente.

Los zapotecas del Istmo trabajan con calma, sin prisa, deteniéndose en ocasiones para mecerse en una hamaca hasta refrescarse. Los quehaceres de las mujeres son pocos y la cocina diaria es muy simple, para poder dedicar la mayor parte de la mañana fuera del hogar, ya sea en el mercado o en el río, bañándose o lavando la ropa. Con frecuencia no se cocina en la casa, sobre todo si las mujeres se encuentran demasiado ocupadas preparándose para una fiesta o recuperándose de una. En casos similares se sirve en la mesa queso y tamales adquiridos en el mercado.

El almuerzo se sirve a las nueve de la mañana. Este consiste en un alimento ligero a base de atole, avena de maíz endulzada y colada, hervida dos veces. Se sirve con frijoles, tortillas, quizás un poco de queso, algunos camarones o una porción de tasajo seco rostizado o cecina. Muchas personas acostumbran tomar medio tazón de refrescante pozol, hecho a base de harina de maíz y azúcar morena disuelta en agua fría, condimentado con la semilla triturada y tostada del mamey. Existe una bebida deliciosa que desafortunadamente se prepara ya con

muy poca frecuencia. A ésta se le conoce como *bu'pú* ("espuma"), bebida que se sirve generalmente en las fiestas y en las bodas. Consiste de atole caliente sin azúcar, sobre el cual se sirve una bebida fría una espuma dulce hecha a base de cacao fresco, azúcar y pétalos tostados de las flores del franchipaniero (*gie'čači*) y *gie'šuba*, batida hasta formar una espesa espuma valiéndose de un gran batidor conocido como pala. El atole espeso y caliente acompañado de la espuma fragante y fría forman una bebida refinada y delicada.

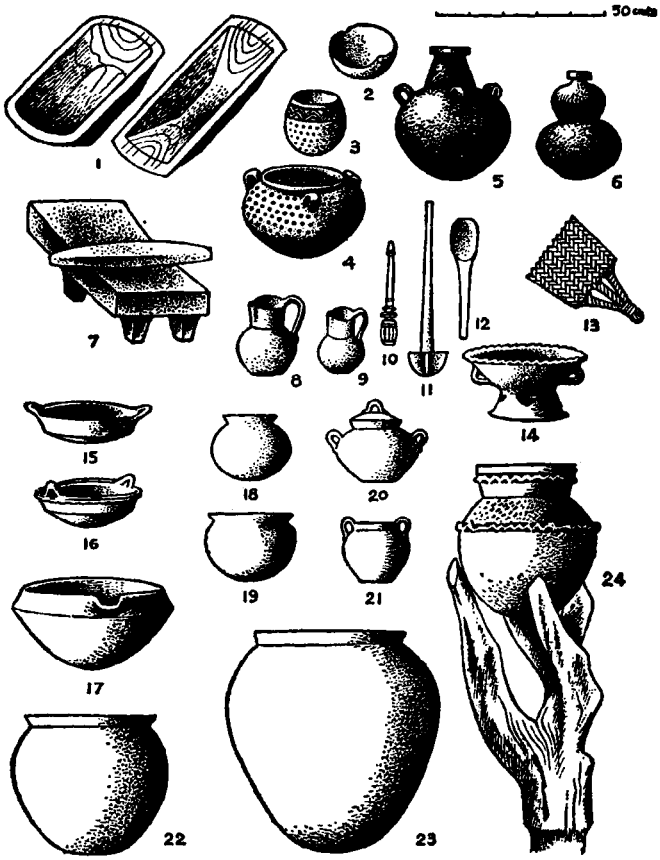
El alimento principal, ligero pero substancial, se sirve a medio día: una sopa, un guisado, además queso, frijoles y docenas de tortillas calientes, recién sacadas del comal, hechas con las palmas de las manos y cocidas sobre un comal plano de barro especial. En ocasiones especiales y posiblemente para satisfacer un deseo, se sirven platillos especiales, como patitas de puerco, cabeza de cordero al horno, huevos de tortuga, un alimento popular y nutritivo. Este alimento se sirve en una pequeña mesa redonda en donde la familia, incluyendo el sirviente, se reúnen de la forma más democrática e informal. Saborean los alimentos con gusto y placer, arrojando los huesos y sobras de la comida a los hambrientos perros que rodean la mesa esperando ansiosos que se les dé de comer. Una vez terminada la comida y después de un suculento festín, la familia se recuesta en las hamacas para dormir una siesta antes de continuar sus labores de la tarde.

Al igual que en todo México, el maíz es la base de todo alimento, aunque está complementado por frijoles, que son ricos en proteínas y productos derivados de la leche y carne. Se consume en una gran variedad de formas, además de las tortillas (*ge:ta*) y la bebida mencionada anteriormente conocida como pozol (*kubažiña*). Con éste se preparan los tamales (*ge:tagú*) preparados a base de harina de maíz muy fina y un poco de puerco, res, pollo o iguana en salsa de chile, envueltos en hojas de plátano hasta adquirir una pequeña forma cuadrada y cocidos en un recipiente a baño María. Las tehuanas también emplean el maíz para preparar los deliciosos totopos (*sukila:ga*)

pedazos delgados, largos y tostados, cocidos en un horno nativo (*sùkí*) hecho de un gran recipiente de cerámica semienterrado, cubierto en la parte superior por una gran tapa de barro. El

Preparando las tortillas y batiendo el chocolate.

horno se calienta a la temperatura deseada encendiendo un fuego hasta que se apague por sí solo. Se adhieren los totopos a las paredes internas del recipiente para que se cuezan. Los to-



Utensilios de cocina.

1. Bateas para lavar ropa, platos, etcétera, llamada *badía*, deformación del término castellano, "batea".
2. *Shiga*, media calabaza como recipiente para cualquier tipo de líquidos, usada también para beber, bañarse, etcétera.
3. *Shiga biżaża*, colador o filtro para hacer atole, que se fabrica en Chihuatán con una calabaza.
4. *Biżaża*, vasija con perforaciones que se utiliza para lavar maíz hecha en Juchitán.

5, 6. Jarra de agua y cantimplora en forma de calabaza, arcilla negra de Juchitán (*ri:*).

7. Metate de basalto procedente de Oaxaca que recibe el nombre de *gicé*.

topos, mismos que se hacen exclusivamente en Juchitán y en el cuartel de San Blas en Tehuantepec, se venden a todo el Istmo en grandes cantidades; se mantienen tostaditos indefinidamente. Otro de los productos que se hacen en el *sukí* es el *Ge:ta bi'ngì*, un tipo de galleta hecha a base de harina de maíz espesa y horneada, de camarones molidos y mantequilla, a la cual se le agregan camarones y salsa de chile.

Además de los productos de maíz, los zapotecas consumen grandes cantidades de chile y de productos derivados de la leche, pero rara vez emplean los vegetales ya que los ven con cierto desdeño al considerarlos como alimento para conejos. Gustan particularmente del puerco, de las aves, de la res seca y del pescado; uno de sus platillos favoritos es la horrible pero deliciosa iguana (*bučači*), un lagarto largo que tiene la forma de un dinosaurio pequeño con una horrible cresta de grandes y afiladas espinas que parten desde la cabeza hasta la punta de la cola en forma de látigo. La carne de la iguana semeja la del pollo y su sabor es semejante a las ancas de rana; la hueva de iguana está considerada como un gran manjar. Hay

---

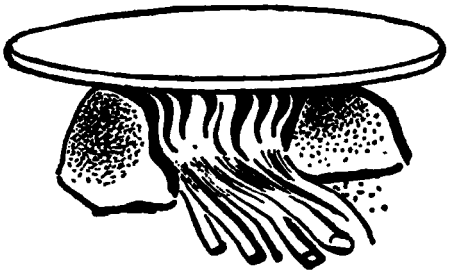
8, 9. Jarritos de barro rosado, con asas, procedentes de Ixtepec. El más pequeño se usa para batir chocolate (*gisuwi'ni*).
10. Batidor de chocolate de madera torneada, procedente de Chiapas, llamado *bolíniu*, una deformación del término castellano "molinillo".
11. *Pala*, un batidor de gran tamaño, para hacer la bebida llamada *bupu*.
12. Cuchara de madera llamada *guẑara* del castellano "cuchara".
13. Abanico para el fuego hecho de hojas de palma, procedente de Juchitán ("soplador").
14. Brasero de barro para quemar carbón, procedente de Ixtepec.
15. Plato de arcilla fabricado en Ixtepec cuyo revestimiento interior vidriado en verde se realiza en Tehuantepec.
16. Plato de arcilla con asas, fabricado en Ixtepec y que se denomina con el término castellano "cazuela".
17. Vasija de barro con vertedor, que en Tehuantepec recibe el nombre de *nya* y que en Juchitán se llama *nincha*.
18, 19. Pequeñas ollas para cocinas llamadas *gisu*.
20, 21. Ollas para cocer frijoles.
22. Olla de gran tamaño, llamada *ñyedé*.
23. Jarra de gran tamaño para almacenar agua, llamada *gisusú*. Una jarra de la misma forma y tamaño, pero sin fondo, es enterrada en el suelo para ser utilizada como horno y recibe el nombre de *sukíi*.
24. Enfriador de agua de arcilla que se coloca apoyado en un tronco de árbol ahorquillado.

especialistas en Juchitán dedicados a la intensa cacería de la iguana, valiéndose de perros adiestrados para obligar a la iguana a treparse al árbol en donde se le tiende una trampa colocando un palo largo con un lazo corredizo en uno de los extremos. Las iguanas muerden ferozmente de modo que se les sujeta la boca mediante dos puntadas y se les amarran las extremidades hacia atrás para evitar que escapen. Es así como se lleva al monstruo indefenso al mercado para venderlo vivo; muy pronto el cliente habrá de llevárselo a casa sujetándolo por la cola. Sin embargo, cabe admitir que hay ciertas personas que no se atreven a comer la carne de iguana por repulsión al saber que tienen contacto sexual con los escorpiones, los lagartos venenosos y las víboras.

A diferencia de la comida diaria que suele ser muy simple, la comida que se prepara para celebrar las fiestas es de una exquisitez y de un arte absolutos. Es deliciosa, sumamente condimentada y vasta en calidad y cantidad, se emplean de dos a tres docenas de pollos para preparar el delicioso platillo por excelencia para el festival: el *giñadó*, que significa "guisado con poco chile". Además del pollo, este platillo contiene carne de venado y camarones en salsa de pimientos rojos molidos, ajo, cebollas, tomate molido, canela y especies aromáticas como el orégano y el achiote (*bixa orellana*) para sazonar y dar color, friendo todo en manteca, para después dejarlo hervir en su propio caldo hasta que espese, agregando más pimientos rojos, pan molido azúcar y clavos. Entre algunos de los platillos que se preparan para celebrar fiestas menos importantes se encuentran los lechoncillos rellenos horneados en el *sukí* y el *ze:be:labiwi*, puerco en caldo de chile, el achiote, maíz molido tostado, calabazas, maíz tierno y así sucesivamente.

Todas esas delicias, así como los alimentos ordinarios que se preparan diariamente, están elaborados con los utensilios más elementales: vasijas de barro y cacerolas de todos tamaños y descripciones, sartenes de hierro y cucharas y batidores de madera. La cocina no puede ser más sencilla: tres piedras colocadas directamente en el suelo para sostener la cacerola o sartén, con un gran fuego encendido empleando pedazos de

madera y colocándolos inmediatamente bajo los mismos. Sin embargo, ciertos hogares de un mayor estrato económico cuentan con un horno ordinario mexicano de mampostería. El único utensilio que se utiliza para moles es el clásico metate: una laja



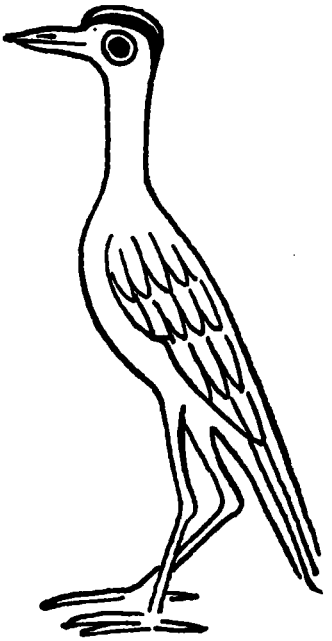
Ji:a (comal).

de piedra de tres patas (*gi'še*) con un gran cilindro macizo hecho de la misma piedra. Aunque en México se acostumbra poner el metate sobre el suelo para moler los alimentos, en el Istmo es costumbre colocarlo sobre una mesa pequeña para moler los alimentos estando de pie en lugar de tener que arrodillarse para hacerlo.

Las labores se interrumpen nuevamente al atardecer cuando los miembros de la familia se reúnen para saborear una pieza de pan dulce acompañada por una taza de chocolate batido hasta que salga espuma, ya sea con leche o con agua, que es la forma original indígena de preparar el chocolate. El último alimento que consta de frijoles con tortillas, carne seca cocida al carbón sobre las brasas o los residuos del guisado preparado al medio día, se sirve al anochecer al encender las lámparas de petróleo cuando la familia se encuentra toda reunida y descansando en las hamacas y en los bancos para comentar sobre el día que acaba de terminar y sobre el día que se aproxima.

Los padres de familia acostumbran dormir adentro de la casa, ya sea recostados sobre camas hechas de tallos de palma o recostados sobre unas bancas de madera, en grandes catres

de lona o en hamacas. Los pequeños de la familia acostumbran dormir en hamacas colgadas bajo un tejado de palmas o en el pasillo y únicamente duermen en el interior de la casa en épocas de frío. Por lo general permanecen en la casa una vez que se mete el sol, a menos que haya una fiesta o baile, en cuyo caso les gusta permanecer despiertos durante toda la noche. Sin em-



Bere le:lè.

bargo, hay muchos jóvenes que permanecen en las calles hasta altas horas de la noche, después de que se cierran los salones de billar, paseando por las calles obscuras al son de una guitarra y llevando serenata a las jóvenes que aman o charlando simplemente en un rincón en una de las bancas del parque, mirando las estrellas que brillan en la noche obscura y silencio-

sa, interrumpida únicamente por los aullidos de los perros, el cantar de los grillos y el constante silbido del *bere le:lè*, un pájaro nocturno de grandes extremidades que el pueblo gusta conservar como mascota.

El nivel económico

Pese a la opinión popular, la lucha por la supervivencia en el trópico es aún más difícil y más cruel que en los climas templados y fríos. En el trópico, el clima suele ser más extremo y tan difícil suele ser el vivir y trabajar en la agobiante humedad de las áreas boscosas, junto con las inundaciones, fiebres y mosquitos que las caracterizan, como lo es trabajar y vivir en las tierras abrasadoras y polvorientas de la costa y del Pacífico, con ese viento constante de aquellas tormentas de arena que tanto las caracterizan, sufriendo por la falta de agua potable y por la escasez de lluvia, que tanto dificulta la irrigación. Nada es tan ajeno a la realidad como el concepto que se tiene de que la vida en el trópico no es más que un descanso tranquilo en una hamaca, el entonar una melodía al son de una guitarra y el apenas estirar de un brazo para alcanzar una fruta deliciosa que pende de un árbol para saciar el hambre. Lo cierto es que, ya sea en el trópico o en cualquier otro sitio, tanto hombres como mujeres y niños deben trabajar arduamente en el desarrollo de sus labores y tan sólo un lisiado o un parásito sería capaz de permanecer como miembro improductivo en la comunidad. La idea de que la gente del trópico suele ser apasible y tranquila, proviene, sin duda alguna, del hecho de que está consciente de que un esfuerzo innecesario bajo un extenuante calor en el día tan sólo mina sus actividades y les agota, puesto que se puede desarrollar una labor más eficaz si ésta se desempeña a una ritmo calmado pero constante. Existe un concepto erróneo muy común de que las mujeres del Istmo llevan a cabo todas las actividades mientras los hombres descansan en el hogar o se emborrachan con amigos igualmente perezosos que ellos. Esto se debe a que los observadores superficiales tan sólo

se han percatado de que en el día no se ven más que mujeres en las calles del pueblo caminando constantemente de un lado a otro y cumpliendo con sus actividades, ya sea en el mercado o en el hogar. Se olvidan de que los hombres trabajan el campo desde que sale el sol y no regresan sino hasta que éste se mete, agobiados tras un largo día de arduas labores bajo un sol ardiente, con el deseo de descansar y de reponerse de la fatiga hasta la hora de la cena.

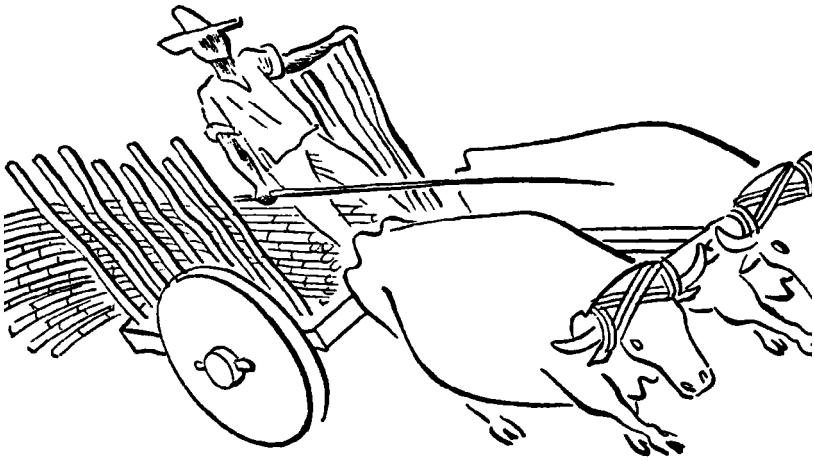
Ambos sexos tienen actividades específicas que desarrollar: los hombres se encargan de todo el trabajo agrícola, de la limpieza de los matorrales, de la construcción y reparación de las casas, del trabajo de irrigación y carreteras, del cuidado del ganado y de los caballos, la pesca, la cacería, del tejido en telares verticales, de tocar instrumentos musicales, de producir sal, azúcar morena y fuego artificiales. Trabajan la madera, la piel, el hierro, el oro, la plata y así sucesivamente. A las mujeres les corresponde preparar los alimentos, preparar todos los productos derivados del maíz, moler la harina de maíz para hacer las tortillas y cocer los tamales, así como preparar el chocolate, hacer la mantequilla y el queso. Las mujeres se encargan de coser, bordar y de lavar la ropa, de recoger la fruta y las flores y de atender a los puercos y gallinas. Por otra parte, tanto los hombres como las mujeres llevan cargas demasiado pesadas, los hombres sobre los hombros y las mujeres sobre la cabeza. Existen brujos y brujas expertos en medicina y en masajes corporales, sólo que los hombres se encargan de las fracturas de los huesos y las mujeres sirven como comadronas en los partos. Tanto los hombres como las mujeres pueden ayudar en el desempeño de las ceremonias religiosas. Los hombres, al igual que las mujeres, trabajan en la cerámica, hacen pan y velas y ambos son aptos para dirigir el arado. Hay una mujer en Tehuantepec que es experta en la jifería de reses. Sólo las mujeres se dedican al comercio y sería realmente extraordinario ver a un hombre de Tehuantepec en el mercado, como no fuese el que se dirigiese a comprar una cajetilla de cigarros o beber una taza de chocolate. Este tabú ha permitido a los extranjeros: sirios, españoles, chinos y, durante el período anterior a la

guerra, a los japoneses, monopolizar el comercio al menudeo del Istmo. Poseen tiendas poco vistosas, tiendas de departamentos en miniatura que venden todo tipo de artículos en forma oculta, en donde cada nacionalidad se inclina hacia determinada especialidad. Aquéllos provenientes del cercano oriente venden artículos para patios, listones e hilos; los chinos dirigen hoteles, restaurantes y pastelerías; los alemanes solían dedicarse a la venta de herramientas y productos químicos; los españoles acumulan y venden granos, azúcar, café y así sucesivamente. Los japoneses son o eran farmacéuticos y, por supuesto, fotógrafos. Los españoles y algunos sirios prestan dinero a cambio de joyas de oro, cosechas, extensiones de tierra o casas, mismas que el prestatario difícilmente suele recobrar, perdiéndolos posteriormente por una ínfima parte de su valor original. Esto explica el motivo por el cual tanto se desprecia a estos ricos mercaderes cuando tratan a toda costa de introducirse en los pequeños poblados indígenas para vender algunos centavos de harina, café o clavos. Por lo general, las tiendas que se ven en el pueblo son un reflejo del índice económico de una comunidad indígena: debe tener en existencia todo aquello que no se produce en el pueblo y que tiene una gran demanda. En un pueblo indígena lejano, pero próspero, se observaron los siguientes artículos de importación: machetes, palas, azadones y picos, cubetas, molinos de carne, bacinicas, utensilios de hierro esmaltado, lámparas de petróleo, linternas y baterías, ratoneras, alambre y clavos, papel, tinta corriente, lápices, bolsas de papel, velas, sopa, juegos de vidrio y porcelana para regalos, cinturones, sombreros de palma, cuerdas, cepillos, latas de sardinas, de salmón y camarones, guisado de res de Chicago, ostiones, jamón endiablado, aceite de oliva, conservas de duraznos, pepinillos, macarrones, tabaco, café, azúcar, limón, dulces y galletas, cerveza, mezcal, alcohol, sodas, etc. Los artículos más importantes en el comercio en toda el área de Tehuantepec son aquellos artículos para la ropa femenina: sedas, percal estampado, terciopelo, listón ancho de color, maya de seda, encaje e hilo especial para bordar.

La habilidad comercial de las dinámicas tehuanas y tecas es bien conocida. Para ellas el entablar relaciones comerciales es una parte inherente de su personalidad, de ahí que constantemente estén comprando y vendiendo, cargando y descargando grandes atados de autobuses completamente llenos de pasajeros y de vagones de ferrocarril para poder revender su mercancía en otro pueblo. Las mujeres zapotecas aman ese ritmo tan acelerado de vida por las actividades que emprenden, tan sólo por el ánimo de llevarlas a cabo, aún cuando las utilidades sean poco remunerativas. Viajan constantemente registrando los guacales de pollos o puercos, recogiendo sus pertenencias transportadas por servicios express y no hay una sola tehuana o teca que no sea comerciante de algún artículo determinado. Sólo así pueden ellas solventar los costos tan elevados de su hermoso vestuario y joyería que tanto aman, costos que por ser tan excesivos, en ocasiones, los hombres, con frecuencia, no pueden absorver. Saben cómo emplear su encanto personal en el comercio y cabe admitir que una mujer que posee una personalidad agradable y decisiva tiene mayor éxito que un vendedor de menor simpatía. Las jóvenes atractivas suelen convertirse en vendedoras de refrescos, quienes durante el día venden grandes vasos de agua fresca con hielo picado, azúcar y fruta picada, pero en días especiales de fiesta tienen un éxito extraordinario vendiendo cerveza. Entretienen a los clientes masculinos con sonrisas y conversaciones triviales, toman cerveza con ellos y en general les ayudan a gastar con beneplácito el dinero que poseen.

La actividad más importante de los tehuanos y de los juchitecos es, sin duda alguna, la agricultura de grandes extensiones territoriales con su respectiva irrigación. En ningún lugar del Istmo se emplea aún la maquinaria moderna tan eficaz para la agricultura y los utensilios y métodos más arcaicos son universales. El instrumental de trabajo del campesino consta de un simple arado guiado por un par de bueyes, un azadón, un machete y una carreta de madera. Además del útil machete, empleado para todo, desde quitar los matorrales hasta matar serpientes o jaguares e inclusive abrir cocos. Su utensilio más

preciado es la carreta o ruidoso carro para los bueyes, gracias al cual puede transportar sus productos. Una buena carreta es con frecuencia toda una obra de arte, hecha a base de madera firme, unida con sacos de madera enclavados en orificios perforados con fuego (nunca se usan clavos), cuyo costo en circunstancias normales, quizá ascienda a los cien pesos. Aquéllos que no cuentan con dicha carreta, contratan los servicios de un carretero profesional.



Carreta.

En el Istmo se trabaja la tierra en desbrozos individuales, propiedad de aquél que despeje parte del bosque, en rancherías, establecidas por familias individuales, en parcelas pertenecientes a pequeños terratenientes o en el antiguo sistema indígena de los ejidos, hectáreas pertenecientes al pueblo, trabajadas individualmente o en cooperativa. Las antiguas extensiones de tierra, las fincas pertenecientes a nuevos terratenientes nativos extranjeros, han desaparecido, ya que se han repartido a los

campesinos o se han convertido en ejidos y de ellas tan sólo queda el nombre: La Chivera, Reforma, El Barrio, Tarifa, restos de las *tierras marquesanas,* El Condado de Cortés y sus descendientes, los cuales ya se convirtieron en pueblos. Los rastros de sangre negra que hay en estos poblados es testimonio de los esclavos negros que trabajaron anteriormente en las *marquesanas.*

Entre los zapotecas del Istmo no es tan marcado el contraste entre pobres y ricos, como lo es en otras partes de México. Quizá esto se deba al espíritu democrático y a la armonía de su cultura material, pero lo cierto es que tan sólo lo son en forma moderada y los pobres poseen una posición un poco más confortable, si se compara con las personas desamparadas de otros sitios. Los zapotecas no pretenden poseer hogares de gran lujo o automóviles; su objetivo es crear una economía campesina, en donde la fortuna pueda valorarse en base a los mismos renglones: la tierra, el ganado, las joyas de oro y quizá una máquina de coser. La propiedad se posee en forma individual y por lo general pertenece al lado paterno, pero las mujeres también poseen tierras, casas, joyas y así sucesivamente y sus esposos y parientes no pueden ejercer autoridad alguna sobre el uso o fin que se le de a la propiedad personal. Muchas tierras pertenecen comunalmente a toda una familia, en cuyo caso la propiedad se divide equitativamente entre los hijos e hijas, pero casi siempre pasa del padre a los hijos primogénitos. De ahí que la donación de la tierra sea una ocasión solemne y esté acompañada por una *libaana* discurso florido en zapoteco pronunciado por el padre, del cual aparece un extracto a continuación:

"...Hijo mío, te hago entrega de esta extensión de tierra que he regado con el sudor de mi frente, para ganar nuestro pan de cada día y para sostener a la familia en la que naciste. Yo también recibí esta tierra de mi padre en un momento como éste, quien me pidió conservarla aún a costa de mi vida. Ya cumplí con mi promesa y te crié hasta que decidiste unir lazos con la mujer que habrá de ser tu fiel compañera. Defiende esta tierra que muy pronto habrá de servir como refugio a mis res-

tos y recuerda que, al igual que yo, habrás de donarla a tus hijos llegada tu hora. . ."[3]

Hay otras tierras que pertenecen a la comunidad, al barrio del pueblo, a la sociedad cooperativa o a la iglesia del barrio; por ejemplo, las tierras pertenecientes a los barrios de San Jacinto, Bichana, San Blas en Tehuantepec, considerados como propiedades "del santo", cuyos frutos se emplean para auspiciar el festival anual del barrio. Aún cuando las extensiones de tierra pertenecientes a los terratenientes de la época de Díaz ya han sido repartidas en su totalidad, se están creando fincas nuevas en la actualidad, pertenecientes a los caciques locales, a los dirigentes políticos, antiguos miembros del congreso o gobernadores del estado, quienes "se retiraron" para robar al pueblo, quien pacientemente les toleró durante el tiempo que permanecieron en el poder bajo el supuesto nombre de "revolucionarios" o "amigos del pueblo".

Las distinciones sociales basadas en el estrato económico de la familia no están bien definidas; sin embargo, una mujer de Tehuantepec logró definir adecuadamente lo que significa ser una familia rica, una familia "confortable" y una familia pobre:

"Una familia *rica* vive en una casa de ladrillo y tejas. Sus miembros tienen dinero ahorrado; poseen una o más *labores* (parcelas) y tierras para cultivar, para lo cual contratan servicios de los campesinos. Poseen unas dos docenas de cabezas de ganado y algunos caballos y cabras. Las mujeres visten bien en toda ocasión, destacando primordialmente en las fiestas y bailes por su verdadera fortuna invertida en joyas de oro. No es extraño ver a una joven de tal familia asistir a un baile luciendo dos mil pesos de oro alrededor de su cuello, sus manos y orejas. Aunque una familia rica suele contratar los servicios de una sirvienta, sus miembros trabajan por igual, la madre como dirigente del hogar, mientras las hijas cocinan, cosen y bordan vestidos de fiesta para venderlos y algunas inclusive desempeñan trabajos de oficina. El presupuesto diario de una

[3] Wilfrido Cruz, 1935.

familia así destinado a los alimentos suele ser normalmente de cinco a seis pesos.

Una familia *confortable* también vive en una casa de ladrillo, aunque en proporciones más modestas. Los miembros de la familia viven al día, pero logran ahorrar una pequeña suma de dinero para cualquier urgencia y las mujeres tienen algunas joyas de oro para lucirlas en los festivales. Poseen tierras o tienen una parcela, trabajada por ellos mismos, aunque contratan los servicios de campesinos y de carreteros. A una familia así no le interesa el ganado, ya que sus miembros no tienen tiempo para cuidarlo y los puercos y gallinas tan sólo arruinarían la limpieza de la casa y del patio. Visten bien pero no tienen los medios para contratar los servicios de un sirviente; en lugar de ello adoptan a un huérfano o hijo de un pariente de escasos recursos para que les ayude en los quehaceres domésticos, a cambio de brindar techo, alimento, abrigo y quizá un pequeño salario. Su presupuesto diario para alimentos asciende quizá a los dos o a los dos pesos cincuenta.

A diferencia de lo anterior, una familia *pobre*, vive en una casa de "lodo" (de zarzo y mezcla), la cual es de su propiedad. Algunas tienen una pequeña porción de tierra que comparten con aquéllos que no la tienen, dividiendo la cosecha de maíz. Deben alquilar una carreta y un par de bueyes para transportar la cosecha a su hogar (en aquel entonces la tarifa solía ser de un peso por viaje). Aquéllos que no poseen tierras deben trabajar como campesinos por una tarifa que varía de los setenta y cinco centavos a los dos pesos, aun cuando la ley federal ha fijado un salario mínimo de dos pesos cincuenta. Todos poseen cuando menos un par de puercos y media docena de gallinas. Las mujeres pertenecientes a los estratos más bajos visten en forma muy sencilla, pero todas tienen dos o tres vestidos de fiesta y todas cuentan cuando menos con una cadena de oro. Aunque todo miembro de una familia pobre, ya sea grande o pequeña, trabaja y produce, tienen muy poca oportunidad de ahorrar dinero y viven completamente al día. El presupuesto diario destinado a los alimentos de una familia pobre de tres miembros varía entre un peso y un peso cincuenta".

Un hecho importante que explica la tendencia actual de adoptar el vestido moderno en lugar de portar el traje femenino tan bello y cómodo de la región es el costo del mismo; mientras el vestido diario, que consta de una falda, fondo, blusa, chal y listones para el pelo, cuesta únicamente de treinta a cuarenta pesos, un buen vestido de fiesta puede costar entre doscientos y quinientos pesos, sin contar las joyas de oro. Por el contrario, un vestido moderno con su respectiva ropa interior, zapatos y medias cuesta tan sólo cincuenta o sesenta pesos. Esto se palpa realmente en el caso de las niñas, que tan sólo usan un vestido corto y unos calzones que pueden ser adquiridos por menos de cinco pesos, mientras el traje de la niña "de holán", copia en miniatura del traje de su madre, cuesta cuando menos veinte pesos. Lo cierto es que día con día hay un mayor número de niñas que visten la ropa moderna y que crecerán acostumbrándose a ella, de ahí que esté surgiendo una nueva casta entre las mujeres descalzas que visten el vestido tradicional y aquéllas que visten la ropa moderna.

En términos generales, la economía de las planicies del Pacífico está basada primordialmente en el maíz, cultivado a través del sistema tradicional de la milpa, parcelas de maíz pertenecientes al individuo que las cultiva, siendo el frijol el alimento que ocupa un segundo término, complementado por el cuidado de las hortalizas, la cría de ganado y, en menor grado la cacería, la pesca y la siega. Hay otros productos comerciales, tales como la caña de azúcar y el ajonjolí, que se cultivan empleando métodos arcaicos, ya que en ningún sitio del Istmo se emplea la maquinaria agrícola moderna. En las bellas *labores* se cultivan pequeñas cantidades de cocos, café, tabaco, frutas, vegetales y flores, mismas que tanto contrastan con el matorral asolanado de la región. De hecho, la irrigación representa el mayor problema de los agricultores de Tehuantepec; deben aprovechar al máximo el chorro que llega a las planicies después de que el agua de los ríos se desvía para llegar a los pueblos de las montañas, además de valerse de las plantas eléctricas y de los ingenios azucareros. En la época en que se escribió este libro Tehuantepec gozaba ya de la instalación de pipas

que les llevaría agua potable al pueblo y Juchitán muy pronto podrá hacer uso de parte del agua de Tehuantepec para irrigar sus campos. El problema de la escasez de agua será resuelto cuando se pongan en marcha los proyectos de irrigación de las presas de Las Pilas, El Talón y Nejapa. La presa de Las Pilas, ubicada cerca de Tehuantepec, ya está terminada, sólo que sufrió daños debido a una reciente innundación y será capaz de irrigar 16 000 hectáreas (39 500 acres) de tierra mientras la presa Nejapa, con una capacidad de 600 millones de metros cúbicos, (alrededor de 158 500 millones de galones) de agua, podrá ofrecer 90 000 hectáreas (alrededor de 222 400 acres) de nuevas tierras fértiles.

La cría de ganado, al igual que la agricultura, son las actividades más importantes de los zapotecas del Istmo; se dedican a la cría de ganado, de caballo y de cabras y la mayoría de las familias cuentan con cochinos y gallinas. Los productos derivados de la leche representan artículos de suma importancia en la dieta y el comercio, ya que se fabrican y se consumen grandes cantidades de queso, mantequilla y crema, aunque nadie toma leche. La cacería es una profesión y hay expertos que cazan venado, jabalí, guacos, armadillo y la iguana como alimento, además de cazar el jaguar, la boa constrictor y el cocodrilo, tan valioso por su piel. A los armadillos tan sólo se les saca de su guarida. Hay ciertos tigreros expertos, exterminadores de jaguares, quienes matan a los merodeadores de los ranchos de ganado por una suma determinada, con la ayuda de perros silenciosos especialmente amaestrados. La pesca es la actividad principal de los huaves que viven en las lagunas, pero también son muchos los juchitecos que traen pescado, langostino, camarones, tortugas y huevos de tortuga, para lo cual hay una gran demanda. La siega se practica, sobre todo para obtener leños y petróleo, así como para obtener miel, goma, frutas silvestres, raíces, yerbas medicinales y otros productos que se encuentran en los matorrales.

La industria pesada tan sólo se encuentra en el norte del Istmo, en los campos petroleros y en la refinería de Minatitlán y los zapotecas se dedican exclusivamente a la construcción del

ferrocarril, de las presas y carreteras, a la producción de azúcar en los grandes ingenios y a muchas otras industrias pequeñas y locales, como lo es el fabricar artículos de colores vivos a base de la hoja tejida de la palma, como petates, bolsas y enormes sombreros para el sol, que cubren las necesidades del mercado turístico en todo México. Esta industria tan prometedora, recientemente instituida, se encuentra en Juchitán y pertenece a comerciantes provenientes del lejano oriente. En Juchitán también se fabrican zapatos toscos y sandalias para mujeres, hamacas, cerámica, jabón, cohetes y así sucesivamente. En Tehuantepec se fabrica el azúcar morena (*panela*) en los molinos primitivos de madera. Las damas conservadoras de edad avanzada que gustan vestir aún la famosa falda larga antigua, todavía conservan la tradición de tejer en telares manuales y en teñir con índigo. Una de las mayores fuentes de ingreso para un gran número de mujeres es la confección de trajes y el bordado del vestido de fiesta hecho a mano y con máquina de coser.

La producción de sal, una importante industria local que data desde la era prehispánica, fue en parte la responsable de que Tehuantepec llegase a convertirse en ciudad, ya que era el centro de distribución de sal para todo el estado de Oaxaca. La sal se produce empleando el método más simple de evaporación en diversos bancos de sal (*salinas*) ubicados en las lagunas de las costas del Pacífico. El interés por trabajar estos bancos de sal ha sido causa de feudos, litigios y guerras. Aunque inicialmente fueron tomados por Cortés y explotados por sus descendientes, el pueblo de Juchitán, Salina Cruz, Huilotepec y otros sitios han luchado por proteger este derecho sin constancia escrita alguna, que le permita trabajar las salinas, de ahí que la industria produzca actualmente en forma de cooperativas.

La falta de un medio eficaz de transporte es un problema capital en el Istmo. El único transporte que existe en la actualidad es el arcaico ferrocarril de Tehuantepec, las ruidosas carretas y los escasos autobuses que recorren grandes millas de caminos escabrosos. A todos en el Istmo les encanta viajar, ya sea por trabajo o por placer, en cualquier medio disponible: en tren, autobús o carreta, a caballo, o a pie, sin importarles

las grandes demoras, los tumultos y las más inconcebibles incomodidades. Ixtepec cuenta con uno de los más grandes aeropuertos del continente, construido para defender el canal de Panamá, sólo que son muy pocos los aviones que hacen escala ahí en su vuelo de la ciudad de México a Oaxaca, a Chiapas y Guatemala.

Los zapotecas del Istmo mantienen un intenso comercio con sus vecinos; ellos mismos exportan una pequeña parte de todos los productos para los cuales puede haber un mercado. Por otra parte, importan desde la ciudad de México, Veracruz y Oaxaca, grandes cantidades de algodón y tela de rayón, encaje e hilo traído de Inglaterra, herramientas, machetes de los Estados Unidos, cerveza, refrescos, cigarros, jabón, productos químicos, medicinas, porcelana, etc. De los *vallistas*, los zapotecas del Valle de Oaxaca, obtienen hamacas de cáñamo, canastos, petates finos para dormir, mezcal (licor de gran contenido alcohólico) de las mejores marcas, esmeriles de piedra, molinillos para batir el chocolate y peines de madera, cerámica esmaltada, un tipo de bizcocho que puede almacenarse durante meses, salsas, etc. De los *mareños*. ("Gente del Mar"), los huaves de las lagunas, adquieren pescado seco y fresco, camarones y huevos de tortuga. De los zoques de las Chimalapas, a quienes suelen llamar *chimas*, importan los sacos de cáñamo tan durables que todo campesino lleva colgado sobre su hombro, así como naranjas finas, achiote, cacao, café y madera dura. De los mixtecos de la sierra compran deliciosas piñas, cebollas, ajos y chiles. A los chontales de Huamelula les compran su maíz y el hilo de caracol. De Chiapas obtienen los *xicalpextles*, objetos laqueados, cajas pintadas, queso, jamón, tocino y todo tipo de productos alimenticios tropicales.

Artes y oficios indígenas

La conquista española rechazó toda manifestación de una cultura indígena superior; la condenó considerándola como actos de idolatría, herejías que eran castigada sin clemencia, en

ocasiones inclusive con la muerte, eliminando la pintura, la escultura, la música y la poesía tan profundamente arraigadas al ritual indígena. Los libros de la Inquisición describen casos innumerables de indígenas a quienes se les torturaba y golpeaba por poseer libros "idólatras",[4] quizá alguno de los códices de incalculable valor que ahora se conservan entre los tesoros literarios de bibliotecas tales como la del Vaticano y aquellas de Viena, Dresden, Oxford y París. La labor de destrucción se llevó a cabo rápida y eficazmente por frailes fanáticos, hasta acabar prácticamente con todos los vestigios de la antigua cultura indígena, a excepción de aquello que quedó escondido bajo tierra, logrando escapar del vandalismo de aquéllos que, desde la Conquista, se han dedicado a buscar tumbas para sacar los tesoros que hay en ellas y la poca información que aún queda sobre las costumbres, tradiciones orales, canciones épicas y así sucesivamente ha pasado de un modo u otro a las crónicas de los misionarios.

Los conquistadores impusieron su propio arte e ideología en los indios conversos, quienes rápidamente adoptaron la arquitectura religiosa española, la música coral, la pintura y la escultura. Las crónicas ensalzan con incontables alabanzas a los artistas, cantantes y músicos indígenas que se encontraban al servicio de la Iglesia. El pintor mexicano de mayor popularidad del siglo XVIII fue un indio zapoteca, Miguel Cabrera, quien cubrió las iglesias y conventos jesuitas con Madonas de mejillas rosadas, al estilo de Murillo. De ahí en adelante, las bellas artes en México fueron una copia fiel del arte en Europa, sufriendo las mismas modificaciones y basándose en las mismas escuelas del extranjero. Esta dependencia a la cultura europea continúa palpándose aún hoy en día. A través de los siglos se han ido creando escuelas de todas las ramas del arte, basándose en la tradición y en el gusto europeos, dejando, a pesar de ello, un rasgo "mexicano" muy peculiar, un sentimiento, hacia una forma masiva simple, una ingenuidad en ocasiones tan expresiva y en otras tan cruda, que ha llegado a interpretarse como el re-

[4] Balsalobre, 1892

nacimiento del espíritu artístico indígena, que en nuestra época ha dado pie al surgimiento de famosas escuelas mexicanas de pintura.

Los zapotecas han producido muy poco en las artes plásticas debido a que su espíritu fue aniquilado por los conquistadores; su escultura en la época colonial no era ni superior ni inferior a aquélla que tanto predomina en las iglesias que se encuentran en todo México y que definitivamente se encuentra a un nivel superior a la época pre-hispánica. Su pintura es característica de este periodo: múltiples escenas religiosas hollinientas, tan uniformes y tan poco brillantes. La producción masiva de las vírgenes sentimentales de Cabrera da muestra de la decadencia en el gusto de los ricos y ambiciosos jesuitas. El arte entró en decadencia en todo México cuando la influencia de la iglesia, la única fuente y guía de las actividades culturales indígenas durante trescientos años, cayó en decadencia. Sin embargo, los zapotecas siguieron siendo artistas no como pintores o escultores, sino como modestos artesanos. La pobreza e ignorancia a las que estaban condenados les hacía prácticamente imposible lograr apartarse de la casta a la que pertenecían. Se les limitaba a producir objetos de arte para sus amos y para sí mismos. Algunas de las artesanías pre-hispánicas prevalecieron, como lo es la cerámica o el tejido y continuaron haciendo sus propios objetos para su uso diario, de acuerdo con sus limitadas posibilidades: recipientes para cocinar, petates de palma para dormir, juguetes rústicos para sus hijos y textiles para poder arroparse, a los cuales les daban todo el lujo y la belleza de que eran capaces. Aprendieron ciertas nuevas artes y oficios de los españoles, tales como el trabajo de la piel y la fabricación de cuchillos y machetes de acero, que aún en la actualidad siguen siendo los mejores de México.

Los indígenas encontraron en las artes populares un desahogo a su deseo innato de expresar el arte. Lograron hacer de sus elementales artefactos una verdadera obra de arte, ya sea a través del ornato tan ingenuo y hermoso con que los decoraban o quizá por su habilidad técnica y gran sensibilidad para producir objetos de gran belleza de materiales prácticamente

sin valor alguno; objetos que, debido al estrato económico tan bajo de sus autores, apenas superaban el costo de la misma materia prima. De ahí que un cobertor de lana cueste unos cuanto pesos según el peso de la lana y un silbato de barro modelado a mano y de barro pulido adoptando la forma de un mono o una sirena tocando la guitarra tan sólo cueste unos centavos.

El Estado de Oaxaca produce quizá la mayor variedad de objetos de arte popular de todo México. Los artículos que gozan de mayor fama en el país son los cobertores de lana de la Mixteca y de Teotitlán del Valle, los accesorios bordados de los chinantecos y de los mazatecos, los cinturones de Ojotlán, las mascadas de seda en rama de Yalálag, las dagas de acero cinceladas con escenas de animales salvajes e inscripciones feroces, irreproducibles, y machetes tan flexibles que se les puede doblar hasta que el puño llegue hasta la punta, petates finos de palma de Miahuatlán, los objetos negros de gran belleza de Coyotepec, los objetos verdes esmaltados de Atzompa y la cerámica tan variada de la ciudad de Oaxaca, la cual predomina en todo hogar mexicano.

Los zapotecas del Valle de Oaxaca y de las sierras son los autores más importantes de objetos de arte popular. No ocurre así con los zapotecas del Istmo quienes, al igual que otros pueblos de las tierras bajas tropicales, se inclinan hacia la música romántica y a la poesía apasionada en lugar de preferir la creación de objetos de arte. Su arte popular se limita a escribir poemas, a tejer, a bordar y a un arte que casi ha desaparecido en la actualidad: la creación de cadenas y pendientes de oro en una versión indígena encantadora de las joyas victorianas.

En Tehuantepec se elabora la cerámica de objetos de uso diario (en los barrios de San Blas y Bishana), al igual que Ixtaltepec y Juchitán: cántaros, jarros, tazones y platos de todos tamaños y jarras enormes para almacenar agua, cuya fabricación requiere de un esfuerzo considerable y de habilidad técnica. El proceso de elaboración no requiere más que de la amasadura primitiva usual del barro con las manos y pies, moldeándolo posteriormente en crudo sobre la rueda del artesano impulsada con la mano o con el pie dejándolo secar poco a poco

en un área cubierta y cociéndolo posteriormente en un horno sencillo de adobe construido sobre un hoyo perforado en el suelo. Cada pueblo cuenta con cerámica de un estilo muy peculiar, con rasgos y barro singulares. Juchitán es especialista en crear cántaros negros[5] para recoger agua y recipientes llenos de hoyos para colar y lavar el maíz. Ixtaltepec hace jarros, tazones, braseros y recipientes pequeños para poder batir ahí el chocolate. Estos están hechos de barro rosa, arenoso y duro que suena como campana si se le golpea. Ixtaltepec comenzó a elaborar recientemente las tinajas, cántaros para beber agua pintados en colores llamativos al estilo tan poco atractivo de la ciudad de México. San Blas es especialista en crear grandes cántaros de agua de un barro áspero y pesado de color naranja, decorado en forma simple con un diseño grabado, cuya orilla está decorada con un diseño hábilmente logrado hundiendo los dedos en el barro húmedo.

Toda esta cerámica es sencilla y práctica pero de diseños elegantes y distinguidos. Sin embargo, lo más destacado en el arte de la cerámica zapoteca actual, que en un tiempo llegó a ser tan poderosa y refinada, es, además de los figurines, el *tanguyú*, creado para el Año Nuevo, descrito posteriormente (p. 453), las cabezas de tinaja, objetos que sostienen los cántaros para beber agua y que tienen la forma de grandes figuras humanas huecas de casi dos pies de altura, faldas en forma de campana, brazos en forma de agarradera y pechos afilados. Las características, e inclusive la figura completa, tienen un parecido sorprendente a la cerámica funeral etrusca debido a su simplicidad y a su absoluto arcaísmo. Dichas figuras sostienen amplios y llamativos tazones del mismo barro, los cuales se rellenan con arena húmeda y en la cual se hunde el jarro a la mitad para mantener fría el agua. El cántaro está decorado con diseños en forma de pequeñas y profundas hendiduras que sirven para fijar

[5] Un ceramista juchiteco de Coyotepec ubicado en el Valle de Oaxaca, aprendió recientemente la técnica para fabricar los objetos tan peculiares de grafito negro de Juchitán. Coyotepec es famoso en todo México por sus objetos negros y los ceramistas que ahí se encuentran hablan con resentimiento de la "traición" de su aprendiz del Istmo.

las semillas de chía, semillas de lino, las cuales germinan debido a la constante humedad de la arena y al barro poroso, cubriendo al jarro con un simpático y pequeño jardín, tan refrescante a la vista y al agua.

El tazón y el cántaro están hechos sobre la rueda primitiva del artesano, pero la figura está hecha siguiendo el antiguo método pre-hispánico: poco a poco se van agregando varias tiras de barro fresco para formar el cuerpo de la figura, moldeándola y suavizándola con agua y una parte de tusa de maíz. El artesano se mueve constantemente en torno a la figura, caminando hacia atrás a un paso lento pero rítmico, como si se tratase de un baile. Una vez concluída la forma principal, se agregan pequeñas masas de barro para la naríz, boca, orejas, barba y pecho, modelándolos con los dedos húmedos dotados de una gran sensibilidad. Talla la forma de los ojos y divide los labios con cualquier astilla de madera que encuentre, indicando las pupilas, formando dos círculos con un tallo pequeño y delgado de bambú. Para el vestido emplea un holán doble de barro colocándolo por ambos lados del cuerpo. Por último, el artesano coloca los brazos: dos rollos gruesos de barro con pequeñas incisiones simulando los dedos. Posteriormente cuece el jarro, el tazón y el soporte junto con las grandes jarras de agua creadas durante la semana, en un horno semisubterráneo, calentado por un gran fuego de maderos. Posteriormente pinta la figura y el tazón en colores alegres de blanco, azul y negro, para hacerlos más atractivos, aunque bien se sabe que los colores están hechos a base de tierra mezclada con agua y que después de una semana de uso los colores habrán desaparecido. La figura, el tazón y el jarro cuestan menos de un dólar.

IX

EL PUEBLO: (2) IDEOLOGIA, LENGUAJE Y DIVERSIONES

Durante nuestra primera visita al Istmo de Tehuantepec, hace veinticinco años, nos causó gran impacto la profunda honestidad, la naturalidad de su comportamiento y esa enorme franqueza casi primitiva, del pueblo que conocimos. Estos rasgos, aunados a su atractiva apariencia y costumbres pintorescas, han hecho de los zapotecas del Istmo los únicos poseedores de una arrolladora personalidad y fuerza de carácter que han llegado a convertirles prácticamente en seres legendarios de todo México. Cuando logramos conocerlos mejor, fue sorprendente descubrir que en base a los rasgos de su carácter individual y su relación social, los zapotecas del Istmo, a diferencia de otros pueblos, semejan más a la imagen del ideal moderno de un pueblo orgulloso, honesto, dinámico, colaborador y absolutamente democrático.

Sería precipitado y erróneo elucubrar generalizaciones dogmáticas en cuanto al temperamento de un pueblo tan heterogéneo como es el de los habitantes de comunidades tan semiurbanas y tan individualistas como las de Tehuantepec, Juchitán e Ixtepec. Sin embargo, cabe reconocer que debido a la diferencia en los estratos económicos y sociales y debido a algunas excepciones, hay ciertos rasgos sumamente predominantes, gracias a los cuales se puede determinar la esencia del carácter zapoteco.

Los zapotecas del Istmo son individuos verdaderamente extrovertidos, alegres, casuales y desenvueltos, carentes totalmente de esa actitud impasible e inescrutable, que el público en general está tan acostumbrado a considerar como atributo indígena. Son poco convencionales y desinhibidos en su relación con sus semejantes, hecho que se puede confirmar por la forma en que las marchantas agitan sus manos para atraer la atención de un cliente que se encuentra a distancia, gritándose unas a otras con todo su aliento en su afán de vender o de preguntar y, más palpable aún, en su amor a los desfiles en donde tienen la oportunidad de exhibirse y en el atuendo que tanto lucen en las fiestas. Toda ocasión es pretexto suficiente para organizar un desfile; la gran fiesta anual del santo patrón, el envío de obsequios de boda a la casa de la novia, el escoltar a un político a la estación de ferrocarril o simplemente el extender una invitación para asistir al festival. Sin embargo, en estos eventos sociales es primordial que el comportamiento de la gente que se presenta en público, sea siempre digno, sin excepción alguna. Se observará un marcado cambio de actitud si alguno de los invitados se retira del desfile o adopta una actitud pasiva al llegar al punto de destino.

Entre el comportamiento de los hombres y el comportamiento de las mujeres existe una interesante diferencia: a pesar de ser calmadas y serenas, las mujeres tienden a hacer demostraciones dramáticas en público de sus emociones, mientras los hombres son huraños y reservados y sólo bajo el influjo del alcohol muestran el profundo fuero interno que se esconde bajo ese carisma exagerado de orgullo por su raza, ya que miran con recelo, muy a pesar suyo, ese arraigado complejo de inferioridad que les caracteriza. El borracho da rienda suelta a su resentimiento y desconfianza hacia el forastero blanco y quizá se atreva inclusive a combatir temerariamente a sus enemigos reales e imaginarios. En una ocasión vimos a un Don Quijote tehuano, estando en estado de embriaguez, atacar con machete en mano y con gran furia a los ladrillos y al mortero de una esquina. Por otra parte, un borracho tiende a mostrar un cariño y amistad ilimitados hacia cualquiera, particularmente hacia un

forastero agradable, tendiéndole el brazo en señal de amistad y llamándolo "hermano", además de susurrarle poemas al oído. Sin embargo, si esta nueva amistad muestra el menor indicio de mirar con desdeño al borracho afectuoso o lo ofende al negarse a compartir con él la botella de mezcal que oculta en la bolsa de su pantalón, la buena voluntad puede tornarse repentinamente en resentimiento y agresividad, de ahí que el borracho llegue inclusive a convencerse de que dicha ofensa sólo puede ser enmendada con honor mediante un derramamiento de sangre.

El orgullo por la raza es de hecho un rasgo muy arraigado en los zapotecas del Istmo. No existe el comportamiento evasivo ni la humildad servil que caracteriza a ciertos pueblos, cuya fortaleza de carácter ha sido minada por la represión directa de una clase social. Ningún hombre, mujer o niño, por muy humilde que sea, será capaz de reconocer la superioridad de un individuo perteneciente a otra clase social. Son independientes en extremo, de ahí que una joven se enorgullezca al desafiar la mirada de un hombre y se atreva a contestar a los comentarios impertinentes con un gran sentido del humor y un desparpajo picaresco. En una ocasión tratamos de comprar un objeto esmaltado original, aunque ya usado, a una joven que atendía un puesto en el mercado. Accedió a venderlo y pidió diez pesos por él, el precio de uno nuevo. Le ofrecimos ocho, debido al desgaste de la pintura y a una resquebrajadura que había sido reparada, a lo que protestó en un tono arrogante y mostrando cierta indignación: "¿Acaso cree que lo robé?".

El orgullo que sienten por su raza refleja un amor absoluto y lealtad hacia su pueblo natal como si se tratase de un cierto nacionalismo provinciano que se hace más palpable entre los miembros de las clases más elevadas de Juchitán. Esto mismo se observa en dos dichos populares: "Existen muchos caminos, toma el del centro y te llevará a Juchitán";[1] y "Aquél que es una persona consciente jamás olvida su pueblo natal".[2]

Nada es capaz de describir con mayor claridad el carácter

[1] *nu stale ne:za — biyùbi ni riné galá bató ǧabizende.*
[2] *tù naya'nì ǧkenda biani kadi rusanda ǧkī'ǯi.*

del pueblo que sus mismos dichos y expresiones. Aunque los zapotecas son en su mayoría simples campesinos carentes de una tradición cultural rebuscada, cultivan el arte de la conversación florida, salpicada de comentarios sarcásticos e ingeniosos para llegar a un punto. Estos son unos ejemplos característicos de dichas expresiones, algunas de las cuales tienen una gran semejanza a nuestros propios dichos, lo cual implica que, después de todo, las distintas razas pueden pensar en términos universales:

"Es preferible aferrarse a algo seguro que esperar lo incierto"[3] (semejante a nuestro dicho "es mejor tener un pájaro en mano y no ciento volando"); "una mano de azúcar, la otra de hiel"[4] (cuyo significado es el mismo a "mano de hierro en guante de terciopelo"); "tienes dos oídos, te entra por un lado y te sale por el otro";[5] el dicho para subrayar lo fútil de la cólera: "tienes dos trabajos, enojarte y volverte a contentar"[6] o "la cólera no te deja nada, pero el trabajo es capaz hasta de dar hijos";[7] el dicho para subayar el poder y el ingenio femenino: "un par de pechos femeninos tienen mayor poder que cien carretas";[8] "el agua profunda y calma esconde bestias peligrosas",[9] que significa "no esperes el bien del quieto y silencioso"; "que alguien más lo diga, yo no"[10] para confirmar un chisme sin necesidad de comprometerse; "no hay que ser demasiado benévolos con la boca, ya que uno mismo puede estar al borde de un precipicio",[11] el equivalente a "la gente que vive en casa de cristal no debe arrojar piedras"; "del fuego a las llamas",[12] que es lo mismo que "del sartén al fuego" y muchos otros más.

---

[3] *n'ma risàka gápu ti' ši'šá — kadi kwe'zú č̣u'pa.*
[4] *ti' nóu žiña— ti' nóu gidi.*
[5] *č̣upa diagu napú — tobi giuni, štobi giré:ni.*
[6] *č̣u'pa ži'ña ga'pu — štubu giži:č̣u, štubu giré:u žiaña.*
[7] *šiana gasti ribè:ndu — ži'iñangá rigiše ši'ñi.*
[8] *ma'risaka č̣u'pa šiži ke tigayuá kareta.*
[9] *nisa riži birarú maní dužu ža nda'ni.*
[10] *kadi nda'a di'ngá ginieni — štobi ngá tiginini.*
[11] *kadi zesi guzinda rualú— ruá bandá' ngá zugua:lu.*
[12] *biré: lugi: — yegiaba lu bé:le.*

Uno de los rasgos más representativos de la sociedad zapoteca es el espíritu de hermandad que une a los miembros de la comunidad. Esta reciprocidad y esta solidaridad de grupos carecen prácticamente de precedente en un pueblo con tantas mezclas de sangre y en comunidades tan urbanizadas como Tehuantepec y Juchitán, Quizá sea el resultado de su profundo nacionalismo, o tal vez sea el mismo nacionalismo el que haya creado esa unión en la sociedad; lo cierto es que en ningúnú sitio se le ha dado un significado tan profundo a los términos pariente (*lizá:a*) y paisano (*miati*). Los tehuanos y los juchitecos se comunican entre sí empleando el término *bičé* (hermano) y en ocasiones, si es preciso hacer mayor hincapié, emplean dicha palabra dos veces, una en zapoteco y otra en español. Al forastero se le conoce, con cierto desdeño, como *zù* (extranjero) si se trata de un hombre, o *wada* si se trata de una mujer. Este desdén se perpetúa aún más en el popular dicho juchiteco que dice: "No lo toques, es un extranjero".[13] En una ocasión escuchamos a una madre indignada dirigirse a su hija para reprocharle su deseo de lucir la ropa moderna: "No quiero una *wada* en esta casa". Siempre permanecerán unidos, pese al odio que reine entre ellos, cuando se trata de aferrarse a una causa común que vaya en contra de un extranjero.

Los lazos que mantienen unida a la arraigada comunidad zapoteca son aquellas innumerables sociedades que la integran, constituidas, a su vez, por los miembros del pueblo o por los miembros de la alcaldía del pueblo, quienes gracias a sus aportaciones y a ese esfuerzo común han hecho posible la celebración de aquellos interminables e inclusive ostentosos festivales, tanto cívicos como religiosos, que tanto iluminan su vida cotidiana. Dichas sociedades no tienen estatutos escritos, ni consejos directivos y para éstas no existe una distinción de jerarquías o privilegios, como no sea el prestigio personal y el afán de ayudar a los demás. Nadie está obligado a pertenecer a dichas sociedades, aunque las mismas necesidades sociales inducen a todos a que colaboren por propia voluntad. Sus miembros no reciben

[13] *kadi ká'nu láabe žù ngá.*

recompensa alguna por la labor desarrollada o por su aportación personal, como no sea el tener el honor de ser escogidos para fungir como maestros de ceremonia en una fiesta. En un pequeño libro se anotan cuidadosamente los nombres de todos los miembros de la sociedad, incluyendo, asimismo, sus aportaciones personales, tan sólo para contar con un registro adecuado y para considerarlo como referencia para el futuro, cuando llegue el momento de corresponder.

El origen de los barrios, de las organizaciones protectoras y de las sociedades cooperativas de Tehuantepec es obscuro y debatible. Quizá los barrios no sean más que un tipo de organización semejante a la que existía en la época prehispánica, en donde los santos católicos substituían a las deidades antiguas o quizá éstos fueron implantados por la Iglesia en la época colonial para conservar el ceremonial religioso. De ahí se deduce que tal vez estas sociedades cooperativas hayan podido basarse originalmente en un parentesco sanguíneo, como parte del sistema antiguo del clan,[14] que fue haciéndose más grande con el tiempo para incluir a los miembros de un barrio o de un pueblo, conservando ese espíritu de hermandad.[15] De hecho, hay algunos con los que no existe un nexo sangíneo y que, a pesar de ello, se les considera como hermanos e inclusive hay personas completamente ajenas a quienes, por haber vivido un tiempo conside-

[14] De acuerdo con Radin (1931), según información obtenida en Burgoa y en Santa María y Caneso (Relación de Mitla, Papeles de Nueva España, 1580). En el Istmo predomina una tendencia absoluta al totemismo, principio que establece que desde el nacimiento la vida de una persona debe ir ligada a un compañero espiritual en forma de animal. En Juchitán se le conoce como *skenda* puede tratarse de un jaguar, un cocodrilo (el tótem de los pescadores, relacionado ne cierto modo con aquéllos del Barrio de Laborío en Tehuantepec), o un rana toro, una *ieta* (una pequeña lagartija), un cangrejo, un perro, etc. En la época prehispánica había un hechicero que determinaba el animal totémico, mediante un calendario mágico, dependiendo del nombre del día en que naciese el niño. Los mixes (Belmar, 1891c) solían identificar al animal protector al dejar su huella sobre una capa ligera de harina que el hechicero habría de esparcir posteriormente sobre la cama del recién nacido.

[15] El principio de parentesco era conocido anteriormente como *genila lizáa* (*gelalezáa o gelagetza* en el Valle de Oaxaca) (Gay, 1888; Cruz 1935). Dicha palabra ha sido españolizada en Tehuantepec para adoptar el nombre de *'enda-pariente*, siendo éste muy significativo, por ser el nombre que se le da al pastel ceremonial que se ofrece en los casamientos a los parientes de la novia y del novio.

rable en la comunidad y por mostrarse como personas dignas, se les ha aceptado como miembros de la sociedad, concediéndoseles el honor de brindar aportaciones personales para celebrar las fiestas. Los juchitecos, al igual que los chinos, admiten el hecho de que todos aquéllos que llevan un sombrenombre común son, en cierta forma, nexos sanguíneos.

Estas sociedades tienen como objetivo primordial lograr que el festival del pueblo o del barrio sea todo un suceso del cual se puede estar plenamente orgulloso. Otra de sus actividades consiste en brindar ayuda individual a los miembros de la comunidad en lo que respecta a sus necesidades materiales y espirituales, en sus matrimonios, en la construcción de sus hogares, en los entierros, etc. Esta ayuda se convierte en ocasiones en una verdadera participación laboral, como lo es el preparar los alimentos que habrán de servirse en las fiestas, el colaborar para construir las instalaciones necesarias, el cavar una fosa, el proporcionar materia prima, huevos o pollos para un banquete, el obsequiar artículos para el hogar y ropa para los recién casados. Hay casos en que esta ayuda se convierte en una verdadera aportación económica, como símbolo de hermandad. Dichos obsequios en dinero se conocen como *limosna*. La costumbre es la que dicta la cantidad de dinero que se habrá de obsequiar, que puede ser desde unos cuantos centavos hasta varios pesos de plata, fruto de un gran esfuerzo, los cuales se depositan sobre un platel para donarlos de buena fe y sin la menor ostentación. El donante recibe a cambio una copa de mezcal, una banderilla de papel que simboliza el haber contribuido con una causa benéfica, cigarros, pan, chocolate y, en ocasiones, un plato de carne con tortillas, tamales, etc., que generalmente supera el valor del donativo con el cual se contribuyó.

Este espíritu de cooperación se hace más palpable aún cuando se trata de ayudar a algún miembro de la comunidad cuando éste se casa y trata de construir su propio hogar. Una vez terminada la época de lluvia y una vez que los caminos han quedado secos nuevamente, el futuro propietario de la casa solicita a sus amigos y vecinos que le brinden una "mano". Es entonces cuando uno de los amigos se dirige a los hogares para solicitar

voluntarios que lo ayuden a cortar madera, mientras una de las amistades femeninas se encarga de invitar a otros miembros del sexo femenino para que le ayuden a preparar los alimentos que los hombres habrán de llevar en su trayecto al bosque.

El grupo se reúne al caer el sol en casa del individuo que habrá de ser el beneficiario. Cada uno de los miembros del grupo lleva su propia herramienta, carretas bien engrasadas, hachas y machetes, redes y cuerdas. Ahí se les proporcionarán los alimentos que habrán de llevar para el viaje: totopos, carne seca, frijoles, harina de maíz y azúcar morena para preparar el pozol, cigarros y botellas de mezcal. La expedición se inicia al anochecer para internarse en la maleza, en donde habrán de formar un gran campamento. A cada hombre se le asigna una tarea especial. Algunos se hacen cargo de los bueyes y cuidan y afilan los instrumentos, otros cortan y transportan la madera. La labor quedará terminada después de varios días y todos emprenderán el regreso llevando consigo todo el material necesario: horcaduras de árbol, bambú y ramas rectas, así como el gran tronco de árbol grueso tan vital para la viga que habrá de sostener el techo. Todo este material permanecerá secándose en un rincón del patio por espacio de seis meses a un año.

La casa podrá comenzar a construirse a principios del próximo año. Las amistades del futuro propietario de la casa tendrán que ir nuevamente a visitar a los vecinos para que colaboren en la construcción de la misma, quizá para el próximo domingo, día en que todos disponen de tiempo libre. Todos los voluntarios se presentan oportunamente al apuntar el día con sus herramientas, hachas, descalzadores, palas y machetes y son recibidos con un banquete, para lo cual se mata a una vaca, misma que habrán de complementar con tamales, tortillas y atole. Después de este "desayuno" todos se disponen a trabajar de inmediato levantando el suelo, dando forma a las piezas de madera, perforando hoyos y levantando los polos ahorquillados, siguiendo las instrucciones de un albañil profesional contratado por el dueño. La casa queda concluida en un sólo día, tras de una intensa labor, interrumpiéndola únicamente para beber un poco de agua y para tomar los alimentos. Para el atardecer el techo

ya habrá quedado colocado y las paredes habrán quedado completamente cubiertas con barro, por dentro y por fuera de la hilera doble de ramas entrelazadas, esparciendo en el espacio intermedio una espesa mezcla de barro y paja. Una vez que la casa ha quedado completamente concluida, se solicita la presencia del *šuana*, el anciano, para que bendiga ceremoniosamente este hogar. La casa deberá quedar asimismo perfectamente limpia antes de entregarla a su nuevo dueño quien, a su vez, agradecerá a sus desinteresados benefactores con una simplicidad encantadora al momento de despedirse de ellos en la puerta de su hogar.

La lengua zapoteca

Hay alrededor de cinco millones de indígenas auténticos en México por su sangre, economía y cultura. De ellos, casi la mitad (precisamente 2 250 497 indígenas) habla aún una lengua indígena, dándole a ésta mayor importancia que al español. En el país se hablan más de cincuenta lenguas distintas indígenas, de las cuales cuando menos siete de ellas, cada una con dos o tres dialectos, se emplean diariamente en el estrecho y escasamente poblado Istmo. El zapoteco, la lengua que nos interesa, es, por excelencia, la lengua que más predomina, pero también existen otras lenguas de uso común (el chontal, el huave, el nahua, el popoluca, el zoque y el mixe; consultar Mapa, página 101) y que son sumamente interesantes ya que el arcaísmo de algunas de ellas nos da un indicio de su antigüedad. Si se profundizara en el estudio de las mismas, se podrían obtener datos muy valiosos sobre la identidad del grupo original que logró dominar al Istmo en un tiempo. Dichos grupos se han llegado a reducir en la actualidad a islas pequeñas y aisladas y quizá sea todo lo que quede de aquellas antiguas naciones indígenas a las que en un momento determinado se les arrebató todo lo que poseían y se les dividió debido a la fuerza de grupos más agresivos, quienes se apoderaron de sus territorios, arrojando a estas naciones indígenas a las montañas más inaccesibles, a

los lugares más recónditos de la selva y a las playas de la estéril costa del Pacífico. Pese a ello han logrado sobrevivir, aferrándose considerablemente a su idea de conservar la integridad y la independencia de su tribu, rodeada por un mar de zapotecos más progresistas y astutos y por indígenas de habla española.

El constante escuchar el murmullo de la lengua zapoteca produce un sentimiento extraño y exótico. Esta se escucha por doquier, tanto en boca de los comerciantes árabes y españoles, como en los mercados, trenes, autobuses, comercios, calles e inclusive en los hogares de los istmeños que gozan de un estrato social superior. Resulta extraordinario el hecho de que un lenguaje indígena haya logrado dominar sobre el español por tanto tiempo entre un pueblo tan sofisticado y tan deseoso de adoptar todas las innovaciones tan características de las grandes ciudades. Lo que realmente sorprende es que no sólo todos saben y hablan zapoteco, sino que la gran mayoría habla español en forma muy mediocre. Hay personas de edad avanzada que no lo hablan en absoluto. Si bien es cierto que un tehuano se sentiría muy apenado si admitiese que no habla un buen español, también es cierto que un juchiteco preferiría alardear por el hecho de saber hablar el zapoteco. Este orgullo tan arraigado en los juchitecos para con su lengua refleja nuevamente el complejo nacionalismo que les caracteriza.

Los misioneros españoles se vieron en la imperiosa necesidad de aprender el zapoteco después de la Conquista y entre los primeros libros más importantes que comenzaron a imprimirse en el continente Americano destacó aquél de *Doctrina en las lenguas zapoteca y española* de Fray Pedro de Feria, editado en México en 1567. Once años más tarde, otro misionero, Juan de Córdoba, editó un diccionario zapoteca bastante voluminoso de extraordinaria veracidad y una gramática.[16] Pese a que las ediciones en zapoteco han existido ya desde hace más de trescientos setenta y cinco años, hasta la fecha no se ha lle-

[16] Fray Pedro de Feria: *Doctrina en lengua castellana y zapoteca* (1567): y Fray Juan de Córdoba: *Vocabulario castellano y zapoteco* y *Arte en lengua zapoteca* (1578).

gado a un acuerdo en cuanto a la escritura correcta de la lengua. El alfabeto zapoteca representa un apasionante tema de discusión entre los intelectuales del Istmo y los nostálgicos juchitecos de la ciudad de México y muchos han llegado a la conclusión de que su lengua no puede escribirse. Se trató inclusive de crear una "Academia Zapoteca" con el afán de unificar los diversos estilos en la escritura, sólo que cada uno de sus miembros estaba tan aferrado a su propio estilo de escritura que los resultados fueron negativos.

Afortunadamente en la actualidad existe ya un alfabeto universal para todas las lenguas indígenas de las Américas.[17] Además de sus innumerables ventajas, el nuevo alfabeto es más sencillo y claro que aquéllos que se empleaban en épocas anteriores. Su principal objetivo es la uniformidad y la simplicidad y, más aún, tiene la enorme ventaja de usar un solo signo para cada fonema. Para no incurrir en la tendencia de crear otro estilo propio de escritura de una lengua indígena, se ha empleado este mismo sistema al escribir el zapoteco, haciendo únicamente cambios insignificantes para simplificar la tarea al impresor.

Las vocales (a, e, i, o, u) se pronuncian como en español o en italiano: *a* como en *a*rte, p*a*dre; *e* como en fu*e*; *i* como en pol*i*cía, téc*n*ica; *o* como en *o*bedecer; y *u* como en t*u*mba. Las vocales (al igual que ciertas consonantes) son normales o largas, en cuyo caso se indica con dos puntos, o sea, *a:*. Se pueden rearticular, pronunciarse dos veces seguidas; esto se indica mediante dos letras, o sea, *aa*. Existen tres tonos (cambios de entonación) los cuales están perfectamente definidos: agudo, *á*; medio o normal, *a*; y grave, *à*.

Las consonantes (b. d, g. k, l, m, n, p, s, t, w, y) se pronuncian como en inglés. También existen ciertos signos especiales para identificar algunos signos tan peculiares en el zapoteco:

ñ—Se pronuncia como en el sonido *ny* de la palabra "canyon" en inglés.

[17] Adoptado por el Congreso de Americanistas, Ciudad de México, 1939.

ng—Debe ser un solo sonido como las palabra "long", "singing" en inglés (en el nuevo alfabeto se le identifica como N).

r—Siempre es líquida y suave, como en la palabra "primero" en español. Al sonido fuerte y vibrante de la doble *RR* que se escucha en las palabras en español y que ha sido incorporado al zapoteco se le identifica en el nuevo alfabeto como $\overline{R}$.

z—Se pronuncia como "zealous" en inglés.

č—Se pronuncia como el sonido CH de "chapopote", "chubasco", "choza".

š—Se pronuncia como la *sh* de las palabras "ship", "shoe" en inglés.

ž—Se pronuncia como el sonido *zhj* de la palabra "seizure" en inglés o de las palabras "jour" o "Jean" en francés.

La lingüística considera a la pausa glótica (una pausa repentina que corta el sonido rápidamente) como una consonante independiente y cuenta con un signo especial, —?—, al cual he reemplazado por el signo más familiar del apóstrofe, ' (a').

La lengua del Istmo es sólo uno de los seis o siete dialectos del grupo zapoteco, mismo que, a su vez, forma parte del mayor complejo lingüístico, el grupo macro-otomangue,[18] el cual se extendió sobre un gran territorio al suroeste de México. Dichas lenguas concentradas en su gran mayoría en el estado de Oaxaca, revelan grandes diferencias entre sí, quizá debido a la prolongada y constante ocupación de las mismas regiones,

[18] Radin (1930), divide al zapoteco en seis dialectos: 1) el *valle*, mismo que se habla en el Valle de Oaxaca desde Mitla hasta las sierras de Mihuatlán; 2) el *tehuano*, mismo que se habla en el Istmo de Tehuantepec, y destaca por ser menos arcaico, además de tener subdialectos: Tehuantepec, San Blas, Juchitán e Ixtaltepec; 3) el *serrano* que se habla en el distrito de Ixtlán y en la sierra de Juárez; 4) el *nexitzo*, mismo que se habla en las proximidades de Talea en el distrito de Villa Alta; 5) *vijana* (o *de cajonos*) que se habla en Yalálag y en el distrito de Villa Alta; 6) el *miahuatlán*, hablado en la sierra del mismo nombre. Tal vez haya un séptimo subdialecto, el dialecto hablado en Patapa, que resulta ser un canto distinto a los demás.

Las lenguas que integran el vasto grupo macro-otomangue son: el otomí, el mazahua, el pame, el chichimeca-jonáz, el mixteco, el amuzgo, el cuicateco, el popoloca (de Puebla), el chuchón, el mazateco, el izcatec, el triqui (?), el zapoteco, el chatino, el solteco, el papabuco, el chiapaneco y el chinanteco.

aisladas entre sí por los vestigios de otras lenguas o por barreras naturales, como lo son las casi impenetrables sierras de la escarpa de Oaxaca.[19]

Todos los dialectos del zapoteco han sido profundamente matizados con casi un treinta por ciento de vocabulario español, pero esto no ha cambiado su estructura en lo más mínimo y el zapoteco que se habla hoy en día es el mismo que se hablaba hace trescientos cincuenta años.[20]

El zapoteco es una de las lenguas más interesantes que se hablan en México. Posee ciertas características poco comunes como lo es su gramática tan complicada, su estilo tan peculiar para formar una oración y su sistema tonal, en donde el significado de una palabra se ve con frecuencia determinado por el tono agudo o grave de la voz, a semejanza de la lengua china, por lo cual se deduce que quizá haya habido una posible relación con el Lejano Oriente. Asimismo, el zapoteco tiene sonidos vocálicos largos y cortos, nasales y rearticulados, además de tener una "r" suave y líquida, una frecuente pausa glótica (una pausa repentina que corta el sonido momentáneamente) y otros rasgos peculiares. Se le da a la lengua un *staccato*, sin restarle su carisma musical, motivo por el cual el visitante Brasseur de Bourbourg se refería a la lengua zapoteca del Istmo como la Italia de las Américas.

A los zapotecas les gusta hablar sobre las dificultades que se presentan en la pronunciación de su lengua. El significado de una palabra varía de acuerdo con la forma en que se pronuncie y para ello citan como ejemplo la palabra *biži*:

bi:žĭ'—La primera "i" es larga, la segunda es aguda y corta, y significa "rana-toro".

bi'žì—La primera "i" es corta, la segunda tiene un tono grave y significa "semilla".

---

[19] Weitlaner, 1941.

[20] Radin (1930) hace hincapié en el conservatismo de la lengua zapoteca al compararla con la lengua inglesa que se habla hoy en día, que tanto difiere del inglés hablado en la época de Shakespeare.

biží—La "i" final tiene un tono agudo y la palabra se refiere al fruto del cacto pitaya.

biži'ì—La última "i" es corta, rearticulándola posteriormente en un tono más grave, y significa "devuelto".

mbìži'—La "b" inicial es nasal, la primera "i" tiene un tono grave y la segunda "i" es corta y su tono es normal; significa "seco".

A continuación se citan otros ejemplos eminentes de palabras cuyos sonidos son similares pero cuyos significados son totalmente distintos:

gié: "piedra" y *gié'* "flor"; *gi:* "fiego" y *gi'* "excremento";
ží "día" y *ží* "tranquilo"; *žá:* "nube" y *žá'a* "fiesta";
beñe "luego", "fango" y *bé'ñé* "cocodrilo";
benda "pescado", *be'ndà* "víbora" y *bendá'* "hermana" (cuando el interlocutor es una mujer):
gišì "pasto" o "pelo", *gišì'* "mañana" y *gi'šì* "maleza";
žu' "extraño", *žù* "taparrabo" y *žu'ù* "temblor".

Tanto las mujeres como los hombres emplean términos distintos al referirse a la palabra "hombre": una mujer dice "ngió:" mientras un hombre dice "žàn:à". Asimismo, un hombre llama a su hermano "bičé", pero a su hermana la llama "bisa:na". Sin embargo, también llama a su hermano "bisa:na", mientras a su hermana la llama "bendá". La lengua zapoteca del Istmo no hace diferencia alguna entre los géneros masculino y femeninos y existe una distinción muy peculiar en los pronombres que se emplean al referirse a los seres humanos, a los animales y a lo inanimado:[21]

[21] Radin (1930) afirma que existe una diferencia adicional entre estos pronombres y adverbios especiales empleados para señalar algo sagrado (*láanì*, se diferencía por el tono del pronombre normal "eso", *láaní*) y afirma, asimismo, que en el dialecto de Zaachila existe otra categoría para los seres pequeños: *laábnin'*, que en español significa "creatura".

yo	**ná'**
tú	**lì**
él o ella	**laabé**
nosotros	**laanú**
ellos	**laakabé**
eso (animal)	**laané**
eso (cosa)	**laaní**

El zapoteco es una lengua rica y de gran colorido, además de destacar por el cúmulo de expresiones pintorescas que la caracterizan y por los diversos carismas de sus significados; por ejemplo, a un eclipse se le llama "la batalla entre el sol y la luna" (*kadinde be'u ne gubi:žà*); recordar, despertar, es "hacer latir el corazón" (*riza:láži*); piensa es "habla la sabiduría" (*kanišpiani*); una persona antipática es "demasiado salada" (*naži:bé*), ronquido es "hervor en la cabeza" (*rindá'bìike*); cerveza es "espuma" (*bičí'ña*). Los zapotecas emplean términos especiales para cargar objetos grandes y pesados (*roá'*) o para llevar agua u objetos pequeño (*riá'yá*). También tienen términos específicos para distinguir a un objeto grueso y plano (*naná:nde*), de un objeto grueso y circular (*nambolo*). Asimismo emplean términos específicos para cada una de las formas del maíz: grano (*šuba*), una planta tierna (*du:za*), un sembrado de maíz o una planta a punto de dar fruto (*gela*), una mazorca tierna de maíz (*ze:*), una mazorca madura (*ní:za*), una tusa (*yá'na*), una perfolla de maíz (*bakwela*), etc.

El sistema numérico zapoteco es duodecimal, muy similar al francés y los números grandes se forman a base de múltiplos de veinte (*gánde*): cuarenta es "dos veces veinte" *ču'pa lategánde*), sesenta es "tres veces veinte" (*čo'na lategánde*), ochenta es "cuatro veces veinte" (*ta'pa lategánde*), etc.

La estructura en sí de la lengua es complicada y difícil de describir. Sería inoportuno presentar un análisis de la gramática zapoteca, puesto que tan sólo resultaría de interés para el estudiante y no así para el lector en general. En los últimos 350 años, desde Córdoba a Radin, ha prevalecido un profundo interés en tratar de ordenar hasta cierto punto los aspectos tan

caóticos y confusos de la gramática zapoteca. Sin embargo, cabe mencionar que el patrón típico estructural del zapoteco es la forma en que se modifica un verbo para convertirlo en frase mediante el uso de prefijos y sufijos perfectamente unidos a la raíz del verbo. Los prefijos indican si el verbo está en voz activa o pasiva, en el tiempo presente, pasado o futuro. Posteriormente viene la raíz (el verbo absoluto), seguido de un sufijo para determinar el caso y por último viene otro sufijo para formar el pronombre nominal.

Todas estas reglas tan complejas y sus respectivas e interminables excepciones han pasado a formar parte ya del diálogo diario del pueblo. Esto refleja los distintos niveles que se han logrado alcanzar en el diálogo zapoteco: el vocabulario del humilde campesino es limitado, de ahí que emplee un gran número de palabras tomadas del español. Por el contrario, al intelectual de Juchitán le gusta hablar un zapoteco muy puro y si por algún motivo no pudiese expresar una palabra en zapoteco porque ésta tan sólo existe en español, trataría a toda costa de buscar una o varias palabras que, en conjunto, tuviesen el mismo significado: por ejemplo, traduciría la palabra "calle" del español como *neza gïzï*, lo cual significa "camino del pueblo".

La literatura popular

El pueblo del Istmo de Tehuantepec no ha destacado por sus logros en las artes plásticas o en los oficios manuales: su cerámica y textiles son meramente utilitarios, no ha existido un profundo interés por desarrollar la pintura, y la escultura, el arte indígena por excelencia, se ha limitado únicamente a crear soportes primitivos de recipientes modelados conforme a las figuras femeninas y a las muñecas de Año Nuevo descritas en páginas anteriores. Sin embargo, la literatura y la música ocupan un papel sumamente importante en sus vidas.

Los zapotecas cultivan su lenguaje con sorprendente tenacidad. Poseen un amor desmesurado en la preparación de discur-

sos en zapoteco o en español y los *čago:la* (oradores profesionales) ocupan un papel muy importante, considerándoseles como miembros sumamente respetables de la comunidad. Se encargan de oficiar las ceremonias religiosas y eventos importantes tales como matrimonios, funerales, oraciones para difuntos, etc., y el ser el portavoz de oraciones y letanías (*liba:nà*) puede ser considerado como todo un privilegio, si el *čago:la* goza de una excelente reputación. Entre los discursos más aplaudidos por la importancia que les caracteriza se encuentran aquéllos pronunciados por los políticos de la religión, por las autoridades militares, por el gobernador del pueblo o por el director de escuela en fiestas nacionales y conmemoraciones revolucionarias, como lo es el aniversario de la Expropiación Petrolera o el Día del Trabajo.

Para observar la importancia que el pueblo le da a la tarea de preparar discursos sería interesante citar como ejemplo el caso de una mujer indígena de Tehuantepec de estrato humilde, quien diariamente se pasea repetidas veces en el mercado, aunque muy rara vez compra uno u otro objeto para ponerlo en la cubeta vacía que acostumbra llevar consigo. Su blusa está desteñida y su falda está hecha un harapo, pero su porte es digno y su cara, aunque severa y llena de arrugas, es noble e inteligente. Las marchantes del mercado la tratan con cierto temor reverente y la llaman doña'Sidora y sólo cuando se les pide que externen su opinión sobre ella afirmarán, en voz muy baja, que doña'Sidora está completamente loca. En su época llegó a ser una dama zapoteca sumamente educada y próspera, sólo que sus principios religiosos la llevaron a un fanatismo absoluto. Le gustaba lucir vestidos espléndidos y poseía innumerables collares de monedas de oro. Podía dedicar todo su tiempo a la lectura y a la enseñanza en una escuela dirigida por monjas.

Un buen día, doña'Sidora perdió repentinamente la cordura; algunos afirman que estaba embrujada, otros aseguran que había leído demasiado, pero la mayoría lo atribuye a la postración nerviosa que sufrió por la muerte de su madre, citando como prueba el haber tratado de enterrar el cuerpo en su propio

patio, provocando toda una escena cuando la policía llegó para llevárselo. Su locura, que hace presa de ella con cada luna llena, consiste en dirigirse a un auditorio imaginario en el mercado frente al Palacio Municipal o frente a la Catedral, pronunciando grandes discursos en español que encierran una gran vehemencia y una coherencia absoluta, además de tocar temas profundamente filosóficos y ciertos conceptos abstractos sobre el verdadero significado de Dios, "quien está en todos lados, en ella misma, en la tierra (al mencionar esto golpea el suelo con la palma de su mano), en el aire, el cielo y la lluvia", etc., "en todos lados excepto en las iglesias y en el corazón de los sacerdotes". Concluye sus discursos criticando severamente a los sacerdotes, a quienes realmente ella odia, llamándolos explotadores, farsantes, hipócritas y enemigos del verdadero Dios "quien es la naturaleza misma". El sacerdote anciano de Tehuantepec teme profundamente a doña'Sidora y cuando llega a presentarse frente a la Catedral, opta por cerrar las puertas y las ventanas de inmediato. En ocasiones se dedica a criticar a los dirigentes del gobierno local pronunciando discursos frente a las puertas abiertas del Palacio Municipal. Los oficiales que se encuentran dentro pretenden no oír o simplemente la observan en silencio esbozando risas fingidas y arrogantes. En un principio solían aprehenderla para arrojarla a la cárcel, pero ya han aprendido a temerle y a respetarle y en la actualidad ya nadie la molesta. El pueblo también siente gran admiración por los discursos de doña'Sidora y siempre la escuchan en silencio, pero mostrando su aprobación. En una ocasión una mujer afirmó que era muy probable que doña'Sidora fuese más cuerda que cualquier otro del pueblo.

El talento literario de los zapotecas está limitado a la escritura de poemas y canciones populares que, a pesar de ser sencillos, son realmente emotivos y encantadores, aunque hay un gran número de literatos zapotecos, primordialmente de Juchitán, que gozan de gran reputación nacional. La mayoría de las canciones y poemas del Istmo dependen de la tradición poética española, pero cabe reconocer que también existe un profundo rasgo indígena en muchos de ellos. No sólo componen

canciones y poemas en la lengua zapoteca, sino que también existen canciones que parecen remontarse a tiempos de antaño, canciones olvidadas inclusive por los adultos, pero que han prevalecido como temas de canciones infantiles y de versos de cuna. A continuación aparecen varios ejemplos de dichas canciones y versos. El primero, interpretado por los intelectuales zapotecos, hace alusión a la catástrofe originada por la Conquista Española, época en que los ancestros zapotecas fueron arrojados por los españoles:

Bižaža, bižaža, juú!	Cierna, cierna, ¡ea!
bisiaba nisa	llueve agua
bisiaba gié:	llueve rocas
bisiaba nanda	llueve aguanieve
bisiaba yú:	llueve lodo
ka binigula:za ma čé	Los Grandes Ancestros se van...
bižaža, bižaža, juú!	Cierna, cierna, ¡ea!

o aquel caprichoso verso de cuna de: *Las Tortugas*, una extraña reminiscencia de Gertrude Stein:

Kadidi kabígu	Un desfile de tortugas
ruluika tei bigá:	como un collar
ne bíguró:	de grandes tortugas
ne biguwi'nì	y de pequeñas tortugas
guria nisadó:	en la playa
biguwi'nì	Pequeñas tortugas,
bíguró:	Grandes tortugas
nenaró:-ne nawuì'nì	grandes y pequeñas tortugas.
para'bisa'nalú šiñi	¡oh! dónde está tu hijo?
para'bisa'nalú šiñi nisadó	¿Dónde está tu hijo, océano?
nisadó-:nisadó:	¡Océano! ¡Océano!
biá biguwi'nì	¡Mira a las pequeñas tortugas!
biá bíguró:	¡Mira a las grandes tortugas!
para'bisa'nalú siñi	¿Dónde está tu hijo?

para'bisa'nalú siñi	¿Dónde está tu hijo?
bíguró:	Grandes tortugas,
bíguwi'nì	Pequeñas tortugas.

Existen otros tipos de música conocidos como *sones*, la música tradicional de baile, entonada por una charanga o una marimba en todas las fiestas importantes y cantada, generalmente en español, por un individuo que sabe cientos de versos, la mayoría de ellos románticos, aunque también hay algunos que son obcenos o que simplemente carecen de sentido. A diferencia de los huapangos (Ver página 42), los sones tienen el sello característico de la usanza mexicana, compuestos en versos en cuartete, acompañados por un refrán al final de cada línea o en cualquier otra línea y un coro que casi siempre cambia con cada verso. Los sones más populares son *La Zandunga*, canción regional que casi ha llegado a convertirse en el himno de Tehuantepec y *La Llorona*, canción de Juchitán que refleja una gran melancolía. Dichas canciones fueron compuestas e inclusive son cantadas por personas que no dominan el español del todo, de ahí que en ocasiones se confunda el significado de las líneas, haciendo difícil su interpretación. Zandunga es una palabra española que se emplea para describir a una mujer graciosa y atractiva, pero debido a la forma en que se emplea en la canción es difícil determinar si se refiere a una mujer en sí o a la canción misma. Llorona es una palabra cuyo significado es más incierto aún. Al final de este capítulo aparecen la letra y la música original de estos dos sones. Existe otro tipo de son, más ingenuo, humorístico y quizá más antiguo que el anterior. Se llama *La Tortuga*, cuya letra aparece a continuación y que se burla de los huaves de las langunas del Golfo de Tehuantepec, conocidos en la canción como "mareños":

LA TORTUGA

Atención todos para escuchar
la triste historia voy a contar
de una tortuga que un día fatal
quiso su suerte pasar muy mal.

¡Ay! tortuga, tortuga del arenal
que a poner saliste del mar,
los mareños con su costal
ya te esperan con ansia tal
para sacar, para llevar
todos los huevos en el costal
porque cocidos no más con sal
ni cascarones no han de tirar.

¡Ay! tortuga, tortuga del arenal
que a poner saliste del mal.
¡Ay, ay! pobrecito animal
¡ay, ay! porque tu suerte es fatal.

Vuelve tortuga, vuelve a la mar
bajo las aguas vé a desahogar
los mareñitos van a llegar
ellos sin duda te han de agarrar.

¡Ay, ay! tortuga del arenal
que a mi rancho te quieren llevar
anda, anda tonta sin más tardar
ya vienen otros a pescar,
en la laguna cerca del mar,
son chinchorros de este lugar
también te pueden aprisionar.

¡Ay, ay! tortuga del arenal
que a poner saliste del mar.
¡Ay, ay! pobrecito animal
¡ay, ay! porque tu suerte es fatal.

En vano amigo quise salvar
a la tortuga de un grave mal
la parramita ya en un costal
se muere ahogada, se vá a enrredar.

Dos mareñitos al pasar
vieron a este pobre animal
y lo agarraron para llevar
a su gran banquete nupcial.
Uno con su modo de hablar
le dice al otro: "*tabar, tabar,*
treinto tortuga voy agarrar
para mi esposa voy a casar".

¡Ay, ay! tortuga del arenal
que a poner saliste del mar
¡ay, ay! pobrecito animal
¡ay, ay! porque tu suerte es fatal.

Hay una inmensa variedad de sones, la mayoría de los cuales datan de fines del siglo XIX y éstos se escuchan primordialmente en los bailes con el acompañamiento de una orquesta. Sin embargo, hay un gran número de canciones recientes zapotecas que fueron compuestas en su gran mayoría en Juchitán. Dichas canciones suelen atraer momentáneamente al pueblo, quien se encarga de convertirlas en verdaderos éxitos populares, de ahí que todos entonen las mismas canciones, para olvidarlas en un año o dos. Durante alguna de las visitas hechas recientemente al Istmo, se oía constantemente a los jóvenes enamorados llevar serenata a sus prometidas con canciones tales como *Niña Grande* y *Dime si me interesas,* cuya letra aparece a continuación:

BADUZAPA SÓ:

ndi'ngá ti' sonwi'nì, son sikarú
ti gudí:še, ni rušiže ruyá'ù
ná'a nga nažié:li badužapa só:
si gú:nu stobi ni zna:ná pà zow.

ná'a ma wayá'be ñya'u paliná'lune ná'a
ču'pa yu:ze ne šiñi zudié'

žuepe:e iza:ža ni gou, pa čubi:nu rañá'a
nu bičose, nu gi'ña, nu gié'
nu bizá, nu šndié, nu kagítu, nu zé:
ti gakala:žu ke nu ne ná'a
šiudigu:ne pa li ñau šinga naná
kenibe:zalú' ñat:e zaká.

(Traducción).

NIÑA GRANDE

Esta es una pequeña y hermosa melodía
deja que la toquen para que puedas bailarla.
Niña Grande: Yo soy quien te ama,
otro ni siquiera podría darte de comer.

Ven; ya quedó todo arreglado con tu madre;
dos vacas con sus becerros te daré,
todo lo tendrás, ven a mi huerto,
está lleno de jitomates, pepinos y flores,
melones y sandías, calabazas maduras y
tierno maíz.

No seas obstinada, quiéreme;
¡Que debo hacer! ¡Si supieras
cuánto sufro
no me dejarías morir así!

PARA'A NETI NA'A

za giníkabé ná'a špadua'wi'nè
za giníkabé kép'pe čeginílu
ši'ndí dondá ngá náppa ti' féu ná'a
za giníkabé ná'a špadua'wi'nè
ši'ndi dondá ngá náppa ti' féw ná'a

lí: ma ná:nu ka féu ngá ranáši
rudí'i gidúbi lažidó:
ne začága ná'a nelí

lí: ma ná:nu pabia ngá nažiéli
lažidúa ngá nanaži nelí:
pa' giníkabé ná'a néza lúlu
gúži lá:kabé ná'a ngá špidó'lú

(Traducción).

DIME SI ME INTERESAS

Déjalos que hablen de mí, mi amor,
no les digas nada, déjalos hablar,
¿acaso es culpa mía el ser sencillo?
Déjalos que hablen, mi amor,
qué puedo hacer si sencillo soy.

Tú bien sabes cómo la gente sencilla puede amar;
te amo con todo el corazón
y yo seré quien se case contigo.

Tú sabes cuánto te amo,
mi corazón se derrite por ti;
si alguien te hablara de mí
sólo diles que yo soy tu ídolo.

A continuación aparecen varios ejemplos de la poesía zapoteca contemporánea. Dos de ellas fueron escritas por poetas populares de la región y la última fue escrita por un joven zapoteca intelectual quien radica en la ciudad de México y ha publicado todo un libro de poesías. La primera de ellas, refleja la romántica melancolía de los zapotecas y fue escrita por Pancho Nácar, un nativo de Juchitán y publicada en

el *Neza,* un periódico breve de los intelectuales emigrados a la ciudad de México. La segunda "La muerte de mi madre", fue escrita por el poeta popular Luis Jiménez, mejor conocido en su pueblo natal de Juchitán por el sobrenombre de "Loño" y fue impreso en hojas sueltas por su autor para distribuirla entre sus amistades. La tercera, una pequeña obra de arte que destaca por su sencillez y llaneza, fue escrita por el poeta Nazario Chacón Pineda, también originario de Juchitán, y extraída de su libro *Estatua y Danza.* Huelga afirmar que las traducciones de estos versos no hacen justicia a la indescriptible belleza o a la rima y al ritmo de sus originales.

ti' gé:la nakawidó:
gásti belegí ša'giba
nabána skasi ndá'ni ti' bá
kabeša ti' žunažidó:
ruá ti' biše ribéša, ribeša,
ni žiñabé ti' šaké ninídu
ne šaké niká ti' bisúdu
biyá gásti... guduba ti' geša;
bé'u giré
ribéša ribéša
nakalaže ñuya ti' biá'ni
neka šitu, lu ti' neza
biyá makadídi šiorabé
ne biyádunabé ma waši
núu ge:la kawiké niti' bíni,
i šinakaša ñána de lá:bé
ma wašíni, gásti ríži,
bišulú ne nanda ti' bi'láse
nandaka ti' nisagié ndáse
nabána riába bandága biži...

(Traducción).

Una noche profundamente obscura
sin una sola estrella en el cielo,
tan lóbrega como una tumba,
por una joven a quien aguardaba.
En el pozo aguardaba y aguardaba,
cuando llegara hablaríamos
y la besaría.
Como se había retrasado... fumé un
cigarrillo,
la luna apareció, yo aguardaba y
aguardaba
para ver una luz allá a lo lejos
al final del camino.
Pero se había retrasado,
ya era demasiado tarde
y la noche demasiado obscura, nadie apareció.
¿Qué ha sido de ella?
Ya era demasiado tarde, todo estaba
quieto,
un viento frío penetrante comenzó a soplar
un poco de llovizna comenzó a caer,
las hojas muertas calleron
tristemente...

(por Pancho Nácar)

ZI QAYATI NYA'A

rié:te nalá:že ží ká:ru giníse
bilí:že ñyá'a néza lú: špiduá'
ngí: ngá ndá:ya ni rudié šiñi
ti' lí: ngá bišozé
ne ná: ngá nažié:li riní lažiduá

rá:bibé ná: šiñé'wi'ni
gudó: ti' bišidu'ruá
ti' má: bižiña ží ga:té'
ke ču ží gusiá:ndu ná:
gudó: ču'pa bišidu' lukwa:ya
né: gudíše ná:lu tú:pe laždiuá

(Traducción).

LA MUERTE DE MI MADRE

Aún recuerdo el día de la cosecha
en que mi madre me dijo ante el
altar:
Esta es mi bendición para ti hijo mío,
tú eres mi pequeño hombre
y te amo con la sangre de mi
corazón.
Dijo: hijo mío,
bésame mis labios
puesto que mi día ha llegado.
Jamás me olvides,
besa dos veces mi frente
y pon tu mano en mi corazón

(por Luis Jiménez, "Loño")

En el cielo
una estrella
en el campo
una sandía
en tus ojos
alegrías...
En mi alma
melancolías
de un día...

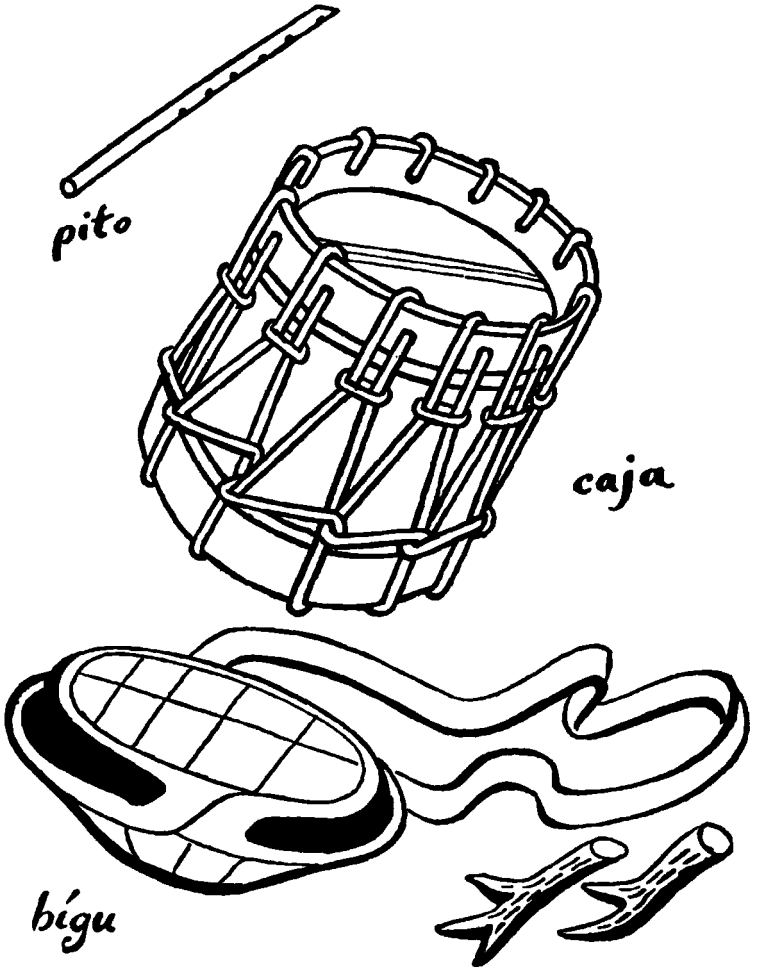
de dos
de tres
de un sinfín de días...

(por Nazario Chacón Pineda,
de *Estatua* y *Danza*).

Música

Los indígenas siempre fueron verdaderos amantes de la música, la cual, aunada a la literatura, ocupa un sitio preponderante en la vida diaria, ceremonial y social del Istmo. Las murgas o marimbas son un elemento indispensable en cada baile, desfile, bautizo y casamiento. El novio invita al romance acompañado de una guitarra y de hermosas canciones; a los parientes y amigos se les da una calurosa bienvenida con la grata compañía de una murga y es costumbre entonar las melodías predilectas de un difunto a la hora de su funeral.

Aún en la actualidad no se ha podido precisar qué tanta música prehispánica indígena ha logrado prevalecer en México con el transcurso de los años. Los manuscritos pictóricos indígenas muestran imágenes de músicos tocando flautas, conchas, tambores, gongos de madera y otros instrumentos de percusión. Las primeras crónicas españolas citan con frecuencia a grupos que cantaban y bailaban para acompañar a las grandes danzas ceremoniales, pero debido a su índole religiosa, la música indígena fue substituida rápidamente por la música española, de allí que queden pocos indicios en la actualidad de la música e instrumentos nativos originales. El escritor zapoteca Andrés Henestrosa logró describir hábilmente el aspecto musical de México al referirse a las canciones zapotecas contemporáneas: "...estas canciones son: de carácter indígena en su exterior, de carácter europeo en su interior, con lágrimas españolas en los ojos de los nativos. Todas son de índole mestiza: de melodía española y de melancolía indígena, en ocasiones con una voz indígena, en otras con canciones que entonan una melodía ca-



Instrumentos musicales.

racterística de la región. Tómense los fragmentos de una melodía ancestral interpretados en una voz española, tocados en un instrumento primitivo, interpretados por una voz indígena, ruda y melancólica y se tendrá una canción indígena. . ."[22]

Músicos ciegos.

[22] Henesterosa: "Tres canciones y una diosa". *El Nacional*, diciembre 29, 1940. México.

Aquello del Istmo que más se asemeja al tipo de música indígena es la combinación de la flauta y el tambor tocados en las fiestas ceremoniales. Este tipo de música es sencillo y primitivo, una melodía rebuscada tocada en una flauta de bambú de tonos agudos conocida como *pito*, con el acompañamiento rítmico de un tambor tipo europeo conocido como *caja*, misma que se toca con un par de baquetas gruesas. Dicho tambor está hecho a base de una sola pieza de madera hueca, cerrado en ambos extremos con pergamino y con cuerdas vibratorias en los lados. En Juchitán es característico incluir como parte de este grupo a un verdadero instrumento indígena, el *bígú*: la concha de una tortuga de gran tamaño, colocada al cuello del músico sujetándola con una tira de piel, empleando los extremos de dos astas para emitir el sonido. Estos instrumentos aparecen con frecuencia en las láminas de los libros prehispánicos, sólo que en México ya han llegado prácticamente a desaparecer. Fuera de Juchitán, sólo se sabe de dos casos en donde existe este tipo de instrumento: entre los mayas de Yucatán y los tzeltales de Chiapas.[23]

A pesar de ser tan modesto, este tipo de música ha logrado tener su máximo intérprete, un músico ciego de ochenta años de edad proveniente de Juchitán, Cenobio López Lena, quien ha adquirido gran fama en toda la región, no únicamente por su extraordinaria virtud para tocar la flauta, sino también por ser un excelente compositor de sones, muchos de los cuales llevan nombres de animales que imitan el canto de los pájaros, el ulular de una bandada de papagayos y del ave acuática nocturna conocida como *bere le:lè*. A continuación aparece una lista de algunos de los sones que el anciano Cenobio acostumbra tocar, cada uno interpretado para alguna ocasión en especial:

son caña dulce, especial para fiestas eclesiásticas y desfiles florales.
son tirada de fruta, para ser tocado únicamente en las ceremonias de la tirada de frutas.
son telayú, canción de la aurora, la cual se toca al amanecer del día de la fiesta.

[23] Starr, 1900.

son peje espada, canción del pez espada, melodía de los tarrayeros, los pescadores que arrojan sus redes para capturar gente en los festivales florales.

son be'ñe, canción del cocodrilo, especial para la fiesta de los pescadores.

son be'žè, canción del jaguar; se tocaba en la fiesta del Jaguar de Bixana, un barrio de Tehuantepec, para acompañar la danza con un jaguar relleno.

son bere le:lè, una pieza extraordinaria compuesta por Cenobio exclusivamente por el mero placer de escucharlo, en donde imita el canto del pájaro que lleva el mismo nombre.

son cotorrera, melodía también de Cenobio, onomatopéyica de una bandada de papagayos.

son canario, composición de Cenobio en la que imita el canto de un canario.

son bučačí re:za, canción de la iguana trastornada, título cómico otorgado por Cenobio tan sólo por el hecho de parecerle simpático.

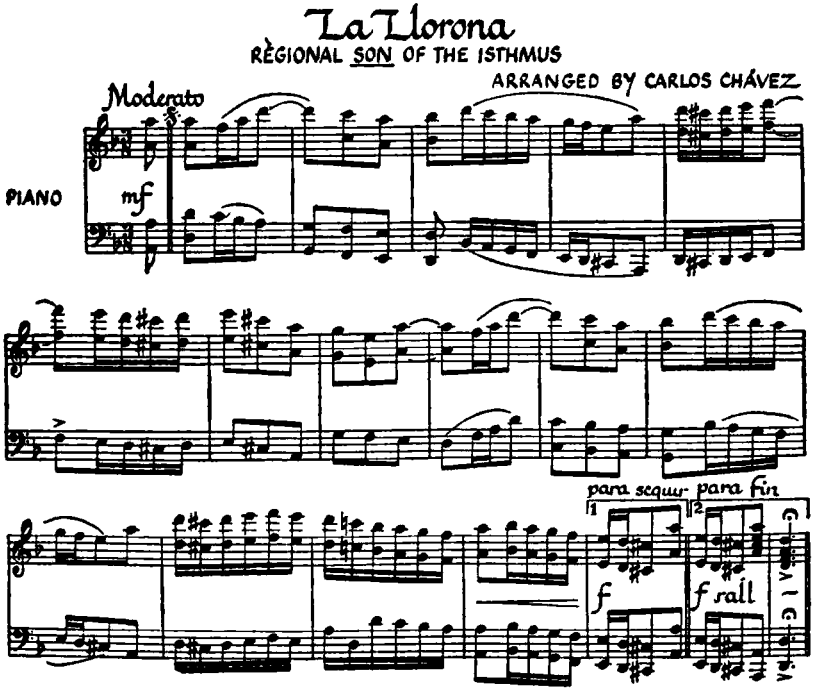
Cada poblado, por muy pequeño que sea, cuenta con una murga, cuyos miembros ocupan un sitio un tanto preponderante en la comunidad. Las ciudades más grandes como Tehuantepec, Juchitán e Ixtepec, tienen cuando menos una docena de grupos musicales, murgas tradicionales o marimbas modernas capaces de entonar lo último en *danzones* y en música popular moderna Cabe citar que la reputación de la marimba viaja por toda la región, siendo motivo de orgullo para la ciudad de donde proviene. En los principales grupos de marimba predomina un gran espíritu de competencia y esto mismo les ayuda a mantener la misma calidad en sus interpretaciones. El tema de debate predilecto entre la juventud de los pueblos zapotecas es la popularidad y los méritos de esta o de aquella orquesta, e inclusive el éxito o fracaso de un baile puede depender de la elección de los anfitriones de la marimba que habrá de amenizar el baile.

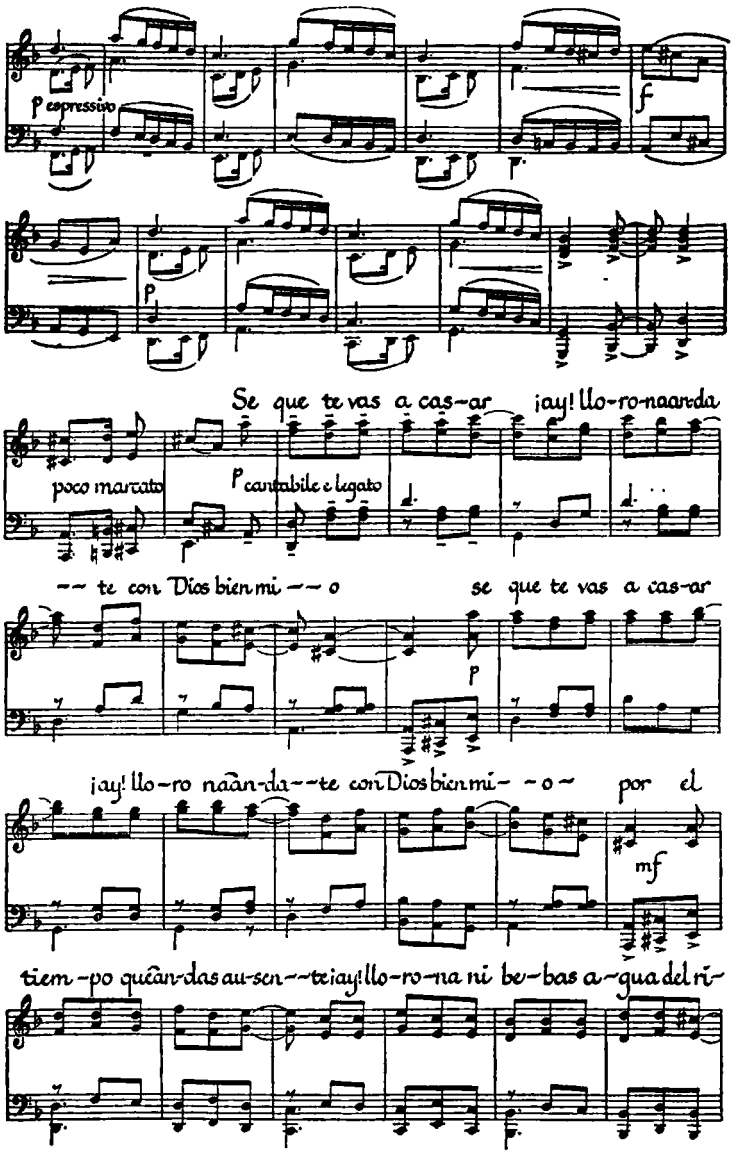
El grupo musical tradicional, compuesto de clarinetes, trompetas, trombones y una tuba, ha sido característico del Istmo desde tiempos muy remotos, a juzgar por las orquestaciones del

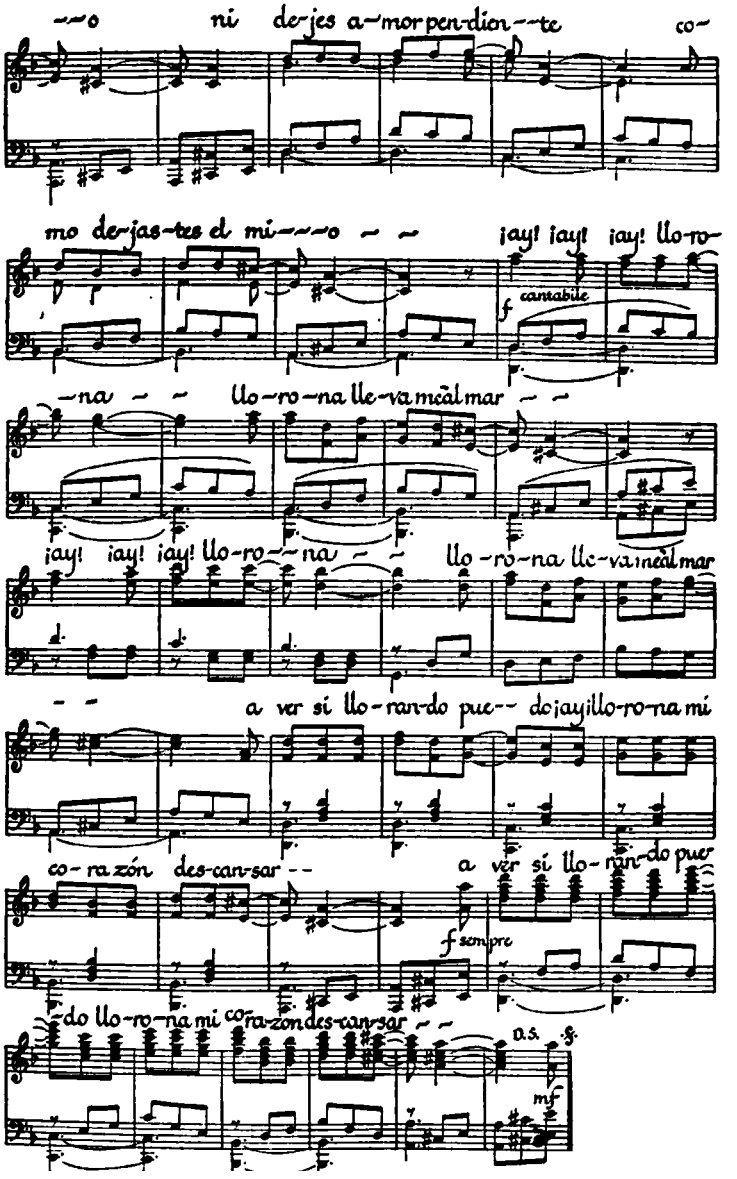
siglo XVIII que constantemente tocaban en las ceremonias eclesiásticas. Sin embargo, la marimba, traída quizá del Africa vía Guatemala y Chiapas, ha llegado a convertirse en los últimos años en una parte intrínseca del Istmo, relegando así a las murgas a un segundo término por considerarlas ya como orquestas ceremoniales antiguas. Una marimba consta de dos xilófonos, uno mayor que el otro, con placas graduadas de madera dura, que varían para dar desde los tonos vibrantes más graves de tres pies hasta los tonos más agudos para el *staccato*. Las placas van disminuyendo hasta tener una longitud de seis pulgadas y cada una de ellas cuenta con su resonador correspondiente de madera delgada, cuya forma semeja a una lágrima angular. Dichas placas están montadas sobre marcos trapeciales apoyados sobre una pata muy delgada que llega a la altura de la cintura y las tocan seis o siete músicos, quienes tocan las notas valiéndose de varillas largas con punta de goma. Una marimba tiene una variedad limitada de texturas de sonidos, de modo que para tocar la música moderna para bailar es preciso que esté acompañada de un saxofón, una trompeta y un par de redoblantes. Al igual que la mayoría de los jóvenes de hoy en día, los músicos de marimba tienen una actitud innata para el ritmo contemporáneo y un sentimiento muy especial para el éxtasis del jazz, lo cual resulta sorprendente en el remoto y aislado Istmo.

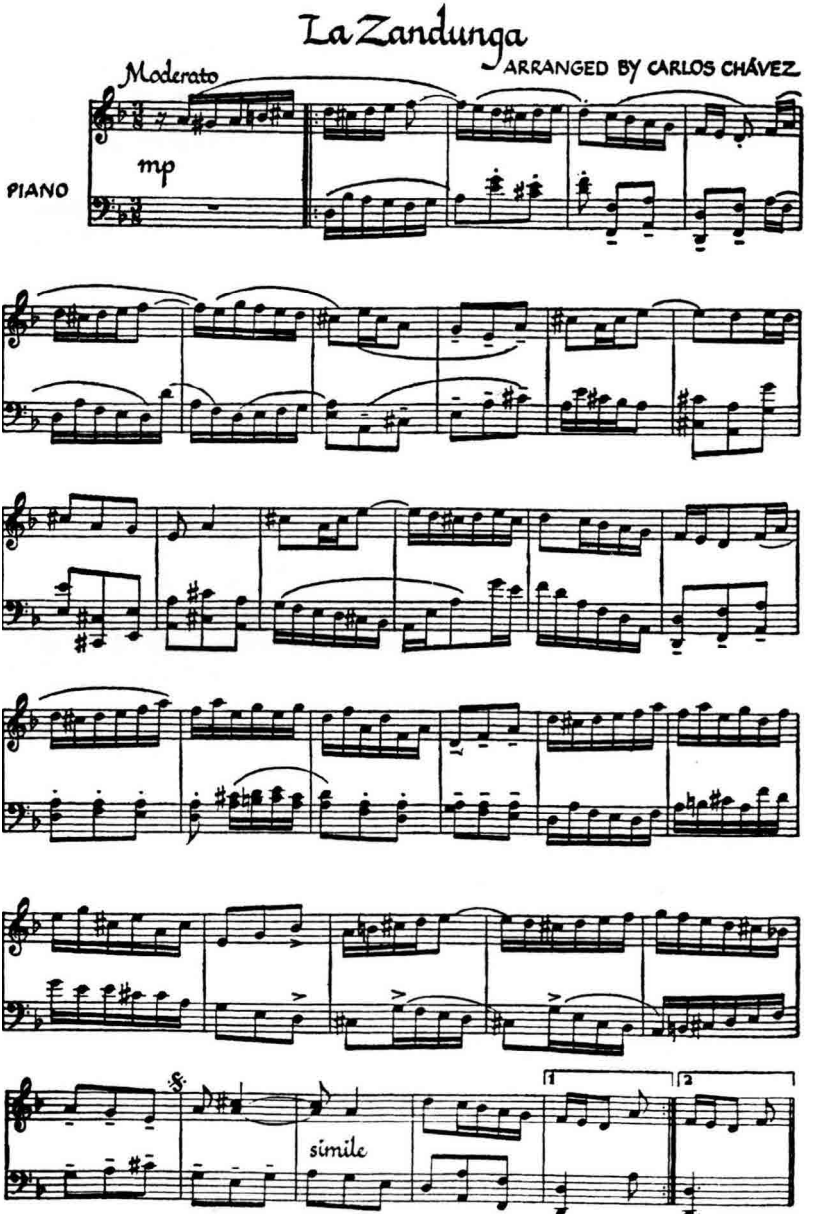
La música que más se escucha es el jazz y los populares danzones, con un tango o vals ocasional, sólo que la marimba es el instrumento ideal para interpretar la música tan alegre y característica de la región: los sones (que es la música con la que se inicia y se cierra cada baile). El *son* es, sin duda alguna, semejante a los valses españoles del siglo XIX, interpretados en la forma tan característica de la región, con una orquestación de una ruda magnificencia y de un gran colorido, que le da a la música un sello muy peculiar e individual. Dos de estos sones han cobrado suma importancia y se han convertido en los himnos de los dos centros culturales: *La Zandunga*, la canción de Tehuantepec y *La Llorona* de Juchitán. En un principio tratamos de que aquellos músicos zapotecas que supieran leer las

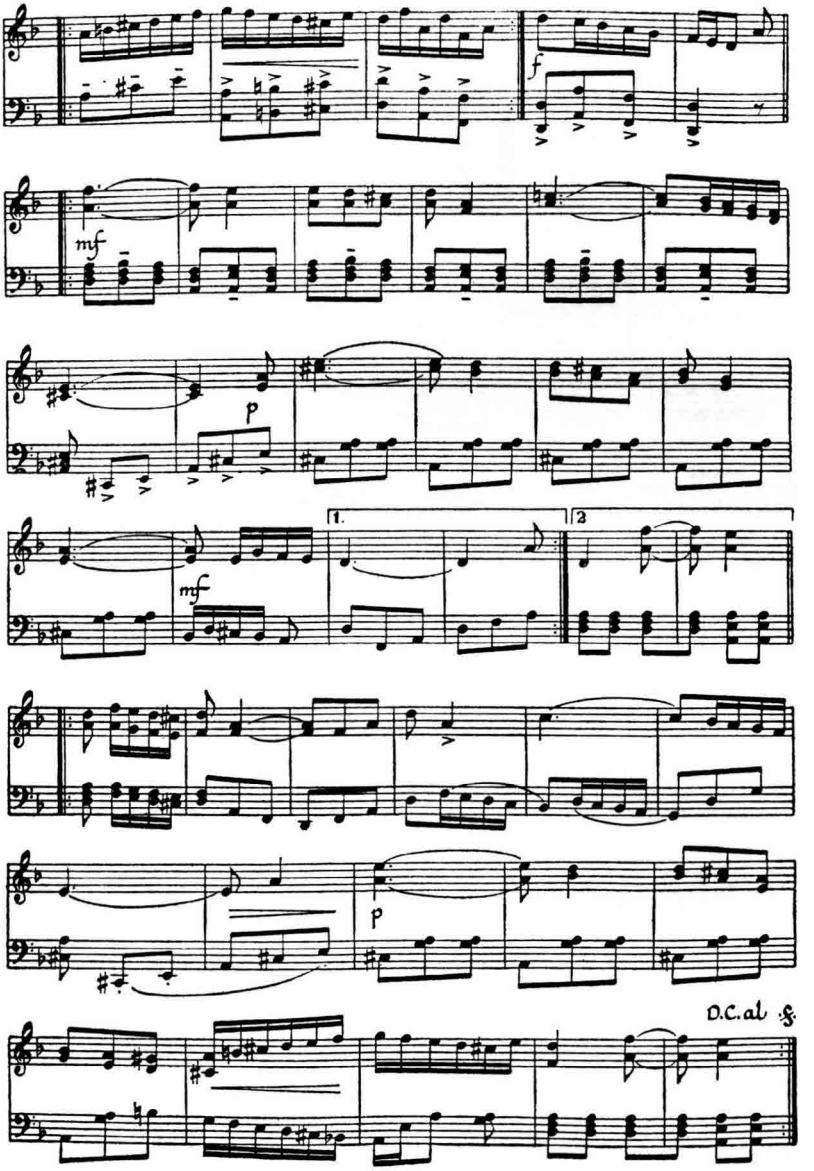
notas nos pusieran estos sones por escrito, sólo que el resultado fue muy desconsolador, ya que se perdía esa delicada melancolía y las grandes improvisaciones que tanto elogiábamos en las versiones orquestales de la región. En lugar de ello nos fueron presentados sones al ritmo del *umpa-pa*, en donde las melodías eran hasta cierto punto reconocibles, pero carecían completamente del estilo y de los rasgos peculiares de los originales. Nuestro amigo, el compositor mexicano Carlos Chávez, ampliamente familiarizado con la música del Istmo, llegó en tiempo muy oportuno y amablemente compuso los arreglos respectivos a estas canciones para transportar el espíritu de las orquestaciones al bello instrumento del piano:

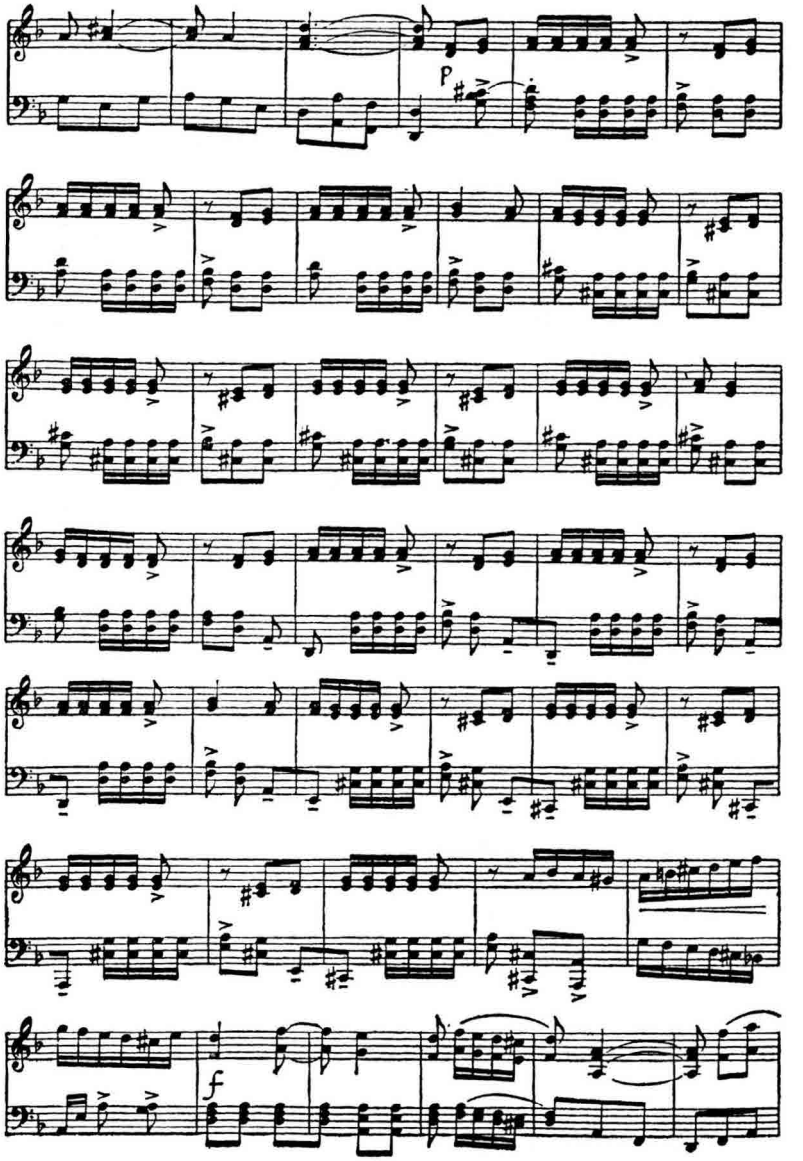


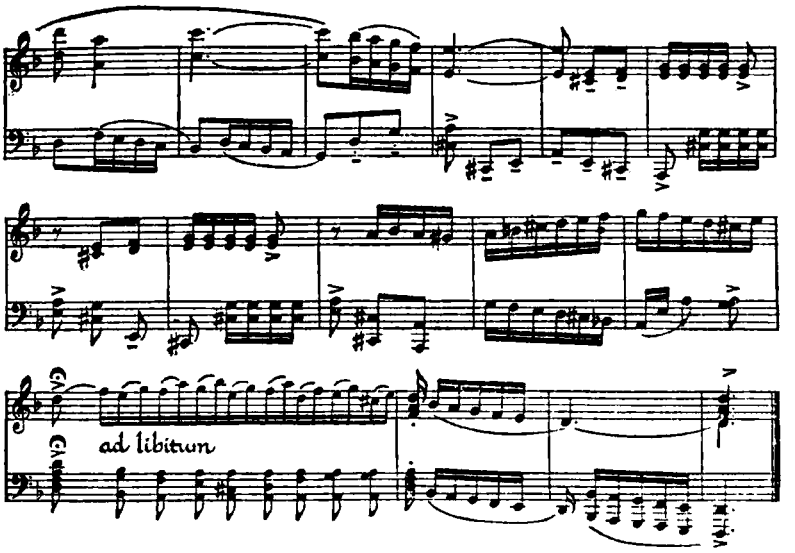

p espressivo
f
p
Se que te vas a cas-ar ¡ay! llo-ro-naar-da
poco marcato
p cantabile e legato
-- te con Dios bien mi -- o se que te vas a cas-ar
p
¡ay! llo-ro naân-da -- te con Dios bien mi - - o - por el
mf
tiem-po quân-das au-sen--te ¡ay! llo-ro-na ni be-bas a-gua del ri-


–o ni de-jes a-mor pen-dien--te co-
mo der-jas-tes el mi---o ¡ay! ¡ay! ¡ay! llo-ro-
cantabile
–na llo-ro-na lle-va mēal mar
¡ay! ¡ay! ¡ay! llo-ro-na llo-ro-na lle-va mēal mar
a ver si llo-ran-do pue-- do ¡ay! llo-ro-na mi
co-ra zón des-can-sar a ver si llo-ran-do pue
sempre
-do llo-ro-na mi co-ra-zon des-can-sar
D.S.
mf


La Zandunga
ARRANGED BY CARLOS CHÁVEZ
Moderato
mp
PIANO
simile
1
2


f
mf
p
mf
1.
2
p
D.C. al 𝄋


p
f



LA LLORONA

Sé que te vas a casa ¡ay Llorona!
anda con Dios bien mío
por el tiempo que andé [sic] ausente ¡ay Llorona!
no bebas aguas del río
ni dejes amor pendiente ¡ay Llorona!
como dejaste al mío.

¡Ay Llorona, Llorona!
Llorona llévame al mar
a ver si llorando puedo ¡ay Llorona!
mi corazón descansar.

De las arcas de la fuente ¡ay Llorona!
corre el agua sin cesar;
al compás de su corriente ¡ay Llorona!
mi amor empezó a nadar,
triste quejaba [sic] y ausente ¡ay Llorona!
sin poderlo remediar.

¡Ay de mí, Llorona!
Llorona de cuando en cuando,
sólo que la mar se seque ¡ay Llorona!
nos seguiremos bañando.

De las arcas de la fuente, ¡ay Llorona!
corre el agua y nace flor;
si preguntan quién canta ¡ay Llorona!
les dices que un desertor,
que viene de la campaña ¡ay Llorona!
en busca de su amor.

¡Ay de mí, Llorona!
llorona sí que no;
la luz que me alumbraba ¡ay Llorona!
en tinieblas me dejó.

LA ZANDUNGA

Zandunga mandé a tocar ¡ay mamá por Dios!
En la batalla de flores, cielo de mi corazón.
Ahora quiero recordar ¡ay mamá por Dios!
Trigueña, nuestros amores, cielo de mi corazón.

¡Ay Zandunga! qué Zandunga
de oro, mamá por Dios,
Zandunga que por tí lloro,
prenda de mi corazón.

Una lechuga en el campo, ¡ay mamá por Dios!
con el rocío reverdece, cielo de mi corazón;
un amor grande perdí, ¡ay mamá por Dios!
pero qué cuidado es ese, cielo de mi corazón.

¡Ay Zandunga! qué Zandunga
de plata, mamá por Dios,
Zandunga tu amor me mata,
cielo de mi corazón.

Por vida suya señores, ¡ay mamá por Dios!
no murmuren del que canta, cielo de mi corazón.
por el polvo del camino, ¡ay mamá por Dios!
traigo seca la garganta, cielo de mi corazón.

¡Ay Zandunga! que Zandunga
de Solís, mamá por Dios,
Zandunga eres de Ortíz,
cielo de mi corazón.

China de los ojos negros, ¡ay mamá por Dios!
labios de coral partido, cielo de mi corazón,
dame un abrazo mi amor, ¡ay mamá por Dios!
para quedarme dormido, cielo de mi corazón.

¡Ay Zandunga!...

Si alguno te preguntara, ¡ay mamá por Dios!
si mi amor te satisface, cielo de mi corazón,
no le dés razón a nadie, ¡ay mamá por Dios!
cada uno sabe lo que hace, cielo de mi corazón.

¡Ay Zandunga!...

Si alguno flores te compra, ¡ay mamá por Dios!
del jardín dile que no, cielo de mi corazón.
Las flores no están en venta, ¡ay mamá por Dios!
y el jardinero soy yo, cielo de mi corazón.

¡Ay Zandunga!...

Si por que te quiero quieres ¡ay mamá por Dios!
que yo la muerte reciba, cielo de mi corazón,
que se haga tu voluntad, ¡ay mamá por Dios!
moriré para que otro viva, cielo de mi corazón.

¡Ay Zandunga!...

Yo soy el negrito feo, ¡ay mamá por Dios!
muy feo pero cariñoso, cielo de mi corazón,
soy como el chile del monte, ¡ay mamá por Dios!
picante pero sabroso, cielo de mi corazón.

¡Ay Zandunga!...

En una mesa te puse ¡ay mamá por Dios!
un verde limón con hojas, cielo de mi corazón,
si me arrimo, te retiras, ¡ay mamá por Dios!
si me retiro te enojas, cielo de mi corazón.

¡Ay Zandunga!...

Dices que la causa fui, ¡ay mamá por Dios!
yo no fui causa ninguna, cielo de mi corazón,
quien se busca el mal por sí, ¡ay mamá por Dios!
que se queje a su fortuna, cielo de mi corazón.

¡Ay Zandunga!...

Viva el sol, viva la luna, ¡ay mamá por Dios!
vivan todas las estrellas, cielo de mi corazón,
viva también mi negrita, ¡ay mamá por Dios!
que se encuentra entre ellas, cielo de mi corazón.

¡Ay Zandunga!...

Ya me voy a despedir, ¡ay mamá por Dios!
rebanando una manzana, cielo de mi corazón,
ya los vine a divertir, ¡ay mamá por Dios!
nos vemos hasta mañana, cielo de mi corazón.

En ningún otro sitio de México se observa tan intensa actividad social entre la gente rural como en el área de Tehuantepec. El calendario festivo está pleno de celebraciones, tanto religiosas como populares y es difícil que haya una semana en la que no se celebre la fiesta o el baile del pueblo. Los tehuanos son amantes del baile, dando muestras de su gran habilidad en los bailes modernos de salón. En un principio temía bailar con aquellas bellezas descalzas por temor a pisarlas, pero pronto me di cuenta de que estaban dotadas de una gran sensibilidad para seguir el paso de su pareja, aún cuando se tratase de un mal bailarín, de modo que era imposible pisarlas. Los bailes se celebran cada domingo por la noche en la plaza principal de las grandes ciudades, acompañados por la música de la marimba, cuyo costo se cubre mediante una colecta pública hecha entre los participantes del sexo masculino. En Ixtepec es costumbre que cada domingo por la noche las autoridades mlitares presten el salón de baile del cuartel a la juventud del pueblo invitándolos a bailar con la mejor música de la región. Tal es su amor al baile que aún en los años críticos de la Revolución los bailes se celebraban ininterrumpidamente, sólo que se llevaban a cabo en la tarde para no regresar a casa a altas horas de la noche y evitar así el ser atacados por un grupo de bandidos.

La calma suele reinar en los pueblos después de las nueve de la noche y todo mundo se encuentra en sus hogares para irse a descansar inmediatamente después, a excepción de varios grupos de jóvenes quienes acostumbran sentarse en la banca de un parque o al pie de la puerta de entrada de sus hogares con un par de guitarras, para cantar y charlar hasta altas horas de la noche. Llegada cierta hora, acostumbran visitar a sus prometidas para llevarles serenata desde la calle al pie de su balcón. Sin embargo, en noches de fiesta, nadie descansa e inclusive las ancianas y los niños permanecen despiertos hasta que el baile llega a su fin, durante las primeras horas de la madrugada. Los vendedores de alimentos y refrescos ponen sus puestos y poco a poco van formándose grupos alrededor de los faroles para alegrar aún más las calles en esa noche de gran fiesta.

La vida social de las mujeres continúa ininterrumpidamente durante el día al reunirse con otras mujeres en el río, el mercado, la iglesia e inclusive el cementerio, al visitar a otras amistades por la tarde, al concluir los quehaceres del hogar, para charlar en forma informal y para disfrutar de una taza de chocolate. Las actividades de los hombres suelen ser más metódicas y agobiantes, disponiendo tan sólo de muy poco tiempo para distraerse, como no sea en la noche, momento en que se reúnen con otros amigos en la plaza del pueblo o bien en el billar o la cantina. Sin embargo, en los últimos años se han ido creando centros deportivos y centros laborales y políticos que han limitado notablemente la asistencia a las cantinas, de allí que la juventud de hoy en día dedique los domingos para jugar fútbol, béisbol o básquetbol, en lugar de asistir a la iglesia o emborracharse.

El pueblo de Tehuantepec es un verdadero amante de la naturaleza y lo demuestra en su afición por los días de campo en sus paseos a las selváticas labores, o en los largos trayectos que deben emprender para encontarse con sitios dotados de una gran hermosura, como lo son los manantiales naturales de Laollaga o Tlacotepec. En una ocasión fui invitado a un día de campo a la labor de un amigo. Las mujeres prepararon con entusiasmo casi infantil grandes canastos de alimentos; los hombres se encargaron de llevar sus guitarras y machetes. La noche anterior a nuestro viaje descansamos sobre una cama suave de caña de azúcar triturada, el bagazo de los ingenios azucareros, para emprender nuestro trayecto al alba en las ruidosas carretas, disfrutando del rocío de la mañana y recorriendo un camino ensombrecido por hojas de palma. Al llegar al sitio deseado descansamos bajo la sombra de un enorme y frondoso árbol de mango a orillas del río. Las mujeres hicieron una fogata mientras los hombres entonaban canciones al son de la guitarra o iban en busca de cocos verdes, papayas y plátanos. Una vez encendido el fuego frieron carne seca, pescado y camarones y calentaron los totopos sobre las brasas. Disfrutamos enormemente de la comida, acompañándola con queso, un mango e inclusive un postre de plátano cubierto con leche de coco. Después de la

comida descansamos un rato a orillas del río, esperando la llegada del atardecer, para poner todas las cosas nuevamente en la carreta y disponernos a emprender nuestro viaje de regreso a casa en la obscuridad de la noche.

X

EL PUEBLO: (3) LA FAMILIA ZAPOTECA

La vida sexual de los zapotecas del Istmo es tan sencilla como su modo habitual de vida y tan abierto como su carácter. Las relaciones entre ambos sexos son naturales y desinhibidas, carentes de ese carisma puritano sobre el sexo que tanto caracteriza a los indígenas de las altiplanicies y de ese concepto feudal español que coloca a la mujer en un plano inferior al hombre y que tanto predomina en otras regiones de México. A excepción del convencionalismo que prevalece en las clases superiores de las grandes ciudades del Istmo, el sexo no representa un tabú misterioso que tanto agobia a las comunidades provincianas, conservadoras y profundamente religiosas de la planicie mexicana. Los niños crecen con un amplio conocimiento en lo que respecta a materia sexual; las mujeres, sin importar su edad, están acostumbradas a trabajar desde la niñez, y van a todos lados sin que nadie las acompañe, dependiendo únicamente de su propia iniciativa y fortaleza para hacer frente a cualquier urgencia. En una ocasión preguntamos a una joven que debía regresar a casa sola, a altas horas de la noche, debiendo para ello recorrer un camino demasiado solitario, si no tenía temor alguno por el hecho de ser acosada. ¡Su respuesta fue insólita ya que contestó que había suficientes rocas en el camino como para saber defenderse contra cualquiera que se atreviese a atacarla!

El desparpajo de la mujer zapoteca, su arraigada costumbre de emplear el vocabulario soez con la mayor naturalidad

y su independencia social y económica la coloca en un nivel semejante al del hombre, dotándola de una confianza en sí misma sorprendente en México. Sin embargo, las tehuanas son románticas y apasionadas, capaces de doblegarse ante la voluntad del hombre a quien aman, tan sólo por temor a perderlo. A excepción de la clase alta, no se muestran demasiado exigentes en cuanto a la legitimidad del matrimonio, de ahí que la unión libre sea vista como algo natural. A esta unión se le denomina *ti'iži ga'* o "matrimonio tras la puerta" y no existe misterio alguno o tabú social que vaya en contra de éste. En caso de haber hijos como resultado de dicha unión y en caso de que el hombre abandonase a la mujer, los hijos quedarían registrados oficialmente bajo el nombre de la madre. Tras una larga ausencia de Tehuantepec, se nos dijo que una joven a quien habíamos conocido muchos años atrás había tenido un hijo de un obrero cuya estadía pasajera culminaría al terminar un proyecto de ingeniería. La viejecilla que nos confió la noticia nos relató la aventura de la joven como si se regocijase de ello, aunque sin mostrar la menor malicia, como si se tratase de algo de lo más natural del mundo e inclusive de una broma, quizá, para la joven. No pasó mucho tiempo sin que la joven nos visitase con su madre, llevando consigo unos cocos para dárnoslos como obsequio, mostrándonos al bebé que llevaba en brazos para que lo conociésemos. No parecía sentirse avergonzada por ello, ni siquiera tenía la menor intención de disculparse por lo que ella pudiere considerar como resultado natural de un error cometido y su madre parecía estar sumamente orgullosa de su hija.

La actitud de los hombres en cuanto a matrimonio se refiere es aquélla que se le atribuiría a cualquier sociedad compleja y heterogénea. El campesino ve en el matrimonio una forma de lograr una vida estable, el modo de formar un hogar y el medio eficaz para asegurar el bienestar de su vejez. El hombre de la ciudad hace el amor como mero pasatiempo y rara vez llega a establecerse y a contraer nupcias. Huelga agregar que la vida marital de ambos grupos está sujeta a su estrato económico y social, de ahí que ambos difieran considerablemente. En el Ist-

mo existe un principio, cuya herencia data de la época feudal, que la infidelidad es la prerrogativa del hombre mientras que en la mujer casada la infidelidad es la mayor ofensa que pueda manchar el honor del esposo y que sólo puede ser enmendado con un derramamiento de sangre.

Hay poblados como Ixtepec, Juchitán y Tehuantepec, en los que predomina una población pasajera, ya que hay un gran número de vendedores, ingenieros, comerciantes, soldados, políticos y obreros que trabajan en el ferrocarril, en el campo y en las carreteras que van y vienen constantemente y que por ello la prostitución se ha extendido cada vez aún más. Los famosos baños "dobles" de Tehuantepec son ampliamente conocidos en todo México, aquellos baños de antaño construidos en los huertos de los linderos del pueblo, creados especialmente para ser compartidos con una joven mediante el pago de una suma determinada. La prostitución de hoy en día que ahí predomina se desarrolla en forma secreta y desorganizada. Hay hechiceras ancianas que se encargan de llevar al forastero que va de paso por estos pueblos por calles obscuras para ofrecer y obtener dinero a cambio de las atenciones de las jóvenes quienes habrán de reunirse con el forastero en secreto. La mayoría de las veces no es más que un truco para despojar al inocente de unos cuantos pesos, pagados por adelantado, para una cita que jamás llegará a ser realidad.

Por lo general, la vida sexual del Istmo, por muy intensa que sea, es muy simple y abierta. Dichas relaciones carecen de todo refinamiento y distan mucho de ser platónicas, mas el amor es tempestivo y pasajero. El cortejo es una combinación de románticas serenatas y de citas efímeras rumbo al mercado y en el río o de pláticas formales en los bailes, en el juego del estire y afloje y en una acción más directa, si la joven lo permite. Los jóvenes suelen halagar a la joven que les atrae con expresiones de cariño, tales como *shunku skarú* (¡niña hermosa!) o *biižì gáade na ti' bišidu* (dame un beso), que la joven naturalmente tiende a ignorar por muy halagada que se sienta. Las declaraciones de amor varían desde un simple *naziú naalá naa-*

nazéli (si me quiere yo te amaré) a aquellas expresiones ardientes y poéticas en extremo como *nažie'lì ma'ke besalu'á peru ma' nažié' besalu'á kelì pur ti nganga ruyálì'* (te amo más que a mis ojos, pero amo a mis ojos más que a nada porque ellos me permiten verte) o *dežĭ' bialì raabé laži'duà' diuzi gutí' naá paná kigi šaga' nayáa lì* (desde que puse mis ojos en tí por primera vez le dije a mi corazón: que Dios me castigue si no hemos de amarnos!).

Las tehuanas desconocen los medios para el control de la natalidad, pero hay curanderas que preparan brebajes abortivos. Las técnicas para el amor son semejantes a las técnicas usuales y universales, ajenas a todo rebuscamiento, por lo tanto no requieren explicación alguna. Los ideales en materia de estética se ven en gran parte distorsionados por las ideas citadinas y el concepto mexicano general de una niña "prendida", que aparecen en las portadas de las películas, reflejan la idea que ellas tienen de la belleza. Puesto que este tipo de mujer es escaso en comunidades primordialmente indígenas, el hombre se conforma con que la mujer tenga una piel tersa y rasgos caucásicos. Sin embargo, los hombres que no se han dejado influenciar por la ideología citadina pueden apreciar realmente la belleza de la mujer de esta región: la personalidad, unos ojos hermosos y una figura bien proporcionada son factores que hacen que la mujer sea más atractiva ante los ojos del hombre. La mujer es menos exigente en cuanto al tipo del hombre que les agrada; basta con que el hombre tenga una buena apariencia física, un porte masculino y esa personalidad tan picaresca que tanto le caracteriza, para que la mujer se sienta verdaderamente atraída. Cabe mencionar, aunque parezca sorprendente, que la vellosidad es un rasgo deseable, puesto que ello indica que la persona tiene "clase", quizás porque una de las características indígenas es tener muy poco pelo en el cuerpo. No puede haber mayor insulto para la mujer que el criticarla por tener muy poco vello púbico.

El parto

Las mujeres zapotecas, fuertes y bien desarrolladas por naturaleza, tienen a sus hijos con una gran facilidad. Como ejemplo de ello se nos citó el caso de una joven de Juchitán cuyo embarazo había pasado desapercibido aun por los miembros de su familia, sin duda alguna debido a la amplitud de su vestido regional. Fue a una fiesta y bailó toda la noche, tal vez en su afán de precipitar prematuramente el nacimiento de su hijo para el día siguiente, con la ayuda, algo casi inesperado, de su madre y de la hermana de la misma. No pudieron ocultar la verdad a su padre y él, empuñando un machete, corrió tras la joven por toda la casa. A pesar de su condición, la joven logró huir hasta encontrar refugio en la casa de una amiga. Ni la madre ni el hijo sufrieron daño alguno.

El hecho de estar embarazada no representa un mayor tabú para la mujer zapoteca, mientras tenga la precaución, en caso de haber un eclípse, de colocar una llave o algún objeto de hierro en su cinturón para evitar que el niño nazca con labio leporino.

La futura madre deberá visitar a la partera tres o cuatro meses antes del nacimiento de su hijo para que ésta le dé un masaje con el objeto de colocar al niño correctamente, debiendo consultarla nuevamente al séptimo mes de embarazo para someterse a una "revisión" y para que le dé las debidas instrucciones que habrá de seguir. Las mujeres de Tehuantepec afirman que una primeriza suele dar a luz más rápidamente que una mujer que ya ha tenido niños anteriormente: a los ocho meses y unos cuantos días, en lugar de los nueve meses completos. La partera se encarga de dar a la futura madre una lista de medicinas y utensilios que habrá de adquirir: alcohol, aceite de olivo, miel, algodón y gasas, recipientes nuevos para hervir agua, un par de tijeras nuevas, velas de sebo y parafina, una botella de peróxido, petróleo para el quinqué votivo del santo, una yerba aromática conocida como *alucema*, petates nuevos y una olla con tapadera para depositar el cordón umbilical y la placenta.

Llegado el momento del parto, se manda llamar a la partera, se colocan los doce recipientes para que hierva el agua y se le da a la futura madre una bebida caliente: café, té o una infusión de hierbas conocida como Santa María para calmar los dolores, mientras se le da masaje a su abdomen con un remedio de *alucema*. La partera permanece cerca de la futura madre esperando a que se presenten los signos, tales como un ascenso en la temperatura, lo cual indicará que el bebé no tardará en nacer. En caso de haber una demora en el nacimiento, se encienden velas a San Ramón Donato, el santo obstetra y a la Virgen de Monserrat, "cuyo hijo nació a través de su vientre".

Por último, se sienta a la futura madre, completamente vestida, sobre un nuevo petate, su esposo habrá de sujetarla por la espalda mientras la partera la ayuda a traer a su hijo al mundo. Le habla constantemente a la paciente motivándola a que colabore, dándole instrucciones e infundiéndole valor. Tras el nacimiento del niño, se corta el cordón umbilical con las nuevas tijeras, en ocasiones previamente hervidas, para atar con firmeza el extremo del cordón con hilo. Posteriormente se le da a la paciente un huevo crudo o se le pone su propio pelo en la boca para hacerla vomitar de modo que pueda arrojar la placenta, la cual habrá de caer sobre un recipiente de madera. Después se faja el abdomen de la madre con gran firmeza para sujetar las caderas, colocando una bola de tela blanca, conocida como *muñeco*, bajo las vendas, poniéndolo sobre su abdomen para evitar que "la matriz salga fuera de su lugar". El niño con un "velo" (*telagiée*) es considerado como una persona muy afortunada y si dicho velo tiene la forma de una flor a éste se le conserva como poderoso amuleto. Las parteras ambicionan dicho velo, ya que se supone que éste habrá de atraer nuevos clientes, a los cuales habrá de vigilar para que no lo roben. La placenta y el cordón umbilical son arrojados a un reciente pequeño de barro con tapadera o bien se coloca en dos platos de barro, para enterrarlos posteriormente en el dormitorio o en el patio. El cordón umbilical tiene un nombre muy significativo en zapoteco: *do'yoò* (cordón del hogar).

Al bebé se le lava y se le limpia con aceite de olivo, limpiando sus ojos con una gota de jugo de lima. Se le desata el ombligo, quemando la punta con una vela de cebo, dejando que gotee el cebo fundido sobre el ombligo, para atarlo nuevamente tiempo después. Se envuelve al niño como una momia y se le pone en su cama. Se le alimenta el primer día empleando un cojín de tela mojado en una mezcla de aceite de olivo y miel para "limpiar su estómago" y no se le da el pecho hasta el segundo día del nacimiento.

Mientras tanto, el nuevo padre se encarga de recibir a las amistades y parientes, llevando consigo obsequios de totopos, queso, pan, jabón, talco, etc., motivo por el cual el padre tendrá que corresponder ofreciéndoles mezcal y chocolate a los abrazos calurosos en señal de felicitación. Tanto a la madre como a la partera se les ofrece una taza reconfortante de caldo de pollo. La cena de la madre consta de dos tortillas y del corazón, hígado y órganos sexuales de una gallina.

La partera regresa diariamente durante siete días a la casa de la madre para "calentarla" y para curar el ombligo del bebé. Recibirá de cuatro a veinte pesos por la labor desarrollada, tomando en consideración el esfuerzo que haya dedicado a la hora del parto y, naturalmente, la posición económica de la familia. Es así como culmina la ceremonia del nacimiento, quedando pendiente únicamente la visita que la madre habrá de hacer a la Iglesia pasada la cuarentena del nacimiento del bebé, para llevarle al santo una vela como ofrenda.

Las ceremonias que se celebran conforme al crecimiento de un niño de Tehuantepec son las mismas que se observan en todo el México católico. Al niño se le bautiza en la forma ordinaria, con grandes festejos y fuegos artificiales, tras de haber elegido a una madrina y a un padrino entre las amistades más próximas de los padres, quienes de ahí en adelante se comprometerán a actuar como sustitutos del padre y de la madre del niño, en caso de que éstos falleciesen o estuviesen en algún modo incapacitado para hacerse cargo del niño. Independientemente del gasto que esto implica, el ser elegido padrino o madrina no sólo representa un gran honor, sino que también convierte a aquéllos que par-

ticipan en dicha ceremonia en compadres y comadres, un tipo de parentesco semejante al del hermano o hermana de leche, considerado con frecuencia como un parentesco más estrecho que el nexo sanguíneo. En Tehuantepec, más que en ningún otro sitio, se tiende a tomar más conciencia de la responsabilidad que implica el ser padrino de un niño, en lo que a su cuidado y crianza se refiere. Tiempo después de haber sido bautizado, se lleva al niño ante un sacerdote, en caso de haber uno, para ser "confirmado"; esto significa que el nombre del niño será bendito para reiterar su fe en la Iglesia Católica.

A semejanza de todas las provincias humildes, los niños se acostumbran a cambiar de familia llegado el momento del destete, al cumplir quizás los nueve meses o el año de edad. Hay niños a los que no se les desteta sino hasta los dos o tres años de edad, pero a éstos se les considera como niños consentidos y que, por ello, habrán de crecer en forma enfermiza. De ahí en adelante, la crianza de los niños pasará a ser responsabilidad de los niños mayores. Desde muy temprana edad las niñas aprenden a cargar y a cuidar a los bebés, mismos que crecen en forma despreocupada, libres de una disciplina extrema por parte de los padres. Los niños hacen lo que les gusta, permaneciendo fuera del hogar durante todo el día para jugar con sus amigos, y se meten a la cama tan pronto se sienten cansados. Casi siempre están completamente desnudos hasta cumplir los diez años de edad. Por el contrario, las niños son muy dóciles y permanecen al lado de la madre, aprendiendo a desarrollar los quehaceres del hogar. Las niñas no usan más que un par de calzoncitos rojos diminutos para andar en la casa, pero cuando se trata de salir se visten con todo el atuendo de un adulto. Existe una costumbre muy simpática cuando un niño pierde un diente de leche; el niño tendrá que lanzar el diente que se le cayó al techo de la casa mientras recita lo siguiente: "ratoncito, ratoncito, yo te doy mi diente pero dame uno de los tuyos".

Los juegos de los niños del Istmo son similares a los juegos infantiles de todo el mundo. Las niñas juegan con muñecas hechas con retazos de tela o talladas en madera, simulando la efigie más primitiva de la especie humana tallada amablemente

por un padre cariñoso, tomando un pedazo de madera inservible. Los niños acostumbran a jugar los juegos tradicionales hispanomexicanos, además de aquéllos tomados de su propia inventiva. Los juegos característicos del Istmo, juegos que resultan ser muy comunes entre los niños de los Estados Unidos, son el juego de la tapa y el del "botón, botón, quién tiene el botón" conocido por los niños zapotecos como *gié gœyo* (cinco pétalos) y el juego de *štopa gié* (encuentra el pétalo).[1] El primero de ellos, un juego de manos, consiste en coger a uno de los cuatro pétalos que están en el suelo, mientras se lanza un quinto pétalo al aire con la misma mano para cacharlo después y continuar así hasta haber recogido los cuatro pétalos. El que termine primero será el ganador. Posteriormente los jugadores recogerán dos pétalos, después tres y, por último, los cuatro pétalos juntos, al mismo tiempo en que se lanza el quinto al aire. Para jugar el *štopa gié* se agrupan varios niños sentados en el suelo, formando todos una fila, mientras uno de ellos se aparta un poco de los demás. Todos los niños esconden sus manos atrás, pero uno de ellos tiene un pétalo. Alguien debe gritar: "la piedra está lista" y el niño que se encuentra apartado de la fila dice: "*dané na gié lì*" (dame la piedra). Si logra adivinar correctamente, éste pasa a tomar el lugar del niño que tenía la piedra; de no ser así, sigue adivinando hasta dar con la respuesta correcta. El resto de los niños trata de confundirlo, mostrándole el pétalo, para después pasarlo de una mano a otra por atrás.

No existe algún otro comentario que valga la pena citar en lo que respecta al cambio de la infancia a la adolescencia; cada vez hay un mayor número de niños que van a la escuela y el factor más importante en su crecimiento proviene de sus maestros. Estos suelen ser personas un tanto especiales, pero sinceras, con ideas avanzadas en cuanto al progreso social se refiere, aunado a su orgullo nacionalista por su estirpe zapoteca. A excepción de la única escuela católica privada para niñas que existe en Tehuantepec, la educación está completamente controlada por el gobierno. La gran escuela de Juchitán, recien-

[1] Guerrero, 1943.

temente inaugurada, que cuenta con más de mil estudiantes de ambos sexos y la escuela normal de Comitancillo son sumamente progresistas y con el tiempo habrán de crear cambios importantes en el Istmo, que por tanto tiempo ha sido abandonado y que tan ávido está de recibir los beneficios de la educación. Las niñas también van a la escuela y no es raro ver a una campesina de escasos doce años de edad leer un libro o periódico a sus padres analfabetas. Sin embargo, el factor influyente predominante en el desarrollo de una niña es aún el de los miembros femeninos de la familia, mayores que ella.

A continuación cito un interesante y, un tanto impertinente, juego infantil de Juchitán, en forma de preguntas y respuestas, a través del cual se deja entrever el carácter infantil zapoteca:

La luna, la luna, Santa Rosa,	be'ú, be'ú, santa r̄osa
¿Dónde estará Rosa?	para'a ze:lia r̄osa?
—Fue por dos carbones ardientes.	čiká: čú'pa dná: gû
—¿Por qué necesita fuego?	šiguni gìì
—Para cocer el maíz.	čande šub:a
—¿Por qué maíz?	šiguni šub:a
—Para hacer tortillas.	gaka uána.
—¿Por qué tortillas?	šiguni uána
—Para que el abuelo se las lleve al huerto.	činé tatawélu rañaà
—¿Qué hace el abuelo en el huerto?	šiguni tatawélu rañaà
—Fue por una vara.	čiká tinda bala:ží
—¿Por qué una vara?	šiguni bala:ží
—Para pegarle a la abuela, para que salga de la cocina y traiga una cubeta con agua.	gidiñeneé nanawéla giasaíkede čika: ti'ri: nisa
—¿Por qué agua?	šiguni nisa
—Para que las gallinas puedan beber.	ge: be:rè
—¿Por qué las gallinas?	šiguni be:rè
—Para poner huevos.	kwaki žíta

—¿Por qué huevos?	šiguni žíta
Para llevar alimento al sacerdote	gaka ni ge:ne tata padre
—¿Por qué el sacerdote?	šiguni tata padre
—Para que oficie una misa grande y una pequeña.	gunit ti' misakí'nį, ti'misaro:
Tilín, tilín, la nuez de la palma de leche.	tilin, tilin, bigaragu ni:žì
Tilín, tilín, la nuez de la palma de coyol.	tilin, tilin, bigaragu ro'ondè

El matrimonio en Tehuantepec

En Tehuantepec es costumbre que el futuro novio envíe, según lo acordado con su prometida, a una delegación integrada por tres *šwana* (adultos) para pedir a la madre la mano de su hija. Uno de esos enviados deberá ser también un *čagóola* (orador profesional), cuya habilidad de persuasión logrará ablandar el corazón de la madre. Por muy compadecida que esté, la madre no podrá acceder de inmediato, ya que la dignidad dicta que lo piense detenidamente y lo comente con el resto de la familia. Los enviados regresarán por la respuesta después de un periodo de una semana a tres meses, cuando la madre y la futura novia hayan dado su consentimiento. De ahí quedará establecido que los novios habrán de casarse "por ambas leyes", la civil y la religiosa, fijando así un término de dos meses para que el matrimonio se lleve a cabo. Una semana antes de la ceremonia civil, la joven pareja habrá de registrarse en el palacio municipal, luciendo la joven un vestido de gala y el novio un par de pantalones de anascote, además de un sombrero de fieltro negro.

El matrimonio civil tendrá lugar una semana después en la casa de la novia. Una vez que el juez lee el acta y la novia, el novio, los padres y los testigos firman el registro, la murga entonará una alegre *diana*, una melodía especial que indica regocijo, acompañada de la diversión de los cohetes. Momento después dará comienzo el baile bajo una cubierta construida para

la ocasión, sin faltar la bebida y los alimentos acostumbrados, los sones, los danzones y los borrachos tambaleándose de un lado a otro. Posteriormente la novia y el novio irán a registrarse a la Iglesia y se atenderá a los detalles de última hora para la celebración de la ceremonia religiosa. La madre del novio se encargará de enviar a la novia, con cierta anticipación, un obsequio que consta de media calabaza, (que se emplea para el baño), un peine y una pastilla de jabón perfumado, como consejo de belleza.

El sábado de la semana anterior a la ceremonia religiosa los parientes y las amistades del novio se dirigen a la casa de sus padres portando obsequios de gaseosas y flores para la celebración de la importante ceremonia: tras de habérseles invitado a todos una taza de chocolate con un poco de pan, la madre del novio ofrece a cada uno una pieza redonda de pan y dos pedazos de pastel, uno sencilla, el otro decorado con betún. A éste último se le conoce como *'enda pariente*, un símbolo de parentesco, ya que el nombre *'enda pariente* es una degeneración de la palabra *genda liza'a* (parentesco). El obsequiar el pastel del parentesco obliga a los parientes a contribuir con el matrimonio, donando el acostumbrado peso de plata y un presente de boda de cierto valor.

El novio envía esa misma noche a casa de la novia una comitiva con dos grandes velas de cera pura de abeja, objetos tejidos en forma minuciosa, con cuatro soportes, decorados con ramilletes de flores artificiales, lentejuelas y listón, para obsequiarlos a la madre de la novia, además de una vela pequeña para el santo patrón del barrio en donde la novia nació. A éste se le conoce como *če' sana'kanú bía' nì* (el que trae la luz). Asimismo llevan consigo un gran número de cohetes y de *xicalpextles*, grandes calabazas laqueadas: tres de ellas repletas de pan, cuatro con botellas de limonada, dos con flores y una con tabletas de chocolate. El novio no se presenta en esta ocasión, pero envía a un orador, quien llevará una botella de mezcal, cigarrillos, en compañía de los patriarcas (los *šwana*) y sus demás enviados (*guza:na*). Los parientes de la novia los reciben con gran honor y ofrecen obsequios además de pasteles de "pa-

rentesco". La novia no participa en la ceremonia, pero sus parientes "reciben la luz" con grandes demostraciones de afecto. Se colocan las velas sobre el altar, se ponen las calabazas ofrecidas como obsequio sobre los nuevos petates extendidos sobre el suelo y las visitas se sientan en sillas en torno al cuarto para beber una taza de chocolate.

La madre de la novia, a su vez, solicita los servicios de un orador para corresponder a las atenciones del novio. Los dos *čago:la* intercambian los cigarrillos y las botellas de mezcal antes de dar comienzo a sus floridos discursos en zapoteco. El *čago:la* del novio se pone de pie en medio del cuarto y exclama con gestos vehementes: "Señores compadres, hemos venido en nombre de fulano de tal para hacerles una pequeña petición y para entregarles un obsequio del novio a la novia... En nombre de fulano de tal suplicamos a los padres distinguidos de la virgencita (baduž́á-pà) se dignen aceptarlos como testimonio del amor y la amistad que habrá de reinar entre ambas familias". El *čago:la* de la novia, a su vez, responde así: "Los padres de la pequeña paloma aceptan con beneplácito todo lo que está sobre los petates, donados como obsequio, como ofrenda a cambio de o en pago por nuestra hija; la relación espiritual que surja a partir de este día entre los padres y parientes de la virgencita y aquéllos del novio no deberá ser quebrantada jamás". El *čago:la* del novio pronuncia posteriormente el largo monólogo, un ensayo sobre el amor, sobre el apareamiento de las aguas, de las aves y de los animales del bosque; sobre Adán y Eva, sobre el comportamiento en el matrimonio, etc., durante dos o tres horas hasta el anochecer. Aunque el contenido literario de estos discursos (*libaanas*) está tomado de las Escrituras, si no es que ha sido directamente traducido por ellos al zapoteco, la ceremonia es semejante a las disertaciones de la época prehispánica hechas por un padre a su hija o hijo antes de contraer matrimonio, reunidas por Sahagún. Dichos discursos son el deleite de los invitados y constituyen la principal atracción de la ceremonia para solicitar la mano de la novia. El mezcal y el anisado abundan y los invitados se despiden al alborear el día con gran entusiasmo, acompañados por la explosión de los co-

hetes. Los padres de la novia se apresuran a "ver la luz" tan pronto los invitados se han marchado, para calcular el valor de los obsequios y para contar el dinero obsequiado a la novia, que asciende de ocho o a quince pesos de plata, colocados "bajo la luz", envueltos en un pañuelo puesto junto a las velas.

Una semana después, a la mañana del sábado siguiente, la víspera de la boda, continúa escuchándose la explosión de los cohetes en ambas casas para llamar y solicitar la ayuda de las amistades, solicitando a las mujeres a que ayuden a deshojar el maíz y a los hombres para sacrificar a un toro, ofreciéndoles a cambio la acostumbrada taza de chocolate y las piezas de pan dulce. Al llegar la tarde se presentarán con sus obsequios: platos, tazas, listón, encaje y tela para elaborar los vestidos. La madrina de bautizo de la novia le obsequia algo muy especial: un gran *xicalpextle,* platos de dulces, tazas y saleros, además de un traje completo de gala. La madre del novio le envía *xicalpextles* repletos de maíz, pan, vegetales, especies, mezcal, cigarrillos y cerillos, así como media docena de pollos adornados con collares de flores artificiales y papel de seda. Su madre le obsequia un arcón nuevo de cuatro patas, un molcajete y dos planchas. Esa misma noche cuando todos los obsequios hayan sido entregados, los parientes de la novia harán un inventario de todos los bienes recibidos para dividirlo en dos partes: la mayor parte para la novia y el resto para su madre.

Dentro del arcón se colocan cuidadosamente la ropa y las joyas de la novia para cerrarlo con candado y confiar la llave al *čago:la* quien habrá de llevarlo a su destino. El resto de sus pertenencias, tales como utensilios de cocina, sartenes, platones, platos y todas las flores que se le obsequiaron van acomodados en los *xicalpextles*, mismos que las mujeres llevarán sobre su cabeza mientras los hombres llevan el arcón, el molcajete, las planchas y el resto de los obsequios pesados. Es así como marchan en procesión a la casa del novio en donde se les dará la bienvenida con cohetes y se les brindará todo tipo de atenciones. Al llegar a la casa se dirigen a los dormitorios para colocar los objetos frente al altar mientras el *čago:la* hace entrega de la llave del arcón a la madre del novio. Las mujeres se reúnen

dentro de la casa para beber una taza de chocolate mientras los hombres se reúnen fuera de la misma para beber mezcal. Mientras tanto, los *čago: las* continuarán pronunciando sus discursos dentro de la casa hasta pasada la media noche, momento en que todos regresarán a sus hogares.

La ceremonia religiosa tendrá lugar al día siguiente, celebrándose siempre en domingo, a las seis de la mañana. La novia luce un vestido de satín blanco a la usanza de Tehuantepec, portando el antiguo huipil grande de borde de oro sobre sus hombros y un velo de novia sujeto en la frente por una diadema de botones de naranja artificiales, polvea su cara en forma excesiva y lleva un ramillete de flores artificiales. El novio lleva un par de pantalones nuevos de anascote y una camisa, corbata, y sombrero de fieltro negro; también coloca sobre su pecho un pequeño ramillete de botones de naranja. Las madres de los novios lucen el huipil grande de encaje blanco para la ceremonia, enmarcando su cara en la forma acostumbrada para asistir a la Iglesia, sitio en el cual el matrimonio tendrá lugar a la usanza católica. Una vez terminada la ceremonia, la pareja se dirige a la casa del novio, acompañados por una murga y por un sinnúmero de cohetes, en donde se les servirá el desyuno. La novia y el novio ocupan el sitio de honor en una mesa cubierta con un mantel floreado, colocada al centro del cobertizo construido especialmente para la boda, sintiéndose un tanto incómodos por ser el centro de atracción en ese momento, antes de entrar al cuarto en donde habrán de recibir la bendición de sus parientes.

Para la ceremonia de la bendición, semejante quizá a aquéllas celebradas en la época prehispánica, el novio y la novia se arrodillan frente al altar del santo; el patriarca que habrá de oficiar la ceremonia (*swana*) reza, arrodillándose frente a la pareja cubriéndolos de incienso con una copa de incienso encendido. Los parientes de los novios forman posteriormente dos filas, colocándose los seres queridos del novio en primer término, para después continuar con los seres queridos de la novia, caminando frente a la pareja arrodillada, haciendo la señal de la cruz sobre su frente, para después zuzurrar estas palabras al

tiempo que ponen su mano derecha sobre su cabeza: "Que Dios haga de ti un buen esposo y de ti, hija mía, una buena esposa".[2] Momentos después, los parientes forman una fila en uno de los extremos del cuarto y a medida que cada uno da su bendición, estrecha la mano de aquéllos que se encuentran en la fila, momento a partir del cual se convierten en compadres. Al llegar el turno de la novia, la madre de la misma irrumpe en un mar de lágrimas. Esto es de esperarse y nadie se molesta por ello. La ceremonia se conoce como *tiše'ga nondaya* (dar la bendición) y termina cuando la novia y el novio entregan a cada uno de sus seres queridos un pequeño ramillete de flores besado por ellos.

Una vez concluida la ceremonia, los invitados disfrutan de un buen almuerzo en el cobertizo, servido por la madre y la madrina de honor de la novia, quienes muy pronto regresarán a su hogar puesto que "ya no tienen más que hacer ahí". Hay dos mesas puestas, una para hombres y otra para mujeres, para reunir las contribuciones, llamadas *limosna* y *velorio*. Los hombres dan de veinticinco a cincuenta centavos y reciben la acostumbrada bebida de mezcal, cigarrillos y una bandera de papel de seda para colocarla en el ala del sombrero o en uno de los ojales de la camisa en señal de haber contribuido con la pareja. Las mujeres, a su vez, dan diez centavos para el "vigil", el festival y seis centavos "para el pan" y, a cambio de ello, se les entrega algunas hojas verdes para colocarlas sobre su pelo. La murga toca, dando así comienzo al baile, iniciado por la novia y el novio, quienes habrán de bailar solos el primer son. La pieza siguiente será quizá un danzón alegre o una melodía moderna, para que los campesinos descalzos puedan bailar con las jóvenes atractivas de vestidos de seda y de grandes joyas de oro, en el suelo húmedo, recienteme limpiado. Poco tiempo después, la novia volverá a sentirse nuevamente ella misma al cambiar su vestido de novia blanco por una falda ordinaria de vivos colores y un huipil, para sentirse cómoda y poder así atender mejor a sus invitados. El baile terminará al atardecer, cuando todos los invitados se hayan marchado a sus hogares.

[2] *Dios gú:nili:ti' buen casado, li:también hija, akalú gu:niti' buena casada.*

Al anochecer, la pareja se retira a su habitación, mientras los parientes de cierta edad se sientan en el patio para beber café y mezcal, aguardando con ansia la noticia. En ocasiones se tornan impacientes y tratan de escuchar los sonidos que provienen del interior de la casa, estimulando al novio con frases entusiastas. Una vez consumado el matrimonio, el novio sale del cuarto para informar a la madre de que la joven era virgen y que todo está en perfecto orden. La noticia es acogida con un entusiasmo general y con cohetes para expresar su alegría y las mujeres mayores, que se encuentran ya en estado de embriaguez, elogian ruidosamente al novio y a su madre. El novio trae consigo un pañuelo de seda blanco manchado de sangre como muestra de la virginidad de la novia. Lo deberá entregar a su madre. Posteriormente se coloca el pañuelo en un *xicalpextle*, cubierto con un pañuelo rojo y una capa de hibiscos de color rojo encendido. De ahí se llevará el xicalpextle en procesión hacia la casa de la madre de la novia, en donde mujeres y niños aguardan la noticia con ansiedad. El ver el pañuelo manchado de sangre provoca una enorme alegría a todos los presentes y lágrimas que encierran una profunda emoción para la madre. Posteriormente se coloca el pañuelo en un *xicalpextle*, nuevamente en procesión a la casa del novio y la madre del mismo conserva el pañuelo en un sitio muy especial para acallar a las malas lenguas. A la mañana siguiente, al albear el día, la familia del novio envía a jovencitas con charolas de flores rojas, de hibiscos y rosas, para que las distribuyan entre las marchantes del mercado y en los hogares de sus amistades. Todas las jóvenes del pueblo suelen colocar flores rojas en su pelo a la mañana siguiente de cualquier matrimonio, en señal discreta de que la joven que contrajo nupcias la noche anterior fue debidamente educada por su madre.

Por el contrario, si la novia resulta no ser virgen, una calamidad recaerá sobre la familia de la joven. En un caso así, todas las fiestas serán canceladas y su padre ofrecerá disculpas al novio por no haber sabido educar a su indigna hija, quien será devuelta a la familia como mercancía defectuosa. Se dice

que antiguamente se acostumbraba colgar un plato con un hoyo en la puerta de la casa de la novia.

Sin embargo, de todas las bodas que hemos visto, ninguna de ellas ha tenido un fin de esta índole. El baile continúa alegremente hasta el día siguiente. Los invitados pagan al llegar una nueva cuota para comprar otra bandera u otra hoja verde. Los recién casados van a ofrecer sus respetos a la madre de la novia hasta la casa de la misma y solicitan a la madrina les conceda el honor de poder llevarla al baile. Al mediodía toca el turno de la ceremonia del *mediu šiga* (cuya traducción literal es "seis centavos por la media calabaza"), como celebración simbólica de la ayuda que los parientes y vecinos brindaron a la pareja de recién casados. La novia y el novio se sientan juntos sobre un par de sillas, sosteniendo en su regazo un par de calabazas laqueadas, en donde los invitados habrán de depositar sus monedas desde el *mediu* tradicional (seis centavos) hasta monedas de cincuenta centavos. La madrina de honor, el padrino, las amistades y los parientes pegan pesos de plata y piezas de cincuenta centavos sobre la frente del novio y la novia con saliva; éstos tendrán que ser retirados de vez en cuando para dejar un espacio libre para los siguientes. Después del almuerzo, todas las banderas de papel serán inspeccionadas; aquéllos que hayan perdido o dañado las suyas tendrán que comprar banderas nuevas y ser "castigados", bebiendo un determinado número de copas de mezcal, sin parar, al son de los tambores; con cada copa que la víctima se apresura a beber, alguien grita: "¡toca!" y el músico tendrá que tocar su tambor. No pasa mucho tiempo antes de que todos estén en completo estado de embriaguez. La novia, el novio y la madre del novio son capturados por un grupo de viejas alborotadoras para llevarlos a las mesas y obligarlos a que beban. La pobre novia, nada acostumbrada a tales excesos, muy pronto se emborracha, para levantarse al día siguiente casada, agotada, con una cruda terrible y con un cúmulo de platos para lavar.

Sin embargo, esta actitud medieval en cuanto al matrimonio, de origen español, tiende cada vez más a desaparecer. En la mayoría de los matrimonios de hoy en día, el novio roba a la

joven y, si pretende contraer nupcias con ella, envía un recado a sus padres de que desearía contraer matrimonio con su hija con todas las formalidades. Dicho método, un tanto desaprobado por los padres conservadores, descarta aquellos detalles embarazosos de tan poco gusto, disminuye los gastos considerablemente y reduce la larga espera y la ingerencia de los padres, contra lo cual las nuevas generaciones se están rebelando. Pese a ello, se dan casos en que la joven, dominada por una madre excesivamente celosa, rechaza al novio. Sabemos de un caso en donde la madre se oponía negligentemente a bendecir el matrimonio después de que la pareja había huido y que, con el tiempo, logró alejar al novio y hacer que anulasen el matrimonio. La joven quedó embarazada y dio a luz a un hijo, pero la madre no permitía que la joven registrase al niño bajo el nombre del padre e hizo que lo registrase bajo el nombre de ella. En el Istmo hay muchas parejas que viven juntas simplemente y que tienen hijos mayores, habiendo asimismo un gran número de madres solteras. Aún así, esto no convierte a la mujer en un parásito social. En un principio surge todo un escándalo, pero los pueblerinos muy pronto se acostumbran a la idea y sus sentimientos hacia la joven reflejan no tanto un desapruebo sino cierta piedad hacia ella; es probable, inclusive, el que ella pueda contraer nupcias nuevamente. Los zapotecas muestran con ello nuevamente su actitud humana y su amplio criterio para con los demás.

XI

LA FIESTA EN TEHUANTEPEC

Cuando Brasseur de Bourbourg llegó a Juchitán en 1859, quedó completamente atónito al ver que a la imagen del sacerdote Mauricio López, líder difunto de los liberales zapotecas, se le veneraba en la Iglesia como si se tratase de un santo. Poco después, quedó horrorizado en Tehuantepec, al ver que los soldados juchitecos acampaban, con todo y caballos, en el convento de Santo Domingo. Los zapotecas eran quizá en aquel entonces aún más fervientes de lo que son hoy en día, católicos temerosos de Dios, a su modo, además de distinguirse por ser creyentes acérrimos desde hace cuatrocientos años.

Comprender el carisma religioso del pueblo es difícil y, por ende, el de la mayoría de los mexicanos, si ha de considerarse para ello el punto de vista católico ortodoxo. Los indígenas fueron convertidos al catolicismo en un principio a base de emplear la fuerza y finalmente llegaron a aceptarlo, creyendo y amando de buena fe a los santos, no únicamente porque en ello encontraran un alivio moral y espiritual, sino porque el ceremonial religioso daba cabida al drama y a la diversión, amenizando así su vida escuálida y monótona. Los indígenas contaban con un ceremonial profundamente suntuoso e intenso credo por ellos mismos antes de la llegada de los españoles, con grandes espectáculos, amenizados por la música y los bailables, con manifestaciones imponentes y ritos extravagantes representados en un escenario al aire libre en torno a las grandes plazas, plataformas, aunados al colorido de los gallardetes. Todo

ello fue prácticamente erradicado de la noche a la mañana para substituirlo por los interiores sombríos de las iglesias sólidas como una fortaleza, de altares dorados relucientes ante la luz de las velas y de bóvedas encumbradas que se desvanecen ante una densa atmósfera de humo, de olor a incienso, de parafina derretida y de misterio.

Los indígenas solían amar a los santos como un niño ama a su muñeco. Se mostraban fascinados al contemplar su cara de pasta, sus ojos de vidrio, sus pestañas reales, así como su elegante vestimenta de brocado y encaje. Vivían en carne propia las múltiples dagas que atravezaban el corazón visible en la imagen de la Dolorosa; sentían una inmensa piedad por el cuerpo de Cristo, herido por doquier; admiraban el heroísmo del Señor Santiago, caballero cabalgando sobre un corcel blanco, resplandeciente en su armadura de estaño, al exterminar a los moros temerarios. De hecho, había una virgen indígena, Nuestra Señora de Guadalupe, patrona de todo el pueblo de México, quien llegó a convertirse en el estandarte de lucha de los indígenas para obtener su libertad.

Los indígenas contaban ya, tiempo antes de la Conquista, con una religión sumamente complicada. El misticismo esotérico era uno de sus rasgos más preponderantes y, en muchos aspectos, sus conceptos religiosos coincidían con aquéllos de sus conquistadores. Ambos creían en un cosmos tripartita: el cielo, en primer término, el mundo en que vivimos, en segundo término y, en la otra vida, la morada de los dioses, de los hombres y de los demonios, según fuese el caso. Varios españoles quedaron sorprendidos al ver la cruz entre los símbolos religiosos indígenas: uno de los signos de Quetzalcóatl era la cruz de Malta y también había representaciones del Arbol de la Vida en forma de una cruz chapeada. Esto hizo creer a los frailes que un misionario católico había llegado antes que ellos a América; de hecho fue Santo Tomás, a quien los indígenas identificaron con Quetzalcóatl.

El panteón indígena era aún más complejo que el católico, con todos sus apóstoles, santos, vírgenes y arcángeles. Los indígenas solían acumular dioses con el mismo entusiasmo de un

coleccionista. Creían que el agregar constantemente nuevos dioses enriquecería el poder mágico de su religión e inclusive los antiguos anales cuentan que solían capturar como vestigios de guerra a las deidades de las tribus conquistadas para tenerlas en cautiverio en sus templos.[1] Gomara afirma que los mexicanos tenían alrededor de doscientas deidades, de las cuales trece eran las principales puesto que gobernaban los trece meses de *tonalpohualli*, el año ceremonial de 260 días. Cada provincia tenía su deidad regional y había dioses para cada una de fuerzas naturales y sobrenaturales incluyendo para las profesiones y el arte.

La religión indígena se caracteriza primordialmente por ser un conglomerado de magias, basadas en el culto a los elementos (la tierra, el agua, el aire y el fuego), a la fertilidad, al maíz, la lluvia, el cielo, la luna y el sol, las montañas y los muertos. Todos ellos encarnaban en innumerables deidades personificadas, cuyos nombres variaban con cada nación pero cuyo significado seguía siendo más o menos universal. También había conceptos filosóficos abstractos y durante la Conquista surgió una tendencia entre un grupo de intelectuales dirigido por el poeta Rey de Texcoco, Netzahualcóyotl, en cuanto al concepto de un solo dios, el Dios Todopoderoso: el Tloque Nahuaque (Aquél para quien existimos). Los zapotecas tenían también una deidad abstracta y creativa llamada en múltiples formas, tal como "El Gran Principio", "Aquél sin principio o fin", "Gran Viento" y "El Gran Espíritu Todopoderoso",[2] descrito por fray Juan de Córdoba en 1574 como "El Dios Infinito sin Principio, como solían llamarlo, sin saber quién era".

También había una deidad creativa universal, de hecho se trataba de una pareja, del concepto de dualidad, del cielo y la tierra, del hombre y la mujer. Los mexicanos solían llamar a esta pareja Tonacatecuhtli y Tonacacihuátl (Señor y Señora del sustento), quienes nacieron de la Vía Láctea (Serpiente

[1] "... en el gran templo de México... jaula enrejada donde guardaban los dioses de los pueblos conquistados por la guerra, en cárcel cautivos..." (Sahagún, L.a, Apéndice).

[2] Seler (1904b), posterior a Córdoba.

Nube Blanca) y que, a su vez, fueron los padres de los cuatro dioses originales, los dioses del fuego, la tierra, el aire y el agua, gobernantes de los puntos cardinales y de los cuatro colores mágicos: rojo, negro, blanco y azul. Dichos dioses crearon a los dioses secundarios, el mundo, el sol y la luna y todos los seres vivientes.

Los zapotecas tenían también una pareja similar: el hombre, Cozaana, quien creó a los animales y a la mujer, Huichaana (Quien da a Luz), madre de los hombres y de los peces.[3]

Se sabe muy poco de las creencias religiosas zapotecas pero los rastros de dichos conceptos básicos están ahí, enterrados en un cúmulo de nombres de deidades de la región. Entre los dioses zapotecas más importantes se encuentran Cosijo, dios de la lluvia y del trueno, cuya máscara de jaguar perpetúa el antiguo arte zapoteco y quien tiene en su poder la fertilidad de la tierra, brindándole a ésta la lluvia vivificante, o puede, si así lo deseare, destruir la vida mediante la sequía, las inundaciones, el granizo, la nieve y los rayos. Asimismo, se oía hablar con cierta frecuencia del "Corazón de la Tierra", un dios jaguar del interior de la tierra, considerado quizá como el dios principal de la región de Tehuantepec, quien también fue adoptado por los aztecas bajo el nombre de Tepeyollotl (consultar página 111). Había deidades de los alimentos y del maíz como Pitao Cozobi e inclusive se adoraba al propio maíz en forma de una mazorca gigantesca de gran belleza, a la que se le envolvía en una tela blanca y en piel de ante, venerándolo con incienso y ofrendas de jade. Al llegar el momento de plantar la nueva semilla, se enterraba a la mazorca sagrada en un nicho de piedra, semejante a un horno, en medio de los maizales, desde donde se suponía habría de cuidar de la nueva cosecha. Si la cosecha del año era abundante, se abría el nicho con gran ceremonia para distribuir los hermosos granos de maíz entre los presentes como poderoso amuleto.[4] La lista de Córdoba de los

[3] De acuerdo con Burgoa, los mixtecos tenían también la diosa y el dios venado, cuyos nombres eran "Serpiente-Puma" y "Serpiente-Jaguar", considerados como dioses supremos.

[4] Burgoa, 1934b, Cap. lxvii.

trece dioses principales restantes, patrones del calendario, incluye a: la diosa, simbolizada por una piedra blanca sencilla en forma de cono; Coquilao, "Patrón de las aves", Pitao-peeze, dios de los marchantes y de la fortuna; Pitao-zij dios de la pobreza y del infortunio; Pixee, dios del amor, Pitao-Xicala, dios de los sueños; Pitao-piji, dios de los augurios; y Pitao-pezelao, dios del infierno. La palabra *Pitao* o *Bidoo* significa "gran señor" y es la palabra que se emplea actualmente al referirse a los santos católicos.

Los zapotecas tenían tres tipos de sacerdotes. Los sacerdotes de mayor rango, los *uija-tao*, actuaban únicamente como intermediarios o intérpretes de los dioses cuando se les iba a consultar sobre asuntos de importancia nacional. Para ello se ponían en trance y eran poseídos por la deidad, quien hablaba a través de ellos. Llevaban una vida ascética y se les consideraba como reencarnaciones de Quetzalcóatl. Los sacerdotes ordinarios, llamados *copa pitao* (guardianes de los dioses) o *ueza eche* (sacrificadores), estaban a cargo del ritual del templo y eran auxiliados por los *pixana*, alumnos de los sacerdotes, elegidos entre los hijos más jóvenes de los caciques y de la gente de alcurnia. El culto religioso consistía primordialmente en observar diariamente el calendario de rituales para hacer las ofrendas necesarias y celebrar oportunamente los festivales y bailes. Las ofrendas incluían la quema de incienso, los sacrificios de animales pequeños y de aves, la sangradura personal e inclusive los sacrificios humanos y el canibalismo ritual. El sacrificio más común consistía en sacarse sangre de las venas que se encuentran bajo la lengua y detrás de los oídos, derramándola sobre las mazorcas deshojadas, para amarrarlas posteriormente en pares y ofrecerlas a los dioses.[5] Dicha ideología, que tanto aterroriza, nacía de la creencia de que los poderes mágicos de los dioses estaban constantemente en decadencia de modo que había que rehabilitarlos con lo más preciado del hombre y no de la creencia del castigo personal o la penitencia tan característica de los monjes católicos.

[5] Seler, 1904b.

Entre los zapotecas modernos no queda rastro alguno de dichos cultos religiosos. En la actualidad se consideran como fervientes católicos, a su propio modo, a pesar de que aún continúan ejecutando sus danzas a la sombra del gran árbol *guanacaste* de Tehuantepec, de que aún llevan flores al pequeño santuario sobre el Monte del Jaguar y de que aún hacen sus peregrinaciones llevando a un cocodrilo vivo, deidad totémica antigua, a la fiesta del santo patrón de Laborío. Sin embargo, existen muchas familias de libres pensadores, provenientes de

Baile del Jaguar, ejecutado antiguamente en Bišana.

una antigua tradición de liberalismo anticlerical que data desde 1850, época en que perduraron las sangrientas guerras civiles con los conservadores, cuyo estandarte era el de "Religión y Privilegios". Asimismo hay un grupo numeroso de Adventistas del Séptimo Día en Juchitán, Ixtaltepec, Espinal e Ixtepec. No comen puerco o iguana por considerarlos animales sucios; conservan principios morales muy estrictos, consideran el domingo como día de meditación y llaman "ídolos" a los santos del pueblo. Sin embargo, mantienen una buena relación con los católicos, cuya amplitud de criterio se hizo latente en un pequeño incidente que presenciamos en un autobús lleno de pasajeros,

mientras esperábamos a que éste se llenara a su máxima capacidad para partir. Un venerable anciano indígena, vestido en ropa al estilo campesino, en tela de algodón blanca, con sombrero de palma y sandalias se puso de pien en medio del pasillo del camión y pronunció un largo y vehemente discurso, primero en español, después en zapoteco, sobre la bondad de Dios y la salvación de la humanidad a través del amor, tratándose naturalmente de una propaganda para los Adventistas del Séptimo Día. Las mujeres escandalosas, católicas sin duda alguna, lo escucharon con un profundo respeto hasta que terminó, despidiéndose correctamente de él y llamándolo "padre", título reverencial que se emplea al dirigirse a un anciano.

Son muchos los aspectos que constatan que el ambiente político de la región de Tehuantepec no ha sido propicio para la Iglesia por más de cien años. La Catedral se encuentra en ruinas y hace muchos años que la diócesis de Tehuantepec fue trasladada a San Andrés Tuxtla, Veracruz, supuestamente debido a que la salud del obispo requería de ese cambio. Sin embargo, la diócesis jamás volvió a restablecerse en Tehuantepec y los zapotecas tuvieron que acostumbrarse a la ausencia de los sacerdotes. En la actualidad tan sólo hay dos sacerdotes católicos, uno en Ixtaltepec y otro, que por ser tan anciano le es imposible oficiar, en Tehuantepec, para celebrar las misas, bautizos y matrimonios. Las ceremonias religiosas más íntimas, ya sean privadas o del pueblo en general, están a cargo de los ancianos (*šuaŋa*), a cuyo cargo se encuentran las iglesias del barrio y el mantenimiento del culto al santo patrón. Actúan como sacerdotes del pueblo, sin tener un cargo oficial o sin pertenecer a una orden sacerdotal y comparten su oficio con sus esposas (*šela šuana*), quienes reciben el título de *čagola* cuando se hacen cargo de las fiestas. Actúan en colaboración con oradores profesionales, expertos en rezar oraciones, con los *čagola* y con un gran número de *guzâ'àna* (mensajeras), damas que actúan como voluntarias para hacerse cargo de las tareas de la sociedad cooperativa. Dichas tareas consisten en extender las invitaciones a los participantes, organizar desfiles, preparar alimentos y ornatos, entregar mensajes, etc., para que

la fiesta de la comunidad sea un reflejo de la alta estima en que se tiene y, de ser posible, para que dicha fiesta sea superior a la de sus vecinos.

Fiesta del santo patrón del barrio en Tehuantepec

La iglesia católica quería aprovecharse del espíritu de cooperación que tanto caracterizaba a las antiguas sociedades zapotecas, en su afán de adaptarlo a la celebración de las festividades religiosas. Siguiendo la antigua costumbre indígena, cada barrio de Tehuantepec celebra, aún en la actualidad, el día del santo patrón con una gran fiesta. Los miembros de cada barrio dedican toda una semana para desfilar, bailar, comer o beber a su antojo en honor del santo patrón, excusa muy inocente, ya que el santo está completamente ausente en las ceremonias y en la mente de sus devotos, a excepción de aquellos breves momentos en que la alegría de la fiesta llega a la pequeña iglesia del barrio.

Año con año se organizan y se auspician las fiestas bajo la absoluta responsabilidad del *mayordomo* y su esposa, quienes organizan y cubren los gastos de la gran fiesta, tras de la cual el puesto será entregado a sus sucesores. La *mayordomía* es voluntaria y se obtiene mediante la solicitud de la misma. Pese a que ello representa un derroche económico para el mayordomo, también representa un gran prestigio social, ya que el futuro del individuo que encabeza a la comunidad dependerá de las diversiones y atenciones que brinde a todo el barrio durante la fiesta.

En una ocasión fuimos invitados a la fiesta de Guichivere (*gižibe:rè*) un barrio de Tehuantepec, invitación extendida por los mayordomos, un fotógrafo joven y su esposa, quizás la pareja más joven que haya ocupado un puesto similar en Tehuantepec. El esposo nos confesó haber reservado ochocientos pesos para las fiestas, cifra que superaba a su ingreso total anual. Según nos explicó, había aceptado una responsabilidad de tal magnitud por haber hecho una manda, promesa hecha al santo

patrón, cuando su vida peligró en dos ocasiones mientras trabajaba en Veracruz.

Como era de esperarse, todos en el barrio colaboraron, y algunos de ellos fueron realmente magnánimos. Las diversas sociedades cooperativas del barrio pusieron todo de su parte para aminorar la carga al mayordomo. Todos ellos construyeron con gran anticipación a la fecha de la fiesta una enorme enramada en la casa del mayordomo, un cobertizo de palma sostenida por horcaduras decoradas con platanales, con ramas de sauce llorón y con hileras de banderillas de papel de seda que pendían del cobertizo. Bajo dicho cobertizo habría de celebrarse la mayoría de las ceremonias y bailes.

Las mensajeras (*guzá'ana*) de la *mayordoma* invitaron a los participantes a que colaborasen. Visitaron casa por casa, deteniéndose al pie de la puerta, arrojando granos de maíz al patio y diciendo: "Vengan a moler la harina y a beber una taza de chocolate el viernes y sábado próximos".[6] Por ello, las mujeres a las que se les había invitado se presentaban el día indicado llevando consigo de diez a veinte huevos cada una, o bien, enviaban una moneda de cincuenta centavos para hacer el marquesote, un tipo de pastel ceremonial de harina de arroz y yemas de huevo, como símbolo de amistad. Las mujeres que se presentaban a moler la harina, a ayudar a hacer el papel, recibían un poco de "cariño" por su ayuda, una pieza de pan de dulce, un tamal y una taza de chocolate. Pasaban el día entero charlando y riendo a su antojo al tiempo que desempeñaban su labor, batiendo cantidades enormes de huevos, a juzgar por el número de cáscaras tiradas en el suelo, con grandes batidores de madera conocidos como palas. Vaciaban la pasta batida sobre moldes bien engrasados, dando las palas a los niños para que las limpiaran con la lengua. Una vez horneado el pastel, las *guzá'ana*, las mensajeras y colaboradoras de la mayordoma, llevaban rebanadas de pastel como obsequio a los hogares de aquéllos que habían contribuido con huevos o dinero, de acuerdo con la cantidad que hubiesen aportado. Cuatro

[6] *Čeguludé viernes; sabadu čegé'u juladi.*"

pasteles (grandes) representaban un peso incluyendo, asimismo, un par de tabletas de chocolate y un manojo de espárragos. Esto representaba una invitación formal para participar activamente en las fiestas.

Al anochecer, el músico ciego que tocaba el *pito* (una flauta sencilla de bambú) y su acompañante, quien tocaba un tambor primitivo (*caja*), llegaron a casa del mayordomo para tocar durante toda la noche.

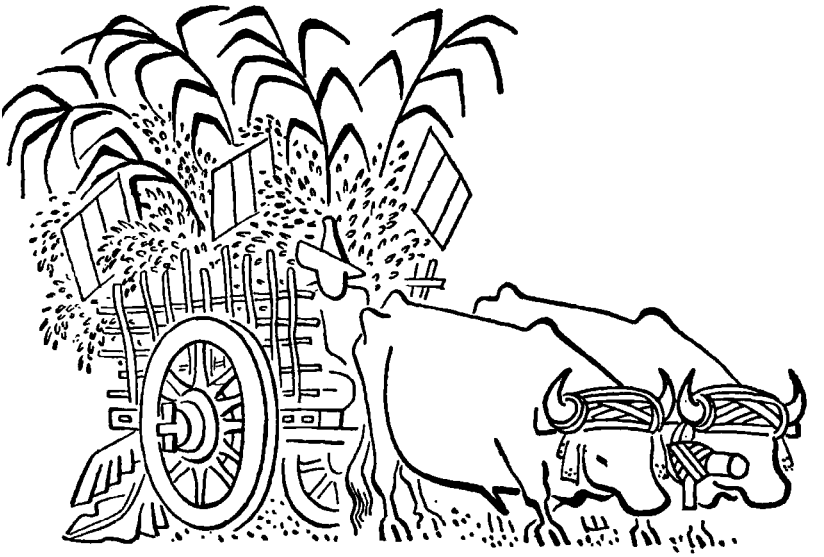
Dos días antes de la fiesta del santo patrón, los hombres se levantaron al alba para sacrificar a un toro, mientras las mujeres se mantenían ocupadas desgranando el maíz. A temprana hora de la mañana se colocaron dos mesas en la casa del mayordomo, una para los hombres y otra para las mujeres, en donde los invitados habrían de dejar sus contribuciones *limosna* o *velorio*), las cuales quedarían registradas en un libro pequeño. En la mesa de los hombres se sentaron los tres patriarcas más importantes o "representantes" de los barrios vecinos, San Jerónimo y Bixhana. Un *guzá'ana* se encargó de servir a los contribuyentes una copa de mezcal, un cigarrillo, anotando la cantidad que cada uno de ellos había aportado. La mesa de las mujeres, decorada con un tierno platanal en cada pata, estaba encabezada por tres *čago:la*, madrinas muy importantes, esposas de los representantes. Sobre la mesa había una botella de *anisado*, cajetillas de cigarros y una caja de cerillos. En el suelo había una gran charola cubierta con hojas de lima dulce. A medida que iban llegando los invitados, depositaban su contribución sobre la mesa (de diez a cincuenta centavos) y recibían a cambio de ello una copa y un cigarrillo. Las mujeres recibían una hoja de lima, misma que prendían a su pelo. Los hombres formaban grupos separados, mientras las mujeres tomaban asiento en pequeñas butacas para platicar, dispuestas a ayudar en todos los preparativos. Posteriormente se les daría a todos una taza de café y un poco de pastel.

Llegado el anochecer, los invitados se preparaban para la *calenda*, haciendo una procesión de antorchas, encabezada por una murga. Atrás de la murga iban los niños llevando linternas de grandes extremos de bambú cubiertos con papel de seda de

colores (*marmotas*), con velas adentro, una en forma de pescado, otra en forma de reloj y otras en forma semejante a la de un avión, una especie de fauna relativamente nueva para la región. Después venían las peregrinas, cada una de ellas llevando una rama verde de bambú y una vara encendida de madera de pino resinoso, gritando ¡viva! a los mayordomos, al barrio de Guichivere y a la sociedad cooperativa a la que pertenecían. Es así como desfilaban por todo el pueblo, visitando las iglesias de los barrios, gritando más fuerte que nunca, explotando cohetes por todo el camino, para regresar finalmente a la casa del mayordomo en donde el pito y la caja tocarían durante toda la noche.

En la víspera de la fiesta del santo patrón se presentaban nuevamente los participantes en la casa del mayordomo, depositaban otra contribución, recibían una copa, alimentos y cigarrillos, disfrutando de un buen *pozol* mientras esperaban la llegada de los "peregrinos", quienes habían ido en busca de flores y yerbas para la "reunión de las flores". Ante el alborozo de los cohetes y de la murga, las mujeres caminaban con sus ramas verdes de bambú y sus banderas de papel de seda. Los tres peregrinos ya estaban aguardándolos en Palo Grande, en los linderos del pueblo, bajo un enorme árbol de *guanacaste*, llevando consigo canastos llenos de parras y de hojas para las guirnaldas. Estaban cubiertos de lodo ya en estado de embriaguez, luciendo en las alas de sus sombreros las grandes guirnaldas, lo cual les hacía parecer como bacos poco honrosos. Los payasos, representados por mujeres, portando máscaras y disfrazadas como "mareños", acompañaban a la procesión. (Consultar Album de Fotografías; foto 83). Satirizaban la vestimenta de los huaves primitivos quienes habitaban las lagunas de las costas de Tehuantepec, ejecutando, asimismo, un baile burlesco. Las ancianas también participaban, bailando un simple son en honor del árbol. Después del almuerzo y las tortillas en casa del mayordomo, regresaron a casa para "comer", lo que en realidad significaba que debían cumplir con sus quehaceres diarios.

El sol comenzaba a ponerse y muy pronto comenzaría la gran fiesta. No tardaron en llegar a la casa del mayordomo diversos grupos de jovencitas ataviadas en sus vestidos de fiesta con sus respectivos tocados de encaje, a las cuales se les invitó una taza de chocolate con pan dulce. La murga tocaba sin cesar y había unas cuantas parejas que bailaban valses, foxtrot y danzones antes de iniciar el desfile. Los hombres de Guichivere llegaron muy pronto, guiando sus carretas, decoradas para la



Carreta decorada para el desfile.

ocasión con ramas de sauce llorón, con cañas, banderillas de papel y todo un platanal colocado a lo largo de la carreta, adornando los cuernos de los bueyes con campanillas de papel de seda. Treinta carretas alegremente decoradas, llevando a un grupo de niñas que gritaban de alegría, encabezaron el desfile. Después venían la murga y los músicos del pito y la caja; tras ellos iban los representantes del barrio, los veinticuatro patriarcas, llevando consigo velas decoradas y banderillas, adornando

las alas de sus grandes sombreros de fieltro rojo con hojas de parra. Después venía una doble fila de hermosas jovencitas elegantemente vestidas, llevando en la mano ramilletes de nardos, adornando su cara con un holán de encaje almidonado. Tras ellas iba otra murga, totalmente independiente a la primera, seguida por una doble fila de mujeres con coronas de parra, de musgo y de flores, llevando en la mano ramilletes de nardos y banderillas de colores. Entre ellas se encontraban las madrinas del barrio vecino de San Jerónimo, llevando consigo un ramillete de flores para ofrecerlo al santo patrón de Guichivere. Al final de la procesión iba un grupo de pescadores, quienes lanzaban sus redes a las espectadoras, grupos de jovencitas curiosas que hacían aún más amena la ocasión.[7]

Tras de haber dado una vuelta a todo el pueblo, la procesión llegó finalmente a la iglesia en donde fue recibida por dos *čago:las* de gran autoridad, esposas de los representantes a cargo de la iglesia, quienes llevaban dos enormes velas trenzadas de parafina pura. Ahí se desmantelaron las carretas para llevar las flores, las velas y los ornatos a la iglesia. Al llegar a la casa del mayordomo, las ancianas bailaron el *son bandaga*, llevando en su mano hojas de palma y el baile se prolongó toda la tarde. Ya que la mayordoma era la esposa de un fotógrafo, las ancianas insistieron en que se pusiera como adorno un collar y aretes de fotografías, tamaño pasaporte, de los atractivos del pueblo, uniéndolas con un hilo. De haber sido la esposa de un panadero, habría llevado un collar y aretes de

[7] La presencia de los pescadores capturando humanos con sus redes de pescar en el gran festival es una costumbre característica de Juchitán, Espinal, Ixcatepec y San Blas, cuyos nexos con Juchitán son más estrechos aún que con Tehuantepec. Dicha costumbre sólo se ha repetido en Tehuantepec, durante las fiestas del barrio de Laborío, en donde predomina otro tipo de relación totémica con los pescadores. En el desfile de las flores de Laborío había *tarrayeros* lanzando sus redes, incluyendo a un individuo con una gran máscara, representando a un enorme pez sierra, hecha a base de madera. Se capturó a un cocodrilo pequeño y se le llevó al desfile, atándolo firmemente a una pequeña carreta especial llevada por un niño. La mayordoma de Laborío llevaba un "sombrero" de papel de seda en forma de barco. La única explicación que se nos dio fue que sólo lo hacía por mera "diversión". Es muy probable que el barco, las redes, el cocodrilo y el pez sierra, siendo estos últimos totems importantes de los zapotecas del Istmo y de los huaves, hayan tenido un valor significativo en el pasado, olvidado ya, en la actualidad.

pasteles y panecillos. Al relatarnos esta costumbre, la mayordoma nos comentó que estaba sumamente complacida de no ser la esposa de un herrero. Esa misma noche tuvo lugar el gran baile organizado por y para la "Sociedad Juvenil de Guichivere". A dicho baile se le conoce como *vela* para la fiesta del santo patrón. Se celebró bajo un cobertizo de lona, iluminado por lámparas de gasolina de luz muy tenue, considerando al suelo mismo como pista de baile. La decoración del "salón" constaba de columnas, arcos y cortinas de papel de seda y brillantes lentejuelas, colocando enormes espejos con marcos dorados en cada arco. Dicho baile representaba el evento social más importante de la fiesta y el gran momento esperado con tanta ansiedad: las jóvenes podrían lucir la hermosa y elegante vestimenta para la cual se habían esclavizado durante tantos meses, las madrinas mostrarían sus herencias, grandes cadenas y pendientes de oro de los cuales colgarían monedas de oro de veinte dólares; los niños y niñas permanecerían despiertos toda la noche para admirar el baile; los jóvenes harían nuevas conquistas y los hombres de mediana edad se sumirían en un completo estado de embriaguez.

El mismo día de la fiesta del santo patrón había otro desfile para hacer aún mayor la alegría del pueblo. Dos hileras de jovencitas ondeaban banderillas hechas a base de pañuelos de seda de varios colores. Lucían sus vestidos de seda en tonos brillantes de rojo, marrón, naranja y verde, con grandes franjas de dibujos minuciosos en tonos de amarillo, rojo y negro, cosidos cuidadosamente a máquina. Asimismo, lucían sus grandes huipiles de encaje blanco plegado y almidonado. Encabezando el desfile, al centro, caminaba el presidente de la Sociedad Juvenil, acompañado por dos bellas jovencitas, la tesorera y la secretaria, llevando en alto la bandera de su organización, una labor fantástica hecha a base de seda azul cielo con listón rosa en los bordes, de un dibujo muy minucioso de una joven de Tehuantepec ataviada en vestido de gala. La cara de la misma había sido recortada de una revista a color; el vestido estaba hecho empleando el material real y original: sedas y encaies de colores. un collar de monedas de papel dorado e

inclusive una jícara esmaltada real en miniatura colocada bajo el brazo. Tenía una inscripción en letras doradas que decía: "Gloriosa Bandera de la Sociedad Juvenil de Guichivere, Tehuantepec, 25 de junio de 1940". Después aparecía una bandera con los colores nacionales, mostrando la intención del comité de Guichivere de construir nuevas escuelas para los hijos de los campesinos del barrio ("Comité Pro-Escuela Ejidal de Barrio de Guichivere"). Para tal efecto, colocaron una mesa en la casa del mayordomo, de modo que todos aquéllos que desearan seguir bailando toda la tarde, a pesar del calor tan sofocante del medio día, pudiesen depositar sus contribuciones, las cuales constarían de cincuenta centavos hasta un peso.

El baile era todo un éxito, la marimba tocaba ritmos modernos, alternando con la murga que no tocaba más que sones. Hombres de todas las edades bailaban sin cesar con jóvenes tímidas y con madrinas que lucían sus grandes joyas de oro. El calor entre la multitud era sofocante, sobre las narices polveadas de las jóvenes había gotas de sudor, las camisas de los señores estaban empapadas. Todos bailaban con gran determinación, descalzos sobre el suelo blando, al ritmo de los valses, danzones y de los ritmos más modernos, haciendo tan sólo breves pausas para descansar, momento en que las jóvenes aprovechaban para abanicarse a sí mismas y a agitar sus amplias blusas para que el aire las refrescase. El momento por todos esperado y el más importante del baile era cuando los clarinetes anunciaban la canción regional de Tehuantepec, la Zandunga. Se oían los címbalos; el saxofón, la trompeta y los cuatro clarinetes tocaban como si cada músico tocase para sí mismo, todo un pandemonio de variaciones floridas acentuadas por el imponente y ruidoso bombo. Las parejas se agrupaban en la pista de baile colocándose el uno frente al otro. Había jovencitas, ancianas, ancianos, jóvenes, esperando a que el baile comenzase. Las mujeres, de mirada tímida, daban pasos discretos, primero hacia delante, después hacia atrás, recogiéndose ligeramente la falda, primero hacia un lado, después hacia el otro. Los hombres bailaban a tiempo de vals, seguido por un pequeño brinco con brazos flácidos, luciendo airosamente sus sombre-

ros sobre aquellas caras impasibles. La orquesta se dedicó a tocar a un tiempo de 3/4 mientras cada instrumento, a su vez, deleitaba al pueblo con solos muy bien estudiados. Uno de los músicos de mayor edad irrumpió con un gran falsete, colocando su mano sobre su oreja derecha, supuestamente para alcanzar un tono de voz más alto, cantando los erráticos versos de la Zandunga (Ver página No. 405).

El baile.

¡Ay! Zandunga...
Zandunga de oro, mamá por Dios,
Zandunga que por tí lloro,
cielo de mi corazón.
¡Ay! Zandunga...

El paso del baile cambió al zapateado, para lo cual los pasos de los hombres se hacían más enérgicos, girando en torno a su pareja, girando, asimismo, en torno a otras parejas para después volver a su sitio original. Las mujeres, seguían bailando mostrándose impasibles ante la actitud picaresca de su pareja. Los pasos de las jovencitas variaban tan sólo en que ciertas partes se bailaban dirigiendo la mirada hacia abajo y otras partes, por el contrario, dirigiendo la mirada hacia el frente. La murga entonaba toda una combinación deliciosa de popurrís, haciendo destacar a sus antiguos instrumentos mediante una serie de improvisaciones. El gran final se aproximaba cuando cada músico trataba de opacar a los demás con su estilo musical propio.

Tiempo después, la murga tocó una *diana* para anunciar la culminación de toda la fiesta. Se aproximaba ya el momento de la *Tirada de Fruta*. Todos se dirigían al patio de la parroquia. Las mujeres y las jovencitas aguardaban el momento con gran ansiedad, los hombres habían entablado ya una alegre amistad, adulándose unos a otros y recitando poesías. Un numeroso grupo de vagabundos invadió el área. Se colocaron bancas bajo la sombra en la puerta de la iglesia para los representantes del pueblo. Un grupo de jóvenes atractivas apareció al final de la calle. Llevaban sobre su cabeza *xicalpextles* de vivos colores, jícaras laqueadas llenas de fruta, de pasteles y de juguetes de barro, en torno a un enorme arreglo de banderas de papel de seda recortadas en forma agraciada. Era todo un espectáculo observar las cabezas de las jóvenes sobresalir al ondular las bandera sen colores de rojo, amarillo, negro y oro. Las jovencitas subieron al campanario de la iglesia, las campanas doblaban rápidamente, los cohetes explotaban por doquier, los vagabundos se aprestaban a tomar sus puestos, la flauta y el tambor tocaban un enérgico tema de "guerra" y desde el campanario

llovía todo un cúmulo de frutas, tales como mangos, plátanos, piñas enormes, así como una gran cantidad de juguetes. Las mujeres se regocijaban al lanzar las enormes piñas a la multitud, la cual se desplomaba al recibir el impacto de la piña. Un casco golpeó a un niño en la cara haciéndole una profunda herida en la mejilla. En lugar de sentir compasión por él, su madre le atizó una paliza. Poco a poco fueron lanzándose las vasijas de fruta a la multitud; los cocos y las piñas hacían un tanto peligrosa esta actividad. El entusiasmo duró hasta haber terminado con el último *xicalpextle* de fruta y de juguetes. Poco después, todo el mundo fue retirándose a sus hogares, algunos con heridas y chichones, aunque orgullosos de los premios obtenidos, no por su valor en sí, sino por el hecho de haber sido obtenidos en forma un tanto arriesgada (ver Album de Fotografías; foto 92).

El día siguiente a dicho evento tenía un nombre muy ceremonioso conocido como "lavado de trastes", día en que la mayordoma ofrecía una fiesta a aquellas ancianas que participaron y cocinaron, sirvieron y atendieron a toda la comunidad. Las ancianas que, por ende, estaban dotadas de una gran fortaleza, habían trabajado incesantemente durante casi toda una semana para ayudar a que la fiesta fuese todo un éxito, digno del buen prestigio del barrio. Hacían de esta ocasión todo un gran día: por lo menos una vez al año podrían beber, comer, y bailar a su antojo. Se les ofrecía un gran banquete y se les daba de beber. Contaban chistes en zapoteco un tanto censurables, bailaban entre sí y con cualquier hombre o niño que pescasen y, al anochecer, una vez terminada la fiesta, la escena semejaba a una versión pagana y tropical de los *Caprichos* de Goya. Al día siguiente, los hombres narraban su propia versión de dicho acontecimiento. Después de haber bebido toda la semana, dicha ceremonia, si puede así considerársele, no tenía nada nuevo que agregar, a excepción quizás de los pleitos inevitables al final del día. Era así como culminaba el período del antiguo mayordomo para dar comienzo al período de su sucesor. El barrio de Guichivere regresaba nuevamente a su apatía acostumbrada. Sin embargo, al día siguiente, el ocho de junio,

los barrios vecinos de Bixhana y San Pedro Xiwi (*šíwi*) darían comienzo a las fiestas en honor del santo patrón San Pedro, patrón de ambos barrios, preparándose así para opacar a las fiestas de Guichivere. Pasaría mucho tiempo antes de que los habitantes de Bixhana dejasen de alardear por el cúmulo de carretas decoradas que participó en el desfile, así como por el mayor número de jóvenes atractivas que participaron en la fiesta.

En Juchitán no existe el sistema de los barrios, de modo que sólo se celebra una gran fiesta comunal, desde el 18 hasta el 25 de mayo, en honor del santo patrón, San Vicente Ferrer. Hace poco que las autoridades locales modificaron el nombre de la fiesta, otorgándole el nombre de "Fiesta de la Primavera", por no poder dar reconocimiento y participar, a la vez, en una celebración religiosa. En esta época del año llegaban todos los juchitecos dispersos por todo el país para participar en dicho acontecimiento y aquéllos que estaban a cargo del mismo ponían todo su empeño para hacer de esta fiesta el evento más popular de la región. En 1941, se elaboraron e imprimieron programas minuciosos para pegarlos por todas las calles importando, asimismo, a un grupo de toreros de la ciudad de México. Se organizó un gran comité de fiesta, incluyendo a las autoridades municipales y militares, a los mayordomos y a sus esposas y a los empresarios y personas importantes de la sociedad de Juchitán. De hecho, la mayor parte de la población de Juchitán participó para organizar y llevar un control de las diversiones y de los gastos, además de hacerse cargo de los juegos, bailes y desfiles.

El festival se iniciaba con un desfile del comité organizador al romper el alba del primer día, acompañado por murgas, cohetes y el tañir de las campanas. Todas las mañanas y tardes se efectuaban todo tipo de eventos deportivos: atletismo con deportistas de Ixtaltepec, carreras de caballos, juegos de beisbol y basketbol, así como las grandes corridas de toros efectuadas en una arena improvisada mediante la construcción de una barda no muy firme, en una de las calles principales (ver Album de Fotografías; foto 74). También había kermeses y ferias, en las cuales se solía coronar a una reina, pero la mayor atrac-

ción del festival era el gran número de *velas*, bailes formales ofrecidos por los mayordomos, así como los desfiles que habrían de llevarse a cabo en los próximos días.

Las *velas* de Juchitán eran de lo más formal y elegante que se haya visto en todo el Istmo. Están organizadas por y para ciertos grupos específicos; por ejemplo, la *vela San Isidro*, el gran evento social para el Festival de la Primavera, es la fiesta de las familias de la alta sociedad, de los Saynes, los Martínez, los Jiménez y varias familias más. La que le sigue, la *vela San Vicente* es para todo el pueblo de Juchitán, compitiendo en esplendor con la *vela San Isidro*. Asimismo se encuentra la *vela Chegigo* para aquellos que viven al otro lado del río, la *vela íke giži* para la gente que se encuentra en los linderos de la ciudad, la *vela be'ne* (lo cual significa "cocodrilo") para los pescadores, así como las *velas* para aquéllos que llevan un sobrenombre común y que por ello consideran que existe una relación entre sí: la *vela Pineda*, la *vela López*, la *vela Primero* (puesto que se celebra el primero de mayo), para los descendientes del líder revolucionario, el "Che" Gómez y muchas otras más. La decoración de los "salones de baile" de Juchitán es sumamente rica en lentejuelas, gasas, papel de seda, espejos, lámparas de petróleo. Ahí hay mayor formalidad que en otros pueblos; las jóvenes suelen lucir con mayor frecuencia sus vestidos largos de noche y los hombres deben, cuando menos, llevar saco y corbata. El baile no puede dar comienzo sin la presencia de los anfitriones, acompañados por un grupo de mujeres colaboradoras de mediana edad llevando charolas de emparedados, de pasteles y de dulces, además de cartones de cerveza y refrescos, para distribuirlos entre los invitados. El baile se inicia en el momento en que las mujeres bailan solas el famoso *son yá*, un son sencillo y llano. De ahí en adelante el baile continúa como cualquier otro evento social. Se escuchan constantes danzones seguidos de ritmos más modernos y valses, hasta las primeras horas de la madrugada, momento en que los jóvenes abandonan el salón para dejarlo a los mayores, quienes disfrutan enormemente bailando La Llorona y otros sones antiguos.

Ixtepec, o mejor dicho, el antiguo San Jerónimo, también celebró el día del santo patrón con un festival entusiasta. Sin embargo, la atracción primordial de esta fiesta no era el santo o el baile, sino las dos reinas de la fiesta, quienes serían coronadas en el gran baile. Reinaba un entusiasmo absoluto en el pueblo y no se hablaba de otra cosa que no fuese la elección de las futuras reinas, de ahí que las autoridades militares interviniesen para controlar la situación y tomasen medidas preventivas para evitar un derramamiento de sangre entre los partidarios fanáticos de ambas jóvenes, quienes, para empeorar aún más le situación, pertenecían a familias muy prominentes de los dos antiguos partidos políticos opuestos, el "Rojo" y el "Verde". El caso era muy complejo. De hecho, para lograr reunir los fondos necesarios para hacer del festival todo un gran evento, había que someter a votación la elección de la reina, para lo cual había que comprar los votos al comité organizador. La votación entre ambas candidatas fue muy reñida y, al final, cuando parecía que una de ellas llevaba la delantera por un mayor número de votos, alguien depositó sigilosamente un billete de mil pesos en la urna. Esto modificaba la elección, sólo que los partidarios de la otra joven se opusieron a ello e inclusive amenazaron con someter el caso a un juicio jurídico. Los ánimos comenzaron a exaltarse y justo en el momento en que la tormenta parecía estallar, las autoridades optaron por sugerir la brillante idea de la doble reina. Ambas reinas fueron coronadas en tronos idénticos con coronas exactamente iguales, una por el mayor y otra por el general segundo al mando. Sin embargo, nunca faltaban las malas lenguas que se encargaban de mofarse de las reinas. Afirmaban que la corona no era digna de la Reina A, ya que la Reina B había sido desairada al aceptar que el general, que ocupaba un puesto superior al mayor, coronase a la Reina A.

Sin embargo, pasado este embarazoso incidente, el pueblo disfrutaba de la fiesta del santo patrón en la forma usual, haciendo, por supuesto, mayor hincapié en la importancia del rango y en la denominación de los "capitanes" y "padrinos" de las diversas actividades: de las flores, del desfile, del baile, etc.

Había inclusive un capitán de autobuses y otro de jinetes. En Ixtepec existe la tradición de llevar al ganado a que beba agua del río. A los toros se les puso en pares, sujetándolos por los cuernos, para llevarlos al río. Formaban un gran hato que levantaba grandes nubes de polvo acompañados por las murgas, las mujeres y las jóvenes, las banderas y los hombres, tanto jóvenes como ancianos, bien provistos de botellas, las cuales guardaban en los bolsillos de sus pantalones. Para cuando llegaban al río, los toros se encontraban ya demasiado asustados por los cohetes y la música como para beber agua, pero las botellas de mezcal circulaban libremente y los hombres celebraron el abrevadero en masa de los toros proveyéndose a sí mismos con aguardiente. Las jovencitas formaron grupo aparte para sentarse bajo la sombra de un árbol bombáceo, deleitándose con el agua de horchata, hecha a base de semillas de melón, disueltas en agua, con azúcar y canela, de las jícaras. La fiesta continuó así durante toda una semana, con desfiles, corridas de toros y bailes, para finalizar con el gran baile que tuvo lugar bajo una inmensa tienda de circo, alegrada por tres murgas y honrada por cien de las bellezas más destacadas de Ixtepec, quienes lucían sus mejores vestidos de seda y sus respectivas joyas de oro para mantener en alto el buen prestigio de su pueblo natal.

Amén de las constantes fiestas religiosas y semireligiosas, se encuentran las fiestas nacionales oficiales: el Año Nuevo; el 1o. de Mayo (día del Trabajo), celebrada con discursos políticos y desfiles, a cargo de los sindicatos, escuelas y maestros; el aniversario de la derrota del ejército francés invasor en 1863, el 5 de Mayo, día en que el pueblo se ve deleitado por las autoridades militares con desfiles y artificios y, por supuesto el 16 de septiembre, día del aniversario de Independencia, fecha en que México se liberó del yugo español. La víspera de dicha fiesta nacional, el mayor de Ixtepec aparecía en su balcón a las once en punto de la noche, para ondear la bandera y gritar "¡Viva México!" en medio de una explosión de cohetes, del Himno Nacional tocado por las marimbas y murgas, por las trompetas y tambores de los soldados. Abajo en las calles

se veía a un grupo de niños desfilar con antorchas y linternas, mientras los borrachos trataban de torear a un torito, hecho a base de bambú y de papel maché, llevado sobre los hombros de un individuo, lanzando bocanadas de fuego de su arsenal de fuegos artificiales, un toro más peligroso aún que un toro de carne y hueso. Por doquier se veían soldados desfilando, panorama muy halagador para todos los istemños y flotillas de camiones con jóvenes atractivas luciendo sus ricos trajes regionales. Aquella misma noche se celebraría el gran baile, de modo que en el Palacio Municipal no se veía otra cosa que mujeres bellas, collares de monedas de oro, uniformes militares y trajes de anascote obscuro de los ixtepecanos. Mientras tanto, había soldados en el exterior del salón portando bayonetas, prestos a dispersar cualquier disturbio, mientras las mozas encargadas de la cantina iban de un lado a otro llevando bebidas refrescantes a los señores, extenuados ya por el intenso calor, debido a sus trajes de fiesta de lana.

Año nuevo en el Istmo

Dos o tres días antes de la Fiesta de Año Nuevo, los mercados de Tehuantepec y Juchitán reflejan gran colorido y alegría con sus pequeñas figuras de barro, que aunque modeladas en forma imperfecta, tienen un dejo expresivo, aunado a sus vivos colores, invadiendo así las banquetas y pasajes entre los puestos de los mercados visitados por la muchedumbre. Dichas figuras conocidas como *tanguyú*, son obsequios que las mujeres ofrecen a los niños para Año Nuevo. Hay caballos con jinetes para los niños, figuras de mujeres con faldas de campana, con un bebé en brazos y un canasto de frutas sobre su cabeza para las niñas, así como réplicas diminutas de ollas, molcajetes y platos pintados. En Juchitán se acostumbra pintar a estos juguetes en tonos de blanco, con diseños primitivos en tonos vivos de azul rojo y amarillo; los regalos de Tehuantepec, traídos del barrio de Bixhana, son todos de un color rojo con toques ligeros de pintura blanca y oro. Los *tanguyú* tienen vigor y

humor, semejanzas plásticas a los figurines de la antigua Creta en su forma y espíritu, de concepción primitiva, de espíritu sofisticado, de rasgos neoclásicos, tomando quizás como modelo a una estatuilla europea, colocando la cara modelada sobre un cuerpo modelado por manos hábiles que han hecho ya miles de *tanguyú*.

A los niños les encanta su *tanguyú*, aún cuando sea por unas cuantas horas, como puede verse en esta conmovedora canción infantil de Juchitán:

tanguyú, tanguyú,	muñeco de barro, muñeco de barro,
si nudie'nuyà:lu'	qué no daría yo por que pudieses baliar,
si nudie'nuyà:lu'	qué no daría yo por que pudieses baliar,
tanguyú...	mi muñeco de barro...

Los niños de cada pueblo del Istmo acostumbran hacer, para la noche del 31 de diciembre, un muñeco simulando a un anciano, valiéndose de ropa vieja, mezclada con perfollas de maíz. Lo sientan sobre una silla y desfilan con él por todo el pueblo, golpeando botes viejos, para ir de casa en casa visitando, asimismo, puestos de alimentos y cafeterías, en donde generalmente se reúne un gran grupo de gente, para pedir limosna, cantando este pequeño estribillo: "Una limosna, por favor, una limosna para este pobre viejo que habrá de morir hoy, dejando a un hijo, el Año Nuevo". Las monedas que se reúnen se depositan en una caja de madera, con una pequeña hendidura en la parte superior, que cuelga del cuello del muñeco.

Como caso tácito de la forma en que surge una costumbre en Ixtepec, valdría la pena citar un ejemplo muy divertido, en lo que respecta a la ceremonia anual, celebrada en dicho sitio, el último día del año. Hay un pobre holgazán oriental, conocido como Chimplín, quien se conforma con llevar una vida precaria, limpiando los furgones de ferrocarril. Su aspecto es atemorizante, un individuo terriblemente flaco y prognato, de cabello largo y despeinado, cubierto por una capa gruesa de aceite, descalzo, vestido con ropa hecha para personas del doble de su talla. A excepción de sus ojos pequeños y sus dientes amarillos, Chimplín está cubierto por una capa densa de aceite. Hace

ocho años, un grupo de alborotadores que festejaba el Año Nuevo, llegó a la conclusión de que Chimplín necesitaba un buen baño, un corte de pelo y ropa limpia, de modo que entre todos organizaron un plan para sorprender al pobre oriental. Desde entonces, el aseo de Chimplín se ha convertido en tradición en Ixtepec. Cada 31 de diciembre hay una pandilla que se encarga de capturar a Chimplín, de atarlo y de llevarlo al río, en donde se le desviste para bañarlo varias veces: una vez con gasolina, otra con agua y arena y por último con agua y jabón. De camino al río, tortuoso, por cierto, para Chimplín, la pandilla pasea a su presa por todo el pueblo, solicitando ropa vieja, jabón y dinero para el pobre Chimplín, quien trata de defenderse de sus benefactores, dando patadas y mordidas como un loco. Una vez que ha quedado limpio, pasa a manos de un peluquero voluntario, presto a cortarle el pelo, entregándosele posteriormente el dinero que haya sobrado para su uso personal, dejándolo por fin en libertad. A los pocos días, Chimplín vuelve a quedar nuevamente tan negro como el pecado y la capa de aceite que lo cubre es cada vez más gruesa, esperando así el siguiente baño de Año Nuevo, momento en que todos le obligarán a que se someta a su aseo anual.

Los bailes abundan por doquier para recibir el Año Nuevo y hay una misa que se celebra a media noche en Tehuantepec, para los piadosos. Como de costumbre, las jovencitas lucen sus vestidos de fiesta y los hombres caen en un absoluto estado de embriaguez. Al dar las doce, se comportan como todos los demás, felicitándose y deseándose unos a otros un feliz Año Nuevo. Las orquestas entonan *dianas,* los cohetes explotan por doquier y aquéllos que portan un arma disparan en la obscuridad de la noche para recibir el Año Nuevo con mayor alegría.

A la mañana siguiente, el día del Año Nuevo, el pueblo se levanta tarde con una cruda terrible, debido a la mezcla de cerveza y el mezcal que ingirieron la noche anterior. Pese a ello, a las ocho de la mañana, una murga y un grupo de ciudadanos importantes se reúnen frente a la casa del presidente municipal (recientemente "electo" para el próximo año), que es elegido, en realidad, por los políticos más importantes del

pueblo. Lo solicitan para que presida la ceremonia de la toma de posesión, celebrada en todo México en ese evento tan especial.[8] La murga entona alegres sones y el tronar de los cohetes se escucha por doquier; el nuevo presidente municipal encabeza el desfile, seguido de sus partidarios, sus *ediles* (oficiales menores en su gobierno) y de los miembros del comité regional del P. R. M., el Partido más poderoso de la Revolución Mexicana, para dirigirse al Palacio Municipal y tomar posesión de su cargo. A las diez de la noche se encuentran ya en la plaza principal en torno al ímpetu de la música de la murga y de las explosiones, que bien pueden ser de cohetes o de disparos provenientes de aquellos candidatos decepcionados al no haber sido reelectos para cubrir el cargo, o bien, de aquellos miembros del partido local "Rojo" o "Verde", que se oponen al partido del nuevo presidente municipal.

Mientras el agente del Ministerio Público presencia el juramento del nuevo presidente municipal, hay una multitud que lo espera fuera del palacio municipal. Desde el balcón del palacio se escuchan discursos en español, floridos e impregnados con el lenguaje revolucionario y llenos de alabanzas en honor a la raza y al futuro de los indígenas. Dichos discursos se traducen al zapoteco en beneficio de aquéllos que no hablan español. La ceremonia concluye en medio de múltiples explosiones, de un sinfín de *dianas* tocadas por la murga y en torno a múltiples aplausos. Debido a un compromiso obligatorio contraído entre los "Rojos" y los "Verdes", la toma de posesión de 1941 en Ixtepec, Juchitán y Tehuantepec, fue una de las pocas, en tantos años, que se celebró sin mayores contratiempos y sin batalla sangrienta alguna.

---

[8] En los pueblos mexicanos antiguos, el símbolo de autoridad está representado mediante un báculo de madera preciosa con pomo de plata u oro, mismo que se conserva en el Salón de Cabildos del Palacio Nacional. En ciertos poblados antiguos y aún en ciertos poblados indígenas pequeños de hoy en día, como los de los huaves y los mixes, dicho báculo o báculos son importantes para la ceremonia de la toma de posesión. En los pueblos huaves se les da una importancia preponderante, mereciendo, por ello, los honores de aquéllos que participan en ella. Existe una expresión en Juchitán en memoria de este símbolo: "*na'se bè ya.àga ká*", lo cual significa "El tiene el báculo", la autoridad, refiriéndose, naturalmente, al nuevo presidente municipal.

Los hombres se reúnen en la plaza del pueblo durante toda la tarde, tanbaleándose y riñendo con sus amistades, esposas y madres, quienes tratan afanosamente de mantenerlos de pie y, de ser posible, de llevarlos a casa antes de morir a golpes, o bien, de ser puestos en la cárcel; mientras tanto las bellezas de la ciudad pasean con sus vestidos domingueros con el fin de llamar la atención a ojos que están demasiado cegados por el alcohol para poder apreciarlas.

Apéndice

Calendario de Fiestas de Tehuantepec

Enero 1.—Fiesta de Año Nuevo. Bailes, misas, paseo general. Toma de posesión del presidente municipal del pueblo.

Enero 20.—Fiesta del barrio de San Juanico, Tehuantepec.

Febrero 2.— La Candelaria. Feria y fiesta del santo patrón del pueblo huave de San Mateo del Mar. Bailes, carreras de caballos.

Marzo y abril.—Pascua, la única fiesta exclusivamente católica, importante. La fecha de Pascua es variable, por la cual las ceremonias se celebran con dos meses de anticipación. En 1941, la celebración se inició en Lieza, el sábado, 20 de enero, continuando cada domingo, respectivamente, en Mixtequilla, Laborío, Santa Cruz, San Blas, Santa María y Jalisco. De ahí en adelante se celebró cada viernes durante seis semanas, desde el 28 de febrero hasta el 4 de abril, en Tehuantepec, Chihitán e Ixtepec.

Mayo 1.—Día del Trabajo. Desfile de sindicatos, discursos, etc.

Mayo 3.—Día de la Santa Cruz, santo patrón del barrio de Santa Cruz, en Tehuantepec. Pequeñas fiestas celebradas en honor de las cruces que se encuentran en el Monte Jaguar y en la Cueva Lieza.

Mayo 5.—Fiesta nacional conmemorando la derrota del ejér-

cito invasor francés, en 1863. Desfile militar, discursos, cohetes, etc.

Mayo 15-25.—Fiesta de la Primavera en Juchitán, desfile de gran colorido, bailes, carreras de caballos, corridas de toros, fiestas, etc. Se celebra el mismo día de la fiesta del santo patrón del pueblo, San Vicente, sólo que en la actualidad ha perdido ya su importancia religiosa para convertirse en una especie de fiesta nacional para los juchitecos.

Mayo 25.—Feria y fiesta del santo patrón del pueblo de Tlacotepec. A ellas asisten los habitantes de los pueblos vecinos y, especialmente, los mixes y los huaves.

Mayo 30-junio 1—Fiesta del barrio de Bixhana, en Tehuantepec.

Junio 12.—Fiesta de los barrios de Calvario y San Antonio, en Tehuantepec.

Junio 24.—Fiestas de Totonilco, Lieza, Guichivere y El Cerrito, todos barrios de Tehuantepec.

Junio 28.—Fiesta del santo patrón de Xihui, barrio de San Blas; fiestas también en los barrios de Bixhana y Totonilco de Tehuantepec.

Julio 22.—Fiesta del santo patrón de San Blas; fiesta también en Santa Cruz, en Tehuantepec.

Agosto 15.—Fiesta del barrio de Santa María, en Tehuantepec.

Agosto 16.—Fiesta del barrio de San Jacinto, en Tehuantepec.

Agosto 22.—Fiesta del barrio de San Sebastián, en Tehuantepec.

Septiembre 8.—Fiesta del barrio de Laborío, una de las fiestas más importantes de Tehuantepec.

Septiembre 16. Fiesta nacional celebrando la Independencia de España. Desfiles, bailes, discursos, ferias, etc.

Septiembre 29.—Fiesta del santo patrón de San Jerónimo Ixtepec.

Octubre.—Fiesta del barrio de Jalisco, en Tehuantepec.

Octubre 9.—Fiestas de los pueblos huaves de San Dionisio y San Francisco del Mar.

Octubre 18.—Fiesta del barrio de San Sebastián, en Tehuantepec.

Noviembre 2.—Día de Muertos, Día de las Animas. Ofrendas en el hogar y en el cementerio para los muertos.
Noviembre 22.—Fiesta del santo patrón de Ixtaltepec.
Diciembre 8.—Fiesta del pueblo huave de Santa María del Mar.
Diciembre 24.—Noche Buena, culminación de una semana de celebraciones, con bailes todas las noches y regalos para los invitados (*posadas*).
Diciembre 31.—Fiesta de Año Nuevo. Desfiles, bailes y misa a media noche.

XII

LA MUERTE Y LO DESCONOCIDO

A pesar del gran hospital recientemente inaugurado en Juchitán, de las farmacias tan bien abastecidas y del creciente número de pacientes atendidos por los escasos médicos de la región que cuentan con título profesional, en el Istmo predomina aún el arraigo hacia las causas sobrenaturales de enfermedad y de muerte, aunado a la ingenuidad y a la fantasía de la magia indígena y a la sapiencia española, aspectos tan latentes en la ágil imaginación zapoteca. Aun los mismos pacientes jóvenes, supuestamente emancipados, que cuentan con una educación escolar se ponen tarde o temprano en manos de curanderos, a menudo instados por los mismos padres, que tienen muy poca fe en la medicina moderna y que, con frecuencia, la mezclan lamentablemente con la superstición. Esto se hace más palpable aún en el caso de los niños que enferman, encontrándose con frecuencia desnutridos y afectados por enfermedades intestinales, parásitos y malaria. Aquel niño que logra sobrevivir más allá de los tres primeros años de vida, tan críticos en la niñez, se fortalece, preparándose así a soportar condiciones más adversas.

Las enfermedades más comunes son la fiebre malárica y la fiebre tifoidea, las enfermedades intestinales ocasionadas por dietas inadecuadas, parásitos, cólicos, disentería amibiásica y diarreas fatales. Son comunes también la tuberculosis, las enfermedades venéreas y el reumatismo. Hay muy pocos médicos en la región, el pueblo no los apoya lo suficiente, el costo

de las medicinas es prácticamente prohibitivo y, los curanderos, considerados como miembros prominentes y respetables de la comunidad, cuentan con el apoyo de los miembros de mayor autoridad en la familia. No hay un nombre especial para ellos, como no sea el de la palabra española de "curandero". En Juchitán tan sólo se les conoce por su nombre o sobrenombre, con un cierto tipo de título adicional, *žibi*; por ejemplo, *Juan-žibi.* Son especialistas en huesos, curanderos de huesos que practican los vestigios de las prácticas medicinales indígenas antiguas, basándose en el masaje, en las propiedades de las hierbas y raíces, en el uso de los baños de vapor, etc., descripción que podría requerir un estudio muy especial. A los especialistas en huesos se les agrega la palabra *žita* ("huesos") a su nombre, como *José-žita.*

A la magia negra se le considera como causante primordial de la mayoría de las enfermedades, ideando conceptos muy peculiares en cuanto a las causas y la cura de la enfermedad, provocada, según ellos, por circunstancias repentinas y casuales ajenas al control de la víctima. El más temido de estos achaques sobrenaturales es el *espanto, žibigiža.* Alguien puede "espantarse" al mirar repentina o voluntariamente algo horrigle, aterrador o prohibido, al presenciar un asesinato, al recibir un profundo impacto o al ser perseguido por fantasmas. La víctima sufre de un desasosiego general, de una falta de apetito, de lasitud, de neurosis y tarde o temprano se "seca" y muere. Se sabe de tres casos que muestran este extraño concepto, en el que aparentemente existen padecimientos del sistema nervioso, complicados por una tuberculosis. Caminando por los matorrales, una mujer de Santa María encontró repentinamente el cuerpo de su hermano, perdido ya por espacio de cuatro días, en estado de descomposición y carcomido ya por los buitres. Se dice que "se tragó el hedor" y perdió el conocimiento, al estar espantada. Se cuenta también del caso de una mujer de San Blas, renuente a cumplir con sus obligaciones maritales. Su esposo, ávido de mantener relaciones sexuales, no tardó en morir, persiguiéndola, desde entonces, para hacerle el amor fantasmagóricamente. La pobre mujer enfermó y se consumió

y, para cuando nos enteramos de la historia, se encontraba prácticamente al borde de la muerte. Sus amistades y parientes agotaron todos los recursos de los curanderos. Llevaron flores a la tumba del esposo, invocaron y maldijeron al difunto, quien persistía en "asustarla" en forma tan depravada. El sacerdote del pueblo se interesó en el caso y rezó oraciones especiales, rociando la tumba con agua bendita, sin tener éxito alguno. Se cree que la mujer jamás logrará recobrarse. Asimismo, se cuenta del caso de un niño que vio, sin querer, a una pareja hacer el amor. El niño enfermó de inmediato. Tres curanderos famosos emplearon todas sus curas en él inútilmente y, de no habérsele obligado a "confesar" lo que había visto, que tanto le había aterrorizado, habría muerto irremediablemente. Esto fue lo único que logró salvar su vida.

La cura para el *žibigiža* consiste en "soplar" para ahuyentar al espanto. El curandero hace una serie de tres "soplidos" cobrando un peso por cada uno de ellos. El procedimiento es el siguiente: se hace la señal de la cruz en distintas partes del cuerpo. El doctor sopla más fuerte cada vez y coloca montoncitos de tierra en cada uno de los cuatro puntos que forman la cruz. Se implora a varios santos y se pronuncia el nombre del paciente, acercándose a una calabaza, a la cual se le sopla, rezando oraciones católicas en español que, ante los ojos del pueblo sencillo de habla zapoteca, encierran gran misterio y poderío:

Cuerpo miedoso, ¿por qué te espantas?
Cuerpo cobarde, no tengas miedo,
Vuélvete, Bartolomé,
A tu casa y a tu mesón,
Para que le des tu perdón.
Que no muera de parto, que no muera de espanto,
Que no muera sin confesión.
Que ese espanto caiga al mar,
Que caiga en los montes para que no coja a otra pobre.[1]

[1] Frances Toor, *Mexican Folkways*. Vol. II, No. 7, 1926.

Cuando los primeros curanderos fallan, se recurre a otros, mismos que ponen en práctica sus curas en grupos de tres. Al agotar todos estos recursos, se aboga al último recurso que consiste en que el paciente "declare" lo que vio, que tanto le atemorizó. Se le pasea por el pueblo, montado de espaldas sobre un burro, seguido de una multitud que grita: "¡*dižakuti žibigiža*!" ("¡el espanto lo está matando!"). La víctima debe narrar su historia cuantas veces vaya deteniéndose la procesión.

Existe otro tipo de espanto conocido como *gizagiá*", un tipo de locura sexual, como en el caso de un hombre de Tehuantepec que sorprendió a la joven que amaba en la cama con otro hombre. Nada le habría ocurrido de haber matado al culpable y raptado a la joven. En lugar de ello, reprimió sus sentimientos y muy pronto enfermó. Sus orejas se separaron, tornándose delgadas y puntiagudas, sus ojos ardían de fiebre y poco a poco fue enflaqueciendo cada vez más. Se le dijo que fuese al río cada mañana, acompañado por el curandero, para cavar siete hoyuelos en la playa y arrojar piedrecillas dentro de ellos. La cura fracasó y el hombre fue llevado ante un sembrado de plátanos para abrazarse al tronco de un platanal y "confesarle" lo ocurrido, mientras se le daban masajes en la espalda con *anisado*, bebida dulce de ron con sabor a anís. El árbol absorbió la maldición, se marchitó y murió, salvando así la vida del hombre.[2]

Uno de los achaques mágicos más peculiares de Tehuantepec es la enfermedad conocida como *vergüenza* (*stu'i* en zapoteco) causada por una humillación o ira reprimida como, por ejemplo, cuando se es insultado o puesto en ridículo en público y no es posible defenderse o responder al insulto. Una joven de Juchitán enfermó de *vergüenza* tan sólo al ver que las marchantes del mercado se burlaban de ella con comentarios y gestos disimulados. Los síntomas son el cólico, pulsaciones en el abdomen, dolores de cabeza y depresión general. La cura para la *vergüenza* es sencilla; se le da a beber al paciente

[2] Existe una forma muy sutil del "miedo" llamado *šilasé* ("tristeza"), cuyos síntomas son idénticos a una melancolía extrema que va consumiendo al paciente paulatinamente. Se cura con té de tamarindo y con hojas de cordoncillo.

media calabaza de barro diluido y se le aplica una capa de lodo sobre el abdomen. Existen otros recursos para curar esta enfermedad, como lo son el emplear sebo derretido y el recitar ciertas palabras para expulsar las pulsaciones del cuerpo. Hay una manifestación peculiar de la *vergüenza* que se presenta en forma de infecciones en los ojos, conjuntivitis, etc., causadas, supuestamente, por "la vergüenza en los ojos". A esto se le conoce en zapoteco como *gúče bučaci lú:bè* ("ira de la iguana en el ojo"). La única forma de curar este mal es recurriendo a la magia. El curandero emplea un plato de cerámica lleno de agua, al cual se le agrega dos chiles, una rama de epazote, una hierba aromática, dos cuchillos de acero y cuatro varas pequeñas de bambú. Con los cuchillos forma una cruz en el plato y pronuncia conjuros, maldiciendo a la iguana imaginaria, causante de la enfermedad, haciéndola pedazos, los cuales supuestamente habrá de entregar a los presentes, llamándolos por su nombre: "Fulano puede tomar la cola, Fulano la cabeza", etc., hasta haber repartido las patas, el corazón, los intestinos y las demás partes de la iguana. Posteriormente grita "¡Fuera!" "¡Largo!" "¡Esta paciente tiene otros asuntos que atender!" "¡Déjala!" "¡Largo!". A esto se le llama *regañar la vista,* mientras pasa las afiladas navajas del cuchillo sobre la ceja, en su afán de disecar a la iguana, limpiando los cuchillos en cada ocasión con agua y moviendo las varas de bambú como si tratase de retirar los restos de la iguana destazada del ojo irritado e hinchado.

La maldición universal del mal ojo (*gendaroyá*) en Tehuantepec se debe, aunque parezca sorprendente, al amor o admiración que un individuo pueda sentir hacia otra persona, al cariño que un hombre o mujer pueda sentir hacia alguien más, particularmente hacia un niño y que, a pesar de ello, reprime su instinto de acariciarlo. El mal de ojo puede ser causado inadvertida o involuntariamente, como en el caso de una mujer sin hijos que envidia o desea tener el hijo de otra mujer. Estando en una fiesta, un borracho se sintió atraído por un bebé que se encontraba en los brazos de su madre. Al darse cuenta de lo ocurrido y, aún a pesar de su estado de embriaguez, el hombre corrió

hacia el niño y pellizcó su mejilla, anulando así la maldición. El niño lloró pero la madre se mostró sumamente agradecida por ello. En caso de que la maldición hubiere recaído sobre el niño, se habrían presentado síntomas tales como fiebre, vómito, tos o diarrea. Para curarlo, se le tendrían que haber dado fricciones a su cuerpo con *anisado* y cubrir su torso con flores y hierbas aromáticas, como las albahacas, dos chiles, dos limones y huevo para absorber el mal de ojo.

El hechizo causado por una mujer puede ser fácilmente contrarrestado, no siendo así el mal de ojo causado por un hombre, puesto que se considera que es difícil de curar y que aún en ocasiones puede ser mortal, al menos que sea el hombre mismo el que rompa con el hechizo, o al menos que la víctima utilice algo de ropa que haya absorbido el calor de su cuerpo, similar a una camisa sudada. El mal de ojo puede tener su origen en los adultos en una persona apasionada, aunque lo mantenga en secreto, del sexo opuesto. Por ejemplo, si un individuo siente un enorme deseo, por largo tiempo reprimido, de amar a una mujer o de acariciar sus posaderas, sería preferible que lo hiciese. De no hacerlo, podría convertirse en víctima del hechizo incurable del mal de ojo masculino.

El aire (*gendario:bí*, lo cual significa "ser golpeado por el viento") es otro de los achaques mágicos causados supuestamente por aires malévolos que penetran en el cuerpo provocando enfriamiento, bronquitis y reumatismo. La cura del mismo radica primordialmente en el masaje, para lo cual las curanderas suelen ser expertas, además de dar fuertes fricciones de anisado o de alcohol alcanforado y de aplicar ventosas para extraer los aires malignos que han penetrado en el cuerpo. Esto debe complementarse con aplicaciones de paños calientes.

La brujería

Los tehuanos tienen una clara distinción entre los espíritus sobrenaturales ordinarios (los duendes), los *bišé* y los *biniší*, y los brujos o hechiceros, que son verdaderamente peligrosos

(*biža'à*), los cuales se convierten en animales para cometer todo tipo de pillajes a sus semejantes.

Es difícil distinguir a los *bišé* y a los *biniši*. Se contentan con amedrentar y hacer burla a los demás. Vagan por todo el pueblo durante la noche, atravezando el puente repetidas veces y destruyendo las vigas sueltas de los andenes del puente. Hay espíritus masculinos y femeninos que seducen a las personas del sexo opuesto, orillándolas a salir del pueblo hasta perderse en la maleza. Se enamoran con frecuencia de ciertas personas y son susceptibles a celos irascibles, escondiendo la ropa de la persona amada y arruinando su apariencia personal. Se cuenta, inclusive, que hay personas a las que repentina e inexplicablemente se les ha despeinado, se les ha desgarrado la ropa o se les ha pintado la cara con una franja de color azul. Una mujer de Juchitán relató la historia fantástica de un espíritu celoso de su esposo con quien había contraído matrimonio tan sólo hacía algunos meses. El malévolo *bišé* trató primero de contaminar sus alimentos con cabello femenino, el cual aparecía aún en el agua que bebía. Asimismo, la llave del arcón en donde guardaba su ropa solía desaparecer cada vez que intentaba vestirse para salir. El espíritu se tornó violento poco después, mordiendo a su víctima ferozmente (la mujer mostró las cicatrices). Finalmente, el marido enfermó y murió en escasas semanas. El espíritu se mostró ante la víctima adoptando la personalidad de una mujer diminuta, de escasas pulgadas de altura, quien había sido la amante del esposo hacía algún tiempo cuando trabajaba en el norte. Es muy probable que esta historia no haya sido más que producto de su imaginación, provocada por el celo excesivo de una esposa, o bien no demasiado joven, o no muy hermosa. Sin embargo, la mujer afirmaba tener testigos que confirmarían su historia, asegurando que las cicatrices en la espalda, brazos y piernas aun reflejaban las marcas de los dientes diminutos.

Los *biniži*, de tez blanca en su mayoría, convierten a las personas en idiotas (*binigiza*). Provocan alucinaciones y hacen que la gente vea bosques incendiados, árboles que caen, etc. Por el contrario, los temibles *biža'à* son seres humanos capaces, debido

al pacto que tienen con el *biniža:ba* (el diablo), de transformarse en animales, como puercos (*biwi-bižá'à*), perros, toros y monos que chupan la sangre de las personas mientras duermen o que maltratan y dañan a los niños mientras se encuentran en el seno materno, lo que explica el motivo por el cual ciertos niños nacen dañados o muertos. Para convertirse en *bižá'à*, saltan cuatro veces, maldiciéndose a sí mismos y a sus padres mientras se ponen la piel del animal al cual desean convertirse. Uno de los sitios predilectos para efectuar dichas transformaciones es la roca del barrio de Jalisco conocida como *gie'žuna:žì*. Temen a la luz del día pero el brillo de la luna les es propicio. Los perros guardianes saben diferenciar a este tipo de bestias de los animales ordinarios e inocentes, ladrando con gran furia, aparentemente sin motivo alguno, cuando ven a un impostor de este tipo.

Hay muchas formas de anular o de expulsar a un *bižá'à*, pero la forma más eficaz consiste en orinar sobre él o en golpearlo con un pedazo de cuerda o tela bañado en orina humana. Para capturarlo, basta con sujetar su sombra con una aguja o con cualquier instrumento metálico aguzado, con lo cual no podrá escapar. Seguramente suplicará y llorará para que se le deje en libertad. Si se le deja allí, se le encontrará a la mañana siguiente cautivo como una mariposa puesta en la caja de un naturalista, sin poder escapar. Los *bižá'à* son alérgicos al ajo y a los instrumentos de hierro aguzados. Una joven comentó que este tipo de espíritus, al verse atrapados, prometen dar cualquier tipo de obsequios si se les libera, promesa que siempre cumplen al día siguiente. Sin embargo, los obsequios se convierten en tierra al ser tocados por manos humanas. Los dientes de ajo esparcidos por toda la puerta de una casa los ahuyenta y a los niños se les protege colocando un diente de ajo o un diente de oro de cocodrilo sobre su cuello. Es recomendable poner una escoba cerca de la cama, un cuchillo o un par de tijeras bajo la almohada sobre la que uno duerme. A los niños se les pone alfileres de seguridad en sus almohadas mientras duermen por el mismo motivo.

Es muy probable que la creencia en el *bižá'à* sea un concepto indígena, a pesar de que en muchos aspectos coincide con la creencia en los licántropos de Europa. Ambos se convierten en animales a su antojo, son alérgicos a los instrumentos de hierro aguzados, al aullido de los perros y a la luz del día y a ambos les gusta alimentarse de los humanos mientras duermen y de los bebés que se encuentran aún en el seno materno. Sin embargo, Bernardino de Sahagún[3] relata sobre los brujos malévolos de principios del siglo XVI, antes de que la ideología española se incorporase a la ideología indígena, los cuales se transformaban en animales, volaban en las alturas y cometían todo tipo de infamias a los miembros de una familia, primero inmovilizándolos con el sólo hecho de tocar su puerta con la mano inerte de una mujer que acababa de morir al dar a luz. Para protegerse de dichos brujos, se solía colocar un cuchillo de obsidiana dentro de un recipiente de agua al lado de la puerta, recurso semejante al de las tijeras y los alfileres de seguridad que se emplean hoy en día con el mismo fin.

Bernardino de Sahagún cita a ocho tipos de brujas y a alrededor de quince tipos de hechiceros (incluyendo a oráculos, curanderos, magos, hipnotizadores y brujos verdaderos, los *nahualli*). Entre los más perniciosos se encuentran los "hombres-búhos" (*tlatlacatecolo*), quienes producían la enfermedad y la muerte, los caníbales *teyolloquani*, hambrientos de corazones, y los *tecotzquani*, quienes se alimentaban de las pantorrillas de los seres humanos. Asimismo, había hechiceros y curanderos que sanaban a los enfermos mediante brebajes herbáceos, masajes, baños de vapor, hipnotismo y autosugestión, que extraían guijarros del sitio en donde se localizaba el dolor o que extraían gusanos de dientes infectados, que desangraban a sus pacientes, etc.. Sus diagnósticos se basaban primordialmente en la adivinación, arrojando granos de maíz, "observando el agua" y empleando muchos de los trucos de los curanderos dispersos por todas partes del mundo. Uno de los indicios que reflejan los grandes adelantos en la medicina indígena son los esqueletos

[3] Seler, 1904c, Vol. II, XIII.

trepanados encontrados en múltiples ocasiones en cementerios indígenas. Se descubrieron orificios circulares con extremos perfectamente sanos, de los cuales se deduce que el paciente había logrado sobrevivir a esta operación tan delicada.

El culto a los muertos

Los zapotecas ven a la muerte sin temor alguno, como algo inevitable y como parte del destino de cada individuo. La gente habla de la muerte, aun de la suya, como la cosa más natural del mundo. Parece como si un instinto misterioso advirtiese a las personas mayores de la proximidad de la hora de su muerte, de modo que con frecuencia solicitan a sus hijos e hijas que permanezcan cerca de ellos y que no salgan de viaje para que los acompañen al momento de morir. No es que éste sea un capricho de anciano, sino que es visto como toda una realidad. Por supuesto, existen los presagios de muerte ordinarios, como el grito de una lechuza, creencia universal en el México indígena, la presencia de una gran mariposa negra en la casa (a diferencia de ello, una mariposa roja significa alegría y fiesta) y el soñar la caída de los dientes, creencia curiosa que parece limitarse a este hecho.

La serenidad aparente con que se enfrenta a la muerte y la escasa importancia que concede a la vida humana son características que se le atribuyen al indígena, que pueden ser comprensibles considerando el fatalismo del que adolecen los indígenas y católicos, el cual coincide con la creencia de que la vida terrestre es algo meramente pasajera en el ciclo de la existencia, una prueba a soportar como sacrificio previo a la vida en el más allá. La puerta está en manos del destino (o en manos de Dios) y es inevitable "al llegar la hora de cada uno". Hay un comentario muy común que se escucha cuando se anuncia la muerte de un amigo o pariente: "pobre mujer, por fin descansará en paz". La antigua creencia zapoteca en el mundo de los muertos, en el otro mundo, "el sitio del eterno descanso", tiene una semejanza pintoresca al concepto católico del cielo, del pur-

gatorio y del infierno, con sus ángeles con alas, vestidos con largas túnicas, tocando trompetas y sus diablos negros, velludos, con cuernos, colas y horcas.

El funeral

La muerte de una conocida nuestra, de una anciana del barrio de San Jerónimo, nos permitió presenciar los ritos funerales de Tehuantepec y aunque quizá existan diferencias locales o individuales, las normas generales de las costumbres funerarias de Juchitán e Ixtepec coincidieron con este caso. Para cuando la mujer entró en estado de agonía, sus parientes más cercanos se encontraban ya cerca de ella, solicitando, asimismo, la presencia de un rezador. El profundo suspiro que escapó de la mujer fue considerado como señal de que su alma había abandonado ya su cuerpo. Una extraña sensación envolvió a los miembros de la familia, dotados anteriormente de una extrema serenidad, mientras se iban reuniendo, sobre todo las mujeres, las hijas y las hermanas, dando rienda suelta a sus gritos desesperados, al tiempo que exclamaban "¡joya de mi corazón!" (*"prenda de laziduá"*), "¡mamacita!" (*"ñyáawi" nì stiné"*), alaridos incoherentes, estremecedores y expresiones dramáticas de histeria. (Sin embargo, si el difunto fuese un niño o una muchacha o muchacho "virgen" aún, su espíritu, aún ajeno al pecado, iría directamente al cielo, lo cual, indudablemente, es una bendición. Cuando ello ocurre, no debe haber luto, ya que el funeral se torna en un acontecimiento alegre. En Juchitán es costumbre hacer explotar cohetes y en Tehuantepec se acostumbra a que, mientras se vela al joven difunto, estén sus compañeros cantando y tocando guitarra en torno suyo.[4])

[4] Se nos dijo que en Tehuantepec existe la costumbre de celebrar un "baile-velorio" al noveno o último día de rezos para una muchacha o muchacho soltero, cuyo objetivo es "casar" simbólicamente al alma virgen con una novia o novio en plena juventud, un amigo o novio antiguo del difunto, quien permanece sentado toda la noche en dicha fiesta macabra. Por muy morbosos que parezcan, estos extraños conceptos pueden ser atribuidos quizás a una interpretación peculiar de la ideología católica, aunados al afán de mostrar un afecto excesivo al difunto y a la actitud general mexicana de ver la muerte como algo natural y no como algo prohibido.

Los parientes distantes y vecinos llegaron más tarde a casa del difunto para abrazar y ofrecer sus condolencias a los afligidos y a depositar sus donativos, de veinticinco centavos a dos pesos, para ayudar a cubrir los gastos del funeral. Se le puso a la difunta su mejor vestimenta, la mejor falda de caracol y el mejor huipil de encaje que la anciana poseía, peinando su pelo cuidadosamente. (Si se tratase de un anciano, se le pondría un sombrero de charro de fieltro rojo con un gran galón de plata para su entierro. A los niños y a los jóvenes difuntos se les viste con una mortaja hecha especialmente para ellos como la de una novia, santo o ángel, hecha, de preferencia, por alguien asignado por el difunto, antes de morir.)

Posteriormente se colocó el cuerpo, no sobre una cama o petate, sino sobre el suelo, frente al altar de la casa, colocando su cabeza sobre una almohada pequeña puesta sobre dos ladrillos. Había cuatro velas de cera de abeja pura y flores de tuberosas, así como una copa de incienso. Un rezador se arrodillo frente al cuerpo para orar y para incensar el altar del santo y el cuerpo. Se recitó una letanía y las mujeres cantaron: "Elévense, elévense, almas no redimidas, puesto que el santo rosario destruirá sus cadenas".

En vista de que había el suficiente dinero disponible, el velorio continuó durante toda la noche y todos acudieron a prestar ayuda. Se puso una mesa para los ancianos (*šuana*) y a los presentes se les sirvió café, pan, mezcal y cigarrillos. Se cree que en Tehuantepec se pueden contratar los servicios de plañideras, ya que hace algunos años había una mujer que se hizo muy popular al llorar y lamentarse con sumo realismo en los velorios, por lo cual recibía a cambio un pequeño obsequio. Sin embargo, desde que ella murió, esta costumbre ha dejado de existir.

Mientras tanto, se solicitó la presencia de dos grupos de parientes y amistades masculinas: uno en el palacio municipal para poner en orden la documentación del difunto y otro en el cementerio para cavar la fosa, recibiendo, a cambio de ello, un obsequio enviado por la familia de alimentos y bebidas. Habiendo quedado listos todos los preparativos, la procesión funeral se dirigió por la tarde al cementerio, encabezada por una murga

que entonaba música melancólica de despedida, con melodías tales como "Paloma", "La Golondrina", "Dios Nunca Muere" (himno extraoficial del Estado de Oaxaca) o cualquier melodía que solía ser del agrado del difunto. Los parientes más cercanos se encargaron de llevar el féretro, mismo que suele llevar inscrito el nombre del difunto, sobre una camilla sencilla. Sin embargo, en Juchitán se acostumbra construir una anda funeral a base de madera, tela, papel de seda y lentejuelas.

La procesión recorrió las calles principales. Al lado del féretro había hombres muy solemnes que cuidaban del mismo luciendo su mejor ropa del domingo, los ancianos con sus sombreros de fieltro rojo y su franja de plata. Inmediatamente después venían el esposo, las hermanas y las hijas de la difunta, mostrando una desesperación absoluta, luciendo dramáticas en su vestimenta negra, su pelo despeinado y sus enormes chales, llorando y gimiendo, llevadas en brazos o simplemente arrastrándose con la ayuda de manos amigas. Al final de la procesión había un grupo de plañideras, gimiendo a semejanza del coro de una tragedia griega. De camino al cementerio, se detuvieron frente a la iglesia del cementerio del barrio para que la difunta pudiese despedirse por última vez del santo patrón. Al llegar al cementerio, las autoridades pertinentes inspeccionaron el féretro para cerciorarse de que el cuerpo estuviese allí, ya que había casos en los que se enterraba a los cuerpos clandestinamente en el patio de la casa. Antes de sellar el féretro para siempre y de colocarlo dentro de la fosa, los presentes cantaron un último salmo y la murga tocó nuevamente la canción "Dios Nunca Muere". Es costumbre que al llegar a este momento, las parientes más próximas del difunto irrumpan en una última demostración, violenta en extremo, de desesperación, habiendo inclusive que sujetar a una de las hijas de la difunta para evitar que se arrojase a la fosa. Formando una fila, todos lanzaron un manojo de tierra, antes de traspalear y de apretar la tierra. La fosa quedó convertida en un montículo largo y estrecho cubierto de flores y guirnaldas de franchipanes.

Las plañideras regresaron al hogar de la difunta para dar principio a los rezos, los cuales tenían que repetirse cada noche

durante nueve días después del funeral, ante una réplica de la fosa de tierra y arena. Dicha fosa simbólica yacía sobre el suelo en el sitio en donde el cuerpo había descansado frente al altar del santo y estaba cubierto de flores, con una vela en cada una de las cuatro esquinas. En Tlacotepec, un hermoso pueblecillo al lado de un riachuelo cercano a Ixtepec, se acostumbra plantar granos de maíz sobre la tumba, regándolos día con día, para que el maíz pueda dar fruto, de modo que para el noveno día se había convertido ya en un maizal en miniatura. Según el pueblo de Tlacotepec, dicha costumbre encantadora no tiene otro objetivo como no sea el de la estética, pero cabe subrayar que el pueblo cree que aún cuando el cuerpo se haya ido, el espíritu del difunto permanece cerca de la familia durante nueve días. Hay personas que afirman inclusive que el difunto vive durante este tiempo bajo el santo que se encuentra sobre el altar.

Diariamente se cambian las flores de la fosa simbólica para substituirlas por flores frescas, guardando las flores marchitas en una canasta. Transcurridos los nueve días, se deshace el montículo, se recogen la tierra y las flores, para arrojarlas al río, al patio de la iglesia o al cementerio. Sólo hasta entonces se puede limpiar la casa. Se cuelgan de inmediato moños negros sobre la puerta de entrada y las ventanas, permaneciendo allí hasta quedar completamente destruido y la familia guarda luto absoluto durante nueve meses. Las mujeres visten sólo trajes de color negro con holanes blancos en el borde de la falda, pero los hombres no llevan más que un listón negro sobre su brazo izquierdo durante cierto tiempo.

El culto a un difunto se perpetúa por toda la vida. Cada jueves y domingo por la tarde, las mujeres llevan flores al cementerio para decorar las tumbas y no es sorprendente ver a una madre, esposa o hermana, fingir y representar una escena emotiva de amor hacia el difunto. En una ocasión oímos a una mujer, muy digna y de mediana edad, hablar a su madre, quien había muerto hacía más de veinte años: "¿Madrecita mía, por qué me dejaste? Perdóname por no haber venido a visitarte el domingo pasado, pero bien sabes que te sigo amando con el cariño de siempre...". En una ocasión acompañamos a un ami-

go juchiteco, quien había permanecido en el extranjero por muchos años y quien iba ya de regreso a casa. Sus hermanos, hermanas y tías se encontraban reunidos para darle la bienvenida. Tan pronto puso un pie en la casa, se escuchó el explotar de los cohetes y una murga comenzó a tocar una *diana* en el patio, melodía que se toca en momentos de alegría. A ello siguió el momento de los múltiples aplausos y, de pronto, como si se tratase de dar rienda suelta a la tensión emocional del momento, todos irrumpieron en llanto, recordando a los parientes difuntos, quienes presenciaban la escena desde las fotografías que se encontraban colgadas sobre las paredes. No tardaron en recobrar su serenidad y de allí en adelante se sirvió un banquete alegre y suntuoso. La expresión de respeto al referirse a un muerto es la de "el difunto Fulano".

El primer aniversario de una muerte se celebra con una gran misa para conmemorar al difunto y para pedir por su vida en el otro mundo. Presenciamos una misa celebrada en honor del famoso guerrero, el General Laureano Pineda, líder del partido político "Rojo" (conservador) de Juchitán. Sus amistades y parientes se reunieron a primera hora de la mañana en casa del hijo del difunto y, acompañados por una murga, se dirigieron a una capilla pequeña cercana, la cual había sido previamente decorada con rosas de *biči̱ža* tejidas, con hojas y ramilletes de tuberosas. El rango de Laureano Pineda como general y líder del pueblo, exigía que la misa fuese celebrada en la catedral de San Vicente, pero se dijo que el único sacerdote que había en la región se rehusaba oficiar en la iglesia del santo patrón, ya que parte de los cimientos de la iglesia habían sido "profanados" por el taller industrial de la nueva escuela que, de hecho, es la más moderna y cuenta con el mayor número de asistencias (más de mil estudiantes) en todo el Istmo. Es así como el astuto sacerdote espera poner a los hombres sencillos y devotos de *Sha-bizende* (San Vicente) en contra de la escuela. El anciano sacerdote cobró cincuenta pesos por oficiar la misa, una pequeña fortuna para la mayoría de los integrantes del pueblo y sólo accedió a ir de su hogar, ubicado en Ixtaltepec,

a Juchitán, tras de haber hecho alquilar un automóvil para llevarlo al punto de destino.

La misa tuvo lugar en la capilla en donde se había congregado ya una multitud. El sacerdote atropellaba las oraciones en latín, cantando a un féretro simbólico negro, cubierto con floreros de tuberosas y velas de cera de abeja pura, entre nubes de incienso, acompañado por una orquesta desafinada de clarinetes, saxofones apaleados, trompetas y trombones, tocando con igual devoción los fragmentos del siglo XVIII, los sones, valses y música moderna de la región. La misa concluyó con una colecta para el sacerdote, que de antemano había sido ya bien retribuido. Los invitados regresaron al hogar del hijo del difunto en donde se les invitó a pasar a una gran mesa para disfrutar de un *guiñadó* (pollo en una salsa espesa de chile), con tortillas, atole y cerveza, para comerlo en absoluto silencio, el cual se sirvió en tres tandas con la ayuda de las mujeres de la casa. A medida que cada grupo fue terminando, acudió a dar gracias al atareado anfitrión, tomando otro grupo el lugar del grupo anterior. A medida que cada invitado iba acercándose a la mesa, depositaba una moneda de diez a quince centavos sobre un plato, la forma tradicional de cooperar y de aligerar la carga que estas fiestas ceremoniales representan para la familia.

Día de Muertos

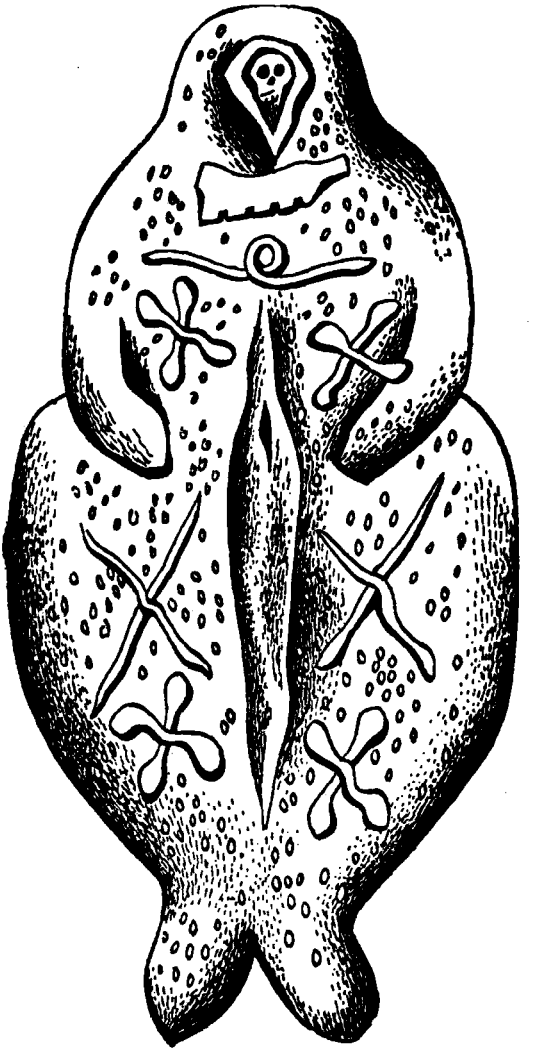
La ceremonia más importante en honor de los muertos se celebra el 2 de noviembre, Día de Muertos para los católicos, considerado quizá como una fecha tomada del Día de Muertos indígena antiguo (*šandu* en zapoteco), cuando los muertos viene a la tierra para visitar a sus descendientes y participan de los alimentos y obsequios que les son ofrecidos sobre altares decorados en forma muy especial para dicha ocasión (*bigié'*). Nueve días antes de la fecha esperada[5] reina una atmósfera de

[5] Los rezos para el pueblo de Juchitán que vive en "el centro de la ciudad", se inician a partir del 23 de octubre y el 24 de octubre para aquéllos que viven "en la parte alta de la ciudad". Transcurridos los nueve días de rezos, el Día de Muertos se celebra el 31 de octubre y el 1 de noviembre, respectivamente.

fiesta. Todos están muy ocupados. En los cementerios se limpian y reparan las tumbas, cubriéndolas de flores; en los hogares se rezan oraciones por las noches y se ofrecen alimentos a los invitados. La llegada de los difuntos en la víspera del Día de Muertos va acompañada de cohetes, desplegando los colores del partido político de la familia, ya sea Rojo o Verde.

Se cree que el alma no abandona definitivamente sus nexos terrestres sino hasta después de cuarenta días de su muerte, no habiendo, por ello, ceremonias u ofrendas para aquéllos que acaban de morir hace menos de cuarenta días antes de la celebración del Día de Muertos. Cabe subrayar que hay ritos distintos para aquéllos que han muerto en el lapso de un año, aquéllos que tienen "poco tiempo de haber muerto" (*šandu yá' ià*), para aquéllos que tienen dos años de haber muerto (*šandu iropa*) y para aquéllos que tienen tres años de haber muerto (*šandu gyòna*).

En la noche obscura y ventiscosa del 1 de noviembre, fuimos a Ixtaltepec a visitar aquellos hogares en donde había habido muertes recientes, para ver los altares. Se suponía que los espíritus de los difuntos habían llegado la media noche del día anterior y que se encontraban visitando ya a sus descendientes. A lo lejos se veía la primera luz tenue, entre calles enlodadas, empapadas por la llovizna constante de los primeros nortes, proveniente de la casa de un ingeniero de minas con educación superior. Su madre había muerto ese año y puesto que tenía una buena posición económica, se creía que su altar uno de los mejores. Un grupo de amigos se sentó afuera en el corredor, bebiendo y charlando en voz baja. Mientras tanto, las mujeres se sentaron en la sala, guardando absoluto silencio y contemplando el altar, una pirámide enorme de diversos niveles, decorada con recortes de papel blanco ribeteados con oro, llena de frutas y flores de todas las especies e iluminada por las llamas vacilantes de grandes y gruesas velas de cera de abeja pura y por un sinnúmero de pequeños quinqués de petróleo. Sobre aquella gran estructura destacaba la fotografía, amplificada y enmarcada, de la difunta anciana. Todo ello irradiaba abundancia y prodigalidad.



Pan de muerto.

Al acercarnos a ver el altar con mayor detenimiento y tras una explicación ofrecida por parte del anfitrión, nos percatamos de que el altar se sujetaba a ciertos lineamientos obligatorios y que aquella ofrenda pretendía expresar detalles muy simbólicos. Sólo se usaba cierto tipo de flores: ramilletes de *gié bigu'á*, la calenda puntiaguda de un vivo color naranja empleada por todos los mexicanos como flor de muertos, combinada con el amaranto de color magenta, ambas cultivadas especialmente para dicha ocasión. Había, asimismo, floreros de tuberosas y una guirnalda de una flor blanca muy pequeña traída de la maleza y conocida como *girisiña*, a la cual se nos pidió que tocásemos y que, con asombro, vimos que era frágil y seca. Por todo el altar había hileras de una planta silvestre con una flor naranja conocida como "galilto" y de otros insectos con alas traídos de la maleza. Por doquier se encontraban salpicaduras de flor de una palma pulposa conocida como *koros*. Las paredes estaban cubiertas con guirnaldas de *bichiža*, de frutas y pasteles, colgadas con clavos. Frente al altar había un arreglo de frutas enorme con piñas, cocos, naranjas, toronjas, tejocotes y limas. En cada altar había este tipo de frutas, por muy pobre que fuese y en una de las casa que visitamos vimos que las frutas estaban puestas de tal modo que formaban las iniciales del nombre del difunto. Había velas grandes y pequeñas, las más grandes para los parientes más cercanos y las pequeñas para los parientes más lejanos y para las personas ya olvidadas. Una vez concluidas se derritieron las velas usadas y se restituyó la cera consumida para hacer velas nuevas para el siguiente año.

Sobre el altar había todo tipo de alimentos: platones cubiertos de pan, protegidos con servilletas blancas muy limpias, platos de tamales, tabletas de chocolate, dulces de coco, animalitos de azúcar y un sinnúmero de bebidas, de refrescos y de aguas para las mujeres y cervezas y mezcal para los hombres. También había paquetes de cigarros de la marca que la difunta anciana solía preferir y una caja de cerillos. Una pequeña copa de incienso completaba el decorado del altar. Las personas reunidas discutían sobre si los difuntos consumían o no la esencia de las ofrendas. Alguien insistía en que no había

ya sabor alguno en los alimentos y que las frutas, pasteles y demás viandas pesarían menos al terminar la fiesta. Los descedientes y los niños de la casa comieron todo aquello que los muertos habían dejado.

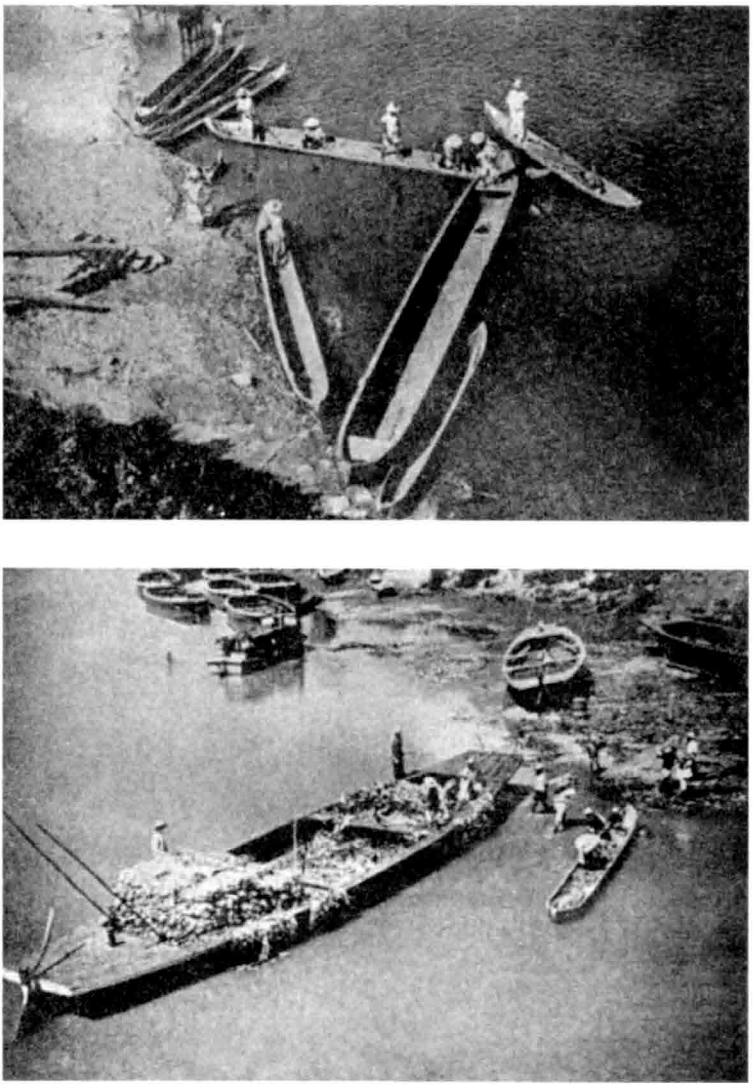
Cuando los anfitriones supusieron que ya habíamos contemplado el altar lo suficiente, se nos invitó a pasar a la mesa, en donde se nos sirvieron tamales envueltos y tazas de café endulzado con azúcar morena. Visitamos ocho casas, algunas de ellas de estrato social elevado, otras demasiado pobres, pero siempre se nos trató con el mismo afecto y cortesía, ofreciéndonos tamales, café y mezcal. Habíamos comido ya un sinnúmero de tamales, pero ello parecía no importar a nuestros anfitriones quienes, haciendo caso omiso a nuestras súplicas, se deleitaban poniendo la mesa, quitando las hojas de plátano de los nuevos tamales e invitándonos a pasar a la mesa, contentos de poder demostrar su hospitalidad. Comimos ocho veces hasta el hartazgo en el banquete de muertos. Temimos herir los sentimientos de personas tan hospitalarias al rechazar los tamales que nos ofrecían, a pesar de que al día siguiente se nos había convidado a participar como invitados de honor en la mesa. Más tarde descubrimos, un tanto consternados, que la etiqueta en aquella ocasión dictaba el aceptar los platillos que se nos ofreciesen, el tomar unos cuantos bocados y el seguir adelante visitando las demás casas.

En las últimas casas que visitamos, ya en las primeras horas de la madrugada, mujeres y niños habían caído rendidos sobre unos petates colocados sobre el suelo del corredor y del cuarto en donde se encontraba el altar. Sólo los hombres fueron desapareciendo poco a poco, sin hacer ruido, para seguir bebiendo mezcal, esperando a que amaneciese para llevar las velas a la iglesia y ofrecer una última oración a los difuntos.

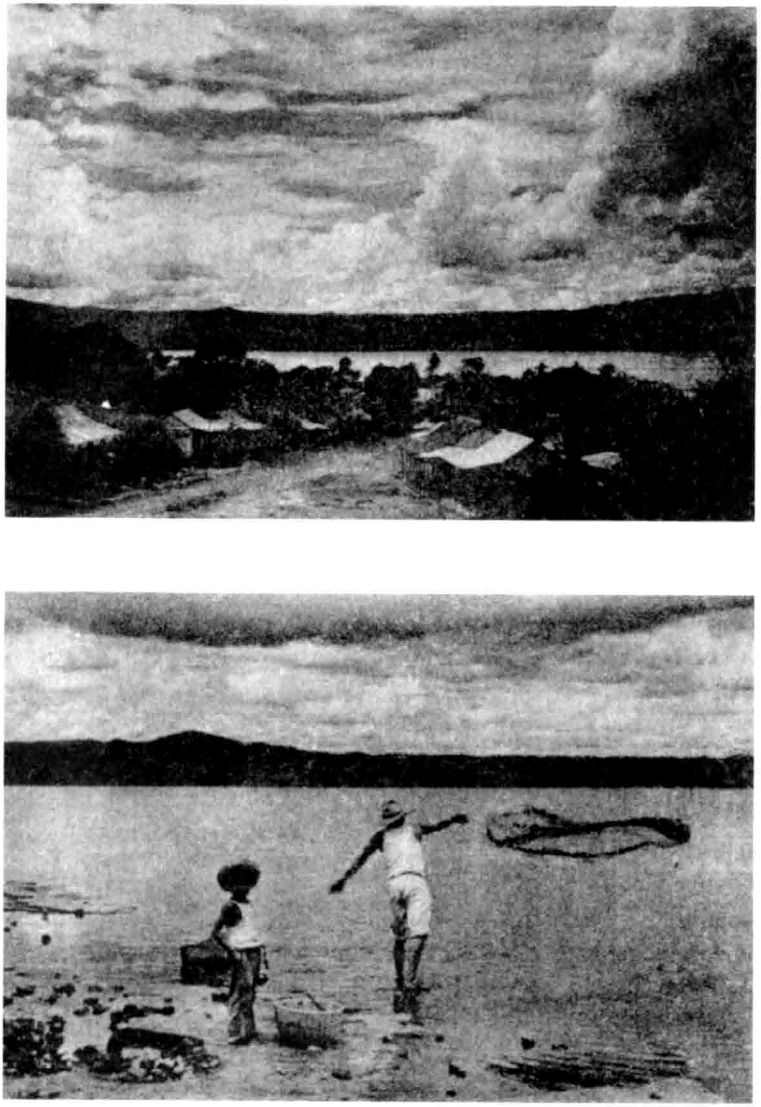
ALBUM DE FOTOGRAFIAS

24. La jungla en La Venta.

25. Vegetación tropical de la costa de Veracruz.



26. Piraguas y barcazas de plátanos sobre el Río Papaloapan.



27. ARRIBA: Lago Catemaco en Los Tuxtlas, Veracruz.
ABAJO: *Tarrayero*, pescador lanzando su red.

28. ARRIBA: El *huapango*, danza nacional de la Costa del Golfo.
ABAJO: El cantante más importante de Villa Lerdo.

29. Choza de un pescador en Coatzacoalcos, al otro lado del río en donde se encuentra la Refinería de Minatitlán.

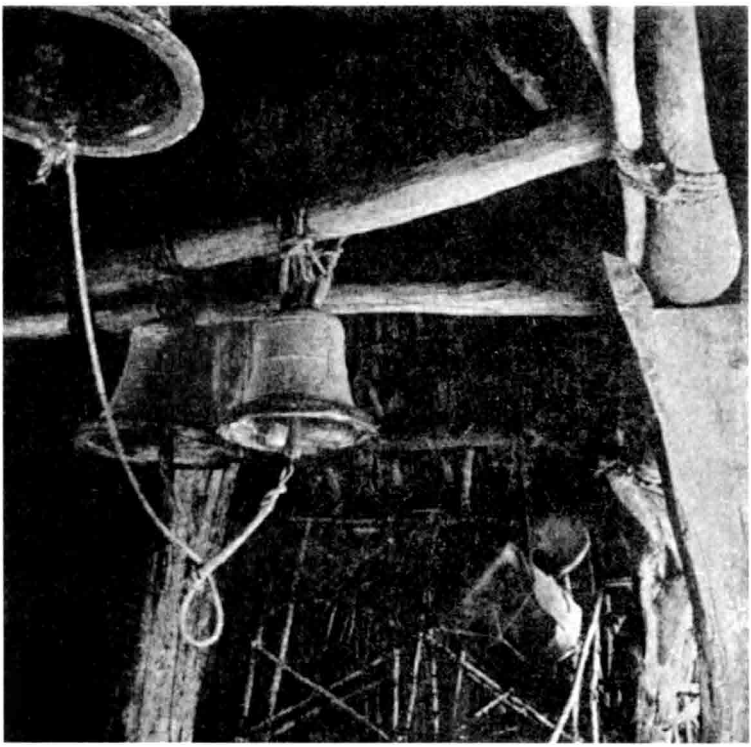
30. Choza típica en Cosoleacaque.

31. ARRIBA: Impermeable nativo de hule secándose en la calle, Otiapa.
ABAJO: La iglesia sin campanario, de Cosoleacaque.

32. Mujer y niña de Cosoleacaque luciendo sus mejores atuendos para visitar Minatitlán.

33. Niños nahuas de Cosoleacaque.

34. El pescado secado al sol constituye la industria más importante de los indígenas huaves de San Mateo del Mar. (*Foto Donald Cordry*).



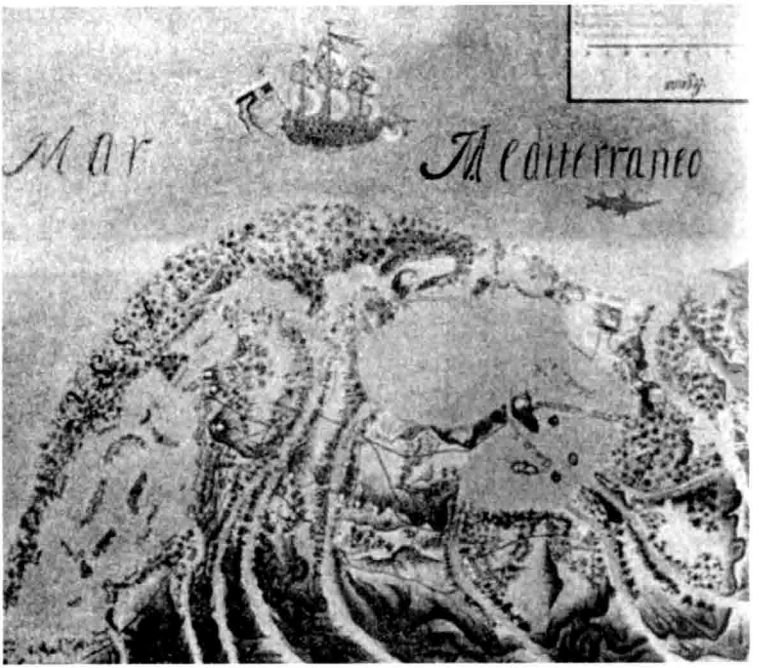
35. Campanario de San Mateo del Mar. (*Foto: Donald Cordry*).

36. Mujer huave al telar. (*Foto: Donald Cordry*).

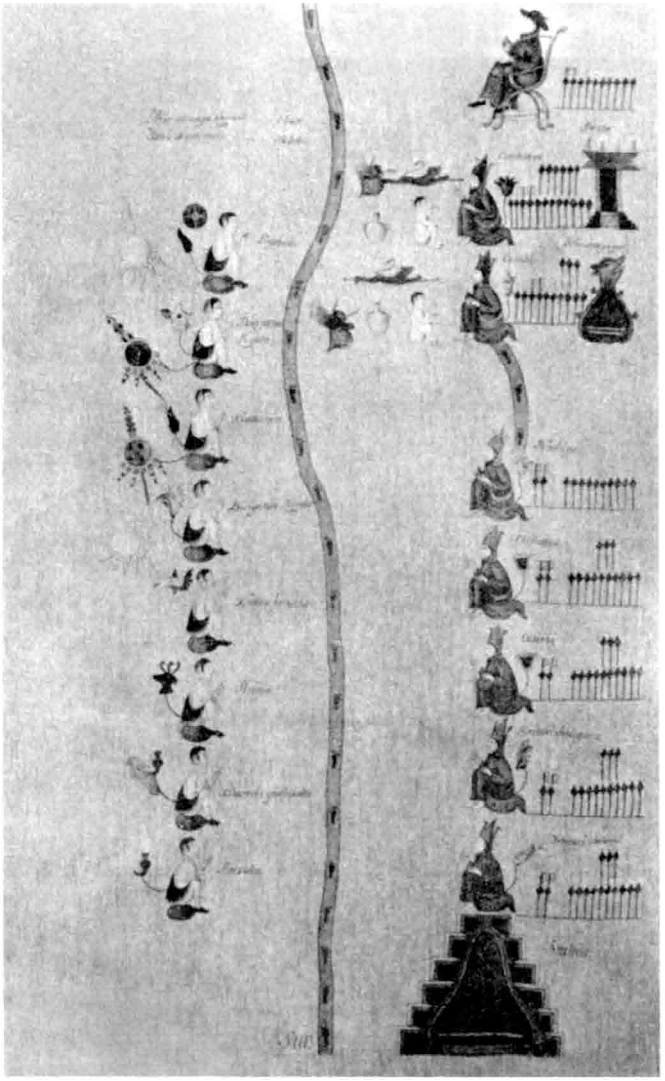
37. Niños indígenas chontales de Huamelula.

38. Las mujeres mixes de Mogoñé siempre van a vender sus piñas a la estación de ferrocarril.

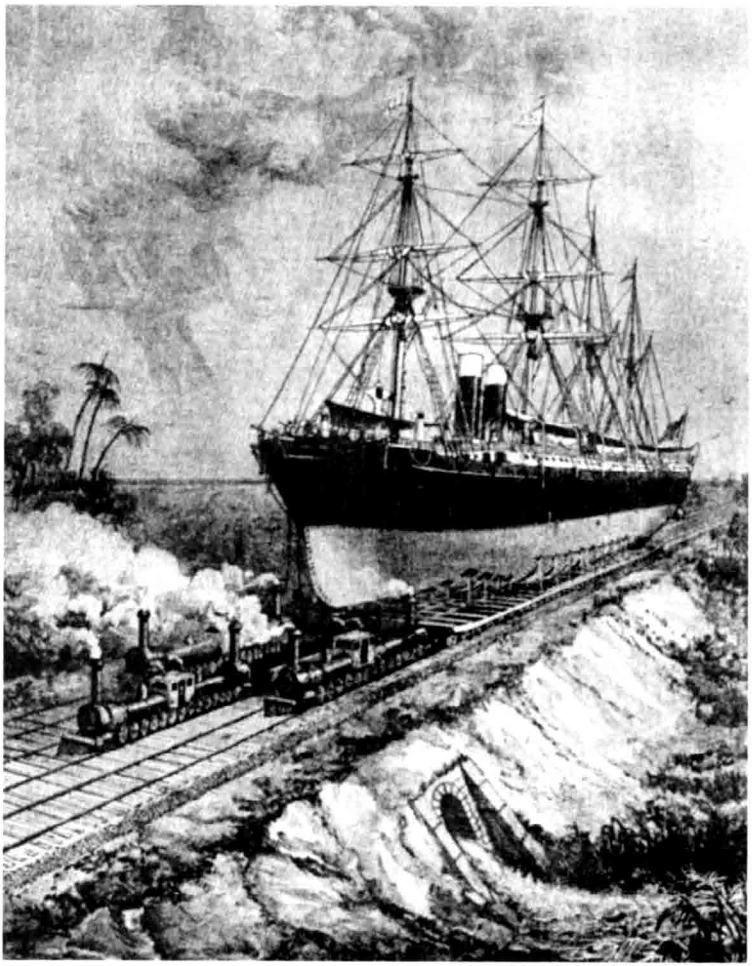
39. Arquitectura dominicana del siglo XVI en Oaxaca.
ARRIBA: Convento-fortaleza de Yanhuitlán construido en 1550.



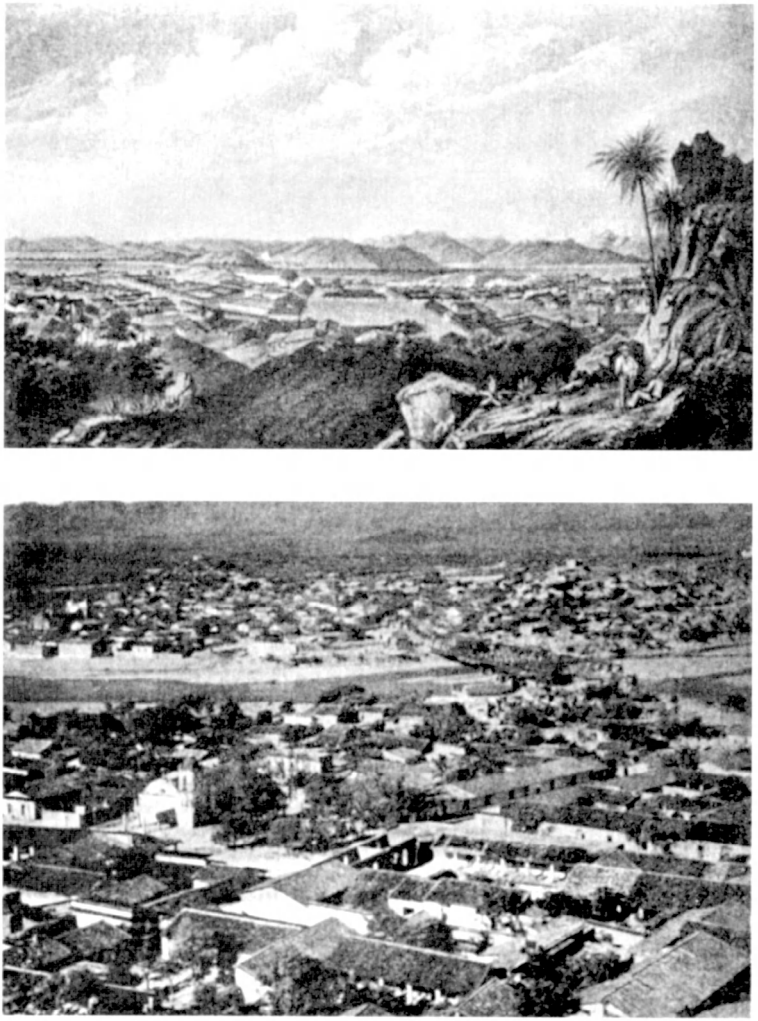
40. Mapa antiguo del área de Tehuantepec. Museo Nacional de Historia de México.



41. Detalle del Código Guevea, mostrando la genealogía de los reyes de Tehuantepec. Copia de 1820 en una pintura extraviada indígena de 1540. Museo Nacional de Antropología de México.

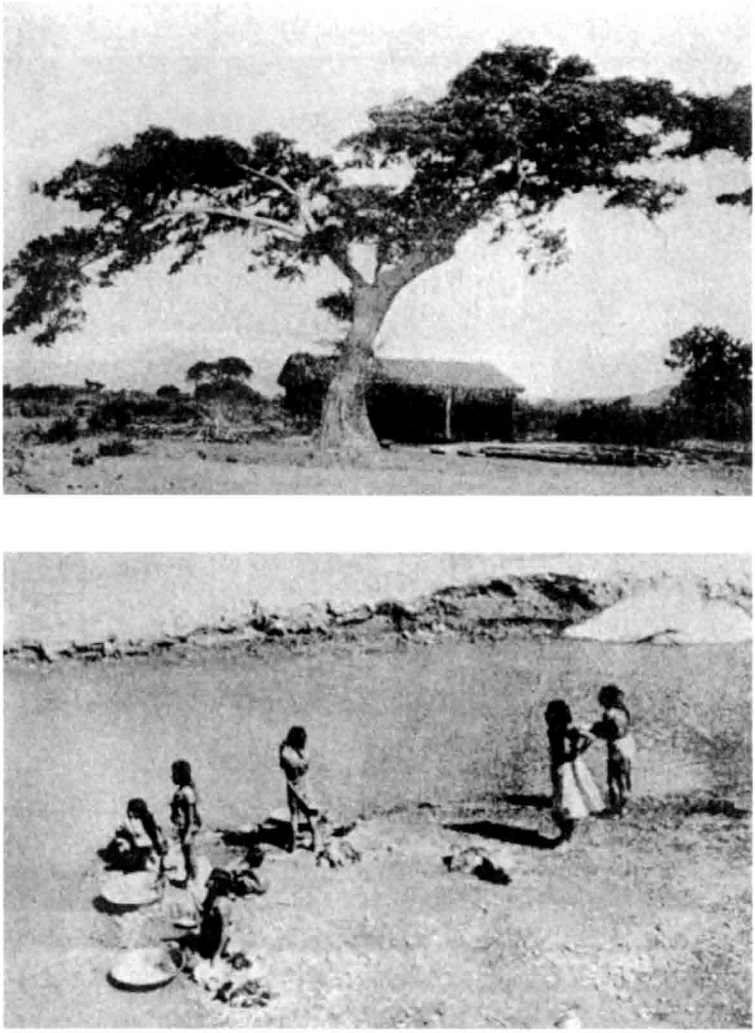


42. Vapor en tránsito en el Istmo de Tehuantepec. Lámina sobre un proyecto de 1884 para construir vías de ferrocarril para transportar barcos (según Cortell).

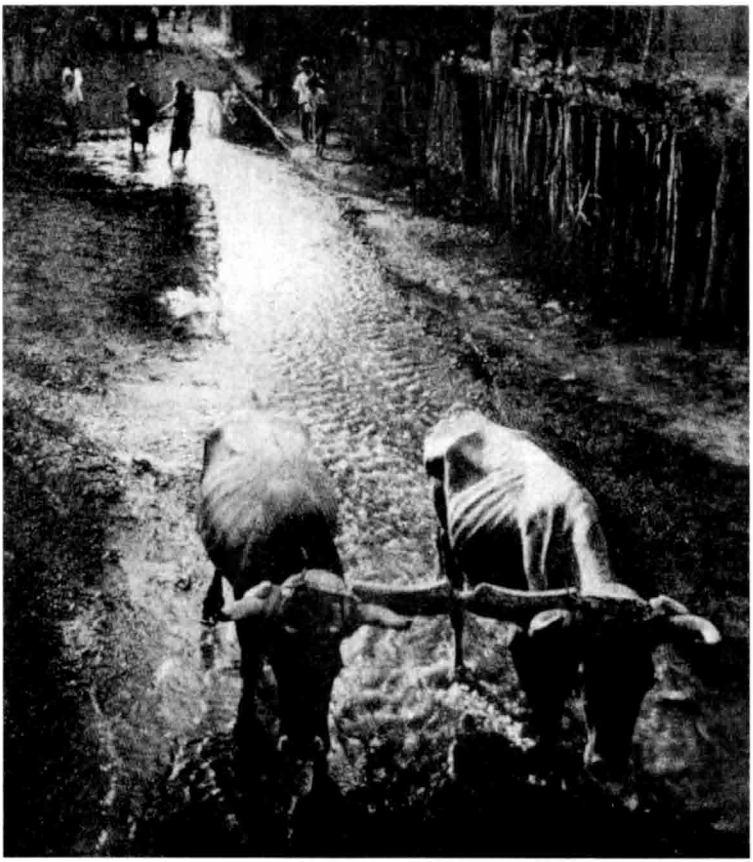


43. Vista de Tehuantepec desde el Monte Jaguar.
ARRIBA: Litografía de 1852 (según Williams).
ABAJO: El Tehuantepec de hoy en día fotografiado desde el mismo punto.

44. Gran árbol bombáceo de Juchitán.

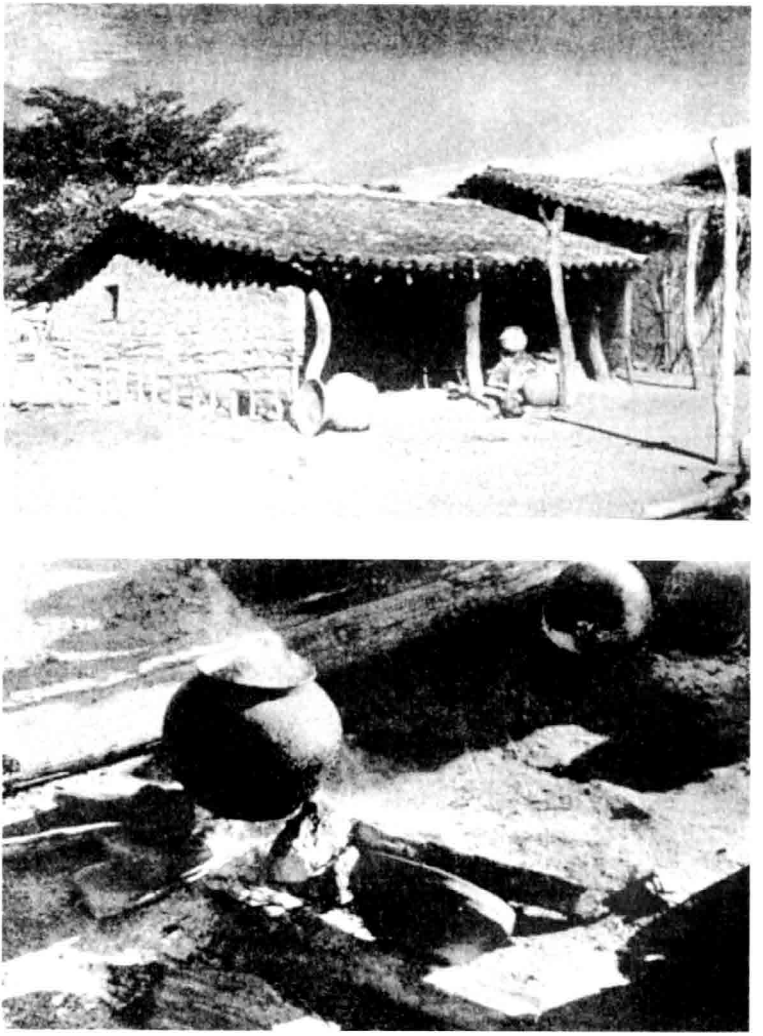


45. ARRIBA: Arbol bombáceo en Ixtaltepec
ABAJO: Baño en el Río Tehuantepec.

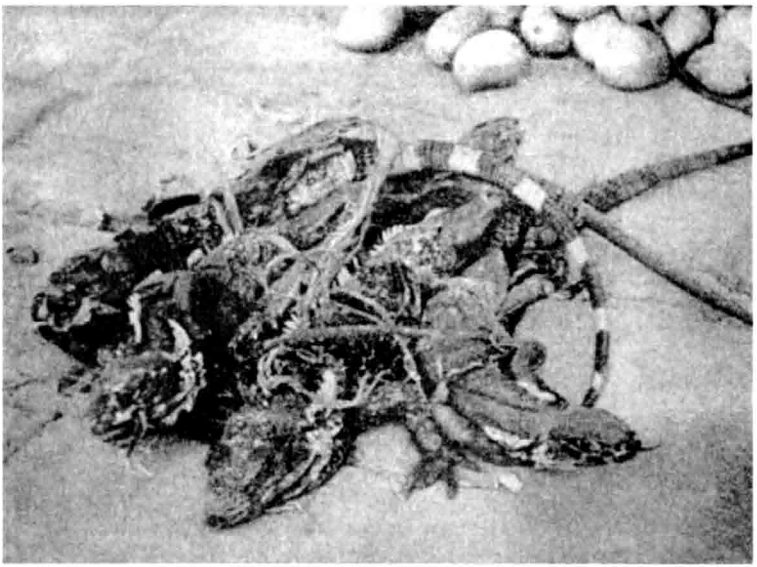


46. Bueyes flacos y caminos enlodados unen los huertos al pueblo de Tehuantepec.

47. Paseo matinal en los huertos de Tehuantepec.

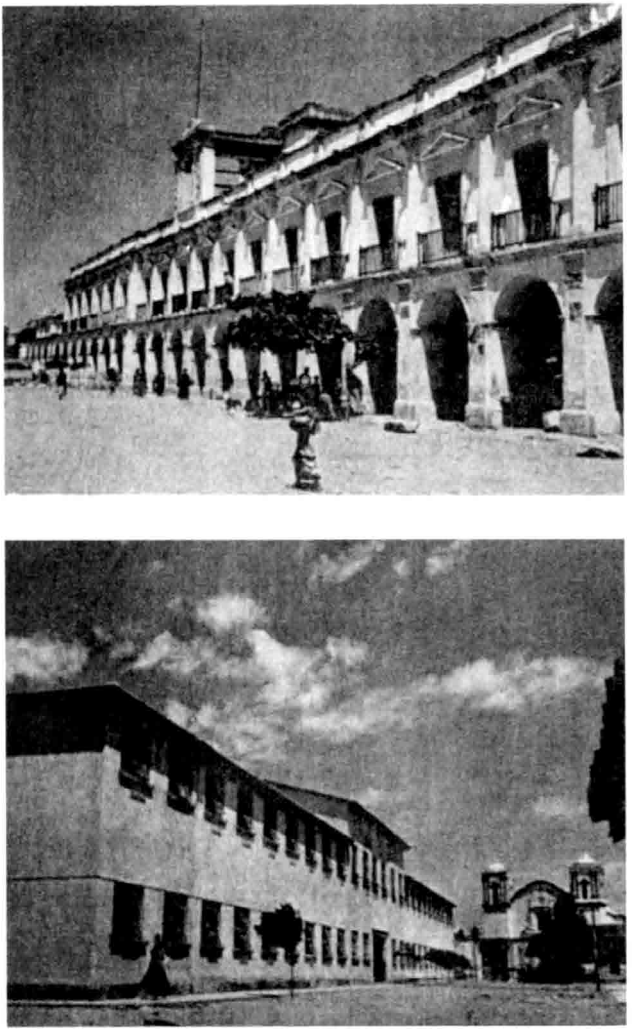


48. ARRIBA: Casa de lodo típica, Ixtaltepec.
ABAJO: Fogón de un hogar humilde de Tehuantepec.



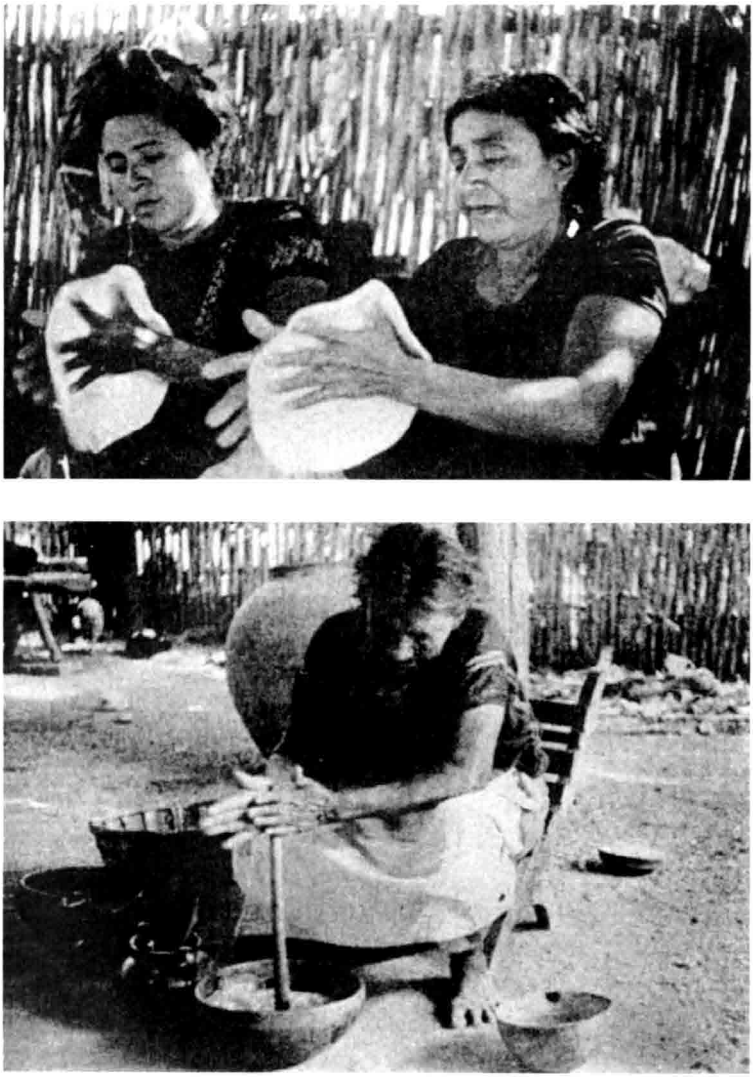
49. ARRIBA: Mujeres de camino al mercado, Tehuantepec.
ABAJO: Las iguanas se venden vivas. Son la delicia de los mercados del Istmo.

50. Puestos de cangrejos y tomates en el mercado de Tehuantepec.



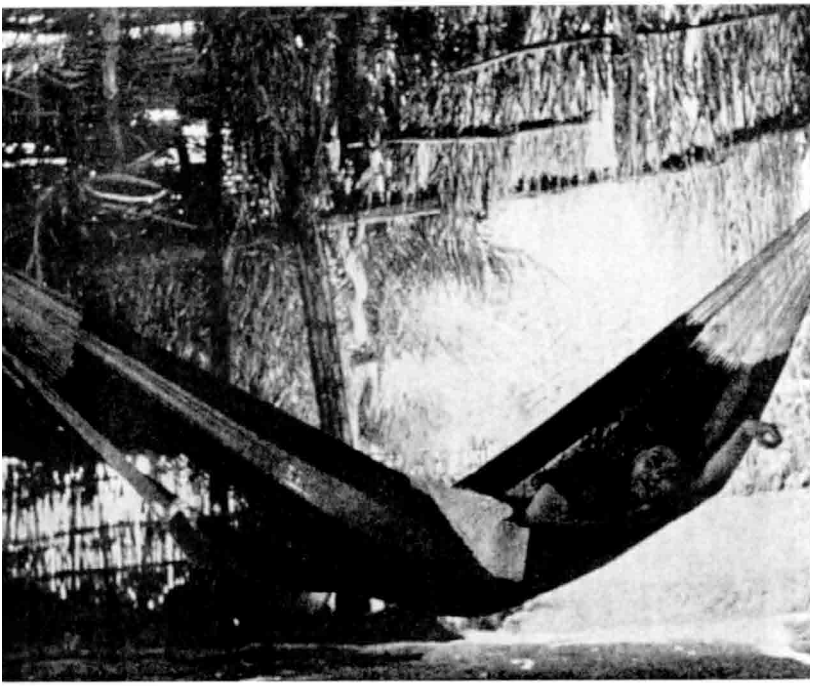
51. Tres épocas arquitectónicas en la Plaza de Juchitán que muestran los cambios políticos y sociales en México: la iglesia colonial, el palacio municipal neoclásico (construido en 1881) y la escuela ultramoderna.

52. Mujer haciendo tortillas: moliendo el maíz sobre un metate, amasando la harina hasta convertirla en una tortilla delgada y cociéndola sobre el comal, de barro.



53. ARRIBA: Mujeres de San Blas haciendo *totopos* (pedazos de tortilla frita). ABAJO: Mujer haciendo *bu'pu*, atole delicioso de maíz caliente y espuma de chocolate frío.

54. El pueblo de Juchitán es fuerte, bien parecido y mal hablado.



55. Hamaca para la siesta en el patio de una casa de Tehuantepec.

56. Doctora Alfa Ríos Pineda, de Juchitán, esposa del famoso escritor zapoteca Andrés Henesterosa.

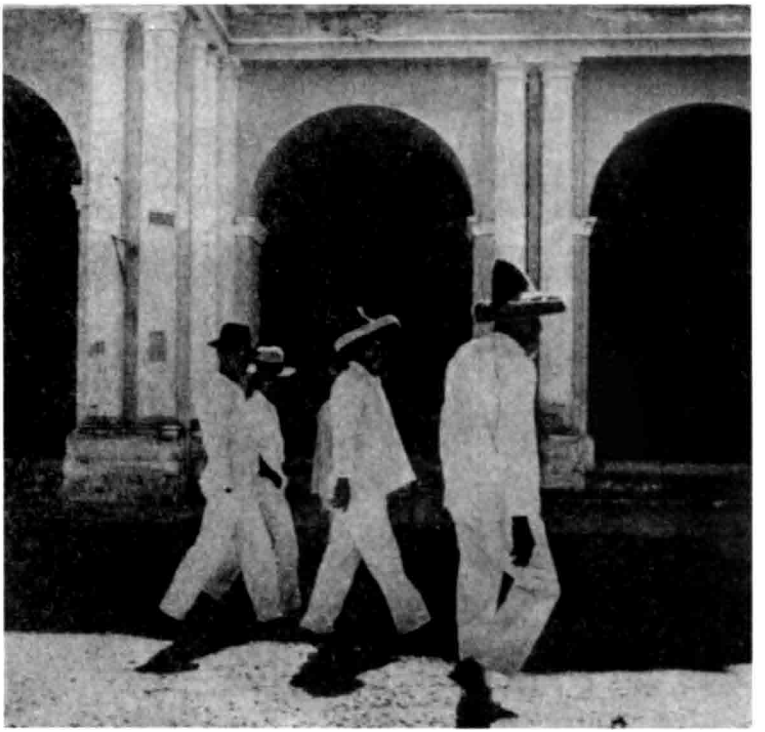
57. Llevando un *xicalpextle*, recipiente de calabaza laqueado con *floripondios*.

58. Hilaria Sosa de Tehuantepec.

59. Doña Rosa Romero Girón, orgullosa matrona de Tehuantepec.

60. El sentido del humor y la picardía son características de los jóvenes de Tehuantepec.

61. Jóvenes de Juchitán. El grupo de la parte inferior está vestido de luto.



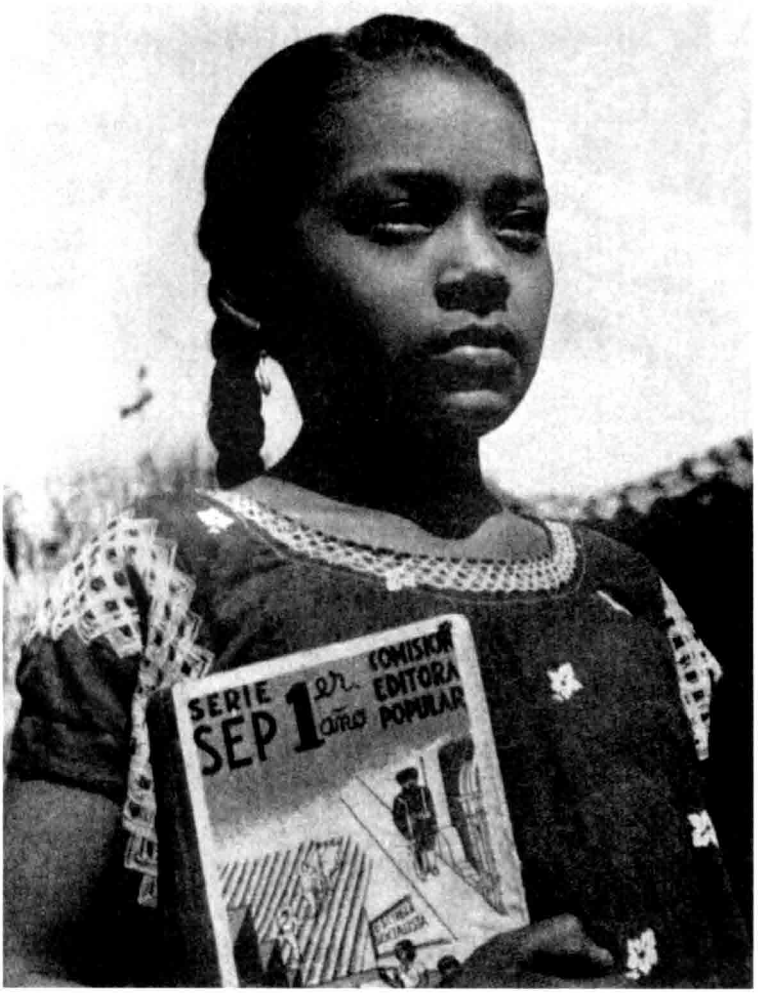
62. ARRIBA: Cenobio López Lena, famoso músico ciego de Juchitán.
ABAJO: Ancianos vestidos a la usanza antigua frente al Palacio Municipal de

63. Dos jóvenes de Tehuantepec.

64. Pareja de amigos caminando de la mano en Juchitán.

65. Mujeres llevando *totopos* al mercado envueltos en una servilleta.

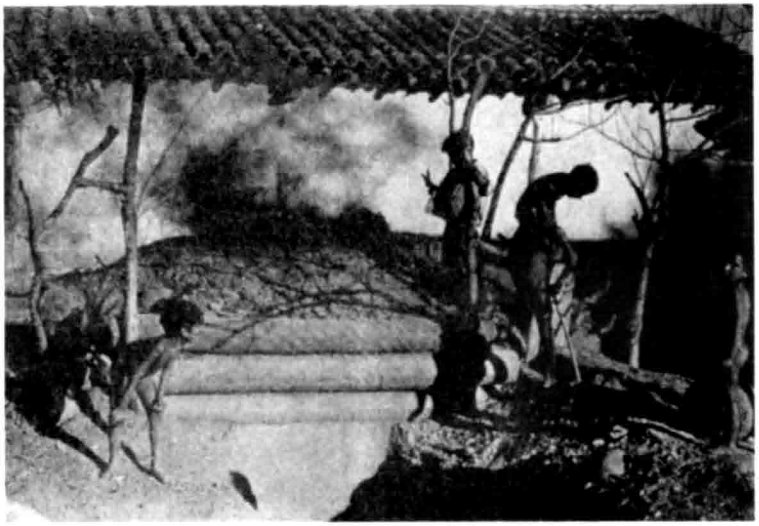
66. Bebé saludable y su muñeco rudimentario de madera en brazos de su hermana, Juchitán.



67. Colegiala serena.

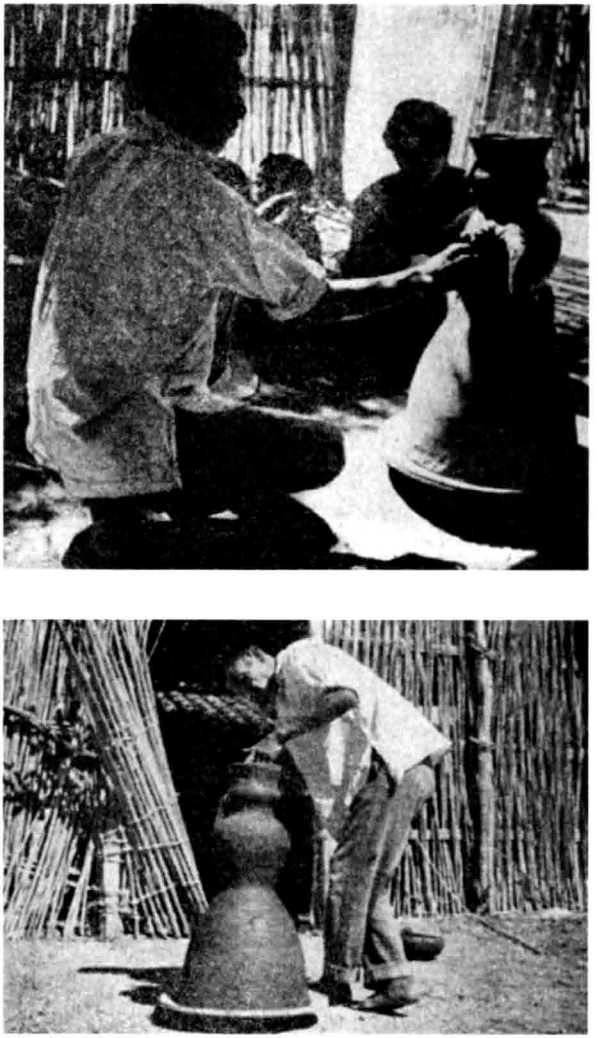
68. ARRIBA: Madre de Tehuantepec vistiendo a su hija.
ABAJO: Salón de clases de la Escuela de Santa Cruz, Tehuantepec.

69. Cuatro tipo de istmeños: joven bien parecido de ascendencia negra e indígena; jovencita de Rodríguez Clara, comadrona chontal y un pícaro pescador anciano huave.

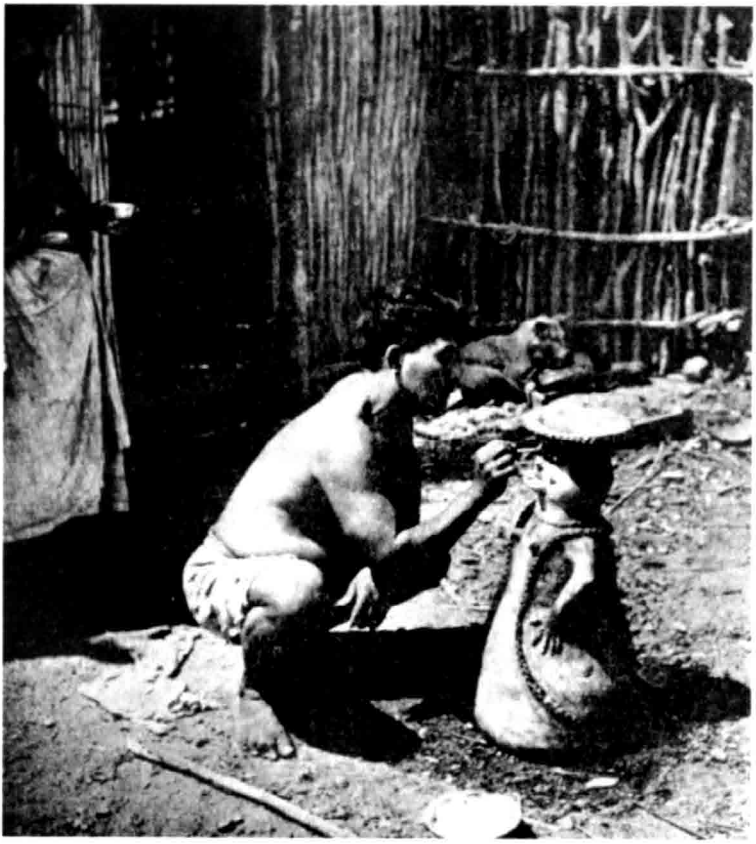


70. ARRIBA: Horno para cocer cerámica en Juchitán.
ABAJO: Recipiente de agua de barro negro hechos en Juchitán.

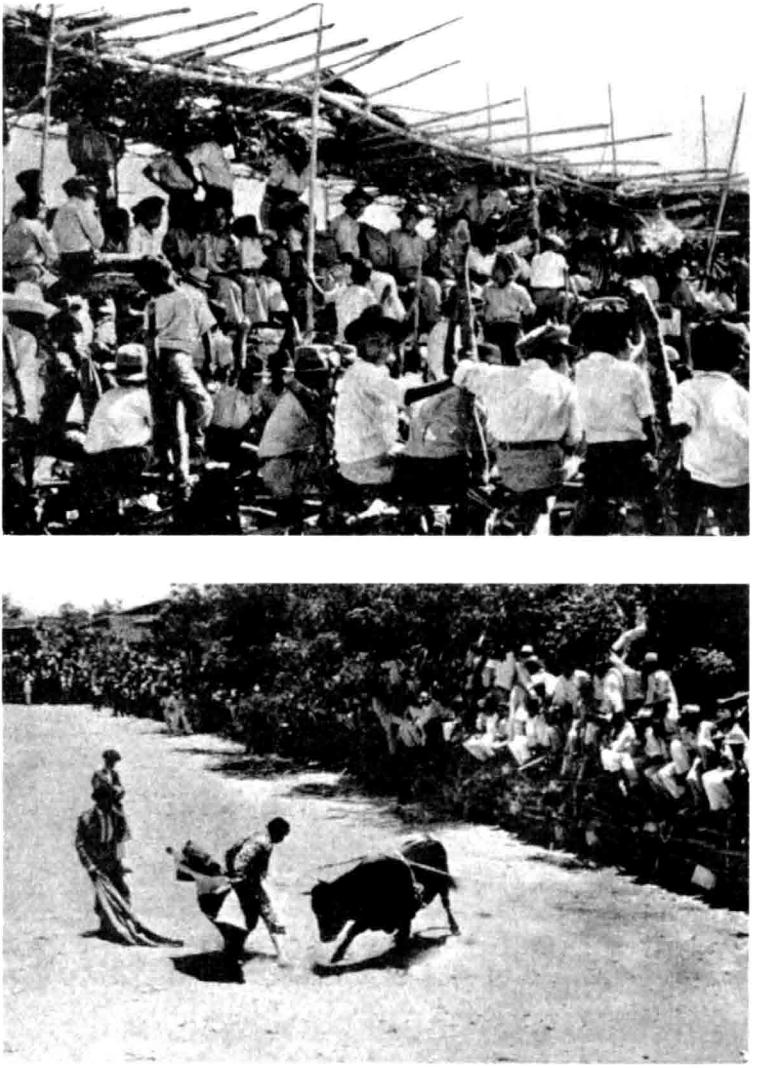
71. ARRIBA: Niñas del barrio de Bishana pintando juguetes de barro.
ABAJO: *Tanguvá*, juguetes de Año Nuevo provenientes de Juchitán.



72. Alfarero de San Blas elaborando la base para un recipiente de agua



73. Alfarero pintando el producto terminado, San Blas. (*Foto: Donald Cordry*).



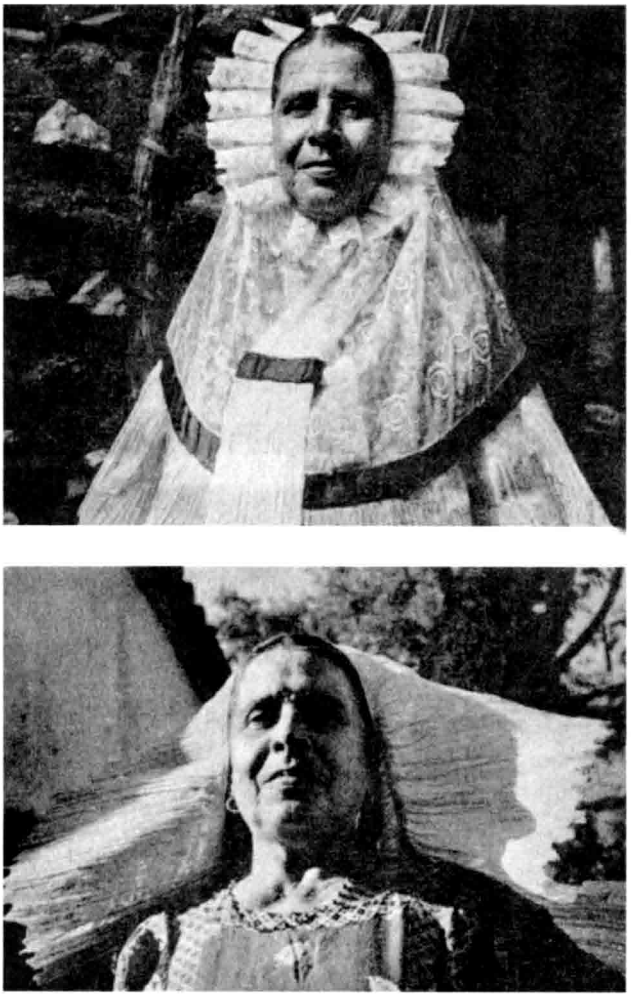
74. Auditorio y corrida de toros en Juchitán.

75. ARRIBA: General Heliodoro Cháriz, senador y líder de Juchitán, pronunciando uno de sus famosos discursos en zapoteco desde el balcón del palacio municipal.
ABAJO: Fiesta de bienvenida al líder de un sindicato en la estación de Tehuantepec.

76. ARRIBA: "Angelito" vestido para la fiesta de Pascua en Tehuantepec.
ABAJO: Iglesia del barrio de Laborío, en Tehuantepec.

77. ARRIBA: Fuegos artificiales para la fiesta del pueblo.
ABAJO: Altar de una casa en Tehuantepec.

78. Jóvenes de Tehuantepec luciendo su vestido de fiesta, visto de frente y de espaldas.



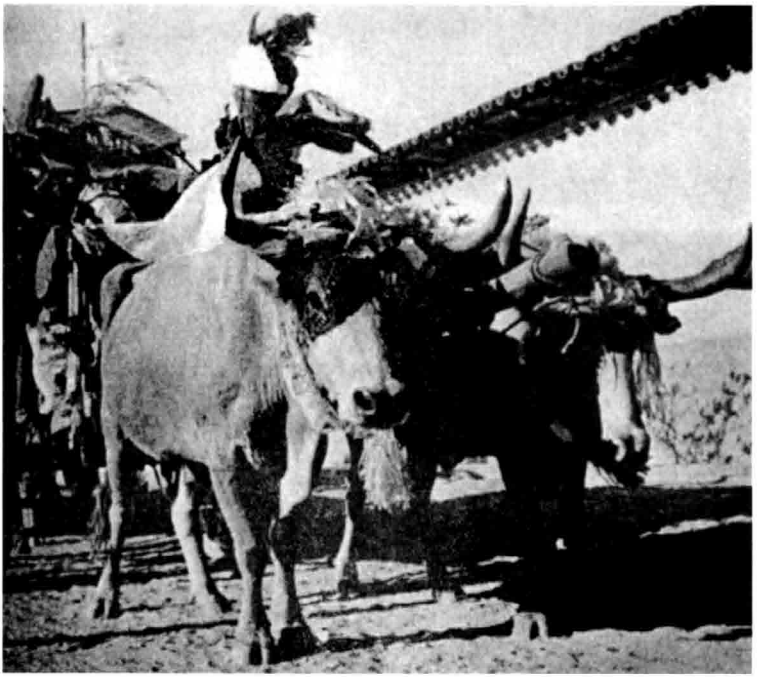
79. Doña Elodia Carvallo, matrona de Tehuantepec, mostrando dos maneras de lucir los huipiles.
ARRIBA: Para ir a la iglesia.
ABAJO: Para las ceremonias.

80. ARRIBA: Los novios suelen bailar solos la primera pieza en las bodas.
ABAJO: Los padres de la pareja dan los toques finales a los trajes de boda.

81. Vestido de novia de Tehuantepec pintado por Rosa Rolanda.

82. ARRIBA: El número de bellezas es muy elevado en los bailes de Tehuantepec.
ABAJO: Invitados de los novios a la recepción.

83. ARRIBA: Desfile de mujeres mayores a Palo Grande, árbol antiguo situado en las afueras de Tehuantepec, para reunirse con los peregrinos enviados a los matorrales para traer musgo, parras y flores para las guirnaldas.
ABAJO: Dos mujeres enmascaradas, disfrazadas como "mareños", ridiculizando las costumbres y dialecto de los indígenas primitivos huaves que viven en las cercanías, bailando una danza burlesca.



84. Los bueyes decorados son ya una tradición en el "Desfile de las Flores" de Juchitán.

85. ARRIBA: Aún las jóvenes más modernas de Ixtepec lucen el atuendo tradicional para decorar los camiones para el festival del pueblo.
ABAJO: Carreta llevando los fuegos artificiales a la fiesta de Juchitán.

86. Hombre de Juchitán llevando una gran flor de palma.

87. El famoso Cenobio, músico ciego octogenario que toca la flauta, es indispensable para la fiesta del mes de mayo de Juchitán. Se deja guiar por un niño que le acompaña con un tambor. El niño de la izquierda toca ritmos interesantes con un par de cuernos de venado y una concha de tortuga, instrumento prehispánico que ha logrado sobrevivir en el Istmo.

88. Mujeres de Ixtepec de camino a la ceremonia de la "Tirada de Fruta". Las calabazas laqueadas y alegremente decoradas están llenas de fruta, dulces y juguetes para arrojarlos a la multitud.

89. Niños enarbolando la bandera de la Sociedad Cooperativa Femenina de Guichivere durante el desfile, Tehuantepec.

90. ARRIBA: Tres cruces modernas de madera son llevadas a la cima del monte para el festival de El Cerrito, en Tehuantepec.
ABAJO: Se colocan las cruces en forma vertical para poner sobre ellas guirnaldas de franchipanes, mientras los hombres celebran con mezcal.

91. ARRIBA: Es de buena suerte ser atrapado en las redes de los pescadores que participan en el desfile y que lanzan sus redes a los observadores.
ABAJO: Una gran máscara de un pez sierra participó en el desfile del barrio de Laborío, en Tehuantepec, lo cual demuestra que aún hay vestigios de totemismo.

92. La "Tirada de Fruta", el momento más importante de la fiesta. Desde los balcones del palacio municipal de Juchitán, jóvenes atractivas lanzan mangos, plátanos, dulces y juguetes de barro a la multitud entusiasmada, mientras se escucha el tañir de las campanas y el explotar de los cohetes. Los cocos y las piñas de gran tamaño infunden cierto peligro a este

93. Mujeres decorando las tumbas familiares con jazmines, tuberosas y franchipanes en Tehuantepec.

EL SUR DE MEXICO

Los conquistadores españoles llegaron a México ávidos de fortuna, resueltos a enriquecerse con el oro que allí había, destruyendo, saqueando y quemando a los pueblos que ponían resistencia. Su profundo desprecio por la cultura indígena y sus ideales fanáticos los llevaron a quemar manuscritos, a destrozar estatuas y a arrasar ciudades y monumentos. De no haber sido por la curiosidad de unos cuantos frailes españoles bien intencionados, esencialmente etnólogos aficionados e historiadores como Sahagún, Torquemada, Burgoa, Motolinía y Las Casas, todo conocimiento de lo que hubo en México antes de la llegada de los españoles habría quedado irremediablemente en el olvido. La Inquisición, cuya fuerza se perpetuó por cientos de años y la incesante persecusión de "idólatras" destruyeron todo vestigio del eminente arte y cultura indígenas. Nada de ello quedó, a excepción de las notas de los misioneros, enterradas en las bibliotecas de los conventos. Nada escapó a la ira de los españoles, de no ser aquello que se encontraba fuera de su alcance, bajo tierra y aquellos objetos y manuscritos enviados a España como prueba de sus conquistas.

Pocas veces se ha visto a una gran cultura quedar completamente aniquilada. Todo quedó destruido, hasta los mismos manuscritos que daban fe de la ciencia de un pueblo que había inventado y usado un calendario basado exclusivamente en observaciones astronómicas, más exacto aún que el calendario juliano empleado en Europa en aquel entonces. Nada prevaleció, ni el arte de una raza de artistas que tallaba el jade con tal exquisitez, que creó ornatos tan delicados de oro y que lució

ricas vestimentas de algodón tejido y mosaicos de plumas diminutas de colibrí, ni la iniciativa ni el talento arquitectónico de los creadores de aquellas grandes ciudades de piedra. Después de cuatro siglos de esclavitud, de explotación y de degradación, los descendientes de esta gran civilización no tienen ni una vaga noción de su pasado tan glorioso. Apenas y logran relacionar aquellos jades, aquella cerámica pintada y aquellas esculturas de piedra, descubiertos accidentalmente por una pala o extraídos de los montes por las lluvias, con aquel pueblo de antaño, su pueblo, quien les dio vida. Para ellos no son más que curiosidades capaces de divertir a los niños o amuletos no más importantes que una herradura oxidada de caballo o un guijarro ordinario.

No es difícil imaginar el grado de cultura que dicha civilización, la más avanzada entre las culturas americanas antiguas, habría logrado alcanzar, de haberle respetado sus tradiciones, arte y filosofía. Es muy probable que hubiese surgido una civilización en América semejante a la china. Sin embargo, los indígenas fueron aniquilados, obligándoles a servir a los conquistadores a costa de su arte, de sus tierras y de su libertad. Se les despojó de todo, a excepción del odio y la desconfianza ante sus esclavizadores. Eran impotentes ante la avaricia de sus colonizadores, antiguos y contemporáneos, abandonados en una miseria absoluta, encadenados a una economía feudal sin precedente que jamás les permitió llevar una vida holgada, sino que siempre les obligo a vivir como bestias.

Los indígenas no tardaron en perder todo rastro de unión étnica, de no ser en aquellos casos en los que optaron por penetrar en las montañas inaccesibles para vivir en tribus que, aunque no dejaba de ser una vida miserable, les permitía gozar de una mayor libertad. Hubo indígenas que se mezclaron con toda nueva raza que llegó a México y que perdieron su identidad. Los peones mestizos e indígenas formaron una clase distinta a las demás: se les consideraba como *indígenas*, término empleado al referirse a los nativos de la región, a los campesinos, obreros y sirvientes. Eran sirvientes ignorantes de las *gentes de razón*, de los terratenientes, políticos y burócratas. Pese a

las buenas intenciones de la guerra de Independencia, en donde México se liberó del yugo español, de las leyes liberales de Reforma, de la derrota de los imperialistas de Maximiliano y del advenimiento de la República, nada logró modificar el modo de vida de los indígenas. Surgió una nueva clase dominante de mexicanos de raza blanca, amos feudales que poseían grandes extensiones de tierra y que desperdiciaban en Europa el producto de la ardua labor de los indígenas.

La mano de hierro de Porfirio Díaz puso fin a la sangrienta guerra civil, la cual duró setenta largos años y ello hizo que el capital extranjero cobrase interés en México. La situación de los indígenas y campesinos se hizo cada vez más inhóspita. México abrió sus puertas a la inversión extranjera, se construyeron vías de ferrocarril, se explotó el petróleo, las propiedades crecieron y las fábricas comenzaron a producir. Represión y tiranía crecieron simultáneamente en fuerza y rigor. El descontento culminó al fin con la Revolución de 1910 y lo que se creía que sería un complot para derrocar al dictador empedernido, llegó a convertirse en un movimiento popular que exigía tierra, justicia social y la restitución de los derechos humanos que le correspondían. Revoluciones y contra-revoluciones asolaron al país durante diez años y un pueblo combatiente comenzó a darse cuenta, mediante el derramamiento de sangre y la experiencia, que si realmente estaban ávidos de una democracia, jamás encontrarían respuesta en el corazón y en las manos de sus explotadores.

El país atravesó por un período de transición: se crearon nuevas constituciones, con cláusulas que imponían nuevas condiciones de vida. Se hizo un ligero esfuerzo por ponerlas en práctica. Empero, los tiranos de antaño, actuando bajo nombres ficticios, haciéndose pasar por líderes cívicos y revolucionarios, anularon dicho esfuerzo, dedicándose a enriquecerse y a adquirir poder político. En aquel entonces había un gobierno que fungía como mediador para contrarrestar estos abusos, mas fue calificado como peligroso al ser extremadamente radical y se le fue presionando poco a poco hasta perder todo poder político. Mucho se logró para impedir las degradaciones económicas,

morales y políticas de las clases mexicanas de bajo estrato social, a través de la educación, de la legislación social y de la redistribución de la riqueza, pero la batalla continuó y los enemigos de la verdadera democracia, bajo los cuales el pueblo no podía prosperar, prepararon constantes ataques para interferir con los objetivos de las clases oprimidas.

La Segunda Guerra Mundial tendría repercusiones sociales y económicas decisivas en el futuro del Istmo de Tehuantepec, así como en el futuro del resto de América Latina. Muchos consideran al triunfo arrollador del mundo democrático ante el fascismo como el fin a una enorme pesadilla, como el fin definitivo a uno de los períodos más funestos en la historia de la humanidad. Empero, existe la tendencia peligrosa de considerar al fascismo como un fenómeno meramente europeo al que puede descartársele una vez que se haya aniquilado a aquéllos que pretendieron, en un momento, convertirse en conquistadores del universo.

Desafortunadamente, el fascismo ni es nuevo ni ha muerto tampoco, aun cuando se haya logrado destruir a sus elementos más perniciosos. En su sentido más profundo, el fascismo es la versión moderna del siglo XX del feudalismo de la Edad Media, tratando, a toda costa, de implantar el sistema feudal de la sociedad a la era de la tecnología avanzada. De hecho, tiende incesantemente a hacer uso discordante y simultáneo de los medios ultramodernos y de las estrategias de guerra más avanzadas, así como de la propaganda y la represión, con conceptos tan obsoletos como la discriminación racial, el nivel inferior de la mujer y la división de clases. Pretende ocultar su imperialismo bajo un tamiz de nacionalismo "glorioso", arrasando con toda educación y ciencia progresistas que se oponen a su ideología.

El fascismo en Europa ha sido derrotado y destrozado, pero éste prevalece aun en el Nuevo Mundo. Sus estrategias de expansión han sido modestas por ahora. No puede permitirse a sí mismo el incurrir en una conquista territorial y, con frecuencia, se muestra renuente a llamar la atención en forma negativa, pero sus métodos e ideología son brutales e injustos,

UNIDOS·COMO UN SOLO HOMBRE·
SALGAMOS DE LA SEPULTURA
DONDE EL MUNDO SERÁ UN JARDIN

más sadistas aun que los de los nazis. Su ideal de sociedad se ve reflejado aun en su afán de mantener a una clase inferior, dócil y servil de campesinos y obreros piadosos, ignorantes y conformistas, sometida a las órdenes de un triunvirato privilegiado: la iglesia, el ejército y los hacendados, o su imagen moderna, el empresario conservador, tanto nacional como extranjero. Dichos medios expansionistas han sido y son, en toda la historia de América Latina, el eslabón que ha obligado a millones de indígenas, negros y mestizos a someterse ante un estado de servilismo semicolonial. Se han doblegado ante un sinnúmero de *führers* nacionales, desde los dictadores pintorescos y ávidos del derramamiento de sangre, incluyendo a los Díaz, Gómez, Machado y Trujillo, hasta los "hombres poderosos" más discretos y los caciques más déspotas del país, quienes gobiernan para beneficio exclusivo de sus amistades y socios comerciales.

La práctica de los verdaderos principios democráticos, el apoyo a los auténticos líderes demócratas y una educación adecuada, seguirán siendo siempre las armas más poderosas para combatir a estos opositores perniciosos. Los descendientes de las antiguas generaciones mexicanas, víctimas, en su gran mayoría, de los vicios de épocas en las que predominaron la injusticia social, el aislamiento y una depravación moral sin precedente, están ofreciendo oportunidades hoy en día para vivir mejor, para alimentarse mejor, para instruirse y, más importante aún, para tener la fuerza, la confianza y la habilidad para crear. En una ocasión, visitando una antigua iglesia convertida en la Biblioteca y Museo del Estado de Veracruz, vimos una exposición de cartelones creados por los alumnos de una escuela. Nos llamó poderosamente la atención un cartelón rudimentario, pintado en colores comunes, sobre un pliego de cartulina. El cartelón ratificaba aún más este nuevo ímpetu: mostraba a tres hombres desnudos, de tez obscura, levantando una enorme lápida sepulcral, en torno a flores rojas gigantes, con la siguiente inscripción: "UNIDOS COMO UN SOLO HOMBRE, SALGAMOS DE LA SEPULTURA, DONDE EL MUNDO SERA UN JARDIN".

achiote.—Semilla de una planta tropical (*bixa* orellana) empleado por doquier en el trópico mexicano como condimento y colorante de alimentos.

atole.—Bebida hecha a base de harina de maíz y endulzada con azúcar y canela.

barrio.—Sector del pueblo; subdivisión política del pueblo para efectos del ceremonial religioso y social.

cacique.—Dirigente político de un pueblo pequeño.

caracol.—Tela pintada en un color púrpura producido por la secreción de un caracol de mar de la familia *thais,* semejante al púrpura real de los romanos.

chagola (*čago:la*).—Nombre en zapoteco otorgado a los oradores profesionales que presiden el ceremonial en el Istmo.

changola (*čango:la*).—Madrinas, esposas de ancianos que presiden las fiestas zapotecas.

chontales.—Grupo indígena de Oaxaca que habita la región oeste del sitio en donde se encuentran los zapotecas del Istmo. La palabra significa "extranjero" en náhuatl y también se emplea al referirse a otros grupos indígenas, con los cuales no existe nexo alguno, que habitan en los estados de Guerrero y Tabasco.

científicos.—La aristocracia de intelectuales, terratenientes y banqueros que constituyeron el "baluarte" del régimen de Porfirio Díaz.

copal.—Resina líquida de color blanco empleada como incienso en el México indígena.

cristeros.—Banda de terroristas proscritos, quienes, bajo el lema de "¡Viva Cristo Rey!", lucharon contra las reformas sociales de la Revolución, particularmente contra las Leyes Agrarias y contra el programa de educación rural.

curandero.—Brujo de la región que practica la medicina.

danzón.—Baile social de Veracruz de origen afro-cubano.

ejido.—Tierras agrícolas pertenecientes a un pueblo.

gachupines.—Nombre despectivo empleado al referirse a los españoles extranjeros.

guža'ana.—Nombre zapoteco empleado al referirse a las mensajeras de las sociedades cooperativas, encargadas de invitar al pueblo a que participe en los preparativos de las fiestas.

hacienda.—Según su acepción en México, éste término se refiere a los grandes territorios y plantíos de la época previa a la Revolución.

huaves.—Nombre de un grupo indígena que vive a orillas de las lagunas del Golfo de Tehuantepec y que habla la lengua huave.

huipil.—Nombre náhuatl que se le da a la blusa sin mangas de las mujeres indígenas.

istmeño.—Perteneciente al Istmo de Tehuantepec; individuo proveniente del área istmeña zapoteca.

juchiteco.—Individuo proveniente de Juchitán.

Labores.—Huertos y jardines ubicados en las afueras de los pueblos zapotecos.

mareños.—Sobrenombre español para los indígenas huaves.

marimba.—Instrumento musical semejante al xilófono, de gran popularidad en el Istmo.

marquesado.—Tierras que antiguamente constituían el estado de Cortés.

mayordomo.—Miembro de la comunidad que actúa cada año como anfitrión en la fiesta del barrio o pueblo.

metate.—Piedra empleada para moler el maíz.

mezcal.—Licor destilado de alto contenido alcohólico, obtenido del jugo extraído del agave.

milpa.—Parcela en la que se cultiva el maíz; nombre también de una planta de maíz.

mixes.—Indígenas que habitan las tierras altas al oeste del Istmo y que hablan la lengua mixe.

nahua (naua).— Forma arcaica de la lengua náhuatl hablada por los aztecas y que aún predomina hoy en día en diversas regiones.

nawal.—Hombre que se convertía en tigre, según la antigua creencia mexicana.

olmeca.—Nombre antiguo de los habitantes de las regiones tropicales

bajas, del *olli* "hule", "pueblo de la región del hule". Se emplea comúnmente para describir a una cultura prehispánica de la Costa del Golfo, recientemente establecida.

popoluca.—Palabra náhuatl que significa "tartamudo", al referirse a pueblos diversos entre los cuales no existe nexo alguno. Este texto la emplea al referirse a un grupo de indígenas que habla el dialecto mixe-zoque y que vive en el Istmo.

pozol.—Bebida refrescante hecha a base de agua, harina de maíz y azúcar morena.

principales.—Dirigentes del pueblo encargados de celebrar el ceremonial religioso.

quetzal.—Pájaro de gran belleza perteneciente a la familia de los quetzales, cuyos plumajes verdes representan uno de los valores más preciados para el México antiguo.

Quetzalcóatl.—La Serpiente Emplumada, dios del aire y de las fuentes creativas. Nombre también del héroe más famoso de la cultura indígena, dios de los toltecas.

ranchería.—Caserío pequeño.

shuana (šuana).—Ancianos del pueblo que ofician, en zapoteco, el ceremonial religioso.

sinarquistas.—Partido político católico neofascista de origen reciente.

son, sones.—Música para bailar.

suki.—Recipiente sin fondo hecho a base de barro y empleado como horno.

teca.—Mujer de Juchitán.

*tehuana.*Mujer de Tehuantepec.

tolteca.—Ciudadano de la metrópoli antigua de Tollan. Sinónimo de "maestro constructor", "artista".

tortilla.—Hojuela degada de maíz cocida sobre un comal.

totopo.— Pedazo de tortilla frito en un *suki.*

trapiche.—Ingenio azucarero primitivo.

vallista.—Sobrenombre otorgado a los zapotecas del valle por los zapotecas del Istmo.

vela.—Baile que dura toda la noche (tomada de la palabra "vigilia").

xicalpextle.—Calabaza de gran tamaño, laqueda, empleda como recipiente.

Zandunga.—Nombre de la melodía nacional de Tehuantepec.

BIBLIOGRAFIA

ANALES DE QUAUHTITLAN

1886 Anales del Museo Nacional, III, Apéndice, México.

ANÓNIMO

1893 Vocabulario Castellano-Zapoteco, Junta Colombiana, México.

ATL, DOCTOR

1925 Tejidos de púrpura de Oaxaca, *Mexican Folkways*, vol. I, No. 2, México.

BÁEZ, VICTORIANO D.

1909 Historia de Oaxaca, Oaxaca.

BALSALOBRE, GONÇALO DE

1892 Relación Auténtica de las Idolatrías, supersticiones, vanas observaciones de los Indios del Obispado de Oaxaca, Anales del Museo Nacional, 1a. época, VI, México.

BATRES, LEOPOLDO

1905 La lápida arquelógica de Tepatlaxco, Orizaba, México.

1908 Civilización prehistórica de las riberas del Papaloapan y Costa de Sotavento, México.

BELMAR, FRANCISCO

1891a Disertación sobre las lenguas zapotecas, chinanteca, mixe, trique y comparación con el zoque y mixteco; MSS en la Biblioteca Newberry, Chicago.

1891b Gramática de las lenguas zapoteca-serrana y zapoteca del Valle, por Fray Gaspar de los Reyes, Oaxaca.

1891c Estudio del idioma ayook, Oaxaca.

1900 Estudio del chontal, Oaxaca.

1901a Estudio del huave, Oaxaca.

1901b Breve reseña histórica y geográfica del Estado de Oaxaca, Oaxaca.

1905 Lenguas indígenas de México, México.

BEYER, H.

1924-1927 Los yugos de piedra prehispánicos, *El México Antiguo*, II, 269-278, México.

BLOM, FRANZ y LA FARGE, OLIVER

1926 Tribes and Temples, Nueva Orleáns.

BRAND, NORTON F. (KAMAR AL-SHIMAS)

1922 The Mexican Southland, Fowler, Indiana.

BRASSEUR DE BOURBOURG, C. E.

1861 Voyage sur l'Isthmus de Tehuantepec, dans l'état de Chiapas et la République de Guatemala, París.

BRINTON, D. G.

1894 Nagualism, A Study in Native American Folklore and History, Filadelfia.

BURGOA, FRAY FRANCISCO DE

1934a Palestra historial, México.

1934 Geográfica descripción, México.

CASO, ALFONSO

1928 Las estelas zapotecas, México.

1932a Las exploraciones en Monte Albán, temporada 1931-1932, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México.

1932b Reading the Riddle of Ancient Jewels, *Natural History*, XXXII, 464-480, Nueva York.

1932c Monte Albán, Richest Archeological Find in America, *National Geographic Maagazine*, LXII, 467-512, Washington.

1932d Las tumbas de Monte Albán, Anales del Museo Nacional, 4a. época, VIII, 4, México.

1938 Exploraciones en Oaxaca, temporada 1936-1937, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México.

1941 Las culturas mixteca y zapoteca, Biblioteca del maestro, México.

1942 Los Señores de Tilantongo (conferencia en la Sociedad Mexicana de Antropología), nov. 26, México.

CASO, A., y RUBIN DE LA BORBOLLA, D.
1936 Exploraciones en Mitla, temporada 1934-1935, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México.

CIUDAD REAL, A. de
1872 Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España. Col. de Documentos Inéditos para la Historia de la Nueva España, Madrid.

CÓDICE BORGIA (Códice Messicano Borgiano)
1894 Un códice precolombino que se halla en el Museo Etnológico del Vaticano, Edición del Duque de Loubat, Roma.

CÓDICE MENDOZA (Códice Mendocino)
1938 Un códice postcolombino editado y traducido por James Cooper Clark, Londres.

CÓDICE TELLERIANO-REMENSIS
1899 Un códice postcolombino publicado por el duque de Loubat, París.

CÓDICE VATICANUS 3738 (Códice Ríos)
1900 Un códice postcolombino publicado por el Duque de Loubat, Roma.

CÓDICE VATICANUS 3773
1896 Un códice precolombino publicado por el Duque de Loubat, Roma.

CÓDICE DE YANHUITLAN
1940 Estudio preliminar por W. Jiménez Moreno y S. Mateos Higuera, México.

CÓDICE ZAPOTECO
1942 Vocabulario castellano-zapoteco, edición facsímile del "Arte

CÓRDOBA, FRAY JUAN DE (1578)
1942 Vocavulario castellano-zapoteco, edición facsímile del "Arte en Lengua Zapoteca" (Introducción y notas de W. Jiménez Moreno), México.
1886 Arte del idioma zapoteca (Edición de Nicolás León), Morelia.

CORDRY, DONALD
1942 Zoque Notes, Museo de Pasadena, Pasadena.

CORTÉS HERNANDO
1770 Historia de Nueva España (Edición de F. Lorenzana de las cartas de Cortés), México.

CORTHELL, E. L.
1884 The Tehuantepec Ship Railway, El Instituto Franklin, Filadelfia.

COVARRUBIAS, MIGUEL
1942 In Place of Theatre, *Theatre Arts Monthly*, enero, Nueva York.
1942 Women of Fashion of Tehuantepec, México, *Vogue*, 15 de enero, Nueva York.
1944 Tlatilco: Archaic Mexican Art, *Dyn*, I, 4-5, México.
1945 La Venta: Colossal Heads and Jaguar-Babies, *Dyn*, I, 6, México.

CRUZ, WILFRIDO
1935 El Tonalamatl zapoteco, Oaxaca.

DALE, R.
1851 Notes of an Excursion to the Isthmus of Tehuantepec, Londres.

DÍAZ DEL CASTILLO, BERNAL
1939 Historia Verdadera de la conquista de la Nueva España, México.

DRUCKER, PHILLIP
1934a Ceramic Sequences at Tres Zapotes, Veracruz, México, Departamento de Etnología Americana, Boletín 140, Washington.
1934b Ceramic Stratigraphy at Cerro de las Mesas, Veracruz, México, D. E. A., Bol. 141, Washington.

DURÁN, D.
1867 Historia de las Indias de Nueva España, México.

ECKHOLM, GORDON
1945 Probable Use of Stone Yokes (Informe leído ante la reunión anual de la Asociación Antropológica Americana, Filadelfia, dic. 1945).

ESTEVA, CAYETANO
1913 Geografía histórica del Estado de Oaxaca, Oaxaca.

FERIA, FRAY PEDRO DE
1567 Doctrina en lengua castellana y zapoteca, México.
FERNÁNDEZ LEAL, MANUEL
1879 Informe sobre el reconocimiento del Istmo de Tehuantepec, México.
FEWKES, J. W.
1907 Certain Antiquities of Eastern Mexico, 25o. Informe Anual del Departamento de Etnología Americana, Washington.
FOSTER, GEORGE M.
1940 Notes on the Popoluca of Veracruz, Pub. No. 51, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México.
1942 A Primitive Mexican Economy. Monografías de la Sociedad Etnológica Americana, No. V, Nueva York.
1943 The Geographical, Linguistic and Cultural position of the Popoluca of Veracruz, *American Anthropologist*, sin especificación, Vol. 45, No. 4.
1944 Nagualism in Mexico and Guatemala, *Acta Americana*, Vol. II, Nos. I-II.
1945 Sierra Popoluca Folklore and Beliefs, *Univ. of California Pub. in American Archeology and Ethnology*, XLII, 2, Berkeley.
FRIEDLANDER, R. A.
1923 Uber das Vulkangebiet von San Andrés Tuxtla in Mexiko, *Zeits. für Vulkanologie*, band VIII, 162-173, Berlín.
GAGE, THOMAS
1929 A New Survey of the West Indies, Nueva York.
GARAY, J. DE
1844 Reconocimiento del Istmo de Tehuantepec, *El Ateneo Mexicano*, I, 321-357, México.
1846 An Account of the Isthmus of Tehuantepec, Londres.
GAY, J. A.
1881 Historia de Oaxaca, México.
GILLOW, EULOGIO G.
1889 Apuntes históricos de Oaxaca, Oaxaca.
GONZÁLEZ HERREJON, S.
1938 El mal del Pinto, México.

GUERRERO, RAÚL G.
1943 Juegos infantiles del Istmo de Tehuantepec, *Tiras de Colores*, I, 12, México.

HENESTROSA, ANDRÉS
1929 Los hombres que dispersó la danza, México.

1933-1934 Estudios sobre la lengua zapoteca, *Investigaciones Científicas*, I, 27-30, México.

1936 Estudios sobre la lengua zapoteca, *Neza*, diciembre, México.

1940 Tres canciones y una glosa, *El Nacional*, 29 de diciembre, México.

HERMESSDORF, M. G.
1862 On the Isthmus of Tehuantepec, *Royal Geog. Soc. Jour.*, XXXII, 536-543, Londres.
Historia Tolteca-Chichimeca (Manuscritos del siglo XVI, en la Bibl. Nac. de París).

1937-1938 Die Mexikanische Bilderhandschrift Historia Tolteca-Chichimeca, 1 und 2, trad. de C. T. Preuss y E. Mengin, *Baessler Archiv*, IX, XXI, Berlín.

HOLMES, W. H.
1907 On a Nephrite Statuette from San Andrés Tuxtla, Veracruz, México, *American Anthropologist*, sin especificación, IX, 691-701, Lancaster.

HOVEY, EDMUND OTIS
1907 The Isthmus of Tehuantepec and the Tehuantepec National Railway, *American Geographic Society Bulletin*, XXXIX, 78-91, Nueva York.

ITURRIBARRÍA, J. F.
1935 Historia de Oaxaca, 1821-1854, Oaxaca.

1939 Historia de Oaxaca, 1854-1961, Oaxaca.

IXTLIXÓCHITL, FERNANDO DE ALVA
1829 Horribles crueldades de los conquistadores en México, México.

1891 Relaciones, México.

1892 Historia Chichimeca, México.

JIMÉNEZ MORENO, W.
1941 Notas para "Una Elegía Tolteca" por Walter Lehmann, México.

1942 El Enigma de los Olmecas, *Cuadernos Americanos*, II, 5, México.

1945 Introducción para la "Guía Arqueológica de Tula", México.

JOHNSON, FREDERICK

1940 Véanse Mason y Johnson.

JOHNSON, JEAN BASSET

1939 Notes on the Mazatec, Rev. Méx. de Est. Antrop., III, 2, México.

1942 The Huapango: a Mexican Song Contest, *California Folklore Quarterly*, I, 3.

JOYCE, THOMAS A.

1920 Mexican Archeology, Londres.

KIDDER, A. V.

1945 Excavations at Kaminaljuyú, Guatemala, *American Antiquity*, XI, 2.

KIRCHHOFF, PAUL

1940 Los Pueblos de la Historia Tolteca-Chichimeca: sus migraciones y parentesco, *Rev. Mex. de Est. Antrop.*, IV, 1-2, México.

KRICKERBERG, W.

1933 Los Totonaca, México.

KROEBER, A. L.

1915 Serian, Tequistlatecan and Hokan, *Am. Arch. and Ethn.*, II, 4.

LA FARGE, OLIVER

1926 Véanse Blom y La Farge.

LAS CASAS, FRAY BARTOLOMÉ DE

1877 Historia de las Indias, México.

1909 Apologética historia de las Indias, Madrid.

LEHMANN, WALTER

1922 The History of Mexican Art, Berlín.

1941 Una elegía Tolteca, México.

LEÓN, NICOLÁS

1901 Liobaa o Mictlán, México.

1904 Catálogo de antigüedades huaves, México.

LINATI, C.

1831 Costumes Civiles, Militares et Religieux du Mexique, Bruselas

LINNE, S.
1934 Archeological Researches at Teotihuacan, Mexico, Ethn. Museum of Sweden, sin especificación, 1, Estocolmo.
1938 Zapotec Antiquities and the Paulsen Collection in the Ethnographical Museum of Sweden, Estocolmo.
LOMBARDO TOLEDANO, VICENTE
1931 Geografía de las lenguas del Estado de Puebla, Univ. de México, III, 13, México.
LÓPEZ CHIÑAS, GABRIEL
1940 Vinnigulasa, México.
LORENZANA, F.
1770 Véase Cortés, Hernando.
MACÍAS, CARLOS
1912 Los tehuantepecanos actuales, Boletín del Museo Nacional, II, 2, México.
MANZO DE CONTRERAS, C.
1661 Relación cierta y verdadera de lo que sucedió y ha sucedido en esta Villa de Guadalcazar, Provincia de Tehuantepeque, desde los 22 de marzo de 1660 hasta los 4 de junio de 1661, México.
MARTÍNEZ GRACIDA, MANUEL
1883 Cuadros sinópticos de los Pueblos, Haciendas y Ranchos del Estado Libre y Soberano de Oaxaca, Oaxaca.
1888 El rey Cosijoeza y su familia, México.
MASON, J. A. y JOHNSON, F.
1940 The Native Languages of Middle America and the Linguistic Map of Central America (in The Maya and their Neighbors), Nueva York.
THE MAYA AND THEIR NEIGHBORS
1940 Simposio realizado por los alumnos de Alfred M. Tozzer, Nueva York.
MAYAS y OLMECAS
1942 Segunda mesa redonda sobre problemas antropológicos de México y Centro América, Tuxtla Gutiérrez.
MCBRIDE, G. MC.
1923 The Land Systems of Mexico, Am. Geog. Soc. Res. Series, No. 12, Nueva York.

MELGAR, JOSÉ M.
1871 Estudio de la antigüedad y origen de la cabeza colosal de tipo etiópico que existe en Hueyapan. Bol. Soc. Mex. Geog. y Estad. 2a. época, III, México.

MOLINA, ARCADIO G.
1892 El jardín del Istmo; principios generales para aprender a leer, escribir y hablar la lengua zapoteca, Oaxaca.
1911 Historia de Tehuantepec, San Blás, Shihui y Juchitán en la intervención francesa en 1864, Oaxaca.

MONZON, ARTURO
1943a Los Huaves (conferencia en la Soc. Mex. de Antrop., abril 1943).
1943b Los dominios de Tata Rayo, Novedades, 23 de mayo, México.

MOTOLINÍA, FRAY TORIBIO
1914 Historia de los indios de la Nueva España, Barcelona.

MOZIÑO, JOSEPH MARIANO
1913 Descripción del Volcán de Tuxtla (en Noticias del Nutka), México.

MUÑOZ CAMARGO, DIEGO
1892 Historia de Tlaxcala, México.

NEBEL, C.
1836 Voyage pittoresque et archéologique dans la partie la plus interesante du Mexique, París.

NOGUERA, E.
1942 Excavaciones en El Opeño, Michoacán, Anales del XXVIII Congreso de Americanistas (1939), I, México.

NUTTALL, ZELIA
1909 Purpura shellfish for Dyeing, Cedar Rapids, Iowa.

OBREGOZO, JUAN
1850 Resultado del reconocimiento hecho en el Istmo de Tehuantepec, Bol. de la Soc. Mex. de Geog. y Estad., I, pp. 38-55, México.

ONORIO, MANUEL
1924 El dialecto mexicano del Cantón de los Tuxtlas, El México Antiguo, II, Nos. 5-8, México.

PARKES, HENRY B.
1938 A History of México, Boston.

PARSONS, ELSIE CLEWS
1936 Mitla, Town of Souls, Chicago.

PASO y TRONCOSO, FRANCISCO DEL
1905 Papeles de Nueva España (ms. en la Real Academia de Madrid y del Archivo de Indias en Sevilla, años 1579-1781), Relaciones geográficas de las Diócesis de Oaxaca y Tlaxcala, Madrid.

PEIMBERT, D. A.
1908 El Ferrocarril Nacional de Tehuantepec, México.

PEÑAFIEL, ANTONIO
1887 Gramática de la lengua zapoteca por un autor anónimo (con bibliografía de la lengua zapoteca y un confesionario en lengua zapoteca de tierra caliente o de Tehuantepec), México.

PREUSS y MENGIN
1937-1938 Véase Historia Tolteca-Chichimeca.

PRIETO, ALEJANDRO
1884 Proyectos para la colonización del Istmo de Tehuantepec, México.

RADIN, PAUL
1917 El Folklore de Oaxaca, Anales de la Esc. Int. de Arq. y Etn. Amer.
1920 The Sources of Authenticity of the History of the Ancient Mexicans, Public. de la Univ. de Calif. XXVII, 1, Berkeley.
1925 The Distribution of Phonetics of the Zapotec Dialects, Jour. de la Soc. des Americanistes de París, sin especificación.
1930 A preliminary sketch of the Zapotec Language, Language, VI, 1.
1933 Mixe Texts, Jour. de la Soc. des Amer. de París, sin especificación, 25.
1935 A Historical Legend of the Zapotecs, Ibero-Americana, IX, Berkeley.
Tehuano Vocabulary and Tehuano Texts (mss. inéditos mss. en la biblioteca de Miguel Covarrubias, Tizapán).

RAMÍREZ, J. F.
1853 Memorias, negociaciones y documentos para servir a la historia de las diferencias que han suscitado entre México y los Estados Unidos los tenedores del antiguo privilegio, conce-

dido para la comunicación de los Mares Atlántico y Pacífico por el Istmo de Tehuantepec, México.

RELACIONES...

1580 de Tetiquipa, Río Hondo, etc. (manuscrito del puño y letra de Joaquín de García Izcabalceta, en la biblioteca de F. Gómez de Orozco, Tizapán).

ROMÁN, JULIA

1933 Historia de los ferrocarriles de México, Anales del Museo Nacional, 4a. época, VIII, 3, México.

ROMERO, MATÍAS

1886 El Estado de Oaxaca, Barcelona.

ROYS, RALPH

1932 Antonio Ciudad Real Etnographer, Am. Antrop., n. s., XXXIV, p. 120, Menasha.

RUZ LHUILLIER, ALBERTO

1945 Guía arqueológica de Tula, México.

SAHAGÚN, FRAY BERNARDINO DE

1938 Historia general de las cosas de Nueva España, edic. Robredo, México.

SAVILLE, MARSHALL S.

1899 Exploration of Zapotecan Tombs in Southern México, Am. Anthrop, sin especificación, I, pp. 350-352.

1900 Cruciform Structures of Mitla and Vicinity, Bull. Am. Museum of Nat. Hist., XIII, pp. 201-218.

1929 Votive Axes from Ancient México, Indian Notes, M. A. I. H. F. Notes, 6, pp. 266-299; 335-342, Nueva York.

SCHNIEDER, OSCAR

1930 The Settlements of the Tzapotec and Mije Indians, State of Oaxaca, México; Univ. de California, Berkeley.

SELER, E.

1888 Informe presentado ante el Congreso Internacional de Americanistas, 7a. reunión, Berlín (sobre una tumba en Xoxo), pp. 126 y sigs.

1890 Noticia sobre la lengua zapoteca, memoria presentada en la 5a. sesión del Congreso Internacional de Americanistas, París, 1a. parte, No. 3, pp. 550-555.

1904a The Mexican Chronology with Special References to the Zapotec Calendar, Bull. 28, B. A. E., Washington.
1904b The Wall Paintings of Mitla, Bull. 28, B. A. E., Washington.
1904c Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprachund Alterthumskunde, Berlín.
1906 Les Ruines de Mitla, Xe. Congrés Geologique International, 1906, Berlín.
1933 Collected Works; English translation of the above in mimeoghaphed sheets by Eric S. Thompson.

SELER SACHS, CECILIE
1900 Auf alten Wegen in Mexiko und Guatemala, Berlín.
1902 Altertümer des Kanton Tuxtla in Staate Veracruz, Festschrift Edward Seler.

SHUFELDT, ROBERT W.
1872 Reports on Explorations and Surveys to Ascertain the Practicability of a Ship-Canal between the Atlantic and the Pacific Oceans, by way of the Isthmus of Tehuantepec, Washington.

SIMEON, REMÍ
1885 Dictionnaire de la Langue Nahuatl, París.

SPEAR, JOHN C.
1872 Report on the Geology, Mineralogy, Natural History, Inhabitants and Agriculture of the Isthmus of Tehuantepec (in Shufeldt).

SPINDEN, H. J.
1913 A Study of Maya Art; its Subject Matter and Historical Development, Peabody Mus. Harvard Univ. Memoirs, Vol. VI, Cambridge.
1927 Study Dead City of "Rubber People", *New York Times*, May 1, Nueva York.

STARR, FREDERICK
1899 Indians of Southern México, Chicago.
1900 Notes upon the Ethnography of Southern México, Proc. of the Davenport Acc. of Nat. Sc. Vols. VIII, IX, Davenport, Iowa.
1903 The Physical Character of the Indians of Southern México, Univ. of Chicago Pub., Ist series, Vol. IV, Chicago.

n. d. Map of Huilotepec (in Mexican Literary Curiosities), Chicago.

1908 In Indian México, Chicago.

STEVENS, SIMON

1872 La Nueva Ruta del Comercio por el Istmo de Tehuantepec, México.

STIRLING, MATTHEW W.

1939 Discovering the New World's Oldest Dated Work of Man, Nat. Geog. Mag. LXXVI, 2, Aug., pp. 183-218, Washington.

1940a An Initial Series from Tres Zapotes, Vera Cruz, México. Nat. Geog. Mag., LXXX, 3, Sept., pp. 277-327, Washington.

1940b Great Stones Faces in the Mexican Jungle Nat. Geog. Mag., LXXVIII, 3, Sept., pp. 309-334, Washington.

1941 Expedition Unearths Buried Masterpieces of Carved Jade, Nat. Geog. Mag. LXXX, 3, Sept., pp. 277-327, Washington.

1942 Finding Jewels of Jade in a Mexican Swamp, Nat. Geog. Mag., LXXXII, 5, Nov., pp. 635-661.

1943 La Venta's Green Stone Tigers, Nat. Geog. Mag., LXXXIV, 3, Sept., Washington.

1944 Stone Monuments of Southern México, Bull. 138, B. A. E., Washington.

STREBEL, H.

1885-1889 Alt-México. Archëologishche Beiträge zur Kulturgeschichte seiner Bewohner, Hamburg und Leipzig.

TEHUANTEPEC RAILWAY

1823-1863 Documentos relativos a la apertura de una vía de comunicación interoceánica por el Istmo de Tehuantepec. Cámara de Diputados, República de México.

TEZOZOMOC, HERNANO ALVARADO

1879 Crónica Mexicana, anotado por Orozco y Berra, México.

THOMAS, CYRUS

1911 Indian Languages of México and Central America and their Geographical Distribution, Bull. 44, B. A. E., Washington.

THOMPSON, J. ERIC S.

1941a Yokes or Ballgame Belts?, American Antiquity, VI, 320-326, Menasha.

1941b Dating of Certain Inscriptions of Non-Maya Origin, Carnegie

Inst. of Washington, Division of Historical Research, No. 1, Washington.

TORQUEMADA, JUAN DE

1723 Monarchía Indiana, Madrid.

TORRES, J. DE

1580 Descripción de Tehuantepeque, hecha por su alcalde mayor, Revista Mexicana de Estudios Históricos, II, 5-6, México, 1928.

TORRES CASTILLO, J.

1662 Relación de lo sucedido en las provincias de Nejapa, Ixtepeji y la Villa Alta, México.

VAILLANT, GEORGE C.

1932 A pre-Columbian Jade, Natural History, XXXII, Nueva York. 1938 A Correlation of Archeological and Historical Sequences in the Valley of México, Amer. Anthrop., sin especificación, XL, pp. 535-573, Menasha.

1941 The Aztecs of México, Nueva York. Tiger Masks and Platyrrhine and Bearded Figures from Middle América; 270. Congreso Internacional de Americanistas, México, 1939 (Vol. II in press).

VAILLANT, G. C. y VAILLANT, SUZANNAH B.

1934 Excavations at Gualupita, Anthrop. Papers, Am. Mus. Nat. Hist. XXXV, Part 1, Nueva York.

VALENTINI, PHILIP J. J.

1883 The Olmecas and Toltecas, Worcester.

VERA, ANTONIO E.

1924 El Fracaso del Ferrocarril Nacional de Tehuantepec, México.

VEYTIA

1836 Historia Antigua de México, México.

VIVÓ, JORGE A.

1941 Razas y lenguas indígenas de México, México.

WEIANT, C. W.

1943 An Introduction to the Ceramics of Tres Zapotecs, Veracruz, México; Bull. 139, B. A. E., Washington.

WEYERSTALL, ALBERT

1932 Some Observations on Indian Mounds, Idols and Pottery in the Lowe Papaloapan Basin, State of Veracruz, México; Tu-

lane University, Middle-American Research Series, 4, pp. 23-69, Nueva Orleans.

WILLIAMS, J. J.

1852a The Isthmus of Tehuantepec, being the result of a survey for a railroad to connect the Atlantic and Pacific Oceans, made by the scientific commission under the direction of Major J. C. Barnard, Nueva York.

1852b El Istmo de Tehuantepec (Spanish transl. of the above by F. de Arrangoiz, México).

ZÁRATE, JUAN DE, BISHOP OF ANTEQUERA

1837-1843 Lettre a Phillipe II, 30 de mai 1544 (In Ternaux-Compans, Vol. rel. et mem.) París.

CIENTO VEINTE PALABRAS EN SIETE LENGUAS INDIGENAS DEL ISTMO DE TEHUANTEPEC

(El sistema fonético que aquí se emplea fue sugerido por el XXVII Congreso de Americanistas (consultar págs. 375 y 376). El vocabulario popoluca, mixe y zoque fue recopilado gracias a la labor de George y Mary Foster, quienes, al visitar, con dicho fin a los pueblos de Soteapan, Guichicovi y Santa María Chimalapa, lograron reunir tal número de vocablos.)

1.—cabeza
2.—ojo
3.—nariz
4.—boca
5.—dientes
6.—oreja
7.—cara
8.—pelo
9.—brazo, mano
10.—dedo
11.—dedos del pie
12.—pecho
13.—espalda
14.—abdomen
15.—pierna
16.—pie
17.—corazón
18.—hombre
19.—mujer

20.—niño
21.—niña
22.—anciano
23.—esposo
24.—esposa
25.—padre
26.—madre
27.—abuelo
28.—abuela
29.—hijo
30.—hermano
    (a) biče (cuando el hombre habla)
    (b) bisana (cuando la mujer habla)
    (c) nókne (se aplica tanto para el hombre como para la mujer
    (d) šakó ? (hermano o hermana mayor)
31.—hermana
    (a) bisana (cuando es el hombre quien habla)
    (b) benda? (cuando es la mujer quien habla)
    (c) šatči (hermano o hermana menor)
32.—pueblo
33.—carretera
34.—iglesia
35.—casa
36.—petate
37.—ropa, tela
38.—algodón
39.—hilo, cuerda
40.—tejer
41.—teñir
42.—blusa de mujer
43.—falda de mujer
44.—sandalias
45.—canasta
46.—jarra
47.—media calabacina
48.—tortera de barro
49.—metate

50.—alimentos
51.—comer
52.—tortillas
53.—atole
54.—tamal
55.—fuego
56.—madera
57.—árbol
58.—chile
59.—tomate
60.—calabaza
61.—frijoles
62.—sal
63.—huevo
64.—agua
65.—dulce, azúcar
66.—pavo
67.—puerco
68.—perro
69.—pescado
70.—montaña
71.—río
72.—piedra, roca
73.—tierra, suelo, piso
74.—flor
75.—maíz, maizal
76.—maíz (mazorca)
77.—elote
78.—lluvia
79.—trueno
80.—rayo
81.—viento
    (a) yiond (norte)
    (b) yarek (sur)
82.—temblor
83.—frío
84.—calor

85.—pájaro
86.—jaguar
87.—serpiente
88.—venado
89.—cielo
90.—sol
91.—luna, mes
92.—estrella
93.—día
94.—noche
95.—uno
96.—dos
97.—tres
98.—cuatro
99.—cinco
100.—seis
101.—siete
102.—ocho
103.—nueve
104.—diez
105.—rojo
106.—azul
107.—verde
108.—amarillo
109.—negro
110.—blanco
111.—yo, mí
112.—tú
113.—él, ella
114.—nosotros
115.—grande
116.—pequeño
117.—bueno
118.—malo
119.—sí
120.—no

INDICE

PROLOGO 7

INTRODUCCION 15

PRIMERA PARTE: LAS CUESTAS DEL ATLANTICO

I EL SUR DE VERACRUZ: UMBRAL DE LOS TROPICOS 25

El Huapango 39

II LOS TUXTLAS: TIERRA, POLITICA Y MUERTE SUBITA. 47

III COATZACOALCOS: EL SANTUARIO DE LA SERPIENTE 65

Los Popolucas 74
Los Mixes 78
Los Zoques. 85
Los Huaves. 87
Los Chontales 97

IV EL JAGUAR Y LA SERPIENTE 103

El Jaguar 109
Cabezas Colosales e Infantes Jaguar 113
La Venta 121

El Cerro de las Mesas 139
El Jade en América 146
El Pueblo del Caucho 152
Origen y Decadencia de la Cultura Indígena Mexicana . 161
El Horizonte Arcaico 166
La Epoca Clásica 168
Los Maestros Constructores de Tollan 174

SEGUNDA PARTE: LAS PLANICIES DEL PACIFICO

V TEHUANTEPEC Y JUCHITAN, CAPITALES ZAPOTECAS. 189

APENDICE: LA EPOPEYA DEL FERROCARRIL DE TEHUANTEPEC 209

VI LA HERENCIA ZAPOTECA 223
Las Cinco Epocas de Monte Albán 231
El Reino del Cerro del Jaguar 241
La Conquista Española y la Colonia 255

VII LA BATALLA INTERMINABLE 267
Dictadura Republicana 274
Lucha por la Democracia 277
La Revolución 291

VIII EL PUEBLO: (1) SU APARIENCIA, SU VIDA Y SU TRABAJO 301
El Vestido 304
El Hogar 328
La Vida Diaria en Tehuantepec 335
El Nivel Económico 347
Artes y Oficios Indígenas 358

IX EL PUEBLA (2) IDEOLOGIA, LENGUAJE Y DIVERSIONES. 365
La Lengua Zapoteca 373
La Literatura Popular 380
Música 392

X EL PUEBLO: (3) LA FAMILIA ZAPOTECA . . . 411
El Parto 415
El Matrimonio en Tehuantepec 421

XI LA FIESTA EN TEHUANTEPEC 431
Fiesta del Santo Patrón del Barrio de Tehuantepec . . 438
Año Nuevo en el Istmo 453

APENDICE: CALENDARIO DE FIESTAS DE TEHUANTEPEC 457

XII LA MUERTE Y LO DESCONOCIDO 461
La Brujería 466
El Culto a los Muertos 470
El Funeral 472
Día de Muertos 476

EL SUR DE MEXICO 481

GLOSARIO 487

BIBLIOGRAFIA 491

CIENTO VEINTE PALABRAS EN SIETE LENGUAS INDIGENAS DEL ISTMO DE TEHUANTEPEC . . . 507

EL **SUR** DE **MÉXICO**

Miguel Covarrubias

fue editado por el

Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México

Se terminó en la Ciudad de México en julio de 2020, durante la pandemia COVID-19, en cuarentena.

Miguel Covarrubias (1904-1957) nació en la Ciudad de México. Caricaturista, ilustrador y etnólogo. Diseñador de escenografías para teatro, escribió e ilustró un gran número de obras sobre el arte y la vida de los pueblos indígenas mexicanos. Fue también docente en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y director de la Escuela de Danza del Instituto Nacional de Bellas Artes.

Desde muy joven destacó como ilustrador y ya a los 18 años preparó las ilustraciones que acompañaron el manual de dibujo publicado por la SEP en 1923; también durante ese año emigró a Nueva York donde trabajó en la Agregaduría Cultural del consulado mexicano. Gustoso de la vida cosmopolita, apasionado por el jazz participó como dibujante en las revistas *Vanity Fair*, *Fortune* y *The New Yorker*. A inicios de los años 30 obtuvó la beca Guggenheim que lo llevó a estudiar el arte de oriente y para ello radicó unos meses en la isla de Bali, Indonesia. En 1937 publicó el libro *La Isla de Bali*, obra que lo perpetuó en el arte y que marcó los estudios que en adelante realizaría sobre los pueblos originarios y sus costumbres. Coleccionista de textiles, cerámicas y todo tipo de objetos artísticos, a su regreso a México frecuentó el círculo de intelectuales que propugnaban por el nacionalismo en el arte. A partir de entonces se concentró en las manifestaciones culturales de las comunidades indígenas y de las civilizaciones prehispánicas de México.

En 1946 publicó en Nueva York el libro *Mexico South. The Isthmus of Tehuantepec*, que el Instituto Nacional Indigenísta editó en español en 1980; la versión que ahora presentamos es el facsimilar de esta última y que el INEHRM sacó a la luz en 2004. En esta obra Covarrubias logró un valioso estudio antropológico e histórico de las comunidades indígenas del istmo mexicano, analiza y describe aspectos como el canto, la magia, la religión, el matrimonio, la muerte, la belleza racial y todo tipo de expresiones artísiticas y arquitectónicas.

ACCESO ABIERTO

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
INEHRM